

# GALDÓS

Diálogos Biográficos

**ROSA AMOR DEL OLMO**



ISIDORA  
Ediciones







**Galdós.**  
**Diálogos biográficos**



Rosa Amor del Olmo

**Galdós.**  
**Diálogos biográficos**

Título original: *Galdós. Diálogos biográficos*  
Primera edición, 2018

© Rosa Amor del Olmo  
Isidora Ediciones

© Foto de cubierta: Lourdes Balduque

ISBN: 978-84-16250-23-31  
Deposito legal: M. 13.339-2018

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Imprime: Safekat, S. L.  
Laguna del Marquesado, 32 - Naves J, K y L  
Complejo Neural - 28021 Madrid  
[safekat@safekat.com](mailto:safekat@safekat.com)

# Índice

|  |     |
|--|-----|
| Prólogo. <i>De una biografía dialogada</i> .....   | 7   |
| La autora .....  | 11  |
| I. Entrando en materia .....   | 15  |
| II. <i>El principio y La Fontana</i> .....   | 39  |
| III. Fisispolonios .....   | 77  |
| IV. Renaciendo la lucha .....  | 109 |
| V. Mi amigo y yo .....   | 137 |
| VI. Caquexias .....  | 155 |
| VII. Electromanía. Teatro, qué teatro .....  | 187 |
| VIII. Noche de estreno .....   | 223 |
| IX. América, que voy y que vengo. Entre guerras.<br>La España de <i>tócame Roque</i> ..... | 251 |
| X. Entre mujeres. Dirigiendo el Teatro Español.<br>Algo de Valle .....                     | 295 |



|   |     |
|---|-----|
| XI. Esta le llegaba al alma. Paróse un rato a oírla,<br>y se le saltaron las lágrimas ..... | 331 |
| XII. Y ahora monologaré yo sobre mi colega Cla-<br>rín .....                                | 373 |
| XIII. Hablemos... pues hablemos .....   | 387 |
| XIV. De ciudad en ciudad .....  | 401 |
| XV. Amor de hija .....  | 415 |
| XVI. Vidas que hablan, amores se delatan .....  | 435 |
| XVII. Vagabundeando, flaneando con las mentes .....   | 455 |
| XVIII. Del verbo Republicar.....  | 471 |
| XIX. Pasos lentos.....  | 481 |
| XX. Finale.....   | 499 |
| Bibliografía razonable utilizada para este texto.....                                       | 509 |

## Prólogo

### *De una biografía dialogada*

**B**enito Pérez Galdós (Las Palmas 1943-Madrid 1920) nace en Canarias en el seno de una familia acomodada y está considerado el mejor escritor de novela realista del siglo XIX.

El reto de Rosa Amor ante un personaje como Benito Pérez Galdós es el que afronta una mujer inteligente para descubrir un Galdós al desnudo. Nadie mejor que la autora de este libro con una manera diferente de acercar el alma del escritor a sus legiones de seguidores para perfilar con detalle la figura del escritor que a través de diferentes entrevistas a lo largo de su vida. Un hombre que, más allá de su obra, en esta ocasión cobra una inédita entidad propia y lo convierte en protagonista de su propia novela.

Los capítulos se desarrollan en una estructura perfectamente hilada por Rosa Amor y que representa un excelente homenaje a la lucidez humana. Lucidez que lo alumbra todo: desde los más sombríos sótanos de la sociedad a los

pulcros salones de palacio. Reflexiones que trascienden el propio contexto vital de Galdós perfectamente vigente en el contradictorio mundo en el que vivimos hoy. Si algo tienen en común el autor y sus personajes es la contundencia del discurso, aunque en ámbitos totalmente contrapuestos.

*Galdós, diálogos biográficos*, plantea diferentes conversaciones con el escritor, en las que intervienen: María Guerrero, Teodosia Gandarias, Azorín, Pío Baroja, Sofía Casanova o Manuel Tolosa Latour, en un diálogo fresco y directo. Entre escena y escena no puede faltar el sonido sugerente de la música a modo de entreactos que dan paso a los cambios de entrevistador como si de una obra de teatro se tratase.

La medida del léxico y los conceptos expresados por el autor de *Fortunata y Jacinta* deriva en la sorpresa de que detrás de esa mirada fotográfica, y alejado de cualquier barroquismo estético que entorpezca la claridad del pensamiento de un Galdós a pie de calle, vea la luz la faceta política del escritor.

En el centro de su vida y de sus novelas nos encontramos con la mujer, madre, hermana, esposa: el apocalíptico universo femenino en su expresión más profunda. La escritora Emilia Pardo Bazán se asoma a los primeros años de la vida real del escritor en Madrid con cierta picaresca, propia de una mujer clarividente, en la que Galdós desgrana aspectos personales sobre sus orígenes, su personalidad, su empedernida soltería o su desinterés por hablar de sus amores. Entrevista que culmina con la publicación de su primera obra *La Fontana de Oro*, que muy sabiamente autoeditó.

Con *fisispolonios*, palabras raras rescatadas o inventadas para el universo galdosiano, entra en escena Marcelino Menéndez Pelayo. Sobre las relaciones con mujeres responde a Menéndez Pelayo: «Pues allá se van unos con

*otros; que aquí el que más y el que menos no se contenta con la suya, y corre tras la del vecino*». Dialogan sobre su paso por la Real Academia, por el Congreso y la situación política, los orígenes razonados de su anticlericalismo, el asalto de la religión en la educación y las prebendas sociopolíticas; temas que lo convierten en un auténtico «orador social», en palabras de un impresionado Menéndez Pelayo.

Galdós, como buen observador, argumenta y opina sobre casi cualquier asunto con un discurso muy interiorizado dotado de una coherencia impecable, la clarividencia que siempre le acompañó en sus opiniones.

Este texto bien podría decirse que es un a modo de guión de cine por esa forma de novela dialogada, la Historia del Cine indica que es uno de los procedimientos más viejos manejados por el nuevo espectáculo decimonónico; desde la época del Filme de Arte francés, la Literatura se ofrece como sinónimo de garantía para un medio expresivo que se quiere prestigiar entre las clases sociales más cultas. Es posible que este arranque de adaptación fuera propiciado ya por Galdós con su intuición histórica. En la actualidad, una buena parte del cine contemporáneo procede de la adaptación literaria; los nuevos canales manejados en la sociedad de masas, la televisión especialmente, recurren a la novela como fuente básica del guión que dará pie a la película; en tal sentido, la fragmentación en capítulos, exhibidos diaria o semanalmente significa un menor sacrificio de partes o escenas en la pieza original, frente al metraje estándar de aproximadamente noventa minutos exigido por las producciones cinematográficas usuales. Títulos españoles como *Juanita la Larga* (Juan Valera), *Los gozos y las sombras* (Torrente Ballester), *La plaza del Diamante* (Mercé Rodoreda), *El mayorazgo de Labraz* (Pío Baroja), etc., son buenos ejemplos de lo dicho, pero *El abuelo*, *Fortunata y Jacinta*, *Mi-*

*sericordia*, *Marianela*, *Tristana*, *Nazarín*, *La loca de la casa*, *Miau* entre otros, han marcado un tiempo en la cinematografía. Estos nuevos modos de ofertar la obra literaria no significan una mayor garantía para el autor de la misma; generalmente, los resultados no suelen ser satisfactorios para el escritor ni siquiera cuando ha tomado parte en la elaboración del guión; como decía Unamuno, *peliclear* una obra es lo mismo que *despellejarla* o, en versión de Benavente, cuando a un autor le adaptan una obra lo único que hacen es pagarle los desperfectos.

Sin embargo, Galdós expuso que el cinematógrafo sería el futuro, y bien que lo sabría él: «El cinematógrafo, ése es el Teatro nuevo, moderno. La visualidad. Más de los sentidos corporales; pero es arte. Un nuevo arte plástico. Belleza viva. Y algún día se unirán y completarán el Cinematógrafo y el Teatro por antonomasia, los dos Teatros en un solo Teatro. Y entonces se podrá concurrir, perder el tiempo en el Teatro.»

La obra que tiene el lector en sus manos *Diálogos Biográficos*, aportan la visión del diálogo, el entresijo de la fluidez verbal, la visión cinematográfica de la que hablamos, la comunicación sincera, el palpito del autor. Es un texto definitivo elaborado con la visión de la proyección visual, tanto de la pantalla como del escenario. Sólo deseo que disfruten este texto igual que lo hizo esta periodista.

Milagros Bará

## La autora

La principal idea que me movió a escribir estos *Diálogos Biográficos* fue sin duda el conocimiento de la obra galdosiana que me proporcionó investigar para escribir una tesis doctoral sobre los manuscritos de teatro de Galdós. En aquel tiempo comencé la publicación de *Isidora Revista de Estudios Galdosianos* en 2005 que después y hasta hoy es ya *Isidora Ediciones*. Ha sido para mí un anhelo sin descanso el poder mostrar los caracteres más fundamentales de Galdós a través de sus textos. Tomé el nombre del entrañable personaje protagonista de *La desheredada*, una de las obras cumbres de Galdós.

He querido seguir el modelo propuesto por Galdós de novela dialogada ya ideada en su momento por el autor de *La Celestina*, fuente donde el autor canario acudió y expresó con sabia maestría en los prólogos de *El abuelo* y de *Cassandra* el maridaje entre novela y teatro, *novela hablada o drama de lectura*, alabando el sistema dialogal como el modelo que nos da la forma expedita y concreta de los caracteres.

«Con el sistema dialogal —explica Galdós— los caracteres se componen, imitan más fácilmente a los seres vivos, cuando manifiestan su contextura moral con su propia palabra y con ella, como en la vida, nos dan el relieve más o menos hondo y firme de sus acciones. La palabra del autor —en este caso sería yo como autora describiendo unos apuntes biográficos— narrando y describiendo, no tiene en términos generales —continúa Galdós— tanta eficacia ni da tan directamente la impresión de la verdad espiritual».

Esta es la razón por la que he intentado construir un texto verdadero, un texto en el que sea el propio Galdós quién hable, extrayendo de sus escritos, no de ficción, sino de opinión, ensayos, entrevistas y correspondencia para poder leer exactamente el pensamiento de este grande de las letras. El trabajo de recopilación quizás ha sido el más arduo, pero al tiempo de elevado carácter patricio para mí, pues entre la investigación de Hemeroteca y el escudriñamiento de los textos de autor, sin duda podemos hacernos una idea de primerísima mano, de cómo era Galdós, de cómo pensaba este autor, quién era. Mi aportación se ha basado en el respeto a la palabra y tan sólo he ido añadiendo algunos elementos que den pie al diálogo, a las introducciones, en suma, el telar del texto. He querido igualmente, respetar todo el estilo de la época (palabras en mayúscula como Historia, Naturaleza, Teatro...) o acentuaciones de estilo decimonónico (hízose, consérvanse, dióle).

«Con la virtud misteriosa del diálogo parece que vemos y oímos, sin mediación extraña, el suceso y sus actores, y nos olvidamos más fácilmente del artista oculto que nos ofrece una ingeniosa imitación de la Naturaleza. Por más que se diga, el artista podrá estar más o menos oculto; pero no desaparece nunca ni acaban de esconderle los bastidores del retablo, por bien contruidos que estén. La

impersonalidad del autor, preconizada hoy por algunos como sistema artístico, no es más que un vano emblema de banderas literarias, que si ondean triunfantes es por la vigorosa personalidad de los capitanes que en su mano las llevan. El arte escénico —expresa Galdós— ha venido a encerrarse, en nuestra época dentro de un módulo tan estrecho y pobre, que las obras capitales de los grandes dramáticos nos parecen *novelas habladas*.

Este híbrido, subgénero producto del hermanamiento de la novela y del teatro, como el lector bien podrá juzgar nos permite sentir el latido de la palabra del escritor, la prosodia de su lenguaje, el tono y me atrevería a decir hasta su palpito. Reescribimos en nuestra mente su persona, con su voz, con su manera de expresarse.

Una vez acordada la idea de que el escritor canario repudiaba las murmuraciones, las cábalas y demás sistemas de interferir en su vida, he querido ser consecuente con su propia historia y con su manera de ser. La síntesis del diálogo y el análisis del género narrativo vienen ahora a conjugarse entre personajes, compartiendo ideas, reflexionando sobre conceptos.

Galdós era un gigante del conocimiento en muchos aspectos de lo intelectual, abarcando en sus obras todo tipo de disciplinas (literatura, medicina, historia, geografía, arte, psicología, religión...) pero no dejó de serlo en lo cotidiano, en la chispa de la conversación, esa que siempre escuchó y de la que bebió para configurar sus personajes. De ahí que podamos leer a un Galdós hablando de gastronomía, opinando de arquitectura de ciudades, valorando la música y sus intérpretes, juzgando con inteligente rigor la tauromaquia, los mercados, la pobreza, la política, la religión...toda una vida de este histórico país que el autor tan bien retrató en caracteres, ya, universales. No es Fortunata la que habla, será una mujer del pueblo de cualquier país, no es Torquemada, será un usu-



rero internacional cuyos caracteres cualquier lector atisba a comprender y fundirse en esas páginas galdosianas. Incluyo al final de este libro una bibliografía certera de los libros y textos de los que he escogido estos pasajes, como digo, para darles forma conversada.

El latido grande de su corazón es enorme en sus argumentos, que llevados al tono del diálogo se rejuvenecen, cobran vida, nos hacen pensar, participar en ellos imaginando qué sentir se puede palpar de la amistad y el conocimiento que tenía Galdós y sus amigos y amigas, alguna amante, por cierto. Ellos vienen a hablar con un Galdós en un período que abarca probablemente los últimos años de su vida hasta que la noche cerró sus ojos. Los amigos que le entrevistan en este libro son conscientes de que quieren dejar esas entrevistas, esos diálogos para la posteridad, vivir en él y he de decir que lo han conseguido, yo misma, ya creo en ese legado de acercamiento hacia la figura del escritor, que con seguridad más horas habré dedicado de mi vida.

En palabras de Galdós termino esta página diciendo que: «Sólo tengo que decir ya a mis buenos amigos que, sin cuidarse de *cómo se llama* esta obra, humilde ensayo de una forma que creo muy apropiada a nuestra época, tan gustosa de lo sintético y ejecutivo, la acojan con benevolencia».

# I

## Entrando en materia

*Sobre un ciclorama se proyectan imágenes de la vida de Galdós y de sus obras. Sale a escena Leopoldo Alas Clarín quien comienza su monólogo*

### **Sale a escena Leopoldo Alas Clarín**

#### **Monólogo**

Podría formarse un *libro verde*, o *amarillo* o *colorado*, como esos en que encuaderna la diplomacia sus garbullos internacionales, con las cartas y notas que han mediado entre el novelista insigne que va a ser objeto de mi cuento y...*el que suscribe*. Uno de los datos biográficos de más sustancia que he podido sonsacarle a usted, querido don Benito, es que tan amigo de contar historias, no quiere contar la suya. No tiene inconveniente en suponer que su *Araceli*, y su *Salvador Monsalud* y su *Amigo Manso*, por ejemplo, son tan poco recatados que nos relatan en tomos y más tomos su propia vida... y la ajena. Tan comunicativo

cuando se trata de los hijos de su fantasía, apenas sabe si se llama Pedro, cuando hay que hablar del padre que engendró tanta criatura literaria, del *pater Orchamus* de ese gran pueblo que pulula en cuarenta y dos tomos de invención romancesca. Tal vez lo principal, a lo menos la mayor parte, de la historia de Pérez Galdós, está en sus libros, que son la historia de su trabajo y de su fantasía. El hombre que en veinte años ha escrito cuarenta y dos tomos de novelas, muy pensadas las más, sin contar algunos otros trabajos sueltos, apenas ha tenido tiempo hábil para hacer otra cosa, fuera de las que no merecen ser referidas por venir a ser iguales en todos los humanos, grandes y chicos. Aunque hay algunas excepciones, los escritores muy fecundos suelen llevar vida sedentaria y tranquila, de pocos accidentes; son grandes trabajadores y necesitan ser avaros del tiempo y desconfiar de las pasiones, vanidades del mundo y otros ladrones de las horas. Si Lope de Vega tanto fue y vino en su juventud, ya no se movió tanto cuando se puso a escribir de firme. Víctor Hugo, a pesar de su situación *romántica* en la historia de su pueblo, hizo mucho menos que dijo, y en su casa o en el destierro siempre fue un jornalero aplicadísimo... Pero este y otros muchos ejemplos y razones que podrían citarse no demuestran, ni a eso los encamino, que Pérez Galdós no tenga más historia que la de sus creaciones de artista. Sí la tendrá. Pero la tiene bajo llave. La principal causa de que, a lo menos por ahora, no quiera contar su vida al público, ni siquiera por modo indirecto, consiste, diga él lo que quiera, en la modestia del insigne escritor.

La modestia de Pérez Galdós, como la de su íntimo amigo y compañero de gloria y de viajes, Pereda, es de las más seguras y ciertas, porque está arraigada en el temperamento; tiene mucho del rubor de la doncella en cabellos; y porque el símil es malo, pues en las figuras retóricas debe huírse de trocar los sexos, diré, rectificando, que

se parece a la vergüenza de los niños ensimismados. Ni Pereda ni usted señor Galdós son capaces de pronunciar cuatro palabras en público; no por las palabras, sino por el público. Para dar las gracias a una asamblea que les aclama, tienen que sacar del bolsillo un papel en que consta que vivirán eternamente agradecidos. Juntos emprendieron hará luego tres años un viaje a Portugal. Viajaron de incógnito, sin fijarse en ello. No vieron a nadie, no los vio nadie: supieron que en Lisboa varios literatos insignes jugaban al tresillo en cierto Círculo: «Bueno, pues que jueguen»; ellos, como dos comisionistas, siguieron adelante, ni vistos ni oídos. Así viajó también repetidas veces por Inglaterra, Francia, Alemania, Italia, etc., Pérez Galdós, que tiene en todos esos países y aun en otros más lejanos, admiradores y asiduos traductores. En el verano próximo pasado Galdós fue usted a Roma, y en la carta que me lo anunciaba no había más que preparativos y prevenciones contra las visitas e *impertinencias* de los admiradores y partidarios de su novela, que habían de procurar asaltarle por esos mundos...

A un hombre así, cuesta sudores arrancarle la declaración preciosa de que efectivamente nació en las Palmas, como ya creíamos saber todos por otros conductos. Me precio de ser entre los gacetilleros, más o menos bachilleres, de España, uno de los que tienen más trato y confianza con Galdós: habiendo de escribir una semblanza o cosa parecida del ilustre amigo, y con el propósito de obtener la mayor cantidad posible de noticias, para que por este lado a lo menos comenzara bien esta galería biográfica, valime de mi amistad, y un día y otro pedí al autor de *Gloria* datos y datos... Y después de larga y amabilísima correspondencia vinimos a parar en que Galdós no sabía a punto fijo lo que eran datos, lo que se le pedía; y en que, en todo caso, él había nacido en las Palmas, ciudad de las Afortunadas, como tenía declarado y se ratifi-

caba. Exagero algo, pero poco, como el curioso lector va a ver en seguida. Con las noticias que nuestro *Autor* nos da, apenas hay para llenar una cédula de vecindad regularmente escrita. Es claro que esta escasez de datos se refiere a los que sólo Galdós podía suministrarme, no a los que yo he podido adquirir de otra manera. Así es que osaré asegurar que nació usted en una latitud no muy diferente de la del monte Sinaí, y a unos veinte grados Oeste del meridiano de París, que por el de Madrid vienen a reducirse a catorce.

Políticamente es Galdós español (y diputado); pero en la geografía natural es africano, como el ilustre poeta francés que nació en una de las islas vecinas de Madagascar... Por este camino podría llenar de *datos*, más o menos impertinentes, páginas y páginas; y si entraba en consideraciones antropológicas y sociológicas podría... hasta no acabar nunca; y todo ello sin saber palabra de quién era Galdós y qué costumbres, porte y carácter tenía. Pero déjome de considerar quiénes fueron los primeros habitantes de las islas Canarias, y qué grandes hombres isleños o de tierra firme produjo África en la serie de los siglos, y no me meto en consideraciones acerca del *medio ambiente* en que vivió nuestro novelista, ni saco consecuencias de la proximidad relativa del trópico de Cáncer al lugar de su nacimiento. Podrá haber relaciones, pero no he de estudiarlas yo, entre el genio literario de Galdós y la clase de productos naturales de su país, la fauna y la flora de las islas, clima, vistas al Océano, etc., etc., sin contar lo que podría sacarse a plaza, siquiera fuera por los cabellos, de los varios sistemas de colonización, asimilación, etcétera, etc. Para mí, Galdós es... madrileño, por ahora, sin perjuicio de volver a *estudiarle* más adelante con más extensión y con más datos tocantes a su vida en su isla natal, como diría *La Correspondencia de España*.

Nació donde queda dicho, en las Palmas, el 10 de mayo de 1845, de modo que según él confiesa entre suspiros, pronto cumplirá cuarenta y cuatro años. Nada me ha querido decir de los primeros de su vida, pero no debe de ser porque desprecie los recuerdos de la infancia hombre que tan bien sabe pintar el espíritu de los niños y sus armas y gestas. Su memoria ha de estar llena, a mi juicio, de los días de la niñez, y es muy probable, aunque él por ahora no quiera declararlo, que, si no los hechos exteriores, por lo menos los pensamientos, emociones y deseos del primer crepúsculo de su vida no sean insignificantes, merezcan conocerse para recreo del lector y para poder estudiar a fondo la historia del artista poderoso, que hoy nos oculta con velos de discreción y modestia muchas cosas que pudieran servir para penetrar mejor en el alma de sus obras. Por ciertas confidencias, me atrevo a esperar, algo temerariamente, que algún día el mismo autor de *Celipines* y *Miaus juniores* nos dé un libro que se parezca a los *Recuerdos* de su ilustre colega ruso el creador de *Guerra y paz* y *Ana Karenine*.

Y tengo esta esperanza, porque al cerrar la serie de escasísimas noticias que me entrega, con algún remordimiento de que sean tan pocas, dice: «Como usted ve, nada de esto merece que se le cuente al público; se lo digo por carecer de otras noticias de más valor, o porque las de verdadero interés son de un carácter privado y reservado, al *menos por ahora y en algún tiempo*». Si esto último quisiera decir que para algún día podíamos esperar de la pluma que trazó la historia de Monsalud, Araceli y el Amigo Manso la narración auténtica de otra vida, de donde todas esas se engendraron, si así fuera, bien podríamos perdonar hoy lectores y *biógrafo* la reserva, la modestia y los velos del insigne novelista.

Soy de los que opinan que en la historia de los hombres la de su infancia y adolescencia importa mucho, so-

bre todo cuando se trata de artistas, los cuales casi siempre siguen teniendo mucho de niños y adolescentes. En rigor, ser artista es... seguir *jugando*. Las mujeres, los adolescentes y los artistas... y algunos locos, entienden de cierta clase de intereses del alma, que son letra muerta para los banqueros, los hombres de Estado y ¡qué lástima!, hasta para los sacerdotes, las más veces.

Y...nada sabemos de la infancia ni de los primeros años de pubertad de Pérez Galdós. Él no dice más que esto: «que en el Instituto estudió con bastante aprovechamiento». «Nada se me ocurre decirle —añade— de *mis primeros años*. Aficiones literarias las tuve *desde el principio*, pero sin saber por dónde había de ir».

¿Cuál es el *principio* a que Galdós se refiere? ¿A qué edad hace él remontarse ese amanecer de sus aficiones?

No lo sé, ni me decido en este punto a aventurar conjeturas. En todo caso, no creo que haya sido un niño precoz, ni a lo Pascal y a lo Pope, ni menos cual esos otros que parecen pedantes en miniatura, como Alcalá Galiano, enclenque y petulante, coplero a los cuatro años, según nos refiere él mismo. Si alguna precocidad hubo en Galdós, debió de ser de esas recónditas en que la observación callada y la fantasía solitaria hacen el gasto. No debió de ser novena maravilla para deudos y amigos, ni mono sabio, ni flor temprana de estufa, sino más bien amigo del aire libre, alumno asiduo y entusiasta de lo que llaman nuestros vecinos «l'école buissonnière», la que cantó Víctor Hugo en muchas de sus novelas épicas, y especialmente en la famosa poesía *Las feullantines de Rayos y Sombras*. Ni por su complexión, ni por su carácter y aptitudes físicas, muestra Galdós resabios ni consecuencias de una vida antihigiénica en la infancia; ni tampoco la índole de sus cualidades de artista nos habla de prematuras fatigas intelectuales ni de hipertrofias del sentimiento o de la voluntad en los primeros lustros o en la edad crítica.

Pero confieso que no es de mi gusto insistir en tales cavilaciones y conjeturas, cabiendo en ellas tanta inexactitud y estando ahí el objeto de estos cálculos para reírse de ellos si van descaminados, como es posible.

Sin embargo, ni en esta materia, ni más adelante, se puede prescindir de entrar en inducciones para suplir, hasta cierto punto, la falta de noticias seguras.

Aunque también es cierto, que esta libertad no es muy amplia, pues hay que irse con tiento al conjeturar y suponer hechos, ideas, inclinaciones, etcétera, etc., por varias razones, unas de prudencia y otras de insuficiencia.

Es claro, que aun en el caso de que fuera yo zahorí para reconstruir la vida de Galdós, por dentro y por fuera, con lo que él es actualmente y con lo que de él puede adivinarse en sus libros, no había de penetrar en lo que él quiere tener reservado, *por ahora al menos*. Pero además, existe insuficiencia de medios, no sólo por mis escasas facultades de *Cuvier* de almas, sino porque los novelistas, y especialmente los novelistas de la clase de Galdós, son acaso los escritores que menos se dejan ver a sí mismos en sus obras. Esa *impersonalidad* del autor, de que tanto se ha hablado, sobre todo de Flaubert acá, si era en este y algunos otros novelistas convicción sistemática, firme, seria, obedecida constantemente mejor que otros dogmas de escuela, es en Galdós todavía más natural y segura, sin obedecer acaso a propósito técnico, a una creencia estética; es más segura y natural porque nace del carácter y del temperamento. Y aquí, por vía de paréntesis, advierto al lector que empiezo a mezclar biografía y crítica, es decir, que hablando del *hombre*, ya voy diciendo algo del novelista.

Se ha dicho, en general con razón, que la novela es la *épica* del siglo, y entre las clases varias de novela, ninguna tan épica, tan impersonal como esta narrativa y de costumbres que Galdós cultiva, y que es hasta ahora la que



ha producido más obras maestras y a la que se han consagrado principalmente los más grandes novelistas. El que lo es de este género es... todo lo contrario de un Lord Byron, el cual como se ha dicho hasta la saciedad, y con razón en conjunto, viene a hablar de sí mismo en *casi* todas sus obras, y es, según frase de un crítico, como un torrente profundo que borre entre altas paredes de peñascos, en un cauce estrecho. Se ha dicho también que el gran arte es, en suma, crear almas, y se puede añadir: para el novelista propiamente *épico*, crear almas... pero no a su imagen y semejanza. Adán se parece a Jehová, Eloím demasiado, o tal vez más exactamente, Jehová se parece demasiado a Adán; aquí hay lirismo. En la novela como la escribe casi siempre Balzac, o Zola, o Daudet, y aun Tolstoi, o Gogol... o Dickens (aunque este es más lírico), o Galdós, por muy sutil que sea el análisis que se aplica a encontrar el alma del autor, en la de los personajes, hay que reconocer que los más de estos nada tienen que ver con la *realidad* psicológica del que los inventó. Cierto es que el artista, aun el más épico, siempre saca mucho de sí, *se copia, se recuerda*, pero también existe el *altruismo* artístico, la facultad de trasportar la fantasía con toda fuerza, con todo amor, a creaciones por completo trascendentales, que representan tipos diferentes, en cuanto cabe diferencia, del que al autor pudiera representar más aproximadamente. Esta facultad, que es de las más preciosas en grandes novelistas de este género, en los poetas épicos, en los grandes historiadores, y en los grandes pensadores y políticos, esta facultad la posee Galdós en grado que alcanzan pocos, y es, con la gran imparcialidad de su espíritu sereno (en cuanto cabe) lo que más contribuirá a dar larga vida a sus obras.

Por todo lo cual, no es posible, sin grandes temeridades, inducir por los libros de nuestro *autor* mucho de lo que pudo haber sido en su infancia... y más adelante. Sólo

diré en este punto, que acaso en los juegos de Araceli en la Caleta de Cádiz, en los arranques de Celipín, en la hija de Bringas y sus jaquecas llenas de fantasías, en las visiones de *Miau* mínimo y en otros fenómenos y personajes semejantes, de los 42 tomos de novela escritos por Galdós, se podría, rebuscando, y aventurando hipótesis y *transportando* circunstancias, encontrar algo de la niñez del que es hoy *don Benito* para sus íntimos.

De lo que no hay ni rastros en sus novelas es del sol de su patria; ni del sol, ni del suelo, ni de los horizontes; para Galdós, novelista, como si el mar se hubiera tragado las Afortunadas. Este poeta que ha *cantado* al mismísimo arroyo Abroñigal, y que se queda extasiado —yo le he visto— ante el panorama que se observa desde las Vistillas; que cree grandioso el Guadarrama nevado (como D. Francisco Giner) jamás ha escrito nada que pueda hablarlos de los paisajes de su patria; no sueña con el sol de sus islas... a lo menos en sus libros. Jamás ha colocado la acción de sus novelas en su tierra, ni hay un solo episodio o digresión que allá nos lleve; es en este punto Galdós todo lo contrario de Pereda, su gran amigo, que se parece al Shah de Persia en lo de llevar siempre consigo tierra de su patria. Aun sin trasladar a las Afortunadas a sus personajes, podría Galdós decirnos algo de las impresiones que conserva, como poeta que de fijo fue en sus soledades y contemplaciones de adolescente, de los paisajes de la patria: pero como es el escritor más opuesto, en todos sentidos, a lo que llamamos el *lirismo*, en la acepción más lata y psicológica; como en vez de hacer que sus personajes se le parezcan pone todos sus conatos en olvidarse de sí por ellos y ser, por momentos, lo que ellos son (siguiendo en esto el buen ejemplo de Dickens que hasta imitaba, ensayándose al espejo, las facciones y gestos de sus *criaturas*); no hay ocasión en ninguna de las obras de nuestro novelista para esos saltos de la fantasía por encima de los

mares y de los recuerdos, Galdós, en suma, es en sus obras completamente peninsular. La patria de este artista es Madrid; lo es por adopción, por tendencia de su carácter estético, y hasta me parece... por agradecimiento. Él es el primer novelista de verdad, entre los modernos, que ha sacado de la corte de España un venero de observación y de materia romancesca, en el sentido propiamente realista, como tantos otros lo han sacado de París, por ejemplo. Es el primero y hasta ahora el único. A Madrid debe Galdós sus mejores cuadros, y muchas de sus mejores escenas y aun muchos de sus mejores personajes. Si los novelistas se dividieran como los predios, se podría decir que era nuestro autor novelista *urbano*.

Aunque en una y otra de sus obras nos habla del campo, especialmente en *Gloria* y en *Marianela*, y a saltos en muchos de sus *Episodios nacionales*, bien se puede decir en general que Galdós no es principalmente paisajista, como lo es, por ejemplo, su amigo el insigne Pereda. Y por cierto que esta palabra paisajista, muy usada en el sentido traslaticio, tomándola de la pintura para la poesía, no es exacta en el sentido que yo quiero exponer aquí; el escritor paisajista es el que ve en la naturaleza el panorama y también el *modelo* de retórica, el que habla de la naturaleza a lo pintor, y así tan sólo. Pero hay algo más que esto en el poeta de la naturaleza, que no sólo la *pinta* sino que la siente *por dentro*, pudiera decirse; ve en ella, además del cuadro, una música, una historia, casi casi un elemento dramático. En Pereda, en Tolstoi, v. gr., hay todo eso. Galdós no es así; si pinta bien el cielo, los horizontes, montañas, mares, valles y ríos, árboles y mieses, no es por especial vocación y con preferencia y con lo más exquisito de su arte, sino cuando el caso necesariamente lo pide, y porque su gran imaginación y pluma hábil se lo dejan describir bien todo. Pues por todo eso, por no ser Galdós paisajista, o mejor *naturalista* (ya se

comprende en qué concepto hablo ahora) no hay en sus libros reminiscencias de su patria. No se trajo este poeta, pegada a la retina la imagen del sol de sus islas. Por eso no desprecia los gorriones, ni los chopos ni las demás vulgaridades de la naturaleza *burguesa*, podría decirse, que se encuentra en los alrededores de Madrid v. gr., como despreciaba sus similares de París Teófilo Gautier, refiriéndose a un poeta que había vivido en Oriente.

Podría resumirse en un rasgo general (no rigurosamente exacto, pero sí comprensivo de lo más de la idea) lo que vale la naturaleza en las novelas de Galdós, diciendo que es... *el lugar de la escena*, que representa esto o lo otro. La naturaleza en sus libros rara vez aparece sola, cantando esa gran música instrumental en que el hombre no interviene, o entra a lo sumo como accidente en la general armonía; y esto mismo se da la mano con la calidad del eminente *antilirismo* que ya he notado en el arte de Galdós. Como *la Odisea*, a pesar de ser una serie de viajes por el Mediterráneo, no pinta la hermosa naturaleza sino como fondo del retrato de Ulises, y casi también como en Shakespeare, la naturaleza *decorativa* acompaña al hombre para acabar de explicarlo, para darse asunto en que muestre cómo vive, cómo siente, cómo piensa, así en la novela de Galdós, las llanuras de Castilla, las montañas del Norte y los horizontes claros y los cielos puros de Andalucía acompañan a sus personajes, y por ellos salen a plaza, y a ellos se subordinan en el orden estético, siendo, en fin, todo lo contrario de lo que viene a suceder, v. gr., en *El sabor de la tierruca*, de Pereda, para dar un ejemplo de que todos pueden acordarse.

Dicho todo esto, en digresión más o menos enlazada con el hilo del discurso, queda visto lo necesario para comprender por qué no hará mucha falta en un novelista como Galdós conocer muy a fondo y con pormenores lo que fue de su vida en su tierra y lo que aún ve de ella,

cuando cierra los ojos y recuerda la niñez y la adolescencia, ya lejanas.

«Vine a Madrid el 63 y estudié la carrera de leyes de mala gana (la historia eterna de los españoles que no han de ser Gamazos); *allá*, en el Instituto, fui bastante aprovechado; aquí todo lo contrario. Tengo una idea vaga de que en los tres o cuatro años que precedieron a la revolución del 68 se me ocurrían a mí unas cosas muy raras. Hice algunos ensayos de obras de teatro, todo bastante mediano, excepto una cosa que me parece que era menos mala, si bien me alegro de que no hubiera pasado de las Musas al teatro; y el 67 se me ocurrió escribir *La Fontana de Oro*, libro con cierta tendencia revolucionaria. Lo empecé aquí y lo continué en Francia; al volver a España, hallándome en Barcelona, estalló la revolución, que acogí con entusiasmo. Después, estuve algún tiempo como atortolado, sin saber qué dirección tomar, bastante desanimado y triste (no siendo exclusivamente literarias las causas de esta situación de espíritu). En aquel tiempo (del 68 al 72) era yo punto fijo en el Ateneo viejo, pero me trataba con poca gente; apenas hablaba con dos o tres personas». Esto lo ha declarado de diferentes formas y a diferentes medios, ni él mismo «recuerda» su proceso.

Por este tiempo a que Galdós se refiere en las anteriores líneas, que copio de una de sus cartas en que más quiso decirme, fue cuando le conoció don José Pereda, la otra columna de Hércules de nuestra novela contemporánea. Creo que el lector verá con gusto que yo deje al mismo Pereda la palabra. Nadie como él puede decir su primera impresión al encontrar al que había de ser su compañero de armas y de glorias, amigo de veras y constante, con esa clase de afecto y simpatía que no suelen abundar en las relaciones privadas de los artistas, y menos en las íntimas, secretas y de pura intención. Pero hable Pereda, y Dios le pague en la medida que yo se lo agra-

dezcó las noticias y observaciones con que me regaló hace pocos días el ilustre autor de *La puchera*:

«...Le mando estos cuatro garabatos en respuesta, o mejor dicho, en cumplimiento del encargo que me hace usted en su carta del 12, y siento que sea tan apurado ya el plazo, porque el tema ese merece larga plática, que yo *echaría* con gusto, porque tengo el corazón repleto del asunto. Relatado al vuelo, queda reducido a muy poco, lo que podrá usted ver en la semblanza mía, hecha por Galdós, que precede a *El sabor de la tierruca*. Él no había publicado más que *La Fontana de Oro* y algunos artículos literarios que a mí me gustaban mucho, muchísimo. Yo era a la sazón padre de la patria, y había echado al mundo las dos series de *Escenas montañosas*, muy conocidas de Galdós. Un día de verano del 71, esperaba yo en el vestíbulo de una fonda de esta ciudad a que bajara un amigo mío a quien había avisado que le esperaba allí. Maquinalmente me puse a leer la lista de huéspedes que tenía delante, y vi que uno de ellos era don Benito Pérez Galdós. Con ánimo de visitarle pregunté por él inmediatamente a un camarero que pasaba. «Ahí le tiene usted», me respondió señalando a un joven vestido de luto que salía del comedor. Me hice cruces mentalmente, porque no podía imaginarme yo que tuviera menos de cuarenta años un hombre que se firmaba *Pérez Galdós*, y además *Benito*, y además hablaba de los tiempos de D. Ramón de la Cruz y de la *Fontana de Oro* como si los hubiera conocido. Yo tenía entonces treinta y ocho años.

«Hablando hablando, resultó que nos sabíamos mutuamente de memoria, y desde aquel punto quedó arraigada entre nosotros una amistad más que íntima, fraternal, que por mi parte considero indestructible, cuando lejos de entibiarse con las enormes diferencias políticas y religiosas que nos, *dividen*, más la encienden y estrechan a medida que pasan los años. Yo me explico este fenómeno por la

admiración idolátrica que siento por el novelista y por la índole envidiable de su carácter dulcísimo; pero ¿cómo se explica en él la *fidelidad* que me guarda y el cariño con que me corresponde? En fin, que no acabaría si me pusiera a escribir sobre este tema. Todos los veranos nos vemos aquí (en Santander). En algunos de ellos me ha proporcionado el regaladísimo placer de pasar unos cuantos días conmigo en Polanco. Nuestra correspondencia epistolar ha sido frecuentísima durante algunos inviernos, y muy rara la carta en que hemos tratado en serio cosa alguna; y tanto de esas correspondencias como de nuestras conversaciones íntimas, he deducido siempre, que fuera de la política y de ciertas materias religiosas, en todas las cosas del mundo, chicas y grandes, estamos los dos perfectamente de acuerdo. ¿Será este el vínculo que más nos une y estrecha? Un detalle curioso: Galdós, que sería capaz de quedarse *en cueros vivos* por mí, no me regala sus obras cuando las publica, sin duda por no tomarse la molestia de empaquetar los ejemplares y mandarlos al correo...».

He copiado todo lo anterior porque pinta a Galdós... y al retratista. Quiere explicarse Pereda como a pesar de las diferencias religiosas se quieren tanto él y Galdós; pues es porque la vida del espíritu es para las almas dignas de tan hermoso nombre, lo que era la milicia para Calderón de la Barca, una religión de hombres honrados. Menéndez y Pelayo defendiendo con entusiasmo a Galdós en la Academia, y diciendo de Lord Byron: «Espíritus dotados de tal energía, sea cualquiera el cauce por donde le han hecho correr, tienen en su propia fuerza inicial un título aristocrático que se impone a todo respeto», es un capitán de esa milicia, un sacerdote de esa religión de *espíritus enérgicos*. Galdós y Pereda son los Dioscuros del arte realista moderno en España, y a pesar de moverse en escenario muy diferente la fantasía de cada cual, ofrecen muchas afinidades sus ingenios. Si se me dice quién son en nues-

tras letras contemporáneas los artistas más inspirados por la vida real, menos sistemáticos, más genuinamente españoles, por cuanto representan no el purismo arcaico, sino el genio español tal como debe ser en estos días, respondo que Galdós y Pereda. Y si se me dice quién son los artistas de pluma menos vanidosos, menos *mujeres*, más sinceros, llanos, modestos y de veras cariñosos, respondo: Galdós y Pereda. Lo cual no quiere decir que no reconozca las mismas cualidades en otros pocos, pero en grados distintos.

*La Fontana de Oro*, aunque bien acogida, no tuvo por lo pronto todo el buen éxito que merecía, y muchos no la leyeron hasta que la fama del autor fue creciendo, gracias a los *Episodios Nacionales*. Pero a *La Fontana de Oro* le pasa lo que a las primeras novelas de los *Rougon Macquart* de Zola, que son excelentes, a pesar de no haber llamado la atención al principio más que de los pocos hombres de gusto que no aguardan para saborear lo bueno a que la fama lo sancione. Flaubert leía con deleite la *Conquista de Plassans*, cuando apenas se hablaba de Zola, cuando ni un solo artículo se consagraba a esta novela. En España también pasaba lo mismo, *La Fontana de Oro* deleitaba a un juez experto y de gusto, don Francisco Giner, por ejemplo, pero no daba a su autor todo el renombre que merecía desde luego. Tal vez esto contribuía a las vacilaciones y a la inquietud moral del novelista. De estas *dudas de la conducta*, de esta impaciencia nerviosa que producen los tanteos de una vocación que no se reconoce a sí misma por completo y con exactitud, algo nos dice, por reflejo, Salvador Monsalud, el protagonista de la segunda serie de *Episodios Nacionales*. Él también estaba seguro de servir para algo, y no sabía qué, y de todo probaba, y era político, y guerrero... y filósofo a su modo, y hasta ensayaba en el piano sus cualidades musicales... hasta acabar por romper las teclas con un martillo. «En



aquella época se me ocurrían a mí unas cosas muy raras», nos dice más arriba Galdós, y estas cosas debieron de ser comezón de la voluntad, tanteos ideales de su fortísimo temperamento de artista, algo semejantes a los de Monsalud.

Acaso, acaso, ante la Revolución y la indiferencia del público por las cosas del arte, Galdós soñó en ser hombre de acción, como soñó toda la vida Byron que despreciaba a ratos en sí mismo, al *hablador*, al *poeta*, y como soñaba Stendhal, cuyo santo patrón, no era Homero, ni Dante, sino Napoleón I. Y es posible que el propósito, al principio para el mismo Galdós oscuro, indeciso, de escribir la historia novelesca de nuestra *epopeya* nacional del presente siglo, fuese en parte como una derivación de aquel prurito activo del entusiasta de la revolución y del joven ensimismado, *de luto* y triste a quien se le ocurrían aquellas cosas raras. Hay también un modo de ser *hombre de acción* en el arte, y las novelas de Galdós revelan al artista de este género; Galdós generalmente no profundiza en el sueño, en la vaga idealidad, sino en la vida social y en la moral, pareciéndose en esto último a muchos escritores ingleses, que por cierto él estima grandemente. Los *Episodios Nacionales* fueron populares en seguida porque, si no en los primores de arte que hay en muchos de ellos, en lo principal de su idea y en las brillantes, interesantísimas cualidades de su forma pudieron ser comprendidos y sentidos por el pueblo español en masa. Galdós no debe su gran popularidad a vergonzosas transacciones con el mal gusto vulgar, sino al vigor de su talento, a la claridad, franqueza y *sentido práctico* y de justicia que revelan sus obras. En muchas de estas, especialmente en las escritas desde *La Desheredada* inclusive, acá, hay mucho más de lo que puede ver un lector distraído, de pocos alcances en reflexión y en gusto, pero en todas hay además ese gran *realismo del pueblo*, esa feliz concordancia con lo sano y

noble del espíritu público, que lejos de ser una abdicación del artista verdadero, es señal de que pertenece su ingenio a las más altas regiones del arte, de que es de aquellos que la historia consagra, porque sin dejar de ser grandes solitarios cuando suben a las cumbres misteriosas del Sinaí de la poesía, bajan también, como el Moisés de la Biblia, a comunicar con el pueblo, y a revelarle la presencia de los *Eloim*, que han sentido en las alturas...

«El año 1873 —dice Galdós en el documento citado— escribí *Trafalgar*, sin tener aún el plan completo de la obra; después fue saliendo lo demás. Las novelas se sucedían de una manera... *inconsciente*. *Doña Perfecta* la escribí para la *Revista de España*, por encargo de León y Castillo, y la comencé sin saber cómo había de desarrollar el asunto. La escribí a empujones, quiero decir, a trozos, como iba saliendo, pero sin dificultad, con cierta afluencia que ahora no tengo». Esta *falta de conciencia* al escribir, y esta falta de plan de que habla Galdós, recuerdan los primeros libros de Daudet, que también *salieron* así, como quiera, es decir, como quería la rica vena de la juventud vigorosa segura de sí misma, de su abundancia y fuerza. Tanto en Daudet como en Galdós, las obras de la edad madura no salieron *tan fácilmente*, los dos se quejan de que les cuestan ahora más trabajo; pero esto consiste en que los productos del ingenio maduro y reflexivo, para ser de más peso y trascendencia necesitan más *conciencia* de lo que se hace, aunque sea sin contar ya la graciosa y descuidada espontaneidad de la juventud del artista, que ha de ser un gran maestro. Y con todo, esa *Doña Perfecta* que salió a empujones, muchos la consideran, yo no, como una de las obras más perfectas, mejor compuestas de su autor insigne.

Pero ya llegamos a *Gloria*; esta sí que es para muchos, para los más, la novela de las novelas de Galdós; a lo menos fue la que le dio más *gloria*, y no sé si dinero, la que

le puso a la altura de los primeros novelistas en el concepto de la mayoría. Pues todavía, a pesar de todo eso, no aparece en *Gloria* el autor paciencioso y reflexivo que trabaja una novela, como una cosa seria y que no se hace todos los días ni cada pocos meses, según con mucho juicio advierte el mismo Daudet a los que le llaman perezoso. Oigamos a Galdós:

«*Gloria* fue obra de un entusiasmo de quince días. Se me ocurrió pasando por la Puerta del Sol, entre la calle de la Montera y el café Universal; y se me ocurrió *de golpe*, viendo con claridad toda la primera parte. La segunda es postiza y *tourmentée*. ¡Ojalá no la hubiera escrito! X... tuvo la culpa de que yo escribiera esa segunda parte, porque me dijo (¡demonio de críticos!) que debía sacar las consecuencias de la tesis y apurar el tema».

Nada dice Galdós de cómo nació *Marianela* ni los datos (si estos son datos) que ha querido comunicarme añadan más a lo dicho, sino que «desde *La desheredada* acá ha ido advirtiéndome que cada vez le cuesta más el trabajo, sin duda por ser más reflexivo...».

Agotada, por ahora, la fuente de las noticias auténticas, todo lo demás que yo pudiera decir de oídas de la poco accidentada vida de Pérez Galdós, sería repetición de lo que han dicho los periódicos que en épocas distintas publicaron artículos biográficos del que ya todos o casi todos llaman primer novelista español. Por esos artículos saben los lectores que el autor de *El amigo Manso* fue periodista, que *militó* desde joven, del modo que su carácter, género de vida y aficiones se lo consintieron, en el partido liberal monárquico, en el cual figura todavía, hoy en calidad de diputado a Cortes por Puerto Rico. Saben todos también que Galdós no es amigo de exhibiciones ni reclamos, que se retira temprano, no va al teatro, que le da jaqueca; ni tampoco frecuenta lo que llamamos el gran mundo, aunque tiene buenas relaciones en las clases más

altas... Prefiero, a dar una edición más de esta clase de notas biográficas, terminar por esta vez mi cometido hablando de *mi* Galdós, es decir, del que yo conozco, trato, quiero y admiro.

Galdós llegó a mi admiración y a mis simpatías, como a las de casi todos sus lectores, ganándose por la excelencia intrínseca de sus obras este homenaje espontáneo. Tiene razón Pereda; el *Benito Pérez Galdós* no sonaba a gran artista, joven y original y revolucionario de la novela. Era yo estudiante de Filosofía y letras en Madrid, cuando por vez primera me fijé en el nombre de Pérez Galdós leyendo en una librería la cubierta del *Audaz*, segundo libro del escritor que entonces me figuraba como un constitucional que en sus ratos de ocio escribía obras de *vaga y amena* literatura. Enfrascado en la lectura de filósofos y poetas alemanes, me parecían entonces poca cosa muchos de mis contemporáneos españoles... a quienes no leía. Ya iban publicados varios *Episodios Nacionales* cuando caí en la cuenta de que debía leerlos... Y a los pocos meses era yo, sin más recomendación que estas lecturas, el primer admirador de aquel ingenio tan original, rico, prudente, variado y robusto que prometía lo que empezó a cumplir muy pronto: una restauración de la novela popular, levantada a pulso por un hombre solo.

Conocí a Galdós en el Ateneo, en el Ateneo *nuestro*, el antiguo, el bueno, el de Moreno Nieto y Revilla; en el salón de retratos. Vi ante mí un hombre alto, moreno, de fisonomía nada vulgar. Si por la tranquilidad, cabal y seria honradez que expresa su fisonomía *poco dibujada* puede creerse que se tiene enfrente a un benemérito comandante de la Guardia civil, con su bigote ordenancista; en los ojos y en la frente se lee algo que no suele distinguir a la mayor parte de los individuos de las armas generales ni de las especiales. La frente de Galdós habla de genio y de pasiones, por lo menos imaginadas, tal vez contenidas; los

ojos, algo plegados los parpados, son penetrantes y tienen una singular expresión de ternura apasionada y reposada que se mezcla con un acento de malicia... la cual mirando mejor se ve que es inocente, malicia de artista. No viste mal... ni bien. Viste, como deben hacerlo todas las personas formales; para ocultar el desnudo, que ya no es arte de la época. No habla mucho, y se ve luego que prefiere oír, pero guiando a su modo, por preguntas, la conversación.

No es un sabio, pero sí un *curioso* de toda clase de conocimientos, capaz de penetrar en lo más hondo de muchos de ellos, si le importa y se lo propone. Se conoce que una de las disciplinas que menos le agradan a este literato... es la retórica. Es todo lo contrario de esos *bombres de letras* que en su vida han hablado en sus papeles más que de papel impreso o manuscrito; es de los artistas que no aman el material por el material. Si hubiera modo de ser novelista por señas, lo sería. Aunque en sus obras abundan los párrafos numerosos, pintorescos, llenos de colores, no hay aquí más que una válvula para otras tantas ideas e imágenes, no el prurito del período sonoro y rotundo, ni menos el afán pictórico-literario de hacer de las nueve o diez partes de la oración una paleta de colores. Cuando Galdós escribe mejor es cuando no piensa siquiera en que está escribiendo, y cuando tampoco el lector se fija en aquel intermediario indispensable entre la idea del autor y el propio pensamiento. Y Galdós escribe casi siempre así, y se puede decir que escribe... como viste, sin asomos de pretensiones, y porque no hay más remedio que escribir para explicarse. Su conversación no tira a ser chispeante, pero pocas veces deja de insinuar, si se trata de asuntos de importancia, algo que, si de pronto no brilla ni impresiona mucho, se va haciendo camino en nuestro espíritu y se hace recordar mucho tiempo después. Lo de *latet anguis in herba* se puede decir del ingenio de

Galdós. Nadie como él para engañar a los tontos que no ven el talento sino cuando viste uniforme, cuando enseña bordaduras y cimera que hieren los sentidos. Lo mismo que con él sucede con sus libros, cuya profundidad no quieren o no pueden conocer muchos, porque el autor no se lo anuncia con tecnicismos de estética o de sociología o de cualquier otra cosa de cátedra, ni tampoco con amaneramientos filosóficos o sentimentales, o declamatorios o populacheros.

Si hubiéramos de juzgarle por comparaciones, creo que se podría recordar, como el más semejante al de sus obras, el espíritu que predomina en los artistas ingleses de la novela, y aun en general se podría añadir que Galdós tiende a ser como varios personajes de sus últimas novelas, un español a la inglesa. Sus viajes más frecuentes al extranjero van a parar a Londres, y sus lecturas favoritas son ahora las novelas inglesas... y los libros de ciencia positiva, de aplicación inmediata. Y ya que llego a estas materias, y llego con prisa porque el espacio se acaba, *extenderé* una especie de padrón espiritual de *Don Benito*, guiándome por las señas de lo que yo he observado, y prescindiendo de amplificaciones que serían convenientes, pero que ya no caben en los estrechos límites de este folleto.

Galdós es hombre religioso; en momentos de expansión le he visto animarse con una especie de unción recóndita y pudorosa, de esas que no pueden comprender ni apreciar los que por oficio, y hasta con pingües sueldos, tienen la obligación de aparecer piadosos a todas horas y en todas partes. De este principalísimo aspecto de su alma nos hablan, por modo artístico, varios personajes y escenas de sus novelas, por ejemplo, y sobre todo, ciertos misticismos muy bien sentidos y expresados de *La batalla de los Arapiles*, y singularmente aquel Luis de Gonzaga de *La familia de León Roch*, cuando próximo a

la muerte, desde su jardín contempla el cielo estrellado, detrás del cual está el Dios de su fe de santo. Pero Galdós, fiel a su espíritu *inglés*, hasta para la religión prefiere el lado práctico de las cosas; y así, *Doña Perfecta* y *Gloria* particularmente, y el mismo *León Roch*, en general tratan la cuestión de las cuestiones, la religiosa, como interés humano, como asunto sociológico. Igual tendencia lleva a la filosofía, que también, es claro, anda a cada paso por sus novelas, con los disfraces de la poesía, indispensables para que se pueda transigir con ella en el arte. La filosofía de Galdós no es *positivista*, pero sí *positiva*, en el sentido de referirse a sus elementos éticos, *políticos* y físicos principalmente. La especulación por la especulación, el ensueño poético filosófico no es de su gusto; la ciencia la quiere Galdós para algo práctico; el interés de la filosofía está en su aplicación a la conducta de los hombres... ¿Y el amor?

El único dios pagano que queda y que tanto tiene que ver, bien sentido, con filosofías y aspiraciones religiosas, el amor, ¿qué es de él en este novelista? Pues sólo puedo decir que yo no sé si en la vida tuvo novia mi ilustre amigo, que me ha contado muchas cosas... de otros, pero jamás sus *primeros amores*, ni los demás de la serie, si la hubo. Y en este terreno las conjeturas pecarían contra la prudencia. Sin embargo, diré que si pudiera ser ley psicológica del artista que a la larga su fantasía fuera a reproducir los sueños de sus preferencias, la mujer que más le gusta a Galdós, acaso la que vive en su recuerdo, y no sé si en algo más que el recuerdo, es la que se parece a María Egipcíaca por la hermosura del rostro, pero más a Camila y a Fortunata por el espíritu; mujer muy española, de rompe y rasga hasta cierto punto, honrada por temperamento, suelta de modales, sin que lleguen a libres, la mujer más lejana de lo que llaman el *cant* en Inglaterra; porque Galdós, a mi juicio, iría a la Gran Bretaña por

costumbres, política y hombres... pero no por mujeres. Siguiendo el orden de lo que llaman *en la escuela* los fines racionales, viene después del amor (con que la escuela no cuenta) el arte... ¿Qué opina y siente Galdós del arte? Pues opina que se les debe dejar a los artistas. Sentencia que: explica latamente y con garbo Menéndez y Pelayo al poner, en su *Historia de las ideas estéticas en España*, como chupa de dómine al jesuita Jugmann. Pero Galdós no admite de buen grado a los críticos en el santuario, y en esto hace mal, pues deben entrar en él también los que además de críticos, sean artistas, como, v. gr., el citado Menéndez y Pelayo. A la música ha sido, y creo que es todavía, muy aficionado nuestro Autor; cuando era estudiante, y tal vez algún tiempo después, era *punto fijo*, como él dice, en el Real, probablemente en el Paraíso, del cual conservan recuerdos sus obras, singularmente *Miau*, un apodo creado en aquellas altas y filarmónicas regiones. En *La desberedada* hay todo un himno de grandiosa y vehemente poesía a una de las obras maestras de la música clásica; y por último, el obispo Lantigua de *Gloria* es el símbolo de los aficionados de corazón y sin oído, de la divina Euterpe: el pánfilo de la música, porque la adora sea como sea; manera de entenderla que tiene su filosofía, y que tal vez se da la mano con el wagnerismo de los últimos wagneristas, los que dicen que Wagner no lo era. Respecto de la pintura, baste decir que Galdós dibuja más que medianamente, que él mismo ha ilustrado algunos de sus *Episodios Nacionales*, y que hace años, allá en Santander, por el verano, tomó en serio el hacer acuarelas con todas las reglas y todos los chismes del arte.

De la escultura, que es el arte que Cánovas del Castillo encuentra más distinguido, no sé lo que piensa Galdós. Supongo que pensará que no tenemos escultores y que por eso le gusta a Cánovas. Llegamos, o mucho me equivoco, al *fin económico*, y aquí sólo hay que decir que



Galdós es de los pocos españoles que pueden vivir con relativa holgura de lo que escriben, entendiendo por escribir el hacerlo como Dios manda y en puro arte de las letras. Sus libros, sobre todo la edición ilustrada de los *Episodios*, le han dado pretexto para viajar por toda España, creo que sin excepción de una provincia. Galdós prefiere a Santander para el verano, a Zaragoza para los días heroicos y a Sevilla para siempre y para soñar con ella... y a San Sebastián para maltratarlo como buen santanderino *de verano*. Del *fin político* no hay que hablar; ya he dicho que es Galdós diputado por Puerto Rico, y sigue la política liberal monárquica. Opina que *esto es una pérdida*, como opinamos todos, desde el príncipe o capitán general altivo hasta el que pesca en ruín barca, o sea un cacique de campanario; pero añade Galdós que desde que ve la política española de cerca se ha convencido de que, si esta *manifestación de la actividad* anda mal y tiene grandes vicios, no está peor que otras muchas *manifestaciones*. Y también en esto acierta. Y ahora llegamos al *fin...* es decir, al fin de este folleto, porque dejo en el tintero muchas cosas que diría a tener más espacio disponible. Si algún día logro reunir más datos, diré lo que me falta. Y perdone Galdós por esta vez. Puede ser que al verse tan maltratado, o mejor, tratado tan mal, parodiando al otro, se diga: «¡Dichosos los pueblos y los Commelernas que no tienen historia!».

## II

### El principio y *La Fontana*

*P*or estos tiempos Galdós y la escritora Emilia Pardo Bazán tornaron su relación en algo más que una amistad. Fueron compañeros de viaje y de letras. Fieles amigos emprenden esta interviú por las calles de Madrid antes de subir a su pisito de la calle de la Palma, Palm Beach como así lo llamaban en secreto y no era para menos, ambas figuras eran muy conocidas en Madrid.

*La escena se presenta con una butaca de espalda al público iluminada bajo un cenital que paulatinamente irá dando la vuelta con un Galdós de gafas oscuras, ya en su madurez.*

*Hay sombras de mujeres que permanecen como estatuas.*

*Piano de cola con un pianista (éste pianista puede o no intervenir en la conversación)*

*El ciclorama presentará un recorrido por diferentes ru-tas a pie hasta esa calle. Se verán unos pies femeninos y otros masculinos caminando al unísono*

**Aparece en escena doña Emilia Pardo Bazán**  
**Galdós aparece sentado en su butaca. Un cenital de luz recubre su figura**

Emilia Pardo Bazán.— Mi querido Benito, tengo que hacer estas preguntas. Tengo que completar el cuestionario que me han solicitado para diversos periódicos, en concreto *Por esos mundos*, de modo que dejaremos de tutearnos para que sea...más firme, más convincente nuestro diálogo, así voy recopilando respuestas. Me gustaría que además habláramos de literatura. ¿Dónde nació usted?

Galdós.— Me parece muy bien, todo lo que salga de su inteligente cabeza. Bienenn. Nací, nací, en Las Palmas, por si a alguien le quedan dudas, ¡ah! Y diga usted que soy partidario de la división de las Canarias. Cuando yo era chico ya hubo allí jaleo por lo de la división. Es un pleito antiguo, que los Gobiernos habrán de resolver pronto y en el sentido que pide el pueblo. Si no, es muy posible que tengan que sentir...

Emilia Pardo Bazán.— ¿Qué ideas religiosas tenían sus padres?

Galdós.— Católicos, pero sin fanatismos, que allí en mi tierra no se conocen ni son posibles. Allí la influencia inglesa hace que haya una gran tolerancia. Hubo un obispo que quiso llevar allí el fanatismo de la península y no pudo conseguirlo. En cambio, el obispo que hay ahora es una gran persona. De mucho talento...muy bueno.

Emilia Pardo Bazán.— ¿Qué edad tenían sus padres cuando usted nació?

Galdós.— ¡Uy!, no lo sé. Yo fui el menor de los diez hijos que tuvieron. ¡ah! Sepa usted que mi abuelo materno era secretario del Tribunal de la Santa Inquisición, existente entonces. Era de Azpeitia. Eso es muy interesante: ¡Llevo sangre de inquisidores!

Emilia Pardo Bazán.— Yo creo que en España todos la llevamos, por desgracia. ¿Dónde fue usted bautizado?

Galdós.— En la iglesia de San Francisco, que fue un convento...aguarde usted. Voy a decirle una cosa curiosa. Cuando he oído el tañido de sus campanas siempre he sentido una emoción entre triste y dulce. Su son no lo confundiría con ninguno. Lo distinguiría entre cien que tocasen a un tiempo.

Emilia Pardo Bazán.— Esta es obligatoria: ¿Dónde pasó su infancia?

Galdós.— En Las Palmas. Allí hice mis primeros estudios. La primera escuela en que estudié fue de un inglés. Allí aprendí la lengua de Shakespeare. Yo me he criado en ese medio inglés...

Emilia Pardo Bazán.— Claro. Le mimaron mucho sus padres...

Galdós.— Muchísimo, como era el menor de diez...

Emilia Pardo Bazán.— ¿Su carácter de entonces?

Galdós.— Pues como el de ahora poco más o menos, pacífico, serio...

Emilia Pardo Bazán.— ¿era usted reservado?

Galdós.— Sí, mucho, igual que ahora.

Emilia Pardo Bazán.— En efecto, sigue siéndolo, todos los madrileños lo saben. Distraído a ratos, unas veces atento, otras pensativo. ¿Naturaleza?

Galdós.— Enfermiza, naturaleza regular. Me crié malucho, siempre padecía unos catarros que me podían hasta la muerte. Fui de desarrollo tardío...Aquí en Madrid fue donde me curé y donde me desarrollé muy deprisa. El clima, querida amiga, el clima.

Emilia Pardo Bazán.— ¿Aprendió usted pronto a leer y a escribir?

Galdós.— Sí, ponga usted que era precoz y mi temperamento siempre muy nervioso.

Emilia Pardo Bazán.— ¿Qué enseñanza prefería usted las Ciencias o las Letras?

Galdós.— Las Letras. Ponga usted que he tenido dos odios iguales: a las Matemáticas y al Derecho...también estuve en el Colegio de San Agustín, así se llamaba.

Emilia Pardo Bazán.— ¿Qué entretenimientos o qué recreos eran sus predilectos?

Galdós.— La música y el dibujo.

Emilia Pardo Bazán.— Una muestra de la gracia, de la intención y de la corrección que poseía, para el arte del dibujo lo incluiré aquí en mis apuntes, en el que aparecen varios tomados de uno de sus álbum...su hermana me lo procuró don Benito.

## Se proyectan algunos de los dibujos de Galdós estudiante

Emilia Pardo Bazán.— ¿Y el teatro?

Galdós.— También me gustaba mucho. Allí había un teatro muy malo y pequeño. Después lo han transformado y alguien me dijo que llevaría mi nombre. Por ahí han pasado las mejores compañías. Y lo habrá usted oído nombrar porque allí se celebran *meeting*. ¡ah! Apunte usted que el latín lo aprendí muy bien.

Emilia Pardo Bazán.— ¿Y era usted curioso de niño?

Galdós.— Me parece que sí, tanto como lo soy ahora.

Emilia Pardo Bazán.— ¿Qué amistades prefería usted, las de personas mayores o las de sus compañeros?

Galdós.— ¡Ptsé! Unas veces, por parecer más hombre las de los mayores, pero otras las de los chicos de mi edad.

Emilia Pardo Bazán.— Le gustaban a usted las amistades de muchachas, ¿las buscaba usted?

Galdós.— No había mucha comunicación entre los muchachos de distinto sexo. Soy hombre de mi tiempo.

Emilia Pardo Bazán.— ¿Qué amistades conserva usted de la infancia?

Galdós.— De gente que luego se ha hecho conocida. León y Castillo, el embajador de España en París. Yo, siempre que voy a París como en la Embajada. Con él

estudié la carrera de Derecho en la Universidad de aquí... por cierto ponga usted en sus apuntes que fui un malísimo estudiante de Derecho.

Emilia Pardo Bazán.— Eso no tiene nada de particular. Los grandes hombres que han sido malos estudiantes son innumerables, Napoleón I, Grant, Linneo... Swift, el caso de Zola suspenso en Retórica. ¿Cuándo vino usted a Madrid exactamente?

Galdós.— En el 65, por aquel entonces mi hermano mayor, Ignacio, que había aprobado la carrera de militar se fue a Cuba y mi familia me mandó aquí con León y Castillo aunque éste era dos años más mayor que yo. Repito que fui un mal estudiante de Derecho. Es una profesión que me inspira una antipatía grandísima. En vez de ir a clase me iba a callejear por ahí... como ya he dicho en alguna otra parte como mis *Memorias de un desmemorado*. Una de mis aficiones favoritas era ver el relevo de la Guardia de Palacio y a la parada militar... tuve por catedrático a Fernando de Castro, a Bardón, que era cura y asistía a la cátedra con sotana. Pero de todos el que me encantaba era Camus, el catedrático de literatura latina: a sus lecciones no faltaba.

Emilia Pardo Bazán.— ¿Es verdad que Bardón tenía muy mal genio?

Galdós.— Ya lo creo... a pesar de ser eclesiástico, profesaba ideas muy avanzadas, lo que le acarreó no pocos disgustos en los que con frecuencia se dejaba llevar demasiado de su carácter. Se cuenta que en cierta ocasión, discutiendo con uno de sus rivales políticos y a la vez compañero de claustro en los pasillos de la Universidad Central, no pudo contenerse y cogiendo a su interlocutor

por las piernas, pues don Lázaro era muy forzudo, lo sacó por una ventana y suspendiéndole un instante en el aire le gritó: «de aquí al infierno no hay más que unos cuántos metros, que se bajan en un instante como yo le suelte a usted».

Emilia Pardo Bazán.— ¡Qué atrocidad! Diga usted, don Benito, una pregunta: los cuentos de brujas y de apariciones y de demonios ¿qué impresión le hacían, buena o mala?

Galdós.— Me divertían...me gustaban mucho, en efecto.

Emilia Pardo Bazán.— ¿Y no le daba miedo el demonio?

Galdós.— Yo no he sido miedoso nunca. Yo siempre he sido valiente. Y lo soy. Naturalmente, no soy un impulsivo ni un provocador de cuestiones. Pero soy valiente, entendiendo por ello aquel que ha superado la cobardía.

Emilia Pardo Bazán.— ¿Era usted flojo o fuerte de voluntad? Esta cuestión cualquiera la podría resolver, Pérez Galdós es el gran hombre de voluntad de hierro, gran trabajador.

Galdós.— Fuerte...es decir, más que fuerte de voluntad, terco, muy terco, digno de haber nacido en Aragón.

Emilia Pardo Bazán.— Y sigue usted siéndolo...¿Mentía usted de niño?

Galdós.— No...es decir, mentirijillas de esas que la savia imaginación hace contar a los niños, sí contaba alguna



vez, claro. Pero era, más por *empatar* a los que mentían delante de mí, que por gusto. Eso de contar que se han visto caballos con alas o con siete cabezas, o mariposas como sombrillas, o cosas por el estilo, esas cosas nunca he sido yo el primero en contarlas. Solo cuando oía mentir a un embustero soltaba la imaginación, pero era para burlarme.

Emilia Pardo Bazán.— ¿Qué *sport* le hicieron practicar?

Galdós.— Ninguno. Iba a un gimnasio.

Emilia Pardo Bazán.— ¿Era usted glotón o sobrio?

Galdós.— Sobrio, igual que ahora. He tenido temporadas en que no cenaba otra cosa que un par de huevos pasados por agua, las comidas de fonda no me han gustado nunca.

Emilia Pardo Bazán.— Ya veo que fuma usted mucho, a todas horas, constantemente. Después del desayuno y de las comidas, enciende siempre un cartucho. En el resto del día fuma cigarros puros de veinte céntimos, de los de nueva elaboración, intercalando alguna panetela ¿pitillos? Alguno que otro, muy pocos.

Es enemigo del teléfono por las molestias que da. No ha querido instalarlo nunca en su casa para poder estar tranquilo, pues de tenerlo no le dejarían vivir, llamándole constantemente. Todos los jueves por la noche van a visitar al maestro dos paisanos suyos, Ángel Guerra y Pepe Lara. Son de confianza y don Benito los recibe aun cuando esté acostado. Dos escritores jóvenes también le visitan con mucha frecuencia, Ricardo León, Luis Bello, Pedro de Répide, Macías del Real y Pérez de Ayala, cuando no se

encuentra en Madrid. Gerardo Peñarrubia va todos los días tres veces al hotel, dependiente de la librería de Hernando.

Galdós.— Sí, son personas a quienes yo aprecio mucho, durante algún tiempo tuve a Peñarrubia a mi servicio en la administración de mis obras, en la calle de Hortaleza.

Emilia Pardo Bazán.— ¿Era usted desprendido o no?

Galdós.— Sí.

Emilia Pardo Bazán.— ¿Amigo de emperejilarse? Con respecto a su manera de vestir ya sabemos que es usted bastante despreocupado.

Galdós.— No. A mi me ha gustado siempre vestir con modestia, mejor dicho, con despreocupación y eso es una cosa secundaria que no debe interesar a la gente. Eso de tener que preocuparse de tales cosas lo he dejado para las Emilia Pardo Bazánes.

Emilia Pardo Bazán.— (*Sonriendo*) Ya, eso a pesar de que siempre aparece usted como un pincho en todos sus retratos... Por cierto, cuáles fueron sus primeras lecturas?

Galdós.— Créalo que de niño, *El Quijote* y las novelas de Fernández y González... y de Dumas.

Emilia Pardo Bazán.— ¿Influyeron en su vocación?

Galdós.— Sí.

Emilia Pardo Bazán.— ¿Era usted aficionado a las colecciones?

Galdós.— Sólo de una clase. De estampas. Tuve una colección muy grande y variada.

Emilia Pardo Bazán.— En la escuela era usted aficionado a cambios de objetos con sus compañeros, ¿ese pequeño comercio que hay entre escolares?

Galdós.— Sí, señor. Mi principal comercio era de estampas y cromos. Entonces no se conocían las postales.

Emilia Pardo Bazán.— ¿Salía usted ganancioso en los cambios o le engañaban a usted?

Galdós.— ¡Cál! Como tenía mejor gusto que ellos, yo me llevaba siempre lo mejor, lo más artístico. Mi colección de estampas era la mejor del colegio...yo entonces me figuraba que tenía un tesoro.

Emilia Pardo Bazán.— Bueno esto lo hemos podido leer con imponente realismo en obras como *La desheredada* y el ambiente de muchachos o en *Miau*, ambos textos importantes en la disciplina de la Estampa. Entonces, don Benito, refresque mi absurda memoria, llegó usted a Madrid en el 65.

Galdós.— No me acuerdo bien, probablemente oscile uno o dos años. Lo que sí recuerdo es que en el 66 cuando la cuestión de los artilleros, estaba yo aquí...vivía en la calle del Olivo. Frente a mi casa vivió Mesonero Romanos, pero en fin, de esta relación creo que ya he hablado en otro lugar., le estoy agradecido siempre a ese gran escritor que fue., y le diré lo que pienso.

Hablemos como se suele decir de cosas agradables, presentemos a los ojos de nuestros lectores cuadros que puedan distraerles. Tratémosles como si fueran niños,

contándoles historias extraordinarias y cuentos de brujería. Tratémosles como si fueran viejas, halagando sus oídos con la dulce armonía de la murmuración. Pero, ¿sabemos nosotros esas historias? ¿la chismografía madrileña nos suministrará materia para murmurar? Los cuentos que de niños nos contaron se nos han olvidado: la comidilla que hoy entretiene las parleras lenguas de la capital no nos conviene, si queremos distraer a nuestros lectores. Es por demás lúgubre y no resuena en la *Spianata* y graciosa entonación que caracteriza las murmuraciones caseras, o las habladurías de café.

Emilia Pardo Bazán.— Pues metámonos a críticos y emprendamos guerra encarnizada contra las malas comedias, las novelas saporíferas y los almanaques indigestos.

Galdós.— Pero ¿no es esta empresa superior a nuestras fuerzas? Aburriríamos a nuestros lectores con fastidiosas disertaciones de retórica mal aprendida, y al fin no lograríamos probar que hay comedias malas, novelas que producen sueño y almanaques que valen menos que los que venden los ciegos por dos cuartos. Metámonos por tanto en el terreno de la sátira y tomémosla con algunos de estos tipos especialísimos que en esta sociedad se encuentran todos los días, y sin más trabajo que dirigir la vista a los grupos de la Puerta del Sol, a los paseantes de la Castellana.

Emilia Pardo Bazán.— Estoy con usted, don Benito. Pero aunque somos excesivamente *curiosos* y excesivamente *parlantes*, no somos Mesonero Romanos, y bueno es que el ilustre académico, hábil pintor de la sociedad de 1825, permanezca solo en el dominio del género en que tanto brilla. Nosotros seríamos los más ramplones de sus imitadores, y todos estos son tan infelices, que emborro-

nan en abigarrada composición los mismos cuadros que aquel escritor distinguido sabe trazar con tan correctas líneas y tintas tan bellas.

Galdós.— Y a propósito de don Ramón Mesonero Romanos, ¡cuánto nos complace el encontrarle en la calle, dirigiéndose su curiosísima mirada hacia todo lo que ofrecen de notable los rincones de la villa! Él se pasea tranquilamente y se detiene de vez en cuando para observar un grupo, escudriñar una tienda o examinar una fábrica: detiéndose ante lo que llama su atención, y parece tener especial complacencia en analizar los bártulos de todo tenducho ambulante, los tipos de toda procesión, las escenas del día de parada o de visita a Atocha; una paternal sonrisa ilumina su fisonomía, que respira bondad y agudeza.

Emilia Pardo Bazán.— La sonrisa de la ironía no asoma a sus labios; examina más bien como quien busca bellezas que admirar que defectos que escarnecer; fija su mirada investigadora con toda la satisfacción del hombre de ingenio, que busca en tales escenas y en tales cuadros asunto apacible para alimentar su buen humor; aquella mirada es la que ilumina cuadros tan bellos como *La comedia casera*, *La visita de días* y otros.

Galdós.— Algo de la bondadosa y a la par burlona sonrisa de Rossini hay en la fisonomía del *Curioso parlante*, fisonomía expresiva, llena de gracia y afabilidad, eternamente serena, respirando siempre buen humor e ingeniosa travesura. Siempre que al azar encontramos al autor de las *Escenas matritenses* nos detenemos maquinalmente para mirarle: nos sorprende su modestia, su curiosidad, y todo él nos hace recordar el inmenso deleite que hemos experimentado leyendo sus encantadoras *Escenas*.

Esté hombre de mediana estatura, de andar reposado, de rostro tranquilo, que anda con las manos cruzadas atrás, deteniéndose ante los escaparates de las tiendas, ante los comercios ambulantes, ante los tipos característicos, es el mismo que en épocas más literarias que la presente trazaba con dicción fácil y correcta, con intención sana y gracejo inimitable, las tumultuosas y embrolladas peripecias de las casas de huéspedes, los lances cómicos del concierto casero, el que pintaba con tanta maestría los *tipos ballados y los perdidos*; es una de las glorias de nuestra literatura y ha ocupado en el templo del arte un puesto que nadie ha osado disputarle nunca.

Emilia Pardo Bazán.— Digno rival del malogrado *Figaro*, fue tan buen hablista, tan buen escritor, tan buen crítico como éste: la diversidad del estilo de cada uno depende de la diversidad de sus temperamentos. Ambos han enriquecido nuestra literatura, y la crítica dramática les debe tal vez la forma que hoy tiene y la elevación de criterio que ha tomado.

Galdós.— De estos dos hombres singularísimos, el uno tuvo un fin desastroso y conocido de todos; el otro vive aún y se le ve paseando en su querida ciudad; se le ve por todas partes, atisbando los adelantos materiales de la gran villa que él ama tanto. ¿No ha de amarla, si esta villa que le vio nacer le ha suministrado las bases de su reputación, le ha descubierto todos los recónditos secretos de su origen, le ha contado cuántas transformaciones ha sufrido desde que se llamó *Majerit*, le ha dado noticia de todos sus edificios, desde el palacio de los Concejos hasta el barracón de Bellas Artes? No hay más que abrir el bello libro titulado *El antiguo Madrid* para comprender que la ciudad de los tres Felipes y don Ramón Mesonero Romanos son tan amigos, como

pueden serlo el lienzo y el pintor, el pentagrama y el músico.

Emilia Pardo Bazán.— Aquel distinguido madrileño no sólo ha hecho un estudio profundo de la geología, digámoslo así, de su querida villa: no sólo ha desentrañado el oscuro plano de su antigua configuración, no sólo ha demarcado hábilmente los progresos del caserío, de las calles, de las plazas, sino que también ha pintado sus costumbres con extraordinaria exactitud.

Galdós.— Él ha penetrado en la taberna, en el garito, en la casa de *Tócame Roque*, y ha fijado su delicadísima observación en el extraño mobiliario, en los personajes y en los diálogos, que dan vida escénica y actividad dramática a este gran Teatro. Él también ha estudiado las lúgubres tramitaciones del entierro, los cómicos incidentes de la boda y las fastidiosas fórmulas de la visita de pésame y la visita de días: ha ido a paseo los domingos tras una falange de criadas a las llanuras de Chamartín, y ha sido testigo de los lentos progresos que ha hecho el paseo en la villa del oso. Si recuerdan nuestros lectores el magnífico artículo titulado: *Fisonomía del año 25*, verán que paseó con el fraile y el aristócrata en la carretera de Francia, paseó con el guarda de Corps y la manola en el antiguo Prado.

Emilia Pardo Bazán.— Después la sociedad ha cambiado y los paseos también: el *Curioso parlante* ha visitado Atocha, el Retiro, la Castellana y últimamente, Recoletos. Allí se le ve por las tardes dirigiendo a través de sus anteojos miradas penetrantes hacia las turbas de desocupados que a su lado van pasando.

Galdós.— ¿Cómo no ha de sorprendernos agradablemente ver a Mesonero en las calles y paseos de Madrid?

Un cuadro inmenso nos presenta la villa, y el autor se nos aparece en ese mismo cuadro. Nos hace el efecto del rostro de Velázquez en el cuadro de las *Meninas*. ¿No se experimenta un gran placer al ver al artista junto a la obra? Pues nosotros, al tropezar con el *Curioso parlante* en la Puerta del Sol, en la Carrera de San Jerónimo, o en el paseo de Recoletos, nos paramos junto a él, porque nos parece ver al pintor junto al cuadro, o al músico dirigiendo su sinfonía. El autor se encarna en la obra, y ésta nos ofrece la fisonomía moral de aquél. En el caso presente tenemos al autor dentro de la obra; tenemos al sujeto confundido en las múltiples y variadas manifestaciones del objeto. Por eso tenemos un rato de placer cuando nos encontramos en la calle con el ilustre académico, que nos inspira la más viva simpatía por su ingenio y por su carácter, que deducimos de su estilo.

Emilia Pardo Bazán.— Vamos que sentía usted devoción por Mesonero, entonces y ahora. Yo también. Y volviendo al tema recalcitrante ¿Qué vida hacía usted entonces, de estudiante, según llegó a esta villa?

Galdós.— La de estudiante vago. Me gustaba mucho el Teatro Real, que era el que más frecuentaba. Trasnocaba y hacía vida de Café: el Universal, donde entonces se reunían los canarios, solía ir mucho...por entonces, no pensaba aún en escribir. Leer, eso sí.

Emilia Pardo Bazán.— ¿Y la vocación de dónde partió?

Galdós.— Como ya dije, fui a París y por aquellos *quais* compré las obras completas de Balzac, a franco el tomo, una edición muy bonita que conservo en Santander. Entonces empecé a sentir con verdadera fuerza la vocación de novelista. Balzac y Dickens fueron los que más influye-



ron en mí. Sepa usted que traduje el *Picwick* de Dickens, siendo con ello el primero en dar a conocer a Dickens en España. Lo traduje para el periódico progresista *La Nación*.

Emilia Pardo Bazán.— Cuento, cuénteme que esta parte tan periodística de usted me interesa en suma.

Galdós.— El propietario de *La Nación* era un señor...¿cómo se llamaba? El caso es que parece que lo estoy viendo. ¿pero cómo no me acuerdo? Era uno de los muchos que entonces tenían gran nombre y luego han sido olvidados injustamente. Característico de nuestro país. Después de la Revolución lo emplearon en un Ministerio...el periódico estaba en, yo me acuerdo siempre de los lugares aunque no recuerde los nombres...estaba ese periódico en la calle de la Independencia, cerca del teatro; luego, en la calle de Fortuny. Para este periódico escribí de teatros, de música, escribí por entonces algunas piezas de teatro, muy malas. Pero esto también lo he contado en mis *Memorias*, mi querida señorita.

Emilia Pardo Bazán.— ¿No recuerda usted ningún argumento de ellas, ni conserva ningún manuscrito?

Galdós.— No, creo que no conservo nada...también escribí bastantes tonterías en un estilo altisonante y ampuloso. Estaba en moda entonces.

Emilia Pardo Bazán.— Por lo que intuyo, ¿Le daba tiempo a todo no?

Galdós.— En el 68 volví a París. Allí vi la parada de Napoleón III y a Guillermo de Prusia...y me pasaba ratos enteros paseando por las Tullerías cuando ardían en fies-

tas. Me gustaban los relumbrones de lujo. Por aquel entonces había empezado *La Fontana de Oro*, mi primera novela.

Emilia Pardo Bazán.— Claro, entre su sapiencia sobre la obra de Mesonero y de Fígaro, qué se podía esperar, pero seguro que hubo algo más, ¿Qué le empujó?

Galdós.— Nada, me propuse hacer una novela histórica. Como ya había traducido el *Pickwick*, como digo pero me interesaba más *La Fontana*. La cuestión es que en aquel viaje y al entrar a España lo hicimos por Perpignan. Estuve en Gerona, que la reconocería ahora sin pensar que había de escribir el Episodio Nacional que lleva su título. Sin embargo, tenía no sé qué aquella ciudad. En su recorrido sentí yo algo que hacía que me fijara en todo, que observara todo más que en ninguna de las poblaciones que había visitado. Para mi *Episodio* me valí de un muchacho geronés que conocí en el casco viejo: él con un lápiz en un papel me fue trazando el recorrido de las calles, y yo las iba recordando ante el plano mejor construido... de Gerona fuimos a Barcelona. Por allí el Conde de Cheste paseando toda la fanfarronería de los mozos de escuadra el 26 de septiembre. De la Junta revolucionaria formaba parte Núñez de Arce, que luego fue nombrado gobernador.

Emilia Pardo Bazán.— ¿Le conocía usted?

Galdós.— No, mi familia, asustada por los sucesos que se desarrollaron, tomó un vapor para Canarias. Yo me quedé en Alicante desde donde vine a Madrid y vi la entrada triunfal de Serrano y el paso de Prim por la puerta del Sol. Yo no he visto una manifestación tan grandiosa como aquella del coche de Prim que detrás iba en otro el

gran Tamberlick cantando el himno de Garibaldi, y el pueblo estaba loco de entusiasmo.

Emilia Pardo Bazán.— ¿Y seguía usted escribiendo en *La Nación*?

Galdós.— Sí.

Emilia Pardo Bazán.— ¿Y cobraba usted sus artículos?

Galdós.— No, pero conseguí que me pagasen el viaje a Zaragoza, donde se celebraba una exposición a la que se había invitado a Prim, Serrano y Topete. Se formó un tren especial y fui con Emilio Nieto y Alberto Araus. El viaje fue una juerga continua...en la Estación de Sigüenza hicieron parar el tren...parece ser que pasaba de largo y lo hicieron parar. Al frente de la gente que cantaba el Himno de Riego salió el obispo, que era paisano de Serrano y el general y el obispo se abrazaron y las campanas se alzaron al vuelo...y se pronunciaron discursos...Todo sirve en la vida, señorita.

Emilia Pardo Bazán.— ¿Quién era ese obispo?

Galdós.— Benavides, que luego fue patriarca de Indias y arzobispo de Zaragoza. En Zaragoza se dio una función de gala en honor de Serrano, Prim y Topete. Hubo jotas y versos alusivos. Núñez de Arce improvisó una copla que no recuerdo ahora: venía a decir una cosa como: que los reyes que salen a tiros suelen volver, pero que los que salen a escobazos, no. En el viaje de regreso presencié un hecho histórico notable. En la Estación de Guadalajara estuvieron Olózaga y Martos. Y eso no me lo podrá negar nadie porque lo vi yo. En el *restaurant* también hubo discursos. Martos hizo allí sus primeras manifestaciones mo-

nárquicas y él y Olózaga se abrazaron. Olózaga iba hecho un curso, un mamarracho, con una gorrilla ridícula...¡Ah! Araus pronunció un discurso tremebundo en el *restaurant*, poniendo de vuelta y media a Cheste...así poco a poco fue naciendo en mi la afición a escribir novelas históricas.

Emilia Pardo Bazán.— Por supuesto, querido amigo, todo tiene un porqué en el germen de la creación.

Galdós.— Aunque sin ocurrírseme escalarlas por series. Aquellos sucesos me recordaban otros que ya habían pasado a la Historia. Yo aunque muy metido en toda aquella bullanga, observaba con atención todos aquellos episodios....El 69 volví a Madrid. Había ya muerto *La Nación* y existía *Las Cortes* donde escribía Castro y Blanch. Yo asistí a todas las sesiones de las Constituyentes e hice los extractos de ellas para un periódico...

Emilia Pardo Bazán.— Muy curioso eso, maestro. ¿Usted en la tribuna de la Prensa del Congreso haciendo los extractos?

Galdós.— ¡Sí señor! y con mucha aflicción.

Emilia Pardo Bazán.— ¿Cuándo imprimió su primera novela...*La Fontana*?

Galdós.— En el 69. *La Fontana de Oro* en los talleres tipográficos de Don José Noguera, el dueño de la célebre quinta de los desafíos...hace tiempo que no le he visto. ¡Pobrecillo! Está ciego. Tengo que ir a verle en cuanto pueda hacer una escapada...tenía su imprenta en la calle de los Bordadores...Aunque *La Fontana* lleva fecha del 70, se imprimió en el 69. Se le puso la otra fecha porque

se creyó que tardaría más en salir a la calle y salió a fines del mismo año...me acuerdo de la muerte de Prim el 30 de diciembre de 1870 y de la entrada de don Amadeo el 2 de enero de 1871. Por entonces escribí en *El Debate* de Albareda, de quien fui muy amigo y allí conocí a Ferreras, con quien tuve una amistad íntima, como con Núñez de Arce, con Correa, con López Guijarro, con Valera...En la calle de Trajineros, donde estaba la redacción, nos reuníamos asiduamente y se pasaban muchos ratos...

Emilia Pardo Bazán.— Entonces aún hacía usted vida de café y de buroe...

Galdós.— Sí señora.

Emilia Pardo Bazán.— ¿Y tuvo usted aventuras galantes? ¿Por qué no se ha casado?

Galdós.— ¡Hombre, no pregunte usted eso! Que ¿por qué no me casé? Este es un aspecto de mi vida que no tiene nada de interesante. Nunca sentí la necesidad de casarme, ni yo puse empeño en ello.

Emilia Pardo Bazán.— Pero don Benito, yo no quiero que me diga usted el nombre de las pecadoras sino los pecadillos, por lo que unas y otros hayan influido en su obra. Veo que usted se azora con este tipo de preguntas que no hay quien le arranque confesión alguna. Y entonces ¿por qué tiene usted fama de amores (algo sonrojada) con Emilia Pardo Bazán, Concha Morell, Lorenza Cobián, Sofía Casanova, Teodosia Gandarias...muchas, miles?

Galdós.— Eso es absurdo. Yo guardo celosamente mi vida privada, siempre lo he hecho, aunque luego las ge-

neraciones que vengan escudriñarán sobre mí, escribirán falsas biografías, datos que no tendrán sentido.

Emilia Pardo Bazán.— ¿Cómo es eso?

Galdós.— El compromiso de un escritor, que también es un intelectual es muy duro. Una cosa es lo que yo soy y otra diferente lo que esperan de mí, lo que quieren que yo sea. Nunca se corresponde y me parece un acto de ignorancia enorme.

Emilia Pardo Bazán.— Entonces, ¿usted qué querría?

Galdós.— Lo que cualquier escritor, que lectores y estudiosos entiendan mi obra, se comprometan, disfruten. ¿Ha visto usted que Alas Clarín hable de sí me he entendido ayer con una mujer u otra cuando habla de mis obras? Por supuesto que no.

Emilia Pardo Bazán.— ¿Entonces?

Galdós.— Pues esa es una manía de algunos sabiondos: estudiar el día a día de un escritor en lugar de estudiar verdaderamente y en profundidad su obra, sin profanar el yo del escritor. Al final es una cuestión de profesionalidad. Lo que vive un escritor es exclusivo para entender su obra, no por frivolidad, sino por sí ayuda.

Emilia Pardo Bazán.— Pero no negará que la obra de un autor es una consecuencia de lo que es, de su vida, de lo que le sucede.

Galdós.— Bueno, sobre eso habría mucho que discutir. Por supuesto, si yo soy republicano se puede esperar que mi obra o que algunas de mis obras sean una propaga-

ción de esas ideas. Digo se podría esperar. Usted conoce algunas obras mías donde «puedo llegar a hablar bien» de una Reina, o de un sacerdote, por ejemplo, por lo tanto, no siempre es así.

Emilia Pardo Bazán.— El sentido biográfico es también de profunda importancia.

Galdós.— Eso es especulación, si Juanito Santa Cruz es un calco de mi personalidad o que tal o cual es la prolongación de personas, de mi madre (*Doña perfecta*) y tantas cosas. Es absurdo. Y sobre todo ¿qué utilidad tiene? Lo que importa es el resultado de la obra. En eso estamos todos de acuerdo, la obra, el conjunto, y si para ello el autor ha ido y ha vuelto, pues muy bien.

Emilia Pardo Bazán.— Clarín quiso —si no recuerdo mal— escribir una semblanza sobre su persona, creo que lo consiguió pero, dígame usted.

Galdós.— Ya le dije que la cuestión de los datos biográficos me tenía preocupado. ¿Qué datos le voy a dar? Le dije, ¡no se me ocurre nada! Debo decirle —añadí— que siento cierta repugnancia a entregar al público la vida privada. Nunca me han gustado *las interviews* ni la intrusión de los *reporters* en el hogar doméstico. Me parece a mí que los escritores, valgan lo que valieren, deben poner entre su persona y el vulgo o público como una pequeña muralla de la China, honesta y respetuosa. Le aseguro a usted que siempre, en toda mi vida he tenido una repugnancia instintiva a la familiaridad (como no sea con una Emilia Pardo Bazán guapa).

Emilia Pardo Bazán.— Vaya con don Benito.

Galdós.— Las confianzas con el público me revientan. No me puedo convencer de que le importe a nadie que yo prefiera la sopa de arroz a la de fideos. Lo único que podría interesar algo es el sentir y el pensar de un autor cualquiera en asuntos de interés general, o de arte. Sí, sobre esto le he de decir algo —añadí a mi colega Leopoldo— habría materia quizás y materia inédita. Si sólo quiere usted datos propiamente biográficos, creo que serán tan desaboridos los que pueda darle que más vale que me los guarde. Además, usted, lo que puede decir, usted lo sabe, usted sabe que en mis verdes primaveras jamás me sedujo la poesía ni la versificación. No recuerdo haber tenido ninguna flaqueza versificante. El teatro sí me gustaba, y aun me entusiasma. Aún hoy, quizás por lo poco que voy al teatro, cuando voy, cualquier drama estúpido, me produce una emoción viva, propiamente infantil. Yo también cultivé el teatro, y aun me atrevo a asegurar que una de las cosas que hice no dejaba de tener su intrínquilis y algo de esa estructura convencional y de esa mecánica que contribuye al éxito de las obras dramáticas, según el canon que ha venido prevaleciendo de Calderón acá y que me parece que está mandado retirar.

Emilia Pardo Bazán.— Sí, es posible que el público futuro no reconozca como merece su trabajo en el teatro, lo que no es tampoco de extrañar en este país donde sólo se cultiva *elultimismo*, sí lo que yo llamo *ser del último que llega*. Que nos olvidamos rápidamente de los éxitos cuando el protagonista está de baja.

Galdós.— Me parece a mí que no hay dificultad seria para construir esas carpinterías ingeniosas, y que los ensamblajes, ingleses y enclavijados que dan el resultado de un éxito teatral, pueden obtenerse por medio de recetas o módulos (como los de los maestros de carpintería de lo



blanco que no sabían geometría) y en suma que no es ningún arco de iglesia hacer una obra dramática, aceptable y aun algo más. De todos los dramáticos que ha habido en el mundo, Shakespeare es el único que no se muestra carpintero. Por eso es el verdaderamente grande, el único. Él solo construye una rama del arte, sin precedente ni consecuencia. En fin, no quiero seguir; porque me parece que estoy disparatando, y que usted se reirá de mí.

Emilia Pardo Bazán.— Lo que comen y cómo lo comen los grandes hombres debe ser materia para encuestar siempre, según aprendí en los clásicos de la *interview* biográfica, en aquellos que preguntaban al entrevistado cuáles eran su color, su flor y su pintor predilectos. ¿Aficiones?

Galdós.— Pues el campo, los viajes, el arte en todos sus aspectos.

Emilia Pardo Bazán.— ¿Dónde me llevaría usted ahora mismo a almorzar?

Galdós.— Voy a llevarle a usted a un *restaurant* del cual soy un buen parroquiano y donde nos servirán bien.

### **Cambia la escena al salón de un *restaurant***

**Voces en off: buenas tardes, don Benito... don Benito, buenas tardes... y compañía, don Benito por aquí, aquí estarán mejor... por favor, señora aquí... se escuchan murmullos, más voces de reconocimiento al gran autor de las letras hispánicas. ¡Ese es Galdós! ¡Ese es Galdós! La escena permanece congelada**

Galdós.— ¿Qué va usted a comer?

Emilia Pardo Bazán.— Lo que usted...ya sabe...es por lo de las aficiones gastronómicas de los grandes. ¿Bebe usted vino?

Galdós.— Sí, pero no lo bebo casi nunca. Y si bebo es muy poco. Tráiga un arroz a la marinera, unas chuletas empanadas de cordero y queso y dulce. Si usted quiere algo más, pídale, no vaya usted a decir que yo mato de hambre a mis amigos, contertulios o secretarios.

Emilia Pardo Bazán.— Pero ¿le gusta el dulce verdad?

Galdós.— Muchísimo, sin embargo, ahora podrá ver cómo tomo el café sin azúcar. Me gusta el lúpulo, la cerveza mucho, me gusta mucho.

Emilia Pardo Bazán.— Vamos que usted tiene unos buenos hábitos y por eso está *becho un pichi* a su edad. La verdad es que no sé cómo puede conservar esa fortaleza. ¿Qué higiene ha guardado usted para conservar esta salud y esta fuerza de titán?

Galdós.— Pues...no lo sé. Usted ha conocido parte de mi vida, de mis aficiones, de mi intimidad...pero eso no lo ponga. Como no sea el haber viajado con frecuencia, el haber sido metódico, el no haber trasnochado y no haber hecho vida de depravación...¿qué se yo!

Emilia Pardo Bazán.— ¿Y la higiene intelectual?

Galdós.— Ninguna.

Emilia Pardo Bazán.— No lo creo. Conserva usted a su edad una memoria verdaderamente extraordinaria y la imaginación tan lozana y exuberante como un mozo.

Galdós.— Pues si he guardado alguna higiene no me he dado cuenta. Solo cuando he terminado una obra he procurado no pensar, durante un poco de tiempo, en lo que iba a hacer después.

Emilia Pardo Bazán.— ¿Quién fue el primero que le elogió con más entusiasmo y le alentó y vaticinó lo que usted había de deslumbrar en la novela? Esto es verdaderamente importante en la vida de todo escritor: el primero que cree en la obra de uno.

Galdós.— Pues ese gran hombre que habló de mi obra fue Núñez de Arce. Cuando publiqué *La Fontana de Oro* yo le trataba apenas. Me pidió un artículo para *El Debate* y me presentó a sus compañeros de redacción. Y además publicó un artículo dándome un bombo muy grande y que luego me sirvió de mucho. Le estoy a día de hoy muy agradecido, no crea.

Emilia Pardo Bazán.— ¿Conserva usted ese artículo?

Galdós.— Conservo muchos...pero no los tengo aquí, mucho menos en este *restaurant*, los tengo en Santander. El año 73 publiqué *La Sombra* que es más bien un cuento... No vale nada...hacía entonces ya dos años que empezaba a dejar de trasnochar. Mi vocación se me declaraba con más fuerza cada vez. Era una manía, un vicio y no vivía ni paraba más que en novelista...

Emilia Pardo Bazán.— Una pregunta ¿Imprimió *La Fontana de Oro* por su cuenta?

Galdós.— Claro que sí como todas mis novelas. Yo he tenido dinero. En realidad yo no he luchado. No me ha faltado nunca el dinero para realizar mis sueños literarios ni los elogios para alentarme.

Emilia Pardo Bazán.— ¿Habrán influido algo los elogios en lo grande de su calor?

Galdós.— No lo sé.

Emilia Pardo Bazán.— No, si lo digo porque así como hay hombres quienes enervan los elogios y encalabrian y estimulan las censuras y los obstáculos, hay otros quienes les sucede lo contrario, a usted los elogios le daban vigor...

Galdós.— Es posible que esos elogios hayan influido en mí. Al menos, me han quitado preocupación...

Emilia Pardo Bazán.— Yo lo creo firmemente conforme lo voy tratando. Usted piensa lo mismo que Mill replicó a Bain cuando al hablarle de la energía declaraba que sus dos fuerzas esenciales eran o un vigor naturalmente superabundante o un estimulante capaz de sobreexcitarle.

Galdós.— Sí, pero no hay que exagerar mucho los efectos de la estimación pública. Muchas veces se la desprecia...

Emilia Pardo Bazán.— Y el año 73 ¿qué vida hizo usted?

Galdós.— ¿Y qué importa? En ese año abandoné definitivamente el periodismo y desaparecí del mundo social sin saber cómo ni porqué.

Emilia Pardo Bazán.— Tal vez a ese aislamiento se deba lo inmenso de su labor. Es la soledad la más fecunda colaboradora de la obra intelectual. Descartes, Spinoza, Darwin, Stuart, Mill, Renouvier, Spencer, Tolstoi, todos los

grandes solitarios confiesan que a la soledad deben sus creaciones.

Galdós.— Sí, es verdad. La máxima *Agēs Quod Ugis* debían llevarla grabada los jóvenes en el cerebro...No se puede dedicar la atención a varios asuntos a la vez. Newton descubrió la gravitación universal pensando en ella constante y únicamente. ¿Cuántos periodistas que son excelentes literatos podrían dejar obras admirables y definitivas si solo se dedicaran a la literatura?

Emilia Pardo Bazán.— Me quedo con estas últimas frases. Tiene razón no debemos dedicarnos a más de una cosa, con perseverancia y sin desmayos. Leibniz en su *Teodicea* llamaba a todos los que nos dedicamos a distintas ocupaciones *espíritus de mosca*, que no sacamos el fruto que se debe sacar de nuestro trabajo, y Tenelm en *L'education de filles* nos comparaba con una vela encendida al aire libre y expuesta a los cuatro vientos...Si nuestra actividad no se aplica a una sola cosa, revolotea de objeto en objeto y resulta peor que la misma ociosidad, porque una agitación de esta índole por su esterilidad, acaba por hacer desagradable el trabajo y sustituye la intensa alegría de la obra que avanza por el malestar, aturdimiento y descorazonamiento causados por las múltiples tareas sin terminar. San Francisco de Sales en el *Tratado del amor de Dios* dice: «es necesario no seguir varios ejercicios a la vez y al mismo tiempo, pues con frecuencia el enemigo trata de hacernos comprender y comenzar varios propósitos, a fin de que abrumados por demasiadas ocupaciones nada acabemos y lo dejemos todo imperfecto... algunas veces, hasta nos sugiere la voluntad el comienzo de alguna excelente obra, cuando prevé que no la terminaremos para disuadirnos de persuadir otra, menos sublime pero que hubiéramos terminado fácilmente...» ¿Por qué he soltado

este chaparrón de citas? He recordado que no escribo estos artículos solo para entretenimiento de curiosos desocupados sino para enseñanza de gente moza, y me ha parecido mejor repetir lo que, dicho por mi cuenta, no tendría autoridad.

Galdós.— Y en el fondo —porqué no confesarlo— ha caído usted en la cuenta de que esta profesión de periodista que conozco muy cerca, nos vuelve muy semejantes a aquellos individuos que Marivaux en su novela *Vie de Marienne* comparaba con las personas que se pasan la vida asomadas a una ventana. Me han venido a la memoria muchos casos de grandes hombres que por condenación del destino o por flojera de voluntad, se dedicaron al periodismo y no brillaron en las regiones donde su inspiración les ofrecía un cetro.

Emilia Pardo Bazán.— Bueno don Benito, ¿querría usted contarme alguna aventura que le haya inspirado algo de toda su magna obra? ¿Qué influencia han ejercido las mujeres en sus obras?

Galdós.— ¡Hombre, otra vez, no pregunte usted esas cosas!

Emilia Pardo Bazán.— De modo que de la influencia de Pardo Bazán en la novela no quiere usted decir nada?

Galdós.— (*Permanece callado*). Ya hablaré sobre doña Emilia pero no ahora.

Emilia Pardo Bazán.— Si Galdós cree con Solón que la Emilia Pardo Bazán y la rosa son las cosas más perfectas que han salido de manos de los dioses, es muy posible también que piense como Carlyle, que el amor no es más

que un entremés en el banquete de la vida... Dígame don Benito y desde aquellos principios *fontaneros*, ¿Qué es lo que piensa de las glorias literarias porque usted ha participado en más de una, ha querido homenajear a no pocos autores? Cómo es eso.

Galdós.— No es frecuente aquí y creo que en parte alguna rendir homenajes a las glorias patrias cuando aún no han sido arrebatadas por la muerte. Después de muertos, eso sí, los grandes hombres son glorificados con extraordinario énfasis y pompa oficial. Al llegar este caso, se desbordan los ditirambos y se cantan las alabanzas del difunto en todos los tonos. Se recuerda su vida toda, desde que estaba en la lactancia, se puntualizan sus primeros trabajos, sus tentativas en el arte o ciencia que cultivó, se enumeran sus obras, sin que ninguna se olvide, y se lanzan a los cuatro vientos sus méritos y virtudes. En una palabra, se le talla la figura en mármol, y se resume por anticipado la sentencia que ha de dar la posteridad. En cambio, mientras el grande hombre vive, la admiración enmudece, o por lo menos habla *sotto voce*.

Emilia Pardo Bazán.— Sin duda nos mueve a obrar así el respeto a la majestad viva; creemos ofender la modestia del grande hombre, o es que nos gusta tenerle por igual y pasar por encima de él y de todos, el nivel de la común modestia. Sea lo que quiera, es muy grato ver rota de tiempo en tiempo esta tradición de enaltecer a los vivos menos que a los muertos, o en otros términos, de esperar a que las personalidades culminantes del arte o la ciencia se mueran para proclamar su gloria.

Galdós.— ¿No es mucho más bello, más humano más consolador realizado ante el hombre vivo el aplauso espectacular, entusiasmado que ante el muerto? ¿Por qué

han de mezclarse a nuestro entusiasmo y a nuestra admiración las tristezas del elogio fúnebre? Asociemos a nuestras alabanzas la vida, y demos a los hombres que lo merecen la satisfacción inenarrable de asistir a su propia apoteosis y de escuchar el coro de aplausos de sus contemporáneos.

Emilia Pardo Bazán.— Imagino que de la decisión de ser novelista...surgen conflictos en nada meditados y que con la práctica y el énfasis de la profesión de escritor paulatinamente se superan, pero ¿cómo recuerda hoy dichos quehaceres en la primera novela *La Fontana de oro*?

Galdós.— Mire usted, el novelista aunque tenga la suerte de acertar, no se gana la reputación en una noche feliz, como el autor dramático que alcanza un éxito. El novelista necesita una dosis de paciencia que le convierte en el eterno Job de las letras, y como en la mayoría de los casos tiene que actuar de editor de sí mismo, necesita ser, además de Job pacientísimo, un héroe en toda regla. En aquel tiempo no había editores de novelas por tomo, y con los editores de novelas por entregas no quería yo, ni podía en modo alguno entenderme. Apechugué, pues con las dificultades de la magna empresa, y sin encomendarme a *Dios ni al Diablo*, eché al mundo *La Fontana de oro*, escrita y editada por mí. Naturalmente, el tomo cayó en las librerías como en un pozo: nadie conocía al autor, que hasta entonces sólo había fatigado las piernas colaborando anónimamente en este o el otro periódico.

Emilia Pardo Bazán.— La historia y la intrahistoria, gran debate que le llevó a discrepar desde un punto de vista epistemológico con Unamuno, por ejemplo. Además del empuje de Núñez de Arce, el trabajo de novelista es así. Con esta novela se abre lo que se entiende como la nueva



novela contemporánea. *La Fontana de Oro* es como ya he dicho su primera novela, su primer esfuerzo de cambio. La acción transcurre en la ciudad de Madrid durante los años del Trienio Constitucional (1820 — 1823). Tomó su título del café situado cerca de la Puerta del Sol que, con ese mismo nombre, sirvió de lugar de reunión a artistas y tribuna oratoria para políticos liberales. Corríjame si me equivoco.

Galdós.— No se equivoca, señorita. En aquellos días le vuelvo a confirmar, yo trabajaba en *El Debate*, fundado por Albareda para defender la monarquía de don Amadeo, ahora sí me acuerdo de los nombres. Aparecieron los primeros números, si no estoy equivocado, en los últimos días de diciembre del 70, poco antes de la misteriosa muerte del general Prim. El trabajo era rudo, el periódico batallador, con todos los comedimientos de forma que sabía imponerle Albareda, hombre muy ducho en el periodismo, creador, además de *El Debate*, del *Contemporáneo* y de la *Revista de España*. Mire usted cómo ahora la memoria me va al dedillo.

Emilia Pardo Bazán.— En la novela, escrita entre 1867 y 1868, en parte durante un viaje a Francia poco después de la Revolución de Septiembre, se mezclan los hechos históricos reales, con los asuntos personales de los personajes creados por usted, siguiendo una pauta de construcción literaria similar. O más que eso clara estructura precursora de la de los *Episodios Nacionales*, aunque con los defectos de toda obra primeriza, con su permiso. Comienza así: Durante los seis inolvidables años que mediaron entre 1814 y 1820, la villa de Madrid presenció muchos festejos oficiales con motivo de ciertos sucesos declarados *faustos* en la *Gaceta* de entonces. Se alzaban arcos de triunfo, se tendían colgaduras de damasco, salían a la ca-

lle las comunidades y cofradías con sus pendones al frente, y en todas las esquinas se ponían escudos y tarjetones, donde el poeta Arriaza estampaba sus pobres versos de circunstancias. En aquellas fiestas, el pueblo no se manifestaba, son como un convidado más, añadido a la lista de alcaldes, funcionarios, gentiles-hombres, frailes y generales; no era otra cosa que un espectador, cuyas pasivas funciones estaban previstas y señaladas en los artículos del programa, y desempeñaba como tal el papel que la etiqueta le prescribía. Las cosas pasaron de distinta manera en el período del 20 al 23 en que ocurrieron los sucesos que aquí referimos.

Galdós.— Como ya he dicho anteriormente, así lancé mi *Fontana de oro* con más temeridad que fe, y como nadie le decía ¡*qué bonitos ojos tienes!* El libro estaba *muerto de risa*, como solemos decir, en las librerías. Nunca pudo aplicarse mas propiamente a una obra literaria aquello de *No ha decir que la vende sino que la tiene allí*. No sé el tiempo que pasó en esta situación. Llegué a creer que no había escrito mi libro para el público, mejor dicho, que no había público ni cosa que tal valiera, y que las obras literarias se escribían para una docena de amigos, que por lo común las encontraban muy buenas. Pero una mañana, cuando ya consideraba yo a la tal *Fontana* como cosa perdida, y no sentía malditas ganas de repetir el ensayo, me vi sorprendido por un artículo inserto en la cuarta plana del mismo periódico en que hacía mis primeras armas. Era una carta dirigida al autor de la olvidada novela, y llevaba la firma de Núñez de Arce, el cual, aunque aún no había escrito los *Gritos del combate*, ni *El baz de leña*, ni el *Idilio*, gozaba de gran autoridad en la república de las letras.

Bien se comprenderá mi asombro, y la vivísima emoción que sentí al ver que una eminencia, pues Núñez de

Arce lo era o estaba a punto de serlo, hablaba al público de la obra de un desconocido, y la encomiaba, y alentaba al autor a seguir trabajando. Parecióme que se me abrían las puertas del cielo, y que la vida literaria érame camino festoneado de rosas, llano, fácil, sin ningún obstáculo. Lo que agradecí esto al buen amigo y maestro no hay para qué decirlo. Su generosa ayuda dio a *La Fontana* lo que no tenía, lectores, todo el público posible en aquellos tiempos, que eran mucho peores que los presentes, dígame lo que se quiera, en esto de la venta y lectura de libros de amena literatura.

Emilia Pardo Bazán.— ¡Grande! Núñez de Arce e inolvidable en su biografía. Sin duda una ayuda como esa corona a un escritor, invita a que los lectores le conozcan. Pero habría algunos más, seguro.

Galdós.— Siento verdadero orgullo en decir, veintitantos años después de aquel suceso, que a mi solo interesa, que don Gaspar fue quien me apadrinó al aparecer solito y sin amparo en la vida literaria, quien me *sacó de pila*, como si dijéramos. Él dijo por primera vez al público que yo era un alumno aplicado, que podía hacer algo cuando me aplicara más. Después de aquella paternal acogida, hube de agradecer también a don Eugenio de Ochoa, académico, escritor distinguidísimo, manifestaciones semejantes. Pero el que *me trajo las gallinas* fue Núñez de Arce, y por esto le pondría siempre sobre mi cabeza, aunque no fuera quien es, el admirable poeta y literato insigne. Muchos y ardientes admiradores tiene en España don Gaspar; muchos concurrieron con cariñosa efusión a estrechar su mano en aquella noche memorable, pero ninguno fue mas convencido ni mas entusiasta; por llevar, además del homenaje de admiración, el de un sagrado deber tan fácilmente cumplido. Por eso, como usted

sabe he homenajeadó a este insigne grande de nuestras letras.

Emilia Pardo Bazán.— ¿Y los distintos finales de *La Fontana*? Recordemos que *La Fontana*, mezclando lo imaginario y lo histórico, explica unos meses del período que va de 1820 a 1823, y narra al mismo tiempo las dichas y las desdichas de dos enamorados, Lázaro y Clara: Lázaro, joven liberal —cuyo tío, el conspirador Coletilla, se consagra a realizar los crímenes que planea Fernando VII—, y Clara, huérfana inocente, que se encuentra bajo la custodia de Coletilla y de las Porraño —tres mujeres reaccionarias y fanáticas—. En las dos versiones termina la novela con una conspiración absolutista que se malogra por la intervención de Lázaro, y a la vez con el fracaso de los ideales políticos del joven. En la primera versión, sin embargo, los amantes huyen a un pueblecito de Aragón, en donde se casan y viven con mucha felicidad y muchos hijos. En la segunda versión varía el desenlace: los jóvenes son sorprendidos en su huida, y los esbirros de Coletilla asesinan a Lázaro; Clara muere de dolor cuatro días más tarde.

Galdós.— En efecto, mis dudas a cerca de los gustos naturalistas del público suscitaron en su momento no pocas interrogantes en este sentido con todas las ediciones que se llegaron a imprimir, final desgraciado, frente a final feliz. En la primera concluye con la muerte de la pareja de enamorados como consecuencia de la ira absolutista que se desata contra ellos después de que Lázaro consigue abortar la conspiración que pretendía asesinar a los principales defensores del liberalismo en 1821. En estas tres últimas ediciones la novela, pues se hicieron diversas y traducidas a varios idiomas, ofrecí un desenlace muy diferente del anterior: Clara y Lázaro consiguen burlar con la

ayuda de Bozmediano el cerco absolutista y huyen a Ateca, el pueblo natal del muchacho. Allí se casan, tienen hijos y llevan una vida feliz y productiva al margen de toda veleidad política.

Emilia Pardo Bazán.— Al llegar a este punto de nuestra historia (el de la huida de los amantes), el autor —¿o me equivoco?— se ve en el caso de interrumpirla para hacer una advertencia importante. Había escrito la conclusión y desenlace del modo más natural y lógico, creyendo que era buen fin de jornada para aquellos amantes, el casarse después de tantas amarguras y vivir en paz, y mucha felicidad y muchos hijos. Esto, en su entender, se avenía mejor que nada a las condiciones artísticas que quiso dar a su libro. Pero desgraciadamente la colaboración de un testigo presencial de los hechos que vamos refiriendo, le obligó a desviarse de este buen propósito dando a la historia el fin que realmente tuvo. Mucho tiempo estuvo dudando si terminar el libro con un desenlace hecho a su antojo, o hacerse esclavo de la verdad histórica hasta el punto de dar cima a su trabajo con la narración de un hecho en extremo desagradable (me refiero, claro está, a la muerte de Lázaro y Clara, con la que, en efecto, terminará ahora la novela). La colaboración a que aludo es la de Bozmediano, a quien se deben todos los datos de *La Fontana*; el cual, habiéndose enterado del desenlace que ya estaba escrito, manifestó gran empeño en que no se alterase la verdad, ofreciéndose de paso a dar un apunte algo detallado del inesperado fin que tuvieron aquellos infelices amantes; que amantes habían de ser, para no tener dicha en este mundo.

Galdós.— Gran repugnancia me costó aceptar el plan de Bozmediano, aunque era el hecho tal como sucedió; pero al fin, por complacerle, me decidí a incluirlo en el

libro, rasgando el que antes había yo compuesto, imaginado a mi antojo, y conforme a lo que parecía más lógico y artístico.

Para llenar estos vacíos de mi relato, evoco mi memoria y le hablo de esta manera: «Memoria mía, mi amada memoria, cuéntame por Dios mis actos en aquella época de somnolencia». La memoria refunfuña, se despereza y me contesta: Tontín, ¿has olvidado que escribías articulejos de política en *La Revista de España*, nueva creación de Albarreda? ¿Tan aturrido estás que no te acuerdas de que en *La Revista de España* publicaste tu segunda novela *El audaz* y que al propio tiempo imprimías en la imprenta de Noguera *La Fontana de Oro*? Diciendo esto, mi memoria inclinó la cabeza sobre el pecho quedando aletargada y muda. Y yo me dije: Pues lucido estoy ahora; apagada la luz de mi mente, me entrego a un sueño profundo. En mis oídos zumbaba el ruido de las Constituyentes, palabras desgranadas del famoso discurso de Castelar contra Manterola, cláusulas de Figueras, apóstrofes de Fernando Garrido, de Paul y Angulo, estridencias lejanas de gritos y aplausos, y, por último, estruendo de trabucazos... Mi memoria despierta con sacudimiento convulsivo y exclama: «Menguado, despabilate, ¡han matado a Prim!» Ante mis ojos, deslumbrados por una terrible realidad, desfila el cadáver de Prim.

*Los niños despiertan viva simpatía en Galdós. Siempre ha tenido amiguitos con los que conversaba a diario largos ratos. Ahora tiene uno que se llama Alfonso, de trece años de edad, hijo de la portera de la casa de la calle de Alberto Aguilera donde vivió unos años don Benito. Todos los días acude este pequeñuelo al hotel de don Benito, para charlar un rato con el maestro. Con mucha frecuencia le pregunta Galdós su opinión sobre diversas cosas, y escucha los razonamientos de Alfonsito con cariñosa atención.*

*Verdad es que el pequeñuelo merece esas distinciones por su afición al estudio, su constancia en el trabajo y su despierta inteligencia. La instrucción primaria la ha cursado con extraordinaria aplicación. Luisito Cadalso es un personaje donde Galdós proyectó su experiencia con aquel niño.*

### III

## Fisispolonios

*P*érez Galdós, artífice valiente de un monumento que después, quizá, de la Comedia Humana, de Balzac, no tenga rival en lo copioso y vario, entre cuantos ha levantado el genio de la novela de nuestro siglo... ¡Cuánta luz, cuánta alegría, cuánto color ha puesto Pérez Galdós en sus Episodios Nacionales, robando el lápiz a Goya y a don Ramón de la Cruz!... Fortunata y Jacinta es un libro que da ilusión de vida: tan completamente están estudiados sus personajes y el medio ambiente. Todo es vulgar en la novela, menos el sentimiento; y sin embargo, hay algo épico en el conjunto, por gracia, en parte, de la manera franca y valiente del narrador, pero todavía más en su peregrina aptitud para sorprender el íntimo sentimiento e interpretar las ocultas relaciones de las cosas, levantándolas de este modo a una región poética y ruínosa. Por la realización natural, viviente, sincera; por el calor de la humanidad que hay en ella; por la riqueza del material artístico allí acumulado, Fortunata y Jacinta



*es uno de los más grandes esfuerzos del ingenio español... Si alguna de las posteriores fábulas de nuestro autor pudiera rivalizar con ésta, sería, sin duda, Angel Guerra, en la que late el sentido de la poesía arqueológica de las viejas ciudades castellanas y entra, además, no diré que con paso enteramente firme, pero sí con notable elevación de pensamiento, en un mundo de ideas espirituales y aún místicas... Diríase que estas cavernas del alma atraen a Galdós, cuyo singular talento parece formado por una mezcla de observación menuda y reflexiva y de una imaginación ardiente, con vislumbres de iluminismo.*

**Aparece en escena Menéndez Pelayo  
Galdós permanece dentro. Habla Menéndez Pelayo  
mientras se sirve un *whisky***

Menéndez Pelayo.— Querido amigo, don Benito, cuando ha escrito tanto con motivo de la entrada en la Academia y de asuntos de opinión con respecto a las letras españolas. ¿Buscaba usted la gloria?

**Galdós caminando al tiempo que se dirige a su amigo**

Galdós.— La gloria ¡para qué sirve! Absolutamente para nada, mientras que un afecto noble y sincero como el que usted me manifiesta le reconcilia a uno con la sociedad, le hace amar la vida, y le sirve para encubrir las hieles, que por una cara u otra está uno tragando cada día. Además, éste es un fenómeno nuevo en la vida de los literatos españoles, y es bueno que conste. De la Academia nada he de decirle. Siguen ellos empeñados en humillarme, llevándome allí y yo que no me dejo humillar. El elegirme, si lo consiguieran, serían una especie de venganza, porque yo

quedaría lleno de m...y ellos triunfantes. Pero conmigo no juegan. Estaban sin saber qué hacer por aquellos días según me dijo usted, mi querido Marcelino. La cosa está hoy entre don Hermógenes y Manuel del Palacio. No pensé que se atrevieran a elegir al médico ese, pero...nunca se sabe. Si le eligen, creo que se podrá decir *fisispolonio*.

Menéndez Pelayo.— Usted no ha dado descanso a la pluma, no. Pero le hicieron académico con su famoso discurso *Observaciones sobre la novela* donde yo mismo le contesté. Recuerde, recuerde.

Galdós.— Cómo no recordar. En efecto sin descanso a la pluma, escribí *Doña Perfecta*, *Gloria*, *Marianela*, y *la familia de León Roch*, con mucha fruición. Alguna de estas obras coincidieron con la Restauración. Cuando Alfonso XII entró en Madrid estaba yo corrigiendo las pruebas de *Gloria*. De la Restauración, de la existencia relativamente corta del Rey Alfonso, nada diré en estas páginas. Refiriendo en otras los dos casamientos de este simpático soberano, he contado algo, y aun *algos*, que el curioso lector leerá donde lo hallare.

Menéndez Pelayo.— Sí, don Benito, pero no me sea huidizo, ¿qué pasó con sus colegas? Sus amigos protestaron con la publicación de *Gloria o Doña Perfecta*.

Galdós.— No fue la cosa para tanto y sé que se refiere a Pereda. Le contaré algo. Mi gran amigo Pereda y yo fuimos a Portugal acompañados de un rico comerciante santanderino. Del 72, el primer año que yo visité la capital cantábrica, data mi entrañable amistad con el insigne escritor montañés; amistad que permaneció inalterable, fraternal, hasta que acabaron los días del glorioso autor de *Sotileza y Peñas arriba*. Vuelvo a repetir que algunos

creen que Pereda y yo vivíamos en continua rivalidad por cuestiones religiosas y políticas. Esto no es cierto. Pereda tenía sus ideas y yo las mías; en ocasiones nos enredábamos en donosas disputas, sin llegar al altercado displicente. En verdad, ni don José María de Pereda era tan clerical como alguien cree, ni yo tan furibundo librepensador como suponen otros. En mi copioso archivo epistolar conservo como un rico tesoro multitud de cartas de Pereda, escritas maravillosamente en aquella prosa fluida, galana, incomparable.

Menéndez Pelayo.— No huya del altercado con sus amigos por religión, o no se acuerda lo que le escribió a Pereda? ¿Sobre sacudir las hopalandas? Usted le contestó a su Pereda que no es cierto que haya desollado a los católicos. «Demasiado bien los trato —dijo usted— en cuanto a católicos. No crea usted que se me pudrirán dentro del cuerpo ciertas ideas relativas a nuestro singularísimo modo de practicar la religión, nosotros los perfectos, nosotros los únicos que poseemos la verdad. Después de todo he sido hasta mojjigato en mi último librito. Más adelante será preciso sacudir las hopalandas.» Y bien que lo hizo, bien.

Galdós.— Sí, yo estaba incomodado y más que incomodado, furioso y frenéticamente inconsolable por la interpretación falsa, torcida y violenta que se empeñó Pereda en hacer de mi *Gloria*. Eso de ver en las páginas de *Gloria* una apoteosis del judaísmo es (digámoslo una vez más) una especie de habilidad estratégica, un como movimiento envolvente, mediante el cual un ingenioso y hábil enemigo podría combatirme con aparente inferioridad y derrotarme, exponiéndome a la ira de los cristianos, que es todo lo malo que me podrá pasa. (*Galdós fuma tranquilamente*). Se aproximaba la época feliz de las canas al aire, y yo si no las echaba en Santander, me parecía que

me faltaba algo indispensable en la vida. Le dije, eso sí: «mi querido amigo, una de las satisfacciones de mi vida es que a pesar de mi anticatolicismo y de mi rebeldía, no me retire usted su amistad, lo cual me prueba su benevolencia y verdadero espíritu cristiano».

Menéndez Pelayo.— No, si usted es don Cuco...tiene usted sobre la mesa una gran lista de individuos de la Academia. En la sección de académicos de número dice así: «Don Benito Pérez Galdós, Electo (N) 12 de junio de 1889 tomó posesión el 7 de febrero de 1897. Tardó usted la friolera de 8 años en posesionarse...a su ritmo ¿no?

Galdós.— No era cosa que me corriese prisa, francamente.

Menéndez Pelayo.— Óigame usted don autor y académico (*mirando hacia el cielo con ironía*) responda a esta cuestión: ¿La Academia de la Lengua para qué sirve?

Galdós.— Hombre no haga usted preguntas comprometedoras o que me obliguen a discurrir mucho.

Menéndez Pelayo.— ¿Quién había ocupado la silla N que usted ocupa en la actualidad?

Galdós.— Lo ocupaba un señor que se llamaba...a ver...¡Ah sí!, Don León Galindo y de Vera.

Menéndez Pelayo.— ¿Don León Galindo y de Vera? ¿Y qué había hecho para que le diera la Academia aquel sillón? Porque a mi no me suena como literato, siquiera de la incapacidad mental de algunos académicos, ni como político...

Galdós.— Creo que escribió el prólogo de la *Ley hipotecaria*. (*mirando al cielo con igual ironía*).

Menéndez Pelayo.— ¡Diablos! Sería un prólogo archidivino...

Galdós.— No se lo puedo decir a usted porque no lo he leído.

Menéndez Pelayo.— ¿Y va mucho usted por allí? ¿Por esa casa de sabios?

Galdós.— Poco, muy poco...lo mismo que usted, querido amigo.

Menéndez Pelayo.— (*mirando la lista de asistencia que tiene en la mesa*) el que bate el record es Don Mariano Catalina, que veo que aparece 1245, osea, mil ciento ochenta y tres más que usted, señor Galdós....que tiene solo apuntadas 62. El padre Coloma tiene solo 2 y ninguna Don Segismundo Moret y Prendergats, Don José Canalejas y Méndez, Don Santiago Ramón y Cajal, Don Armando Palacio Valdés, don Francisco Zaidin y Codera, Don Juan Vázquez de Mella y Don Leopoldo Cano. La silla N que ocupa don Benito es una de las veinticuatro históricas creadas al fundarse la Real Academia de España en 1713 a iniciativa del marqués de Villena, fundación que fue aprobada por real cédula de Felipe V, el 3 de octubre de 1714.

Galdós.— Pues hágase una idea de las estadísticas que a mi no me sirven.

Menéndez Pelayo.— (*Con sorna*) y cuente cuénteme algo de su vida parlamentaria...

Galdós.— No, si ya le veo a usted. Asistía yo puntualmente al Congreso sin despegar los labios. Oía, sí, con profunda atención cuanto allí se hablaba. De los debates no me ocupo, pues todo eso ha perdido interés en el vago curso de los tiempos. Trataré con preferencia de las amistades que en el parlamento hice. Por el cristal de mi memoria, que muy a menudo se empaña, pasan amigos de la política, de la literatura, de la prensa: Maura, Puigcerver, Canalejas, Villaverde. Gamazo, Balaguer, Núñez de Arce, Manuel Reina, Ramón Correa, Ferreras, el marqués de Castroserna... De los que cito a bulto solo vive Maura, actual director de la Academia Española, y aún conservamos la vieja amistad.

Menéndez Pelayo.— El señor Maura le apreciaba y admiraba a usted muchísimo y escribirá enormes alabanzas cargadas de sabiduría y atino con respecto a usted y a su magna obra. Le pondrá en el pedestal que sin duda usted merece. Maura me lo ha confesado.

Galdós.— Los demás pasaron, ¡ay! El que más perdura en mis recuerdos es el llamado *Maestro Ferreras*, el hombre de mayor agudeza política, el más sincero y consecuente, el que siempre fue la misma modestia, el que, habiendo podido ocupar puestos más altos, no quiso salir de su condición humilde y laboriosa, el leal amigo y en mil ocasiones consejero de Sagasta, pues Ferreras poseía como nadie el arte de expresar fielmente la opinión.

Menéndez Pelayo.— Cuénteme por favor alguna anécdota...otra quiero decir.

Galdós.— En la primavera del 88 Ferreras y nuestro amigo el marqués de Castroserna me catequizaron para ir con ellos a la Exposición de Barcelona —creo que en al-

guna parte he hablado de esto—. Castroserna era un prócer opulento y generoso, primer contribuyente por territorial de dos o tres provincias, liberal de corazón y muy adicto a don Práxedes. Poseía una galería de cuadros notabilísima que heredó de su hermano el conde de Adanero. Solía comer en el Casino, y casi siempre enganchaba en el Congreso a algún amigo para que le acompañase a la mesa. Llevaba consigo descomunal petaca llena de riquísimos habanos. Fumador empedernido, con exquisita urbanidad contagiaba del vicio del tabaco a sus amigos y comensales.

Menéndez Pelayo.— Siga, siga.

Galdós.— De acuerdo los tres amigos, partimos en el expreso para Barcelona; nos alojamos en un magnífico hotel improvisado que, si no me engaño, se llamaba Internacional. Visitamos la Exposición, maravilla en la cual se revelaban los altos pensamientos y la tenacidad del inolvidable ciudadano Rius y Taulet. A nuestro Sagasta le veíamos diariamente en el hotel Arnús, donde residía, y a la Reina Cristina ofrecimos nuestros respetos en el ayuntamiento, convertido en residencia palatina. En aquellos alegres días todas las naciones del mundo estaban presentadas en el puerto de Barcelona con lo mejor de sus escuadras. Cuando la reina salía de paseo en la lancha real, mandada por el general Antequera, estallaba el cañoneo de las salvas. El estruendo formidable, el humo, el griterío de los hurras de la marinería, daban la sensación de una colosal batalla entre los cielos y la tierra. Quien tal presencié nunca podrá olvidarlo. Pero pasemos a esta otra sala, venga usted don Marcelino a mi biblioteca.

Menéndez Pelayo.— Veo que está usted bien provisto y de cosa reciente, de clásicos griegos y latinos...

Galdós.— Esos tomos no los he comprado. Yo soy el hombre que menos libros tiene que comprar, porque raro es el escritor o el editor que no me envía sus publicaciones...Esta colección de griegos y latinos me la mandan de la casa de los Sucesores de Hernando, que fue la administradora de mis obras...Me vendrán bien, para consultar lagunas. ¡Bueno! En Santander, en Santander sí que tengo una magnífica biblioteca: ya la verá usted.

Menéndez Pelayo.— ¿Y lee usted todos los libros que le mandan?

Galdós.— Hombre, crea usted que me sería imposible. No tendría tiempo...Por de pronto, yo no corto sus páginas...Siempre las corta cualquier curioso que llega...Pero leo todas las que puedo, de autores nuestros, sobre todo de la gente nueva...

Menéndez Pelayo.— Gente nueva que luego serán discípulos de otro contexto de las claves de su profesión y creación en la literatura. Valle Inclán con su esperpento nacido del suyo de tantas y tantas obras, Unamuno con su *novela* proyección de *El amigo Manso*, Lorca con su Bernarda proyección de *Doña Perfecta*...y así— A mi me han dicho —y me guardaré bien de decir que sea verdad— que Pérez Galdós, lee muy pocos de los libros que se le dedican: completos, poquísimos. Lo más que suele hacer usted —porque me lo dijo en su día y ahora no se acuerda— con la mayoría de los libros que recibe es leer unas cuantas páginas del principio, otras tantas del medio, y las mismas, poco más o menos del final. Esta es una pregunta algo descarada pensará usted, pero entienda que el público lo quiere saber todo. En realidad, ¿para qué obligarle a confesar lo contrario? Esta es cosa, señor Galdós, pero no se me disguste usted. Si son embustes, lo serán.



La cuestión es que todos los autores le piden y le piden prólogos, reseñas, informes...

Galdós.— Bueno sí, (*como rebuscando en un cajón*) ahora mismo estoy escribiendo un prólogo para una obra de Bobadilla, Fray Candil... Debí haberlo hecho hace unos meses. El libro está impreso desde el verano pasado, y para salir a la calle no le falta sino mi prólogo... Y conste que lo hago con mucho gusto, por tratarse de Bobadilla a quien quiero mucho y cuyo talento admiro de veras, y por tratarse de una obra de viaje por España, materia de toda mi devoción y muy bien desarrollada, por cierto. *Fray Candil* se llama el libro. Y a pesar de mis propósitos y mi deseo aún está el prólogo por hacer... Lo concluiré un día de estos.

Menéndez Pelayo.— Su papel desempeñado como editor no ha dejado indemne a cualquier lector o curioso de su obra. Es usted verdaderamente prolífico, un autor traducido en vida a muchos, muchísimos idiomas... ¿cómo es que usted pasa penurias económicas?

Galdós.— Algo debo decir de la traducción francesa de *Misericordia*. Un caballero parisién de alta posición en los negocios y en la banca, Maurice Vixio, consejero del Comité Central de los Ferrocarriles del Norte de España, que había residido en Madrid años anteriores y conocía muy bien nuestro idioma, me hizo el honor de verter al francés las páginas de esta obra. Afligido de una irreparable desgracia de familia, Vixio abandonó los negocios, trasladándose a una casa de campo que poseía en Versalles, y en aquella soledad apacible, sin otra sociedad que la de Ernesto Renan, que en una casita próxima moraba, entretenía sus ocios leyendo libros españoles. Entre ellos cayó en sus manos la novela *Misericordia*; la leyó, fue muy de su

agrado, y no halló mejor esparcimiento para su soledad que traducirla. Por cierto, que en el curso de su trabajo muy a menudo me escribía, consultándome las dificultades del léxico que a cada paso encontraba, porque en esta obra, como verá el que leyere, prodigó sin tasa el lenguaje popular salpicado de idiotismo, elipsis y solecismos, tan donosos como pintorescos. Contestábale yo satisfaciendo sus dudas en lo posible, no en todos los casos, pues yo mismo ignoro el sentir de algunos decires que de continuo inventan y ponen en circulación las bocas madrileñas. La traducción de *Misericordia* fue acogida por el gran periódico parisién *Le Temps*, que la publicó en su folletín, dándole la difusión propia de un periódico de circulación mundial. Después de *Le Temps* pasó a la casa Hachette, que la editó con prólogo de Morel-Fatio, el más famoso y grande de los hispanófilos de Francia.

Menéndez Pelayo.— ¡Bien!!! Muy bien señor Galdós... yo que leo el francés de maravilla, procuraré ir siempre a esa primera traducción de Hachette donde usted aconsejó al traductor.

**Galdós aparece buscando documentos manuscritos en su bureau de los antiguos con tapa para levantar, remueve y remueve resoplando y poniendo expresión de escepticismo...el escritor desordena más si cabe el papeleo que tiene delante de si**

Galdós.— Tengo que arreglar esto, que está muy desordenado.

Menéndez Pelayo.— Siente usted —todo hay que decirlo— debilidad por los hombres sanos de corazón, por los humildes, por los buenos, los que se han labrado una

posición honradamente y por su propio esfuerzo; por aquellos que sintieron siempre con sinceridad un ideal y no lo abandonaron jamás ni en horas de adversidad ni en horas de fortuna. Tomás Romero es de estos (*Galdós asiente con la cabeza*) y por serlo le profesa grande estimación don Benito...bueno como muchos otros, claro.

Galdós.— Ahora, espero que salga diputado, hombre, ¡sentiría mucho que no saliera diputado! Es, digan lo que quieran sus envidiosos, un hombre muy útil al partido y que se desvive por su distrito...Es de los que ejercen su investidura con la mejor buena fe...yo le quiero mucho... es muy bueno y muy inteligente...

### **Galdós sigue hojeando aquí y allá sus papeles casi frenéticamente**

Menéndez Pelayo.— (*Observando cierto caos*) ¿Quiere usted que le ayude? Compadecido de verle tan atareado, y en parte, sea dicho en honor a la verdad, para descargarle pronto de su trabajo y aprovechar el tiempo en beneficio de mi encuesta.

Galdós.— Bien, bien...arregle usted lo que quiera.

Galdós.— A esta desventura hay que añadir otra. Así como un organismo debilitado y anémico es terreno apropiado para cualquier invasión morbosa, así el cuerpo de España, extenuado por el caciquismo y por el desuso de toda acción política saludable, viene a ser presa del morbo clerical, que desde los tiempos primeros de la Regencia comenzó a extenderse, y ya se corre formidable de la epidermis a las entrañas de la nación. Y no es el clericalismo, como la máquina política, un artificio de pintadas

telas o dorados cartones, sino una organización de notoria eficacia, manejada por personas que van impávidas y perseverantes hacia un fin positivo, con la rigidez de principios y la sagacidad de medios que dan tanta fuerza a la institución sacerdotal.

Menéndez Pelayo.— Instituciones y más instituciones. Un viajante como usted, don Benito, es previsible que tenga una mentalidad, digamos diferente a como enfrenta la crítica social de su partido. Parece increíble que yo pueda escucharle don Benito.

Galdós.— Si usted lo dice. Por causa de la debilitación del cuerpo social, es más grave aquí que en Francia la cuestión mal llamada religiosa, pues no se trata ahora de dogmas ni cosa tal. En Francia, la robustez de las instituciones y el grande influjo de la opinión en el Gobierno, facilitan el problema. Allí se puede discutir en las Cámaras, si deben ser o no suprimidas las Congregaciones y sometido a prudente limitación el ya inmenso rebaño de clérigos, frailes, y beatas. Aquí tal debate sería peligrosísimo, quizás imposible, y los Gobiernos tímidos y de compadrazgo que en España se suceden no sabrían dar al problema más que una solución figurada, aplicando a los excelsos del clericalismo, freno y correctivo más aparentes que reales.

Menéndez Pelayo.— No si ahora arremeterá usted con sus ultramontanismos y demás.

Galdós.— En efecto, debo consignar los caracteres singulares del ultramontanismo español, para que se comprenda mejor su poder y la enormidad de los esfuerzos que habrá que emplear contra tal enemigo. Fuerte es, principalmente en España, el brazo clerical, por su

carácter histórico, y acerca de esto conviene recordar fechas y sucesos del pasado siglo. Aunque los orígenes del absolutismo con bandera religiosa deben ser buscados en la política de los primeros soberanos de la Casa de Austria y en las guerras promovidas por éstos contra la Reforma y la Herejía, hasta el primer tercio del siglo XIX no aparece el formidable partido con organización militar y política, disputando el solio español a la hija de Fernando VII.

Menéndez Pelayo.— Al igual que ahora ¿verdad?

Galdós.— La espantosa guerra dinástica entre las dos legitimidades desde 1833 hasta 1840 fue una de las más encarnizadas y sangrientas. Unos y otros desgarraron cruelmente a la nación y la hicieron trizas. No pueden ser leídas sin horror las páginas de aquella trágica historia, que nos ofrece el sacrificio de una raza ante ideales que no merecían tan grande holocausto y ante personas que no valían ni con mucho la sangre derramada. No menos odioso que su hermano, don Carlos no supo implantar con la guerra un absolutismo práctico, como tampoco Fernando establecerlo en la paz. Fueron, cada cual en su esfera y en su tiempo, dos seres de siniestra memoria, que parecían instrumento de las iras celestiales, algo como ejecutores de una divina venganza contra nuestro desgraciado país. Creyérase que España, dejada de la mano del verdadero Dios, caía en poder de deidades maléficas, infernales. En los pueblos que por uno y otro ideal combatieron hubo grandeza, virtudes, heroísmo. En los que personificaron la contienda no se ve más que orgullo, fanatismo, sequedad del corazón y una incapacidad absoluta para regir soldados y pueblos.

Menéndez Pelayo.— Cuán razón lleva. Durante el reinado de Isabel, el carlismo repitió su tentativa, pretendiendo ser el único representante de la verdad religiosa, y una nueva guerra organizada ensangrentó los días del período revolucionario, del reinado de don Amadeo de Saboya y de la Restauración, hasta que fue sofocada por el joven rey Alfonso XII.

Galdós.— Digo que fue sofocada, porque el carlismo no ha sido nunca destruido de un modo eficaz y éste es el error del país liberal en todo el siglo precedente, pues siempre puso fin a las campañas facciosas por medio de esfuerzos parciales y por convenios, arreglos y componendas. Lleva siempre la causa carlista tras sí a un poderoso encantador, el fanatismo eclesiástico, el cual no le abandona en sus caídas ni en sus más desastrosos vencimientos; va de continuo en pos de él, y si le encuentra es roto en pedazos.

Menéndez Pelayo.— Le recoge cuidadosamente, uniendo las partes separadas; le da a beber el bálsamo de Fiebrabrás, y ya está el hombre resucitado y dispuesto a batallar de nuevo.

Galdós.— Las debilidades del liberalismo, motivadas en un excesivo temor a la autoridad romana, las estamos pagando ahora, y hemos en pleno siglo XX con el mal en aterrador aumento, la muchedumbre eclesiástica cada día más dominante y absorbente, el carlismo amenazando con nuevas tentativas. ¡Triste situación la de España por no decidirse a poner mano varonil en este conflicto, afrontando las amenazas del absolutismo con el firme propósito de tenerlo a raya, que medios le sobran para ello, y de enterrar definitivamente ese espantable muerto en forma tal que sea su resurrección imposible!

Menéndez Pelayo.— (*Con gran ironía*) Explique, explique usted el problema que le ha llevado a que le tachen a usted de anticlerical.

Galdós.— Falta exponer el carácter social del clericalismo que con formas modernizadas nos invade ahora, y que nos ahogará si no ponemos toda nuestra energía en la empresa de contenerlo, ya que no de destruirlo. Desde los primeros años de la Regencia, la invasión de Congregaciones religiosas con fines, más que contemplativos, prácticos y experimentales, ya en la educación, ya en la caridad, ha ido creciendo por días, y hoy son tantos los institutos de esta clase, que es difícil contarlos designando a cada uno por su nombre canónico o por los que ellos mismos se han dado, con espontánea creación, en el seno de la Iglesia.

Menéndez Pelayo.— En Barcelona, la ciudad más populosa y rica de nuestra Península, la que en todas las iniciativas marcha a la vanguardia de nuestra cultura, cuenta con 180 casas de religión, edificadas en el centro o en las afueras de la ciudad, como un plan estratégico de baluartes fortificados que custodian y oprimen al vecindario. En Madrid también es enorme el número de establecimientos de esta clase, y en Bilbao, Málaga y Sevilla los hay de importancia y número correspondiente a la riqueza de estas poblaciones.

Galdós.— Una variada muchedumbre de frailes y monjas pueblan estas casas, siendo pocas las personas que viven en reclusión; la gran mayoría de religiosos de uno y otro sexo hacen vida urbana y callejera, metidos en el vértigo de la vida social, ya movidos del afán de sus petitorios, ya por sostener por el visiteo constante sus relaciones con damas y caballeros de alta posición, clave de su

poder espiritual y de los resortes materiales con que lo hacen más eficaz y más duro. Al propio tiempo, la enseñanza secundaria y superior está en manos religiosas. Sería largo de referir por qué serie de concesiones, verdaderas inocentadas del Poder Público, hemos llegado a este predominio eclesiástico en la dirección de una parte muy principal de la juventud. Los jesuitas, hombres de tenaz ambición, maestros en el arte de introducirse y arraigarse, han sabido implantar dentro del Estado un *Estadillo Escolar* con todos los organismos docentes, desde las enseñanzas elementales, hasta las universitarias, y en ellas reparten el *pan de la Ciencia*, que, según dicen los que lo han catado, y son muchos, ¡ay! No es sabroso ni nutritivo.

Menéndez Pelayo.— (*Con gran pesadumbre*) Algún día este problema, *el problema* según afirma usted, estallará.

Galdós.— No circunscribe la Compañía su acción tutelar a la enseñanza, y pretende hacer maravillas en la educación. Los chicos adquieren bajo su gobierno buenos modales y una frialdad tónica que, cuando sean hombres hechos y derechos, les servirá de preservativo contra las pasiones. No agrada a los Padres que gocen de libertad en sus recreos, y han fundado para ellos una Hermandad medio divina y medio humana, bajo el rótulo y patrocinio de San Luis Gonzaga.

Entre los llamados Luises hay jóvenes de gran talento, ¿quién lo duda? Hijos de los hombres más ilustres de la nación; a la aristocracia del dinero pertenecen muchos; otros, a la de la inteligencia. En estos institutos, al modo de piadosos casinos, pasan largas horas del día y aún de la noche, alternando los devotos ejercicios con los pasatiempos más honestos y con la lectura de los libros más insípidos que se han escrito en el mundo. Pero no puede dudarse que el ambiente de sosería y aburrimiento que



allí se respira, y el trato frío de la Comunidad que dirige a los muchachos en tales casas o limbos, les hace mártires de su propia virtud y de la glacial insensibilidad jesuítica, tras de la cual abdica todos sus fueros la personalidad humana. ¡Juventud sin pasiones, sin arranques, sin delirios, sin ensueños de amor y aventuras, qué cosa tan triste! Hay entre los tales luises jóvenes muy simpáticos, que se ven forzados a disimular su talento y no pueden conseguirlo: en el trato social son unos ángeles elegantísimos; pero bien dejan comprender, con la tristeza de su mirar, que detestan el compromiso que han contraído de ser ángeles, llevando las alas escondidas dentro del frac o del *smoking*.

Menéndez Pelayo.— Vamos que la crianza de generaciones suele salirles fallida a los obreros de Loyola.

Galdós.— Pero como no hay cosa mala ni buena que cien años dure, y las organizaciones contrarias al orden natural, rara vez prevalecen, el mejor día vendrá la repentina emancipación de toda la graciosa cohorte infantil, y la patria recobrará esas preciosas inteligencias secuestradas. Ellos serán librepensadores, quizá volterianos, que hartos estamos de ver la evolución de corderos a lobos en la psicología religiosa. Cuando menos se piensa, ven éstos malogradas sus laboriosas jornadas, resultando que los hijos salen a sus padres verdaderos y son hombres como lo fueron éstos, no al modo de los padres empolladotes, que quieren formar Humanidad nueva, moldeada en una falsa perfección, tan antipática y absurda como las comedias que representan los chicos en sus ratos de ocio. La Humanidad que quieren traernos los ignacianos es como su fría arquitectura, como su arte, como su música, como sus sermones, como en su ciencia: una Humanidad sin gracia, sin *femenino*.

Menéndez Pelayo.— Sin femenino, don Benito, sin femenino. A usted le han influido sin duda corrientes religiosas de fuera de España, europeas, y aún americanas con tanto viaje como ha hecho usted.

Galdós.— No será irreverente decir que el mal gusto y la sosería de la Orden, su falta absoluta de sentimiento poético, se manifiesta hasta en la advocación, que prefiere para el culto mariano la Virgen sin niño, la que por la propia elevación y sutileza del dogma que representa es la que menos expresa la armonía entre lo divino y lo humano. El Carmelo, el Rosario, las Angustias, la Soledad, ¡cuánta mayor belleza encarnan y cuán ardorosamente mueven la ternura en las almas cristianas, principalmente en el alma española! En esos admirables símbolos de la piedad hallan consuelo las desdichas y el dolor, inherentes a la humana naturaleza; son la luz que señala a los pecadores, a los afligidos, a los que padecen hambre o persecuciones; los caminos de la esperanza.

Menéndez Pelayo.— En ello denota usted su experiencia aprendida en colegio religioso, agustino, y en la observación, claro. Cada cosa en su sitio.

Galdós.— Lo que se dice del culto de la Virgen puede extenderse al culto de los corazones, característico de la Compañía, y a la desdichada iconografía que lo representa. A cambio del sentimiento estético de que carecen los jesuitas han establecido en sus templos comodidades casi suntuarias y no pocos refinamientos de orden y limpieza. Todo su sistema tiene al dominio sobre las lamas de los ricos, a quienes halagan con la higiene del local eclesiástico, seguros de que las personas regulares no lo frecuentarían si en él no hallaran el ambiente grato y el confort de sus propios domicilios. No aspiran los jesuitas al domi-

nio de los pueblos por la sumisión de las muchedumbres, en las cuales siempre han encontrado indiferencia u hostilidad; aplican toda su acción sectaria a las clases pudientes, principalmente a la burguesía, enriquecida en los negocios; a la fuerte clase social, donde más abundan las conciencias turbadas, por ser la clase de las improvisaciones de riqueza, de las luchas pasionales, de los extravíos de la vanidad y el lujo. Con admirable sentido, los de Loyola han sabido escoger el terreno más adecuado a sus ambiciones de imperio, y es forzoso reconocer que han hecho maravillas, y que, dentro de la expresada clase, han construido un monstruoso nidal, eminente, donde pueden clamar muy alto y medirse con el Estado y las instituciones.

Menéndez Pelayo.— Lo que es el sentido de adaptación a la realidad y tacto exquisito para pulsar la masa humana sobre la que operan y entenderse con ella, no puede negárseles; son en esto consumados maestros.

Galdós.— Tal poder ha logrado que arrancárselo sería obra no menos dedicada que peligrosa. Como no podía ser tarea fácil conquistar la conciencia y la voluntad de los hombres, dígase en este caso señores o caballeros, se han apoderado de las almas de las mujeres, entiéndase señoras o damas, llegando en esta captación a resultados increíbles. Han dominado a las madres por las devociones de buen tono y sin austeridad, así como por el arte de armonizar la moral con la vida regalada y el usufructo de los bienes terrenos; a las señoritas, por la falaz idealidad religiosa, insípido manjar que se les administra en los colegios elegantes, y que las pobres niñas inocentes ingieren sin conocimiento del mundo ni de la sociedad. Las mujeres que se dejan entontecer permiten y fomentan la labor jesuítica, hasta que les arrancan a sus hijas para ha-

cerlas ángeles en algún convento de los de flamante creación.

Menéndez Pelayo.— En efecto, ha escrito usted mucho sobre esta singular situación tan característica de la educación y formas de nuestro país.

Galdós.— No faltan maridos y padres que, perdido el seso, como sus hijas y mujeres, asienten a todo y se dejan llevar por los caminos angelicales, en cuyo término suele estar el trasiego parcial o total de los bienes de la familia al acervo de la Orden; pero los hay que no se conforman, y aunque ostensiblemente no se atreven a protestar y aún aceptan su misión al fraile o jesuita que domina la casa como país conquistado, hacen por distraerse de las melancolías en que tal situación les pone. En la casa, por no chocar con las señoras y señoritas, se muestran piadosos, en la calle y en los casinos, que por causa de los rozamientos domésticos frecuentan más de lo regular, ponen el grito en el cielo y claman porque de alguna parte salga el remedio pronto y radical de esta grave perturbación. En Madrid y en las capitales ricas, donde operan los ignacianos, hay multitud de maridos viejos y jóvenes que ya refunfuñan de llevar sobre sí la masa del jesuitismo, y no pueden ocultar la tristeza y hastío que en la vida de la familia encuentran.

Menéndez Pelayo.— ¡Uf!, don Benito, es usted un *orador social*. (con sorna.)

Galdós.— La de los *clubs* ha tomado un vuelo extraordinario en los años últimos. Difícil es la solución de este problema para los hombres de mediana energía que a todo se resignan antes que promover domésticas algaradas en que salgan vergonzosamente derrotados por el fa-

natismo de las hembras. Alguno ha sabido ya rebelarse valeroso; mas la fuerza del bello sexo fanatizado es tal, que no bastará el valor, y se necesitará el heroísmo de padres y esposos para romper el encantamiento y reconstruir la familia cristiana. Rara es hoy la casa de personas acomodadas que no tenga en su seno la guerra civil. Forzoso será que intervenga al fin el Poder público, obligado a *poner su mano en el grave trastorno de la sociedad española*; pero el Poder público se encontrará con una espantosa trinchera, defendida por señoras que son las más fieras combatientes en guerras de conciencias. ¡Triste destino el de un Gobierno que obligado se vea a plantear batalla con mujeres! Valientes son ellas, y ocupan formidable posición. A sus espaldas hállanse muy al cubierto los santos varones que suministran a las combatientes la divina pólvora con que abrasan a todo el que se aproxima. El Poder civil no puede desalojar de su posición a las *enemigas*, sino aplicándose previamente a desalojar a los de retaguardia, a quitarles la pólvora, a mojarla por lo menos.

Menéndez Pelayo.— Queda clara su fama de anticlerical, querido amigo.

Galdós.— Sojuzgando el contingente femenino de las clases inferiores, el clero ignaciano ha labrado todo lo que ha podido en las capas populares, conquistando para sus fines a las muchachas trabajadoras, y echando una red extensísima, en que han cogido a las criadas de servir, con lo cual se ha provisto de un admirable instrumento para figonear en el interior de las casas ricas. Y aunque la conquista de este *femenino* de clase baja no significa el dominio del pueblo, es por el pronto, una posición ventajosa y una nueva base de operaciones para futuras campañas. A todo el *mujerío* alto y bajo lo condenan con

devociones prolijas y no tan fastidiosas como las del ordinario ritual, y combinan las horas de modo que no puedan las niñas concurrir a bailes ni a teatros, ni aún al inocente pasear por calles o alamedas.

Menéndez Pelayo.— *Doña Perfecta, Casandra, Electra*...entre otras han reflejado divinamente esta cuestión.

Galdós.— Y es que lo que saca de quicio a los llamados compañeros de Jesús es que las hembras se diviertan y anden entre hombres. Si ellos pudieran, encerrarían en los Seminarios a todos los varones, y en beaterios a todas las muchachas y señoritas. De este modo no habría pecados. ¡Qué Humanidad tan hermosa obtendrían por este medio! Cierto que la juventud peca, y, si la dejan, pecará enormemente; pero también es probado que la juventud aburrida se lanza con locura febril a mayores infracciones de la ley moral. Esto no lo comprenden, o afectan no comprenderlo, los hombres que, con más ciencia de los libros de la realidad propagan un ideal de virtud espantosa y lúgubre, que seca las fuentes de la vida y no puede dar otro fruto que la epilepsia o la imbecilidad.

Menéndez Pelayo.— En esto sí que le doy la razón.

Galdós.— Lo grave de esta dolencia social es que ha cogido el cuerpo político debilitado por el caciquismo. España carece hoy casi por completo de fuerza fisiológica que la preserve contra las invasiones que atacan su epidermis, y luego su tejido, sus entrañas, su organismo todo; la nación ha desmayado en el uso de sus facultades directivas, abdicándolas en unos cuantos caballeros cuyo interés político constituye una oligarquía que finge el movimiento vital. Por este desmayo, por esa parálisis lenta de la vida propiamente orgánica, por esa renuncia indolente

de todos los derechos y de su expresión, ya no sabemos dónde está la parte de soberanía que nos corresponde, y hay que pensar que se ha extinguido o que ha pasado del pueblo a los oligarcas en cuyas manos está la poca acción política que aquí se ejerce.

Menéndez Pelayo.— Oligarquía...

Galdós.— Que el caciquismo, nuestro señor, es impotente para poner coto a la invasión clerical, no hay para qué decirlo: bien quisiera él destruir tan formidable enemigo; pero no puede, no tiene sangre, no tiene alientos, no tiene fuerza anímica, por carecer de ideales y vista para mirar más allá de su particular conveniencia. Y siendo tan débil la oligarquía reinante, lo más seguro es que se la tragará el clericalismo, recogiendo de su víctima la soberanía, para transmitirla al Papa, que vendrá pronto a ser, si Dios no lo remedia, nuestro indiscutible soberano temporal. No es esto un sueño, sino realidad al alcance de los observadores menos atentos. Veremos, pues, redivivos en nuestro suelo los Estados Pontificios, por cuyo restablecimiento suspiran algunos católicos con más fervor religioso que patriotismo.

Menéndez Pelayo.— Los que por tales caminos llevan o dejan llevar a esta nación, no se hacen cargo de la injusticia de semejante campaña, cuyo término podrá ser la transmutación insidiosa de la nacionalidad; pues si España abomina del clericalismo y rechaza el ser convertida en territorio temporal del Papa, no disputa a éste su jurisdicción espiritual, ni le regatea la más pequeña porción de su autoridad en el terreno dogmático. En este inmenso pleito entre una nación y el jesuitismo insaciable no se pone en tela de juicio ningún principio religioso de los que son base de nuestras creencias; lo que se litiga es el dominio social y el régimen de los pueblos.

Galdós.— Desembarazada España de la *turba—multa* de frailes y jesuitas, quedaría bajo su tradicional constitución religiosa, gobernada espiritualmente por sus obispos y su clero secular, que, actuando solo y libre, sin la diabólica inspiración del jesuitismo, reinaría pacíficamente, respetuoso y respetado.

Por esto, el buen arte político aconseja que no se complique el problema confundiendo en un solo anatema a las dos familias sacerdotales, y si en otro tiempo dijo alguien «no toquéis a la Marina», ahora todos debemos decir a los gobernantes: «no toquéis al clero secular».

Menéndez Pelayo.— Y si es sincero el propósito de combatir al clericalismo, a la anterior receta ¿debe agregarse otra de segura eficacia?

Galdós.— No temer la guerra civil, no ver el fantasma del carlismo en proporciones mayores que las que realmente tiene. Si la guerra se presentara, lo que no es muy dudoso, deber de todos, Gobierno y país, es afrontarla con valor, vencer al faccioso y enterrarlo tan hondo que no pueda resucitar. ¿Podrán dar solución al temido problema el país anémico y los debilitados oligarcas? No perdamos la esperanza de que así sea, porque en las naciones se corrige la anemia más fácil y prontamente que en los individuos: se cura con una fiebre que España padece ahora en altísimo grado, y en el ansia de vivir.

**Menéndez Pelayo toma un respiro abriendo la ventana de al lado, corre las cortinas, observa el exterior con cierta angustia derivada de la intensidad de la conversación y del ímpetu arrasador del gran escritor de las letras españolas**



Menéndez Pelayo.— Retomemos nuestra conversación don Benito. Por aquellos años de intensa actividad dramática —recuerdo ahora la Semana Trágica de 1909— con la muerte del pedagogo Ferrer i Guardia usted se revolvió, se hizo revolucionario con comentarios como este de *Cánovas*: Ya nuestra España es de ustedes. Aquí no reina Alfonso XII, sino el bendito San Ignacio, que a mi parecer está en el cielo a la izquierda del Dios Padre... Los españoles somos católicos borregos, y sólo aspiramos a ser conducidos por el cayado jesuítico hacia los feraces campos de la ignorancia... Nos postramos, pues, ante el negro cingulo y rendimos acatamiento al dulcísimo yugo con que se nos oprime *Ad majorem Dei gloriam*.

Galdós.— Sí, también se hicieron muy famosas estas otras palabras que con buen tino afirmé en una de las declaraciones que siguieron al estreno de *Casandra*: «Ya se ha visto la verdad de lo de Barcelona. Total varios tumultos y 40 conventos quemados. En buena hora sea. Ya se les reedificarán las casas a las monjitas y frailecitos y todo volverá a lo que fue. Pero ha sido una lección, un primer aviso».

Menéndez Pelayo.— Puede comprender que para mi, sea esto de gran ejercicio de resignación escucharle a usted... casi me convence. Cree que España está dividida en dos, ¿verdad?

Galdós.— Sí, esto afirmé en muchas ocasiones en mis obras, en mi último episodio sobre *Cánovas*: Fortalecerán su poder educando a las generaciones nuevas, interviniendo la vida doméstica y organizando sus ejércitos de damas necias y santurronas, paulatinamente dotadas con el armamento piadoso que les llevará a una fácil conquista... Cuando salgamos de paseo y nos encontremos con

un ignaciano, yo me quitaré el sombrero y tú darás una discretísima cabezada en señal de aparente sumisión, rezongando para nuestro sayo: «Adiós, reverendo; vive y triunfa, que ya te llegará tu hora».

Menéndez Pelayo.— Bien, por *Electra*, bien por los innumerables comentarios aquí y allá, sus escritos...que no es fácil saber de qué lado está usted realmente, sobre todo si pensamos en lo contradictorio de sus ideas, como todo escritor, creando personajes como *Nazarín*, *Benina*, *Halma*, *Guillermina Pacheco*...todos muy piadosos. Claro que no es igual cosa la fe, *el ser bueno*, con el clero.

Galdós.— Efectivamente.

Menéndez Pelayo.— Pero quizás un escritor no debería significarse tanto ¿o sí?

Galdós.— Voy adonde la política es función elemental del ciudadano...A los que me preguntan la razón de haberme acogido al ideal republicano les doy esta sincera contestación: tiempo hacía que mis sentimientos monárquicos, estaban amortiguados; se extinguieron absolutamente cuando la ley de Asociaciones se planteó, en pobres términos el capital problema español, cuando vimos claramente que el régimen se obstinaba en fundamentar su existencia en la petrificación teocrática...¡Adiós ensueños de regeneración, adiós anhelos de laicismo cultural!... ingreso en la falange republicana, reservándome la independencia en todo lo que no sea compatible con las ideas esenciales de la forma de gobierno que defendemos. Coadyuvaré en la magna obra con toda mi voluntad. No me arredra el trabajo. Cada cual tiene su forma personal de transmitir las ideas. La forma mía no es la palabra pronunciada, sino la palabra escrita, medio de corta eficacia, sin

duda, en estas lides. Pero como no tengo otras armas, éstas ofrezco, y éstas pongo al servicio de nuestro país.

Menéndez Pelayo. ¿Cómo se relaciona ese pensamiento con el patriotismo, por ejemplo? También se dice que Galdós es el más patriota, es el escritor nacional.

Galdós.— Mi patriotismo es de puro manantial de roca...los que en una larga vida hemos presenciado los fragorosos triunfos y caídas del Principio Liberal en el último medio siglo, podemos decir con seguro conocimiento que la reacción por que ahora se nos encamina es de las más tenebrosas y deprimentes. La labor ha sido lenta y taimada, disimulada en largos años de fariseísmo mansurrón, y catequesis mañosa de las voluntades débiles. Poco a poco, con suave gesto y voces blandas, se nos ha ido conduciendo y acorralando; quieren llevarnos al limbo de la tristeza, del pesimismo y de la imbecilidad, y en este limbo nos estancaríamos formando una masa servil y pecuaria, si no nos sublevásemos contra estos nuevos pastores, en los cuales hay de todo: lo español y lo extranjero, lo divino y lo humano...al pueblo español, que de ellos los republicanos espera la conservación de los bienes existente y la restitución de los sustraídos, libertad de pensamiento y de la conciencia, cultura, trabajo, equilibrio económico, sólo les diría: «Poned fuego en vuestros corazones». Ninguno de los que aquí estén presentes, en estas palabras, dejará de sentir en su alma una secreta voz que reproduzca, sin ninguna variante, un concepto del primer estadista español del siglo XIX, del glorioso, del inmortal Prim: ¡Radicales, a defenderse!

Menéndez Pelayo.— La conjunción republicano—socialista estaba formada por Tomás Romero y usted mismo, como diputados de la minoría republicana, Pablo Iglesias

y Mora por los socialistas. Garande y Cabañas por los progresistas; Pi y Arsuaga y Félix de la Torre, de los federales, Joaquín Dicenta por la minoría republicana del ayuntamiento. Sé que las reuniones se desarrollaban en su casa o en la de Romero y que por aquel entonces no estaba todavía Lerroux. Cuando usted iba camino de Barcelona al estreno de *Cassandra* su obra sin duda más anticlerical, más intelectual que *Electra*, logró convencer a Lerroux, pero no a todos sus compañeros como Sol y Ortega que se mostraban disidentes. La decepción llegaría.

Galdós. En aquella ocasión me asqueó un poco la forma en que se hace la política en España. Lo mismo en los partidos monárquicos que en los republicanos hay muchos criterios opuestos, y algunos actos y pensamientos no obedecen siempre al ideal, sino que se acomodan a la conveniencia propia.

Menéndez Pelayo.— Usted siempre se adelantó a su tiempo.

Galdós. Sí, es posible solo con pensar se puede apercibir lo que sucede en el país en que uno vive. El absentismo político es la muerte de los pueblos...el que por asco se aleja de la política no merece ser hombre ni libre... prefiero y admiro a un carlista, a un clerical rabioso, mejor que a un indiferente político. Cada día estoy más descorazonado...ha habido día que pensé meterme en casa y no ocuparme de política. Pero lo he pensado mejor. Voy a irme con Pablo Iglesias. El y su partido son lo único serio, disciplinado, admirable que hay en la España política.

Menéndez Pelayo.— Con todo, los historiadores han señalado con rigor las diferencias existentes entre el anticlericalismo del Partido Socialista y el anticlericalismo de

los partidos radicales burgueses, y sin duda su participación en los sucesos anticlericales de 1901, fue mucho más suave, a pesar de que exigían el laicismo en la enseñanza y en las leyes, así como la supresión del presupuesto del clero y la confiscación de sus bienes. Sonado fue el discurso de Pablo Iglesias en el Congreso del Partido celebrado en Gijón en 1902, cuando dijo: Nos piden los socialistas que se arrastre a los frailes y se quemen los conventos; respetamos los hombres y combatimos las ideas. Vamos más lejos que los radicales burgueses. Queremos la muerte de la Iglesia cooperadora de la explotación de la burguesía; para ello le quitamos los hombres y así le quitamos conciencias. Pretendemos confiscarles los bienes.

Galdós.— No combatimos a los frailes para ensalzar a los curas. Nada de medias tintas. Queremos que desaparezcan los unos y los otros.

Menéndez Pelayo.— Y los musulmanes, ¿qué piensa usted de ellos? La guerra con Marruecos... *Aita Tetauen*... tantas cosas de la Historia.

Galdós.— Fue muy grata, enormemente grata mi visita a Tetuán y mi estancia en Tánger. Conozco bien el carácter de nuestros vecinos.

Menéndez Pelayo.— Tengo yo cierta envidia de sus viajes y conocimientos.

Galdós.— Digo lo que siempre he dicho. Incorporé una de mis mejores creaciones a *Misericordia* en la figura del marroquí sefardí, el ciego Almudena. En cuanto a los musulmanes diré lo que ya expuse en *Aita Tetauen*: No es el moro enemigo de poca cuenta, y en su tierra cada hom-

bre vale por cuatro... Otra cosa les digo para que se pongan en lo cierto al entender de guerras africanas, y es que el moro y el español son más hermanos de lo que parece. Quiten un poco de religión, quiten otro poco de lengua, y el parentesco y aire de familia saltan a los ojos. ¿Qué es el moro más que un español mahometano? ¿Y cuántos españoles vemos que son moros con disfraz de cristianos?

Menéndez Pelayo.— ¿Y en lo del cielo por las mujeres y en tenerlas al por mayor?

Galdós.— Pues que allá se van unos con otros; que aquí el que más y el que menos no se contenta con la suya, y corre tras la del vecino. Los harenes de aquí se distinguen de los de allá en que están abiertos, y así nuestras moras salen y entran cuando les da la gana, y hacen su santo gusto. No hay cosa más fácil que venir acá un moro, aprender el habla en poco tiempo y hacerse pasar por español neto. Yo he conocido un moro de Larache, que aquí se llamaba Pablo Torres, y ni el diablo conocía el engaño. Las caras y los modos de accionar son los mismos acá y allá; y si se pudiera cambiar fácilmente de lengua como de vestidos, vendría la confusión de pueblos... Si gana Tetuán a Tánger por el misterioso laberinto de sus calles y por la grandeza y frescura de los montes y vegas que la circundan, ventaja lleva este pueblo al otro por la majestad del mar, en cuya orilla está edificado y por la diligencia de tanto comercio y del entrar y salir de mercancías. Incansable y curioso recorrí toda la población, dominándola de un extremo al otro. Yo no tiraría piedras sobre mi propio tejado pero...allá cada cuál.

*En las páginas de Galdós quedan animados de vida im-  
percedera las clases populares, en toda la gradación de  
sus penalidades, desvalimientos y miserias, y las clases*

*medias en la dilatadísima serie de sus angustias, de sus anhelos, de sus desniveles resbaladizos, de sus vergonzosas estrecheces, y también de sus bríos emprendedores; alumbrado queda y acopiado, a propósito de las gentes de toda condición, el raudal de sufrimientos, de virtudes, de heroísmos y también de bellaquerías, claudicaciones y abominaciones, que pasa, como corriente subálvea, entre los revueltos yacimientos sociales.*

## IV

### Renaciendo la lucha

*E*l 23 de diciembre de 1896 estrenó Benito Pérez Galdós *La fiera en La Comedia*, un drama político en tres actos en el que se condenan los extravíos del fanatismo. Un texto que podríamos denominar hoy como premonitorio, claro. *Dos Españas enfrentadas sin más*, con el fanatismo como escenografía, el drama español de siempre. Galdós hizo en aquellas fechas diversos viajes por provincias para asistir a las muchas de las representaciones de sus obras. En marzo fue a Valencia para asistir al estreno de *Doña Perfecta*. Después estuvo en Alicante. A su regreso a Valencia asistió a una fiesta popular, el 17 de dicho mes, dada en su honor en la Albufera por el Ayuntamiento y el Ateneo, en la que se quemaron tracas y hubo bailes populares. Fue a Zaragoza y asistió a una representación de *Doña Perfecta* el 14 de abril mas hizo un viaje a Barcelona y el Ayuntamiento le dedicó una brillantísima serenata. Aquella misma noche se representó en el teatro



*lirico Los Condenados. En Valladolid asistió a una representación de Realidad y en Oviedo presencié el estreno de La loca de la casa. Al día siguiente se celebró un banquete en su honor. Hubo un brindis muy entusiasta de Rivas Moreno, gobernador civil de la provincia, del rector de la universidad y de don Melquíades Álvarez. Ni qué decir tiene su presencia en otras ciudades como Santander, Bilbao, Vizcaya...tantas y tantas. De todo lugar le propinaban una cariñosísima despedida al genio de las letras hispánicas.*

### **Aparece en escena la joven actriz judía Concha Morell**

Concha.— Ya ve, maestro, que me toca hablar con usted de politiqueos y demás asuntos poco atractivos para mí...aunque haré el esfuerzo, claro. (*mirándole fijamente*) Volvamos a recordar si le parece aquellos comienzos suyos en la corte...para empezar por alguna parte.

Galdós.— Como ya he dicho pero lo recuerdo otra vez, en el 63 o 64 mis padres me mandaron a Madrid a estudiar Derecho, y vine a esta Corte y entré en la Universidad, donde me distinguí por los frecuentes novillos que hacía, como he referido en otro lugar. Escapándome de las cátedras, ganduleaba por calles, plazas y callejuelas, gozando en observar la vida bulliciosa de esta ingente y abigarrada capital.

Concha.— Sé que aquellos años fueron muy controvertidos como obedece a un país como el nuestro y con ello usted no se dedicó en absoluto a la vida de estudiante de derecho. (*Aparte. Claro que esto ya lo hemos visto bien en personajes como Juanito Santa Cruz, calco, calco de su persona*)

Galdós.— En aquella época fecunda de graves sucesos políticos, precursores de la Revolución, presencié, confundido con la turba estudiantil, el escandaloso motín de la noche de San Daniel —10 de abril del 65— y en la Puerta del Sol me alcanzaron algunos linternazos de la Guardia Veterana, y en el año siguiente, el 22 de junio, mejorable por la sublevación de los sargentos en el cuartel de San Gil, desde la casa de huéspedes, calle del Olivo, en que yo moraba con otros amigos, pude apreciar los tremendos lances de aquella luctuosa jornada. Los cañonazos atronaban el aire; venían de las calles próximas gemidos de víctimas, imprecaciones rabiosas, vapores de sangre, acentos de odio...*(en silencio y con emoción)* Madrid era un infierno. A la caída de la tarde, cuando pudimos salir de casa, vimos los despojos de la hecatombe y el rastro sangriento de la revolución vencida *(con grave acento)*.

Concha.— Todo el mundo conviene en pensar que estos acontecimientos decidieron directamente sobre su vocación y su implicación en la historia de nuestro país... pronto se hizo reportero impresionado por los sucesos ¿verdad?

Galdós.— Claro, como espectáculo tristísimo, el más trágico y siniestro que he visto en mi vida, mencionaré el paso de los sargentos de Artillería llevados al patíbulo en coche, de dos en dos, por la calle de Alcalá arriba, para fusilarlos en las tapias de la antigua Plaza de Toros. Tránsito de dolor, les vi pasar en compañía de otros amigos. No tuve valor para seguir la fúnebre trailla hasta el lugar del suplicio, y corrí a mi casa, tratando de buscar alivio a mi pena en mis amados libros y en los dramas imaginarios, que nos embelesan más que los reales.

Concha.— Se conoce que esos acontecimientos y otros más observados y vividos le abocaron pronto a la política.

Galdós.— Yo nunca había sentido gran vocación por la política, pero sin esperarlo y por obra y gracia de Ferreras, me encontré de pronto con la investidura de representante de la nación. El rey Alfonso XII, murió en septiembre del año 1885 y al año siguiente se convocaron las Cortes de la regencia. Ferreras habló a Sagasta de mí para que me eligiesen diputado; Sagasta hizo suyos los deseos del célebre periodista y, con tan eficaz ayuda, fui elegido diputado a Cortes por el distrito de Guayama (Puerto Rico).

Concha.— Gran episodio de su vida, sin duda.

Galdós.— (*Mirando fijamente*) y...¿cuántos votos dirá usted que obtuve?

Concha.— Pues....no sé.

Galdós.— ¡Diez y siete! Con eso bastó para erigirme en representante de la nación. Pero ahora he de contarle la forma en que eran elegidos los diputados de Puerto Rico y Cuba para que se expliquen esa votación. Días antes de ésta, el gobierno telegrafiaba a las autoridades de las citadas islas comunicándoles la lista de los candidatos que habían de ser elegidos diputados, y era seguro el triunfo de los que en ella figuraban. Sin embargo, en aquella ocasión la protesta de los americanos a elegir representantes a gusto del gobierno, se exteriorizó con mayor eficacia, y no todos los que en la lista figuraban salieron triunfantes. Entre ellos recuerdo a Perojo y a Sellés, que no fueron elegidos. Yo fui al Congreso y me senté en los escaños transformado, por arte del acta, en un perfecto sagastino, en un completo ministerial y voté todo lo que el Gobierno quiso.

Concha.— Observo una ironía muy sutil...

Galdós.— La única cosa que hice en aquella legislatura fue la contestación al discurso de la Corona. En las sesiones me concreté a decir sí y no. Cuando nació Alfonso XIII me designaron para formar parte de la comisión del Congreso que había de acudir a Palacio, para asistir, representando a la Cámara, a la presentación del nuevo soberano. Constituyeron, conmigo, dicha comisión, Maura, Valderas, y don Pío Gullón, que era el presidente. El acto me pareció muy curioso. Vi a Sagasta aparecer con una gran bandeja que contenía el cuerpo del monarca recién nacido, envuelto en algodones y adornado con unos lazos de las insignias del Toisón de oro y las demás órdenes, en forma que parecía un corderillo. A aquel Parlamento se le llamó el Parlamento largo, porque duró la legislatura cerca de cinco años. Al principio marchamos bien, pero fueron solo unos meses, porque en seguida surgió la disidencia de Martos. Luego ocurrió la sublevación de Villalcampo y apareció el partido casolista. En aquellas Cortes, se sentó también por primera vez en el Congreso don Gumerindo de Azcárate.

Concha.— ¿Asistía con frecuencia al Congreso?

Galdós.— Todos los días pero porque me gustaba estar de tertulia con los amigos en el salón de conferencias.

### **Se escucha el vocerío y el ruido de un mitin**

Concha.— Asiduo era de los *mítines* del 1º de mayo, cuando dijo: «Estamos sobre un volcán; más claro, estamos sobre el 1º de mayo, día tremendo, en el cual la huelga universal de obreros ha de plantear en el terreno práctico el problema más grave del siglo, la cuestión social, la lucha entre el capital y el trabajo. Meses hace que la gran

algarada socialista se viene anunciando; las naciones todas se aprestan a la defensa. Precauciones más imponentes que las que cincuenta años ha tomaban los gobiernos absolutistas contra los revolucionarios, se toman hoy contra el colectivismo».

Galdós.— ¡Cómo han cambiado los tiempos! Entonces una logia masónica, un club de carbonarios o de comuneros, donde oscuramente se reunían cuatro exaltados para entretenerse con grotescas ceremonias, ponía en conmoción a los Gobiernos y hacía danzar a la policía. Hoy todo eso ha pasado, ya no hay masones, ya no hay carbonarios más que en Rusia, con otro nombre y procedimientos más ejecutivos que los revolucionarios de Occidente. El movimiento político ha hecho un alto que parece definitivo; la misma controversia entre la forma monárquica y la republicana tiene caracteres pacíficos, sin conspiración de logias, sin barricadas, sin aquellos héroes barbudos ni aquellos *mártires de la libertad* que llenaban el mundo con sus proezas.

Concha.— Todo ha cambiado don Benito. La extinción de la raza de tiranos ha traído el acabamiento de la raza de libertadores. Hablo del tirano en el concepto antiguo, pues ahora resulta que la tiranía subsiste, sólo que los tiranos somos nosotros, los que antes éramos *víctimas y mártires*, la clase media, la burguesía, que antaño luchó con el clero y la aristocracia hasta destruir al uno y a la otra con la desamortización y la desvinculación.

Galdós.— ¡Evolución misteriosa de las cosas humanas! El pueblo se apodera de las riquezas acumuladas durante siglos por las clases privilegiadas. Con estas riquezas se crean los capitales burgueses, las industrias, las grandes

empresas ferroviarias y de navegación. Y resulta que los desheredados de entonces se truecan en privilegiados. Renace la lucha, variando los nombres de los combatientes, pero subsistiendo en esencia la misma. ¿Qué quiere decir esto? Que los que no poseen, que son siempre los más, atacan a los que tienen, que son los menos, pero se hallan robustecidos por el amparo del Estado. El Estado defiende la propiedad adquirida por los medios legales, con absoluta preterición de la ley moral. El pueblo no se resigna. La Iglesia no se atreve a amparar a los desvalidos, temiendo salir perdiendo si éstos alcanzan el triunfo. Pónese, pues, de parte de los poderes y de la propiedad constituidos. En el fondo hay, pues, gran semejanza con la situación de hace cincuenta años.

Concha.— Meses hace que la prensa de todos los países no se ocupa más que de la cuestión social. En todo abril los preparativos de la función anúncianse con el estruendo vocinglero de los *meetings* y reuniones. En España, Barcelona y Bilbao, como centro febril la primera, y región minera de gran importancia la segunda, atraen principalmente la atención del poder público y del país entero. Como ciertos ejemplos cunden con pasmosa facilidad, ya no hay pueblo, ya no hay región donde no se preparen a la huelga todos los trabajadores de cualquier clase que sean. Oficios que parecen refractarios a estas manifestaciones ruidosas de la idea socialista, quieren también echar su cuarto a espadas, y ya se habla de la huelga de enterradores y sepultureros, de las criadas de servir y hasta de las amas de cría.

Galdós.— Resulta bastante cómico ese furor huelguista; pero hay que tomar precauciones contra la moda socialista, so pena de ver terriblemente perturbado el hogar doméstico. (*se ríe.*)

Concha.— Si es verdad lo que se dice, y por algunos se teme, muchas señoras de las más encopetadas tendrán que ir a la compra el 1º, 2º y el 3 de mayo. Otras, no tendrán más remedio que abandonar por unos días las ociosas galas que inventó la vanidad, ponerse el mandil, y meterse en la cocina, so pena de que el buen burgués se quede en ayunas los tres días terribles. Y si se confirma la desbandada de las nodrizas, ya pueden muchos, señoras y caballeros, dedicarse al manejo del biberón para que los chiquitines, burgueses del provenir, no sean víctimas, en tan temprana edad, de la tremenda lucha entre el capital y el trabajo.

Galdós.— Bromas aparte, no cabe duda que durante unos días no tendremos pan, que tampoco tendremos carbón si no vamos a buscarlo nosotros mismos a la carbonería, o si no nos proveemos con anticipación de tan precioso combustible.

Concha.— Así son las huelgas, don Benito. Dicho se está que todos los oficios de taller, así grandes como pequeños, dejarán de funcionar, y es probable que los coches y tranvías dejen las calles y plazas en soledad tan austera como las de los Jueves y Viernes Santo.

Galdós.— Entre las curiosidades de estos días, la más señalada es el *meeting* de mujeres celebrado hace dos días en Barcelona. ¡Las mujeres también en huelga! La cosa se complica. En dicha reunión hubo de todo. Algunas oradoras, que por cierto manifestaron grandes disposiciones parlamentarias, picaron alto, tratando al hombre como a fabricante, como a capitalista y burgués empedernido. Otras, se concretaron a expresar sus pretensiones en calidad de obreras, pidiendo aumento de salario y disminución de horas de trabajo. Todas tuvieron alguna palabra

dura para el hombre, y de ello hay que tomar cuenta. En los descansos dicho hombre se va al casino o a la taberna a derrochar el jornal, mientras ellas cuidan la casa, y propusieron asociarse para defender sus derechos, excluyendo totalmente a los hombres, lo cual me parece muy bien.

Concha.— Vamos que andaba usted metido pero bien en la vida social. Porque después de *La familia de León Roch* y sin respiro, *La desheredada*, en seguida se puso con *El amigo Manso*, *El doctor Centeno*, *Tormento*, *La de Bringas* y *Lo prohibido*...hallábase usted por entonces en una grandísima plenitud de la fiebre novelesca.

Galdós.— Del arte escénico no me ocupaba ni poco ni mucho. No frecuentaba yo los teatros. Desde mi aislamiento sentía el rumor entusiasta de los grandes éxitos de don José Echegaray, único a mi modo de entender capaz de encabezar una renovación en el teatro español. Aquel portento iba de gloria en gloria, fascinando a todos los públicos. Conocía yo las obras de Echegaray por la lectura, no por la representación. Pasaron años antes de que yo viera sobre las tablas las obras del gran maestro. De este modo corría el tiempo hasta llegar el 85. El 25 de noviembre de aquel año murió Alfonso XII, de cruel enfermedad, en la flor de los años. Ocurrió en el Pardo este suceso, no por previsto menos lastimoso. Al día siguiente falleció el general Serrano. Proclamada la Regencia de Doña María Cristina, subió Sagasta al poder, y su primer acto fue convocar Cortes para el año siguiente. Un amigo mío, indicó a Sagasta que me sacara diputado por las Antillas. En aquellos tiempos las elecciones en Cuba y Puerto Rico se hacían por telegramas que el Gobierno enviaba a las autoridades de las dos islas. A mí me incluyeron en el telegrama de Puerto Rico; ya lo he dicho y un día me encontré con la noticia de que era representante en Cor-



tes con un número enteramente fantástico de votos. Así suceden muchas cosas de la política que pocos imaginan. Con estas y otras arbitrariedades llegamos años después a la pérdida de las colonias. En la primavera del 86 se abrieron las Cortes.

Concha.— Recuerdo cómo reflejó el aspecto de un español venido de allá en unas líneas, al final de *Fortunata* y «presentando» usted a don Ramón de Villaamil: «El clima de Cuba y Filipinas le había dejado en los huesos, y como era todo él una pura mojama, relumbraban en su cara las miradas de tal modo que parecía que se iba a comer a la gente. A un guasón se le ocurrió llamarle Ramsés II, y cayó tan en gracia el mote, que Ramsés II se quedó. Pasando con desdén por junto a los espiritistas, se sentaba en el círculo de los empleados, oyendo más bien que hablando, y permitiéndose hacer tal cual observación con voz de ultratumba, que salía de su garganta como un eco de las frías cavernas de una pirámide egipcia. «Dos meses, nada más que dos meses me faltan, y todo se vuelve promesas, que hoy, que mañana, que veremos, que no hay vacante...» ¡Qué gran genio es usted maestro!

Galdós.— Gracias, no lo merezco.

Concha.— Pero siga. Usted dejó su representación en Cortes por el distrito de Guayama, una vez terminada la legislatura de las Cortes de la Regencia, que se llamó el «Parlamento largo» volvió a dedicar toda su actividad y toda su vida a la labor literaria. Dejó de asistir usted al Congreso, pues como sentía gran indiferencia hacia la política y era ésta para usted una cosa muy secundaria, su elección de diputado a Cortes, no transformó en nada su vida, ni hizo que abandonara un instante sus trabajos literarios. Eso está bien. Recuérdele usted, cuando fueron a

su casa —se presentó allí mismo Fernando Lozano, Demófilo— que pertenecía a la junta municipal republicana a convencerle, a que usted consintiera que los republicanos le presentaran diputado a Cortes e ingresase en el partido para robustecerlo con su prestigio y con los entusiasmos que su nombre despertaba en el pueblo.

Galdós.— Al principio me negué a satisfacer tal pretensión puesto que la política en mi había provocado pocos encantos. Pero ahí que siguieron insistiendo...varias entrevistas se dieron hasta que después de consultar la decisión con varios amigos, autoricé a que los republicanos incluyeran mi nombre en la candidatura de diputados a Cortes, pero con la contradicción de que también figuraran en ella don Alfredo Vicent y don Roberto Castrovido.

Concha.— Sus indicaciones fueron atendidas y esos dos nombres dieron entonces incluidos en la candidatura republicana, y en los cuales no había pensado el partido. Además de Galdós, Vicente y Castrovido fueron designados candidatos, Morayta, Morote y Calzada. En aquellos días publicó usted diversas declaraciones en los periódicos, haciendo profesión de fe republicana.

Galdós.— La Prensa recibió con benevolencia mis declaraciones. Sin embargo, a muchos sorprendió mi decisión, sin duda porque no conocían mis ideas que siempre fueron democráticas y porque no se pararon a pensar que, aun cuando retraído y concretado a mi labor literaria, venía siendo casi republicano desde 1880. Y de algunos de mis actos, y de mis escritos así se desprendió en diversas ocasiones. Comenzaron los trabajos electorales y asistí por primera vez en mi vida a un mitin. Luego tomé parte en otros de propaganda que se verificaron en todos los distritos de Madrid. En ninguno de estos actos hice

nunca uso de la palabra; me concretaba a leer cuartillas; algunas veces me las leían otros. A esos *mitines* asistía Carlos Calzada en representación de su hermano Rafael que era el candidato y que entonces se encontraba en Buenos Aires. En aquellos actos conocí a mi actual secretario Pablo Nougués, que pronunciaba casi siempre discursos y me fijé en él por lo bien que hablaba.

Concha.— Las elecciones fueron muy empeñadas. Los conservadores presentaban en frente de su candidatura otra en la que figuraban los señores Prast, Garay y Gutiérrez.

Galdós.— Me acuerdo que entonces se preguntaba; ¿Quién es ese Gutiérrez? Y Gutiérrez era un hombre excelente, de gran caballerosidad, a quien yo tenía y tengo en gran aprecio. La votación fue un triunfo completo para los republicanos. Al principio creímos que habríamos salido los seis candidatos, pero en el Ayuntamiento se hicieron no sé qué componendas y sólo resultamos elegidos tres, Morote, Calzada y yo. El alcalde era Dato, pero no he de hablar mal de él por lo que ocurrió entonces, porque conmigo se ha portado siempre bien. Fue al parlamento y a los pocos días surgió el bloque, por el cual hice cuanto pude. Asistí a un mitin en Barcelona y luego a otro en San Sebastián con Sol y Ortega. Después continué la propaganda con Melquíades Álvarez en otros *mitines* que se celebraron en Santander y Almería. Al mitin que se celebró en Madrid en el teatro de la Princesa para acordar la formación del bloque, no asistí por encontrarme enfermo.

Concha.— Dura vida la de escritor, autor, ensayista, político...dura, dura de verdad. De la soledad nace la fuerza como usted dice, como dijo en *Amor y ciencia*. Pero siga, siga.

Galdós.— Deshecho ya el bloque, estallaron en Barcelona los sucesos de julio de 1909. Estos graves desórdenes y la política seguida por Maura —aunque gran amigo mío— que ocupaba la presidencia del Consejo de ministros, determinaron la formación de la conjunción republicano-socialista.

Concha.— ¿Y cómo es que no fue usted directamente con los socialistas?

Galdós.— Yo no conocía a Pablo Iglesias ni siquiera de vista, pero con motivo de las gestiones que se hacían para formar la conjunción, fui un día a verle con Azcárate. El *leader* de los socialistas no estaba en un principio dispuesto a unir a su partido con los republicanos, pero después entró ya en inteligencia y se formó la conjunción, pero únicamente para fines electorales. A fines del verano publicamos Soriano, Romero, Llorente y yo y algún otro caracterizado republicano de los que nos encontrábamos en Madrid, un manifiesto en el que pedíamos, entre otras cosas, el cambio de régimen, pero La Cierva, que era el ministro de la gobernación, no lo dejó circular. En los primeros días de otoño comenzamos las gestiones para lograr que se reunieran las Cortes. Entonces funcionaba ya la Conjunción y la formábamos, Tomás Romero y yo, como diputados de la minoría republicana; Pablo Iglesias y Mora por los socialistas; dos amigos del Dr. Esquerdo, Garande y Cabañas, por los progresistas; Pí y Arsuaga y Félix de la Torre, en representación de los federales, y Joaquín Dicenta por la minoría republicana del ayuntamiento. Las reuniones las celebrábamos unas veces en la casa de Tomás Romero y otras en la mía. Los lerrouxistas no estaban entonces en la conjunción ni tampoco los de la Unión Republicana.

Concha.— Vino la caída de Maura y ocupó Moret el poder. Entonces en el tiempo que este hombre público fue presidente del consejo de ministros, es decir, desde fines de octubre a principios de febrero, la conjunción republicano-socialista continuó en la misma forma, pero constituyendo también parte de ella Rodrigo Soriano.

Galdós.— Subió Canalejas al poder, y al convocarse las Cortes, comenzamos los trabajos para la formación de la candidatura. Estando yo en Barcelona, adonde marché para asistir al estreno de mi obra *Casandra*, hablé con Lerroux, y conseguí al fin que entrara a formar parte de la Conjunción, lo cual determinó que se incluyera a Salillas en la candidatura que habíamos formado para diputados a Cortes y se eliminara de ella a Sol y Ortega, que rompió entonces casi violentamente con nosotros y se presentó candidato por Málaga. Esta disidencia de Sol y Ortega era ya esperada. Nunca había estado con nosotros de una manera sincera, sino reservado, distanciado. En aquella ocasión y en otras varias, me asqueó un poco la forma en que se hace la política en España.

Concha.— Lo mismo en los partidos monárquicos que en los republicanos hay muchos criterios opuestos, y algunos actos y pensamientos no obedecen siempre al ideal sino que se acomodan a la conveniencia propia.

Galdós.— La candidatura de la Conjunción Republicano Socialista la formaban en aquellas elecciones Esquerdo, Pi Arsuaga, Soriano, Salillas, Iglesias y yo. El triunfo que obtuvimos fue redondo, completo. Todos los republicanos votaron nuestra candidatura, sin hacer caso de disidencias. Yo obtuve la enorme cifra de 42.419 votos, y pocos menos los demás candidatos. La candidatura ministerial logró sólo dos puestos para el conde de Santa En-

gracia y don Bruno Zaldo, pero con una diferencia de más de diez mil votos entre el que mayor votación tuvo de ellos y el que menos de nosotros. Y ostentando la representación que el pueblo de Madrid me otorgó entonces, continuó sentándome en el Congreso en los momentos actuales.

Concha.— En efecto, después de los toros, creo que no hay otra cosa que más vigorosamente interese más a los españoles que la política. ¿Qué concepto tiene usted de la política española actual?

Galdós.— Pasado el tiempo le diré que creo poco, nada en ella. Nuestros partidos políticos no tienen ideal. Se va a ellos buscando medros personales. Romanticismo, amor al país...esos son conceptos arcaicos en los que nuestra política no cree.... desgraciadamente.

Concha.— ¿Y Maura? ¿Qué le parece a usted don Benito?

Galdós.— Bueno ya he dicho aquí y allá, que me parece un hombre de gran talento, y sobre todo, un hombre de indiscutible sinceridad. Acaso sea de los hombres más sinceros de la política española.

Concha.— ¿Y esto lo dice usted, don Benito?

Galdós.— Eso lo digo yo porque es verdad, y porque no sé mentir. Claro que sus procedimientos reaccionarios no me gustan. Pero el hombre...el hombre es admirable en Maura. Es preciso hacerle justicia.

Concha.— Hábleme usted entonces de los republicanos.

Galdós.— Pues mire usted, se ocupan con excesivo ardor de cosas pequeñas y no responden a un mismo criterio. Y en ello me reafirmo claramente.

Concha.— Y ese partido gubernamental de don Melquíades Álvarez, ¿qué le parece a usted?

Galdós.— Que no entiendo eso. Que no me importa, además, entenderlo. Pero me parece bien siempre y cuando sea para robustecer la Conjunción Republicano-Socialista.

Concha.— Entonces ¿qué predice usted para el porvenir?

Galdós.— ¿Qué preveo? Que todo seguirá lo mismo. Que volverá Maura, y Canalejas, que los republicanos no podrán hacer lo que sinceramente desean, y que así seguiremos viviendo hasta... hasta que del campo socialista sobrevengan acontecimientos hondos, imprevistos, extraordinarios.

Concha.— Entonces, ¿cree usted en el socialismo?

Galdós.— Sí, sobre todo en la idea. Me parece sincera, sincerísima. Es la última palabra en la cuestión social. ¡El socialismo! Por ahí es por donde llega la aurora.

Concha.— Usted escribió un mensaje explicando su ingreso en el partido republicano en 1907, al director de *El Liberal* don Alfredo Vicente, se lo leo y tenga paciencia (*lee en voz alta*):

«Teniendo que ausentarme de Madrid, espero de su buena amistad que me preste su voz y su corazón para

expresar a los republicanos de ese distrito lo que mi voz y el corazón mío no pueden hoy manifestarles. Lo primero es que de mi amor entrañable al pueblo de Madrid dan testimonio treinta y cinco años de trato espiritual con este noble vecindario. No necesito decir cuanto me enorgullece ostentar un lazo de parentesco ideal con el estado llano matritense, en quien, desde principios del pasado siglo, se vincularon el sentimiento liberal y la función directiva; lazo de parentesco también con las muchedumbres desvalidas y trabajadoras. La acción de éstas se ha manifestado en la historia como acreditan páginas inmortales; se manifiesta siempre en la vida común del pueblo, como atestiguan su tenaz lucha por la existencia y su constancia en el sufrimiento. Diga usted también que he pasado del recogimiento del taller al libre ambiente de la plaza pública, no por gusto de la ociosidad, sino por todo lo contrario.

Abandono los caminos llanos y me lanzo a la cuesta penosa, movido de un sentimiento que en nuestra edad miserable y femenil es considerado como ridícula antigüalla, el patriotismo. Hemos llegado a unos tiempos en que al hablar de patriotismo parece que sacamos de los museos o de los archivos históricos un arma vieja y enmohecida. No es así: ese sentimiento soberano lo encontramos a todas horas en el corazón del pueblo, donde para bien nuestro existe y existirá siempre en toda su pujanza. Despreciemos las vanas modas que quieren mantenernos en una indolencia fatalista; restablezcamos los sublimes conceptos de *fe nacional*, *amor patrio*, *conciencia pública*, y sean nuevamente bandera de los seres viriles frente a los anémicos y encanijados.

Jamás iría adonde la política ha venido a ser, no ya un oficio, sino una carrerita de las más cómodas, fáciles, y lucrativas, constituyendo una clase, o más bien un familión vivaracho y de buen apetito que nos conduce y pastorea como a un dócil rebaño.



Voy adonde la política es función elemental del ciudadano con austeras obligaciones y ningún provecho, vida de abnegación sin más recompensa que los serenos goces que nos produce el cumplimiento del deber. A los que me preguntan la razón de haberme acogido al ideal republicano les doy esta sincera contestación: tiempo hacía que mis sentimientos monárquicos estaban amortiguados; se extinguieron absolutamente cuando la ley de Asociaciones planteó en pobres términos el capital problema español; cuando vimos claramente que el régimen se obstinaba en fundamentar su existencia en la petrificación teocrática. Después de esto, que implicaba la cesión parcial de la soberanía, no quedaba ya ninguna esperanza!. El término de aquella controversia sobre la ley Dávila, fue condenarnos a vivir adormecidos en el regazo frailuno, fue añadir a las innumerables tiranías que padecemos el aterrador caciquismo eclesiástico. En aquella ocasión crítica sentí el horror al vacío, horror a la asfixia nacional, dentro del viejo castillo en que se nos quiere tapiar y encerrar para siempre, sin respiro ni horizonte. No había más remedio que echarse fuera en busca de aire libre, del derecho moderno, de la absoluta libertad de conciencia con sus naturales derivaciones, principio vital de los pueblos civilizados. Es ya una vergüenza no ser europeos más que por la geografía, por la ópera italiana y por el uso desenfrenado de los automóviles.

Al abandonar, ávido de aire y luz el ahogado castillo, veo en toda la extensión del campo circundante las tiendas republicanas. Entro en ellas; soy recibido por sus moradores con simpatía, como un combatiente más, y al mostrarles mi gratitud por su fraternal acogimiento, les digo: «Sitiadores, agrandad vuestras tiendas, que tras de mí han de venir muchos más. Muchos vendrán conforme se vayan recobrando de la pereza y timidez que entumescen los ánimos. Las deserciones del campo monárquico

no tendrán fin: los desaciertos de la oligarquía serán acicate contra la timidez; sus provocaciones, latigazos contra la pereza. Vuestra legión, ya muy crecida, será tan grande que para rendir el castillo no necesitará emplear las armas. Triunfará con un arma más fuerte que la fuerza misma, con la lógica formidable, que siempre, en la debida sazón, engendra los hechos históricos».

Para concluir, recomiendo al amigo otra manifestación que debe hacer en mi nombre. Ingreso en la falange republicana, reservándome la independencia en todo lo que no sea incompatible con las ideas esenciales de la forma de gobierno que defendemos. Coadyuvaré en la magna obra con toda mi voluntad. No me arredra el trabajo. Cada cual tiene su forma personal de transmitir las ideas. La forma mía no es la palabra pronunciada, sino la palabra escrita, medio de corta eficacia, sin duda, en estas lides. Pero como no tengo otras armas, éstas ofrezco, y éstas pongo al servicio de nuestro país.

Identificando con mis dignísimos compañeros de candidatura, iré con ellos y con toda la inteligencia y entusiasta masa del partido, a las batallas que hemos de sostener para levantar a esta nación sin ventura de la postración en que ha caído. Sin tregua combatiremos la barbarie clerical hasta desarmarla de sus viejas argucias; no descansaremos hasta desbravar y allanar el terreno en que debe cimentarse la enseñanza luminosa, con base científica, indispensable para la crianza de generaciones fecundas; haremos frente a los desafueros del ya desvergonzado caciquismo, a los desmanes de la arbitrariedad enmascarada de justicia, a las burlas que diariamente se hacen de nuestros derechos y franquicias a costa de tanta sangre arrebatadas al absolutismo. Y por fin acudiremos al socorro de la nacionalidad, si, como parecen anunciar los nubarrones internacionales, se viera en peligro de naufragio total o parcial, que nada está seguro en estos tiempos turbados,

y en los más oscuros y tempestuosos que asoman por el horizonte».

Esta es la misiva, se la he leído porque de viva voz y por una actriz suena diferente... no tiene desperdicio.

Galdós.— Ha llegado el momento de que los sordos oigan, de que los distraídos atiendan, de que los mudos hablen. El que esto habla, teniéndose por el más mudo de los hombres, se atreve a sacar del pecho una voz, y arrojarla, como piedra en el charco, en la dormida superficie de la nación española, para que ésta rompa el estupor medroso con que contempla los desatinos de política y guerra que la llevan a insondables precipicios.

Concha.— Además usted protestó fuertemente contra el gobierno presidido por Maura en 1909...en un discurso titulado *Al pueblo español*. Lea usted por favor. Vaya don Benito, una timidez de espada.

Galdós.— (*Mira a la actriz con resignación.*) De acuerdo, leo: «Hablo sin que nadie me lo mande, y respondo sin que nadie me lo pregunte, por irresistible impulso de mi conciencia y exaltación de mi fe en el porvenir de la patria, sin evocar otro título ni otro fuero que el fuero y título español, porque esto basta y sobra para opinar públicamente en días de peligro. Ni aún tomaré el nombre y razones del partido político a que pertenezco. Quiero subirme adonde pueda encontrar la máxima extensión de auditorio.

Bien sé que no tengo autoridad; sé también que en este caso no la necesito. Un sentimiento inefable, la grave aflicción ante los males presentes y ante los que dejan entrever sombríos horizontes me habilitan para decir a mis conciudadanos lo que estimo verdadero y saludable, y lo digo sin temor y sin reserva. Mi patriotismo es de

puro manantial de roca, intenso, desinteresado y con él no se mezcla ningún móvil de ambición.

Ya es hora de que afrontemos las calamidades de estos tiempos, los más azarosos que he visto en cuarenta años, o más, de presenciar la corriente viva de la Historia. Ya es hora de oponer a los atrevimientos de nuestros gobernantes algo más que el asombro seguido de resignación fatalista, algo más que las maldiciones murmuradas, algo más que las protestas, semejantes a cohetes que estallan con luces y ruido, apagándose al punto en cobarde silencio. Forzoso es que alguien, sea quien fuere, clame ante la faz atónita del pueblo español incitándole a contener enérgicamente las insensateces de los que trajeron la guerra del Rif, sin saber lo que traían, que la desarrollaron y extendieron atropelladamente, tropezando en la tragedia y levantándose con arrestos heroicos, que un día proclaman alegrías de paz y al siguiente nos llaman a mayor guerra, y ahora, arrastrados de la fatalidad, se ven en el forzoso compromiso de agrandar la acción ofensiva con amplitudes desproporcionadas, que no tendrán cabida en el marco modestísimo de nuestro estado financiero y militar. Los inventores de estas descomunales aventuras no cuentan con el agotamiento del acervo nacional en sangre y recursos, y comprometen gravemente al ejército de la patria, animoso, sufrido, dotado de un extraordinario vigor físico y moral, ejército que funda su tradicional prestigio en la historia, no en los libros de caballerías. Si sobreviene un apretado caso de honor, ejército y patria darán cuanto se les pida, pero con su correspondiente cuenta y razón. Para una campaña de honor con finalidad conocida y a la luz del sol, cuanto se quiera; para campañas de vanagloria infecunda en las tinieblas, nada.

Me determino a lanzar estas voces para dulcificar el amargor de la pasividad en que vivimos, condenando y

sufriendo, maldiciendo y callando. A este limbo de estúpida somnolencia nos ha traído la acción jesuítica, que de algunos años acá viene depositando sobre el alma española el plomo de la indiferencia, de la inhibición y del egoísmo.

Es el nirvana gris que entumece los cerebros y paraliza las voluntades. Hace poco, al presentarse los primeros síntomas agudos de la grave dolencia hispana, he visto las caras de las esfinges políticas, jefes de partidos y subpartidos. El quietismo y el *ojalá* funesto dominan en las respetables facciones de los llamados prohombres. De su boca sale un gemido lastimero, pero nada más que el gemido, y sus cuatro garras permanecen sin el menor movimiento, clavadas en sus marmóreos pedestales. Todo lo fían, todo lo esperan de la función parlamentaria, sin considerar que el Gobierno, ya en estado de delirio furioso, tratará de sustraer a las minorías la función parlamentaria, siempre que aquellas no le lleven al Congreso y Senado los precisos acomodos para asegurarle la irresponsabilidad y un año más por lo menos, de orgía dictatorial. Tiempo tendrán, pues, las esfinges de echar otra larga siesta junto al lecho de España moribunda.

Que la Nación hable, que la Nación actúe, que la Nación se levante, en el sentido de vigorosa erección de su autoridad; que no pida al Gobierno lo que éste, enredado en la maraña de sus desaciertos, no puede dar ya: verdad en las informaciones de la guerra; orden, serenidad y juicio de sus acuerdos políticos y militares. Juzgando con benevolencia las intenciones, puede decirse que el Gobierno quiere hacer las cosas derechas y le salen torcidas. En él hay un caso de epilepsia larvada. Lo que España debe pedir a sus actuales gobernantes es que se ausenten del trajín de los asuntos públicos y tras los daños causa-

dos, reparen sus yerros, que si lo hicieran con el rosario no habrá ninguno con número bastante de cuentas para llegar al fin.

Si se viera a la Nación en el duro trance de mayores sacrificios, líbrela Dios de dar a estos hombres ni el valor de una gota de sangre y de una triste peseta. Póngase estos preciosos dones en manos distintas de las que nos han tejido esta envoltura funeraria. La desafortada aventura de la guerra del Rif y las enormidades de Barcelona, reclaman enmienda urgente. La paz en una y otra parte no puede venir sino por la labor prudente de otras cabezas y de otras manos. ¡Ay de España si no tuviera entre sus hijos cabezas y manos que sepan poner fin a males tan fieros!

Me lanzo a esta temeraria invocación esperando que a ella respondan todos los españoles de juicio sereno y gallarda voluntad, sin distinción de partidos, sin distinción de doctrinas y afectos, siempre que entre éstos resplandezca el amor de la patria, así los que hacen vida pública como los que viven apartados de ella, lo mismo los que saborean todos los goces de la vida que los que sólo han conocido penas y sufrimientos, los que sirven a la nación en esferas civiles y militares, o en los extensísimos campos del arte y las letras de la ciencia, del comercio y de la industria. Revístanse de la invulnerable personalidad de ciudadanos españoles, proclamen su derecho al sentir político, al opinar y al pedir imperiosamente las reparaciones del derecho, la paz honrosa, el despejo de las horrendas nubes que cierran el camino a nuestras ansias de buen gobierno, de bienestar y de cultura.

Unidos todos, encaminemos hacia su término la guerra del Rif, añadiendo al fulgor de las armas la lucidez de los entendimientos en cuanto se relacione con la política in-

ternacional. Apaguemos de un soplo los cirios verdes que alumbran el siniestro *Santo Oficio*, llamado por mal nombre *Defensa Social*, vergüenza de España y escándalo del siglo, y pongamos fin a las persecuciones inicuas, al enjuiciamiento caprichoso, a los destierros y vejámenes, con ultraje a la humanidad y desprecio de los derechos más sagrados. No estorbemos a la justicia, sino a la desenfrenada arbitrariedad y al furor vengativo. No temamos que nos llamen anarquistas o anarquizantes, que esta resucitada Inquisición ha descubierto el ardid de tostar a los hombres en las llamaradas de la calumnia. Ya nos han dividido en dos castas: *buenos y malos*. No nos turbemos ante esta inmensa ironía. Rellenemos las filas de los *malos* que burla burlando, a la ida contra el enemigo, seremos los *más* y a la vuelta *los mejores*.

Ya es tiempo de que se acabe tanta degradación y el infamante imperio de la mayor barbarie política que hemos sufrido desde el aborrecido Fernando VII. Aunque sólo hablo como español, entiendo que mis últimas palabras han de ser para mis correligionarios, que de ninguna excitación necesitan para demostrar en todo caso su acendrado patriotismo. *Los republicanos serán los primeros que acudan a levantar un fuerte muro entre España y el abismo.*»

Concha.— (*Aplaudiendo.*) Pues ya está todo dicho. Respire hondo don Benito. Yo no tengo alegato. Leyó un texto en un *mitting* de la constitución del «bloque», aunque sea largo léalo, maestro, que ya usted mismo es historia.

Galdós.— Está bien, si usted cree que aliviará las ansiedades de los lectores por mi pensamiento. Ahí va:

«Ni por ocupaciones ni por enfermedades dejé yo de acudir, en aquellas circunstancias, al llamamiento de mis

ilustres compañeros. No quiero ser el último que forme en el séquito de la España Liberal, que ahora, tras larga y sombría somnolencia, se nos presenta de nuevo en su ser majestuoso, avanzando a cortar el paso a las demasías del despotismo. Tanto hacía que no contemplábamos esta gallarda figura, artífice insuperable de nuestra Historia en el pasado siglo, que su reaparición nos conforta, nos enardece, y en nuestras almas infunde júbilo y esperanza: ella desacredita con sólo una mirada la moda pesimista. Ella, con sólo un gesto invierte otras modas impuestas por la cobardía y la necesidad. Muchas actitudes que se tenían por elegantes dejan de serlo, y a poco más perderá su engañoso prestigio la inmensa cursilería reaccionaria y clerical. En compañía de la excelsa matrona vamos todos: junto a ella, los que poseen el divino verbo; detrás, en la caravana de los creyentes silenciosos, los que formamos la gran muchedumbre democrática. Los oradores esclarecen y guían; los demás acaloramos la acción con nuestra fe y el constante ardimiento de nuestros corazones.

En todas las imágenes de la madre española, los siglos la representaron siempre acompañada de un soberbio león, símbolo heráldico de nobleza, símbolo del heroísmo, del orgullo fiero, de la virtud, del honor, de la dignidad, del derecho; símbolo también de las majestades real y popular que constituyen la Soberanía.

Mi patriotismo ardiente, quizás por demasiado ardiente algo candoroso, me encariña con el amaneramiento artístico del león furibundo, arrimado a las faldas de la gloriosa divinidad patria. Me encantan estas cosas viejas, representativas de sentimientos que laten en nosotros desde la infancia. La presencia del arrogante escudero de nuestra *Madre* nos embelesa de admiración y fortifica el amor inmenso que le profesamos. A él nos dirigimos, y con voces de emoción fraternal le decimos: conserva en todo momento, león mío, tu dignidad y tu fiereza. Cuídate de



inspirar respeto siempre y el santo miedo cuando sea menester. Tú que fuiste siempre el emblema del valor, de la realizad, de la gloria militar y de la gloria artística; tú que fuiste el Cid, el Fuero Juzgo, la Reconquista, Cervantes, la espada y las letras, no olvides que en el giro de los tiempos has venido a ser la ciudadanía, los derechos del pueblo, el equilibrio de los poderes que constituyen la Nación. No te resignes en ningún caso a ser león de circo, ni te dejes someter por el hambre y los golpes, dentro de una jaula, a ejercicios de mentirosa fiereza que sólo conducen al aplauso y provecho de tus audaces domadores. Considera, león mío, que no sólo eres hoy emblema de la ciudadanía, sino del trabajo. Eres fuerza creadora de riqueza, colaborador en la grande faena del bienestar universal, eres la cultura de todos, la vida fácil de los humildes, la serenidad de las conciencias, y bien penetrado de tu misión presente, destroza sin piedad a los que quieren apartarte del cumplimiento de tus altos fines.

Los que una larga vida hemos presenciado los fragorosos triunfos y caídas del principio liberal en el último medio siglo, podemos decir con seguro conocimiento que la reacción por que ahora se nos encamina es de las mas tenebrosas y deprimentes. La labor ha sido lenta y taimada, disimulada en largos años de fariseísmo mansurrón y catequesis en masa de las voluntades débiles. Poco a poco, con suave gesto y voces blandas, se nos ha ido conduciendo y acorralando; quieren llevarnos al limbo de la tristeza, del pasivismo y de la imbecilidad, y en este limbo nos estancaríamos formando una masa servil y pecuaria, si no nos sublevásemos contra estos nuevos pastores, en los cuales hay de todo: lo español y lo extranjero, lo divino y lo humano.

En angustiada zozobra hemos vivido durante algún tiempo, viendo aletargado el brío de la raza, y apagado en nuestro pueblo el amor santo a la vida sosegada dentro

del organismo constitucional. Pero, al fin, cuando nuestro desaliento tocaba ya en la desesperación, hemos visto que un resoplido harto imprudente ha levantado de las brasas mortecinas, esta llama que nos alienta nos alumbraba y nos vivifica. Ya vuelven el alma y la vida a nuestros cuerpos desmayados; ya tenemos fe, ya tenemos coraje, ya reluce ante nuestros ojos el ideal, que más que luz extinguida, era estrella eclipsada.

Los hombres insignes que encarnan las aspiraciones democráticas en sus diferentes grados de intensidad demuestran con su sola presencia en este sitio, con su aproximación fraternal que los sacrosantos derechos de la personalidad humana no perecerán en la celada torpemente armada contra ellos. Sus elevadas inteligencias no necesitan ningún estímulo: harto conocen todos, la técnica y la historia de estos clarísimos problemas. El pueblo español, que de ellos espera la conservación de los bienes existentes y la restitución de los sustraídos, libertad de pensamiento y de la conciencia, cultura, trabajo, equilibrio económico, sólo les diría: «poned fuego en vuestros corazones».

Ninguno de los aquí presentes dejará de sentir en su alma una secreta voz que reproduzca, sin ninguna variante, un concepto del primer estadista español del siglo XIX, del glorioso, del inmortal Prim: ¡¡¡radicales a defenderse!!!

*Galdós no había tenido nunca secretario, y el primero que tuvo fue un perro. En algunas postales está retratado con él. Era un can parecido a los Terranovas, pero más pequeño. Le puso el nombre de «Secretario» y cuando lo llamaba en su casa, en presencia de personas que no conocían este detalle, experimentaban aquéllas la natural sorpresa al ver que, en lugar de un hombre, aparecía un perro. Lo tuvo en su poder muchos años, y cuando murió lo enterró en la buerta de su quinta de Santander, junto a*

*un laurel soberbio que allí se eleva, procedente de la huerta de Pereda, y regalo del novelista montañés. Este dato revela el cariño que siente don Benito por los perros. Ahora tiene uno en su finca de Santander, que atiende por Tito, y otro en su casa de Madrid, al que llama Verdrines. Es cosa corriente verlos tumbados a los pies de Galdós mientras éste trabaja.*

## V

### Mi amigo y yo

*E*n el ciclorama se proyectan las figuras de José María de Pereda y de Pérez Galdós, en el silencio Galdós escribe cartas. La voz del subconsciente de Galdós se alza en la sala mientras en el ciclorama se van viendo imágenes distintas. Paso a fondo interior de la casa de don Benito

La escena en el hotel de Galdós. Las puertas del precioso hotel de la calle de don Hilarión Eslava se abren francas y espontáneas cuando un buen deseo o una leal amistad llama a ellas, y el que penetra descubre en seguida cómo Galdós vive, no habiendo allí antesalas ni esperas, se llega recto a la presencia del insigne hombre y se le sorprende en su vida íntima. Galdós tiene una vida austera, sosegada, plácida, ejemplar. Una vida en la que el trabajo es una distracción y el cariño de la familia el compendio de todas las aspiraciones. Se levanta muy temprano cuando nace el sol y lanza sobre Madrid sus fulgores, inundándolo de luz.

*A las cinco de la mañana en el verano, a las siete en el invierno, ya está en pie. Se desayuna y acto seguido, penetra en su despacho. En su muelle butaca se arrellana, enciende un cigarro puro, y, fumando, espera la llegada de Donato, un joven que acude siempre a leerle los periódicos por la mañana. Galdós es ya bastante mayor.*

*Mientras llega, se pone en actividad su portentosa inteligencia refrescando impresiones, redondeando ideas, planeando asuntos a los que ha de dar después forma en la labor literaria. Cuando Donato aparece comienza la lectura de periódicos *El Liberal* y *El País* que son los predilectos de don Benito, con los ojos cerrados bajo las negras gafas, y derrumbado en la butaca, escucha atento. De vez en cuando interrumpe la lectura para decir: adelante, adelante. Otra cosa.*

### **Aparece en la escena doña Emilia Pardo Bazán va por detrás del ciego escritor que en su butacón recuerda en la voz de la escritora sus cartas**

Emilia Pardo Bazán lee:

Mi querido amigo, no quería escribir a usted sin quitar antes de encima de mi conciencia el gran peso de la deuda que contraje con usted cuando le prometí escribir un artículo sobre los *Bocetos al temple*, para *El Imparcial*. En mal hora le prometí; no porque me hayan faltado ganas de hacerlo, sino porque después de hecho (y no me queda ya duda alguna de que está hecho) veo que usted quería mucho más de lo que puede ofrecerle hoy un número fatigado como el mío, incapaz de toda idea feliz.

De la última cuartilla del artículo (y consta de 12) he pasado a esta carta sin interrupción. Debo decirle que de algún tiempo a esta parte me encuentro absolutamente incapaz de poner la mano en todo asunto tratado crítica-

mente. Así es que los artículos críticos son para mí de una dificultad abrumadora. Me he acostumbrado a fantasear, y todo lo que no sea escribir fantaseando me cuesta más trabajo que escribir sin freno.

Ya tengo a *Gloria* casi acabada de imprimir. Contra lo que pensaba la he llevado adelante, como todas mis cosas...verá usted que los recuerdos adquiridos me han servido mucho para el fin. El pueblo en que pasa la acción es al mismo tiempo Simancas, Santillana, Comillas, San Vicente, sin ser ninguno de ellos en particular. *Gloria* estará como decía antes para Reyes. Tengo la seguridad de que el fondo de este libro no le ha de agradar a usted, verá sin embargo que no me ensañaré contra los *neos*, como que los trato con una consideración que no merecen. Siempre se equivoca uno juzgando lo que hace. Cuando hice este libro me parecía lo mejorcito que ha salido de mi cacumen. Ahora me parece lo peor. Verdad es que está en la época del empacho. Las pruebas por tercera vez. Ya sabe usted que en este periodo se le atragantan a uno sus obras y le dan mareos. De todas maneras, el asunto de *Gloria* tiene mucha envidia como para tratarlo a la ligera. En la segunda parte que voy a empezar ahora seré más juicioso. No se desanime usted por la venta del libro, que ya se venderá. Se hará la propaganda en la prensa...para ocuparse usted de la reunificación de las *escenas* no aguarde usted a que me desocupe: 1º porque no me desocuparé en todo el invierno. Segundo porque mis quehaceres no me impiden dedicar algunos ratos a este asunto, puesto que sin cesar estoy ocupado de cosas referentes a papel, imprenta, etc. Díga lo que quiere y será servido. BPG.

Emilia Pardo Bazán.— Sabemos lo que es el género realista, naturalista...para ello hay que retratar con credibilidad, con gran observación. Con la publicación de la

novela *Gloria*, donde se describen los amores y desventuras de una joven católica y un joven judío, usted tuvo los primeros problemas con su conservador y silente amigo José María de Pereda. Pero ahora usted continúe leyendo cartas maestro, no hay problema...es su voz.

Galdós.— (*Con emoción*) ¿Por qué ha sacado todas esas cartas? Ya veo que la cuestión *gloriesca* le interesa en sumo grado. Vamos a *Gloria*. Así le expresé a mi amigo Pereda en una carta del 10 de marzo a la sazón...1877 y lo recuerdo sin leer:

«Cuánto siento que no le haya gustado a usted este parto de mi ingenio. Y si he hablar a usted con franqueza, me llevé un chasco, un chasco soberano, porque se me figuró ¿a qué negarlo? Que no le desagradaría a usted tanto. Así es que cuando le escribí a usted que me sorprendía su juicio por lo benévolo, dije una de las mentiras perdonables que nos hace decir el despecho. La verdad es que me sorprendió su juicio por lo despiadado, causándome bastante pena. Esto le probará a usted lo mucho que aprecio su juicio. Me dio usted (no puedo menos de confesarlo) un malísimo rato con su carta, que recibí precisamente en días en que saboreaba con cierto sibaritismo el éxito de ese libro. En el acto pensé contestar a usted cuando tuviera tiempo respondiendo a los cargos, pero después reflexionando que es inútil, porque como usted no me convence a mí, tampoco yo podré convencer a usted. Sin embargo, no puedo menos de decir dos palabras, rectificando, propiamente rectificando, es decir oponiéndome a su interpretación de ideas y conceptos míos. Nunca creí hacer una obra antiirreligiosa, ni aun anticatólica, peor me nos aún volteriana. ¿Qué hay de volterianismo en *Gloria*? Nada. Habrá todo menos eso. Precisamente me quejo allí (y todo el libro es una queja) de lo irreligiosos que son los españoles».

Emilia Pardo Bazán.— En efecto, amistad entre ustedes había y de la buena, así quedó demostrado cuando usted años más tarde en 1897 escribió para Pereda el prólogo donde podría haberse extralimitado, haberle tratado descortésmente, pero aunque (siempre usted tardío en este tipo de encargos) no recibió bien su *Gloria*, ni su *Doña Perfecta*, usted se limita a decir: «Nuestras sabrosas conversaciones terminaban a menudo con disputas, cuya viveza no traspasó jamás los límites de la cordialidad.» Gran ejemplo de convivialidad literaria, por decirlo de alguna manera.

Galdós.— Él con sus creencias, yo con mis opiniones. Y empleo con toda intención estos dos términos, creencias y opiniones, para indicar con ellos que Pereda me llevaba la ventaja de no tener dudas. Vea usted aquí también la diferencia capital entre nuestros caracteres considerados literariamente. Pereda no duda; yo, sí. Siempre he visto mis convicciones oscurecidas en alguna parte por sombras que venían no sé de dónde. Él es un espíritu sereno, yo un espíritu turbado, inquieto. Él sabe adónde va, parte de una base fija. Los que dudamos mientras él afirma, buscamos la verdad, y sin cesar corremos hacia donde creemos verla, hermosa y fugitiva. Él permanece quieto y confiado, viéndonos pasar, y se recrea en su tesoro de ideas, mientras nosotros, siempre descontentos de las que poseemos, y ambicionándolas mejores, corremos tras otras, y otras, que, una vez alcanzadas, tampoco nos satisfacen.

Emilia Pardo Bazán.— Sí, pero con todo y con eso, ustedes chocaban, bueno usted chocaba con una gran parte de la sociedad española por su digamos «anticlericalismo» y usted se lo reprochó. Esto del anticlericalismo de usted tiene «mandanga», entre nosotros. ¡Qué país de etiquetas!



En cuanto un escritor presenta la realidad o la crítica le tiene que caer el sofión del encasillamiento.

Galdós.— Si he presentado en muchas ocasiones la libertad de cultos como preferible aun en España a la unidad religiosa, no he necesitado romperme la cabeza para encontrar ejemplos sólo con llamar la atención sobre los países realmente civilizados, los cuales, por mucho que quieran decir son todos cultamente superiores al nuestro, a esta menguada España, corrupta, educada en la unidad católica, y que es en gran medida el país más irreligioso, más blasfemo, y más antisocial y más perdido del mundo. No hay nacionalidad, ni religión ni secta que no nos sea superior. Puede usted decir: «eso no es culpa de la unidad católica, sino del liberalismo que ha corrompido las costumbres. Antes éramos muy buenos, pero del año 12 para acá nos hemos echado a perder».

Emilia Pardo Bazán.— Pero don Benito...

Galdós.— Le contestaré a eso que si el liberalismo ha destruido (sólo con la influencia de tres o cuatro mentecatos, según usted) este hermoso edificio moral, resultará que el tal edificio no valía gran cosa. Estoy cansado de oírle a usted hablar de los liberales, según usted son todos unos pillos. Raro, rarísimo es aquel a quien usted concede un poco de talento. Todos son y fueron tontos, ridículos. ¿Pues cómo tal caterva de idiotas ha podido con una cosa secular, una cosa tan santa, tan grande como la nacionalidad española, cuidadosamente formada por el absolutismo y la unidad católica? En fin; esto nos llevará demasiado lejos y en disputa. Yo abomino la unidad católica y adoro la *libertad de cultos*. Creo sinceramente que si en España existiera la *libertad de cultos*, se levantaría a prodigiosa altura el catolicismo, se depuraría la nación del

fanatismo y ganaría muchísimo la moral pública, y las costumbres privadas, seríamos más religiosos, más creyentes, veríamos a Dios con más claridad, seríamos menos canallas, menos perdidos de lo que somos. En todo soy escéptico.

Emilia Pardo Bazán.— Ya sabe usted que con esta forma de hablar mi querido don Benito, se granjea usted buena suerte de enemigos, claro, si estas declaraciones fueron del 77 ya usted había metido el aguijón con un texto sobre *Observaciones sobre la novela* donde también destaca el problema religioso y la clase media ¿no?

Galdós.— Basta mirar con alguna atención el mundo que nos rodea para comprender esta verdad. Esa clase es la que determina el movimiento político, la que administra, la que enseña, la que discute, la que da al mundo los grandes innovadores y los grandes libertinos, los ambiciosos de genio y las ridículas vanidades. Ella —la clase media— determina el movimiento comercial, una de las grandes manifestaciones de nuestro siglo, y la que posee la clave de nuestros intereses, elemento poderoso de la vida actual, que da origen en las relaciones humanas a tantos dramas y tan raras peripecias.

Emilia Pardo Bazán.— Escribimos tanto del adulterio que era necesaria una ley de divorcio. Yo también lo hice en la vida y en la ficción.

Galdós.— Afortunadamente, querida. En la vida exterior, la clase media, se muestra con estos caracteres marcadísimos, por que es ella el alma de la política y el comercio, elementos de progreso, que no por serlo en sumo grado han dejado de fomentar dos grandes vicios en la sociedad, la ambición desmedida y el positivismo. Al mis-

mo tiempo, en la vida doméstica, ¡qué vasto cuadro ofrece esta clase, constantemente preocupada por la organización de la familia! Descuella en primer lugar el problema religioso que perturba los hogares y ofrece contradicciones que asustan; porque mientras en una parte la falta de creencias afloja o rompe los lazos morales y civiles que forman la familia, en otras produce los mismos efectos el fanatismo y las costumbres devotas. Al mismo tiempo se observan con pavor los estragos del vicio esencialmente desorganizador de la familia, el adulterio y se duda si esto ha de ser remediado por la solución religiosa, la moral pura o simplemente por una reforma civil. Sabemos que no es el novelista el que ha de decidir directamente estas graves cuestiones, pero sí tiene la misión de reflejar esta turbación honda, esta lucha incesante de principios y hechos que constituye el maravilloso drama de la vida actual.

Emilia Pardo Bazán.— Pereda le escribió varias cartas expresando su disconformidad con la obra, temática y exposición de su novela *Gloria*, pero prosiga con las cartas y sus recuerdos...

Galdós.— En parte, el juicio que hace de *Gloria* mi amigo Pereda me sorprendió por lo benévolo. Con todo, hay en él una aseveración que creo injusta, y es que yo hago novelas volterianas. Precisamente lo que quería combatir es la indiferencia religiosa (peste principal de España, donde nadie cree en nada, empezando por los neocatólicos). Ya le dije lo que pienso sobre el particular. Su juicio con ser algo contundente, me pareció en realidad benévolo. Todas son ideas, por lo cual deduzco que la amistad habrá dejado algunas cosillas en el tintero, y que no me habla con verdadera franqueza.

No sé por qué creo que la segunda parte de *Gloria* ha de modificar con algún tanto ese juicio, produciendo si no

una reconciliación, al menos una transacción. Allá veremos. Me supongo que así ha de suceder.

Después asentí: Su carta *no me ha sabido a Gloria*, pero el amargor de ella no es tanto como yo esperaba, y aunque igualara al acíbar, siempre la recelaría con el mayor gusto.

### **Hay una parada, se hace el silencio...**

Señorita Pardo Bazán, créame que le digo señorita porque siempre lo será para mi, una mujer libre y resuelta. Me encuentro hoy con la cabeza recién salida de uno de esos horribles huracanes de jaqueca que me dan cada cierto tiempo. El último ha sido de los más tremendos y puede usted creer que me ha dejado idiota.

Emilia Pardo Bazán.— Y qué más le escribió...ya veo que estaba usted pero bien herido...cuente maestro.

Galdós.— Proseguí: «Yo no he querido probar en dicha novela y vuelvo a *Gloria*, ninguna tesis filosófica ni religiosa, porque para eso no se escriben las novelas. He querido simplemente presentar un hecho dramático verosímil y posible, nada más. Tacho en su juicio otra apreciación que declaro fundada en una ilusión literaria, que usted debe tener mejor que nadie. ¿De dónde saca que en estos tiempos de crítica pueda haber escritor alguno que agrade a *tirios y troyanos*? Yo no encuentro ninguno ni creo que lo haya. Desde luego declaro que aquel escritor que aspiró a agradar a todo el mundo no agradó a nadie. Amigo mío, el siglo este en que hemos tenido la desgracia de nacer, nos impone la obligación de ser o tirios o troyanos. No hay más remedio. Y un ejemplo de lo que digo. Someta a los hombres *de pro* a un tribunal tirio o

troyano. A ver si es posible que sea aceptado por unanimidad. Y lo mismo digo de otras obras, así que habrá que decidirse.

Temo alargarme y marearle a usted si no le diría que no ha interpretado bien mi pensamiento al creer que yo intento presentar al judío como más perfecto en absoluto ni en particular, que los católicos. Nada de eso hay en *Gloria*. Por le contrario los católicos se llevan la palma. Pues qué, ¿los dos hermanos Lantigua no son tipos de perfección innata? Es verdad que tiene prevenciones, pero el judío también las tiene y en mayor grado como verá usted en la segunda parte. Mi imparcialidad, a falta de otras virtudes, es notoria, de modo que no creo con lo que me dice que pueda influir en un *bombre de pro*. En fin, mucho más se me ocurre, pero estoy siendo pesado y he llenado 3 pliegos...concluyo diciendo con toda sinceridad que daría cuanto tengo, es decir mis 20 tomos (que no es tampoco muchísimo dar) por verle a usted libre de las garras neocatólicas que le tienen preso. Es una cosa abrumadora, un contrasentido horrible querer comulgar con semejante gente y que su talento, que tiene todo el corte liberal (créalo) no deslucido porque eso no puede ser sino mal empleado en tal orden de ideas. Pocos ingenios conozco que sean de medula tan liberal como el de usted, ¡qué lástima! Lo malo es que no veo síntomas de que usted abandone el campo troyano para venir al tirio. Ahora empiezo la segunda parte de *Gloria* que no sé si le desagrudará a usted más o menos. Su juicio cruel me ha desorientado, francamente. No sé. Veo que mi manera de lamentar la profunda irreligiosidad de este país no puede ser de su agrado. Contésteme usted, aunque me parece que es mucho pedir. En esta carta me he salido de mis casillas y he escrito para un año. No puedo más. Sucumbo...con que no deje de escribir, aunque no me conveniga, siempre tengo mucho gusto en charlar con usted, aun-

que sea por escrito. (*pensativo y emocionado guarda la carta en el bolsillo de su gabán.*)»

Emilia Pardo Bazán.— Bueno don Benito, aquello debió molestarle bastante, pues su amigo Pereda 20 años mayor que usted y por lo que intuyo un viejo zorro, culto pero zorrete, le había escrito a algún amigo como Menéndez Pelayo que usted estaba rabioso y que se había des-pachado con 5 cuartillas, algo insólito en usted. ¡Qué le dijo hombre de dios!

Galdós.— Así fue mi carta: Mi querido amigo: estoy incomodado con usted y más que incomodado y frenéticamente inconsolable por la interpretación a mi juicio falsa, torcida y violenta que se ha empeñado usted en dar a esa desdichada novela. ¿De dónde saca usted que yo trato de enaltecer a los judíos, presentado la religión de Moisés como preferible a la nuestra? Por Dios y María Santísima. Si en mi libro hay eso, juro por la laguna Estigia que no lo he escrito. Al contrario, muy al contrario es el sentido del libro. ¿Pues hay nada más brutal que el fanatismo y el *neísmo* (digásmolo así) de los dos sectarios israelitas (madre e hijo)? ¿No aparece en todas las páginas del libro marcada y palpable la inferioridad moral de los hebreos con respecto a la católica protagonista de la obra?

Emilia Pardo Bazán.— Vaya don Benito, comprendo perfectamente lo que duelen las malas interpretaciones y sin duda la de su amigo Pereda, lo fue.

Galdós.— En dos palabras sintetizaré a usted lo que pienso en este triste asunto de la conciencia, y esto lo digo con convicción profunda y verdadera fe, es a saber: el catolicismo es la más perfecta de las religiones positivas, pero ninguna religión positiva, ni aun el catolicismo,

satisface el pensamiento ni el corazón del hombre en nuestros días. No hay quien me arranque esta idea ni con tenazas. El catolicismo no puede seguir rigiendo en absoluto la vida. Convengo en que marchamos rápidamente al caos; pero este desconsolador hecho no puede ser un argumento en contra de aquella idea. Esto es a mi juicio lo que puede hallar en mi desdichado libro el ojo del observador. Si allí no hay esto, no hay nada, absolutamente nada más que palabras sin sentido. Eso de ver en las páginas de *Gloria* una apoteosis del judaísmo es —digámoslo así otra vez— una especie de habilidad estratégica, un a modo de movimiento envolvente, mediante el cual un ingenioso y hábil enemigo podría combatirme con aparente inferioridad y derrotarme, exponiéndome a las iras de los cristianos, que es todo lo malo que me podrá pasar.

Emilia Pardo Bazán.— Claro, luego se extraña de que le tachen de anticlerical....don Benito. Lo cierto es que se ha creado una especie de bulo que en realidad y tal y como usted va explicando no es para tanto. Lleva usted razón.

Galdós.— Tampoco es cierto que haya desollado a los católicos. Demasiado bien los trato en cuanto a católicos. No crea usted que se me pudrirán dentro del cuerpo ciertas ideas relativas a nuestro singularísimo modo de practicar la religión nosotros los perfectos, nosotros los únicos que poseemos la verdad. Después de todo he sido hasta mojugato en mi último librito. Más adelante será preciso sacudir las hopalandas. Una de las satisfacciones de mi vida es que a pesar de mi anticatolicismo y de mi rebeldía, no me retire usted su amistad, lo cual me prueba su benevolencia y verdadero espíritu cristiano. No disputemos más y dejemos estas cuestiones ácidas y fastidiosas que a nada conducen. Se aproxima la época feliz de las canas al

aire, y yo si no las echo en Santander, me parece que me falta algo indispensable en la vida. Echo de menos en los almanaques un renglón que diga: *Sol en Leo. Viaje a Santander.*

Emilia Pardo Bazán.— Y seguro que habrá escrito usted mucho sobre su Pereda.

Galdós.— Por supuesto, le leeré la semblanza que escribí, porque lo de la contestación al discurso de entrada a la Academia, es muy largo. Le leeré lo que llamé *Epístola literaria*: Hablaré hoy de literatura, materia muy grata para mí. No siempre hay asunto en que fundar una epístola literaria, pues las obras notables escasean algo más que los actos y los discursos políticos. Es preciso resignarse a que los temas literarios vengan sólo de tarde en tarde y cuando ellos quieran venir, y es preciso también aprovecharlos sin pérdida de tiempo, antes que la vulgaridad de las cosas políticas se imponga y la chismografía reclame la preferencia que, por razones propiamente humanas, tiene en la información periodística.

Emilia Pardo Bazán.— ¿Y a quién se refiere usted? (*Con ironía*)

Galdós.— Hablaré hoy y siempre que se tercié, de Pereda, el gran novelista y escritor montañés, con quien desde hace muchos años me une una amistad fraternal, que jamás han entibiado las diferencias profundas entre sus ideas políticas y las mías. Como, tratándose de los artistas afamados, la noticia biográfica no puede circunscribirse a la vida literaria sino que es preciso extenderla a la fisonomía moral y a lo que es y representa la persona en la vida social. Diré que este compañero de letras es uno de esos hombres cuya amistad es orgullo de quien la posee, un



hombre de cualidades excepcionales, tan inflexible en los principios que no conozco a nadie que en esto se le iguale, y al propio tiempo amenísimo en su trato, sencillo en sus costumbres, cariñoso con sus amigos, consagrado exclusivamente a su familia y al cultivo de las letras, por devoción sincera, más que por lucro, hombre, en fin, como no hay pocos, y seguramente no es nuestra época la más abundante en personas de esta calidad.

Emilia Pardo Bazán.— No, esta época no es la más numerosa en personas de calidad, en esto lleva usted razón, también.

Galdós.— En su larga carrera literaria se ha conservado siempre extraño a las corrientes que de una y otra parte vienen a agitar el campo de las letras, por lo cual siempre ha sido y es semejante a sí mismo, incommovible y hasta huraño. Conserva en la forma tradición castiza y el donaire de la prosa novelesca, sin transigir con ninguna influencia extraña. Es por esto el más español de los escritores modernos, y entre su dicción pura y elegante y su manera de tratar los asuntos, poniendo en ellos la rectitud inflexible y los rasgos tradicionales del carácter español, hay una relación directa. Sus obras están cinceladas en el bronce de la tradición literaria castellana, lo que les garantiza duradera existencia.

Emilia Pardo Bazán.— Es usted igualmente de gran humanismo y muy sensible con sus amigos de verdad. Hábleme de *Sotileza* una de las grandes obras de Pereda.

Galdós.— Como ha pintado Pereda en *Sotileza* la vida de la gente de mar, es cosa imposible de apreciar sin conocer la obra. Desde el pescador de costa hasta el curtido capitán de altura, desde el niño aprendiz que navega en

los charcos hasta el viejo mareante que casi ha llegado a perder la figura humana en aquella vida de peligros, todas las variedades de la interesante familia marinera figuran en el grandioso cuadro de Pereda. De las escenas cómicas más chistosas, elévase el inspirado autor a los episodios más dramáticos y terribles, como el de la galerna y la entrada de las lanchas en el puerto, que, por el sentimiento de la situación y la gallardía de la forma, es un trozo de magistral e imperecedera hechura. Y hay en toda la obra un pícor salobre, un ambiente de mar tan vivo que parece que las hijas del libro se vuelven a impulso de brisa que corre desde la primera a la última página, brisa que les da frescura, aroma de sal y alegría. Una maravillosa representación pictórica de una realidad literaria realizada con arte de maestro.

Emilia Pardo Bazán.— Pereda es uno de sus amigos de Santander. Una tierra que siempre estará también en deuda con usted. Todavía recuerdo sus *Cuarenta leguas por Cantabria*, el libro que huele a mar.

Galdós.— Los santanderinos consideran *Sotileza* como la expresión más exacta e inspirada de la vida de aquel pueblo en su calidad de puerto comercial y pescadero. La han leído allí hasta los que no saben leer, y entienden y sienten sus bellezas, lo mismo las personas ilustradas que las que carecen de toda cultura. Tal es el toque, por el que podemos conocer la perfecta obra de arte. Sus paisanos regalaron a Pereda, como homenaje de admiración y agradecimiento, un magnífico cuadro que representa la entrada de las lanchas en el puerto de Santander, después de la galerna.

Emilia Pardo Bazán.— Claro, Pereda es uno de los grandes en todos los sentidos.

Galdós.— Mi propósito en esta y en cualquier epístola o semblanza de mi amigo cántabro es hablar, más que de las obras de Pereda, del mismo Pereda, porque sus libros por el mundo van y son conocidos de sinnúmero de personas; pero el gran escritor montañés aquí lo tenemos, y no es fácil que le conozca y aprecie quien personalmente no ha tenido la dicha de tratarle. Yo le trato hace muchos años, y le veo todos los veranos, porque Pereda no viene nunca a Madrid. Tiene verdadera adoración a su país, y pocas simpatías por la Villa Y Corte. Los que lo hayan leído habrán visto que no disimula en sus obras esta inquina. Vive parte del año en su casa de Polanco, que es una residencia admirable. Allí escribe sus obras; y allí recibe y agasaja a los amigos que van a verle. Ofrece Pereda un ejemplo raro entre los habitantes de esta agitada república de las letras; es hombre acaudalado, que no ha sabido jamás lo que es el *arte por el pan*, situación venturosa que pocos disfrutan. La naturaleza ha sido con él benigna en todos los órdenes, pues le ha rodeado de bienes, no siendo lo más importantes los de la fortuna. Y aun no teniendo en cuenta su peregrino ingenio, bien podemos decir que todo se lo merece, porque si admirable es como escritor, no lo es menos como hombre.

Emilia Pardo Bazán.— Que así conste maestro.

*Llega Pablo Nougués, el joven escritor, secretario de don Benito, y se reanuda a la labor literaria que quedó interrumpida el día anterior. El secretario se sienta a la mesa de trabajo, una mesa memorable en la que escribió Galdós durante muchos años y sobre cuyo tablero quedaron esparcidas, conforme iban siendo grabadas por la pluma insigne, páginas de Gloria, de Marianela, y de otras muchas célebres obras.*

*Don Benito, dicta arrellanado en su butaca y fumando cigarros puros de veinte céntimos, uno tras otro. De vez en vez hace pausas y en el silencio en que se queda la estancia, parece oírse el aleteo de aquella soberana inteligencia que medita. Pablo Nougués escribe lento, dejando en las cuartillas una letra clara, redonda, de rasgos vigorosos. En una página y en otra y en muchas, ya había adquirido Cánovas, un nuevo Episodio Nacional. Este sería el último.*



## VI Caquexias

*H*a sido Galdós siempre caritativo y amante del prójimo. Ha socorrido y socorre a los necesitados en la medida de sus fuerzas; pero de esta buena cualidad del maestro abusan los pedigüeños en forma intolerable, y hasta los sablistas de profesión le hacen víctima de sus golpes constantemente. La popularidad de que goza, y el amor que tiene al pueblo, le perjudica en ese sentido, porque a su puerta llaman todas las calamidades en masa. Por eso le molesta que los periodistas que acuden a celebrar con él interviús para publicarlas en los periódicos, le pregunten a qué hora sale de casa. Porque, todos sabemos para qué lo preguntaban. Don Benito siempre decía no sin razón: si ahora me tienen abrumado los pedigüeños, no sabiendo, como saben, a qué hora salgo de casa, y desde el hotel al punto de coches me encuentro siempre con alguno, ¿qué ocurrirá en cuanto conozcan por los periódicos las horas en que salgo a la calle? Pues como lleguen a concederme el premio Nobel, me tendré que ir de España.

*También recibe innumerables peticiones de libros. Si fuera a satisfacerlas todas, no tendría bastante con las numerosas ediciones que ha hecho de sus obras. Y no digamos nada de las solicitudes de cuartillas que a diario llegaban al despacho del gran escritor; para leerlas en actos públicos o publicarlas en periódicos y libros.*

### **Sale a escena la gran actriz María Guerrero**

María Guerrero.— Querido maestro, a mi me toca hablar con usted de asuntos algo ingratos pero que llenan de curiosidad a nuestro público. Dígame, siempre ha sido usted un poco «cuco» con el asunto por ejemplo de Prim, usted sabía mucho más de lo que apareció tanto en el así llamado *Episodio de Prim* como en el Episodio donde en verdad se explaya: *La de los tristes destinos*. Es curioso que en el *Prim* no salga nada de *Prim* y sí en el siguiente... y además guardándose para sí mucho más de lo que aparenta ¿En qué época hizo conocimiento con Prim? ¿Fue este conocimiento en algún lugar público, en algún club o sitio de reunión de emigrados? Usted sabe de la historia mucho más de lo que cuenta.

Galdós.— El Señor Paul y Angulo, jefe de la casa de comercio del mismo nombre, establecida en Londres, y creo que pariente de Prim, hizo la presentación del general. Siempre le conocí picado de viruelas y usando gafas alhumadas. Se embriagaba con frecuencia.

María Guerrero.— Acaso ¿vivía Prim modestamente, con algún boato? ¿Estaba con él la Condesa de Reus y sus hijos?

Galdós.— Don Juan Prim vivía en Paddington, Londres con la Condesa de Reus y sus dos hijos, Juan e Isabel. La

familia de la Condesa pasaba a ésta una cantidad mensual bastante crecida, pero no había ostentación porque había mucha gente a quien socorrer.

María Guerrero.— ¿Quién era esa Condesa Bach con quien estuvo Prim en la Mala Real, en calidad de criado? ¿Iba Prim realmente disfrazado de criado?

Galdós.— (*Sonriendo*) La Condesa de Bach era una señora francesa, amiga del general. No puedo afirmar ningún detalle de la travesía de la Mala Real, porque una semana antes había yo partido de Londres directamente para Madrid con instrucciones para la Junta revolucionaria que la componían entre otros, José Olózaga, Manuel Cantero, Moreno Benítez, Coronel Escalante, etc, etc...Dicha Junta celebraba sus reuniones en la calle del Sordo (hoy calle Zorrilla 25).

María Guerrero.— ¿Fueron con Prim en la Mala Real, Sagasta y Zorrilla?

Galdós.— En la Mala Real acompañaron al general Sagasti, Zorrilla y el criado Denis. No creo que usaran ningún disfraz. Paul y Angulo también estaba en Cádiz y fue a buscar al general Prim a Gibraltar en el vapor. Yo también llegué a Cádiz el 16 por la noche y salí para Madrid y Cataluña el 18. Todo queda relatado en los *Episodios*. Es cierto que, de los episodios, los últimos, me costaron mucho más trabajo pues la distancia no era la misma, los acontecimientos, algunos, los he vivido en primera persona...es otra perspectiva.

María Guerrero.— Sí, sí, pero usted describió así la «cuestión Prim» no en el episodio *Prim* sino en el comienzo de *España Trágica*:



«A los pocos segundos, al torcer el coche para entrar en la calle del Turco, surgió otro fumador que daba fuego a su cigarro. Pensó el ayudante que ya eran dos las personas que en tal sitio y en noche tan fría se paraban a encender fósforos. El General iba meditabundo. Pensaba en lo que le habían dicho los federales, interesándose por su vida, que él mismo afectaba despreciar. No debió de ahondar mucho en sus reflexiones, porque ya próximo al extremo de la calle del Turco se detuvo el coche. Había un obstáculo... otro coche, parado y sin cochero. Oyóse la voz de Prim que clamaba contra el estorbo. En el momento mismo, el ayudante gritó: «Mi General, agáchese, que nos hacen fuego». A través del vidrio empañado vio, o antes sintió que vio, el súbito peligro. A un golpe de fuera saltó en pedazos el cristal del lado derecho, y por el hueco entró, con un hierro en forma de trompeta, un estruendo aterrador. El General quedó herido en la mano derecha con que empuñaba el bastón.

Antes que pudieran protestar de la barbarie, estalló el vidrio por el otro lado. Una voz tabernaria, infernal, gritó: «¡Fuego! ¡Prepárate; vas a morir!». Dos, tres, cinco disparos descendieron dentro del coche sin fin de postas y hierros de metralla... El cochero fustigó furioso a los caballos, para zafarse de la horrible visión de los hombres que dispararon sus trabucos. Vio cinco, seis, repartidos en los dos costados. Vestían largas blusas. Palabras soeces, horribles blasfemias, eran la repercusión de los disparos... En segundos pasó todo: la descarga, el piafar de los caballos, el arrancar de estos con arrogante fiereza invadiendo la acera, el encontronazo con el coche parado, la rauda salida a la calle de Alcalá tomando la dirección de la rampa de Buenavista...

El carruaje fusilado llevaba en su interior sangre, silencio y el estupor trágico, que aún no daba paso al claro conocimiento del hecho. Subiendo la rampa empezaron

las voces a manifestar las impresiones... «¿Herido?... No será nada. ¡Canallas!». Prim echó las llaves a su palabra. Manteníase derecho, mirando a los oficiales y soldados de la guardia que, al ruido de los trabucazos, salieron a ver qué ocurría. Alguien dijo: «Nada... unos miserables... tentativa de agresión...». El coche entró en el portal. Un oficial abrió la portezuela. Salió Prim con bastante agilidad y rostro ceñudo, sin hablar con nadie; se dirigió a la escalera privada y subió agarrándose al pasamanos, que dejó manchado de sangre. Contestaba con frase cortante a los que bajaron a su encuentro.

Al pronto se creyó que el General no tenía más herida que la de la mano derecha, bien manifiesta por la sangre que de ella corría. Al llegar arriba, la Condesa de Reus salió consternada. Su esposo le dijo: «No me toques... Estoy herido...». Fijáronse todos en el hombro izquierdo... Por la inmovilidad, por las señales de intenso dolor, por la sangre que empezó a calar la ropa, comprendieron que había en aquella parte gran destrozo... Pasaron silenciosamente a la alcoba del General. Este se sentó en una silla. El primer impulso fue acudir con pañuelos, con agua templada, con frases cariñosas... Siguió a esto la natural confusión, la febril impaciencia: «Losada, Losada...», y en otra parte: «Ledesma, Ledesma...».

Lentamente recobró sus fueros el método normal... Y a cada instante llegaban amigos, según se iban enterando del grave suceso. Uno de los primeros fue Muñiz, que había ido a la fonda de la calle del Arenal, donde se celebraba en santa paz el convite masónico. Presidía el *ágape* don Clemente Fernández Elías, y el ritual de la Orden escrupulosamente se observaba en todos los pormenores del festín, así en la disposición de las mesas, como en el detalle de colocarse los comensales las servilletas en el hombro izquierdo. Primero Muñiz, luego Morayta, dieron cuenta de la bien motivada abstención del General, lo que

desconsoló a todos; y aunque ambos dejaron entrever la posibilidad de que el *Caballero Rosa Cruz* asistiese por breves minutos, nadie esperaba verle aquella noche. Ya habían empezado las *salvas*, cuando entró un militar mason, y habló al oído del *Venerable* Presidente. Este palideció. Diríase que su estupor le privaba del uso de la palabra... Una onda de ansiedad suspicaz corrió de mesa en mesa. El señor Elías escribió algo en un papel, y alargó este a los comensales más próximos. Cuantos leían, quedaban suspensos y aterrados, y la general incertidumbre aumentaba. Por fin, el *Venerable*, sacando fuerzas de flaqueza, se puso en pie, y con voz de intenso duelo pronunció estas palabras: «Hermanos... imposible callar. No puedo ni debo ocultaros la verdad terrible. El hermano Prim ha sido asesinado».

Galdós.— Como usted misma acaba de leer puede verse que ya he escrito y hablado mucho sobre esta personalidad extraordinaria, señorita Guerrero.

María Guerrero.— Sí, de acuerdo, cambiaremos de tema porque de todas formas si sabe más no me lo va a decir. Y le pregunto, siempre ha luchado usted por la libertad de cultos, por la tolerancia, por los ideales republicanos. ¿De qué conclusiones estamos hablando?

Galdós.— Pues mire usted, la intolerancia, la incompreensión, el atraso moral, la falta total de libertad de conciencia y tantas otras cosas harán de España siempre un país demasiado original para poder ser integrado en Europa. Mientras la Iglesia siga mandando, mientras la Monarquía siga dándole al pueblo esa falsa imagen de protección, España será un país de desilusión, de corrupción y de manipuladores. Eso no lo dude usted nunca.

María Guerrero.— Así comienza su novela *La desheredada*, con Isidorilla, y una dedicatoria funeraria a esta España de caquexia nacional: «Saliendo a relucir aquí, sin saber cómo ni por qué, algunas dolencias sociales, nacidas de la falta de nutrición y del poco uso que se viene haciendo de los benéficos reconstituyentes llamados Aritmética, Lógica, Moral y Sentido Común, convendría dedicar estas páginas...¿a quién? ¿al infeliz paciente, a los curanderos y droguistas que, llamándose filósofos y políticos, le recetan uno y otro día?... No; las dedico a los que son o deben ser verdaderos médicos: a los maestros de escuela». Esta novela es de 1881 pero ya en 1870 en la *Revista de España* dejó bien claras cuáles serían sus intenciones.

Galdós.— La cuestión de la educación es siempre un dilema aquí, más si cabe en los estudios superiores. No hablemos de nuestras Facultades, o ¿por qué no? Le diré que la Universidad abraza, a más de las Facultades de Medicina y Farmacia de que he hablado antes, las de Derecho, Filosofía y Letras, y Ciencias Exactas y naturales. Me extendería mucho si detallara las condiciones de la enseñanza en estas Facultades. Hay en la Universidad de Madrid mucho que admirar y también lo que censurar. El profesorado es, por punto general, brillantísimo; el número de alumnos matriculados es tan considerable, que apenas bastan las aulas a contenerlos. En los exámenes domina la benignidad. Salen anualmente de aquellos claustros muchachos notabilísimos que pronto se distinguen en las letras, en el foro y en la política, y otros muchos que se contentan con poseer un título.

María Guerrero.— Esto sí, sucede desde la más tierna infancia, maestros sin vocación o alumnado en manos clerig allas. Los cursos superiores si es que alguien llega a

ellos se reserva a los burgueses y como usted dice, con manipulación.

Galdós.— El gran defecto de la mayor parte de nuestros novelistas, es el haber utilizado elementos extraños, convencionales, impuestos por la moda, prescindiendo por completo de los que la sociedad nacional y coetánea les ofrece con extraordinaria abundancia. Por eso no tenemos novela; la mayor parte de las obras que con pretensiones de tales alimentan la curiosidad insaciable de un público frívolo en demasía, tienen una vida efímera, determinada sólo por la primera lectura de unos cuantos millares de personas, que únicamente buscan en el libro una distracción fugaz o un pasajero deleite. Es imposible que en país alguno ni en ninguna época se haga un ensayo más triste y de peor éxito, que el que los españoles hacen de algunos años a esta parte para tener novela.

María Guerrero.— Con usted la novela contemporánea se puede decir que ha nacido, no podemos decir restaurada porque antes no existía, es nacer del realismo social. En vano algunos editores diligentes han acometido la empresa con ardor, empleando en ello todos los recuerdos de la industria librera; en vano las revistas y las publicaciones periódicas más acreditadas, han tratado de estimular a la juventud, prefiriendo algunas obras muy débiles de escritores nuestros, a las extranjeras, relativamente muy buenas; en vano la Academia ofrece un premio pecuniario y honorífico a una buena novela de costumbres.

Galdós.— Todo es inútil. Los editores han inundado el país de un farrago de obrillas, notables sólo por los colores de sus lujosas cubiertas; la prensa tiene que recurrir de nuevo a su sistema de traducciones; y raras veces llega al recinto de la Academia un manuscrito de mediano pre-

cio, pudiendo asegurarse que no pecan de severos los inmortales de la calle de Valverde al escatimar el premio mayor con una prudencia casi sistemática.

María Guerrero.— Este fenómeno es singular atendiendo a lo que la poesía lírica ha producido en este siglo, y el brillante período del teatro contemporáneo pero tal vez se encuentra una explicación satisfactoria fijándose en la especialísima índole de la novela de costumbres, y relacionándola con nuestro carácter y nuestra educación literaria.

Galdós.— Las personas dadas a la investigación, explican esto diciendo: los españoles somos poco observadores, y carecemos por lo tanto de la principal virtud para la creación de la novela moderna. La fantasía andaluza y castellana, que ha creado la más rica poesía popular que existe en la civilización cristiana, la literatura mística, y el gran teatro del siglo XVII, es completamente incapaz para el caso. Hemos hecho algo en la novela romántica, que ya está mandada recoger, y en la legendaria y maravillosa, cuyo prestigio desciende ya notablemente; pero la novela de verdad y de caracteres, espejo fiel de la sociedad en que vivimos, nos está vedada. El lirismo nos corroe, digámoslo así, como un mal crónico e interno, que ya casi forma parte de nuestro organismo. Somos en todo, unos soñadores que no sabemos descender de las regiones del más sublime extravío, y en la literatura como en política, nos vamos por esas nubes montados en nuestros hipógrifos, como si no estuviéramos en el siglo XIX y en un rincón de esta vieja Europa, que ya se va aficionando mucho a la realidad.

María Guerrero.— Cierto, somos unos idealitas desaforados, y más nos agrada imaginar que observar. Bien se está viendo que no hay gente menos práctica en toda es-

pecie de asuntos que esta buena gente española, que tanto ha dado que hacer al mundo en tiempos lejanos, y en las letras no es en donde menos se refleja esta disposición especial de nuestros espíritus. Sin embargo, puede asegurarse que en este punto la citada disposición es más bien accidental, hija sin duda de condiciones del tiempo, qué innata característica. Examinando la cualidad de la observación en nuestros escritores, veremos que Cervantes, la más grande personalidad producida por esta tierra, la poesía en tal alto grado, que de seguro no se hallará en antiguos ni modernos quien le aventaje, ni aún le iguale. Y en otra manifestación del arte, ¿qué fue Velázquez sino el más grande de los observadores, el pintor que mejor ha visto y expresado mejor la naturaleza? La aptitud existe en nuestra raza; pero sin duda esta degeneración lamentable en que vivimos, nos la eclipsa y sofoca. Hay que buscar la causa del abatimiento de las letras y de la pobreza de nuestra novela en las condiciones externas con que nos vemos afectados, en el modo de ser de esta sociedad, tal vez en el decaimiento del espíritu nacional o en las continuas crisis que atravesamos, y que no nos han dado punto de reposo.

María Guerrero.— Podríamos afirmar que la novela es un producto legítimo de la paz: al contrario de la literatura heroica y patrioterica, no se cría sino en los períodos de serenidad, y en nuestros tiempos, rara es la pluma que no se ejercita en las contiendas políticas. No se espere hoy de los grandes ingenios otra cosa que diatribas muy bellas.

Galdós.— Hay además el gran inconveniente de las circunstancias tristísimas de la literatura considerada como profesión. Domina en nuestros pobres literatos un pesimismo horrible. Hablarles de escribir obras serias y concienzudas de puro interés literario, es hablarles de otro

mundo. Todos ellos andan a salto de mata, de periódico en periódico, en busca del necesario sustento, que encuentran rara vez; y la mayor recompensa y el mejor término de sus fatigas es penetrar en una oficina, panteón de toda gloria española. Todos reposan su cabeza cargada de laureles sobre un expediente; y el infeliz que no acepta esta solución, y se empeña en ser literato a secas, viviendo de su pluma, bien podría ser canonizado como uno de los más dignos mártires que han probado las amarguras de la vida en este valle de lágrimas.

María Guerrero.— Entre tanto, por más que digan, aquí se lee mucho, y se lee de todo, política, literatura, poesía, artes, ciencias y sobre todo, novela. Pero esta gente que lee, estos españoles que gustan de comprar una novela y la devoran de cabo a rabo, estimando de todo corazón al ingenio que tal cosa produjo, se abastece en un mercado especial. El pedido de este lector especialísimo es lo que determina la índole de la novela. Él la pide a su gusto, la ensaya, da el patrón y la medida; y es preciso servirle. Aquí tenemos explicado el fenómeno, es decir, la sustitución de la novela nacional de pura observación, por esa otra convencional y sin carácter, género que cultiva cualquiera, peste nacida en Francia, y que se ha difundido con la pasmosa rapidez de todos los males contagiosos. El público ha dicho: quiero traidores pálidos y de mirada siniestra, modistas angelicales, meretrices con aureola, duquesas averiadas, jorobados románticos, adulterios, extremos de amor y odio, y le han dado todo esto. Se lo han dado sin esfuerzo, porque estas máquinas se forjan con asombrosa facilidad por cualquiera que haya leído una novela de Dumas y otra de Soulié.

Galdós.— El escritor no se molesta en hacer otra cosa mejor, porque sabe que no se la han de pagar; y esta es



la causa única de que tengamos novela. El género literario en que ocupan con algún resultado nuestros desdichados literatos y el que sostienen algunas pequeñas industrias editoriales, es el de la novela de impresiones y movimiento, cuya lectura ejerce una influencia tan marcada en la juventud del día, reflejándose en nuestra educación y dejando en nosotros una huella que tal vez dura toda la vida.

María Guerrero.— La verdad es que existe un mundo de novela. En todas las imaginaciones hay el recuerdo, la visión de una sociedad que hemos conocido en nuestras lecturas. Tan familiarizados estamos con ese mundo imaginario que se nos presenta casi siempre con todo el color y la fijeza de la realidad, por más que las innumerables figuras que lo constituyen no hayan existido jamás en la vida, ni los sucesos tengan semejanza ninguna con los que ocurren normalmente entre nosotros.

Galdós.— Así es que, cuando vemos un acontecimiento extraordinariamente anómalo y singular, decimos que *parece cosa de novela*; y cuando tropezamos con algún individuo extremadamente raro, le llamamos *héroe de novela*, y nos reímos de él porque se nos presenta con toda la extrañeza e inusitada forma con que le hemos visto en aquellos extravagantes libros. En cambio, cuando leemos las admirables obras de arte que produjo Cervantes y hoy hace Carlos Dickens, decimos: ¡Qué verdadero es esto! Parece cosa de la vida. Tal o cual personajes, parece que los hemos conocido. Los apasionados de Velázquez se han familiarizado de tal modo con los seres creados por aquel grande artista, que creen haberlos conocido y tratado, y se les antoja que van *Esopo, Menipo y el Bobo de Coria* andando por esas calles mano a mano con todo el mundo.

María Guerrero.— En la novela de impresiones y movimiento, destinada sólo a la distracción y deleite de cierta clase de personas, se ha hecho aquí cuanto habría que hacer, inundar la Península de una plaga desastrosa, haciendo esas emisiones de papel impreso, que son hoy la gran conquista del comercio editorial.

Galdós.— La entrega, que bajo el punto económico es una maravilla, es cosa terrible para el arte. Es como la aplicación del periódico a toda clase de manifestaciones literarias, y expresa una tendencia de nuestro siglo, la tendencia a aceptar para todo el sistema inglés de los *muchos pocos*, que aquella buena gente sabe aplicar a todo. Como quiera que sea, los recursos de publicidad aumentan considerablemente con la entrega. El libro, dividido de este modo, penetra hoja por hoja en todos los hogares, es accesible a las fortunas más modestas.

María Guerrero.— No vituperamos todavía este sistema; porque el mal no está en él. Como excelente medio de programación, la entrega ha podido difundir lo malo; pero en igualdad de condiciones puede extender lo bueno y darle una extraordinaria circulación con la rapidez y la ubicuidad del periódico.

Galdós.— No ha absorbido todo el público la clase novelas de que hemos hablado. Siempre hay un pequeño número de lectores para los ensayos que en otros géneros se han hecho. También aquí se ha intentado crear la novela de salón; pero es una planta ésta difícil de aclimatar. Verdad es que por lo general, valen poco las producciones de esta clase, que no sin imitaciones muy pálidas y muy mal hechas de la literatura francesa de *boudoir*. A esto contribuye en gran parte el afrancesamiento de nuestra alta sociedad, que ha perdido todos los rasgos caracte-

rísticos. Ya desde el principio del siglo pasado, la reforma de la etiqueta, la venida de los Borbones, la irrupción de la moda francesa, comenzaron a desnaturalizar nuestra aristocracia.

María Guerrero.— En el presente siglo aún existía un resto de aquellas costumbres caballerescas de la antigua nobleza; la parte principal del reinado de Fernando VII fomentó en ella su innata afición a los toros y a los frailes, al paso que le hacía perder sus cualidades seculares de noble orgullo y exagerado pundonor; y por fin, la mayor cultura de la presente época, la educación literaria recibida por casi todos los jóvenes de alta alcurnia, han modificado completamente la clase, alejándola de aquel vicioso y rancio españolismo que fue una degeneración de la primitiva caballeridad castellana.

Galdós.— Hoy la aristocracia no es aventurera, ni petulante, ni idolatra de los toros, ni mojigata. Es una clase perfectamente reconciliada con el espíritu moderno; que ayuda a impulsar más bien que a entorpecer el movimiento de la civilización, y vive tan tranquila y pacífica en medio de una sociedad que ya no domina ni dirige, contenta de su papel, contribuyendo a la vida colectiva con lo que su influencia y su poder le permita, alternando con todos nosotros durante el día, y retirándose por la noche allá al recinto de sus salones, donde penetran ya toda clase de mortales. Por lo demás, los amantes de lo pintoresco y lo característico encontrarán a esta aristocracia un poco vulgar: la adopción del ritual francés para todas sus ceremonias, el continuo uso de aquella lengua y de sus fórmulas de cortesía, la afición, mejor dicho, el delirio por los viajes elegantes ha rematado esta obra de nivelación, asimilando a todos los nobles de la tierra. Por eso la novela de salón, de una tendencia puramente elegante y de

*sport*, es entre nosotros una flor exótica y de efímera existencia. Además, el círculo de la alta sociedad es estrecho; nos interesa poco lo que hace esa buena gente allá en sus encantados retiros; es verdad que la pasión suele presentarse en ella con bríos extraordinarios, dando origen a sucesos de gran interés y novedad.

María Guerrero.— Es verdad, que hay allá arriba vicios trascendentales que no son distintos de los vicios de aquí abajo (aunque no mayores como se cree) y que son un gran elemento de arte ridiculizados o corregidos con habilidad, pero, o nuestros novelistas no saben tratar el asunto, o no han tenido el acierto de ser un poco más generales, poniendo en contacto y en relación íntima, como están en la vida, todas las clases sociales.

Galdós.— La novela, el más complejo, el más múltiple de los géneros literarios, necesita un círculo más vasto que el que le ofrece una sola jerarquía, ya muy poco caracterizada; se asfixia encerrada en la perfumada atmósfera de los salones, y necesita otra amplísima y dilatada, donde respire y se agite todo el cuerpo social.

María Guerrero.— Vamos que se presenta usted como un patriota de las letras que apoya una especie de comedia política.

Galdós.— Para crear la comedia política, no deben estudiar nuestros poetas las sordas intrigas y las delicadas maquinaciones de *Beltrán de Rantzan* y de *Vaso de agua*, ni imitar aquellas pependencias cortesanas en que las más veces una dama vencía a todo un experimentado diplomático. Nuestra política es menos artista, más descarada; en ella juega menos la habilidad y el talento que la osadía y la fortuna. El modelo que se presenta aquí a nuestros

autores es magnífico; no necesitan buscarlo en Francia. Estudien nuestra sociedad y no a Scribe.

Seguramente, el estado actual de la política española, su agitación, sus polémicas, sus pasiones darán vida a ese género si los poetas estudian profundamente los elementos que este período de efervescencia les ofrece en lugar de inspirarse en el arte francés. Imítese a Scribe en su profundo estudio, en su espíritu de observación y análisis; pero no se imiten sus obras.

María Guerrero.— También hemos visto comedias de sentimiento, en que se ha pretendido moralizarnos; se nos han presentado los dulces lazos de la familia; las reyertas matrimoniales, siempre terminadas del mejor modo posible; pasiones infantiles que se resuelven en honestos consorcios; padres muy malos y madres penitentes; todo sazonado con mucho llanto, tal vez para favorecer la propensión lastimosa de alguna actriz mediana; se nos ha presentado galanes seductores muy tontos y niñas blandas muy necias; criados decidores y jamonas tiernas de corazón. Pero en tanto personaje no hemos visto un carácter; en tanta profusión de líneas y tintas no hemos visto una figura; ahí está todo, menos nuestras costumbres y los tipos de nuestra sociedad.

Galdós.— En el drama, un vacío completo. Ha aparecido algún mal engendro, en que se ha sacado a colación alguna *donna perduta*, que es fruta muy del gusto de los dramáticos modernos; algún héroe empequeñecido, algún célebre personaje desfigurado y mucho de mandobles y cintarazos.

María Guerrero.— La novela popular es la que únicamente ha sido cultivada con algún provecho, sin duda por

las tradiciones de nuestra novela picaresca, cuyos caracteres y estilo están grabados en la mente de todos.

Galdós.— Es más fácil retratar al pueblo, porque su colorido es más vivo, su carácter más acentuado, sus costumbres más singulares, y su habla más propia para dar gracia y variedad al estilo. En el pueblo urbano, muy modificado ya por la influencia de la clase media, sobre todo en las grandes ciudades, la dificultad es mayor. Los nuevos elementos ingeridos en la sociedad por las reformas políticas, la pasmosa propagación de ciertas ideas que van penetrando en las últimas jerarquías, la facilidad con que un pueblo dócil o de vivísima imaginación como el nuestro acepta ciertas costumbres, hacen que sea más difícil y complicada la tarea de retratarlo. El pueblo de Madrid es hoy muy poco conocido: se le estudia poco, y sin duda el que quisiera expresarlo con fidelidad y gracia, hallaría enormes inconvenientes y necesitaría un estudio directo y al natural, sumamente enojoso. Se equivoca el que cree encontrar a ese pueblo en las obras de Mesonero Romanos.

María Guerrero.— El buen *Curioso Parlante* se quejaba de que hubiesen desaparecido las manolas, los chisperos, los covachuelistas, los lechuguinos, los antiguos barberos: él fue un pintor concienzudo de los nuevos tipos que produjo la transformación de nuestra sociedad hace treinta años; y tal vez estaría muy lejos de creer el ilustre madrileño, que bien pronto desaparecería también aquella falange de personajes que él vio nacer y que observó con singular maestría. Ya todo es nuevo, y la sociedad de Mesonero nos parece casi tan antigua como la de las antiguas fábulas, como la categoría de los rufianes, buscones, necios, corchetes, gariteros, hidalguillos y toda la gentuza que inmortalizó Quevedo.

Galdós.— En la novela de costumbres campesinas, Fernán Caballero y Pereda han hecho obritas inimitables. El primero ha pintado la buena gente de los pueblos de Andalucía con suma gracia y sencillez, retratando la natural viveza y espontaneidad de aquella noble raza. Sólo se bastardea y malogra su ingenio cuando quiere salir del breve círculo del hogar campestre. Fernán Caballero cae por tierra desde que quiere elevarse un poco, y nada hay más pobre que su criterio, ni más triste que su filosofía bonachona, afectada de una moji-gatería lamentable. Pereda es un pintor muy diestro: sus *Escenas Montañesas* son pequeñas obras maestras, a que está reservada la inmortalidad. ¡Lástima que sea demasiado local y no procure mostrarse en esfera más ancha! El realismo bucólico y la extraña poesía de que sabe revestir a sus interesantes patanes, no pueden realizar por completo la aspiración literaria de hoy. Es aquello muy particular, y expresa una sola faz de nuestro pueblo. En un horizonte más vasto, aquel ingenio tan observador y perspicaz haría cosas inimitables, satisfaciendo esa secreta aspiración de toda gran sociedad a manifestarse en forma artística, produciendo una expresión o remedo de sí misma.

**Se proyecta en el ciclorama. Un lector cualquiera pasar páginas de un libro en inglés, durante unos minutos se escucha la lectura en inglés de una de las obras más conocidas de Dickens.**

María Guerrero.— Tanto a usted como a mi, nuestros contemporáneos, colegas varios han dicho que somos como la representación de la cultura francesa en España. Como si exclusivamente la corriente literaria se centrara en los egocéntricos franceses. Qué hay de los autores rusos... ¿recuerda usted las conferencias que expuso Emilia

Pardo Bazán en El Ateneo hablando de naturalismo, de espiritualismo ruso...?

Galdós.— Claro, cómo no lo voy a recordar. Las invasiones que la novela francesa hace en España son cada vez más frecuentes. Decaída y agotada la actividad de aquella generación que representaron Dumas, Sué y Feval, hoy aparece con los mismos caracteres la nueva pléyade genuinamente representada en Javier de Montepin, en Ponson de Terrail, en Paul de Kock y en otros. Parece incomprendible que haya dentro de la vasta esfera de la frivolidad humana entendimiento capaz de emplearse en la lectura de una novela de Ponson de Terrail; pero aunque parece imposible, es cierto que tales obras se leen, lo cual constituye el delito más grave después de escribirlas.

María Guerrero.— Creo que usted —ahora me viene alguna incursión sobre Shakespeare comparado en positivo a Calderón, visto en negativo por usted— prefiere la tradición anglosajona como influencia o elección a la hora de ser un lector culto.

Galdós.— La relajación de gusto que esto indica no es comparable a ninguno de los extravíos que en otras épocas han embotado el instintivo criterio del público. Todos los malos escritores que han pasado a la posteridad por ser patronos de una literatura degradada, han adquirido injusta popularidad por haber empleado mal su ingenio, por haber abusado de él, tal vez por haber fomentado la nociva exageración de una buena facultad; pero lo que pasa en el día con los novelistas más populares de Francia es inconcebible; no busquéis allí los más leves vestigios de ingenio; en sus páginas no hallaréis el resplandor debilitado de un talento que fue, ni el desorden producido por la exageración de una facultad excelente. Desde la



primera página hasta la última campea en todas las obras de esta clase una estupidez suprema, la esencia más pura de lo absurdo, de lo necio, de lo grosero, de lo indecente. No le deis a la generalidad del público otra cosa. Pocos son los que tienen la suficiente aptitud para saborear las páginas de *La comedia humana*.

María Guerrero.— No confía en nuestro público lector... (*con cierto estupor*)

Galdós.— Si se duermen leyendo a Balzac estos señores, abastecidos con el forraje intelectual de los pesebres ponsonianos, ¿cómo sería posible hacerles leer una novela de costumbres inglesa, una novela de Goldsmith o de Sterne, de Dickens o de Thackeray? «Yo leo novelas para reír» dicen algunos, «yo leo novelas para sentir impresiones fuertes» dicen otros...por lo que a los que de modo tan exclusivo buscan en la lectura de novelas la provocación y el estímulo de sus sentimientos adormecidos, no les mandéis leer una novela inglesa. No sabrán reír con Sterne, ni llorar con Richardson, ni horrorizarse con Poe.

María Guerrero.— Sí, sí pero usted prefiere la literatura inglesa.

Galdós.— Tiene razón; los ingleses no sabrán hacer nada de estas cosas que tanto gustan al público ávido de impresiones, pero en cambio ¡qué hermosa pintura de las escenas del hogar! ¡qué admirable exactitud en los bosquejos de la naturaleza! Los tipos que vivifican sus cuadros son acabados retratos de lo general, de lo que más abunda en la naturaleza humana. No veréis nunca allí esos seres estrambóticos, anómalos e imposibles de cuerpo y de espíritu, que tanto abundan en las novelas francesas. Encontraréis siempre lo patético y aun lo terrible, sua-

vemente hermanado con lo cómico y aun con lo grotesco; pero en los perfiles y colores que caracterizan las frases diversas de la individualidad y de la acción humana, no hallaréis las huellas de ese tosco pincel, de esa brocha grosera con que embadurnan sus lienzos Ponson y comparsa. Os admirará su tacto en la elección de asuntos, cualidad importantísima cuando pintar escenas sociales se trata. La vida inglesa les proporciona abundante materia para sus escenas, y estas escenas son animadas por una extraordinaria multitud de tipos nacionales, trazados con admirable verdad; combinando después estos caracteres en una acción natural, lógica, sobria de incidentes y rebuscados efectos, tal cual vemos comúnmente entre nosotros la natural serie y enredo de los sucesos ordinarios. Y sí, sin duda, el más popular de los novelistas ingleses, el que con más belleza y exactitud ha pintado los hermosos cuadros de la vida inglesa, dando vida por el estilo y la narración a innumerables caracteres, es Carlos Dickens.

**Salen de la escena mientras se proyectan imágenes de médicos afamados, muy amigos de Galdós como Federico Rubio, Tolosa Latour, Marañón...**

**En la gloriosa vejez de don Benito Pérez Galdós hay una amargura muy grande. Sus ojos escrutadores, que supieron penetrar en el fondo de las almas y de las cosas, están sin luz. Con resignación asombrosa sobrelleva el maestro su desdicha, pero a pesar de ese temple de su ánimo, se observa claramente que la obscuridad que las cataratas llevaron a sus ojos, llena también su alma de sombras.**

María Guerrero.— Maestro, hablemos de nuevo de sus amigos los médicos, de Tolosa Latour...es increíble como

ha apoyado usted a una lista interminable de amigos y aficionados a las letras. Bueno por dentro y por fuera maestro.

Galdós.— No puedo considerar como casual el hecho de que muchos afamados médicos hayan sido artistas notables, cultivando con éxito las letras o la oratoria, la poesía o la música. Existe indudable concordancia entre aptitudes que, ante la mirada vulgar, parece que rabian de verse juntas. El sentimiento de la Naturaleza, la observación y el amor a la Humanidad, germinan en el alma del médico que ejerce con elevadas miras su profesión, y no pueden menos de producir una florescencia artística que se manifiesta con caracteres diversos. Si el arduo trabajo profesional no permite a muchos ofrecer al mundo estas flores del espíritu en forma determinadamente literaria, es, en cambio, muy común que maestros eminentes de la ciencia médica expresen sus ideas en la cátedra o en la conversación con elegancia y galanura.

María Guerrero.— Los que tratamos al doctor Asuero no olvidaremos nunca la gracia seductora con que hablaba, su dominio de la frase imaginativa y el donaire con que revestía el conocimiento científico de elegantísimas galas retóricas. Era verdadero poeta, sin dejar de ser profesor de los más esclarecidos.

Galdós.— Los enfermos recibían de su trato un consuelo efectivo, y al quererle con filial ternura facilitaban la acción médica de un modo pasmoso. Ejercía como una fascinación sobre el paciente, ganándose su afecto o infundiéndole alegría y confianza. Otros ejemplos de esta clase se podrían citar. En cuanto a los médicos que han manifestado su aptitud artística produciendo hermosas obras literarias, podría citar muchos, españoles y extranje-

ros. De una manera o de otra, dicha aptitud existe y existirá siempre en los cultivadores fervientes de la medicina, y se avalora con la observación, con la piadosa tristeza que les infunde el continuo estudio del dolor físico y de las miserias y debilidades de nuestra especie. Lo que comúnmente se llama ojo médico no es más que intuición, que obra en el terreno físico por ejercitarse en él con preferencia; misteriosa facultad de un espíritu zahorí, que sabe sorprender en la exterioridad de nuestros semejantes el reflejo de sus desórdenes fisiológicos.

María Guerrero.— Comprendo sin esfuerzo que los hombres consagrados al examen del mal físico sientan verdadera avidez para expresar en forma artística lo que ven y oyen en su continuo comercio con la humanidad más espiritual.

Galdós.— Muchos de ellos no tienen tiempo ni ocasión de satisfacer su anhelo, ore proceden ante las dificultades técnicas, otros procuran vencerlas, y producen obras estimables. Los más viven siempre apartados de toda tentativa de este género, callándose muy buenas cosas, archivando experiencias y casos que nos serían muy útiles a los que tenemos por oficio el pintar la vida y el dolor, y estudiamos nuestro asunto menos directamente que el médico, a mayor distancia de las verdaderas causas, y fijándonos en la naturaleza moral antes que en la física. Creo más fácil llegar al conocimiento total de aquella por el de ésta, que dominar la moral sola, sin tener en cuenta para nada o para muy poco el proceso fisiológico. Por eso envidio a los que poseen la ciencia hipocrática, que considero llave del mundo moral; por eso vivo en continua *flirtation* con la Medicina, incapaz de ser verdadero novio suyo, pues para esto son necesarios muchos perendengues; pero la miro de continuo con ojos muy tiernos, por-

que tengo la certidumbre de que si lográramos conquistarla y nos revelara el secreto de los temperamentos y de los desórdenes funcionales, no sería tan misterioso y enrevesado para nosotros el diagnóstico de las pasiones.

María Guerrero.— Las escapatorias de los médicos al campo de las letras revelan elevación de espíritu, y el que consagra sus horas de descanso a referirnos en narraciones amenas lo que siente y observa al lado de los enfermos, me parece que perfecciona sus servicios a la Humanidad, y que merece doble estimación.

Galdós.— Si tú no curaras, podríamos cercenarte el encomio, concretándolo sólo al mérito literario; pero como curas y trabajas con afán y caridad, visitando diariamente a multitud de desgraciados, hemos de tributar a tus pasatiempos un aplauso entusiasta, proclamando muy alto que tus *Niñerías* so narraciones de la ida real, interesantes y sinceras, en las cuales el sabor artístico no perjudica a la intención docente, y que en ellas adivinamos, aunque parezca extraño y paradójico, las bellezas de la terapéutica, los hechizos de la neuropatía, de la higiene y de otra porción de señoras a quienes muchos creen absolutamente privadas de gracias personales.

María Guerrero.— El fenómeno más visible de los tiempos actuales en cosas literarias es la decadencia del teatro y el desarrollo de la novela. Esta desilusión del teatro es general; en Inglaterra y Alemania casi no existe; en Francia y en Italia agoniza. En España ha tenido hasta hace algunos años vigorosa existencia. De improviso casi, porque esto se refiere a un período relativamente breve, el público ha empezado a mostrarse esquivo. No es que falten obras buenas. Algunas se escriben, aunque no son muchas ni superiores; el fenómeno verdaderamente des-

consolador para los dramáticos es que el público no se entusiasma ya como se entusiasmaba antes. Gusta una obra la noche de su estreno, al día siguiente la elogia la Prensa: «parece que ha habido un éxito. Pues pasan cinco noches, y la obra desaparece de los carteles porque no va un alma a verla. Una obra mediana duraba antes quince o veinte días en los carteles; ahora la que dura seis puede considerarse excepcional».

Galdós.— En cambio la novela cunde y se hace camino. El público la favorece cada día más. Me acuerdo del tiempo, no muy lejano, ciertamente, en que aparecía una novela y se estaba meses y meses en las librerías sin que nadie le dijera una palabra. En aquel tiempo todo joven escritor tocado de la ambición de glorias, y que creía o sospechaba tener algo dentro de la cabeza, se lanzaba al mundo de las letras con el indispensable *tomo de poesías* o con el consabido dramita. Lo primero que se le ocurriría a un alumno de las Musas era componer una pieza dramática, porque no se concebía la gloria alcanzada por otro medio.

María Guerrero.— ¡Cuántos han soñado el bullido de un estreno, con el éxito de una noche que era el éxito de toda la vida y el bautismo de la religión literaria!

Galdós.— No existe quizá en la república de las letras acá por estas tierras meridionales un solo ciudadano que no haya llamado a las puertas de la tal república con el indispensable drama o comedia *original y en verso*. Los tiempos han cambiado en pocos años. Hoy todo el que viene trae debajo del brazo un voluminoso paquete de cuartillas, las cuales o no son nada o son una novela hecha y derecha. Los de provincias vienen a Madrid a buscar un editor o a publicarlas por sí mismo; los de Madrid ha-

llan fácil manera de darse a conocer en las revistas. Todo principiante novelea ahora, como antes dramatizaba. Los poetas van siendo cada vez más raros. Los grandes maestros y demás secuaces publican sus obras y son recibidas con aplauso; pero no sale gente nueva a engrosar aquellas filas de Apolo, que antes eran un verdadero batallón.

María Guerrero.— Para falange numerosa, la de novelistas. Si esto sigue así, pronto no será fácil contar a los cultivadores de este interesante arte de pintar la vida humana.

Galdós.— El presente invierno ha sido fecundísimo, dándonos a conocer multitud de nombres nuevos, algunos de los cuales son ya esperanza de las letras. Citaré las novelas publicadas de dos meses acá. *Esperanza y Caridad*, del joven escritor don Alfonso Pérez de Nieva es una narración interesante y llena de naturalidad que revela felices disposiciones. Este escritor, ya conocido por el lindo libro *El año*, es muy joven aún, y se espera mucho de él. Martínez Barrionuevo es un escritor malagueño, hasta ahora desconocido en Madrid, que en la novela *La Generala* muestra aptitudes nada comunes de novelista.

María Guerrero.— Sí, pero hábleme de los que considere un poco más.

Galdós.— Dejo entonces para este momento culminante a los que ya considero como maestros. Oller, Palacio Valdés y otros no hacen ahora sus primeras armas, y son muy conocidos desde hace algún tiempo. Oller escribe sus novelas en catalán, privando así a la mayor parte de los españoles del placer de leerlas. El catalán es más difícil de lo que parece a primera vista, seduce poco, no es de esas lenguas que *se pegan*. Cuando la necesidad nos obliga a leerlo, rara vez permanecen en nuestra memoria sus

giros y su vocabulario, y si cuesta algún trabajo aprenderlo, no cuesta ninguno olvidarlo. Que Oller, uno de los más insignes catalanes y uno de los primeros novelistas españoles, escriba sus admirables obras en catalán, es verdadera desdicha. Dice él que *no siente* en castellano; pero me consta que lo sabe escribir magistralmente, y sin duda entran por que mucho en su catalanismo los resentimientos regionales, algunos no injustificados. Ese empeño de dar vida literaria a una lengua que no la tenía, nos priva de uno de los escritores más ingeniosos y más inspirados de la época presente. Comprendo que los resucitadores del catalán literario consigan su objeto dentro de la poesía, porque la poesía vive perfectamente en los idiomas ingenuos y sin cultivo, casi mejor que en los muy trabajados; pero querer hacer en catalán la novela contemporánea que requiere una dicción extraordinariamente rica y flexible, me parece absurdo, con perdón sea dicho del insigne colega Oller, que podrá escribir en castellano, si quisiera, sin que sus admirables creaciones perdieran nada, antes bien ganando mucho.

María Guerrero.— Y esto se comprende observando que el catalán no tiene construcción propia. La sintaxis es la castellana y solo varían las voces, según he leído. No puede desconocerse que en ciertos pasajes de ternura y en los diálogos o cuadros de un carácter popular, la lengua catalana tiene cierto encanto, por su misma ingenuidad, por el deajo quejumbroso de los diminutivos, pero desde que el narrador sale de estos terrenos, la lengua se le revela, no tiene más remedio que recurrir al español catalanizado, por el dialecto carece de recursos para todo lo que es de un orden ideológico.

Galdós.— Me parece que, al fin y a la postre, Oller se convencerá de esto, y vendrá a Castilla, donde puede te-



ner seguramente bastante mayor número de lectores que en Cataluña. Vale tanto, que sus obras si estuvieran en lengua inteligible, serían recibidas como pan bendito en España y en América. Las obras del insigne barcelonés son dos tomos de cuentos y novelitas cortas, titulados *Notas de color*, y *Croquis del Natural*, y las novelas *La Papallona* y *Vilaniu*. Esta última es la más reciente. Seguramente será poco conocida en América esta literatura, fuera de los círculos propiamente catalanes, y es gran lástima que así sea, porque no es posible imaginar mayor viveza en las pinturas, ni una tan simpática y fácil naturalidad. En los dos tomos de obritas que he citado hay cuadros cuya belleza y verdad no puede ser superada. La observación de Oller es de verdadero artista y de poeta. *La Papallona* es novela encantadora. Fuera del final, que aprecié un poco artificioso, nada hay en ella que no sea de maestro. Observación, sentimiento y esa poesía extraída de la verdad del hecho, ese prestigio de la narración sincera que no puede expresar la crítica, forman el tejido de esta hermosísima obra. Se ha traducido al francés, con un prólogo de Zola, y después fue traducida al castellano.

María Guerrero.— *Vilaniu* es un cuadro de costumbres de población pequeña, en que reinan la envidia, la maledicencia y las intrigas de campanario. Hay en ella menos sentimiento que en *La Papallona*, pero una observación más firme y completa, y un estudio más profundo de la vida humana. Los caracteres están tan bien pintados que se confunden en nuestra mente con la realidad. El ambiente, el fondo, el teatro, digámoslo así, es de tal naturaleza, que el lector cree haber vivido en Vilaniu y tratado a sus habitantes.

Galdós.— Pidamos a Dios que le toque el corazón al buen Oller para que nos dé sus obras en lengua que en-

tendamos, y renuncie a la empresa loca de infundar al catalán una vida que ha de ser puramente galvánica. Ingenios tan sobresalientes se deben al mayor número, pertenecen a la patria común, que les reclama y les reclamará hasta que vengan. Tarde o temprano vendrán.

María Guerrero.— Concluyo señor Galdós en que la lengua castellana, el español es donde usted se encuentra como pez en el agua. ¿Qué opina de la lengua de las Vascongadas, maestro?

Galdós.— Por sabido se calla que el pueblo vascongado es viril cual ninguno, con fisonomía típica y propia, que determinan más su extraña lengua, no semejante a ninguna de las vivas y su secular legislación foral, así en lo civil como en lo político. Nada diré de la lengua, que desconozco en absoluto. A los que sostienen que es hermosa y que con ella se expresa todo lo que se quiere, les creo bajo su palabra. En cuanto al régimen foral, hay en él mucho que debe conservarse, a despecho de la unidad. Argumento vivo a favor de la independencia administrativa de aquellas provincias son sus inmejorables servicios provinciales y municipales y la honradez inteligente de su administración.

María Guerrero.— Y si los vascos tienen su lengua y su legislación popular y castiza, tienen también su poesía, sin ningún lazo de unión con la castellana, poesía que expresa la dulce melancolía de los valles pirenaicos y la robusta virilidad de la raza, prodigiosamente fecunda, dotada de grandes condiciones para luchar con la naturaleza, así en el mar como en la montaña, raza de marinos audaces, de soldados valientes, y también artistas y poetas.

Galdós.— Los poetas vascos son eminentemente populares, verdaderos vates o bardos, salidos de las clases más humildes de la sociedad, hombres inspirados que han sabido traducir al lenguaje los ecos misteriosos de los valles y el aliento vigoroso de la raza que los puebla. Jamás tuvieron nociones del saber retórico que se aprende en las aulas de nuestros institutos, y no tienen precedente más que los trovadores de la Edad Media; son improvisadores que, en presencia del pueblo, congregado bajo los castaños en candorosa huelga, sienten la inspiración y aciertan a expresar las ideas de todos en endechas, que al punto pasan al dominio total de la raza y se archivan en la memoria del pueblo; endechas no escritas, transmitidas fielmente de boca en boca. A esta clase de poetas perteneció José María Iparraguirre, que un día, cuarenta años ha, improvisó el cántico *Guernicaco arbola*, consagrado al árbol venerable, bajo cuyas ramas se congregaron durante diez siglos los legisladores de su país.

María Guerrero.— Repetido después aquel cántico de generación en generación, ha venido a ser el himno euskaro, que a la vez expresa alegría y tristeza, canto de fiesta y de luto, de amor y de guerra, en el cual parecen condensarse todos los sentimientos del alma vascongada.

Galdós.— Y el hombre que, al son de una vieja guitarra, improvisó aquellas estrofas, componiendo al mismo tiempo la letra y la música, no conocía la técnica del arte de Mozart, ni tampoco las reglas de la metrificación y rima. El entusiasmo que el célebre *zortzico* despierta en la gente euskara es tal, que en algunos pueblos se arrodillan los sencillos aldeanos cuando lo oyen cantar. Si queréis que en un vascongado se despierte una especie de frenesí patriótico, haced que oiga el famoso *zortzico*. En el país vasco hasta las piedras se animan cuando suena el *Guer-*

*nicaco arbola*, entonado por las potentes y bien acordadas voces de los mocetones de aquella tierra. ¿Qué poeta de los que ahora se estilan, más o menos académico o inspirado, según el concepto retórico de la inspiración, puede vanagloriarse de producir un efecto semejante ante el público para quien escribe? Ninguno. Publica el poeta contemporáneo sus mejores versos: sale la crítica diciendo que son magníficos: los lee mucha gente; pero nadie los canta ni los repite; nadie se entusiasma con ellos, ni se forma ese inmenso coro, que es la asimilación por todo un pueblo de los sentimientos del poeta. Además, los poetas reconocidos por tales en las literaturas contemporáneas, nos hablan mucho de su lira, y siempre están a vueltas con el dichoso instrumento, que no existe más que en su imaginación. No hay tal lira: los llamados poetas escriben fingiendo que cantan, sin lograr engañar a nadie. Su inspiración, si la tienen, es exclusivamente literaria y el estero una figura retórica como otra cualquiera.

María Guerrero.— Iparraguirre sí tenía lira, pues tal nombre hay que dar a la guitarra vieja que usaba. De las cuerdas de ella sacó acentos imperecederos: cantó, fue oído, y su canto persistirá en la memoria de los pueblos.

Galdós.— Y ocurre preguntar: ¿qué quedará, de aquí a tres o cuatro siglos, de todas esas odas, silvas, sonetos y canciones que han dado celebridad a tantos y eximios poetas? No será aventurado asegurar que de toda esa cosecha de hermosas rimas no subsistirá nada, y que cuando se hayan podrido en las bibliotecas los libros que las contienen, todavía se cantará y se bailará la letra y música de Iparraguirre, compuestas sin pretensiones, sin que el poeta pensase en la inmortalidad, ni tuviese ninguna idea del tiempo que puede durar en la mente del vulgo una idea, un acento, una combinación de sílabas y notas.

*Las similitudes y correspondencias entre Cervantes y Galdós son tantas y tan manifiestas, que casi huelga señalarlas. Cervantes creó el género novelesco, este modo característico de la Edad Media; Galdós lo ha llevado a su término más cumplido de perfección y madurez... Cervantes y Galdós, como dos montañas, fronteras y mellizas, están separados por un hueco de tres siglos. Hay también montes muy empinados y majestuosos; pero ninguno, a lo que presumo, alcanza la altura de aquellas dos montañas, mellizas y señeras. Cervantes no llegó a ser el primer autor dramático de su época; Galdós lo es, sin disputa y uno de los primeros entre los de cualquier época y comarca.*

## VII

### Electromanía

### Teatro, qué teatro

*M*e paseo por la casa del escritor en la calle de Hilarión Eslava, todavía son aceras, desmantelada aún, hay una tapia de ladrillo y una puerta verde. Silencio y austeridad enormes. Abierta la puertecilla humilde, nos hallamos en un jardincito comenzante, en el que no ha puesto la coquetería ningún destello. Don José Hurtado de Mendoza, sobrino del gran Galdós y amo y constructor de la vivienda, ha plantado allí una miniatura de jardín botánico. Este jardín rodea la casa por su frente y por su linde izquierda. Arbolitos jóvenes, matas bien cuidadas. A final un patizuelo donde picotean las gallinas, y donde se rasca al sol un gato negro. Estamos frente a la casa. Es una imitación exacta del arte mudéjar. Ladrillo rojo, arcos chatos, ajimeces, una puerta dorada y un torreón albambresco. Diríase, con un poco de imaginación, que va a emerger de esa puerta al-

*guna sensual y roburosa princesa, cautiva del Corán. No es una princesa quien sale, sino una criada cuarentona.*

*Hay un gran vestíbulo, un ball como diría Furciátez, inglés...El vestíbulo es claro y espacioso. Hay un lienzo de Sorolla con el retrato de don Benito, en una actitud descuidada, fumando un cigarro. Tiene el retrato mucho vigor. El propio don Benito, colgado de la pared, parece mirarnos. Hay una librería, con libros, claro está, fotografías, mil cosas. Al fondo se ve una escalera que conduce al segundo piso de la morada. A la izquierda, como ya dijimos en otro lugar, se halla el despacho. Hay una mesa vulgar, donde el genio ha trazado buena parte de sus obras; una librería basta, el rastro de Galdós, pues su biblioteca selecta la tiene, bien custodiada, en su casa de Santander; una butaca donde el maestro reposa y dicta. Tiene el despacho dos ventanas. Se ven solares en abandono. Allí los reclutas aprenden la instrucción, y los veteranos hacen el amor, por las tardes, a las Maritornes zafias.*

*Luego está el despacho del Sr. Hurtado de Mendoza, un despacho corriente, de arquitecto. La cocina, las despensas y otras estancias llenas de cachivaches, se hallan en el sótano.*

*Pero subamos la escalera. En su pared vemos mosaicos del gran Zuloaga, esos divinos mosaicos que han apresado el alma desnuda y fuerte de Castilla. Las alcobas. Respetamos las pertenecientes a las hermanas del maestro, y penetramos en la suya. Nuestra emoción es grande. Miramos con avidez. Nada peculiar llama nuestra atención. Es la alcoba de un estudiante. Un lavabo de madera blanca, un par de sillas, las paredes escuetas, el lecho estrechito, de hierro, un lecho sencillo, y encima, sobre la cabecera, un Cristo negro y expirante, muy artístico, velando el sueño de Galdós.*

*Este Cristo es lo que más impresión nos causa. ¿Por qué tendrá Galdós ese Cristo sobre su cabecera? ¿Es creyente?*

*¿Cedió al influjo de sus hermanas, damas religiosas y honestas? ¿Es una impulsión inevitable de los siglos? Sea ello lo que fuere, a nosotros esa bella imagen nos ha inspirado vivos pensamientos. Arriba la azotea. Y nada más.*

*Esta es la casa de Galdós, la casa donde el gran viejo ha cobijado su gloria y sus achaques, la que es testigo de su vida en ocaso, la que encierra el tesoro de esa vida gigantesca y luminosa. ¡Impresión total! La casa no tiene, fuera de la fachada, nada de exquisito, ¡qué más da! La gloria de Galdós, le basta y le sobra para llenarla de resplandor intenso.*

### **Sale a escena la señora doña Teodosia Gandarias, amada y amiga de Galdós**

Teodosia Gandarias.— Querido maestro, hemos de seguir con estas *interviews* que tanto le molestan, pero... créame son necesarias para que el lector, el público, ese con el que ha batallado usted toda la vida, comprenda el sentido, mejor, el significado de una vida de escritor, de sus peripecias, de sus viajes, del resultado de su conocimiento. El lector-público tiene que comprender lo que es más importante del gran autor de las letras españolas, más que su obra, su pensamiento. De modo que voy de momento al grano: ¿Cómo conoció a María Guerrero?

Galdós.— A María Guerrero yo no la conocía más que de nombre. Por primera vez la vi una tarde en la Comedia representando la dama de *Felipe Derblay (Le Maître des Forges)* función que se daba para redimir de quintas a un hijo del actor Montenegro. La voz, el gesto y la prestancia de la actriz me encantaron. Pasados algunos días, la vi ensayando *El obstáculo*, de Daudet, primer estreno de la temporada. Confundida entre las demás



actrices, no me pareció la misma que yo había visto en la representación de *Felipe Derblay*. Vestía de negro y cubría su cabeza con un honguito igual a los que usábamos los hombres. Me fijé en su tez morena y descolorida; fijéme asimismo en su limpia pronunciación, cualidad en la que no hubo ni hay quien la iguale. En uno de los ensayos de *El obstáculo*, Mario me presentó a ella, y reunidos en un palco, María Guerrero me habló de *Realidad*, que ya conocía en la novela antes de estudiarla en el drama. Entonces advertí en ella otra cualidad preeminente: la memoria. Con una sola lectura se apodera de un asunto y de un carácter, y le basta una simple audición ante el apuntador en la mesa de ensayos para dominar su papel.

Teodosia Gandarias.— ¿Y cómo fue el comienzo? ¿Cómo comenzó el gran estreno de *Realidad* que le proyectaría como autor teatral?

Galdós.— Leyese al fin *Realidad*, y fue repartida de esta forma: *Augusta*, María Guerrero; *La Peri*, Julia Martínez; *Orozco*, Cepillo; *Federico Viera*, Thuillier, *Joaquín Viera*, Emilio Mario, *Manolo Infante*, García Ortega. *Malibrán*, Balaguer, etcétera.

Teodosia Gandarias.— Ya pero y ¿el papel de Clotilde? Ese papel fue desempeñado por Concha Morell ¿verdad?

Galdós.— (*Sin hacer caso a la apuntación de Teodosia.*) La dirección escénica se entretuvo días y noches preparando por diferentes sistemas la aparición del espectro de Federico Viera en la última escena de la obra. Por fin, se adoptó una combinación de espejos análoga al artificio llamado *la cabeza parlante*. Al manipulador de esta habilidad le llamaba Mario *el mágico de astracán*. De madru-

gada, después de la función, nos ocupábamos en ensayar una y mil veces el truco del espectro, que al fin obtuvo el visto bueno de los curiosos que lo presenciaban, no sin discrepancias, pues la unanimidad de pareceres jamás se realiza en cosas de teatro.

Teodosia Gandarias.— ¿Y esa vocación? Porque por mucho que le gustara la actriz o el ambiente...Quizás pensó que el calor del público directo le apetecía más o quizás por una innegable cuestión económica, claro.

Galdós.— Mi vocación literaria —al llegar a Madrid en el 68— se iniciaba con el prurito dramático, y si mis días se me iban en *flanear* por las calles, invertía parte de las noches en emborronar dramas y comedias. Frecuentaba el Teatro Real y un café de la Puerta del Sol, donde se reunía buen golpe de mis paisanos.

Teodosia Gandarias.— Sí, lo del *flanear* pasará también con su historia.

Galdós.— Respirando la densa atmósfera revolucionaria de aquellos turbados tiempos, creía yo que mis ensayos dramáticos traerían otra revolución más honda en la esfera literaria; presunción muy natural en los cerebros juveniles de aquella y esta generación. Todo muchacho despabilado, nacido en territorio español, es dramaturgo antes que otra cosa más práctica y verdadera. Yo enjaretaba dramas y comedias con vertiginosa rapidez, y lo mismo los hacía en verso que en prosa; terminaba una obra, la guardaba cuidadosamente, rescatándola de la curiosidad de mis amigos; la última que escribía era para mi la mejor, y las anteriores quedaban sepultadas en el cajón de mi mesa. Claro es que yo frecuentaba los teatros, principalmente en los estrenos.

Teodosia Gandarias.— En el año 91 usted decía que no frecuentaba el teatro de noche nunca, de tarde alguna vez prefiriendo la comedia por ser muy de su gusto la compañía de Emilio Mario. ¿Qué sintió cuando Emilio Mario le propuso que adaptase *Realidad* como un drama que tendría mucho éxito?

Galdós.— Era una idea para mi muy tentadora pues siempre quise haber sido autor teatral cuando llegué a Madrid bien joven. La idea me complacía pues de ese modo entraría de lleno en el mundo de la farándula y en sus personajes: actores, actrices, attrezzoistas...

Teodosia Gandarias.— Sí pero, cuente, cuente. Usted siempre ha tenido su ninfa. Yo misma soy ninfa, musa de usted, de todo ello puedo yo dar fe.

Galdós.— Estando en el Madrid de mis ensueños traza-ba con febril actividad el plan de *Ángel Guerra*. Me acompañaba solícita y atenta mi dulce ninfa, y cuando me vi escribir el nombre de Toledo, sale por este inesperado registro. Promediaba —como digo— el 1891 cuando yo escribía las últimas páginas de *Ángel Guerra*. Con ardor infatigable acometí luego *Torquemada en la cruz*. Esa pí-cara facultad, a quien he dado en llamar mi ninfa, escapaba de mi lado en las ocasiones en que más la necesitaba; pero un día pude atraparla; y dije: «Esta es la mía». Con una cadenita de palabras capciosas la sujeté a mi cerebro.

Teodosia Gandarias.— Y ¿cómo fue entonces?

Galdós.— Una tarde, estando yo en el vestíbulo del teatro, entró Mario, y presuroso me dijo: «No me detengo, don Benito, porque voy a vestirme...Tengo que hablar con usted; hágame el favor de subir al saloncillo en cual-

quier entreacto». Pues señor...Mario me salió con la misma cantata. Le habían dicho que *Realidad novela* podía ser *Realidad drama*. El creía lo mismo. Como empresario y como amigo, me suplicaba que pusiese manos a la obra, si no para la actual temporada, para la próxima. Mientras yo tanteaba el asunto, supe que en la compañía de la Comedia había ocurrido un cambio radical.

Teodosia.— Gandarias. (*Con emoción*) Siga siga.

Galdós.— Habló mi ninfa. Los cómicos de España, como en todas partes, van y vienen de unas compañías a otras. En la Comedia estaba Vico muy considerado y bienquisto, y de la noche a la mañana marchó con su sobrino Antonio Perrín. Tras él se fue Carmen Cobeña. Apenas separados, dividiéronse nuevamente. Pasados no sé cuántos meses, Vico y su sobrino estrenaban con María Tubáu, el drama de Sardou, Termido, y la Cobeña se agregó a la compañía de Ricardo Calvo y Donato Jiménez, que al poco tiempo apareció en el Principal, de Valencia. Mario, ansioso de llenar prontamente el vacío que aquellos artistas dejaron en su teatro, trajo a María Guerrero, cuyo precoz talento había manifestado en diferentes obras, y singularmente en la Doña Inés, del Tenorio, y a Miguel Cepillo, actor ya consagrado por sus extraordinarias cualidades. A estos valiosos elementos añadió un joven todavía desconocido Emilio Thuillier, que no tardó en adquirir celebridad. Con estas figuras y las que ya tenía, inauguró felizmente Mario su temporada en el otoño del 91, anunciando entre otros estrenos, el de *Realidad*.

Teodosia Gandarias.— Antes de comenzar los ensayos de la obra que se estrenaría a comienzos de 92, conoció a Concha Morell, una rubia joven de blanca piel, judía, quien se enamoró perdidamente de usted a pesar de los 48 años que ya contaba, o ¿me equivoco?

Galdós.— Bueno, guardé sus cartas pues me sirvieron de inspiración para escribir Tristona, *Tristana*. Concha vivía con un protector a quien llamaba papá, que era pintor. Era en efecto una joven muy hermosa pero excesivamente pasional e idealista para mí.

Teodosia Gandarias.— Esa obra ofrece a diferencia de otras escritas por usted bastante de sí mismo, de su vida privada.

Galdós.— No lo sé, no lo creo.

Teodosia Gandarias.— No sea usted cínico, la historia de *Tristana* cuenta los amores de una joven con un hombre maduro, igual que usted con Concha Morell, solo que ella enloqueció de amor por alguien para quien sería quizás tan solo un entretenimiento.

Galdós.— Bueno ella era un espíritu rebelde, pensante, creía como yo en el amor libre, en negarse al sometimiento social, denostábamos la institución del matrimonio, en pensar por sí mismo...

Teodosia Gandarias.— Bien, bien. Entonces, consiguió que Vico contratase a Concha Morell como actriz aunque fuese en un papel más secundario, el papel del personaje Clotilde.

Galdós.— En efecto, ella tenía ciertas posibilidades de trabajar como actriz y no desempeñó mal su papel de Clotilde.

Teodosia Gandarias.— Ha habido quien ha dicho que aquella joven vio en usted una natural manera de escalar en su vida, y que como actriz era verdaderamente lamen-

table. En fin, durante los ensayos de esta primera obra ¿Estuvo Echegaray?

Galdós.— Sí, él ayudó bastante pues yo estaba bastante nervioso al ser mi primer estreno.

Teodosia Gandarias.— Emilia Pardo Bazán no se perdió ni un solo ensayo al verse ella bastante representada cuando publicó *Realidad novela* hacía tres años atrás. Escribió 50 páginas en su revista *Nuevo Teatro Crítico*. Elogió a María Guerrero, las vestimentas, la puesta en escena...ningún elogio para Concha Morell cosa lógica si ella le quitó el amante.

Galdós.— Como fuese, Concha no era nada discreta en la compañía, se rebelaba, no quería trabajar, no era profesional por mucho que yo la protegiese...terminó por ser despedida en plena gira por Galicia, la compañía de Mario era por aquel entonces muy importante. Después vino con lo de que estaba embarazada, que estaba enferma... nunca supe si perdió el hijo que decía esperar o qué pasó.

Teodosia Gandarias.— (*Después de unos segundos de silencio.*) Bueno, cuénteme, por favor, los prolegómenos del estreno.

Galdós.— El 15 de marzo de 1891 se estrenó *Realidad*. Fue ésta una noche solemne, inolvidable para mí.

Teodosia Gandarias.— No me extraña lo más mínimo, a partir de ese momento usted se dio por entero a la vida de teatro, escribió 8 obras en cuatro años, eso es una barbaridad, seguro que más de algún autor ha pasado a la historia del teatro con menos obra que usted. Un total de 26 textos para teatro. ¡genial!

Galdós.— Por aquel entonces no controlaba muy bien las veleidades del público. Siempre que estrenaba una obra me metía en el sitio más retirado del teatro, donde no pudiera enterarme de lo que ocurría en el escenario. Ya sabe de mi timidez.

Teodosia Gandarias.— Ya, sin embargo esgrimió con fuerte espada contra los críticos todo lo que pensaba cuando éstos le hicieron mala crítica. Sea el caso de *Los Condenados y de Alma y vida*. Arremetió usted sin piedad y se notó a usted muy dolido, más que eso diría yo, decepcionado.

Galdós.— De los críticos nada diré; todo el mundo sabe que los escritores que juzgan las obras en el instante de su nacimiento o de su estreno viven por largos años adscritos a un periódico o a una empresa teatral. La inmovilidad que disfrutan les mueve a ejercer una especie de dictadura. Sus juicios vienen a ser como sentencias dogmáticas. En muchos casos son dichos señores insufribles por su presunción de definidores lacónicos e inapelables. La crítica de las obras de teatro en España no ha coincidido todavía con el nacimiento de las obras. Las que contra viento y marea sobreviven veinte o más años a su estreno son las que pueden obtener una sanción relativamente duradera.

Teodosia Gandarias.— Sí, pero con el fracaso y consiguiente criba de *Los Condenados* usted apareció bastante tocado, por decirlo así. Pero bueno, sigamos, sigamos, continúe en esta cronología teatral, por favor.

Galdós.— Días después de este estreno se leyó *La loca de la casa*. La experiencia de *Realidad* no me enseñó a calcular las dimensiones de la obra dramática. *La loca* resultó

tan desaforadamente larga, que tardamos dos días en leerla. Desde los primeros días empezamos a dar *tajos y mandobles* para que quedara en razonables proporciones. Asistió a todos los ensayos, sin perder día, don José Echegaray. No hay para qué decir cuán honrado me sentía yo con la presencia del insigne dramaturgo, y cuánto me halagaba la constante atención que en la obra ponía, animando a los actores y a mí con sus atinadas apreciaciones. Muy avanzado ya el mes de enero, la obra estaba dominada, mas yo notaba que algo flaqueaba en ella. Efectivamente, una tarde, estando solos conmigo María Guerrero y Mario, dijeronme que el final debiera reformarse para que el éxito que esperaban fuera redondo y definitivo. De tal opinión participaba, según me dijeron, don José Echegaray. Vacilé al principio, medité después y de pronto decidí escribir otro final. Dicho y hecho. En una noche hice de nuevo la escena final, encomendada exclusivamente a las dos figuras de Victoria y Pepet. Al día siguiente, domingo por la mañana, se ensayó la escena por María Guerrero y Cepillo, repitiéndola como unas doscientas veces, y el próximo 21 se estrenó la obra sin ningún tropiezo. El éxito fue muy bueno, descollando María Guerrero entre las actrices, y entre todos Cepillo que encarnó el Pepet de una manera maravillosa. La crítica anduvo aturdida y desorientada; ni en la censura ni en el aplauso supieron los críticos lo que decían, no acertaron a formular una opinión terminante. Han pasado veintitrés años sobre esta obra, y hoy la vemos más fuerte y robusta que en los días de su estreno. Todas las actrices españolas han hecho la Victoria y todos los actores el Pepet.

Teodosia Gandarias.— Grande maestro, grande. Relate usted algo sobre *Los Condenados*.

Galdós.— Lo recuerdo con tristeza y peor humor. Ensayamos con todo esmero posible *Los Condenados*, y el es-



treno fue a principios de diciembre. Desde las primeras escenas, parte del público dio en meterse con la obra de una manera tan grosera, que claramente se veía la confabulación y el designio de reventarla. Amigos míos de incondicional adhesión habían notado entre los curiosos que asistían a los últimos ensayos un cierto secreto y tacto de codos que delataban la conspiración.

Teodosia Gandarias.— Vamos que tuvo usted que sufrir en su contra ese complot que se hace siempre a los que triunfan.

Galdós.— Descuidado yo de estas miserias por mi candorosa ignorancia del recóndito mecanismo teatral, no presté atención a lo que me dijeron mis amigos y afronté el estreno tragándome las amarguras de aquella luctuosa noche. Y no se hundieron *Los condenados* por deficiencia en la ejecución, pues todos los intérpretes cumplieron como debían. (...) rechazada la obra por artes aviesas, los críticos, con raras excepciones, se pasaron al enemigo. Yo creí de mi deber protestar de lo que me parecía tan violento como injusto. Al presenciar el entierro de *Los Condenados*, les canté un responso en el prólogo de la edición que publiqué a los pocos días del estreno. Creyeron algunos que había estado yo bastante duro en el recorrido que di a los críticos; pero no me pesa de ello. Las voces de ira y despecho con que fui contestado confirmáronme en la razón que tuve para revolverme contra la brutal sentencia. Pregunto a mi ninfa dónde escribí yo el prólogo de *Los condenados*, y ella diligente y gozosa, me contesta: esa terrible catilinaria la escribiste, maestro mío, en la casa de tu amigo Tolosa Latour, donde a menudo ibas a comer. Después se volvió a estrenar. (...) Los tiempos ruedan, los públicos cambian y las obras de teatro mueren o resucitan...cuando Dios quiere.

Teodosia Gandarias.— Sin embargo con *Electra*, usted recogió éxitos inimaginables. Más de doscientas representaciones, traducida la obra a más de dieciocho idiomas... bolígrafos *Electra*, cajas de fósforos... publicidad por todos sitios, electrificación absoluta con una obra de carácter claramente anticlerical. Fue Federico Balart quien os pidió un drama para la escena del Español. Sé que usted tenía algo en la cabeza, pero no hablaba mucho de ella porque sabía que escandalizaría a su público habitual. ¿Recuerda que preguntó a Balart si podía haber dos apariciones en la escena? Usted y Balart tuvieron bastantes dudas —esto sí que me lo ha contado— no obstante la compañía Guerrero-Mendoza no quiso representarla pero sí los del Español y la compañía de Fuentes, Valero y Matilde Moreno.

Galdós.— En efecto, por esos años yo andaba a vueltas con Juana de Castilla en realidad, pero para mí era una necesidad, digámoslo así, llevar un texto que por fin conmoviera de verdad al público hermético del Español al que estábamos sometidos los escritores.

Teodosia Gandarias.— Baroja escribió lo siguiente: «no sé cómo fue que poco a poco después se caldeó el ambiente y la mayoría de los escritores jóvenes nos dispusimos a defender la obra de Galdós con un cierto entusiasmo que podía recordar en otras proporciones los preparativos del estreno de *Hernani*. Don Benito y Maeztu fueron los que dirigieron la distribución estratégica de los amigos...yo tenía una butaca cerca de Azorín. Maeztu dijo que iba a ir al paraíso. Comenzó el drama en medio de una gran expectación. El público temía que pasara algo. En uno de los momentos en que aparece un fantasma, Azorín me agarró del brazo, y vi que estaba conmovido. Cuando el joven ingeniero derriba a Pantoja, Maeztu, desde el paraíso, con voz tonante, dio un terrible grito:

¡Abajo los jesuitas! Entonces todo el público comenzó a estremecerse, y algunas señoras de los palcos se levantaron para marcharse.»

Galdós.— Sí, esta obra me ha dado mucho. Veinte mil ejemplares que se vendieron...la obra nunca ha dejado de representarse a pesar de ser prohibida en muchos lugares por la Iglesia y otras fuerzas...las de siempre, claro. Más de cien representaciones en Madrid, algo insólito. Mi texto se convirtió en emblema, en símbolo, cuando se representaba al punto después se tocaba *La marsellesa* o *el Himno de Riego*. Lo cierto es que durante ese 1901 que duró catorce meses no escribí nada más y me puso en una primera posición en el plano político. Y sí, hubo un cambio espectacular en mi posición desde la postura conciliadora de *La fiera* y las ganas e incitación a la revolución de aquellos años. Recuerdo los tiempos de *Casandra*...la obra terminaba con la frase: ¡He matado a la hidra que asolaba la tierra, respira Humanidad! Obra enteramente escrita en forma dialogal.

Teodosia Gandarias.— En cuanto a ésta técnica, dialogal, usted había escrito *Realidad*, *Casandra* como alegato hacia la irreligiosidad como un a modo de proyección de *Electra* hacia el futuro, pero antes de esto, escribió *El abuelo*, y junto a ello un prólogo, un modo de declaración de intenciones. Peleando como siempre con un público reaccionario, acomodado a las circunstancias, a lo convencional y rechazando lo que no estaba de moda o acomodado a sus gustos.

Galdós.— El sistema dialogal, adoptado ya en *Realidad*, me dio, nos da la forja expedita y concreta de los caracteres. Éstos se hacen, se componen, imitan más fácilmente, digámoslo así, a los seres vivos, cuando manifiestan su contextura moral con su propia palabra y con ella,

como en la vida, nos dan el relieve más o menos hondo y firme de sus acciones. La palabra del autor, narrando y describiendo, no tiene, en términos generales, tanta eficacia ni da tan directamente la impresión de la verdad espiritual. Siempre es una referencia, algo como la Historia, que nos cuenta los acontecimientos y nos traza retratos y escenas. Con la virtud misteriosa del diálogo parece que vemos y oímos, sin mediación extraña, el suceso y sus actores, y nos olvidamos más fácilmente del artista oculto que nos ofrece una ingeniosa imitación de la Naturaleza. Por más que se diga, el artista podrá estar más o menos oculto; pero no desaparece nunca ni acaban de esconderle los bastidores del retablo, por bien contruidos que estén. La impersonalidad del autor, preconizada hoy por algunos como sistema artístico, no es más que un vano emblema de banderas literarias, que si ondean triunfantes es por la vigorosa personalidad de los capitanes que en su mano las llevan.

Teodosia Gandarias.— Es decir que el que compone un asunto y le da vida poética, así en la novela como en el teatro, está presente siempre: presente en los arrebatos de la lírica; presente en el teatro mismo. Su espíritu es el fundente indispensable para que puedan entrar en el molde artístico los seres imaginados que remedan el palpitar de la vida.

Galdós.— Sí, eso, muy bien dicho. Y en ese hilo le diré que, aunque por su estructura y por la división en jornadas y escenas parece *El abuelo* obra teatral, no he vacilado en llamarla novela, sin dar a las denominaciones un valor absoluto, que en esto, como en todo lo que pertenece al reino infinito del Arte, lo más prudente es huir de los encasillados y de las clasificaciones catalogales de géneros y formas. En toda novela en que los personajes

hablan late una obra dramática. El teatro no es más que la condensación y acopladura de todo aquello que en la novela moderna constituyen las acciones y caracteres.

Teodosia Gandarias.— En sus novelas siempre ha latido un conflicto, una obra dramática. Le contaré una anécdota, pero no se enfade, señor Galdós. En un pueblo de cuyo nombre no quiero acordarme se representó *El abuelo* con extraordinario éxito. Tanto gusto, que varias personas de la citada localidad acordaron escribirle expresándole su testimonio de admiración. Así lo hicieron, y tras de algunos párrafos laudatorios, rogaban a Galdós que les dijera, pues la impaciencia les devoraba, cual era la nieta legítima del conde de Albrit, si Dolly o Nell. ¡Les había admirado la obra, pero no la habían entendido!!!! Este es el arte escénico.

Galdós.— El arte escénico propiamente dicho ha venido a encerrarse, en nuestra época, dentro de un módulo tan estrecho y pobre, que las obras capitales de los grandes dramáticos nos parecen *novelas habladas*. Saltando de nuestras pequeñeces a los grandes ejemplos pregunto: el *Ricardo III*, de Shakespeare, colosal cuadro de la vida y las pasiones humanas, ¿puede ser considerado como obra teatral práctica?

Teodosia Gandarias.— Pues no sé...

Galdós.— Que me diga también el que lo sepa si *La Celestina* es novela o drama. Tragicomedia la llamó su autor; drama de lectura es, realmente, y, sin duda, la más grande y bella de las novelas habladas. Resulta que los nombres existentes nada significan, y en literatura la variedad de formas se sobrepondrá siempre a las nomenclaturas que hacen a su capricho los retóricos. Sólo tengo

que decir ya a mis buenos amigos que, sin cuidarse de cómo se llama esta obra, *El abuelo*, humilde ensayo de una forma que creo muy apropiada a nuestra época, tan gustosa de lo sintético y ejecutivo, la acogieran con aquella benevolencia.

Teodosia Gandarias.— *Santa Juana de Castilla* ha sido su última obra teatral. Historia y Religión de nuevo. Su versión protestante de la reina maldita no ha dejado a nadie indemne. Sin duda alguna, don Benito, usted viajó aquí y allá para poder llegar a todos los lugares, a cada rincón donde no sólo imaginar, oler, sentir la ciudad...su gente, su comida...un verdadero notario, un genio del realismo y de relatar la historia. ¿Cómo encontraba la motivación?

**(aparte) Luego con su entonación de voz cansada y lenta, pero de un colorido en las descripciones que hace entrever los más lejanos paisajes y las más viejas emociones, don Benito va contando sus escapatorias de otros tiempos para ir a visitar algún otro pueblecito abandonado y silencioso, que aguardaba aun en su seno las palpitaciones de la antigua alma nacional.**

Galdós.— Tomaba un pasaje de tercera, me metía en un vagón destartalado, entre labriegos y mujerzuelas de aldea. Charlaba horas y horas amigablemente con ellos; les preguntaba por las cosechas, por las yuntas, por sus historias, por sus leyendas. —Y siempre me respondían con cariño. Yo tomaba entonces mis notas, escudriñaba, meditaba, y en cada uno de aquellos hombres iba encontrando un rasgo de alma nacional, que luego me servía para escribir lo que usted denomina: *tan brillantes e inimitables páginas*. Llegaba a un pueblo, muchas veces un

villorrio miserable y desconocido. Lo revolvía todo; escrutaba en los más oscuros rincones; husmeaba entre los papelotes de archivos ignorados; hablaba con los viejos, que me contaban sus recuerdos, y palpaba las piedras, creyendo encontrar en ellas un nuevo dato que nadie conocía.

Teodosia Gandarias.— Así fue hecho ese monumento formidable de psicología, de realismo y de identidad trágica que se llama *Episodios Nacionales*. Usted ha recorrido Toledo, casa por casa y piedra por piedra. Tengo la más completa seguridad de que iría con los ojos cerrados por las calles y por las plazas.

Galdós.— Pues sí, me sé de memoria todas las ciudades, todos los viajes, todo el arte... Gerona, la ciudad cuyo episodio he hecho con tanto cariño y después adapté a la escena, no tiene un solo secreto para mí. Y así muchos, muchos pueblos. Unos muy grandes y ricos y otros muy pequeños y muy miserables.

Teodosia Gandarias.— ¿Hace mucho tiempo que terminó usted *Santa Juana de Castilla*?

Galdós.— Sí, hace dos años, pero yo concebí la idea de escribir esta obra, desde uno de mis viajes a Tordesillas y a Simancas. Empecé a sentirme atraído por el espíritu de aquella mujer extraordinaria que fue doña Juana la Loca. Después como ya yo no podía leer, hice que me leyeran muchos libros en que se hablaba de su vida en el Palacio de Tordesillas. Entonces tropecé con ese otro hombre Francisco de Borja, que me ha costado mucho trabajo llegar a dominar, para darle forma a mi concepción de su extraña psicología de hombre humilde y rebelde al mismo tiempo. Yo llamo Santa a doña Juana la loca, porque,

su grandeza espiritual es de las que no dejan lugar a dudas.

Teodosia Gandarias.— Los tipos del drama, sobre todo los que pertenecen al pueblo castellano, ¿los ha encontrado usted en sus viajes?

Galdós.— Los del pueblo sí. Aún se conservan en las poblaciones viejos hombres que no se diferencian en casi nada a los de hace muchos años. En una época (*continúa hablando con una integridad de memoria que asombra*) estaba yo en Medina del Campo y fui a ver un poblachón muy viejo que se llama Madrigal de las Altas Torres y al cual no ha ido aún ningún otro escritor.

Teodosia Gandarias.— ¿Incluido Madrigal de las Altas Torres?

Galdós.— (*Sonríe y dice*): lo sabe usted todo. Madrigal de las Altas Torres me produjo un efecto tremendo. Es un pueblo muy grande pero que está casi todo él en ruinas. Solo se ven iglesias derribadas, torres medio caídas, castillos deshechos y muros desquebrajados. Allí nació y se educó doña Isabel la Católica. Toda una escenografía de magnitudes insultantes.

Teodosia Gandarias.— Sí, ya sé lo que usted quiere decir, sé leer entre líneas. ¿Y el público? ¿Qué relación tiene usted con el público? porque ha escrito mucho en torno a esta cuestión extraordinaria.

Galdós.— En esto del gusto del público hay que andarse con mucho cuidado para condenarlo. Obedece casi siempre a corrientes promovidas por ideas que se van sucediendo e imperando según los tiempos. Cuando el gusto cambia, muchos lo atribuyen a influencias de éste o



del otro autor, de esta o de la otra escuela, y no ven la lógica profunda a que el fenómeno obedece. Este público de las viejas formas dramáticas se las sabe de memoria, conoce los resortes tan bien como los comediógrafos más hábiles, y apenas halla ahora atractivo en las obras que años atrás eran su encanto. La sustancia artística era siempre la misma, sólo varían las formas de expresarla.

Teodosia Gandarias.— Sí, sabemos que luchó muchísimo con el público, sus convencionalismos...qué se yo. Sus propuestas eran mucho más avanzadas de lo normal.

Galdós.— Pero el público no se da cuenta de lo mismo que desea. Se aburre de lo común, de lo corriente, y al propio tiempo recibe con prevención todo lo que rompa la rutina de las combinaciones escénicas. Está envenenado con aquello mismo que declara ineficaz y reformable. Por eso veis que una situación, una frase, un chiste son aplaudidos, si la frase o el pasaje se han visto y oído muchas veces. Hay expresiones en el teatro que siempre producen efecto, y son precisamente las que más se prodigan. Un concepto enteramente nuevo, una situación de evidente originalidad, dejan al público frío...La emoción fatal, la que ha de producirse en el nivel medio de inteligencia, no resulta las más de las veces sino con situaciones ya vistas y admiradas otra vez. Individualmente se acepta lo nuevo. Pero la masa, la colectividad tarda bastante en aceptarlo. Es que la emoción colectiva es y será siempre un misterio. Las multitudes no vibran sino con ideas y sentimientos de fácil adquisición, con todo aquello que se saben de memoria, y se tiene ya por cosa juzgada y consagrada.

Teodosia Gandarias.— Siga, siga don Benito.

Galdós.— El público burgués y casero dominante en la generación última no ha tenido poca parte en la decadencia del teatro. A él se debe el predominio de esa moral escénica, que informa las obras contemporáneas, una moral exclusivamente destinada a aderezar la literatura dramática, moral, enteramente artificiosa y circunstancial, como de una sociedad que vive de ficciones y convencionalismos. La restricción que esta moral impone al desarrollo de la idea dramática... Los autores, aun aquellos de más talento y de más poder creador, han extraído la influencia de esa moral impuesta por la burguesía pedestre y meticulosa, que ha venido privando desde la desamortización, y viendo que se les cortaban los vuelos ha cultivado la habilidad, el mecanismo y el mete y saca de las figuras.

Teodosia Gandarias.— Claro, claro. Todos buscan el éxito ¿y qué es el éxito al fin?

Galdós.— El *éxito* es la preocupación constante, ineludible del autor. El triunfo instantáneo, ganado como por sorpresa, es la obsesión que le persigue mientras elabora su drama o comedia. Escribe bajo la presión de esperanzas risueñas o de hondos temores. Tal escena, que en conciencia cree acertada, parécele expuesta a producir el fracaso. Teme emplear recursos de éxito seguro, y que le repugnan por su índole vulgar; pero como tales recursos pueden traer el éxito, se inclina a transigir con ellos. Ve en el triunfo o en la derrota fenómenos independientes del valor estético de la obra, y esto por fuerza ha de influir desdichadamente en su inspiración. De aquí que el arte dramático, más que labor del artista inspirado y libre, haya venido a tomar cierto carácter profesional o de oficio. De aquí el predominio de la habilidad que, en la mayoría de los casos, asegura el éxito, y el amaneramiento, consecuencia lógica de toda habilidad artística.

Teodosia Gandarias.— Autor en manos de la masa, a menudo insustancial y estereotipada. Esta es una de las razones que más me ha entusiasmado de la obra dramática de su obra, don Benito, y es que, conociendo estas importantes limitaciones, y viniendo de un mundo novelesco completamente distinto, tuviera ese empeño y tesón en persistir. Llegar hasta el final de su vida, dando al público estrenos y nuevas posibilidades dramáticas, aunque éstas muchas veces no fueran comprendidas por el espectador, no deja de ser un prodigio sorprendente de amor al arte.

Galdós.— Por esto los que han llevado reformas al teatro, han visto que sus esfuerzos no tenían la recompensa debida. En el libro se habla al individuo, al lector aislado y solitario. Se le dice lo que se quiere, y el lector lo acepta o no. En el teatro se habla a la muchedumbre, cuyo nivel medio no es muy alto ni aun en las sociedades más ilustradas; y no hay manera de herir a la multitud, sino devolviéndole las ideas y sentimientos elementales y corrientes que caben en su nivel medio.

Teodosia Gandarias.— Quizá la motivación más intensa que le llevó al teatro fue el deseo de comunicación con los españoles de su tiempo. Su teatro es sencillamente didáctico, un vehículo para la comunicación de ideas, y para ese fin, nada como el teatro donde el mensaje emerge directo al espectador que no es otra cosa que un individuo social. Es con todo, un comunicador de principio, con un enorme oficio de escritor, tal y como indica su profesión de transmisor de ideas, independientemente del género donde éstas se vayan a desarrollar. Por ello sus ideas como finalidad social o didáctica, prácticamente son intrínsecas al principio creativo de un autor comprometido del siglo XIX y XX famoso, como es usted don Benito Pérez Galdós, la gran figura de las letras.

Galdós.— Como quiera que sea, *los estrenos*, tal como ahora se efectúan, son un grave inconveniente para el desarrollo del arte dramático. Acuden a ellos, en grupos o bandadas, multitud de gentes del oficio, o de la crítica profesional, las cuales, comúnmente, no juzgan con absoluta serenidad de juicio, pues van prevenidos en pro o en contra del autor. La sugestión de esta falange crítica sobre el público, siempre dócil y crédulo, es inevitable. Suele el público rehacerse de la impresión que a veces violentamente se le impone; pero rara vez deciden del éxito los espectadores que podríamos llamar libres, y los triunfos o fracasos dependen de una combinación de piedras, digámoslo así, de algo que brota de la multitud con el apoyo de las minorías amigas o adversas, o de una rápida sugestión de éstas sobre aquella.

Teodosia Gandarias.— He aquí la razón de la llamada «falta de acción», o del «aquí no pasa nada» tan reiterado en su teatro, mi respetado Galdós. En obras como *Santa Juana de Castilla* o *Realidad*, vemos cómo el personaje trasciende la trama y la acción para implicarse anímicamente con el espectador. En el extracto del final de la vida que es la trama de *Santa Juana*, no importan tanto los sucesos que ha vivido la Reina, sino cómo los ha vivido, qué ha quedado de ello en su corazón, y, sobre todo, de qué bella forma el personaje nos emociona transmitiéndonos los sentimientos más hondos y profundos. En suma, el resultado es el compromiso con la emotividad del espectador, comprometiéndole con lo que sucede en el escenario, y con lo que siente el personaje. Por esta razón, un espectador de cualquier clase social puede identificarse con los sentimientos de una Reina al final de su vida. El público galdosiano —y esto se lo puedo asegurar— así como la crítica de su época sentía estas emociones, buscando acción, a ciegas, sin saber que la verda-

dera esencia teatral estaba ahí, a su alcance, en la emoción y en la identificación que el público siempre tuvo con las representaciones de Galdós. «Es que es eso, Galdós, es eso».

Teodosia Gandarias.— Era de esperar que algo como *Los Condenados* sucediera, ¿verdad?

Galdós.— Debo decir que la mayoría de las personas que acudieron al teatro en aquella desgraciada noche iban con el deseo o quizá con la confianza del éxito. Otras, en cambio, las menos sin duda, llevaron la previsión y la seguridad de la derrota.

Teodosia Gandarias.— Más que la alegría de éstas —cosa muy propia de las luchas literarias, y que no debe asustar a nadie— seguro que le duele a usted el desengaño de las primeras. La pena que mostraban en el curso de la representación y al retirarse de la sala centuplicaba el desconuelo con que actores y autor veían perdido el tan honesto trabajo y malogradas las esperanzas de la empresa.

Galdós.— Cierto. Pero no tardó en venir a mi espíritu una resignación plácida, que me permitió apreciar los hechos con serenidad. El fin de toda obra dramática es interesar y conmover al auditorio, encadenando su atención, apégándole al asunto y a los caracteres, de suerte que se establezca perfecta fusión entre la vida real, contenida en la mente del público, y la imaginaria que los actores expresan en la escena. Si este fin se realiza, el público se identifica con la obra, se la asimila, acaba por apropiársela, y es al fin el autor mismo recreándose en su obra. El drama *Los condenados* no produjo en el público, al menos en la ocasión de su estreno, el efecto a que aspira toda obra de teatro.

Teodosia Gandarias.— Pero aunque la representación resultara una tentativa infeliz, creo que no debe recaer sobre él inmediatamente el olvido, por lo cual, siguiendo el ejemplo de ilustres compañeros y maestros del arte, es por ello que se determinó a imprimirlo. Seguramente muchas personas que no asistieron al estreno gustarían de apreciar por sí mismas las causas de la caída.

Galdós.— El público aprueba o desaprueba, por sentimiento, por instinto crítico, razonando vagamente, y por tópicos casi siempre rutinarios, lo que ha visto y oído. Después viene la Prensa, cuya misión debe ser examinar con criterio inteligente las obras literarias. He tenido la paciencia, que paciencia y no poca se necesita para ello, de leer todo lo que sobre *Los condenados* se escribió; pocos artículos de crítica formal, sin fin de revistillas que respiraban malquerencia, sueltos informativos, conteniendo juicios precipitados, de una severidad enfática y ridículamente sentenciosa. En periódicos que me distinguieron siempre con su amistad, vi la tristeza del fracaso y una crítica indulgente y cariñosa. Muchos venían tan alegres como si les hubiera tocado el premio gordo de la lotería. Algún crítico, que goza fama de mordaz, se mostraba duro con la obra; con su autor, considerado y respetuoso. Otros, en cambio, salieron tan desmandados, como si se tratara del último esperpento de los de teatro por horas, de una de esas efímeras piezas, cuya crítica suele hacer el aburrido público con las extremidades inferiores.

Teodosia Gandarias.— Al foso.

Galdós.— Entre tantas y tan diversas formas de censura, he encontrado un artículo crítico que me ha sido muy grato, aunque no es de los menos severos, pues en él se ve a un escritor que sabe lo que trae entre manos, y que

acostumbra mirar con seriedad las obras del entendimiento, producto más o menos feliz de un honrado trabajo. Me refiero al señor Villegas, periodista distinguidísimo, de claro juicio y vasta erudición literaria. No sé si me equivocaré; pero ello es que he creído ver en el artículo del señor Villegas como un tímido esfuerzo para sustraerse a la sugestión que sus compañeros de oficio ejercieron mancomunadamente sobre él. Claro que no pudo librarse, porque el esfuerzo, como digo, fue de los más tímidos, y la sugestión debió de ser, por las trazas, de las más enérgicas. Pero nadie me quita de la cabeza que se inició el esfuerzo o tentativa de independencia. ¡Bueno fuera que en tantos años de trajín literario no hubiera adquirido un poquito de perspicacia para deletrear el pensamiento ajeno! Digo esto, porque en el mencionado escrito encuentro ideas, que no son mis ideas, sorprendidas en la representación de *Los condenados*, y transportadas a las columnas de *La Epoca*, donde las he visto con alegría.

Teodosia Gandarias.— El señor Villegas, menos mal. De vez en cuando alguien hay que piensa.

Galdós.— Verdad que después de esto, el señor Villegas incurre en la flaqueza de narrar con dudosa exactitud y algunos ribetes de mala fe el argumento de la obra. Pero esto no es ahora del caso, y voy a lo principal. Yo acepto la interpretación que da el articulista al pensamiento inicial de la obra, y le agradezco mucho que le haya manifestado resueltamente. Antes y después de esta espontaneidad dice cosas el señor Villegas con las cuales no estoy de acuerdo, aunque las acojo, como tuyas, con toda la consideración del mundo, y me permitirá que le ponga algunos reparos.

Teodosia Gandarias.— Acusaciones sin más.

Galdós.— Esto del simbolismo es ahora la ventolera traída por la moda, y muchos que de seguro no la entienden al derecho, nos traen mareados con tal palabreja. Para mí, el único simbolismo admisible en el teatro es el que consiste en representar una idea con formas y actos del orden material. En obras antiguas y modernas hallamos esta expresión parabólica de las ideas. Por mi parte, la empleé, sin pretensiones de novedad, en *La de San Quintín*. En *Los condenados* no hay nada de esto, ni fue tal mi intención, porque eso de que las figuras de una obra dramática sean personificaciones de ideas abstractas, no me ha gustado nunca. Reniego de tal sistema, que deshumaniza los caracteres.

Y también me permití indicar al señor Villegas que ningún autor ha influido en mí menos que Ibsen, o, mejor dicho, que si en el pecado de obscuridad incurrí, no debe atribuirse a las lecturas del dramaturgo noruego. Influyen en un autor inferior las obras de autor superior que le cautivan, que le embelesan, infiltrándose insensiblemente en su espíritu. Divido las de Ibsen en dos categorías. Las de complexión sana y claramente teatral, como *La casa de muñecas*, *Los aparecidos*, *El enemigo del pueblo*, me enamoran, y parécenme de soberana hermosura. Las que comúnmente se llaman simbólicas, como *El pato silvestre*, *Solness*, *La dama del mar*, han sido para mí ininteligibles; y fuera de alguna escena en que maravillosamente se revela el altísimo ingenio del autor, no he hallado en ellas el deleite que seguramente encontrarán los que sepan desentrañar su intrincado sentido. Mal pueden influir en mis composiciones cuyo superior mérito reconozco, fijándome del criterio ajeno más que del propio. Lo que de nebuloso y soporífero se haya encontrado en la infeliz obra que motiva estas líneas, hay que achacarlo a errores intrínsecos, quizás a malogrados esfuerzos por alcanzar un ideal hacia el que, con alas tan cortas y pulmones tan débiles, no debí tender el vuelo.



**A raíz del estreno de *Electra*, colocaron un petardo en una de las ventanas de la casa de la calle de Hortaleza donde don Benito tenía la administración de sus obras. El insigne novelista se encontraba en su despacho cuando el petardo hizo explosión, pero ni el estampido ni los desperfectos que el explosivo produjo, sobrecogieron al maestro. Por el contrario. Su serenidad sirvió para tranquilizar a los que con él estaban en la casa.**

Teodosia Gandarias.— Querido maestro, ¡pero con *Electra* tuvo usted el éxito más grande que cualquier autor puede llegar a tener!. Así le envidiaban sus colegas. Le leo un simple comentario: ¡Abrid las ventanas! ¡Que entren por ellas los rayos del sol del genio y el aire sano de la libertad! Para los que nos culpamos de propio abatimiento a este pueblo desgraciado, sino a reducidos grupos favorecidos durante años y años por la fortuna y por el poder, ¡qué espectáculo tan hermoso, tan consolador; qué confirmación más patente de nuestro optimismo acaba de darnos el público del teatro Español, aplaudiendo frenéticamente a *Electra* y a su autor, obligando a éste a salir a escena cada cinco minutos desde el final del tercer acto hasta el del quinto y último: apiñándose y aglomerándose en el saloncillo, en el teatro, en la calle del Príncipe».

Galdós.— Escribí *Electra* en un verano en mi casa de Santander. Allí la dejé terminada y cuando al finalizar la estación vine a Madrid, dediqué unos días en la casa de la calle de Hortaleza para perfeccionar algunos aspectos de la obra para mi, importantes. El 7 de enero de 1901 leí *Electra* a la compañía del teatro Español que comenzaba entonces a actuar bajo la dirección artística del ilustre crítico y poeta Federico Ballart.

Teodosia Gandarias.— De esa compañía formaban parte entre otros, distinguidos artistas, como Paco Fuentes, Ricardo Valero y Matilde Moreno.

Galdós.— Antes había hecho en dicho teatro una brillante campaña la compañía de María Guerrero, y el día que llegué al coliseo de la plaza de Santa Ana, aún estaban empaquetando el vestuario y atrezzo los sirvientes de la ilustre actriz. Me dijo la grande: «Bien caliente dejo el teatro don Benito. A ver si usted no lo enfría».

Teodosia Gandarias.— La lectura de *Electra* no dejó bien impresionados al director artístico ni a muchos de los comediantes según me enteró doña Matilde Moreno. Apreciaron, sí, el mérito literario de la obra, pero no abrigaron grandes esperanzas con respecto al éxito. Sé que usted habló de corregir algunas cosas y convencido Manuel Ballart del dudoso éxito de la obra le contestó: Déjelo así, porque de todas maneras ha de ser igual».

Galdós.— Sí, con ello expresaba claramente su pesimismo con respecto a la obra. Así es la vida, señorita.

Teodosia Gandarias.— Pero se equivocó Ballart y se equivocaron todos los que como él habían pensado. El día 29 de enero de 1901 se hizo en el teatro Español, por primera vez en España, lo que se venía haciendo habitualmente en Francia, un ensayo general con asistencia de numerosas y distinguidas personas que previamente habían sido invitadas.

En aquel ensayo, que tuvo todos los caracteres de una pública representación, se marcó el gran éxito que después obtuvo la obra, y los concurrentes salieron altamente complacidos. En la noche del 30 de enero se verificó el estreno.

El teatro presentaba aspecto brillantísimo; todas las localidades estaban ocupadas y en palcos y butacas se veía a lo más saliente del Madrid literario y artístico. Arriba, en las galerías y en el paraíso, se apretaba el pueblo anhelante de conocer y de aplaudir la nueva producción de su gran literato, del escritor que mayores entusiasmos y más intensas sensaciones le sabía despertar. Todavía recuerdo los titulares.

Galdós.— La expectación crecía de minuto en minuto. Los anuncios que se habían hecho acerca del éxito, los juicios sobre la obra habían anticipado algunos, los comentarios de la prensa liberal que ayudaron grandemente al estreno y la pasión política que había comenzado a exteriorizarse en los periódicos clericales, despertaron el interés del público de tal forma, que en el teatro Español se respiraba aquella noche el ambiente de los grandes acontecimientos.

Teodosia Gandarias.— Se alzó el telón y comenzó la obra entre un silencio profundo. Desde las primeras escenas se despertó el entusiasmo en el público y al acabar el acto las aclamaciones a Galdós se sucedieron ruidosas. De arriba, de las galerías, bajaban los aplausos en ovación cerrada para dejar a los pies del ilustre dramaturgo — como así le gustaba a usted que le llamaran— la ofrenda del pueblo.

Galdós.— La obra siguió en triunfo. Durante los restantes actos se repitieron las aclamaciones y el éxito fue creciendo de una manera rápida, vigorosa, definitiva. Fue una noche inolvidable.

Teodosia Gandarias.— Al terminar la representación, parte del público penetró en el escenario para felicitarle mientras en la calle, frente al coliseo, una gran masa se

estacionaba esperando la salida del autor para rendirle un nuevo homenaje.

Galdós.— En efecto, fui acompañado por el público hasta mi casa de la calle Hortaleza, aclamándome sin cesar. Creo que ya hemos hablado sobre el éxito y sus gustos.

Teodosia Gandarias.— Le recordaré otra anécdota: «En una de las calles de Vallehermoso vivía un sastre, gran admirador de usted, mi don Benito. Este sastre, que sufría una cojera bastante pronunciada, se reunía con frecuencia, para leer obras del insigne literato, con algunos de sus vecinos, también entusiastas decididos de la ilustre personalidad de Galdós. El día del estreno de *Electra*, no pudieron asistir a la representación, por no haber llegado a tiempo para adquirir localidades, pero deseosos de tomar parte en el homenaje que seguramente el público había de tributar al gran escritor, se fueron a la puerta del teatro para conocer el resultado del estreno. Al acabar éste y organizarse la manifestación que le acompañó hasta su casa, formaron en ella, llenos de júbilo, el sastre y sus acompañantes. Aclamándole, todo eran vítores, aplaudiéndole con entusiasmo cruzaron mezclados entre la multitud por la calle del Príncipe, Carrera de San Jerónimo, Puerta del Sol y calle de la Montera. Al entrar en la Hortaleza, el aludido sastre iba ya rendido a causa de su cojera y causábale gran trabajo seguir a la manifestación. Hacía supremos esfuerzos por no quedarse atrás, redoblaban sus energías para continuar la marcha, pero como todo su vigor habíalo agotado, se apagaron en sus labios los vítores al insigne dramaturgo, faltar ya casi de aliento. Alguno de sus acompañantes advirtió el silencio en que avanzaba el sastre, y sorprendiéndole que no continuase vitoreando y aplaudiendo dijo: pero, ¿qué te pasa que no

das vivas a Galdós? El sastre detúvose un instante para poder hablar, y cuando pudo hacerlo exclamó frenético: ¡Que viva Galdós pero que viva más cerca!

*El País* publicó al día siguiente un precioso número dedicado por completo al autor, con las opiniones que *Electra* había merecido a las personas más saliente y distinguidas que asistieron al estreno. Por no hablar del posterior éxito europeo, claro.

Galdós.— (*Riéndolo.*) La segunda noche nevaba copiosamente, pero tan ruidoso había sido el éxito alcanzado por *Electra*, que el público, despreciando la baja temperatura que reinaba y sin temor a la nieve que cubría el suelo, llenó el teatro.

Teodosia Gandarias.— ¿Para qué relatar el triunfo que la segunda representación obtuvo? Baste decir, que se repitió el éxito de la primera noche. Y de tal forma creció el interés del pueblo por conocer la obra, que el tercer día estaban vendidas todas las localidades para las siguientes representaciones. Ochenta alcanzó consecutivas, más veinte que se dieron después en el teatro de Novedades.

Galdós.— La Prensa en este caso y el público, tomaron con mucho calor el estreno de *Electra*, cosa que hoy ya no pasaría, pues los entusiasmos populares se han ido apagando bajo la presión de las campañas jesuíticas y las obras son intervenidas por esos elementos que pesan sobre el pueblo como losa de plomo. Por supuesto, los ataques fueron tremendos. Se dijo que yo había aprovechado el suceso de la señorita Ubaó, que tanta sensación produjo, para escribir mi obra, pero esto no es cierto. Cuando yo comencé a hacer *Electra* en mi retiro de Santander, nadie podía imaginar que tal asunto viniera a conmover a

las gentes. El escándalo de la señorita Ubao, ocurrió meses después, cuando yo ya tenía terminada mi obra.

Teodosia Gandarias.— Es característico de un éxito además buscar segundas intenciones, plagios, negros....

Galdós.— El escándalo de la señorita Ubau, ocurrió meses después, cuando yo ya tenía terminada mi obra, vuelvo a repetirlo. *Electra* coincidió únicamente con aquel suceso, como coincidió también con los que se registraron con motivo de la boda del infante don Carlos con la princesa de Asturias. Ahora bien, todo eso junto dio origen a que hicieran de *Electra* una cuestión política y estallaran las manifestaciones populares que produjeron la caída del Gobierno. Azcárraga era el presidente del Consejo, Ugarte, ministro de la Gobernación y el conde de Toreno, gobernador civil. A este gabinete conservador substituyó otro liberal presidido por Sagasti.

Teodosia Gandarias.— Vamos que una obra de teatro acabó con un gobierno.

Galdós.— Todas las compañías que actuaban en provincias hicieron en seguida *Electra* y con motivo de sus representaciones se fueron extendiendo por España las luchas que estallaron en Madrid entre los liberales y *neos*. Estos últimos hicieron a mi obra una guerra denodada, alentados por su pasión y por su intransigencia. En Toro intentó estrenar *Electra* la compañía que dirigía el primer actor Aguado. Pero antes de comenzar la obra tuvieron que salir escapados todos los artistas para no ser víctimas de las violencias clericales. En Santiago de Galicia, la compañía de Carmen Cobeña y Emilio Thuillier, que fue al teatro de aquella población con el propósito de estrenar *Electra*, no encontró donde alojarse. Varios de los artistas

que la formaban, tuvieron que pasar la noche en la calle. Tal era la campaña emprendida por los *neos* para evitar o dificultar por nos menos, las representaciones de mi obra. En otras muchas poblaciones, el día que se anunciaba el estreno de *Electra* organizaban los clericales jubileos y procesiones, para restar público a la representación. Hasta desde el púlpito y desde el confesionario se hizo ruda campaña contra mi producción dramática.

Teodosia Gandarias.— Ya veo en su rostro no solo tristeza sino desdén.

Galdós.— Al llegar *Electra* en el teatro Español a la sesenta representación, me dieron un beneficio que resultó brillantísimo y de buenos resultados. El producto de la fiesta se lo entregué íntegro a don Alberto Aguilera que era alcalde de Madrid y a don Antonio Barroso que desempeñaba el cargo de gobernador civil de la provincia, para que lo repartieran entre los pobres. Hecho el reparto, Aguilera y Barroso me enviaron los recibos que acusaban la forma en que se había realizado y resultaba de ellos que la mayor parte de los donativos se habían entregado a las monjas. La obra no la querían, pero el dinero que ella había producido lo aceptaron con gratitud.

Teodosia Gandarias— Qué fino hila usted don Benito.

Galdós.— Después de estrenada en Madrid, se representó con éxito grande en el teatro de la Port de Saint Martin de París, donde alcanzó 180 representaciones consecutivas.

Teodosia Gandarias.— Una barbaridad por nadie conseguida en este país.

Galdós.— Después se extendió por los teatros de toda Francia y Bélgica. En Roma obtuvo buen éxito. Ahora ha sido traducida al griego y en breve será estrenada en Atenas. En Buenos Aires despertó *Electra* tal expectación, que la estrenaron tres compañías a la vez, dándose el caso, que aquí parecería inaudito de representarse el jueves y el viernes santo, por tarde y noche. El número de representaciones que alcanzó en los teatros de América, fue enorme.

Teodosia Gandarias.— Belloso, un amigo de usted, que se encontraba en Buenos Aires, llevó la cuenta de lo que hubieran producido al gran novelista las representaciones de *Electra* en aquellos países, de haber abonado los teatros al autor los derechos que le correspondían, y del cálculo resultaba un producto de doscientas mil pesetas en oro. Pero como no existía tratado de propiedad literaria con América, nada cobró el insigne dramaturgo, ¿no es así don Benito?

Galdós.— Entonces no existía la Sociedad de Autores, y la galería Hidalgo que fue la que administraba mis obras dramáticas, editó treinta mil ejemplares que se vendieron todos...pero como digo, los derechos de autor eran todavía pocos en muchos sentidos, al menos en el teatro. Genial fue para mí la versión que Matilde Moreno hizo de *Electra*.

Teodosia Gandarias.— (*Rebuscando entre papeles.*) Unamuno le escribió sobre ello: «Acabo de leer en *El imparcial* la reseña de su *Electra*, así como ya ayer supe el grandísimo éxito que ha obtenido. Felicítrole por ello. Volveré a hacerlo cuando lo haya leído, pues por el extracto poco se saca de estas obras de arte que todo estriba en el desarrollo. Como estos días serán para usted de parabie-



nes y emociones no quiero distraerle. Pronto nos veremos, me parece».

Galdós.— En efecto, estuvieron todos mis colegas muy implicados.

*Trazando el parangón entre tres personajes inmortales: el Rapagón de Molière, el Grandet de Balzac y el Torquemada de Galdós —escribe Arthur L. Owen— afirmo que el avaro del genial español merece vivir entre los más grandes avaros de la ficción. En Torquemada, las dos pasiones paralelas de la tacañería y de la voracidad quedan cuidadosa y claramente diferenciadas; pero Galdós no ha hecho de él ni una caricatura, como el Rapagón, ni un monstruo como Grandet. Torquemada es, a pesar de todo, un ser humano con derecho a nuestra simpatía. Sabe de otras emociones independientes de su avaricia. Tiene temores, esperanzas, aflicciones, ¡hasta ama! Aquí se apoya la fuerza de la creación galdosiana: en que se ha dado vida a una figura de carne y hueso, y no a una abstracción.*

## VIII

### Noche de estreno

*A*l imaginar y escribir un pasaje, se cuenta ciegamente con el tal efecto. Es más: se ensaya el tal pasaje o situación, y cuantos presencian la prueba, lo mismo autores expertos que aficionados y gente muy corrida en achaques de escena, convienen en que aquello ha de alborotar al público. Llega la noche del estreno, y el efecto, anunciado y visto por todos, no se produce, y lo más raro es que los mismos que se entusiasmaron en el ensayo, reconocen que no había para qué, y participan de la frialdad general. Puedo dar de este extraño fenómeno. Tal o cual escena que en los ensayos me produjo emoción vivísima, en el estreno, ante la escena iluminada, entre el público bullicioso, en aquella atmósfera de la representación de pago, no me ha producido ninguna emoción. Y llegamos a maravillarnos de nuestra anterior ceguera, y nos sentimos de tal modo incluidos en ese nivel medio de entender y sentir, alma y razón público, que aquel criterio individual con que juzgamos en el ensayo nos parece un

*disparate, y no hay ni puede haber ya para nosotros más que el criterio colectivo.*

*También se produce muy a menudo el fenómeno contrario. Una frase, un incidente que en los ensayos nos parecieron sin importancia, provocan risa de buena ley, quizá la emoción. El efecto salta de donde menos se piensa, ya lo serio se convierte en cómico, con ventaja para la obra, y regocijo de los espectadores, ya lo indeterminado toma carácter y acentuación patética. Hay casos, además, en que la frialdad proviene de causas puramente externas. La de la temperatura, cuando es extremada y ocasiona malestar entre los espectadores, destruye el encanto de las escenas más bellas. Una noticia de sensación, que circule por butacas y palcos al empezar al acto de compromiso, distrae al público, y no hay manera de hacerle entrar en la obra. Su atención se escapa como un gas que se quisiera encerrar dentro de un cesto; los actores, al ver que no se les hace maldito caso, se enfrían, se distraen también ellos y aunque quieran se ven privados de hacer primores, y la obra, mal recitada y peor oída, cae en el vacío y en la indiferencia, como un globo a medio inflar. El estado anímico de la colectividad del público se contagia.*

*Por todas estas razones y otras que aún no he dicho, el teatro es un calvario, para cuantos en él viven o pretenden vivir.*

### **Sale a escena Azorín mientras Galdós termina de almolar**

Azorín.— Querido amigo, hoy hablaremos de muchas cosas, espero no importunarle en sus asuntos, intento aclarar al público, a los lectores algunas dudas. (*queda en silencio*). Se ha dicho que usted había vendido a un editor las dos primeras series de sus *Episodios* por una cantidad

insignificante en relación con la valía de la venta, y que luego sostuvo un pleito para recuperar la propiedad, y que lo ganó con una indemnización muy cuantiosa.

Galdós.— ¡Entra usted directo! ¡Qué disparate! Yo he impreso todas las obras por mi cuenta. No me convenían las condiciones en que me las administraba un editor y entablé pleito. Maura fue mi abogado.

Azorín.— ¿Y ganó usted con la indemnización?

Galdós.— Recuperé mi libertad de conceder la administración a quien me conviniera, pero tuve que pagar dinero encima, y no poco.

Azorín.— ¿Es verdad que en su casa de Santander tiene usted una bandera y que hace usted señales con ella a los buques?... Bueno, también me han contado que las autoridades de Marina le prohibieron que las hiciera porque a los buques extranjeros los desconcertaba.

Galdós.— (*Con estupefacción*) No, no hay tal cosa. Lo que ocurrió fue que yo era muy amigo de casi todos los capitanes de los buques de la Compañía Trasatlántica, lo mismo que del consignatario, en cuya casa viví en otro tiempo. Y cuando se ponían a la vista de la tierra, comenzaban a saludarme y yo a ellos. Pero luego, desde que yo defendiendo la República, se han enfriado las relaciones y los saludos ya han cesado... Además, antes en las bibliotecas de los buques de esa Compañía, figuraba la colección completa de mis obras. Pues no hace mucho tiempo, las sacaron de las bibliotecas y las vendieron a un librero de viejo. Bueno, eso sí, llegó entonces a Santander un buque de la Mala Real Inglesa y compró todas las obras mías que la Trasatlántica había malvendido... Le advierto a usted

que en las estaciones del ferrocarril está prohibida la venta de mis obras y de las de Blasco Ibáñez y de otros escritores. En cambio, permiten la venta de libros feos y de libros pornográficos.

Azorín.— ¿Qué opinión tiene usted de la literatura?

Galdós.— No comprendo bien la pregunta.

Azorín.— Lo que quiero decir es si usted es partidario del arte por el arte.

Galdós.— No, jamás. Creo que la literatura debe ser enseñanza, ejemplo. Y escribí siempre, excepto en algunos momentos de lirismo, con el propósito de marcar huella. *Doña Perfecta*, *Electra*, *La loca de la casa*, son buena prueba de ello. Mis *Episodios Nacionales* indican un prurito histórico de enseñanza. En pocas obras me he dejado arrastrar por la inspiración frívola.

Azorín.— Y los literatos, qué opinión le merecen los antiguos, los modernos.

Galdós.— Bueno, de los antiguos todos, todos me seducen. ¡He aprendido en ellos tantas maravillas! Los actuales..., mucho y buenos. Benavente me encanta como dramaturgo. Es tan admirable como cualquier astro de otros días y de otros países. Los hermanos Quintero me inspiran también una profunda simpatía. ¡Tienen una gracia tan española, y son pincel tan justo para reflejar las ideas ingenuas! También me gusta Valle Inclán, Baroja, Palacio Valdés, Ricardo León, Pérez de Ayala... Y no digamos nada del gran Menéndez Pelayo a quien quiero y admiro sinceramente. ¡Como que fue mi contestador en el discurso de ingreso en la Academia Española!

Azorín.— ¿Cuándo ingresó usted en ella don Benito?

Galdós.— El 7 de febrero de 1897. Mi discurso versó sobre el tema *La sociedad presente como tema novelable*. Me contestó como ya dije, Menéndez Pelayo. Dos domingos después le contesté yo a mi entrañable amigo Pereda, que ingresó aquel día.

Azorín.— ¿Va usted mucho por la Academia?

Galdós.— Nada. Y miren ustedes. He sido poco asiduo. La distancia, la hora intempestiva de las sesiones....

Azorín.— ¿Y la novela actual? ¿Qué me dice usted?

Galdós.— Se escribe mucho, demasiado y con prisa, como para salir del paso.

Azorín.— ¿Ha ganado usted mucho con sus obras?

Galdós.— Algo he ganado.

Azorín.— Ah, pues Rodrigo Soriano escribió una vez que había ganado usted un millón de pesetas.

Galdós.— ¡Que atrocidad! Mucho menos, muchísimo menos. En España se lee poco y continuará así. Y ahora menos mal. Ahora va creándose el público español la hidalga necesidad de comprar libros. ¡Antes! Antes sólo se compraban las novelas por entregas en las que se engañaba al vulgo y con las que se enriquecieron algunos editores.

Azorín.— Y diga usted, don Benito. ¿qué obra le ha producido más dinero?

Galdós.— *Electra* si duda alguna. Del libreto vendí treinta mil ejemplares. Ya es algo. Por derechos de representación cobré también bastante. Pero entonces no estaba aún bien constituida la «Sociedad de Autores». Si hubiera sido ahora, en que no queda partida sin abonar, hubiese cobrado, como ya les dije a ustedes en otra ocasión, una enormidad de pesetas. Creo que de esto ya he hablado con la señorita María Guerrero, de modo que ya no voy a hablar más de ello.

Azorín.— La riqueza no ha venido a llamar a sus augustas puertas.

Galdós.— No, gané para vivir con holgura. No es poco. Ni ambicioné más. Nunca tuve al arte como medio de granjería. Aunque el arte no me hubiera producido nada, hubiera sido esclavo del arte. ¡da tantas alegrías, y tantas satisfacciones! El dinero viene como de añadidura.

Azorín.— Don Benito, el premio Nobel ha sido demandado a la Academia de Estocolmo, en petición espontánea por miles de españoles. Pocos hombres se lo merecen tanto. Si el premio Nobel se ha fundado para los grandes creadores que fueron buenos, enamorados del prójimo aun con todas sus flaquezas, para las vidas gigantes y laboriosas, ¿a quién podrá en Europa creerse superior a nuestro gran don Benito? Como bien sabe, algunos de esos que hacen bandera política con todo y por todo, han protestado, antipatrióticos, antirracionales contra el premio para Galdós fundados en que Galdós es republicano y amigo de la populachería. Esto es insensato. Esto es ridículo. Esto es antiespañol. El premio no ha sido pedido para Galdós como jefe de la conjunción republicano-socialista sino como autor insigne de tantas hermosísimas obras. Disputarle, en este terreno, méritos a Galdós, es

bufo, por no decir, criminal. Alzar a Menéndez Pelayo como banderín adverso, es un fratricidio. Menéndez Pelayo es otro gran español para quien hay que pedir también el premio Nobel, se lo merece lo mismo que usted. Ponerlos en pugna el uno con el otro, protestar ante el extranjero de que a don Benito se le conceda premio tan bien ganado, es llevar fuera de la Patria torpes convencionalismos. Maura, el insigne, el sincero, el genial Antonio Maura firmaría de buena gana la petición para su amigo don Benito. Nosotros la hemos firmado también modestamente. Como firmaremos mañana con igual entusiasmo otra en homenaje de admiración entusiasta para don Marcelino. Nosotros les llamaríamos mentecato a los irascibles que hubieran sacado en andas a Galdós, en el caso de haber sido pedido el premio para Menéndez Pelayo con anterioridad, fundados en que éste es un escritor católico. Por otro lado ¡qué alegría tan grade sería para usted verse agasajado por el mundo! Sería un saludo de todas las banderas ante el querido trapo rojo y amarillo.

Galdós.— Y morado querido amigo y morado. Este no es país de honestos, no lo olvide. (*dijo con sonrisa de desengaño*).

### **Suena un violoncello**

Azorín.— Bueno don Benito, ya sabe donde vivimos. Quisiera que habláramos de teatro.

Galdós.— Que el teatro está en decadencia es cosa que ya huele a puchero de enfermo; tanto se ha hablado y escrito sobre esto. El público se cansa de las viejas formas dramáticas, se las sabe de memoria, conoce los resortes tan bien como los autores más hábiles, y apenas halla



atractivo en las obras que años atrás eran su encanto. Conformes todos en deplorar el mal causado por el amaneramiento, no lo están en su remedio, pues mientras unos siguen apegados a la rutina y no ven más arte dramático que el consagrado por la tradición, otros pretenden vaciar este arte en moldes enteramente nuevos, renovando en absoluto lo que podríamos llamar el organismo escénico. En uno y otro sistema hay evidente exageración.

Azorín.— Se habla mucho del convencionalismo de la forma teatral, confundiendo lo esencial con lo accidental hay que distinguir entre lo convencional, que es inherente al arte dramático y por tanto inmutable, y lo convencional, que es producto del amaneramiento, al modo de un follaje vicioso, que es conveniente podar si se quiere que el árbol viva. Lo que no puede hacerse es atacar el convencionalismo esencial. Los críticos apegados a la víctima matan el árbol por sequía y consunción; los reformadores ciegos le cortan las raíces.

Galdós.— Creo que no hay arte en que la ficción de la naturaleza esté más cohibida que en el teatro. Aun después de descartadas las famosas unidades, subsisten las mayores trabas que la expresión artística puede tener. La limitación prudencial de personajes, la tiranía del lugar de la escena, la corta duración de los actos, la falta del elemento descriptivo y episódico, la graduación forzosa del interés, encierran la inspiración dramática en límites estrechos.

Y no se comprende que en esto pueda traernos grandes innovaciones la dramática del porvenir. Mientras el teatro consista en presentar una acción viva, en plazo de dos tres horas, ante un público congregado en locales *ad hoc*, no es fácil que el convencionalismo escénico varíe. Convenced al público para que soporte actos de más de

cuarenta minutos; hacedle comprender que debe prestar atención a un diálogo de carácter analítico, que no hay razón ninguna estética para que los actos terminen con una emoción viva; quitadle de la cabeza la preocupación de los *caracteres simpáticos*, y el teatro ganará en verdad.

Azorín.— Pero aunque el público transigiera con las amplificaciones y renunciara a dejarse conmover por efectos escénicos enteramente pueriles, siempre quedaría un gran elemento de convencionalismo escénico, la entrada y salida de personajes, la fijeza del lugar, la medida abreviada del tiempo y otras ficciones esenciales.

Galdós.— Disertando sobre el Teatro, nos encontramos con una porción de fenómenos, desconocidos en las demás artes. Señalemos uno que influye poderosamente en la vida o muerte de las producciones dramáticas, *el éxito*. ¿Qué es el *éxito*? En todas las artes es la sanción del público, pero en la dramática es la sanción inmediata, instantánea, irreflexiva, dada o negada por impresión y al propio tiempo irrevocable.

Azorín.— Las obras literarias que no son teatrales, así como las musicales o de pintura y escultura, son juzgadas según su valor en más o menos tiempo. Cierto que este juicio no es definitivo y se halla sujeto a rectificaciones, porque influyen en él las ideas dominantes, el gusto caprichoso, algo que podríamos llamar moda, pues la estética varía en lo accidental, conforme al estado de pensamiento en las distintas épocas históricas. Las obras gustan más o menos, y si son de autor de crédito, siempre hay una parte de éxito indiscutible.

Galdós.— El público las acepta, las saborea, las discute, si hay motivo de discusión, y el trabajo del autor no resul-

ta, en ningún caso, perdido. En el teatro no sucede así; la obra se somete al juicio de un público especial congregado para el estreno. El estreno es una prueba de la cual la obra sale victoriosa o vencida. Pero caben términos medios. El drama o comedia recibe la sanción de aquel público, y no hay apelación ni revisión posibles. Es una sentencia cerrada. Si el veredicto es favorable, la obra al *cielo*, como se dice en lenguaje de teatros, o *al foso* si no es del agrado de los morenos.

El éxito, en la mayoría de los casos, depende del mérito de la obra, de sus condiciones intrínsecas; pero hay casos en que mil accidentes externos influyen en él. Para que una obra vaya al cielo es preciso que el autor acierte a herir los sentimientos del público, y a ser un eco de las ideas dominantes en él, buscando siempre aquel nivel medio intelectual de que he hablado en otras ocasiones. Si las ideas del drama rebosan de dicho nivel, es muy fácil el fracaso.

Azorín.— El éxito depende también de la consumada habilidad en el manejo de las figuras escénicas, y no tiene poca parte en él la simpatía, una corriente misteriosa que entre autor y público se establece. Esta corriente varía en os estrenos de un mismo autor. ¿Por qué? ¿Cómo? No lo sabe nadie.

Galdós.— Es el misterio eterno que envuelve los actos de las multitudes. Tan sólo he podido observar, como fenómeno aislado, que cuando un autor ha tenido dos éxitos consecutivos, *a la tercera va la vencida*. Después de dos éxitos, el fracaso es seguro o casi seguro, sobre todo si la obra flaquea por algún lado. Al contrario, cuando un autor de crédito ha sido desgraciado dos veces consecutivas, el estreno siguiente será feliz, siempre que la obra tenga algo en que pueda apoyarse la benevolencia del

tirano. He creído observar que el público no gusta de enaltecer demasiado a los autores, ni tampoco deprimirlos excesivamente. Como quiera que sea, los estrenos, tal como ahora se efectúan, son un grave inconveniente para el desarrollo del arte dramático.

Azorín.— Acuden a ellos, en grupos o bandadas, multitud de gentes del oficio, o de la crítica profesional, las cuales, comúnmente, no juzgan con absoluta serenidad de juicio, pues van prevenidos en pro o en contra del autor. La sugestión de esta falange crítica sobre el público, siempre dócil y crédulo, es inevitable.

Galdós.— Suele el público rehacerse de la impresión que a veces violentamente se le impone; pero rara vez deciden del éxito los espectadores que podríamos llamar libres, y los triunfos o fracasos dependen de una combinación de piedras, digámoslo así, de algo que brota de la multitud con el apoyo de las minorías de éstas sobre aquélla.

El éxito es la preocupación constante, ineludible del autor. El triunfo instantáneo, ganado como por sorpresa, es la obsesión que le persigue mientras elabora su drama o comedia. Escribe bajo la presión de esperanzas risueñas o de hondos temores. Tan escena, que en conciencia cree acertada, parecele expuesta a producir el fracaso. Teme emplear recursos de éxito seguro, y que le repugnan por su índole vulgar; pero como tales recursos pueden traer el éxito, se inclina a transigir con ellos. Ve en el triunfo o en la derrota fenómenos independientes del valor estético de la obra y esto por fuerza ha de influir desdichadamente en su inspiración. De aquí que el arte dramático, más que labor del artista inspirado y libre, haya venido a tomar cierto carácter profesional o de oficio. De aquí el predominio de la habilidad que, en la mayoría de los casos,

asegura el éxito, y el amaneramiento, consecuencia lógica de toda habilidad artística.

Azorín.— Diríase que en unos casos crea la obra con los datos que le da el autor y que en otros devuelve fríamente los datos, quedándose con un deforme embrión entre las manos. Es la obra que soñada entrevió, que quiso crear sin poder conseguirlo, ya porque los elementos venidos de la otra parte eran infecundos, ya porque no encontraron medio apropiado para su desarrollo. Eso, ¿quién lo sabe?

Galdós.— Por añeja costumbre de examen de conciencia, en la noche del estreno, y en el curso mismo de la representación, cuando yo veía que, escena tras escena, se iban marchitando las ilusiones que forjó mi deseo de acierto, no cesaba de investigar con rápida crítica la razón de que no interesan al público pasajes y conceptos que juzgué, ¡ciego de mí!, de posible, de casi seguro efecto. He aquí el eterno enigma del teatro, la esfinge, en cuyo rugoso entrecejo, si nunca supieron leer los maestros, ¿cómo han de saberlo los aprendices? El público desvanece el misterio con brutal e irrevocable sentencia.

### **Descansan los dos amigos y se disponen a tomar una frugal cena**

Azorín.— Volvamos a su fase novelística, maestro. A ver, el joven y curioso Galdós no se conformaba con ver Madrid por fuera; quiere ver Madrid por dentro y destapar tejados, subir por las escalerillas de las casas de vecindad, atisbar por las ventanas, asomarse a los corredores y descender a los infiernos de la pobreza. Es cuando empieza a conocer el mundo de los cesantes, la chiquillería del

Rastro, las clases bajas, y comienza a descubrir los estamentos de la sociedad española a través de las diferentes clases sociales madrileñas, instauradas en sus barrios. Recorre la plaza de oriente, y los alrededores palatinos, la Puerta del Sol, a la que llama centro de los vagos, la fuente de la Castellana, los campos Elíseos, lugar de reunión de cursis y más adelante el inmenso barrio de Salamanca que es en extremo muy confortable y muy higiénico. Usted curioso recurre a toda clase de ardides para investigar la vida de Madrid.

Galdós.— (*Reflexionando*) En mis tiempos de estudiante aplicado y ansioso de conocimientos demográficos, me hice amigo del administrador de casas de corredor de estos arrabales, con objeto de acompañarle los domingos cuando iba a la cobranza de los míseros alquileres que se exigen a los inquilinos por el reducido espacio de sus viviendas. ¡oh, qué escenas vi! ¡qué protestas escuche!

Una tarde, al salir cansado y muy soñoliento...encontré junto a la puerta de la calle a un señor que charlaba jovialmente con una vendedora de gallinejas. El lenguaje de ambos me cautivó: era la boca del caballero una prosa urbana, graciosa, con ligeras inflexiones picantes, y en la boca de la tía Chiripa un enjuagatorio y escupitajo de sílabas esquinadas mezcladas de guindillas...

No era la primera vez que, trotando por aquellos arrabales, había yo tenido la visión del prodigioso sainero madrileño don Ramón de la Cruz, que ha perpetuado la vida de los tiempos majos en sus obras inmortales. Era mi pesadilla. Yo le consideraba no como pintor, sino como creador de la pintoresca humanidad que puebla la zona baja de Madrid, y cuando mis estudios me llevaban a intimar espiritualmente con entes imaginarios de aquel vecindario, evocaba el castizo ingenio de don Ramón de la Cruz para que me asistiese y me amparase, prestándome

algunos adarmes de su peregrina realidad y de su saladí-simo desenfado.

Azorín.— De esas incursiones reporteriles saldrían personajes como Torquemada y tantos otros, claro. Es decir, que el estudiante vagabundo conserva sin parar el material vivo de la calle y el lenguaje de los barrios bajos que le parece fiel traslado del inventado lenguaje literario, como usted refleja sin duda en la manera de sus personajes. La obsesión por el lenguaje le vino a usted desde bien pequeño, bien sea literario o hablado, creo que no le abandonará nunca. Madrid es riquísimo lugar de exploración. La castiza habla barriobajera y la prosa fina le atraen por igual. Asiste al espectáculo diario del arcaísmo y del neologismo, sorprende los tópicos del lenguaje político, distingue a los provincianos por el acento y las palabras. En la calle de Toledo sorprende a los manchegos, y en la Cava Baja, a los alcarreños. El hombre del Norte se delata por su hablar en el centro de Madrid. El lenguaje madrileñísimo le encanta y las escenas matritenses que presencia y lee en los libros de Mesonero Romanos le apasionan, aunque no demuestre su entusiasmo, pues parece usted hombre inexpresivo, con su voz apagada y ceceosa. Usted cuenta su experiencia más preciada en la figura del ciego Almudena.

Galdós.— En efecto, sí, escribí *Misericordia* en la primavera de 1897 cuando terminó el litigio arbitral en que los Tribunales me reconocieron la propiedad íntegra de todas mis obras. Anteriores a *Misericordia* son mis Novelas Contemporáneas, desde *Doña Perfecta* hasta *Nazarín* y las dos primeras series de *Episodios Nacionales*; posteriores, las novelas *El abuelo*, *Casandra* y *el Caballero encantado*, más la tercera, cuarta y quinta serie de *Episodios*, ésta no terminada todavía, como usted bien sabe.

Azorín.— Lo sé, el retrato y captación del lenguaje y del léxico conlleva un trabajo más que de observación, de investigación.

Galdós.— En *Misericordia* me propuse descender a las capas ínfimas de la sociedad madrileña, describiendo y presentando los tipos más humildes, la suma pobreza, la mendicidad profesional, la vagancia viciosa, la miseria, dolorosa casi siempre, en algunos casos, picaresca o criminal y merecedora de corrección. Para esto hube de emplear largos meses en observaciones y estudios directos del natural, visitando las guaridas de gente mísera o maleante que se alberga en los populosos barrios del sur de Madrid.

Azorín.— ¿Y cómo hacía usted? Porque seguro que yo aun como escritor profesional, de gran voluntad como usted sabe, no podría haber retratado mejor que usted semejantes suburbios.

Galdós.— Acompañado de policías escudriñé las *Casas de dormir* de las calles de Mediodía Grande y del Bastero, y para penetrar en las repugnantes viviendas donde celebran sus ritos nauseabundos los más rebajados prosélitos de Baco y Venus, tuve que disfrazarme de médico de la Higiene Municipal. No me bastaba esto para observar los espectáculos más tristes de la degradación humana, y solicitando la amistad de algunos administradores de las casas que aquí llamamos de «corredor» donde hacinadas viven las familias del proletariado ínfimo, pude ver de cerca la pobreza honrada y los más desolados episodios del dolor y la abnegación en las capitales populosas. Años antes de este estudio había yo visitado en Londres los barrios de Whitechapel, Minories, y otros del remoto Este, próximos al Támesis. Entre aquella miseria y la del bajo



Madrid, no sé cuál me parece peor. La de aquí es indudablemente más alegre por el espléndido sol que la ilumina. El moro Almudena, Mordejai, que parte tan principal tiene en la acción de *Misericordia*, fue arrancado del natural por una feliz coincidencia. Un amigo, que como yo acostumbraba a *flanear* de calle en calle observando escenas y tipos, díjome que en el Oratorio del Caballero de Gracia pedía limosna un ciego andrajoso, que por su facha y lenguaje parecía de estirpe agarena. Acudí a verle y quedé maravillado de la salvaje rudeza de aquel infeliz, que en español aljamiado interrumpido a cada instante por juramentos terroríficos, me prometió contarme su romántica historia a cambio de un modesto socorro. Así fue la cosa.

Azorín.— Pero siga, cómo fue...

Galdós.— Le llevé conmigo por las calles céntricas de Madrid, con escala en varias tabernas donde le invité a confortar su desmayado cuerpo con libaciones contrarias a las leyes de su raza. De este modo adquirí ese tipo interesantísimo, que los lectores de *Misericordia* han encontrado tan real. Toda la verdad del pintoresco Mordejai es obra de él mismo, pues poca parte tuve yo en la descripción de esta figura.

Azorín.— Seguro que ya había investigado mucho antes para retratar con semejante exactitud sus novelas contemporáneas.

Galdós.— El tipo de *señá Benina*, la criada filantrópica, del más puro carácter evangélico, procede de la documentación laboriosa que reuní para comprender los cuatro tomos de *Fortunata y Jacinta*. De la misma procedencia son Doña Paca y su hija, tipos de la burguesía tronada, y el elegante menesteroso Frasquito Ponte, que acaba sus

días comiendo una triste ración de caracoles en el figón del Boto —calle Ave María—. Diferentes figuras vinieron a este tomo de los anteriores, *El amigo Manso*, *Miau*, *los Torquemadas*, etc, del mismo modo, del continente de *Misericordia* pasaron otras a los tomos que escribí después: es el sistema que he seguido siempre de formar un mundo complejo, heterogéneo y variadísimo, para dar idea de la muchedumbre social en un período determinado de la Historia.

Azorín.— Continúe esta andadura por aquí y por allá. Usted sí que conocía bien el ambiente madrileño, no así yo...es imposible que yo me sumerja en semejantes suburbios...francamente.

Galdós.— (*Sonriendo*) Desde las Vistillas al Hospital, desde las Injurias a las Peñuelas, a los Pozos de Nieve, y desde San Cayetano a San Sebastián, lo que me daba más quebraderos de cabeza era el dominio del lenguaje malo, chulesco o como se quiera llamar. La característica del léxico popular de Madrid ha sido la invención continua de voces y modismos. He observado que en la época chulesca la inventiva es más fecunda y el léxico más rico que en el período de la majeza; dijérase que en la primera época es castiza y tiende a la conservación de las formas verbales; la segunda decadentista, con tendencia al desenfreno del individualismo aplicado al lenguaje. Las modas de hablar cunden prodigiosamente y luego viene una tercera época, cuya característica es la mutilación de las palabras más usuales, el estilo telegráfico, la economía se saliva. La época intermedia es, a mi juicio, la mejor, la más galana y expresiva.

Azorín.— Los *Episodios* le dieron a usted no pocas satisfacciones le convirtieron en el notario de nuestra histo-

ria, «cómo puede usted retratar tan bien una época que no ha vivido» ¿le dijo alguien verdad? Pero lo más interesante en todo esto es su idea, sí, la idea que tenía usted de cómo construir esa original forma novelada de hacer enterarse al lector de su pasado. Usted consideraba que estas series de novelas históricas deberían ser ilustradas.

Galdós.— Antes de ser realidad estas veinte novelas primeras, cuando no estaba escrita, ni aun bien pensada la primera de ellas, y todo este trabajo de siete mil páginas era simplemente una ilusión de artista, consideré y resolví que los *Episodios Nacionales* debían ser, tarde o temprano, una obra ilustrada. La muchedumbre y variedad de tipos; lo pintoresco de los lugares; los accidentes sin número de la acción, compartida entre lo histórico y lo familiar; las escenas, ya verídicas ya imaginadas, que en todo el discurso de la obra habían de sucederse, eran grande motivo para que yo desconfiase de salir adelante con el pensamiento de esta dilatada narración, si no venían en mi auxilio lápices hábiles que dieran al libro todo el vigor, todo el acento y el alma toda que para cumplir el supremo objeto de agradar (al lector,) yo necesitaba. Hay obras a las cuales la ilustración, por buena que sea, no añade nada. Ésta, por el contrario, es de aquellas que, amparadas por el dibujo, pueden alcanzar extraordinario realce y adquirir encantos que con toda tu buena voluntad no hallarías seguramente en la simple lectura.

Azorín.— Es obvio su gusto por la pintura, el dibujo. Usted siempre sabe de lo que habla.

Galdós.— No habiendo sido posible verificar esta alianza preciosa en las primeras ediciones, que por varios motivos tuve siempre por provisionales, me estimulaba al trabajo la esperanza de ofrecer andando el tiempo, digna

de tales ojos y además completada con el *texto gráfico* que, a mi juicio, es condición casi intrínseca de los *Episodios Nacionales*.

Azorín.— Sí, todo esto lo escribió cuando relanzó hacia 1881 las dos primeras series de episodios con sus colaboradores, los señores Hermanos Mérida que con sus dibujos ensalzaban sus letras escritas a una interpretación superior.

Galdós.— En efecto, vestidos con magníficas galas, los *Episodios Nacionales* salieron nuevamente a la luz en esta nueva versión. Éstos son aquellos veinte libritos que durante ocho años han andado por ahí, feos y desnudos, sin más atavío que la dalmática nacional, tan venerable como abigarrada. Humildes entonces, gozaron de sus favores; cortesanos ahora, se creen con derecho de obtener su privanza.

Azorín.— Háblenos de su secretario...el de verdad no el perro ....(se ríe)

Galdós.— Comenzó a trabajar conmigo en 1907, al principio su misión se reducía a despachar la correspondencia, luego se extendió su labor a buscar libros, periódicos y documentos orientado por mi....datos que necesitaba para escribir los *Episodios*. Estos datos Nougoués los señalaba en azul.

Azorín.— Sí, como en las pruebas de teatro, ya he visto que el lápiz azul y rojo para el teatro, abunda de verdad.

Galdós.— Paulatinamente y cuando las cataratas me obligaron a abandonar el lápiz con que escribí no pocas cuartillas, empecé a dictarle. Después abarcó ya el trabajo de corrección de pruebas en galeradas y pliegos.

Azorín.— Bueno, a partir de ahí usted se dedicaba más al teatro...pero es verdad que depositó en su secretario una confianza que él mismo le devuelve con cariño y gratitud. Supongo que el amor por el trabajo y esa voluntad les une, de eso no caben dudas. Me ha dicho que cuando llevan seis u ocho horas trabajando usted le dice: «y ahora para descansar vamos a corregir pruebas».

Galdós.— (*Sonríe*) Bueno, sí. La verdad es que pierdo la noción del tiempo y nunca siento fatiga ni cansancio.

Azorín.— Las cuartillas de *España Trágica*, fueron las últimas que usted escribió. Las de *Amadeo I* se las dictó ya a Nougés y así ha seguido haciendo hasta la fecha con todas las obras, excepto con *El caballero encantado* y *Cassandra*, que las escribió usted mismo. ¿Usted le llama *Don Pablífero* verdad?

Galdós.— (*Sonríe*).

Azorín.— (*Esperando unos segundos y mirando al cielo.*) Hablemos pues de los actores, del arte interpretativo.

Galdós.— Lo más excepcional, lo más anómalo del drama, lo que establece una diferencia profunda entre ésta y las demás formas del arte es que no se puede llegar hasta el público sin la mediación de otro arte, sin la interpretación. Ésta empequeñece las obras o las agranda, las perjudica o las favorece, según la habilidad de los actores. Una obra dramática es como un cuerpo desnudo, que lucirá más o menos, según el corte o la elegancia del vestido con que se le presente. Determinados cómicos la vestirán bien; otros, mal. En un teatro la obra resultará aceptable; en otros, no; y lo que hoy es un éxito, mañana puede ser un fracaso. Verdad que la obra tiene

un valor intrínseco, independiente de la vestidura que se le ponga; pero este valor intrínseco, independiente de la vestidura que se le ponga; pero este valor intrínseco no siempre se manifiesta en la lectura tal como es, poco o mucho.

Azorín.— Dicen que con buena interpretación no hay obra mala; pero en absoluto no podemos aceptar este aforismo de bastidores...lo que sí puede asegurarse es que los actores eminentes tienen en su repertorio obras malísimas, con las cuales ganan aplausos, y esto descorzona.

Galdós.— El paralelismo perfecto entre la belleza abstracta de un drama o comedia y la belleza concreta de su representación no existe, al menos, en el estado actual del arte escénico. Vendrá día quizás en que el actor de más genio no pueda hacerse aplaudir en un adefesio. Pero todos los síntomas son el que ese día está aún muy lejano. Otro fenómeno digno de observarse es que el actor sin darse cuenta de ello colabora en la producción dramática, la rectifica a veces, le da una vuelta, trocándola de seria en cómica y viceversa. El actor por grande que sea su talento no es dueño de sí. Su voz, su edad, sus maneras, su figura le dominan antes de que él consiga dominarlas, y hay otra razón para que el histrión no pueda responder de interpretar fielmente la obra que se le confía.

Azorín.— Quien esto relata ha trabajado con las mejores actrices y actores del momento.

Galdós.— Como es natural, el intérprete busca el aplauso, aspira al éxito antes que a la fidelidad; su talento y su práctica en escena le ofrecen ocasiones fáciles de alcanzarlo y ocasiones difíciles. Prefiere las primeras. De aquí

el amaneramiento, del cual no hay que hablar con desdén, porque el amaneramiento es condición de todo actor; sólo que los buenos son amanerados con arte y gracia, y los malos no.

Azorín.— Surgen varias cuestiones.

Galdós.— Aquí surge una cuestión algo intrincada. ¿deben escribirse las obras sin pensar en determinados actores, esperando que la interpretación, acto inferior, se someta a la creación del dramaturgo, o deben escribirse las obras para tales o cuales cómicos, teniendo presentes, al desarrollar los caracteres, las personalidades vivas que han de expresarlos en el mundo de la realidad? Los críticos, que sólo ven estas cuestiones de una manera abstracta, recomiendan que se escriban las obras sin acordarse para nada de los actores.

Azorín.— Esto es muy bonito para dicho, y aunque teóricamente no se puede contradecir, en la práctica resulta un disparate.

Galdós.— Tengo para mí que las obras capitales del arte dramático han sido escritas para determinados histriones. Molière y Shakespeare sabían, desde que ideaban un drama o comedia, quién lo había de representar. Hombres muy metidos en los rincones del teatro, imposible que trazaran sus obras en abstracto, como principiantes que sueñan que han de bajar los ángeles del cielo a dar vida a sus creaciones.

Azorín.— Creo firmemente que ambos artes, el dramático y el impropriamente llamado declamación, el histrionismo, para decirlo más claro, se auxilian, se apoyan el uno en el otro, y recíprocamente se comunican el soplo

de la inspiración. Tal y como está el teatro, con la esclavitud que impone la necesidad del éxito, con la necesidad del aplauso para que las obras vivan, el autor no puede nada sin contar con la colaboración personal del actor, como éste nada puede tampoco sin el concurso ideal del autor.

Galdós.— Las obras se escriben y se escribirán durante mucho tiempo para compañías determinadas, aunque así no lo admita la buena ley de crítica. Los críticos, por lo común, hablan de muchas cosas que no entienden, rinden tributo a generalidades vacías de sentido, y viven retazos teóricos aprendidos aquí y allí y mal hilvanados. Puede que llegue un día en que, transformado el teatro por procedimientos que aún no comprendemos, sean los actores nuevos puntillistas o reproductores fieles del pensamiento esculpido por el poeta. Hoy son en cierto modo sus auxiliares. El público suele ser cómplice las más de las veces de esta colaboración, alentando con sus aplausos el juego escénico con que un actor rectifica muy a conciencia la creación del dramaturgo.

Azorín.— Los actores, si adquieren fama y boga ante un público cualquiera durante cierto tiempo, llegan a hacer parroquia, es decir, que el que más y el que menos tiene su pequeña corte de admiradores y devotos que le aplauden todo lo que hace.

Galdós.— Y el actor, halagado de este modo, tiende siempre a lo fácil, y sin darse cuenta de ello repite el juego escénico que sin ningún esfuerzo se deriva de su temperamento, modales, voz, etc... Si de este modo obtiene el aplauso, que es lo que se busca siempre, entre aquellos trapos pintados, ¿cómo se le ha de exigir que se meta en dibujo, y haga un estudio profundo de los caracteres? Ex-



poniéndose a no acertar y a no ser del gusto de sus parroquianos que le quieren siempre igual así mismo, venimos a parar a que el público es el árbitro eterno. Él nos indica cómo han de ser las obras y cómo las han de representar. Impone su gusto a autores y cómicos, y si alguna modificación beneficiosa soñáis para el porvenir, no lo intentéis sin procuraros un público nuevo, accesible a las novedades, cosa en verdad más difícil de lo que a primera vista parece.

Azorín.— ¿Cómo es, cómo suena el aplauso don Benito?

Galdós.— Examinemos lo que es el aplauso, empezando por reconocer que sin esta expresión material del asenso del público la obra dramática no puede vivir. Una representación durante la cual no se produjera en la sala ese bullicio que resulta de chocar una con otra las palmas de las manos, sería la cosa más indefinida del mundo. El aplauso es la salsa de la representación escénica. Lo más extraño es que esa manifestación es el resultado de la emoción estética, y al propio tiempo la produce. Obra del aplauso es esa corriente de simpatía o entusiasmo que entre el público y la obra se establece. Suprimid esa corriente y desmayarán la obra y el público; el drama perderá su interés, y los espectadores la disposición psicológica para saborearlo y entenderlo. Es muy raro todo esto. Que se prohíban los aplausos y no hay éxito posible.

Azorín.— Las obras más estupendas resultarían pálida sombra y las situaciones y caracteres juego de chicos.

Galdós.— Lo más extraño de todo es que la concurrencia distinguida, la que da lustre y decoro a la sala, no aplaude nunca o aplaude muy poco. Sólo en los estrenos

se ve que la gente de butacas y palcos abandone su pasividad circunspecta. De modo que si no hubiera alguien encargado de producir esa atmósfera del éxito, la obra se asfixiaría. Es ley de fatalidad el aplaudir como por fórmula, y a dicha ley se debe la institución de la claque, de la cual muchos abominan sin comprender su importancia.

Azorín.— Los que no conocen la realidad de las cosas, los críticos inocentes y candorosos, que es la raza de críticos que más abunda, ponen el grito en el cielo, y atribuyen a la claque toda clase de males. La institución será todo lo ridícula que se quiera; pero el estado actual del teatro, la hace indispensable.

Galdós.— Todas estas rarezas, que parecen faltas de lógica, tienen su razón de ser en la índole de la emoción teatral, que ha de ser instantánea y que de no producirse con la rapidez de la chispa eléctrica, no admite componenda ni retoque. Se produce porque sí, a veces cuando menos se creía. Si falla, adiós situación. ¡y qué fenómenos tan raros, se observan en esto del efecto y de las ocasiones en que se produce! Los más prácticos en las artimañas del teatro tienen que confesar que no saben una palabra. En todo es posible la profecía, menos en estos arcanos del éxito, que son el eterno enigma del efecto.

Azorín.— Hállase ya Madrid en pleno otoño, que es la estación más grata y dulce en esta zona, y también la más propicia a los goces sociales. Ya están abiertos todos los teatros o casi todos, y los que faltan no tardarán en poner los carteles. La opera empezó no hace muchos días; ha seguido el Teatro Español, en el cual trabajaban juntos ese año de 1886 las dos eminencias de nuestra escena: Vico y Calvo; la Zarzuela también ha empezado con brío, y los teatros de funciones por horas atraen la mayor parte del

público. El fenómeno de la preponderancia de estos espectáculos baratos, frívolos y cortos, se acentúa más de año en año, y las grandes solemnidades del arte teatral van muy de capa caída.

Galdós.— Rápidamente se extingue la afición a las funciones dramáticas, y ya no hay pieza seria, por buena que sea, que obtenga, como antes, un número creciente de representaciones. No gusta la gente de nuestros días de emociones fuertes, y muchos dicen: para ver disgustos, bastante tenemos con los que diariamente nos proporciona la vida ordinaria. Cuando llega la noche, y el hombre, cansado de los trabajos del día y harto de contradicciones y fatigas, se echa a la calle en busca de esparcimiento y distracción, ¿cómo le exigís que se meta en un teatro serio a presenciar la reproducción exacta de aquellas mismas luchas y fatigas? Porque el teatro serio le presenta lágrimas, conflictos, crímenes, la inocencia perseguida, la injusticia triunfante, y lo que el hombre quiere es algo que le conforte el ánimo, que le entretenga sin hacerle pensar —pues harto ha pensado ya durante el día— y que le haga reír. Ya que pocas veces se ríe con la realidad, consuéllese al menos riendo con las ficciones.

Azorín.— La misma índole de estos tiempos, en los cuales la lucha por la existencia absorbe las mejores horas del día, es contraria a la antigua costumbre de acostarse tarde. Aunque Madrid es el pueblo en que menos se madruga, va cundiendo mucho la costumbre de levantarse temprano, y cada día disminuye el número de los que hacen de la noche día. Los que hace algunos años no se acostaban sino después de haber asistido al desenlace de un drama en que moría hasta el apuntador, y se iban a la cama a las dos de la madrugada con estas impresiones terroríficas, ya hoy se encuentran mal si les coge media

noche fuera de casa. Hay pues, una visible antipatía a los espectáculos largos y patéticos, y cierta resistencia a acostarse entre doce y una con una ración de adulterios, desmayos y muertes más o menos airadas. Esto es lo que usted ha dicho muchas veces y perdone que le diga, pero su primer estreno *Realidad* estrenada en 1982 fue eso, adulterio, desaires y obra larga, muy larga.

Galdós.— De aquí la boga creciente de los espectáculos festivos, cortos y baratos. Entretienen, distraen, despejan el ánimo de preocupaciones, cuestan poco dinero, y duran sólo tres cuartos de hora, pudiendo escoger el público cualquiera de las cuatro representaciones que se verifican entre las ocho y media y las once y media de la noche. Poco a poco los teatros más lujosos, construidos para el gran drama y la alta comedia, se van convirtiendo en teatros de funciones cortas. El arte dramático está pasando una crisis grave; los autores ponen el grito en el cielo; pero el mal no es fácilmente remediable, porque está en la naturaleza de los tiempos y de las cosas. Muchos se afligen y lanzan exclamaciones desgarradoras, diciendo que el Arte muere y que viene la barbarie; pero el Arte, por más que digan, goza de perfecta salud y no ha pensado en morirse. Sólo que está sujeto, como todo lo humano, a transformaciones que nada puede impedir. Los que han visto prevalecer determinada forma del Arte en tal o cual época, no admiten que aquella forma desmerezca y se aleje cediendo el puesto a otra. Es que no ven nada fuera de la labor artística en la cuál y de la cual viven, y de aquí su desesperación y pesimismo. Pasa con el Arte lo que, con el trabajo humano, sujeto a rápidas mudanzas en el transcurso de los siglos. La evolución va matando sus diferentes formas de actividad para implantar otras. No hace muchos años, cuando la aparición de los ferrocarriles desterraba los antiguos medios de locomo-

ción, se oía este lamento: ¡Cuánta gente se va a quedar sin pan!

Azorín.— ¿Qué va a ser ahora de los arrieros, mayores, ordinarios y trajineros de toda especie? Creían algunos que el hambre diezmaría las poblaciones. Al propio tiempo el empleo de gas en el alumbrado público sumió en la mayor de desesperación a los cosecheros de aceite. Hubo quien empezó a arrancar los olivos, creyendo que estos últimos árboles no servían ya para nada. Pero vinieron las máquinas de todas clases a consumir más aceite que antes los faroles públicos, y no pasó nada.

*No es posible ponderar las simpatías y respetos que Galdós tiene entre la masa obrera: viajaba don Benito en la plataforma de un tranvía, fumando, como siempre, un cigarro puro. Ya entonces veía muy poco, con la ceniza del cigarro mandaba sin querer a un obrero que estaba a su lado. El obrero, que no conocía personalmente a Galdós, protestó iracundo, pero como alguien le dijera que aquel caballero era don Benito, cambió en el acto de actitud, y dio toda clase de satisfacciones al gran novelista. Cuando terminó el recorrido del tranvía, Galdós y el obrero eran ya buenos amigos.*

## IX

# América, que voy y que vengo. Entre guerras. La España de *tócame Roque*

**Se proyectan las palabras en off de Ortega y Gasset**

*L*a España oficial, fría, seca, protocolaria, ha estado ausente en la unánime demostración de pena provocada por la muerte de Galdós. La visita del ministro de Instrucción Pública, no basta. El pueblo, con su fina y certera perspicacia, ha advertido esa ausencia en la casa del glorioso maestro, en las listas de pésame, donde han firmado ya los hijos espirituales de don Benito, los legítimos descendientes de la duquesa Amaranta, de Gabriellito Araceli, de Solita, de Misericordia, del doctor Centeno. Estos hombres y estas mujeres de España no podían faltar en el homenaje al patriarca. Son los otros los que han faltado. Y, ya a última hora, se ha querido remediar el olvido

*con un Decreto lamentable, espuma de la frivolidad oficial, ejemplo doloroso de cómo pueden cegarse, en las esferas del Poder, los manantiales de la sensibilidad. En este Decreto, en el que no hay ni una sola palabra emocionada, destacará hoy su sequedad en las columnas de los periódicos, donde palpita el dolor de todo un pueblo, donde tiemblan las frases tiernas y acongojadas de la noble España galdosiana. Acaso hubo que dictarlo ateniéndose a preceptos de protocolo. El protocolo entiende poco de distancias, y equipara a Galdós con Campoamor. No hay desdén para tierno poeta en señalar el deplorable contraste. El buen don Ramón, camarada de don Benito, hubiera sido el primero en protestar. Galdós era el genio. Campoamor, el ingenio. La España une a ambos en la bora de los falsos homenajes.*

### **Aparece en escena Pío Baroja, Galdós buscando papeles**

Pío Baroja.— Don Benito, hablemos de la España de hoy, ahora en estos sus últimos años de andadura política de observador...siempre ha sido usted verdaderamente crítico, incluso con lo que se apodó como *Generación del 98*. Usted opinó y opinó cuando se perdieron las colonias, con el desastre del 98, uno de los sucesos más trágicos de la historia de nuestro país.

Galdós.— Bien puedo asegurar que la situación presente, de las más críticas en la trágica historia de mi país, ofrece un nudo muy difícil de desatar. Los que no dudan que será forzoso cortarlo, discurren sobre si ello debe hacerse violentamente, con cuchillo, o cuidadosa y suavemente, con tijeras. Esto sería lo mejor; pero nadie puede prever en qué ambiente y con qué manos ha de efectuarse tan delicada operación.

En los días siguientes a la catástrofe en que perdimos los restos de un gran imperio, daba pena ver el semblante nacional, menos turbado de lo que a nuestro parecer pedían la gravedad de aquel suceso y la evidencia de nuestra desdicha. Observábamos en el pueblo español una resignación menos triste de lo que el caso requería, según el vulgar criterio histórico; a la faz resignada siguió una faz de alivio y una sonrisa melancólica, como la del enfermo que acaba de sufrir con felicidad una amputación salvadora. Había perdido una parte de su carne y de su hueso; pero el recuerdo de la operación quirúrgica era menos vivo y doloroso quizá que el de la enfermedad que la hizo necesaria. La doble guerra colonial, la imposibilidad de poner remedio a tan intensas llagas, dolían horribilmente en los últimos años.

Pío Baroja.— Yo mismo escribí mis *Memorias* con respecto a lo del 98: «Yo siempre he afirmado que no creía que existiera una generación del 98. El invento fue de Azorín, y aunque no me parece de mucha exactitud, no cabe duda de que tuvo un gran éxito (...). Una generación que no tiene puntos de vista comunes, ni aspiraciones iguales, ni solidaridad espiritual, ni siquiera el nexo de la edad, no es una generación. La fecha tampoco es muy auténtica(...). Yo, que aparezco en el elenco, no había publicado por esa época más que algunos articulitos en periódicos de provincias (...). Tampoco se sabe a punto fijo quiénes formaban parte de esa generación (...). En esta generación fantasma de 1898, formada por escritores que comenzaron a destacarse a principios del siglo XX, yo no advierto la menor unidad de ideas (...) Se ha dicho que la generación seguía la tendencia de Ganivet. Yo, entre los escritores que conocí, no había nadie que hubiese leído a Ganivet. Yo, tampoco. Ganivet, en ese tiempo, era desconocido. ¿Había algo en común de la generación del 98? Yo



creo que nada. El 98 no tenía ideas, porque éstas eran tan contradictorias, que no podían formar un sistema ni un cuerpo de doctrina. En el año 1898 no existía entre nosotros nada que tuviera carácter de grupo. Yo he intentado, si no definir, caracterizar lo que era esta generación nuestra, que se llamó de 1898, y que yo creo que podría denominarse, por la fecha de nacimiento de la mayoría de los que la formaban, de 1870, y por su época de iniciación en la literatura ante el público, de 1900. Fue una generación excesivamente libresca. No supo, ni pudo vivir con cierta amplitud, porque esto era difícil en el ambiente mezquino en el que se encontraba. En general, sus individuos pertenecían en casi totalidad, a la pequeña burguesía, con pocos medios de fortuna».

Galdós.— No puedo estar más de acuerdo con esa aseveración, querido Baroja. Qué decirle...lo de siempre: Huyamos de los encasillados. El pesimismo que la España caduca nos predicaba y nos sigue predicando nos prepara a un deshonesto morir, ha generalizado una idea falsa. La catástrofe del 98 sugiere a muchos la idea de un inmenso bajón de la raza y de su energía. No hay tal bajón ni cosa que lo valga. Mirando un poco hacia lo pasado, veremos que, con catástrofe o sin ella, los últimos cincuenta años del siglo anterior marcan un progreso de incalculable significación, progreso puramente espiritual escondido en la vaguedad de las costumbres. Después del 54 y del 68, consumadas las revoluciones que sólo alteraban la superficie de las cosas, el ser doméstico, digámoslo así, de nuestra raza, pobre y ociosa, sin trabajo interior ni política internacional, se caracterizaba por la delegación de toda vitalidad en manos del Estado. El Estado hacía y deshacía la existencia general. La sociedad descansaba en él para el sostenimiento de su consistencia orgánica, y el individuo le pedía la nutrición, el hogar y hasta la luz. Las clases más

ilustradas reclamaban y obtenían el socorro del sueldo. Había dos noblezas, la de los pergaminos y la de los expedientes, y los puestos más altos de la burocracia se asimilaban a la grandeza de España. Un socialismo bastardo ponía en manos del Estado la distribución de la sopa y los garbanzos del pobre, de los manjares trufados del rico. Al olor de aquella sopa y de los buenos guisos acudía la juventud dorada, la plateada y la de cobre... Pues de entonces acá, en el lento correr de los días de la Revolución de Septiembre, del reinado de D. Amadeo, de la efímera República, de la Restauración y Regencia, se ha determinado una transformación radical, que ya vieron los despabilados, y ahora empiezan a ver los ciegos. Va siendo general la idea de que se puede vivir sin abonarse por medio de una credencial a los comederos del Estado: de éste se espera muy poco en el sentido de abrir caminos anchos y nuevos a los negocios, a la industria y a las artes. El país se ha mirado en el espejo de su conciencia, horrorizándose de verse compuesto de un rebaño de analfabetos conducido a la miseria por otro rebaño de abogados. Del Estado se espera cada día menos; cada día más del esfuerzo de las colectividades, de la perseverancia y agudeza del individuo. Detrás, o más bien debajo de la vida entera del Estado, alienta otra vida que remusga y crece, y adquiere savia en las capas internas.

Pío Baroja.— En cincuenta años, es incalculable el número de los que han aprendido a subsistir sin acercar sus labios a las que un tiempo fueron lozanas ubres, y hoy cuelgan flácidas: los españoles han crecido; comen, ya no maman. Aceptamos al Estado como administrador de lo nuestro, como regulador de la vida de relación; ya no lo queremos como principio vital, ni como fondista y posadero, ni menos como nodriza. ¿No es esto un gran progreso, el mayor que puede imaginarse? Por aquellos años y

como reflejo de lo que usted está relatándome escribía usted *El abuelo*...pero prosiga.

Galdós.— Marcóse después en el pobre cuerpo convaleciente cierta inquietud; marcóse también el ansia de vivir. Nada más lejos del alma española que la desesperación. En el trance formidable que se posesiona de ella, el sentimiento de los poderosos medios de vida que aún atesora; vagos anhelos de vivir científico lo turban, como una ilusión tanto más hermosa cuanto más difícil de realizar, y sueña con un dichoso renacer de la minería de la industria. Este pueblo tan viejo, tan viejo, que nos representamos su imagen como la del tiempo mismo, se nos vuelve ahora niño, en él observamos inquietudes y alborozos infantiles; le vemos expirante en una vida, naciente en otra, dándole por fracaso en todos los intentos del siglo anterior, preparándose a mayores empresas y aprendiéndose de nuevo las lecciones que había olvidado.

Pío Baroja.— Ya nadie ve una base fundamental de la vida política en el principio de la representación del pueblo, porque el sufragio es un donoso engaño al alcance de los observadores menos perspicaces. Las elecciones se hacen sin interés, con escasa y fría lucha; la emisión del voto no apasiona ni enorgullece a los ciudadanos éstos han podido observar el esmero de los gobiernos para componer las Cámaras, dando el conveniente número de puestos a las oposiciones y contrapesándolas con abrumadoras mayorías.

Galdós.— Resulta que la representación del país está, con unos y otros partidos, en manos de un grupo de profesionales políticos, que ejercen, alternadamente, con secreto pacto y concordia, una solapada tiranía sobre las provincias y regiones. La Justicia y la Administración so-

medidas al manejo político y sin medios de proceder con independencia, completan esta oligarquía lamentable, igualmente dura antes y después de las resoluciones que tomaron contra el antiguo régimen. Nuestros políticos agitaron la existencia nacional en el pasado siglo, sin fundar nada sólido, y todo lo hecho, en nombre de la democracia, contra el Gobierno personal, resultó de la misma hechura interna que lo que se quería destruir. Se variaban las apariencias y el nombre de las cosas; pero el alma permanecía la misma.

Pío Baroja.— ¿Y qué diremos de usted, era ya candidato republicano?

Galdós.— Llegado el momento de abrir bien los ojos y de ver en toda su desnudez y fealdad el error cometido, ¿puede un país ser indefinidamente testigo y víctima callada del mal que padece sin ponerle remedio? Imposible, siempre seguiremos igual.

Pío Baroja.— Los hombres de más saber político reconocen que así no se puede seguir, y forcejean dentro de la red que ellos mismos han tejido, y que les entorpece para toda obra grande de reforma. Pero ninguno se decide a romperla con arte, destruyendo siquiera alguna malla por donde sacar un dedo, después una mano, y llegar por sucesivas rupturas de hilos a la libertad de esta desgraciada nación, esclava de lo que aquí llamamos caciquismo, tristísima repetición de los tiempos feudales y de las demasías de unos cuantos señores, árbitros de los derechos y de los intereses de los ciudadanos.

Galdós.— Vivimos los españoles entregados a una vida somnolienta y tediosa, discurriendo específicos y panaceas para combatir el estado anémico de esta Patria sin

ventura. Pasamos el rato condoliéndonos de la depauperación de la raza, de la política encerrada en estrechos horizontes, de la dudosa virilidad del pueblo español y cada cual inventa remedios adecuados a su perezoso temperamento. Tan pronto maldecimos la emigración como enaltecemos el americanismo, que viene a ser como una emigración espiritual.

Pío Baroja.— Comúnmente, proponemos la cordialidad de nuestras relaciones con las repúblicas americanas, carne de nuestras carnes y hueso de nuestros huesos. Perezoso yo también y tocado del general marasmo, pregunto: ¿Qué debemos llevar de nuestra España a las naciones americanas?... ¿Qué debemos traer de aquellas a nuestra Patria?...

Galdós.— Nosotros poseemos archivos, museos, catedrales, lengua sonora y castiza, Historia, mucha Historia, demasiada Historia. Nuestros hermanos de América nos ganan en receptibilidad para la ideología de nuestro tiempo, en adaptación a los nuevos métodos del trabajo y del comercio en el hábito de la ciudadanía, siquiera sea ésta desordenada y tumultuosa.

Pío Baroja.— ¡La emigración! ¡Qué calamidad! ¿Qué horrible sangría! ¡Muerte gradual, agonía lenta de un pueblo que fue nutrido y vigoroso! Todas las recetas o vendajes que inventamos para contener esta lastimosa hemorragia resultan inútiles. Y es que el remedio no depende de nuestra voluntad, sino de los designios de la Naturaleza, que determinan una saludable evolución histórica.

Galdós.— En el correr del tiempo la sangre derramada vuelve a nuestras venas. Los españoles que huyen de nuestro suelo viven y mueren en el suelo americano. Las

vidas extinguidas allá, florecen y fructifican creando nuevas existencias que, sazonada por el tiempo, crean nuevos seres cuyas almas continúan enlazadas por vínculos de amor con la madre perdida. Sin perjuicio de fomentar la hispanización de América, celebremos con un hecho indudable y feliz la americanización de nuestra Península. Ciego está quien no lo vea. A lo largo de la región septentrional de España, empezando por los valles del Roncal y Batzán y continuo sin interrupción en toda la zona cantábrica hasta Galicia, tenemos una espesa población americana compuesta de individuos que el vulgo llama *indianos* con mucha propiedad, porque ellos son Las Indias conquistadas antaño por nosotros, que hogaño son la riqueza, la inteligencia y el trabajo que vienen a conquistar y civilizar a la madre caduca, adueñándose de su suelo y fundiendo el vivir moderno con el atavismo glorioso.

Esto es tan cierto, que salta a la vista de todo el que recorra de punta a punta la hermosa región en los placenteros días del verano. Es América, es América, la civilización conquistada con sangre y laureles de guerra, que ahora, con filial generosidad, a su vez no conquista trayéndonos laureles más preciosos: el bienestar, la cultura y la paz.

Pío Baroja.— Aprendamos con lento estudio, a conocer lo que está muerto y lo que está vivo en nuestra alma española. Aprendámoslo aplicando el oído al palpitar de estos enojos que reclaman justicia, equidad, medios de existencia. Apliquemos todos los sentidos a la observación de los estímulos que apenas nacen se convierten en fuerzas, de los desconsuelos que derivan lentamente hacia la esperanza, de la gestación que actúa en los senos del arte, de la industria, de la ciencia... Observemos cómo el pensamiento trata de buscar los resortes rudimentarios de la acción, y cómo la acción tantea su primer gesto, su primer paso.

Galdós.— Al examinar lo que caducó y lo que germina en el alma nuestra, observemos la triste ventaja que da la tradición a las ideas y formas de la vieja España. Las disputamos muertas, y vemos que no acaban de morir. Las enterramos, y se escapan de sus mal cerradas tumbas. Cuando menos se piensa salen por ahí cadáveres que nos increpan con voz estertorosa, y arremeten con brío y dureza de huesos sin carne contra todo lo que vive, contra lo que quiere vivir: defendámonos. Respetando lo que la tradición tenga de respetable, rechazemos el espíritu mortuario que en buena parte de la nación prevalece aún, *diletantismo* del morir y de toda destrucción. Tengamos propósito firme de adquirir vida robusta y de crecer con todo el vigor y salud que podamos.

Pío Baroja.— Creemos que la pobreza es un mal y una injusticia, y la combatiremos dentro de la estricta ley del «tuyo y mío». Trabajaremos metódicamente con el despabilado pensamiento, o con las manos hábiles, atentos siempre a que esta pacienzuda labor nos lleve a poseer cuanto es necesario para una vida modesta y feliz, con todo lo que la sostiene y vigoriza, con todo lo que la recrea y embellece. Opongamos briosamente este propósito al furor de los ministros de la muerte nacional, y declaremos que no nos matarán, aunque descarguen sobre nuestras cabezas los más fieros golpes; que no habrá malicia que os inutilice, ni rayo que nos parta. De todas las especies de muerte que traiga contra nosotros el amojamado esperpento de las viejas ruinas resucitaremos.

Galdós.— Declaremos que es innoble y fea cosa el vivir con media vida, y procuremos arrojar del alma todo resabio ascético. Ninguna falta nos hace sufrimientos ni martirios que no vengan de la Naturaleza, por ley superior a nuestra voluntad. Lo primero que tiene que hacer al alma

remozada es penetrarse bien de la necesidad de evitar a su cuerpo los enflaquecimientos y desmayos producidos por ayunos voluntarios o forzosos. Detestamos el frío y la desnudez; anhelamos el bienestar, el cómodo arreglo de todas nuestras horas, así las de faena como las de descanso.

Pío Baroja.— Va siendo ya general la idea de que se puede vivir sin abonarse por medio de una credencia a los comederos del Estado; de éste se espera muy poco en el sentido de abrir caminos anchos y nuevos a los negocios, a la industria y a las artes.

Galdós.— El país se ha mirado en el espejo de su conciencia, horrorizándose de verse compuesto de un rebaño de analfabetos conducidos a la miseria por otro rebaño de abogados. Del Estado se espera cada día menos; cada día más del esfuerzo de las colectividades, de la perseverancia y agudeza del individuo. Detrás, o más bien debajo de la vida entera del Estado alienta otra vida que remuga y crece, y adquiere savia en las capas internas. En cincuenta años es incalculable el número de los que han aprendido a subsistir sin acercar sus labios a las que un tiempo fueron lozanas ubres y hoy cuelgan flácidas. Los españoles han crecido; comen, ya no maman. Aceptamos al Estado como administrador de lo nuestro, como regulador de la vida de relación; ya no lo queremos como principio vital, ni como fondista y posadero, ni menos como nodriza. ¿No es esto un gran progreso, el mayor que pueda imaginarse?

Pío Baroja.— Debajo de esta corteza del mundo oficial, en la cual campan y camparán por mucho tiempo figuras de pura representación, quizás necesaria, y la comparsa vistosa de políticos profesionales, existe una capa viva, en ignición creciente, que es el ser de la Nación, realizado con débil empuje todavía por la virtud de sus propios in-



tentos y ambiciones; vida inicial, rudimentaria, pero con un poder de crecimiento que pasma. Un día y otro la vemos tirar hacia arriba, dejando asomar por diferentes partes la variedad y hermosura de sus formas recién creadas. Entre estas formas podemos señalar las más próximas: el esfuerzo de la ciencia agrícola para sobreponerse a las prácticas rutinarias, la flamante industria en pequeñas y grandes manifestaciones, el arte que pretende acomodar las formas arcaicas al pensar amplio y al sentir generoso; señalamos también las más lejanas, que son la libre conciencia, el respeto, la disciplina, el orden mismo, la vieja espada que los tiempos pasados legan a los futuros. No quiera Dios que esta capa de formación nueva, en parte somera, en parte profunda, suba por súbita erupción. Subirá por alzamientos parciales y consecutivos del terreno, sin sacudidas violentas, para sustituir al suelo polvoroso y resquebrajado en que tiene su secular asiento nuestro país.

Galdós.— Entre lo mucho que nos traen las nuevas formaciones de terreno descuellan dos aspiraciones grandes, que han de ser las primeras que busquen la encarnación de la realidad. Necesitamos la instrucción para nuestros entendimientos y agua para nuestros campos. La superficie de esta porción de Europa que habitamos no es bella en todas sus partes, y es necesario que lo sea. Estimular el amor las gracias y el sonrosado color de un rostro bello. No es fácil que amemos a una Patria que nos muestra su cuerpo u semblante cubiertos de lacras lastimosas y afeados por la sequedad y aspereza de la epidermis. Una nación europea no puede ofrecer a las miradas del mundo, en pleno siglo XX ni después el XXI, el espectáculo de las estepas desnudas, que dan idea de la ancianidad trémula, pecosa y cubierta de harapos. Preciso es desencantar el viejo terruño, dándole, con las aguas co-

rrientes, la frescura, amenidad y alegría de la juventud; preciso es vivificar la tierra, dándole sangre y alma, y vistiéndola de las naturales galas de la agricultura. No queremos nada que sea imagen del yermo solitario, ni tristeza y sequedad de calaveras mondas. En nombre del bienestar público y de la belleza, inundemos las estepas áridas. No queremos fealdad en ninguna parte, sino hermosura que nos enamore de nuestros campos para que en ellos podamos vivir y gozar de cuanto da la Naturaleza; lozanos plantíos, risueños bosques, deliciosas alquerías donde hallemos el ejercicio sano y la paz del alma. Un país reconcentrado en poblaciones oscuras y pestilentes es un enfermo de congestión crónica. La vida se estanca, la sangre no circula y el tedio urbano, grave dolencia, estimula todos los vicios.

Pío Baroja.— Como el agua en los campos, es necesaria la educación a nuestros secos y endurecidos entendimientos. Han dicho que no deseamos instruirnos, puesto que no pedimos la instrucción con el ansia del hambriento que quiere pan. La instrucción no se pide de otro modo que, por la voz, o mejor, por los signos de la ignorancia. El ignorante es un niño, y el niño no pide mas que el pecho si es chiquitín, o los juguetes si grandecito. Aguardar para la educación de la criatura a que ésta diga: «Llévenme a la escuela, que tengo muchas ganas de ser sabio» es fiar nuestros planes a la infinita pachorra de la eternidad. Si así lo hiciéramos, demostraríamos que los grandes somos tan cerriles como los pequeños.

Procuremos, grandes y chicos, instruirnos y civilizarnos, persiguiendo las tinieblas que el que menos y el que más lleva dentro de su caletre. El cerebro español necesita más que otro alguno de limpienes enérgicos para que no quede huella de las negruras heredadas o adquiridas en la infancia. Y al paso que nos instruimos, cuidémonos

mucho de no ser presumidos ni envidiosos, que el orgullo y el desagrado del bien ajeno son dos feísimas excrecencias adheridas a nuestro ser que piden un formidable esfuerzo para ser arrancadas y arrojadas al fuego, como yerba dañosa.

Galdós.— La presunción es cosa muy mala, pero peor todavía que el desprecio de nosotros mismos, cuando nos da por sostener que somos bárbaros incapaces de benignos sentimientos, de cultura y de vivir en paz unos con otros. Ni esto sirve para nada, ni menos el suponernos únicos poseedores de la verdad, y los más bonitos, los más agudos que en el mundo existen. El odioso remate de estos defectos es la pálida envidia, que nos priva del goce de admirar al que, por su ingenio, o por perseverancia o por otra virtud está más alto que nosotros.

Pío Baroja.— Seamos modestos y aprendamos a no estirar la pierna de nuestras iniciativas más allá de lo que alcanza la sábana de nuestras facultades.

Galdós.— Sí, eso mismo. Hagamos cada cual, dentro de la propia esfera, lo que sepamos y podemos: el que pueda mucho, mucho; poquito el que poquito pueda, y el que no pueda nada o casi nada, estése callado y circunspecto viendo la labor de los demás. Acostumbrémonos a rematar cumplidamente, con plena conciencia, a todo lo que emprendamos; no dejemos a medias lo que reclama el acabamiento de todas sus partes para ser un conjunto orgánico, lógico, eficaz, y conservémonos dentro de la esfera propia, aunque sea de las secundarias, sin intentar colarnos en las superiores, que ya tienen sus legítimos ocupantes. Cada cual, en su puesto, cada cual en su obligación, con el propósito de cumplirla estrictamente, será la redención única y posible, poniendo sobre todo el an-

helo, la convicción firme de un vivir honrado y dichoso, en perfecta concordia con el bienestar y la honradez de los demás. ¿Es esto soñar? ¡Desgraciado el pueblo que no tiene algún sueño constitutivo y crónico norma para la realidad, jalón plantado en las lejanías de su camino!

Pío Baroja.— Es esto un análisis de nuestra España sin duda. Germen de guerras y desacuerdos que ya lo encontramos desde antaño en la propia idiosincrasia del español. Hay un español del campo y otro muy diferente urbanita.

Galdós.— Claro, volvamos a los campos, de donde salimos, para venir a embutirnos en las células de estas ciudades oprimidas, pestilentes, hospicios de la vanidad, talleres de una multitud de labores, que acaban la vida antes de tiempo y dan a la Humanidad este sello de tristeza, señal de turbación, de clorosis y desequilibrio. Sin renunciar a las luchas de la inteligencia, a las investigaciones científicas y a los afanes gloriosos de la industria y del arte, pongámonos en mejor terreno, en el terreno inicial, fecundo y primitivo, que es la sacra tierra, de donde todo sale y adonde todo ha de volver. La Humanidad ha venido a ser excesivamente cerebral; la civilización no acaba de declararse satisfecha de si propia ni orgullosa de sus conquistas: amarga sus horas el reverdecimiento de luchas que parecían extinguidas y de problemas que parecían resueltos, amárgala también la nostalgia de la tierra como elemental materia de trabajo. Un poderoso estímulo de atavismo despierta en ella el sentimiento de la labranza; condena y alegría combinadas, recuerda que el labrador es el primer civilizado, y reconoce que el mejor remedio del cansancio presente es volver al origen de las humanas tareas, buscando el reposo de las fatigas elementales para constituir sociedad y fundar la riqueza.

Pío Baroja.— ¿Y qué propone?

Galdós.— Seamos todos un pocos destrípaterrones y conciliemos la vida urbana con la vida agrícola, aspirando a la suprema síntesis, que ha de alegrar nuestra existencia, restaurando la higiene cerebral, atenuando nuestro neurosismo, y haciéndonos más fuertes y al propio tiempo y más religiosos, más dueños de la Naturaleza y menos accesibles a la duda y al escepticismo.

Pío Baroja.— El siglo que ya hemos de llamar pasado (y trabajo nos cuesta llamarlo así) nos ofrece junto a evidentes progresos, fenómenos y casos de contracivilización. El más notorio es el creciente desmedro social de la raza labradora, y el rebajamiento del tipo del hombre de campo. Los caballeros del verde gabán han venido muy a menos, bien porque los hijos les han salido poetas medianos, bien porque han menospreciado la labranza para dedicarse a carreras facultativas, a caciques, a diputados, de los de oficio, o a otros menesteres incompatibles con el cultivo, o más bien culto de la tierra. Ha ido ésta pasando de manos fuertes a manos débiles en el sentido social; el labrador rico no acierta a formar dinastía; los grandes propietarios, herederos de tierras o compradores de las desamortizadas, huyen de ellas, entregándolas a la rutina y a la sordidez de arrendatarios que esquilman lo existente sin crear cosa alguna, ni mejorar lo que no les pertenece.

Galdós.— El labrador se ha declarado plebeyo sin rendición posible y pobre de solemnidad. Vamos a la perdición si no impulsamos en el siglo que empieza la magna obra de ennoblecer al labrador, de armarle caballero, de hacerle rico y sabio para que constituya la primera y más poderosa de las clases sociales. Señales hay en estos tiempos de que los venideros marcarán esa dirección en los

destinos de España; y si así fuere, los que empalmen el siglo XX y con el XXI verán, entre otras maravillas, la agricultura presidiendo todas las artes, el villano engrandecido, las ciudades estacionadas a las orillas de los campos, los palacios entre mieses, la Humanidad menos triste que ahora, la tierra engalanada, cubierta de toda hermosura, más joven cuanto mas arada, mas linda cuanto menos virgen. Sino, será el fin.

### **Mutis**

Pío Baroja.— Sigamos querido maestro, usted escribió algunos textos en *El Progreso Agrícola y Pecuario* y expuso su teoría y distanciamiento del campo con respecto a la ciudad. Duro alegato contra la deshumanización de la vida urbana.

Galdós— La vida española, congestiva en las ciudades, anémica en el campo, necesita ponderación y equilibrio, reparto fisiológico de toda su savia y de todo su calor. Sólo así podrá formarse una nación robusta y saludable, capaz de afrontar el estudio y aun la solución de los ingentes problemas que el malestar humano ha planteado en este siglo. La labor de la tierra, fundamento de los bienes que de la Naturaleza hemos de obtener, clave de la riqueza privada y pública, nos ofrece sus elementos repartidos sin proporción entre el campo y las ciudades: en éstas viven las enseñanzas agrícolas, el conocimiento técnico de máquinas y métodos de cultivo, la burocracia que regula y a veces enmaraña las relaciones entre el Estado y los labradores; en el campo encontramos la fuerza elemental, la rutina, la ignorancia, luchando en desigual contienda con los obstáculos naturales, a los que e agregan las maldades del caciquismo y de la usura. Gigantes son

los que así luchan en plena atmósfera de barbarie. ¡Heroico martirio que merece glorificación! Los frutos de la tierra, de esa madraza que no acaba nunca de amamantar al hombre, se distribuyen también sin ninguna equidad.

Pío Baroja.— A las ciudades vienen las saneadas rentas que permiten al terrateniente urbanizado gustar todos los beneficios de la civilización y los innumerables placeres de la vida social, los progresos de la ciencia, los encantos de arte y los mil entretenimientos frívolos, caprichosos, que trae consigo la cultura opulenta. En el campo se queda el trabajo penoso, abrumador, y con él la miseria, el hambre y la desnudez, la ignorancia, que algunos llaman barbarie faltando al respeto que merecen las clases inferiores de la nación, las cuales, por ser alma y sangre nuestra, tienen derecho, por lo menos, a que las saquemos de ese estado anfibio, medianero entre animales y personas.

Galdós.— De aquel ascetismo que nos vienen predicando como ideal de vida desde el siglo XVI, la España de las ciudades no ha tomado para sí más que algunos formulismo sermonarios, sin valor en la vida real, y abandonando al polvo de las bibliotecas la literatura mazacote en que se nos predicaba un sistema de vida que más bien lo es de muerte, ha relegado a la sociedad campesina el verdadero y efectivo ascetismo, condenándola a pobreza desesperante y a la privación de todos los goces. El español civilizado o urbanizado no quiere más que le hablen de tal ascetismo. Cuando más, lo considera como un bromazo que el llamado Siglo de Oro quiere dar a estos nuevos siglos, forjados de materias menos preciosas; pero lo aplica cruelmente al pobre español rural, dejándole solo en la esclavitud de la tierra, en la faena dura que empieza cuando acaba, como los castigos del infierno pagano. Y

para que el rural no desmaye, su hermano de las ciudades no cesa de recomendarle con hipócrita unción la práctica sistemática de las virtudes cristianas, genuinamente españolas: la paciencia y la sobriedad.

Pío Baroja.— ¡Paciencia, sobriedad!...Pero ¿hasta cuándo señores...? ¿No bastan cuatro siglos de virtudes, aunque éstas, por culpa de los *superhispanos*, sean desconso-ladora mezcla de santidad y salvajismo? El régimen español de vivir mal en la tierra por querencias del Cielo, se sostiene y preconiza en el campo como ley religiosa y social, *ultramontana*, mientras que en las ciudades se le sustituye por el buen vivir y el gusto creciente de las comodidades. Los *infrabispanos*, tristes, agobiados, vuelven sus ojos a los que participamos en mayor o menor grado del humano bienestar y nos dicen: «Caballeros: ya, de tanto ascetismo, hemos ganado el cielo de la razón y de la verdad. Muy santa y muy buena es la paciencia que, por encargo vuestro, y como remuneración de estas tareas, hemos almacenado en nuestras almas; pero el tesoro va mermando de día en día, y no está lejano el de su total acabamiento. Si queréis para la vida española un florecimiento integral, espléndido, reconoced en nuestra obra el más noble de los oficios, fundamento del todo bienestar y primer impulso de las fuerzas nacionales.

Galdós.— No veáis en el cultivo de la tierra un castigo, ni en nosotros la condición de galeotes irredimibles. Sed justos, siquiera benignos, en el goce de los frutos que anualmente sacamos de la tierra. Que los fueros de la obra dura, incansable, o sean inferiores a los de la propiedad descansada. No pongáis entre las ciudades y el campo distancia ideal tan grande que parezcan regiones de distintos planetas. Aproximad, por la recíproca simpatía y por la constante atención, lo que hoy está distante por



causa de nuestra rudeza y de vuestro absentismo. Seamos nosotros un poco civilizados y vosotros un poco campesinos. Venid acá y traednos toda la ciencia que en libros o en viajes aprendieseis en enseñadnos lo que ignoramos, rompiendo con paciente educación la corteza de nuestra rutina. Traed al campo a vuestros hijos, para curarlos de las caquexias hereditarias y del raquitismo contraído en las ciudades, y llevad a los nuestros allá para educarlos a la moderna.

Pío Baroja.— Y a nosotros, que por culpa vuestra conservaos las inteligencias endurecidas, enseñadnos a leer y escribir, aunque sea menester abrir a golpes las puertas y ventanas de nuestros cerrados entendimientos. Igualadnos a vosotros todo lo posible. Pasad la piedra pómez por las asperezas de nuestra barbarie; pasadla también por vuestra petulancia y vuestro orgullo, fundado en un poquito de saber y en otro poquito de empaque de tantos goces y divertimentos. Transformad el campo, dándole amenidad, frescura, placidez virgiliana; hacedlo habitable por la seguridad y accesible por las comunicaciones.

Galdós.— Si estas voces que al *superbispano* dirige el *infrabispano* fuesen desoídas o menospreciadas, y siguierais negándonos la educación y aplicando a nuestra miseria las seculares recetas de paciencia y sobriedad, tened en cuenta que así como evolucionan las ideas y los intereses en la eterna rotación de la voluntad humana, evolucionan también las virtudes, y sin quererlo ni pensarlo, nuestras almas se desnudarán de la mansedumbre para vestirse de la severidad; abominaremos del sufrimiento, y ambiciosos de la dicha humana, correremos a buscarla y adquirirla allí donde se encuentre— ¿No queréis traernos al campo los beneficios de las ciudades? Pues nosotros

llevaremos a las ciudades las inclemencias de estos yerros, representadas en la tempestad de nuestros corazones, ansiosos de justicia. Inteligencias incultas y manos bárbaras os devolverán la lección ascética: contra paciencia, acción, contra miseria, bienestar.

Pío Baroja.— Quién iba a decir que además tendríamos que sobrevivir a una guerra mundial. Don Benito, usted ha reflexionado mucho sobre la cuestión noventayochista, la pérdida de las colonias, el desastre nacional...qué piensa de estas guerras que ahora tenemos.

Galdós.— He leído diariamente los terribles lances de esta lucha sin ejemplo, creemos despertar de un espantoso sueño y decimos: ¿Y ahora qué? Nuevas lecturas, nueva pesadilla siniestra y macabra. ¿Habrà en el suelo europeo superficie bastante para dar sepultura a tan crecida suma de muertos?... Nuevas interrogaciones del aterrado soñador. ¿Serà esto, más que una guerra, un inmenso suicidio de la Humanidad, cansada de vivir y harta de civilizaciones mentirosas con que la han embaucado dos viejas charlatanas, la falsa Historia y la falsa Política?... Si después de esto viniese algo con nombre y penacho de paz, ¿cómo será esta paz? ¿Vendrá como descanso de verdugos y tregua de matachines, o nos traerà un mundo enteramente nuevo, en el cual los únicos muertos serán la fuerza bruta, la ortodoxia militar, la ciencia destructora, la diplomacia verbativa y reservona, apareciendo entre tales despojos los gérmenes lozanos de un nuevo Derecho Público, de la Justicia y de la Razón?

Pío Baroja.— El encadenamiento de estos horrores, cuyo fin sólo podemos imaginar lanzándonos a extravagantes conjeturas, ha producido en España los naturales efectos en el orden económico y social, y además otros

efectos que podemos calificar de morbosos, calamidad desconocida en los demás países no beligerantes.

Galdós.— Dijérase que un Genio maléfico se ha entretenido en aplicar al cuerpo de nuestra desdichada Nación los Rayos X, iluminando nuestras entrañas para dejarnos ver la ponzoña y las deformidades fisiológicas escondidas en nuestros tejidos, en nuestra sangre y en nuestro sistema nervioso. ¡Y nosotros, pobres ilusos de la presente y pasada generación, que creíamos haber progresado y ser ya un pueblo restablecido de los males que le afligieron en gran parte del siglo XIX! Pues no es así. Los Rayos X, que Dios confunda, nos dicen que aun llevamos dentro del cuerpo las dos guerras civiles, mejor será decir las tres, con la inaudita barbarie del fanatismo religioso en su forma más brutal, la exaltación del Rey Absoluto; el palo y el destierro como única razón de Estado. Los malditos Rayos X, permitiéndonos ver el latido de nuestros corazones, nos permiten también oír el odioso ruidillo de *vivan las caenas*.

Pío Baroja.— Sobre estas monstruosidades que aún llevamos dentro, han ido pasando, en diferentes épocas, las constituciones, como pasan los productos farmacéuticos por un organismo enfermo, revolviendo los humores, sin lograr la curación completa. El hecho es que nos creíamos modernizados, y lo estamos, ciertamente en la ropa y el lenguaje, pero en lo de dentro todavía nos falta un poco, mucho tal vez.

Galdós.— El morbo intenso atávico se manifiesta en la vida exterior con caracteres gravísimos de epilepsia guerrera o Delirio Germánico y pronto se advierte que ni la lógica ni el sentido común han producido este formidable bloque de opinión ante la guerra. Ni sombra de afinidad

religiosa puede haber esta opinión. Aterrados quedarían Ignacio de Loyola y Martín Lutero si los germanófilos españoles les trajeran del otro mundo para que presidieran juntos este conglomerado monstruoso. Buscando afinidades sólo encontramos una razón política: el imperio de la fuerza bruta, con las conciencias dormidas y las inteligencias apagadas. Lo más desagradable del germanismo español es que no se limita a la muchedumbre gregaria, de abolengo clerical y absolutista, sino que en él figuran, descollando luminosas en el vulgar montón, personas de elevada mentalidad, y esto se explica por la fascinación que en todo mundo ejerce la ciencia alemana.

Pío Baroja.— Sin regatear a los países teutónicos la luz que irradian sus Universidades y sus innumerables Institutos docentes, debemos de afirmar que también han florecido las ciencias en Francia, y que los prodigiosos inventos que han mejorado y dulcificado la existencia humana, gloria son en su mayor parte de las tierras latinas y anglosajonas. El mérito grande de Alemania ha consistido, no en crear la ciencia madre, sino en desarrollar la ciencia hija, o sea la industrialización de la ciencia.

Galdós.— Afirmado esto, debemos sostener que el poder de Alemania en la presente guerra y su enorme resistencia defensiva que tanto entusiasmo a nuestros germanófilos debe atribuirse a que desde 1871 los alemanes se han dedicado con increíble perseverancia a la industrialización de la guerra. Con esta inteligente y metódica preparación de todos los elementos de combate, y la formidable red de espionaje extendido por todo el mundo, y el exaltado patriotismo entre místico y egolátrico, se lanzaron a la guerra en agosto último, creyendo que pronto darían cuenta de sus rivales.

Pío Baroja.— La campaña no les ha resultado tan rápida y feliz como creían; hemos visto ¡ay! dolorosos trances de la inmensa tragedia, pero el desenlace de ésta no parece cercano. En todas nuestras pesadillas vemos una esfinge que nos mira y calla.

Galdós.— Por la fuerza de la realidad, España tiene que mantenerse en una neutralidad exquisitamente observada. Llevando nuestro país en su seno la dolencia de que hemos hablado no puede ofrecer a ninguno de los beligerantes un apoyo militar. Los que sentimos ardiente simpatía por los aliados hemos de declararlo así. Carecemos de unidad en el sentimiento que mueve a los hombres a toda empresa heroica. Si nos propusiéramos intervenir, los áspides que llevamos en nuestro organismo nos quitarían la buena intención. Alguien ha dicho que para destruir los tales áspides o privarles de su malicia, sería necesaria una revolución. No me atrevo a desear una revolución más, porque desde que nacimos a la vida constitucional hemos tenido algunas, y todas han pasado sin dar cuenta de las molestas alimañas que se alojan en todas las cavidades del cuerpo nacional. A las revoluciones preferiríamos la labor mediatrix de un gobierno tan liberal como enérgico, cualquiera que fuera su nombre o apodo, gobierno que se aplicara con patriótica valentía a combatir y desarraigar los males que nos hacen caducos cuando queremos rejuvenecernos.

Pío Baroja.— Conviene repetir que sería demencia llevar nuestras armas a la contienda europea. La razón es bien sencilla: tenemos opiniones tan variadas como ardientes sobre cuanto concierne al ejercicio de las armas, pero no tenemos armas, ni militares industrias que las produzcan con la superabundancia de que resulta la eficacia estratégica; no tenemos hombres; no tenemos brazos ni

cabezas militares; todo eso tendríamos seguramente si nuestros presupuestos de guerra no fueran exclusivamente burocráticos, creados para fines de vida oficinesca y de provecho personal. En la raza existen latentes las grandes virtudes militares, la destreza, la abnegación, el heroísmo; pero nuestros gobiernos de medio siglo acá se han acordado más de lo secundario que de lo primordial. Muchas contrariedades, muchos desengaños, no pocos reveses hemos de sufrir antes de tener un ejército a la moderna.

Galdós.— La neutralidad que no podemos quebrantar nos mantiene dentro del cerco de las manifestaciones pláticas más o menos exaltadas. Los que hemos puesto en los aliados todas nuestras simpatías y el fervor de nuestros corazones, debemos de perseverar en esta política sin faltar a los deberes de cortesía con todos los beligerantes y justificar nuestra preferencia con razones históricas y sociales, desechando las antipatías propias de temperamentos rencillosos. Al despertar de cada pesadilla seguiremos conjeturando el fin de esta espantosa guerra. ¿Estará próximo; estará lejano? Venga tarde si ha de traernos una paz desarmada y, por lo tanto, duradera.

Pío Baroja.— La intervención de Italia ha traído un nuevo factor al inmenso y embrollado problema. El que esto escribe, conocedor de Italia, Alemania, Francia, más aún de Inglaterra, y de los valores ideológicos de estos grandes países, examinará en otro artículo los nuevos aspectos de esta grandiosa fatalidad, ante la cual enmudece, de asombro, y espanto el mundo entero. ¿Y los países beligerantes, y sus valores ideológicos? Razone, razone...don benito.

Galdós.— A ello voy, querido amigo. Vaya por delante Inglaterra, la nación más poderosa que figura en la presente matanza. Los que la motejan, con harta ligereza de-

ben, a mi juicio, retirar la calificación de pérfida, pues en la ocasión presente, la más grande que han visto los pasados siglos ni esperan ver los venideros, la Gran Bretaña, más que de pérfida, debe ser calificada de candorosa. Digamos, a boca llena, que la *Candorosa Albión* ha cometido el error de no igualar su poderío terrestre a su poderío naval. Candidez enorme fue desoír el dictamen de Lord Roberts, que pidió la instrucción militar obligatoria, para contener la formidable expansión austro-alemana. Para formar el inmenso imperio Británico, los gobiernos de aquel país han empleado, en distintas ocasiones, la fuerza, la astucia y han cometido actos de dureza y crueldad; pero una vez constituido aquel Imperio en toda la redondez del planeta, los pueblos sometidos a la metrópoli y unidos a ella por inquebrantables vínculos comerciales, se encuentran muy bien hallados con su *tirana* y no cambiarían esta madre por ninguna otra. El secreto de esto es que Inglaterra ha dado a sus colonias vida autónoma y absoluta libertad en materia de cultos, aun tratándose de los más extravagantes. Alguien ha llamado a esto la *magia inglesa*; no es magia, es sentido de la realidad y conocimiento del alma humana. España perdió su colosal imperio por la intolerancia religiosa y el centralismo burocrático.

Pío Baroja.— Quien haya vivido algún tiempo en las islas británicas, sabe que la democracia es el nervio de aquel país; sabe también que allí existe la aristocracia más entonada del mundo. En ninguna parte existe tan vigoroso, como en Inglaterra, el sentimiento de lo justo. Desde el comienzo de esta guerra, cuando los ciudadanos de *Albión* se dieron cuenta del grave riesgo que corrían ante el acerado tesón de las armas germánicas, acudían a la lucha alistándose, como voluntarios, los hijos de los ricos, los señoritos mimados de la fortuna, hechos a la vida có-

moda y elegante, y serenos marchaban a los campos de batalla de Bélgica y Francia, confundidos con los desheredados, y afrontaban la muerte con estoica firmeza.

Galdós.— Este ejemplo basta para explicar la confianza que tienen en el éxito final. Entretanto, el famoso liberal Lloyd George, una de las mayores capacidades de Inglaterra, es nombrado ministro de Municiones. Este hombre singular, tan amado de las clases populares, ha conseguido aumentar fabulosamente, en corto tiempo, la producción de instrumentos. Es triste que para llegar a la paz sea preciso matar y matar sin tregua... Pero así es y así será mientras haya ejército en el mundo. Cuando las furias del infierno se desatan en la Humanidad no debemos maldecir a los que en legítima defensa multiplican proyectiles y luego soldados que los arrojen contra el enemigo. Guerra de titanes es la que hoy estremece a Europa. Fuerte, sobre toda ponderación, es el gigante alemán, incansable, sagaz, iracundo, ávido de exterminar cuanto se le ponga por delante. Dio principio a la campaña con descomunal fiereza; asoló y atropelló sin piedad, insensible al desesperado lamentar de la debilidad y la inocencia. Sostenía que la guerra no resulta eficaz sino cuando es desafortadamente trágica.

Pío Baroja.— La tenaz idea que viene incubándose en los cerebros teutónicos, desde la victoria de 1870, es que el Imperio regido por los Hohenzollern no cumplirá su providencial, su divina misión hasta dominar toda la tierra. Los derechos y las tradiciones de los demás pueblos no significan nada para estos intérpretes de una voluntad superior a los designios humanos. Hay que confesar que en las ambiciones de Alemania resplandece la más trágica de las gallardías. Y reconozcamos también que en esta gallardía trágica y artística está el secreto del loco entu-



siasmo de nuestros sencillos e inocentes germanófilos. ¡Qué cosa tan bonita! En el sopor de nuestra tediosa decadencia, muchos nuestros ciudadanos se relamen de gusto pensando en el próximo Apocalipsis, precursor de un paternal gobierno absoluto. Pero esta pesadilla es de las que se disipan pronto, apenas despertamos.

Galdós.— Las cosas de la guerra no van ya por ese camino. Los súbditos del káiser continúan bravos y tenaces, pero ya dejan espacio a las conjeturas de una paz próxima. Al par que valientes son imaginativos. Construyen a su gusto la opinión de los neutrales; fabrican la Historia contemporánea; esparcen por tierras y mares planes y noticias que el buen sentido de los pueblos convierte en páginas fabulosas. No dejan pensar a nadie; quieren que las voces de todo el mundo sean un eco de lo que ellos piensan y dicen. Olvidan la magnífica frase del coral de Martín Lucero: «Dejadnos la palabra». Esto equivale a decir: «para vosotros la acción; para nosotros la libertad de pensamiento.».

Pío Baroja.— Francia se mantiene serena ante su terrible enemigo, haciendo gala de un estoicismo sublime. La severidad de los hechos y la inminencia del peligro ha elevado en el alma de la nación francesa este santuario de la entereza estoica, sin espasmos de ira ni aclamaciones vocingleras.

Galdós.— El alma por donde pasaron los huracanes de la Revolución, las deslumbradoras andanzas del ciclo Napoleónico, y antes y después de esto, las dulzuras de la galantería, la gracia, la sutileza y todos los refinamientos del vivir placentero, se vuelve ahora reflexiva, requiriendo en silencio la espada de sus agravios con la idea de añadir a las grandezas de su Historia una grandeza mayor.

Pío Baroja.— También Italia se ha hecho reflexiva. Así lo demuestran la prudencia y tino con que abandonó la neutralidad, movilizándolo sabiamente su ejército para lanzarlo contra su tradicional enemigo, en los desfiladeros del Trentino. Los españoles envidiamos a Italia por la unidad de sentimientos que la enardecen en esta decisiva ocasión de su historia. El cuerpo de nuestra gloriosa hermana latina no está dañado como el nuestro, y puede acometer sin el peligro de desavenencias interiores la magna empresa de combatir por su ideal que podremos llamar primario, entero, indivisible, pues en él no caben el pro y el contra ni los opuestos colorines de las banderías que aquí padecemos. Italia, tarde o temprano, conseguirá sus fines trayendo a su hogar los pedazos de Patria que aún sufren vasallaje en manos austriacas.

Galdós.— *La joven Italia*, la nación de Víctor Manuel, de Cavour, de Garibaldi y Mazzini se engrandece ahora, recobrando majestad artística, literaria y política de la Italia en que florecieron los más soberanos ingenios del mundo. Es para nosotros hermana mayor, como la más próxima al tronco latino; es la que en los días Dorados del Renacimiento resucitó las maravillas de Grecia y Roma; en la poesía es el inmenso Dante, en la escultura y pintura Miguel Ángel y Leonardo, en el arte político Maquiavelo, Galileo en la ciencia, y no hubo esfera grande ni chica del pensamiento en que esta sublime maestra no pusiera todo su espíritu y su verbo incomparable. Día tras día, mientras dura la hecatombe, vivimos atormentados por horrorosas visiones; pero al recobrar el sentido de la realidad, ésta se nos presenta menos adusta, y en término no lejano vislumbramos probabilidades de paz. La solución lisonjera de la huelga de Cardiff, debida al prodigioso talento de Lloyd George, es una sólida esperanza. También lo es el empuje creciente de los rusos en la región del Vístula y el Dniester.

Pío Baroja.— El indudable quebranto económico y militar de Alemania, así como las noticias que llegan de todo el Oriente, nos permiten aliviar nuestro pesimismo con felices augurios.

Galdós.— No debo acabar mi pesadilla. ¡Bélgica...esa infortunada Bélgica! Quiera Dios que la veamos pronto restaurada en su antiguo ser. Vuelvan a sus hogares los ciudadanos que han sobrevivido a la bárbara invasión. Reanúdese en los talleres la actividad de esta raza tan honrada como laboriosa. Resurjan de las ruinas polvorosas los gallardos monumentos de Malinas y Lovaina. Pueblo y Rey merecen tornar a la vida y continuar su historia, santificados por el martirio. Si así no fuera dudaríamos de la justicia humana, y también la divina.

Pío Baroja.— Los últimos textos sobre la guerra...sigamos hablando de este desastre.

Galdós.— La descomunal tragedia que así enardece a los gigantescos histriones que la representan en el escenario de Europa como al público mundial que aterrado les contempla, parece aproximarse a la emoción sublime de los últimos actos. Ya no es difícil adivinar el desenlace; mas continúan incógnitos los terribles duelos o inesperados accidentes teatrales que han de determinarlos. El Imperio ruso cuya grandeza moral se ha visto que no es inferior a la muchedumbre de sus combatientes, lleva hoy la parte principal en la espantosa contienda. El hecho de tomar el Zar el mando de su ejército ha sido para Guillermo II y Francisco José tan deplorable como un descalabro militar, pues la presencia del soberano ruso en el campo de batalla significa una negativa cortante y rotunda a los manejos habilidosos para conseguir que los moscovitas pidiesen la paz. No hay paz. Ninguna de las naciones pro-

vocadas a guerra por los imperios centrales pedirá la paz por separado. No puede haber paz mientras se dé este nombre a una tregua que sólo serviría para que el gigante germánico recibiera cómodamente los formidables instrumentos bélicos que, tras lenta y pacienzuda preparación, le han servido para pretender *la dominación del mundo*.

Pío Baroja.— Bien a la vista está que los inmensos organismos militares se van quebrantando y deshaciendo en las manos iniquitas del Kaiser, y que ya no le valen ni su familiaridad con el Altísimo, ni el formidable reclamo con que difunde su poder político, como un viajante de comercio pregonero de la bondad y baratura de los artículos industriales.

Galdós.— La paz vendrá cuando deba venir dictada por los que sobrenaden y respiren en las últimas ondulaciones de este naufragio de la civilización europea. Grande es Alemania, robusto su poder militar, hermosa su ciencia, indudable su cultura, potente su industria y refinadas sus artes. Nadie le niega su admiración por lo que tiene de admirable; pero todos tenemos derecho a vivir, y el pobre planeta en cuya desigual superficie nos ha tocado nacer y habitar no ha de ser para una sola raza. Queremos libertad; queremos que a todos se nos dé una parte de la injusticia humana, reflejo de la divina. El soberano juez, de quien se dice único lugarteniente el caballero de Hohenzollern, ha de repartir sus miradas entre todos los mortales. No ha de ser toda la protección para los luteranos como es creencia y anhelo de los católicos de acá que han perdido la chaveta. Protestaremos de que entre alemanes, austriacos y turcos se repartan bonitamente la protección del cielo.

Pío Baroja.— Lo que comúnmente se llama *Teatro de la guerra* ha llegado a tener en este momento de la Historia

proporciones colosales. Componen este inmenso mapa las tierras bautizadas una y otra vez con los nombres de las batallas más famosas que ha visto la Humanidad, y las aguas que rememoran las más altas proezas marítimas. Toda la atención del mundo está fija hoy en Oriente. Millares de ojos se clavan en los planos militares; millones de cerebros se entretienen en calcular hecho. Vivimos en un delirio de profecías y conjeturas. Hemos llegado a desviar nuestros ojos del laberinto telegráfico que diariamente nos trae la prensa, y no hacer más crítica que la que nos sugiere el sentimiento propio. A donde no llegan la técnica ni los testimonios que vienen de uno y otro bando llega la fe, la íntima claridad de filosofía de la Historia que a todos nos ilumina. Por esa Fe Histórico-Religiosa, que también es horror del absurdo, creemos en el triunfo de los aliados por donde viviere, y no concedemos parlamente a quien nos disputa esta firma creencia.

Pío Baroja.— Atendamos ahora a las diferentes conjeturas y opiniones técnicas. Hay quien ve la solución en las operaciones de los rusos entre Varsovia y la frontera moscovita. Los alemanes tratan de provocar a los rusos a una batalla decisiva; pero las tropas del Zar no se dejan coger en la ratonera y se escabullen donosamente conservando toda su fuerza. Complemento de este plan por parte de los rusos es invitar a los germánicos a participar con ellos de las delicias invernales de San Petersburgo o de Moscú.

Galdós.— Claro es que por enloquecido que esté el Kaiser no se dejará coger en la ratonera de hielo donde todas sus ilusiones se desvanecerían como se desvanecieron las de Napoleón hace más de un siglo. Otra conjetura es que los rusos les preparen a sus enemigos un movimiento envolvente en las líneas que ocupan ahora o en otras más favorables al caso. La estrategia es el recurso

más sutil del arte de la guerra, y los súbditos de Nicolás II tienen campo extensísimo y extraordinaria agilidad para estos movimientos que pueden acabar en victoria por la desesperación y el cansancio del enemigo...Olvidemos por el momento estas conjeturas y vamos a las que nos ofrece el tremendo nudo de los Dardanelos. ¡Oh, los Dardanelos, Constantinopla, los turcos! Este si que es nudo. Por desatarlo se han promovido espantosas guerras en la Edad Moderna, y ahora la actual guerra lo ha de cortar, pese a quien pese. Próximo está el fin y acabamiento del Imperio Otomano en Europa. Los augures profesionales y los que lo son por *diletantismo* vaticinan este suceso; la fe de que antes hablamos lo asegura sin que de ello pueda quedar duda. A un tiempo se resolverán la cuestión de Oriente y la cuestión de Occidente. Resucitará Bélgica; Alsacia y Lorena tornarán al hogar francés. Volviendo hacia Oriente pasamos por la gloriosa Italia, a la cual también aplicamos nuestro incondicional optimismo...

Pío Baroja.— En los Dardanelos está lo más duro de esta contienda titánica. ¡Y qué hermoso escenario, qué pintoresca variedad de perspectivas, qué gala de colores, qué deslumbrante luz en el cielo y en las aguas! Desde que Júpiter convertido en buey se echó a cuestras a la bella Europa para llevársela al Asia todo ese canal donde a la sazón combaten los aliados contra Turquía es como un resumen de los más sublimes hechos de la Historia del mundo. Al término de este pasaje resurge el ensueño de Constantinopla con su Cuerno de Oro, su Santa Sofía, sus palacios en que habitan la voluptuosidad y el misterio, su apretado caserío del cual se destacan, amenazando al cielo los afilados alminares.

Galdós.— ¡Felices los que vean a los soldados de Inglaterra, Francia e Italia entrar en esta incomparable ciudad

llevando por delante la insignia del cristianismo! Y la calamidad de la presente guerra será un mal venturoso si termina con el Éxodo del Islamismo hacia sus primitivos solares africanos y asiáticos. Si lo que anuncia nuestra fe clarividente es pronto un hecho, ¿veremos un nuevo Imperio de Oriente cristiano y eslavo? ¿O veremos una Confederación helénico-balcánica regida por un soberano que debe llamarse Constantino como el hijo de Santa Elena? A estas interrogaciones la fe aparta de sus ojos la venda que los cubre y graciosamente dice: «Hijo mío, ya sabes que yo no veo. Mi oficio es creer a ciegas. Cree tú también, déjate llevar de la mano por mi hermanita la Esperanza, y con los ojos de ésta, que son ojos de lince, verás lo que hubiere cuando llegue la hora feliz».

Pío Baroja.— No abandono estos lugares sin pasear mi fe por los Estados Balcánicos. Opinan los técnicos que las operaciones con los Dardanelos se enlazan estrechamente con la actitud de estas pequeñas nacionalidades que en parte deben su existencia a un origen diplomático. Si se pusiera en claro la existencia del convenio turco-búlgaro, tendríamos incompleta la conformidad de los países balcánicos con la *Cuádruple Entente*. Pero según parece, Bulgaria dilata su juego coqueteando un día con los aliados, otro con los imperios centrales, *viéndolas venir* como vulgarmente se dice. Las solapadas maquinaciones alemanas se ven y casi se palpan. Pero Bulgaria ha de mirarse mucho antes de ligar su suerte a la del moribundo corpa-chón otomano. Un eficaz avance en los Dardanelos, o un fuerte achuchón de los moscovitas en la frontera rusa, pondría término a la indecisión de Fernando de Bulgaria, que en su astuto juego aún vacila entre la carta germánica y la carta turca. La conferencia convocada por Vénselos ha iniciado una jugada sincera y valerosa que parece ir derechamente al copo de la banca enemiga.

Galdós.— El contacto con esta ideal región, me mueve a sacudir de mi mente, las inquietudes de la pavorosa actualidad, y a lanzarme a los espacios mitológicos buscando los caminos de la Ilíada donde encontramos entre los mortales, diosas tan lindas como Venus y Diana, y guerreros cuya grandeza supera a los modernos Federicos y Napoleones. En los propios caminos seguiremos los derroteros de Jasón, Teseo y Argonautas, huyendo de los sortilegios de Medea y Circe, presenciando el fin trágico de Agamenón, trabando amistad con Ulises hasta dejarle en el reposo de su casa de Ítaca y en los brazos de la ingeniosa tejedora Penélope. Estas tragedias de la antigüedad os embelesan más que las que vemos a nuestro lado. La cólera de Aquiles es más divertida que las arrogancias del káiser, y las voces tremebundas de los antiguos Oráculos, entretienen más que los bulos de las agencias berlinesas...pero nuestra obligación nos llama al mundo moderno. Dejemos a Homero y Esquilo en su serena inmortalidad, dejemos a los furiosos Átridas y volvamos a Guillermo II, autor evidente del gran cisco en que estamos metidos.

Pío Baroja.— Pero ¡ay! Que junto al Kaiser vemos a Goethe y Schiller, y la admiración que nos inspiran los dos grandes poetas alemanes nos sobrecoge, y si el respeto nos hace enmudecer por el pronto, luego nos inspira el atrevido pensamiento de proponer al mundo un congreso de poetas o magnos escritores, que unifiquen las encontradas opiniones que nos dividen en el modo de apreciar la presente guerra y la futura paz.

Galdós.— ¡Ea!: ya está convocado el ideal congreso. Vengan por Rusia, Tourgenief y Tolstoi; por Alemania los que ya están: Goethe y Schiller; mándenos Italia su Dante y su Tasso; tráiganos Francia su Molière y Víctor Hugo;



Inglaterra, Shakespeare y Milton. La presidencia efectiva de esta asamblea pertenece al gran dramaturgo Guillermo Shakespeare y la honoraria a los griegos Homero y Esquilo, que, situados en los más altos cielos del arte, darán solemnidad al congreso con su sublime presencia silenciosa...Y ahora hablen los poetas y cesen en el Senado que los escucha las gárrulas disputas entre germanófilos y aliadófilos, que embrollan el problema, atajan el paso de la Razón y retrasan el triunfo indudable del Derecho y la Justicia. Perdónenme mis lectores esta broma que les doy arrancando el *Juicio de Dios* del campo de las armas para llevarlo al campo de las letras.

Pío Baroja.— Porque lo que ocurre en el campo de las armas, bien claro está ya: la potente Germania está vencida. Todavía gallardea y embiste con bravura en los combates que se le ofrecen. El soldado alemán permanece impávido, ocultando con suprema dignidad su desfallecimiento. Pero el pueblo, la sociedad civil que en ciudades y aldeas del Imperio aguarda tristemente el fin de la guerra, ve convertidas en humo sus ilusiones mayores grandezas, ve y palpa el encarecimiento de la vida, la paralización en los talleres, el hondísimo desmayo precursor de la muerte en todos los negocios industriales y mercantiles. Sin probabilidades de conquista en territorios próximos, sin colonias en los mares lejanos Alemania vive hoy exclusivamente de una actividad epiléptica dentro del imperio, y de un verbalismo jactancioso lanzado al exterior con estallido de cohetes.

Galdós.— En cambio Inglaterra y Francia en su existencia moral nos ofrecen caracteres muy distintos. Ambos pueblos afrontan valerosamente las calamidades de la guerra, y en el fragor de la lucha conservan una serenidad majestuosa y hacen gala de una virtud soberana: la pa-

ciencia que, fortificada por la reflexión, conduce infaliblemente a la victoria. Ved el profundo sentido de la realidad con que Inglaterra y Francia, después de cerrar a los alemanes el camino de París, se consagran con admirable aplomo a contener al enemigo, tomándose tiempo para igualar y aun superar a los alemanes en el acopio de municiones. Lo que Alemania produjo en largos años de preparación, Inglaterra y Francia lo han hecho en meses. La maravillosa actividad de la fabricación inglesa dirigida por el inmenso estadista Lloyd George, es como un milagro de serenidad y paciencia. Francia no le va en zaga, y sus talleres suministran fabulosas cantidades de proyectiles. Se avecinan los acontecimientos definitivos: el choque de la paciencia reflexiva contra la furia descompuesta.

Pío Baroja.— Aguardemos tranquilos el final de la tragedia, sin desear que se precipite. Y esperémoslo embozados en nuestro optimismo, llevando por delante la fe que, sin ver, ilumina y conforta. Pasemos por alto las incidencias de la tirantez de relaciones entre Alemania y los Estados Unidos, el estira y afloja de Bulgaria, los triunfos de Italia sobre Austria, actos más positivos que brillantes pero de una eficacia indiscutible; dejemos también las anunciadas ventajas de los aliados en los Dardanelos, las hecatombes de Armenia, el ir y venir de rusos y germanos en las Estepas del Norte; dejémonos de todo eso, y apartemos los ojos de la inextricable confusión de los telegramas, que diariamente nos ofrecen los periódicos afectos al uno y otro bando, y continuemos aguardando la solución encastillados en las atalayas del bendito optimismo.

Galdós.— Hay que decirlo mil veces. En esta catástrofe de grandeza mundial, bien examinados los elementos que intervienen en ella no hay coda peor que entregarse a la desesperación y al pesimismo. O hay Providencia o no

hay Providencia. O una suprema Razón gobierna al mundo, el mundo está entregado a las potencias de la Sinrazón. Locos están los que en este caso nos abracen a la santidad del Optimismo. La Fe ciega y persuasiva me anuncia la resurrección de Bélgica y el triunfo de la Razón y la Justicia. Negras y angustiosas son aún las pesadillas; mas al despertar de ellas con vigoroso salto hacia la realidad, recobramos prontamente la visión serena de los hechos iluminados por nuestro optimismo. Las profecías, que más que profecías son términos de una lógica infalible, se van cumpliendo. Lo primero que nos salta a los ojos es la situación de los beligerantes en el tablero Oriental de la lucha.

Pío Baroja.— Después del triunfo de los rusos en Vileika podemos afirmar con datos fidedignos, que en el enorme frente desde el Báltico a Rumania tienen los moscovitas dos millones de hombres contra dos millones y medio de alemanes. Y en Petrogrado se disponen a entrar en campaña la friolera de un millón quinientos mil combatientes bien provistos de municiones y de los formidables ingenios de guerra que se llaman patriotismo ardiente y confianza en la victoria.

Galdós.— En Occidente, donde la ingeniería militar ha introducido la diabólica invención de guerra de trincheras, sepultando los combatientes en socavones habitables y hasta cómodos, para que los seres humanos se maten a grandes distancias con terribles duelos de artillería, se han impuesto los aliados una virtud que ha resplandecido con igual fulgor en las edades místicas y en las edades heroicas: la Paciencia. Si en los anales de la santidad hallamos ejemplos mil de la eficacia de esta virtud, los anales de la guerra no son menos fecundos en sublimes casos de tenacidad y paciencia. Veinticinco años (se dice muy pron-

to) tardaron los romanos en rendir a Numancia. Cinco ejércitos mandados por otros tantos generales enviaron a Roma sucesivamente contra los testarudos numantinos. Más grandiosa lección de paciencia por una y otra parte no se encontrará en la historia de ningún pueblo. Los romanos, que empezaron el cerco estableciendo tiendas de campaña, hubieron de establecerlo después con edificios de mampostería y parapetos o socavones como los que ahora se usan en el Norte de Francia y Bélgica.

Pío Baroja.— Los niños numantinos amamantados en los comienzos del asedio de la ciudad, crecían y se desarrollaban confundiendo los juegos infantiles con las enseñanzas del ejercicio militar. Pasaban años y los chiquillos manejaban airosamente la honda y las fechas, y antes de ser hombres eran asombro y espanto de la invicta Roma. Los que nos morían en la titánica lucha llegaron al fin del asedio en edad viril y asistieron a la caída de Numancia, la más pavorosa hecatombe que han visto los siglos.

Galdós.— Ante este inaudito alarde de paciencia ¿qué valen la descomunal terquedad del patriarca árabe Job, ni el estudiado sufrimiento de los anacoretas o las batallas espirituales de los innumerables santos y santas, que empezando por vencerse a sí mismos, en largos años de mortificación concluyeron por asediar la bienaventuranza eterna, ganándola al fin para gloria suya y de la Humanidad?

Pío Baroja.— En este recuerdo de Numancia igualo a sitiados y sitiadores en el ejercicio de la preciosa virtud. No vea el lector de una parte a los aliados y a los hermanos de otra.

Galdós.— He querido expresar la idea de que en la actual guerra no llegaremos a la paz sino por el camino

de la paciencia. ¿Tardará veinticinco años la paz? Mi Fe me dice al oído que en la cronología moderna los años de Numancia se llamen ahora meses.... Por lo demás, Francia, la encantadora y augusta Francia, es la que ha iniciado el sistema de guerrear esperando, o de avanzar hacia el enemigo con paso de elefante cargado de razón, y llevando a su espalda enorme reserva de municiones. La eficacia de esta lentitud abrumadora que acredita el genio de Joffre se manifiesta en las victorias alcanzadas por los franceses recientemente, desalojando a los alemanes de gran parte de las trincheras en que se albergan.

Pío Baroja.— Paciencia contra paciencia, los galos serenos y festivos arrebatan palmo a palmo el terreno en que se clavaron su planta los cachazudos soldados de Guillermo II. A los últimos reveses de Alemania en la Champagne y en el Artois, añádase el descalabro en las colinas de Tahure, donde dejaron mil prisioneros. Y como la intensidad de la guerra en el frente ruso y en la frontera de Servia no es permite traer tropas a Occidente, Inglaterra, Francia y Bélgica empujan más cada día conservando su metódica fuerza, y una moral más preciosa que la fuerza misma.

Galdós.— En el pueblo inglés la potencia espiritual supera a cuanto pueda imaginarse. Concertadas las muchedumbres obreras con las altas personalidades aristocráticas y políticas, se ha llegado a un grandioso acuerdo para la producción fabulosa de municiones y para multiplicar el contingente de hombres en campaña. Después de las asambleas de Bristol y de las avenencias entre patronos y obreros, no se necesita alterar la complejión democrática de la Gran Bretaña estableciendo el servicio militar obligatorio, porque éste puede ser suplido por el alistamiento voluntario. Véase aquí el poder anímico de la raza inglesa

y su influencia decisiva en las ocasiones más graves de la historia del mundo. Inglaterra es la razón, Francia la cultura, Bélgica la justicia, Italia el principio de la nacionalidad, Rusia la fuerza numérica y extensiva. Este conjunto de pueblos resulta formidable y estético; es bello y práctico. Tan claro es su triunfo como la luz del Sol que nos alumbra.

Pío Baroja.— En el frente ruso, los alemanes han perdido mucho terreno. Intentaron nuevas conquistas en Novo Alexandrof y en el Norte de los lagos del Drisdofy; pero fueron rechazados después de una terrible lucha de artillería. Además, parece cierto que los rusos han obtenido una gran victoria en las cercanías de Dwinski, por la cual han podido seguir enérgicamente su ofensiva. En estas operaciones han conseguido reducir a los alemanes a la inercia...

Pío Baroja.— De las extraordinarias cualidades del soldado ruso ha dicho Enrique Lavedan: «Al nacer, ya presidente su desierto gris. Por privilegio es inmune contra la distancia, cuya hostilidad desconoce. La distancia es su amiga, su bienhechora. La tierra, el cielo, la rudeza del clima y de las costumbres parecen también dar al ruso una potencia especial...De alta talla, hercúlea, de amplio pecho y miembros robustos, parecen nacidos para la carcería de grandes bestias. No siendo inmortal, el ruso puede morir, pero sin ser vencido».

Galdós.— Claramente se ve que las naciones aliadas llevan la mayor parte en la dura contienda y que los imperios centrales van muy de capa caída. El único punto obscuro y dudoso está en los Balcanes y en las aptitudes germanófilas de Fernando de Bulgaria, al parecer contrarias a la opinión del pueblo. Contra lo que se creía, Bul-

garia se obstina en atacar a Servia, olvidando su deuda de gratitud con Rusia; y en tanto, Grecia, que parecía inclinada a secundar la política militar de la *Cuádruple*, sale ahora con un protocolo de subterfugios y declaraciones equívocas que no acreditan la seriedad de sus hombres públicos ni de su soberano.

Pío Baroja.— La hermosa figura de Venizuelos se ha oscurecido un tanto al atenuar hoy lo que ayer declaró ante la cámara de Atenas, y el rey Constantino, quitando y poniendo ministerios de una manera arbitraria y ridícula, y proclamando tan a deshora una neutralidad platónica que no corresponde a la gravedad de la crisis que conmueve a los países balcánicos, compromete la suerte presente y futura de la nación helénica.

Galdós.— Si es lícito comparar las cosas grandes y transcendentales con las pequeñas de un orden familiar y humorístico, me tomo la libertad de indicar que los pueblos balcánicos recuerdan el gracioso barullo *de La casa de tócame Roque* divertida creación de nuestro inmortal sainetero Don Ramón de la Cruz véase el enredo.

Pío Baroja.— Los griegos, coqueteando con Alemania, hacen con gusto el desembarco de tropas francesas en Salónica; la escuadra rusa bombardea el puerto búlgaro de Varna; el ejército búlgaro activa su movilización y no puede impedir la desertión de sus soldados al territorio rumano; Vénselos declara con cierto lirismo que el acuerdo entre Servia y Grecia sigue en pie u no oculta su simpatía por los aliados; Fernando de Bulgaria se lanza contra Servia y su embajador en San Petesburgo desapruueba públicamente la actitud de su Soberano; el Gobierno de Grecia se dirige a Francia declarando que observará una neutralidad *benévola*; en el ejército búlgaro hay 3000 ofi-

ciales alemanes; Inglaterra dice a Grecia que todas las mercancías destinadas a Bulgaria sean consideradas contrabando de guerra; los socialistas búlgaros se declaran germanófilos; fuerzas alemanas se aproximan a Belgrado y aun parece que han entrado en la capital Serbia; Alemania y Bulgaria amenazan a Grecia; el Rey Constantino empieza a darse cuenta de que Grecia pagará los vidrios rotos...

Galdós.— Tal es, en rápidas indicaciones, el estado de nudo balcánico, que ha de ser deshecho o cortado por fuerzas europeas de mayor fuste. Sin negar la importancia a los familiares peleas entre los pueblos danubianos, conviene determinar que todo esto es accidental, un relieve, un adorno más, en el fatídico monumento de la guerra europea. El desenlace, y con el desenlace la paz, no ha de ser dictado por las figuras menores, sino por los grandes caudillos que fulguran en el teatro anglo-francés de Occidente o en el vasto escenario Oriental de Rusia.

*Quando llega alguna visita, don Benito interrumpe para recibirla y a continuación reanuda la labor que dura siempre hasta las once y media, hora en que sale a dar un paseo en coche. A la una regresa, come y vuelta al despacho, vuelta a dictar hasta las cinco. Otro paseo hasta las seis, y a esta hora a trabajar de nuevo en su hotel hasta las ocho y media. A las nueve, cena don Benito y a las diez se acuesta. Un sueño tranquilo y reparador pone nuevas energías en aquel cerebro que mientras está despierto no sabe ser ocioso. ¿Su vida pasada? Ha sido siempre igual, con bastante semejanza a la que tiene hoy, pues de todo lo que estamos dando noticia la vida de Galdós fue siempre tranquila, concentrada, una vida de trabajo y de estudio, alegrada por las sensaciones de interesantísimos viajes y por las charlas amenas de las tertulias del Ateneo y del*



*salón de Conferencias del Congreso. Aun en su juventud, fuera de la lucha por triunfar en su arte, una lucha que se dulcificó pronto ante el caudal de méritos y talentos del gran escritor, no tuvo en su vida grandes palpitaciones fuertes ni azarosas.*

## X

# Entre mujeres. Dirigiendo el Teatro Español Algo de Valle

*L*a sencillez y la modestia de Galdós llegan a tal extremo, que no desdena las opiniones de nadie, por humilde que sea, acerca de sus obras. Y cuando alguien le dice que no le ha gustado algo de lo que ha escrito, lo toma en cuenta sin rebatir el juicio. También su exquisita bondad disculpa en el acto toda indiscreción, hija del poco discurso. Cierto día, un ciudadano de esos cuya inteligencia es muy inferior a su desenfado, dijo a don Benito, al mismo tiempo que le saludaba: «Ya he leído algunas de las cosillas que usted escribe». Galdós sonrió. Lo que le molesta básicamente a don Benito, es que cartas y documentos confundan su nombre y apellidos y le pregunten dónde se venden sus obras, porque esto indica una estultez imperdonable.

Pérez Galdós estrenó así la primera pieza dramática de Sofía, *La madeja*, el 12 de marzo de 1913. El argumento

*de la obra respondía a la idea de que las extranjeras, con su afán de emancipación, deseaban la destrucción de la familia*

## **Sale por la izquierda a escena la escritora, periodista y dramaturga**

### **Sofía Casanova. Galdós permanece en su sillón**

Sofía Casanova.— Maestro, mire que siempre he querido agradecerle que me dejara estrenar en el Español una de mis obras, *La madeja*, con lo difícil que estaban estos asuntos en aquel 1913 y todos sus colegas presionando para que le estrenara obras...sobre todo don Ramón del Valle Inclán.

Galdós.— Sí, en efecto. Como ya sabe no soy muy del gusto de orear esos asuntos ni ninguno, menos con respecto a las vicisitudes con mis colegas y amigos, aunque en ello saliera yo perdiendo considerablemente.

Sofía Casanova.— Dos causas determinan, principalmente, el carácter de las personas: las cualidades innatas, o las que nacen y se desarrollan en la naturaleza a consecuencia de la educación y del trato. Son éstas las que, por lo general, enaltecen o rebajan el alma de la mujer, que, más flexible y movediza que su compañero, en goces y desdichas, cede, prontamente, a la influencia exterior, adopta las ideas y los sentimientos que se le imponen, y concluye por no ser sino lo que el hombre quiere que sea. La mujer aislada, sobre todo en nuestro país, donde la emancipación de tan privilegiado ser no ha pasado de los códigos de alguna asociación extravagante, ofrece bien escasos tipos a la investigación del hombre observador y curioso.

Galdós.— Para explorar con fruto en la muchedumbre femenil, es preciso considerar a la mujer unida, formando, ya la pareja social y siendo un reflejo de las locuras o de las sublimidades del hombre. ¡Y qué singular aspecto ofrecen las cualidades de éste, pasando al través del carácter de su compañera, como pasa la luz, descomponiéndose y alterándose, al través del cristal! Habréis visto, muchas veces, pasearse por la escena del mundo, al avaro, al hipócrita, al mentiroso, y a otros muchos, más o menos raros. Todo esto es muy curioso; pero ¡cuánta mayor extrañeza no ofrecen tales y tan feos o risibles vicios, si encarnados en el alma de un hombre, se proyectan, digámoslo así, como sombras, sobre el alma de una mujer, sin contaminarla! Es de suponer que más de una vez habréis fijado la atención con asombro, en esos seres desdichados que el mundo designa llamándoles la mujer del avaro, la mujer del hipócrita, pobres hembras que en sí no son ni avaras ni hipócritas, pero que, por vivir unidas a quien posee cualquiera de aquellas fealdades morales, se distinguen de las demás de su sexo, y son una especialidad, como otras muchas marcadas, desde el nacer, con indeleble sello. Son el marido mismo, imperfectamente reproducido; son un facsímil incorrecto, una aberración fotográfica, una vislumbre, una caricatura, si se quiere.

Sofía Casanova.— Estas consideraciones hemos hecho buscando entre la multitud de hembras de todas clases que pueblan y regocijan el suelo de la católica España, una que se distinguiera, entre todas las de su sexo, por un desmedido amor a los trabajos especulativos; y digámoslo, en honor de la verdad, casi en honor suyo, no la hemos encontrado.

Galdós.— La filosofante no existe; este monstruo no ha sido abortado aún por la sociedad, que, sin duda, a pesar

de la turbación de los tiempos, no ha encontrado materiales para fundirla en la misma turquesa de donde salió, hace medio siglo, la literata sentimental, y hace treinta años, la poetisa romántica.

Sofía Casanova.— Es cierto que hace poco ha aparecido una excrescencia informe, una aberración que se llama la mujer sufragista; y puede ser que las fuerzas generadoras de la naturaleza hayan lanzado al mundo en este tipo un esbozo de la filosofante que ha de venir, cuando Dios se fuere servido de fustigar con nuevos azotes, este tan apaleado linaje a que pertenecemos.

Galdós.— Pero sea lo que quiera, ello es que la mujer consagrada a las investigaciones de la idea pura no existe, por lo menos entre nosotros. Aun no tenemos noticia de que haya sido el terror de cualquier barrio de Madrid, una krausista, una hegeliana, una cartesiana o una peripatética. El único ser que alguna semejanza pudiera tener con las anteriores personalidades enteramente convencionales, es la mujer del filósofo, y a tan desdichado cuán anómalo ejemplar de la rareza humana, ahora estamos hablando. Y aquí viene, como anillo al dedo, el nombrar a doña María de la Cruz Magallón y Valtorres, mujer casada, por lo religioso y lo civil (*aeclesia et republica*) con uno de los más estupendos sabios de estos tiempos; hombre que, a tantas y tantas calidades propias de su inteligencia, añade la de ser bibliófilo, anticuario y rebuscador de papeles viejos, con lo cual dicho se está que calienta una silla en cada uno de esos panteones que se llaman Academias, y goza, entre los doctos, de un prestigio parecido al que inspiraban aquellos antiguos oráculos tan ininteligibles como graves, y objeto siempre de admiración ciega y supersticiosa.

Sofía Casanova.— Pues bien; el doctor X inspira a cuantos le rodean, un sentimiento parecido a la superstición, y la persona más fascinada es su consorte, que se considera puesta a gran altura sobre las demás de su sexo, por estar enlazada con varón tan por encima de los otros mortales. Este matrimonio vive modestamente, aunque sin estrechez, porque el lujo chocaría de frente con los fueros de la filosofía, y la miseria es exclusivo don de poetas y literatos, alcanzando rara vez a los académicos y a los árcades. No tienen hijos, pues a nadie se esconde que los filósofos sólo se reproducen de peras a higos y en muy contadas ocasiones, por contener en sus naturalezas contemplativas la menor cantidad posible de animal. Aquel hogar no se parece a hogar alguno, del mismo modo que el filósofo no tiene punto de semejanza con ninguna otra curiosidad de la creación.

Galdós.— Nos está vedado penetrar en ciertas interioridades del matrimonio; pero aun sin necesidad de hacer exploraciones indiscretas, sabemos que el doctor X se consagra, noche y día, a sus estudios, sumergiéndose en cuerpo y alma en el océano sin fondo de la idea. En tan fatigosa tarea, el buen hombre se consume y adelgaza; el desarrollo excesivo de sus facultades mentales impide en él todo otro desarrollo, y cada vez es más espíritu y menos materia, según su gráfica expresión. El día no tiene bastantes horas para su trabajo, ni la lámpara de la noche suficiente petróleo para alumbrar su incesante lectura, escritura o meditación. Revuelve mil libros, hojeara códices, saca apuntes, escribe cuartillas, y se enflaquece, como si cada idea le sacara del cuerpo una buena porción de su natural substancia. Añádase a esto que es sobrio sobre toda ponderación, más en el beber que en el comer, y se comprenderá cómo el doctor X va, paso a paso, encaminado a asimilar su naturaleza con la de un exprimido y

enjuto bacalao. Y en tanto (*¡oh falta de equilibrio!*) doña María de la Cruz engorda más cada día, y rebosa salud por todos sus poros.

Sofía Casanova.— Pasa un año y otro, y la mujer del filósofo no tiene hijos a pesar de desearlos ardientemente, aunque no sea más que uno, que perpetúe las glorias de su padre. La infeliz contempla el perenne afán de su esposo, advierte cómo se espiritualiza y adelgaza el sabio entre los sabios, y cada día se aburre más. Este aburrimiento va creciendo y apoderándose de su espíritu. La mujer del filósofo también tiene sus horas contemplativas y sus momentos de profunda abstracción.

Galdós.— A su casa no van más que sabios, pero ¡qué sabios!, académicos de todas las corporaciones conocidas y algún discípulo con antiparras, amarillo como un códice y desabrido como un sistema filosófico. Ninguno de estos seres saca a doña María de la Cruz de su aburrimiento, así como tampoco el buen doctor X, que, cuando se encuentra a solas con ella, y en los breves momentos que le deja libre el trabajo, le explica complicadas teorías sobre la naturaleza y el espíritu. Él tiene costumbre de relacionar siempre el efecto con la causa en todos los accidentes de la vida; pero esto no es entretenimiento para la melancólica esposa, que cada día se aburre más.

Sofía Casanova.— En las casas de todas estas veneradas personas suele haber reuniones íntimas, sobre las cuales los respectivos sabios que habitan allí, proyectan triste y fatídica sombra. En casa de los Cazuelo de la Piedra, el niño recita por las noches la conjugación griega, para que la tertulia admire precocidad tan inverosímil. En casa del profesor de sánscrito, Pepita hace minuciosa relación de

la ceremonia del último grado conferido en la Universidad, y pasa revista a todas las togas rojas, amarillas o azules que exornaban tan interesante escena. En casa del hebraizante, su hermana no puede eximirse de referir los triunfos académicos de aquél, el número de prólogos que lleva escritos, para apadrinar otros tantos libros, y la cantidad de ediciones de sus obras que han hecho los librerros de Leipzig y Francfort. ¡Ciencia, ciencia por todas partes, en casa y fuera de casa! doña Cruz se aburre más cada día, y remedando a su esposo en las aficiones contemplativas, busca consuelo en la soledad, y se extasía evocando algún recuerdo de cosa ignorante, profana e iliteraria, que endulce tan desabrida existencia.

Galdós.— Con estas ideas, doña Cruz se asoma al balcón de su casa y contempla con arrobamiento la muchedumbre que va y viene, el vulgo alegre, movible, ajeno a las abstracciones, y que no estudia, ni escribe, ni se consume día por día. doña Cruz siente una admiración instintiva hacia todo lo que es ignorante, y aborrece aquella perfección intelectual que distingue a su consorte de las demás curiosidades de la creación. Y sigue él adelgazándose y consumiéndose, y ella echando carnes y reventando de salud y lozanía. Pasan arios y ningún hijo viene a hacer menos tristes y soporíferas las horas de este matrimonio. Está escrito que el filósofo no ha de reproducirse, y que en la tierra no ha de quedar un vástago para perpetuar las abstracciones del uno y los tormentos de la otra. Ella, que se cree de una fecundidad prodigiosa, está destinada a no ser madre. ¡Terrible privación! En vano su esposo le explica un día en que, por casualidad, hablan de este asunto, la teoría de las Mónadas de Leibnitz. Ella no entiende de mónadas, y llora la esterilidad de una unión formada por dos seres de tan diversa naturaleza y espíritu.



### **Vuelve a sonar un violoncello con una de las melodías favoritas de don Benito, Bach**

Sofía Casanova.— Don Benito, esto parece uno de nuestros juegos literarios, dice usted, digo yo. Pues ahí sigo: Pero llega un momento en la vida de nuestra heroína, en el cual se para, piensa, calcula y toma una resolución definitiva. Conviene hacer aquí una bifurcación, es decir, considerar lo que haría la mujer del filósofo en dos casos distintos, según los sentimientos y la educación que le supongamos.

Galdós.— Al llegar al apogeo del aburrimiento —y sabido es que la mujer puede hacer frente al peligro y a la desgracia, pero jamás al hastío—, al llegar a ese instante supremo en que es difícil aguantar más tiempo el peso de la cruz que se lleva auestas, la esposa del doctor X puede seguir dos caminos: o llenarse de resignación y seguir adelante, o cortar por lo sano y romper los lazos morales y sociales, volviendo la espalda a dos cosas igualmente austeras, la moral y la ciencia.

Sofía Casanova.— Si la mujer del filósofo es una de esas naturalezas impresionables y nerviosas, de fácil voluntad y dispuestas a dejarse arrastrar por cualquier arrebato de pasión o despecho, entonces es probable que busque fuera de casa lo que en ella no ha podido encontrar, y abandone para siempre la compañía de tan extraño ser. Incapaz de elevar su espíritu a las regiones de lo absoluto, tira a lo vulgar, como la cabra al monte; no comprende lo meritorio que sería unir, hasta el fin, su existencia a la de aquel buen hombre tan superior, por la inteligencia, a los demás de su especie, y huye buscando, lejos del santo hogar de la ciencia, las distracciones y los placeres que allí no existen. No puede soportar el fastidio,

cree que tiene derecho a la mitad de las horas y a la mitad de la atención que su esposo consagra a abstrusas cavilaciones. Es orgullosa y egoísta. La gloria no vale más que ella; todo lo quiere para sí; no comprende que quepa en el hombre otro amor que el de la mujer, ni otro anhelo que el de contentarla. Turbada, desalentada y ciega, da el paso fatal y no vuelve más al buen camino.

Galdós.— (*Mirando fijamente a su bella contertulia.*) Pero si por el contrario, la mujer del filósofo es persona que tiene alta idea del deber y recta conciencia; si tiene en el fondo del alma esa fuerza incontrastable que vence las momentáneas y seductoras alteraciones nerviosas; si sabe sobreponer la voz serena de su razón a la chillona algarabía de los sentidos que clama sin cesar en momentos de turbación moral y de duda, entonces inclinará la cabeza respetando el destino y las conveniencias sociales, se encerrará en la triste vivienda, continuando en el desempeño de su fastidioso papel, con cristiana resignación.

Sofía Casanova.— ¡Y cuidado si es triste su casa! Allí, ni un niño que juegue, ni un perro que ladre; ningún extraño y disonante rumor ha de turbar el silencio profundo en que necesita vivir la inteligencia del sabio. Algunas flores crecen, tristes y descoloridas, en un balcón, esforzándose en alegrar aquel recinto. Los días son más largos allí adentro, y las noches parece que no tienen fin. El *tic-tac* de un reloj está diciendo continuamente los instantes de tristeza que transcurren, y allí la uniformidad es la vida, y el fastidio es un sistema.

Galdós.— Entre tanto, algo se ha de hacer para calmar la impaciencia y natural inquietud de que la mujer del filósofo está poseída. Anhelando ejercitar las fuerzas de su espíritu, en alguna cosa, se hace mojigata, y ya la tenéis

metida en el golfo de las más obscuras abstracciones, casi lo mismo que su esposo. Pasa todos los días cuatro horas en la iglesia, comiéndose a Cristo por los pies, como vulgarmente, y de un modo muy gráfico, se dice. Goza mucho contemplando la faz amarilla y charolada de este y del otro santo, y se entretiene en aquel inocente y soso comercio, con las imágenes, atiborrándose de letanías, rosarios, novenas, cuarenta horas y demás refrigerios espirituales. Su marido, entre tanto, se guarda muy bien de cohibir tan inofensivo pasatiempo, y como advierte que ella se va volviendo cada vez más austera, más agría y sobre todo más impertinente, él, por su parte, se va encerrando más dentro de su filosofía, como el galápago dentro de su concha. Se van reconcentrando uno y otro, aislándose cada día más, viviendo dentro de sí, con menosprecio y desgana de todo lo que pasa al exterior. Pero véase qué singular desequilibrio: él enflaquece más y más con sus libros, y ella crece en gordura con sus santos. La disparidad aumenta. Hoy son más antitéticos que ayer, y mañana más que hoy, porque el filósofo es cada día más filósofo, y su esposa cada día más mujer.

Sofía Casanova pasea por el salón. Se hace el silencio por un momento

Sofía Casanova.— (*Observando con atención a su contertulio.*) Así pasan los años, y él se seca. El ejercicio de pensar consume la savia de su cuerpo, como una llama el líquido que le da la vida. Aquella máquina se va a pasar, fatigada de tanta faena, y el buen espíritu de nuestro doctor agita las alas, preparándose a partir para la región de donde quizá no debía nunca haber salido. En una palabra, el filósofo se muere del modo más apacible y sencillo del mundo; inclina la frente sobre el libro, contrae ligeramente los músculos de su rostro y expira. Su mujer se le

encuentra así, cubierto de una aureola de gloria, y mal alumbrado por la débil llama de la lámpara, que se extingue también poco a poco por no vivir más que su dueño.

Galdós.— ¿Y qué siente doña Cruz en aquel supremo instante? La mojigatería produce cierta insensibilidad; pero no es tanta la de la mujer del sabio, que permanezca indiferente ante la ascensión —así puede llamarse— de éste. Después de todo, y a pesar de su pena, a doña Cruz le parece que no se ha muerto nada en la casa. Un cuarto vacío, un libro huérfano y la ciencia de luto, según la fórmula oficial publicada al día siguiente en los periódicos. Doña Cruz lee, con gozo mezclado de melancolía, los elogios póstumos, las gacetillas apologéticas, la ofrenda final de insípidos ditirambos que acompaña la inhumación del filósofo. Aquel matrimonio ilógico se deshace; aquel lazo absurdo se rompe; aquella pareja formada tan sólo por lo convencional, y en ningún modo por la naturaleza, se desbarata. La mujer del filósofo queda libre; pasan meses, y ¡cosa singular!, ya la compañía de los santos no le es tan agradable; la casa se anima; caras alegres y voces sonoras sustituyen a la voz y a la cara del profesor de sánscrito y del astrónomo del Observatorio. Doña Cruz sale y entra, va aquí y allí, se sonríe, y un día... ¡cielos! se casa. Inútil es decir que su segundo esposo no es ningún filósofo ni otro ser alguno que remotamente se le parezca. Es un señor de la curia, retirado a la vida privada después de hacerse rico; hombre ignorante y vulgar si los hay en la tierra. ¿Necesitaremos decir que doña Cruz tiene un chiquillo todos los años? No; esto se supone.

Sofía Casanova.— Lector impresionable, público observante, no vayáis a deducir de esta fabulilla, retrato, cuadro de costumbres o historia, si quierdes, que los filó-

sofos no deben casarse. ¡Qué herejía! Cásense enhora-buena; pero ya habrás observado más de una vez en cuántos apuros domésticos se ven metidos los hombres demasiado sabios, demasiado estudiosos y demasiado abstraídos. La inteligencia, lector amigo, también tiene su higiene, y si a esto añades que ninguna mujer casada con filósofo seguirá fácilmente a su marido a las regiones de la idea pura, puedes deducir la moraleja de este trabajo.

### **Se escuchan aplausos, ambos permanecen en la escena**

Sofía Casanova.— Mi muy apreciado maestro, cuénteme por favor, cómo fue su paso por la dirección durante el año de 1913 en el Teatro Español. ¿Qué pasó con Valle Inclán? ¿Qué sucedió entre ustedes? Le voy a leer por ejemplo un artículo que escribió don Ramón en *La Correspondencia de España*, un 6 de julio de 1902 y después intente explicarme qué pasó, por favor.

*Ha comenzado el maestro la cuarta serie de los Episodios nacionales. Nuestro gran don Benito tal vez abriga el generoso propósito de darnos completa la historia del siglo XIX. Alcanzado ese monumento de la literatura española, acaso sueña el maestro, como el término más venturoso, con sentarse en la estela del camino y contemplar sus obras en silencio y en paz, como ha vivido siempre. La tarde le cubrirá de luz y de gloria.*

*Este último Episodio, que acabo de leer en pocas horas, sin descanso y sin fatiga, es un admirable relato.*

*Las tormentas del 48 son las memorias amables, egoístas y burguesas de un muchacho muy despierto que aborrece los hábitos faltos de vocación. Hermano de un prestamista y de una monja, y por valimiento de ellos rico y*

*ennoblecido de la noche a la mañana, parece el símbolo de esa aristocracia híbrida y rampante formada de aluvión, sin ningún prestigio tradicional e histórico y sin ninguna de las fieras virtudes populares.*

*Taifa de logreros y de agiotistas, que restaura y dora los más ilustres blasones en la oscuridad de una trastienda, y procura dar pátina a los nuevos con el bumo de los incensarios en la paz de las sacristías. Aristocracia nacida de la vanidad y del expolio, que triunfa en la Bolsa y malbarata en la política.*

*Ya Eufrasia, la dama de los ojos morunos, con frases de profundo sentido y de malicioso donaire, predice a su enamorado galán esta metamorfosis de la sociedad española. —Hágase cargo de lo que pasa. La aristocracia histórica, que no sabe administrar su riqueza ni cuidar sus fincas, se va quedando en los huesos. Toda la carne viene a poder de los del estado llano, que cada día afilan más las uñas, y acabarán por ser poderosos. ¡Como que también están afanando lo que fue de frailes y monjas!... Claro que luego volverán las aguas a su nivel; los que vivan mucho verán cómo se forma una nueva aristocracia de la cepa de esos ricachos, y cómo recobrará el clero lo suyo, no sé por qué medios, pero ello ha de ser. El mundo da vueltas, y al cabo de cada una de ellas se encuentra donde antes estubo. Por esto digo yo que andando hacia adelante, andamos hacia atrás.»*

*Las tormentas del 48 marcan una nueva manera dentro de los Episodios.*

*La visión del medio social parece más amplia, y adquiere muchas veces un noble carácter de severidad moral y política. En Las tormentas no hay heroísmos populares ni caudillos valerosos.*

*¡Son otros los tiempos!*

*El maestro recuerda más sus novelas como Lo prohibido que sus episodios como Trafalgar, Zaragoza, Juan Martín,*

*Zumalacárregui, Luchana y Montes de Oca. Acaso en Las tormentas del 48 se inicia por primera vez la decadencia del alma nacional. Con la nueva aristocracia que se forma, comienza la lepra que nos devora hoy. El vampirismo de los poderosos y la indiferencia del pueblo. Los motines, las asonadas, los pronunciamientos que estallan todos los días son únicamente obra de generales y de políticos despechados, ávidos de medro personal.*

*Ya en su tiempo lo creía así aquel Pepito Fajardo, protagonista de Las tormentas del 48. En sus Memorias o Confesiones escribe: «La verdad, ni a mí me interesa grandemente la detallada relación de los movimientos de la tropa leal y de la tropa rebelde, con tanto general que va y viene de calle en plaza, o de uno a otro cuartel, ni creo que la remota posteridad que esto lea con ello se divierta ni se instruya. Porque, si bien se mira, por lo muy repetidos son estos movimientos sediciosos como los amanerados poemas de corta inspiración y de frase pedestre, y sólo en el caso de que el triunfo los haga eficaces merecen la atención de las gentes.*

*En los pronunciamientos fallidos veo yo la más tediosa sarta de alehuyas que nos ofrece nuestra historia. Mirémosla de prisa y pasaremos a otro asunto. Por mi gusto, no me habría detenido en puntualizar la psicología de aquel movimiento; todo era vanidad, interés de personas.*

*Salamanca, Buceta, León Bullwer, Gándara y luego una cáfila de nombres de progresistas, llenaban la histórica alehuya.»*

*¡Qué lejos estamos del ingenuo y fervoroso patriotismo de Rafael (sic) Araceli, del nombre y caballeresco entusiasmo de Salvador Monsalud, del romántico y juvenil ardimiento de Fernando Calpena! ¡Cómo ha degenerado la raza! Pepe Fajardo no pasa de ser un muchacho listo, con cuatro libros en la cabeza, mucha ambición y muchas trampas.*

*Yo lamento que hubiese perdido en Roma la gracia de Dios y aborcado los hábitos, porque el ex seminarista nos regaló con tan larga y lúcida descendencia, que apenas hay español con prebenda, que no sea su hijo o cuando menos su yerno.*

*En Las tormentas del 48 maravilla la poderosa visión del maestro. Palpita en los otros Episodios la fuerza creadora, la inspiración serena, llena de simpatías humanas, que tienen a veces, como el Romancero, un aliento popular y heroico, pero en este último Episodio el maestro no se muestra solamente como prodigioso creador de hombres y de mujeres. Resucita toda una sociedad.*

*Las gentes del año 48 comparecen a nuestra vista con los mismos cuerpos y almas que tuvieron, como sin duda comparecerán en el valle de Josafat.*

*A este propósito recuerdo un artículo de don Federico Rubio, que leí hace mucho tiempo en no sé qué revista médica. El artículo parecía escrito para refutar ciertos casos de telepatía, que pudieran tomarse por adivinaciones de lo pasado y de lo venidero. Don Federico Rubio, después de dar una explicación científica, recordaba los Episodios nacionales, y decía poco más o menos: «Don Benito Pérez Galdós retrata personajes históricos que no pudo haber conocido.»*

*Yo conocí algunos, porque ya cuento muchos años.*

*Pues bien, el retrato que hace el novelista de aquellos hombres es tan semejante, que maravilla. Y hasta parece que nos completa el conocimiento, a nosotros que con los propios ojos los hemos visto. El escritor que consigue esto no tiene ningún demonio familiar. Su talento es quien crea.*

*He citado de memoria, y ciertamente no son éstas las palabras exactas; pero tal es su sentido. Al recordarlas ahora, alzando el corazón, me inclino ante el maestro, que, sin ningún demonio familiar, y sólo con los sentidos perecederos crea la obra inmortal.*



Galdós.— Parece que Valle quiso reescribir la historia, escribiéndola a su manera y en cuanto al carlismo quizás no estábamos tan de acuerdo. En otras cosas tampoco. Sus ecos modernistas me molestaban soberanamente y siempre creí que se sentía alguien que en realidad no era, me repateaba, vamos y en especial después del incidente con *El embrujado*.

Sofía Casanova.— El hecho de que usted, maestro, rechazase esta obra para ser estrenada en el Teatro Español, en 1912, debió ser uno de los principales motivos —si no el único— del exagerado y, en mi opinión, totalmente injusto menosprecio que don Ramón demostró públicamente en adelante por usted y su obra, a pesar de que fueron al principio grandes amigos. ¿Verdad? Valle sentía en privado por usted Galdós como novelista profundo respeto y admiración, tal y como podemos leer en las páginas de *El ruedo ibérico*, que tanto deben en inspiración —en guía— a usted, creador de *Doña Perfecta*. Al menos en parte las observaciones despectivas sobre la persona y la obra usted, don Benito, se debían a la personalidad agresiva de Valle. Son generalmente posteriores al rechazo de *El embrujado*, lo que precipitó sin duda la aparente ruptura entre los dos escritores.

Galdós.— Yo, cuando Valle me envió su solicitud de representar *El embrujado*, le contesté «que siendo cosa suya sería muy bonita y tendría yo mucho gusto en leerla; que me la enviase y que, de acuerdo con Matilde Moreno, como coempresaria, procederíamos a su admisión. Y, esto hecho, ya no volví a tener más noticias directas de *El embrujado* ni de su autor. Conste, pues, que yo ni conozco todavía la obra, ni mucho menos la he tenido admitida, ni muchísimo menos, como se ha afirmado, se ha sacado de papeles». Después como ya sabe usted la empresa recha-

zó la obra. Yo no podía hacer lo que quería a pesar de que muchos así lo pensaban. No podía hacer estrenar las obras de mis amados y queridos colegas y amigos. Había una empresa, una compañía, unos actores...

Sofía Casanova.— Pero si ustedes eran amigos de verdad. Incluso Valle comenzó la adaptación de su obra *Marianela*, al teatro, aparecieron juntos en algunos mítines, discursos en el Ateneo. Usted incorporó al elenco del estreno de *Celia en los infiernos* a Josefina Blanco, la amadísima de don Ramón. Y tenga usted en cuenta esto que escribió el propio Valle: «Don Benito es pintoresco e intenso. La misma exuberancia de sus obras ha perjudicado el valor intrínseco de las mismas. Pero a pesar de eso Galdós ha sido el redentor de nuestro teatro. Nadie antes que él había llevado a la escena los vastos problemas. *Realidad* fue el preludio de una renovación gloriosa. Reinando Echegaray, todo era arbitrariedad ampulosa y vana retórica. ¡Lo que tendría que luchar Galdós con los cómicos! *Alma y vida*, tan fresca y tan delicada, fue verdaderamente escarnecida por quienes la estrenaron...»

Galdós.— Bueno, pero con todo, don Ramón ha sido uno de mis grandes detractores, emocionales... Sí, tuve el propósito de responder varonilmente a don Ramón. Fui a casa para redactar una réplica a tono con sus ataques. Pero antes se me ocurrió fijar la vista en uno de los estantes de mi biblioteca y leí unos títulos de sus obras: *Sonata de estío... Sonata de primavera. Cuento de abril*. Abrí sus páginas debidas a la pluma de mi detractor. Y entonces fue cuando decidí no responder, por respeto y por admiración a mi talentoso adversario.

Sofía Casanova.— Bueno ya en 1901, y esto lo sé de buena tinta, Ramiro de Maeztu comentó después del es-

treno de *Electra* lo siguiente: «Nuestro Valle-Inclán, el enemigo de la emoción en la obra de arte, llora por detrás de sus quevedos». Todo el mundo recuerda cómo en boca de Dorio de Gádez (Antonio Rey Moliné), uno de los poetas-tros del Parnaso Modernista en *Luces de bohemia* (1920), se oyen las tan a menudo citadas palabras irrespetuosas: «Precisamente ahora está vacante el sillón de don Benito el Garbancero (Escena Cuarta)». No dudo por un instante de la intención despectiva del apelativo, pero también la frase debe leerse como procedente de un modernista venido a menos, que ataca con sarcasmo a la Academia como lo solía hacer Valle en ésta y otras obras suyas.

Galdós.— Ya le he dicho, querida amiga, que no voy a entrar más en esos asuntos. De modo que le cuento, le presento esta cierta fábula de mi observación de aquellos días en el Teatro Español de 1903. (*rememorando*.)

Terminada felizmente en este teatro la temporada municipal y a punto de concluir las dos campañas suplementarias, es mi obligación dar cuenta al público del colosal esfuerzo y sacrificios de la empresa concesionaria para cumplir sus arduos compromisos en el ayuntamiento de Madrid. Este, movido de un sentimiento altamente patriótico, se propone dar a su teatro el carácter de institución nacional, donde lo clásico y lo moderno de buena ley, tenga templo decoroso; mas para conseguirlo, impone condiciones tan estrechas y escrupulosas, que es obra de romanos dar satisfacción al noble anhelo de nuestros ediles. Con tal motivo el teatro español se haya en considerable desventaja entre los demás teatros serios de Madrid para convocar a los espectadores y divertirlos honestamente. Atados con fuertes ligaduras empresa y actores, sostienen lucha titánica, sin lograr la recompensa que se les debe por su constante abnegación. Ocioso es afirmar, pues bien, a la vista está, que el concesionario del teatro

español ha cumplido con exceso las obligaciones que le impone el contrato.

La cláusula que exige «dos refundiciones nuevas» de obras clásicas, quedó satisfecha con el soberbio drama de Calderón, *A secreto agravio secreta venganza* y la deliciosa comedia de Lope, *El anzuelo de Fenisa* refundida la primera por Tomás Luceño, y la segunda por Cristóbal de Castro. Además, rindiendo culto al glorioso pasado, damos *La casa de tocameroque*. Tuvieron estas tres obras una ejecución que no bacilo en llamar perfecta, y fueron decoradas y vestidas con detenido estudio y no poco dispendio. De añadidura se dio la graciosa comedia de Rojas, *Amo y criado*, aplaudida en años anteriores. El requisito de «La obra no representada en veinte años» ha sido para la dirección artística motivo de inquietudes y quebrantos de cabeza. De las indagaciones que emprendí desde los comienzos de la temporada, resultaban solo dos o tres obras que pudieran conceptuarse excelentes y olvidadas en tanto tiempo. Pero luego sobrevénía la sospecha de que el olvido fuese justo. Por fin, tras larga rebusca en la memoria de los más prácticos en esta materia, que suelen ser los apuntadores y traspuntes, dimos con *El pelo de la devesa*, de Bretón de los Herreros, obra lindísima, que fue puesta en escena al fin de la temporada. A pesar de la interpretación felicísima, con trajes del 40 al 50 y el atrezzo correspondiente, la comedia bretoniana no mereció que el público y los críticos pararan en ella su atención. La mayor dificultad de esta cláusula municipal consiste en que no sabemos a ciencia cierta donde termina el período clásico moderno, según el criterio del ayuntamiento. En temporadas anteriores se cumplió esta obligación con el drama nuevo de Tamayo. Sea lo que quiera, es harto difícil encontrar obras de ese fuste que no hayan sido hechas en veinte años. Mis cálculos y los de las personas que me auxiliaron en esta tarea nos llevaron a elegir para otras temporadas *La jura*

*de Santa Gadea* de Hartzenbusch y *Francisco de Quevedo* de Florentino Sanz. Pero las informaciones de personas peritísimas desvanecieron estas presunciones, comprobando que estas dos obras tuvieron los honores de la escena en fecha no anterior a diecisiete años. Por estas razones y otras que no son del caso, me atrevo a suplicar al excelentísimo ayuntamiento que alivie los fatigosos deberes del teatro español, suprimiendo esta cláusula. Para rendir nuevo tributo de los románticos del pasado siglo dimos en diciembre el grandioso *Don Álvaro* que, por su reparto y el montaje de su complejo decorado, ofreció serias dificultades. Estas se agravaron con la epidemia de bronquitis y faringitis, que trabó las facultades de los principales intérpretes, resultando que el torpe juego de la maquinaria y las inclemencias de la naturaleza, mermaron el lucimiento del inmenso drama del Duque de Rivas. Espero tomar en otra temporada la revancha de este contratiempo, presentando el *Don Álvaro* con toda la majestad y brillantez que merece esta obra culminante del arte español.

### **Los estrenos, queda la escena congelada y la voz profunda de un amor relata...**

Fundaba esta empresa sus esperanzas de éxito en la representación de obras de los autores de cartel; mas este anhelo no pudo lograrse en los días anteriores a la fiesta de Navidad, los más propicios ahora y siempre para calentar debidamente el teatro. Hasta el 21 de diciembre no hubo medio de estrenar cosa alguna. *La reina joven* de Guimerá, abrió la marcha con éxito muy satisfactorio. Ensayaba en pocos días bajo la experta de Fuentes, fue preciso llevar al escenario a los alumnos de la academia regida por el señor Mosteyrin, pues el personal de la compañía no bastaba para completar las figuras que actúan en tal

complejo drama. Por cierto, que algunos actores de estos meritorios se distinguieron en esa y otras obras como actores ya capacitados para desempeñar papeles de mayor importancia. En la creación del insigne catalán Matilde Moreno encarnó maravillosamente la ideal reina Alexia, a quien debemos llamar «la de los felices destinos». Luisa Calderón, Fuentes, Viñas, Sepúlveda, Calle, Cabré y los demás intérpretes, dieron con su talento el debido realce al mágico simbolismo que encierra la obra del glorioso autor de *Mar y cielo*.

No debo pasar en silencio las peripecias que turbaron la representación de *La reina joven* a poco de su lúcido estreno. Al cuarto o quinto día, hicieron acto de presencia hostil en la sala algunos jóvenes tocados de increíble demencia monárquica, sin parar mientes en que el drama contra el cual protestaron no es un tema de actualidad, sino un bello artificio utópico que entraña ilusorios acontecimientos y verdades remotas. El público imparcial rechazaba la protesta, aclamando ruidosamente a Guimerá y pidiendo su presencia en la escena al final de todos los actos. Terminaron estos desagradables incidentes por el cansancio de los oficiosos y destemplados jovenzuelos, ávidos de hacer méritos políticos ante la situación dominante. Pero el daño estaba hecho; el público se retrajo; pasaron algunas funciones con escaso auditorio; al fin, entre la diez y quince representaciones, *La reina joven* avanzó en su carrera marcando una curva ascendente a medida que el público se enteraba de sus bellezas; ganaba terreno cada día atrayendo gente de todas las clases sociales, y así pudo llegar con vida robusta y lúcidos rendimientos hasta la cifra de treinta y nueve representaciones.

El segundo estreno, veintisiete de enero, fue *Sobrevivirse* de Joaquín Dicenta. En este hermoso drama resplandecen la intensa emoción y el vigor de pensamiento y de forma que caracterizan al creador de *Juan José* y de *El*

*Señor Feudal*, la novedad del asunto y su desenvolvimiento sobrio, esquivando las vanas retóricas, dieron a esta obra un éxito franco, que se ha confirmado en todos los teatros de España y América. La ejecución resultó en el Español acertadísima. *Sobrevivirse* ha de quedar como una obra de las mejores obras dramáticas de Dicenta, el cual merece toda clase de honores, no solo por su labor de teatro sino por sus admirables crónicas, en que patrocina gallardamente las ideas más generosas y aboga por los débiles y oprimidos que padecen hambre y sed de justicia.

Hasta el 3 de abril no pudimos dar el tercer estreno de resonancia. Creo no equivocarme si afirmo que en la comedia *Nena Teruel* de los Hermanos Quintero, la vena festiva y el fecundísimo ingenio de los autores sevillanos han llegado a su más hermosa florecencia. En ellas se suceden tan estrechamente enlazadas la risa y la emoción, que ni por un instante se amengua el hondo regocijo con que el auditorio la escucha. El reparto de *Nena Teruel* fue tan acertado que la compañía compartió con los autores el lauro de la representación. Ni la crítica más displicente pudo poner reparo a la primorosa labor de Matilde Moreno, Luisa Calderón, Mercedes Sampedro, Tallaví, Calle, Sepúlveda, Jerez, Viñas, Maximino, Estrella y demás intérpretes. La empresa y la dirección artística deben inmensa gratitud a los esclarecidos autores Guimerá, Dicenta y los Hermanos Quintero por haber accedido a traer al teatro nacional las mejores ofrendas de su privilegiado ingenio.

## Los noveles

La obligación de dar cada año tres obras de autores noveles es la que gravita con mayor pesadumbre sobre la empresa de este teatro. Indudablemente, existe en el seno de esta sociedad un dramaturgo incógnito llamado a con-

tinuar la tradición de la gloria teatral de nuestro país. Quizás existan dos o más ingenios latentes que deben sustituir a los actuales en la producción artística teatral ¿pero debemos esperar a que resurjan por si mismo, como resurgieron sin ajeno estímulo, García Gutiérrez, Bretón, Ayala, Echegaray, o hemos de buscarlos con candil, convocando frecuentes concursos y agudizando la demencia dramática, que ha llegado a tener carácter endémico en nuestra soñadora España, pues no hay ciudadano que acaricie y engendre su comedia, drama o tragedia? «That is the question». Abrumadora es la tarea de la dirección escénica para examinar y descubrir los alumnos sobresalientes de Talía y Melpómene entre los trescientos o cuatrocientos ensayos que anualmente afluyen al archivo de este teatro. Todos los afanes y desvelos que aquí soportamos, incluso las desavenencias entre el personal histriónico y las cuestiones con el municipio nos parecerían flores si no existieran junto a esas inquietudes los abrojos del continuo y fatigoso leer de manuscritos con la responsabilidad de elegir tres que merezcan los honores de la escena. Aseguro en conciencia que las tres comedias escogidas en el presente año, *El salvaje*, *El eco* y *La Madeja* han cumplido dignamente para satisfacer la exigencia municipal. En ninguna de estas obras hubo la menor protesta. En todas aplausos y demostraciones entusiastas. La inexperiencia se mostraba en cada una de ellas, destacándose en todas notabilísimas cualidades dramáticas, caracteres de sólida estructura, interés, y emoción. Elola, Goy de Silva y Sofía Casanova son ya después de aquellos estrenos autores para quienes no estarán cerradas las puertas de ningún teatro. Entre los estrenos de noveles debo mencionar con elogio el del gracioso sainete del señor Montalbán, *Los Escaparates*, premiado en el concurso del ayuntamiento del año anterior. Alternando con el teatro clásico y los estrenos de autores consagrados y por con-



sagrar, se varió con frecuencia el cartel con las siguientes obras del repertorio: *Amores y amoríos*, *Los intereses creados*, *La zagala*, *El místico*, *La loca de la casa*, *Vida alegre y muerte triste*, *Amor a obscuras*, *El abuelo*, *El gran Galeoto*, *El sombrero de copa*, *El genio alegre*, *La Dolores*, *Entre doctores*, *Electra*. Se puso punto a la temporada municipal con la ciento ochenta y siete representación, treinta y siete más de los que el contrato señala como minimum.

### **Sobre la vida artística-la vida económica**

Es evidente que las funciones a precios populares refrescan las obras, atraen y alegran al público y dan al espectáculo grande animación, así como a la empresa medios de resistencia. Los precios altos son remuneradores solo en los estrenos, y esto en cierta medida, pues medio teatro se reparte gratuitamente entre la prensa, los críticos, los amigos del autor y otras muchas personalidades de importancia circunstancial, que al parecer poseen el derecho inveterado de gozar las primicias de toda novedad dramática. A la segunda noche alfoja extraordinariamente la venta de billetes. Los juicios o sentencias de la crítica, que suele revestir carácter dogmático, sin revisión posible perjudican a la obra grandemente cuando son adversos, y la benefician muy ligeramente cuando son favorables. Si la obra estrenada con mil afanes y trabajos merece el aplauso del público, éste se lo prodiga noblemente, y a la tercera o cuarta representación empieza a tomar aliento para vivir una quincena o dos. Por lo común describen las obras una curva ascendente, sin llegar a producir ingresos de consideración. Se impone al fin la necesidad de «popularizar» el teatro, poniendo sus goces al alcance de las supuestas o efectivas penurias del público, y cuando esto ocurre, la obra describe nueva curva, elevándose mucho

más por poco tiempo, pues la «pereza económica» de los asistentes al teatro no permite a estos extremar sus amores con la taquilla, la eterna viuda inconsolable y llorona.

Por las razones apuntadas, muchos opinan que el teatro español debía ser sistemáticamente popular, unificando en toda la temporada los precios gratos a la medianía ilustrada, estableciendo doble o triple arbitrio para los estrenos, suprimiendo los halagos a la gorronería presuntuosa, que en algunos casos es benévola; en los más reparona y displicente. Peor esto es un ensueño muy difícil de realizar. En realidad, podría ser este teatro abiertamente popular, si el ayuntamiento se conformara con una compañía decorosa, compuesta de artistas excelentes, remunerados conforme a sus méritos; pero querer popularidad para el público y aristocracia en el escenario; exigir que figuren en la compañía seis o siete personalidades de primera magnitud por su valer o por su fama y establecer reglas oprimentes para la sustitución de los cómicos que por esta u otra causa se retiren, y no dar a la dolorida taquilla medios de enjugar sus lágrimas, no conducen más que a una vida fatigosa y precaria. En el fondo de este asunto del teatro español se agita convulsamente un problema económico que exige estudio y solución radical. Si el municipio pone mano en ello, podrán la actual empresa y las que le sucedan dar al arte nacional dignidad y esplendor, sin imponerse sacrificios que todo el mundo ve y nadie, ni público y ayuntamiento, agradece.

### **Las temporadas extraoficiales. Continúa la escena y Galdós vuelve a hablar**

Galdós.— No le terminaré, mi apreciada Sofía Casanova, esta breve memoria sin decir algo de las dos tempora-

das que siguieron a la municipal. La primera se inició con *Hamlet* y el estreno de *Nena Teruel*, que hizo su carrera triunfal hasta el 24 de abril, en que se dio la función de beneficio a los gloriosos hermanos Quintero. Al día siguiente partió para continuar en provincias su brillante trabajo, la ilustre actriz Matilde Moreno, y el mismo día comenzó la serie de representaciones concertadas por la empresa con el primer actor José Tallaví. Al afrontar gallardamente las inmensas dificultades de la tragedia de Shakespeare, nos dio a conocer este gran comediante sus insuperables dotes. Lo restante de su campaña ha sido una serie de ruidosos triunfos. *Tierra baja*, *Magda*, *El místico*, *Espectros*, *Muerte civil*, han demostrado la variedad de sus facultades y el esmero con que estudia las obras. Ha demostrado, además, extraordinaria capacidad para dirigir y acelerar los ensayos.

Merece sinceros encomios su disciplinada compañía, en la cual se destaca la inteligente y bella actriz señorita Delgado Caro. En ella figuran además de Cabré, la señorita Alejandrina Caro, señorita Abrines, Fuentes (hijo), Merino, Navarro, Peña y otros apreciables artistas. Después de darnos a conocer el interesante drama *Los muertos* del autor uruguayo Florencio Sánchez, estrenó *El Pantano* de Pinillos, obra de intenso realismo, dura y vigorosa en la expresión de los caracteres, que en ciertos momentos llegan a ser la vida misma trasplantada a la escena sin ningún afeite retórico. El público afectó con vivos aplausos este hermoso drama, por el cual Pinillos es considerado ya como una personalidad de gran relieve en el teatro contemporáneo. *El pantano* fue admitido por esta dirección con los pronunciamientos más lisonjeros, y no se puso en escena antes de ahora por apremio del tiempo y la obligación de atender a los compromisos ineludibles con el municipio. Terminó Tallaví con *Muerte civil* y la espléndida función

de su beneficio, en que dio *Los malhechores del Bien*, una de las más lindas, interesantes, y reales creaciones de Jacinto Benavente. En ella fustiga con soberana gracia las empresas de caridad a las que se consagran, por pasar el rato y matar el tiempo, damas alcurniadas y señoritos ociosos. En la misma noche admiró el público el drama en un acto *La venda* del insigne filósofo y catedrático don Miguel Unamuno. Es un auto sacro, en el que el autor desarrolla con singular maestría un elevado pensamiento. En *La venda* pudo admirar el público el teatro de simbolismo teológico, que cautivaba a las almas creyentes en los albores del arte escénico. Por último, se presentó al afamado monólogo de Edgar Poe *Corazón revelador* arreglado por el esclarecido literato Cristóbal de Castro. Con esto dio fin Tallaví a su brillante campaña, en la cual ha quedado, en el concepto público, como uno de los actores mas eminentes que hoy pisan este glorioso tablado.

Sofía Casanova.— A propósito de *La venda* y otros asuntos con Unamuno quien a mi modo de ver era gran candidato a la traición, le voy a recordar esta carta del escritor vasco, don Miguel, que por aquí he encontrado. Don Benito, debería usted hacer desaparecer toda esta correspondencia por cierto...dice así:

***Carta de Unamuno a Galdós cuando era director del Teatro Español***

*Fedra, como yo aunque creo saber algo de la literatura dramática nada sé de técnica teatral e ignoro qué deficiencias de elementos pueden ser las que dificulten abí poner esta mi tragedia. Usted verá que no exige ni trajes ni decoraciones ni aparato alguno. Trajes, los de la calle, decoración, cualquiera ni exige mucho personal. No actúan*

sino seis personajes y de ellos solo tres principales como que me he propuesto hacer una tragedia de la mayor sencillez y desnudez por eso mismo por su simplicidad por no defenderse en ella el actor con accesorios. Creo que debe tentar a los buenos actores. Siento en este caso no ser mujer que si lo fuese era capaz de ofrecermé para hacer Fedra y en cuanto al público quién lo conoce. Yo no sé si una tragedia así desnuda, escueta, con la menor retórica posible, sin discursos, sin episodios, sin distracciones con la pasión en carne viva podrá producir o no efecto, sólo sé decirle que a mí eso que llaman teatro poético en colaboración con sastres y peluqueros, tapiceros, escenógrafos y hasta músicos y danzarines, me bastía. He querido hacer moderno una cosa clásica, severa y patética. A la vez usted verá si lo he logrado. En cuanto a *La venda* es una cosilla simbólica en un acto y tres cuadros que deseo repasar y corregir y así que esté repasada y corregida se la enviaré y ya trataremos de eso. Tengo otros dos dramas, uno representado ya en Tenerife, Las Palmas, Málaga y Cádiz y aquí Villagómez me lo va a poner de nuevo en Barcelona. Otro que entregué a Oliver hace dos años. Ya sabe que este cortejamiento al teatro, es amigo don Benito, algo que siempre se me ha resistido. He sospechado alguna vez que muchas de las dificultades con que he tropezado se habrían allanado con un viaje mío a esa corte. Pero a esto no me decidiré por razones que alguna vez le expondré de silla a silla, pronto bará tres años de la última vez que estuve en esas, pero esto es lo que parece mi antimadrileñismo sin serlo es historia de largo contar. Me resisto a ir a esa a perder tiempo en tertulias, salones, saloncillos...etcétera ejerciendo de pedigüeño y...basta. Sabe como le quiere y respeta su amigo Miguel de Unamuno.

Galdós.— Sí...lo haré. Pero antes le terminaré mi informe teatral. Desde el 19 de octubre, en que se inauguró la

temporada de 1912 a 1913, hasta la fecha en que esto escribo, tuvo diferentes ocasiones de reunirse en la casa de la Villa la Comisión de Espectáculos para entender de asuntos referentes a las relaciones del concesionario con el Ayuntamiento. Asistente a estas Juntas por obligación, es para mi muy grato declarar que siempre hallé en los individuos de la comisión las mayores deferencias, y cuantas cuestiones allí se trataron fueron resueltas con un criterio tolerante y amistoso, mirando siempre a los altos fines del arte escénico. Fiado en que los ediles han de acentuar cada día más sus buenas disposiciones a favor del que antaño se llamó *Corral de la Pacheca* y hoy es monumento nacional, me atrevo a suplicarles procuren adecentar, ya que no hermohear, la sala; reponerlas tan vetustas como gloriosas tablas del escenario, los departamentos interiores, la escalera que comunica con la calle que se llamó del lobo, hoy Echegaray. Toda esta parte del edificio no se puede recorrer sin sentirse acompañado por la sombra de don Leandro Fernández Moratín. Y ya que hablo de reformas, no terminaré esta memoria sin decir algo de ese cinematógrafo, en cuyos progresos ven muchos un peligro serio, que nos traerá la total decadencia, quizá la muerte, del teatro.

Creo, sí, que a los espectáculos artísticos que tienen por principal órgano la palabra, les quita mucho público el «cine»; creo también que, como indudable progreso científico, se perfecciona de día en día, trayendo nuevas maravillas que cautivan y embelesan al público. No es prudente maldecir al cinematógrafo, como hacen los entusiastas del teatro: antes bien, pensemos en traer a nuestro campo el prodigioso invento, utilizándolo para dar nuevo y hermoso medio de expresión al arte escénico, sin que este, poseedor de la palabra, pierda nada con la colaboración del elemento mímico, y la exuberancia descrip-

tiva de lugares geográficos, visión rápida que no cabe en la estrecha medida del verbo literario ¿cómo se hará esta colaboración? No lo sé; quizá lo sepa pronto. Nada perderán Talía o Melpómene de su grandeza olímpica admitiendo a su servicio una deidad nueva, hija de la ciencia. Abusando un poco del registro profético que todos llevamos en nuestro pensamiento, se puede aventurar esta idea: así como los poderes públicos de toda índole no podrán vivir en un futuro no lejano sin pactar con el socialismo, el teatro no recobrará su fuerza emotiva si no se decide a pactar con el cinematógrafo.

Sofía Casanova.— Esa es una aseveración futurista.

### **Suena al piano la música de Chopin**

Sofía Casanova.— Hábleme don Benito de doña Emilia Pardo Bazán, gran compañera de fatigas, magnífica autora de la que todas hemos seguido su huella, gran mujer, monumental mujer.

Galdós.— Bueno, le hablaré de sus intervenciones en el Ateneo, ¿qué querría usted que yo le contara?, conociéndome.

Sofía Casanova.— Usted fue un asiduo concurrente al vetusto edificio situado antes en la calle de la Montera donde por sus salas se esparcieron intentas palpitaciones de su vida. Iba usted todas las tardes al viejo Ateneo y en él permanecía muchas horas, leyendo en la Biblioteca, conversando con los hombres ilustres que frecuentaban aquel cetro y oyendo interesantes disertaciones en la cátedra. Por las noches solía volver al centro hasta las once o las doce, hora en que regresaba siempre a su domicilio.

Galdós.— No estaba instalado el Ateneo viejo con las comodidades y el lujo que lo está el Ateneo nuevo. No había allí los retratos, ni los cuadros, ni el mobiliario que hay hoy en el edificio de la calle del Prado.

La casa de la calle de la Montera, propiedad del marqués de Cubas, era una casa vieja, a la que, para mayor amplitud del local, habíanse unido habitaciones de otra casa contigua. Los salones estaban decorados y amueblados con modestia, pero la falta de confort moderno estaba compensada de sobra con el ambiente que se respiraba, un ambiente de cultura, de vida espiritual, de entusiasmo por el estudio y por el progreso.

Sofía Casanova.— La biblioteca era modesta, pero buena.

Galdós.— ¡Cuántas horas pasé yo en ella leyendo, estudiando! Aún parece que contemplo allá, en el fondo de la habitación, arrimado a un brasero, al inolvidable bibliotecario, don José Moreno Nieto. Algunos socios acudían a él para formar tertulia y muchas veces tomé yo parte en ella. En la biblioteca vi también leyendo revistas y obras a don Antonio Alcalá Galiano y a don Antonio Ríos Rosas, y era tal la veneración que sentía por aquellos grandes hombres y tan grande el respeto que me inspiraban, que les contemplaba atento largo rato, pero son acercarme a ellos y sin atreverme a hablarles. En un rincón del largo pasillo que había a la entrada, formaban casi todos los días tertulias varios cubanos, entre los que descollaba don Calixto Bernal. A esa tertulia me agregaba yo, como también Labra, Giner de los Ríos y los hermanos de éste, Paco, que ya murió y Hermenegildo que aun vive. Con todos ellos hice gran amistad que aún conservo. En la sala que llamaban Senado, porque en ella se reunían los socios de más edad, pasé también largas horas; allí se destacaba siempre



la figura de un señor que se apellidaba Gallardo, magistrado del Tribunal Supremo, hombre inteligente, y muy simpático que tenía una conversación amenísima y llena de agudezas. La Cátedra estaba situada en el fondo del edificio. En ella oí conferencias inolvidables de Moret, de Camas, de Augusto Linares y de otros grandes maestros.

Sofía Casanova.— Aquel Ateneo era una cosa muy distinta del de ahora.

Galdós.— En la época de la revolución del 68 cuando era presidente Figueroa, el Ateneo fue para la revolución española lo que había sido la Enciclopedia para la revolución francesa. También bajo las presidencias de Olózaga, Posada Herrera y Cánovas del Castillo, el Ateneo continuó teniendo gran esplendor, siendo algo así como la vanguardia de la cultura nacional. Recuerdo que, en época próxima a la revolución de septiembre, estuvo clausurado unos días. No se celebraban conferencias ni funcionaban las cátedras. Pero a pesar de esta medianía que el gobierno había adoptado, nos reuníamos allí muchos ateneístas y era aquello una especie de logia masónica.

Sofía Casanova.— En el Ateneo viejo ¿conocería usted y haría amistad con muchos hombres ilustres?

Galdós.— Como yo era poco comunicativo no tenía muchos amigos ateneístas. Sin embargo, traté a bastantes. No se me olvidan los parroquianos del salón de lectura. En él conocí a Emilio Huellín, que acaparaba todos los periódicos; a don Justo Pelay Cuesta, al brigadier de Artillería la Llave, a don Isidoro Urzáiz, a don Salvador Constancio italiano que había hecho varias traducciones; al pintor Rosales, al brigadier Lasausalle que era inglés de origen, pero de nacionalidad española y que había figura-

do en la guerra de África; a Cruzada Villamil y a un señor emigrado de Italia de noble figura y cuyo nombre nunca pude averiguar.

También conocí a Sánchez Moguer, Manuel de la Revilla, Fernando Fulgosi, el geólogo Villanova, Pedro Alcántara García, Urbano González Serrano, el inteligente bibliófilo y anticuario Menéndez Rayón, Laureano Calderón, Amós de Escalante, Narciso Campillo, Leopoldo Alas, Adolfo Posada, Palacio Valdés, Eugenio Sellés, Julio Burell, que entonces era un muchacho que comenzaba a escribir poesía y los catedráticos de la universidad central Dargames, que era joven, y Pisa-Pajares que ya era hombre de bastante edad. Además, recuerdo que traté, de los sabios de aquel tiempo que ya han pasado a la historia, a don Fermín Gonzalo Morón, a don Frutos Saavedra Menezes, al arabista Godoy Alcántara, al padre Sánchez y otros. Me acuerdo también de cuando entró con un cargo muy modesto el inteligente y simpático Teodoro, actual conserje del Ateneo.

En la biblioteca del Ateneo viejo, don Ventura Ruiz Aguilera me hizo un plano de Salamanca que me sirvió para escribir Arapiles, pues entonces no conocía yo la citada capital. Después fui varias veces a Salamanca y vi que había acertado en las descripciones que hice en dicha obra, valiéndome del plano que me trazó aquel ilustre poeta.

Sofía Casanova.— ¿Cómo eran, cómo fueron las conferencias de doña Emilia Pardo Bazán especialmente en el Ateneo?

Galdós.— Las conferencias de Emilia Pardo Bazán en el Ateneo eran el acontecimiento literario del día. Esta insigne escritora ha dado tres lecturas sobre la Revolución y la literatura en Rusia, atrayendo un público distinguidísimo

que la ha oído con verdadero recogimiento. El tema es hermoso, pues todo lo que se refiere al grande y revuelto imperio despertaba por aquellos años un verdadero, vivo interés. Lo que en realidad avalora estas conferencias es el talento poderoso y el mágico estilo de la escritora y novelista que tan alto puesto ocupa en las letras españolas.

Sofía Casanova.— Una Emilia Pardo Bazán muy adelantada a su tiempo.

Galdós.— Sus obras son demasiado conocidas en España y en la América latina para que necesite yo hacer de ellas los encomios que merecen. Si sus novelas son dignas de admiración, no lo son menos sus trabajos de crítica. En verdad, es cosa que a todos, maravillaba y aún sigue maravillando que una mujer posea aptitudes tan relevantes en todos los órdenes y que en cuanto emprenda su pluma sobresalga con igual maestría. Su estudio crítico sobre *San Francisco de Asís*, es hermosa obra suficiente para acreditar a un escritor. Su *Cuestión palpitante*, libro de controversia literaria, valientemente pensado y galanamente escrito, ha tenido la fortuna de ser traducido al francés y de haber provocado infinidad de polémicas y réplicas, entre ellas la de don Juan Valera en su *Arte nuevo de hacer novelas*. Defensora de las tendencias naturalistas y de la escuela que se funda en la imitación artística de la verdad, Emilia Pardo Bazán ha ejercido gran influencia con sus escritos en la literatura contemporánea.

Sofía Casanova.— Recuerdo algunos episodios literarios de la escritora gallega, aunque no se puede decir de ella, con la frase vulgar, que *una cosa es predicar y otra dar trigo*. Al mismo tiempo que combatía en el terreno crítico por las ideas que estimaba más apropiadas a la

novela de nuestros días, cultivaba el género novelesco con maestría. Sus primeras obras *Pascual López y Viaje de Novios*, revelaron su aptitud para esta clase de literatura tan humana y simpática. Después escribió *La tribuna*, obra muy marcadamente naturalista, que contiene cuadros admirables de verdad, escenas en que la ficción parece confundirse con la realidad y en que el trabajo de observación ha llegado a sus mayores refinamientos. *El cisne de Vilamorfa* siguió a *La tribuna*. En esta obra, como en las que ha escrito después, la escritora gallega ha pintado magistralmente la vida rural de su país, tan abundante en toda clase de elementos pintorescos. *Bucólica* es una novelita corta y encantadora, en la cual las crudezas de la realidad se armonizan con la poesía campestre. Pero la obra maestra de Emilia Pardo Bazán es *Los Pazos de Ulloa*, publicada en 1887, y en la cual todo es hermoso, los caracteres vivos, la acción sencilla y patética, el fondo de paisaje, el estilo. Prepara la segunda parte, titulada *La madre naturaleza*.

Galdós.— Por el poder de su talento, Emilia Pardo no parece una escritora, pues sus obras tienen un carácter más bien varonil que femenino. La mayor parte de las mujeres que escriben bien, hácenlo sentir de las condiciones intelectuales y modestas propias de su sexo, pero esta abarca mucho más, y se remonta a alturas a que rarísima vez llegan las más felices hembras que descuellan en literatura. Otro de sus caracteres masculinos es la erudición. Es una de las personas de más lectura que se conocen, y seguramente también de las que mejor saben lucir su ingenio y cultura en la conversación. Reside habitualmente en la Coruña, su patria; tiene una rica biblioteca, estudia y trabaja sin cesar, pasa en París todos los años una larga temporada y en Madrid otra más corta. ¿Qué más podría decir de ella? La amé.

*En mi sentir aparece el señor Pérez Galdós como novelista de primer orden, digno de ser comparado con Balzac en Francia y con Dickens en Inglaterra, así por el esfuerzo creador con que presta movimiento, vida y carácter a sus personajes, como por la observación fiel y por la exactitud con que nos pinta el ser y el vivir de nuestra clase media.*

## XI

### **Esta le llegaba al alma. Paróse un rato a oírla, y se le saltaron las lágrimas**

***D**on Benito Pérez Galdós, ha contribuido a crear la conciencia nacional; ha hecho vivir España con sus ciudades, sus pueblos, sus paisajes, sus monumentos. Cuando pasen los años, cuando transcurra el tiempo, se verá lo que España debe a tres escritores de esta época: a Menéndez y Pelayo, a Joaquín Costa y a Pérez Galdós. El trabajo de aglutinación espiritual, de formación de una unidad ideal española, es idéntico, convergente, en estos tres grandes cerebros. La nueva generación de escritores debe a Galdós todo lo más íntimo y profundo de su ser: ha nacido y se ha desenvuelto en un medio intelectual creado por el novelista. Ha habido desde Galdós hasta ahora, con relación a todo lo anterior a 1870, un intenso esfuerzo de acercamiento a la realidad: comparad, por ejemplo, una novela de Alarcón con otra*

*de Pío Baroja. Se han acercado más a la realidad los nuevos escritores y han impregnado, a la vez, su realismo de un anhelo de espiritualidad... Galdós, como hemos dicho, ha hecho la obra de revelar España a los españoles. Abrid sus libros; ahí está en primer término Madrid, con su pequeña burguesía vergonzante; con su comercio de la calle de Postas y de la plaza de Santa Cruz, comercio clásico, restos de una época ya casi desaparecida; los intereses de esas casas de huéspedes; las tertulias de los Cafés; los ministerios y oficinas; Villamil, el infeliz, el bueno, el desgraciado; el amigo Manso; Manolo Infante; la de Bringas; Orozco, el grande, el magnánimo; los estrafalarios Babels; Pepe Rey, víctima de un atroz fanatismo... Abí está en el segundo volumen de Ángel Guerra, retratado Toledo, con sus callejuelas enrevesadas y pinas; sus conventos de monjas, con sus buertos, en que crecen cipreses y rosales; sus sosegadas iglesias de cuyos muros enjalbegados con nítida cal, penden cuadros del Greco —que allí y no en los fríos museos— tienen toda su vida; las posadas, como las de Santa Clara, la Sangre la Sillería, con sus trajinantes y cosarios, que vienen y van a Illán, Illescas, Cebolla, Torrijos, Escalona; el Tajo, bondo y torvo; los cigarrales lejanos, en que la vegetación es melancólica, sin frondosidad; el terruño, apretado y seco... Galdós, en más de cien volúmenes, ha trabajado para que despierte España y adquiera conciencia de si misma.»*

### **Sale al escenario el genial médico inspirador de tantos personajes don Manuel Tolosa Latour**

Tolosa Latour.— Querido amigo, hablemos, sigamos hablando hoy de todo aquello que a usted le daba la vida entera, las artes, la pintura, la música... que tanto utilizó especialmente en sus proyectos teatrales. Con respecto a la música, no hablemos. Es usted muy aficionado. Hubo

un tiempo en que ejecutaba con frecuencia diversas composiciones en un armonium que aún conserva en su finca de Santander como todo el mundo sabe ya.

Galdós.— ¡Qué buenos ratos hemos pasado querido y admirado amigo! Su conversación me da la vida. ¡Qué hermosa es la Farmacia! Para mí hay dos artes, la Farmacia y la Música. Ambas curan a la humanidad. La Música es la Farmacia del alma, y la... viceversa, ya usted me entiende. Nosotros, ¿qué somos si no los compositores del cuerpo? Usted es un Rossini, por ejemplo, yo un Beethoven. En uno y otro arte todo es combinar, combinar. Llámense notas allá, aquí las llamamos drogas, sustancias; allá sonatas, oratorios y cuartetos... aquí vomitivos, diuréticos, tónicos, etcétera... Elquidestá en saber herir con la composición la parte sensible... ¿Qué le parecen a usted estas teorías?... Cuando desafinamos, el enfermo se muere.

Tolosa Latour.— ¿Y cuál era el intérprete que más le gustaba?... si es que hay buenos intérpretes en España. Recuerdo su texto sobre... Ha escrito usted pasajes enteros sobre Beethoven... recuerdo en *La desberedada* al menos dos. Ha escrito como crítico de música en *La Nación*, en *La Prensa de Buenos Aires*... aquí y allá hablando de arte, de música... de todo.

Galdós.— Sobre Sarasate, Pablo Sarasate... sí yo escribí sobre este genial violinista. La Primavera no es sólo la estación de las flores; lo es también de la música. En marzo empiezan los grandes conciertos, y por cada flor que abre su corola aparece un solista. No pasa día sin que se anuncie una hermosa fiesta musical; aquí, piano; allá orquesta; en otra parte, canto. Los grandes ejecutantes y los neófitos del arte amenizan las tardes y las noches en el Conservatorio, en el salón Romero, en los teatros. La estupenda



novedad de este año ha sido Sarasate, el gran violinista, el primer violín del mundo, y digo novedad, no porque este artista nos sea desconocido, sino porque aunque se le oiga mucho, siempre sorprende, cual si no se le hubiera oído nunca; su manera de tocar no se parece a la de ningún otro: es único, no tiene par.

Tolosa Latour.— Pablo Sarasate es navarro. Ya ha dicho usted en alguna otra ocasión que todos los músicos españoles son navarros. Lo es Gayarre, lo es Arrieta y lo fueron Guelbenzu y Eslava. ¿Qué tendrá aquella tierra para ser tan preferida de la música Euterpe, que siempre va allí a dar a luz sus hijos? El insigne violinista parece tener ahora cuarenta años; quizá no los tenga. Está en la plenitud de la edad, de la fuerza y del talento. Ha recorrido toda Europa en medio de entusiastas aplausos; es uno de los españoles más conocidos fuera de España. Alemania, la tierra clásica de la música instrumental, le ha aclamado con delirio. Él y Rubinstein, el Sarasate del piano, son los hombres que ganan más dinero dando conciertos. Han llegado a una perfección tal, que el público corre tras ellos impulsado por el afán de apreciar y gozar el arte supremo.

Galdós.— Para descollar así se necesita poseer en verdad dotes maravillosas porque hay muchos violinistas buenos en el mundo; conocemos a muchos que tocan con maestría. ¿Qué tiene que hacer el que sobre todos descuelle? Tiene que realizar prodigios que parecen algo sobrenatural y milagroso. El violín no es ya para Sarasate un instrumento, es un órgano, un sentido, algo que tiene su propia carne y sus propios nervios, y puede traducir al exterior su propia alma; lo que más sorprende y cautiva en él es cómo saca de aquellas cuerdas los sonidos más dulces, claros y transparentes, digámoslo así, que se pue-

den oír. La pureza de su estilo es tal que no hay palabras con que ponderarla. La misma voz humana en su expresión más perfecta, resulta bronca y desapacible comparada con aquellos acentos verdaderamente celestiales. Juntamente con este don, posee el de una ejecución que parece imposible.

Tolosa Latour.— Por lo visto, es evidente que no sólo vence todas las dificultades imaginables, sino que las disimula, de modo que parecen fáciles. Una organización musical excepcional, ayudada de un trabajo constante, ha producido tal conjunto de perfecciones. Cuando mejor se conoce lo que es Sarasate, es oyendo, después que, a él, a otro violinista por bueno que sea.

Galdós.— El domingo último dio su primer concierto de los tres anunciados, en el Circo de Rivas, acompañado por la magnífica orquesta de la «Sociedad de Conciertos», que hace veinte años viene ejecutando allí todas las primaveras la música sinfónica del repertorio clásico. Las aperturas eran tan grandes en el teatro, que el público sobrante se situaba en las escaleras y se estacionaba en las puertas. Era uno de esos llenos que espantan; pero que hacen estremecerse de satisfacción a los empresarios. Sarasate tocó un gran concierto de Beethoven y otro de Mendelssohn. El que no ha oído estas piezas magistrales tocadas como las oímos el último domingo, no conoce el placer de los dioses. Después ejecutó dos melodías húngaras compuestas por él mismo, y de entre el estruendo de los frenéticos aplausos salieron voces subversivas. Estas eran: ¡*la jota, la jota!*, que no estaba en el programa.

Tolosa Latour.— Pero es difícil que Sarasate, tocando delante de españoles, pueda librarse de añadir al programa algo de música nacional. Es la sal del concierto.

Galdós.— Con tal frenesí pedían los melómanos la jota, que si Sarasate se hubiera resistido a tocarla de fijo hay allí un disgusto. Sonó en el violín la bellísima melodía aragonesa, que es risa y tristeza al mismo tiempo, y habíais de ver aquel público de tal modo trastornado que, de cada cien personas, las noventa, más estaban para ir a un manicomio que para otra cosa. Después se le pidió un *zortzico*. Había muchos vizcaínos en el teatro, y los vizcaínos, ya se sabe, tienen el orgullo de raza en grado muy alto. Nada; que habiendo tocado la jota no había más remedio que dar también el *zortzico*, porque si Aragón es Aragón, Vizcaya es Vizcaya. Tenacidad contra tenacidad. Los vascos pintan a los aragoneses clavando un clavo en la pared con la cabeza, y los aragoneses pintan a los vascos haciendo la misma operación, pero con clavo invertido; es decir, con la punta vuelta para la testa humana que hace de martillo... En fin, que hubo *zortzico*, para que no se diga que la jota es la más bella y más dulce y más guerrera música del mundo.

Tolosa Latour.— Es verdad que Sarasate dio gusto a todos, aragoneses y vizcaínos, tocando magistralmente la música de ambos países. ¡Qué acentos tan hermosos y patéticos; qué expresión y qué maestría! Lo que dice usted: hay que oírle para poder apreciarle.

Galdós.— Otros concertistas españoles de indudable mérito han dado conciertos interesantísimos en estos últimos días. Albéniz, que es aún muy joven, va en camino de ser un Rubinstein. Tenemos una novel generación de músicos, que no desmerece, ciertamente, de nuestra generación de pintores. Junto a Albéniz puedo citar a Tragó y Guervós, ambos jóvenes y muy notables. De los viejos, o relativamente viejos, hay muchos todavía. Murió Gueldenzu, que era el maestro de todos. Zabalta sostiene su

puesto entre nuestros primeros pianistas, y cada año presenta discípulos muy notables.

Tolosa Latour.— En una palabra: que estamos bien de músicos, y ojalá estuviéramos lo mismo de hombres políticos. ¡Oh! Entonces sí que estaríamos bien gobernados. Daría gusto ver a este país, y de seguro, en vez de envidiar a los demás, seríamos envidiados. Es obvio que sus conocimientos sobre música han sido rotundos, contundentes. Ha incluido la música, además de trabajar como crítico musical, en algunas de sus obras. Recordemos este episodio de Prim, el penúltimo de su cuarta serie. En el capítulo IV nos refiere cómo Santiago Ibero, uno de sus personajes, tropieza, años antes de la muerte del general, con el violinista Rodrigo Ansúrez.

Galdós.— Ansúrez, tan apasionado de Prim como lo es Íbero, no narra con palabras la historia de su héroe, sino con improvisaciones musicales: ¡Si el músico era lacónico en la palabra, cuán elocuente en el violín! Toda su alma ponía Íbero en el oído. Alma y oído, en perfecto consorcio, saboreaban el Romancero de Prim, reducido a notas y ritmos. Claramente cantaba el violín las hazañas del héroe, su ardimiento, y reproducía su tonante voz en los combates.

Una tarde, hallándose los dos amigos por tercera vez embelesados en la dulce tocata, el alma de Iberito se regalaba con nuevos desarrollos de la personalidad legendaria del héroe. Prim no era sólo el campeón intrépido contra moros; era también el expurgador de la tiranía, el conductor de pueblos, que los llevaba, por sendero pedregoso y venciendo mil obstáculos, a regiones de paz duradera. Todo esto cantaban las estradas tripas, vibrantes de apasionada elocuencia, y aquel día dio el artista con el final sintético que en otras improvisaciones no

pudo encontrar. Gradaciones rítmicas, modulaciones felices, le llevaron insensiblemente a un pasaje de marcada inflexión trágica, o que trágicamente se proyectaba en el alma de Ibero, y luego a una tristísima salmodia fúnebre. O el stradivarius no decía nada, o decía que el héroe sucumbía violentamente, víctima de la envidia y la ingratitud: final muy lógico, casi rutinario en el poema de las grandezas humanas.

Tolosa Latour.— Usted, sí explica el pasado y el presente y con el final, los finales acude de vez en cuando a dejarlo abierto dentro de la tragedia que embarga al ser humano. Cuando escribe en 1906 en sus *Episodios*, no está adivinando el futuro, está explicando el pasado, y está explicando también el recurso novelístico que tanto había utilizado. Es decir, ese final trágico del poema musical de Ansúrez es el mismo que apareció insistente durante un largo período en las novelas galdosianas. «Final muy lógico, casi rutinario en el poema de las grandezas humanas. Poníase Ibero a punto de llorar con la melopea trágica y fúnebre, y a su amigo decía: «Acabe usted, por Dios, que el sentimiento de este pasaje me destroza el alma». El músico no añadía una palabra sola a los épicos sonos de su instrumento. Suspiraba, como el intérprete que nunca se siente bastante hábil, y aspira con anhelo ardiente al absoluto dominio del lenguaje musical. Ibero le decía: «Vaya, vaya; eso es tocar la Historia». ¿Y la zarzuela don Benito? ¿Qué piensa usted de la zarzuela?

Galdós.— También invadió la zarzuela el terreno de la ópera, arrebatando a los maestros inmortales de Italia, Alemania y Francia, alguna de sus más bellas producciones. Esto prueba más que nada la decadencia de la zarzuela, porque ésta no debe ampararse nunca de la ópera, que es de naturaleza enteramente distinta. Nuestro arte

tiene sus elementos propios y un carácter puramente nacional y exclusivo; la música de los maestros extranjeros no le cuadra, y aun los libretos vertidos al castellano rechazan la melodía que fue creada para otro idioma.

Tolosa Latour.— Hemos visto en el teatro de Jovellanos convertidas en zarzuelas las óperas *Martha*, *Zampa*; *Betty* y *La prova d'un opera seria*.

Galdós.— Visto el poco fruto que daban estos arreglos, el público se tiraba de los pelos, ¿Por qué? Por que se parodió de un modo lamentable la música melodramática de los italianos, adaptándole sin variar a una letra ridícula que las más veces dio por resultado el contrario de lo que se apetecía, es decir, la indignación del público. Las parodias de *Lucía*, *Lucrecia*, *El Trovador*, y últimamente la de *Hernani*, han sido muy mal recibidas...y con razón, claro.

Tolosa Latour.— Adaptó usted el episodio de *Zaragoza* a ópera, con motivo de la celebración del I Centenario de los Sitios padecidos por Zaragoza durante la Guerra de la Independencia. Acontecimientos que mejor catalizaron el estado de ánimo de los españoles a comienzos de siglo tras la liquidación de las últimas colonias españolas. Fue una iniciativa donde se proyectó con más nitidez la voluntad de autoafirmación nacional de algunos sectores sociales españoles como salida al estado de desánimo, de caquexia en que se encontraba sumido el país. El *Heraldo de Aragón* dijo: «Galdós, al escribir para la escena *Zaragoza*, ha conseguido pintar de mano maestra los grandes rasgos que caracterizaron nuestra capital durante los Sitios, poniendo sobre el fondo patriótico, obligado en su concepción, las notas religiosa y dramática y la nota amorosa. Y logrando un conjunto admirablemente dispuesto para el objeto que se propusieron».

Galdós.— Ya sabe que la música se le encomendó al gran maestro Lapuerta, pero a mi me preocupaban algunos aspectos... no había un verdadero equipo escénico detrás...

Tolosa Latour.— La ópera —según tengo entendido— iba a estrenarse el lunes 1 de junio con su asistencia y la de varios amigos políticos. Tengo entendido que el fuerte reuma que usted padecía se agravó y le impedía viajar en ese día. Por esa misma causa, por cierto, no pudo asistir a un importante mitin en el Teatro de la Princesa de Madrid el 28 de mayo, convocado para protestar contra la ley del Terrorismo. Allí estaban por cierto los republicanos Sol y Ortega, Melquíades Álvarez y Azárate, Canalejas y Moret.

Galdós.— Siga, siga usted, hay cosas de las que no me acuerdo demasiado bien.

Tolosa Latour.— Don Cuco, como le llaman sus amigas. Le cuento lo que se recogió en *El Heraldo de Aragón*. El sábado 30 de mayo, Miguel Moya, Ortega Munilla y Tomás Romero enviaron un telegrama pidiendo el aplazamiento del estreno del lunes al martes para que Galdós y sus amigos pudieran asistir. Los ensayos iban bastante lentos y usted estaba algo nervioso por no decir temeroso del resultado. Le escribió —según recogió— el *Diario de Avisos* lo siguiente en un a modo de telegrama: «Procure que los entreactos sean los más breves posible. Tenga el escenario despejado de intrusos y curiosos. Evitar tiros en el escenario. Deben oírse sólo tiros lejanos, producidos por la caja de descargas. Cuide de que me comuniquen por teléfono impresiones estreno acto por acto; estoy muy intranquilo. Dios nos tenga en su mano. Galdós».

Galdós.— Claro, como para no estar intranquilo. Al final y después de mucho esfuerzo —créame usted— aparé el 4 de junio que fue cuando por fin se estrenó. Fui acompañado de varios políticos como los que por aquellos días yo me alineaba. Cuando llegamos —de esto sí que me acuerdo— fuimos agasajados y saludados por la banda del Hospicio que tocaba el *Himno de Riego y La Marsellesa*. Recuerdo el ardor del público, el agasajo, los aplausos, desde el hotel Europa donde nos alojamos tuvimos que salir por el balcón para saludar...se hizo todo lo posible para que no coincidiéramos con los Infantes en Zaragoza, cosa normal, aunque por supuesto asistieron después a la representación. Intentaron que no nos viéramos las caras.

Tolosa Latour.— La visita tuvo un alcance político notable y contribuyó a la celebración de una reunión clave en la formación del Bloque de Izquierdas.

Galdós.— En efecto, y sí, *La Revista Aragonesa*, escribió entre otras cosas: «Lapuerta se ha preocupado, ante todo y sobre todo, de hacer arte grande y moderno. Sintió la epopeya grandiosa que quería musicar, vio en ella tres elementos principales: épico, religioso y popular, y ha sabido hermanarlos muy felizmente, definiendo de paso melódica o armónicamente las principales figuras de la obra de Galdós: el judío Candiola y la valerosa Manuela Sancho son perfectos modelos de tan género de pinturas; para el primero ha buscado Lapuerta la característica en armonías extrañas, enrevesadas, bruscas, rotas, fiel expresión de aquel carácter espinoso, violento, hiriente, y para Manuela Sancho ha pedido a la jota el más adecuado color: la jota suena (poetizada y perfumada) siempre que el pueblo vive, palpita y se hace sentir en la obra, y Manuela Sancho, que es la más definida manifestación individual



del pueblo, tiene en sus notas perfecto dibujo y apropiado colorido».

Tolosa Latour.— A *La Jota de los Sitios* se le otorgaba pues un carácter de *leit-motiv* haciendo que atravesara toda la pieza hasta la culminación exaltada del final. Usted apuntó lo siguiente, lo digo porque he leído su manuscrito y al final dice: «La jota de este final, es el punto musical culminante de la obra, puede ser de una manera o de otra, según los elementos vocales de que podamos disponer. Si tenemos un tenor de primera, éste cantará la jota, secundado después por todas las voces. Si tuviéramos una soprano de gran fuerza, y un mediano tenor, la jota será iniciada por éste, arriba y cantada después por la tiple (María) en el primer término, frente al público, con coro de hombres y Tolosa Latoures. En todo caso, la jota será acompañada por la orquesta, y en ningún caso saldrán a la escena guitarra ni bandurrias, pues sería un despropósito que escaseando tanto los hombres para combatir aparecieran ante el público unos cuantos gandules, tocando la guitarra. Tenga esto muy presente el amigo y gran compositor Lapuerta».

Galdós.— Apunte además que la importancia del coro en la jota resultaba por ello fundamental, supongo.

Tolosa Latour.— Usted aprovechó sus conocimientos musicales, grandes como se puede ver y su profesión de escritor realista. Al tiempo era este un emblema político que los espectadores con su mensaje patriótico ya le hicieron saber. Estaba usted en el centro de todas las iniciativas. Un hombre sin edad.

Galdós. El coro, que, por feliz innovación no es en Zaragoza el fastidioso comentarista que va repitiendo mo-

nótonamente frases de los personajes, sino un personaje principal con alma, vida y acción propias tiene en este campo amplísima intervención, que, además, resume Manuela Sancho en un *raconto* que impresionó profundamente al público, y en que tienen expresión felicísima los sentimientos que vibran en el alma de los zaragozanos, defensores de la ciudad. El cuarto acto tiene un carácter semejante al tercero, y termina grandiosamente con un resurgimiento del alma de un pueblo que, al compás de la jota de los Sitios, sale de la postración en que había caído y se lanza de nuevo a la lucha. Este momento estaba muy hábilmente preparado por el maestro Lapuerta, y el efecto que al final de la ópera produjo fue extraordinario.

Tolosa Latour.— La crónica dice que Galdós y Lapuerta salieron muchas veces a escena, y que, los vivas y aplausos resonaron durante mucho tiempo. Realmente el final es grandioso y merecía el gran éxito que logró; pero en él, además, puso mucho peso el elemento popular que asistió a la representación y que sentía y comprendía aquella jota, tan briosamente llevada a la escena, mejor que el resto de la partitura.

Galdós.— (*Con cierta nostalgia*) Asimismo, ese año recuerdo falleció el gran Sarasate.

### **Galdós toca al piano, Tolosa Latour se sienta a su lado e interpretan una pieza a cuatro manos**

Tolosa Latour.— Qué exactitud en todo, don Benito. Y qué piensa usted, dígame, de algunos géneros que no son tan patricios como pueda serlo la ópera, los cuartetos de cámara que tanto le gustan, el violín, el clasicismo orquestal...

Galdós.— Pues que ahora se han inventado algunos géneros de dudosa naturaleza, pero que sirven para aumentar la nomenclatura literaria y para amenizar el árido estilo de los carteles. Ahora se hacen *disparates cómicos*, *pasillos cómicos*, *quidproquos en un acto*, *oportunidades en dos y sainetes en tres*.

Pero —créame— donde más advertimos la decadencia generalizada de todo es en la zarzuela, a pesar de que en los primeros años del teatro de la calle de Jovellanos prometía el rostro infantil y agraciado de la Euterpe española una vida de prosperidades escénicas, de popularidad siempre creciente y de grandes reembolsos para los autores y las empresas. Pero la pobre musa de Manzanar leva hoy escualida y ojerosa la mala suerte de un arte nacional malogrado en flor.

Tolosa Latour.— Prosperó cuando el primero de nuestros músicos compuso *Jugar con fuego*, y otro aventajado discípulo del Conservatorio de Milán escribió *Marina y El grumete* pero después de estos primeros triunfos el desvalido arte nacional, rico en sus elementos, aptísimo para dar a nuestra patria bellas y características creaciones, comenzó a vegetar por falta de ingenios o por la indolencia de los que tenemos, y apenas da señales de vida en *Una vieja* y *Pan y toros*.

Galdós.— A entrar en la época de su esterilidad se introdujo en la zarzuela el aparato militar, que le prestó por algunos años una vida ficticia, pues el público, un tanto aficionado a las paradas y ejercicios militares, aplaudía con entusiasmo el desfile de las coristas *aparejadas* masculinamente, los ratoplanes instrumentados y los votos y juramentos de un sargento *primo basso profundo*. En este género intervenían siempre capitanes enamorados, cantineras traviesas, coroneles atroces, y solía haber consejo

de guerra, rebelión, asalto y otras mil peripecias de *vivace* que daban ancho campo a la inspiración marcial de nuestros músicos. En todo esto era lo más común el ver preferido a nuestro ejército, al ejército de Prusia o el de Rusia, en lo cual el arte no padecía empacho de nacionalidad.

Tolosa Latour.— Bien, ya sabemos que para usted y es posible que yo opine lo mismo, la zarzuela no es la ópera y usted ha escrito como crítico musical no pocas páginas a este respecto. ¿Y las instituciones? El teatro Real al que usted fue bastante aficionado a asistir al *paraíso* para poder describir con tanto acierto esta cátedra de música en obras como *Miau*.

Galdós.— Hombre, no puedo dejar de llamar la atención del Gobierno sobre la escandalosa conducta de la Empresa del Teatro Real. Son infructuosas todas las gestiones que suponen algunos hace para adquirir artistas dignos de este público, y los pocos buenos con que cuenta, la abandonarán muy pronto. Exceptuando las de *La Africana*, todas las demás funciones han sido una serie de lamentables derrotas. Las óperas que prepara para seguir burlándose del público, tendrán el mismo desastroso éxito que el *Saltibanco*, *Hernani* y *El Trovador*. Justo es que se de fin a este abuso rescindiendo la contrata de la actual Empresa, que parece interminable; que se atienda la petición unánime del público que ya conoce y rechaza la superchería; y que sostenga el decoro de una de las primeras escenas líricas de Europa.

Tolosa Latour.— Hablemos de la educación artística y universitaria de este país. Ha estado usted invitado el otro día a las audiciones del Conservatorio ¿verdad? La festividad de Santa Cecilia que la Iglesia celebra en los últimos días de noviembre, es la festividad de los músicos.

Galdós.— La iconografía cristiana representa a aquella santa tocando el clavicordio, de lo cual colegimos que debía ser música de profesión o por lo menos aficionada. Es, pues, esta hermosa virgen la Euterpe del cristianismo, y como la Mitología va de capa caída, y las hijas de Apolo han venido tan a menos, los modernos compositores, instrumentistas y cantantes han cambiado la protección de una deidad gentilica por el patronato de una Santa liturgia.

Tolosa Latour.— En Madrid el día de Santa Cecilia es la gran solemnidad de los alumnos del Conservatorio. En dicho día se reparten los premios a los alumnos y éstos dan pública muestra de su habilidad ejecutando ante un escogido concurso piezas y cantatas. En los ejercicios de la última vez que estuve por ahí, han obtenido premios 1356 alumnas y 646 alumnos en total de 2002 discípulos predilectos de la Santa. Hay que confesar que parece excesivo este número de artistas. Por el hecho de recibir premio deben ser estimados notables.

Galdós.— Me parecen muchas notabilidades para producir las en solo un año. Cada vez va siendo más difícil distinguirse en cualquiera de las artes, y no puede admitirse que un país sea tan fecundo en candidatos a celebridad. De esto se deduce que hay algo de injusticia o de excesiva benevolencia en el reparto de premios de nuestro Conservatorio de Música, y que éste adquiriría más autoridad y prestigios siendo un poco más exigente en los exámenes y menos pródigo de laureles.

Tolosa Latour.— El número de jóvenes de ambos sexos que anualmente se matriculan en el Conservatorio de Música y Declamación es inmenso, porque la afición al arte de Rossini y Beethoven es grande en España y particularmente en Madrid.

Galdós.— Una gran parte de las alumnas son jovencitas de la clase media que van allí a aprender un poco de piano, y una vez que teclan lo bastante para hacerse oír en cualquier tertulia, abandonan la carrera. Generalmente no saben tocar más que la pieza que aprenden para los exámenes durante un año de rudo trabajo. Entre ellas despuntan algunas, muy pocas, con verdadera aptitud y se dedican a dar lecciones.

Tolosa Latour.— De las clases de canto han salido algunas que han sido notabilidades en el teatro. También hay célebres tenores y barítonos que proceden de nuestro Conservatorio.

Galdós.— En la clase de instrumentistas ha sido éste más fecundo que en otras ramas del arte, si bien todas las celebridades que de él proceden han ido y van a completar su educación a país extranjero. Esto prueba que en nuestra Universidad musical se practican bien las enseñanzas de la iniciación; pero que no están a la misma altura de las del perfeccionamiento.

Tolosa Latour.— El maestro Arrieta, dignísimo director del Conservatorio, ha dicho con orgullo en su discurso el día de Santa Cecilia que los grandes premios de los concursos musicales de las escuelas de París y Bruselas había recaído este año en jóvenes artistas procedentes de nuestro Conservatorio.

Galdós.— En esto, que a primera vista parece un motivo de satisfacción, hay una nota —creo yo— de amargura, pues es triste que sostengamos una escuela de Música para que los alumnos brillantes de ella vayan a buscar fuera de España la última palabra del arte que cultivan. Si el Gobierno tomara con interés este asunto, mucho podría remediarse. Tenemos profesores eminentes.

Tolosa Latour.— ¿Qué falta, pues?

Galdós.— Organizar la enseñanza de otra manera, estableciendo más rigor en los exámenes y favoreciendo la lección. La inmensa masa de alumnos ineptos o con menos que mediana aptitud debe ser resueltamente eliminada. El arte musical debe ser cultivado por los que para él han nacido, y el Estado hace un verdadero servicio al país, y a la civilización diciendo a determinados individuos: «Tú no sirves para tenor, ni para violinista, ni para pianista; vete, pues, a aprender un oficio o a servir en un mostrador o a practicar cualquier industria».

Tolosa Latour.— En Madrid es muy grande la afición a la música, que en muchos es verdadera pasión. La alimentan durante el invierno la ópera italiana y la sociedad de cuartetos; durante la primavera y verano, los conciertos clásicos. Hay aquí tantos melómanos que no se da un paso sin tropezar con alguno de ellos. Los verdaderos artistas y profesores también abundan, y en ser madre de algunos de ellos funda España legítimo y orgullo. El Mediodía no produce músicos; casi todos han nacido en el norte y particularmente en la fría Navarra. La naturaleza ha repartido sus dones admirables haciendo nacer a los pintores a orillas del Mediterráneo y a los músicos junto a las cavidades del Pirineo. Navarros fueron el maestro Eslava, patriarca de la enseñanza musical en nuestro país; Gaztambide, autor de populares zarzuelas; navarros son Guillezy y Zubalva, celebrados pianistas, el maestro Zubiurre, el maestro Arrieta, cuyas obras han dado la vuelta al mundo, y navarros son: Gayarre y Sarasate, el primer violín de la época presente. Otras eminencias han nacido a la sombra del Pirineo y Cantábrico, como Ledesma, hijo de Bilbao y Monasterio, oriundo de Potes en la provincia de Santander. Madrid no ha dado, que yo recuerde, nota-

bilidades de primer orden, a excepción de la cotizadísima Patti, nacida aquí en 1843, de padres italianos y de la que he escrito no pocas semblanzas.

Tolosa Latour.— Pero hablemos de esas cruzadas tan realistas como veraces que tuvo usted con la Prensa, con los del teatro, con el público. Hablemos don Benito de *Alma y vida*. De un trasfondo melancólico y del dolor por el ocaso nacional nació este drama con la intención de remover el alma del espectador, utilizando el escenario como plataforma, si bien, los planteamientos creativos de este drama difieren de los anteriores. Usted, se propuso ensayar otras formas, no utilizadas como dramaturgo hasta ese momento, lo que en otro tiempo fue un marcado carácter realista que dotaba a la palabra como la base del proceso escénico, ahora transitará hacia lo simbólico. Un simbolismo pretendido y minuciosamente engendrado. En *Alma y vida*, como ya he comentado, lo sensitivo, emotivo y visual constituyen un todo básico de palabra escénica. Con aquel estreno de 1902, Galdós, ofreció la clave estética de lo aparente para enviar con fórmulas alegóricas el trasfondo «melancólico» interior del autor, no sin dejar de ofrecer un universo plástico como pocos se ofrecían en la época.

Galdós.— No tiene comparación con aquel otro (*Los Condenados*) en que me permití subir al púlpito, sino por imperiosa necesidad de expresar algunas ideas referentes al Teatro y a las causas de su precaria existencia, a la psicología del público en estos y futuros días de grande confusión, ansiedad y azoramiento, a la forma viciosa en que se efectúan los estrenos y al arcaísmo de la Prensa, que aún no acaba de dar a la literatura dramática el vital ambiente que a otros asuntos prodiga, increíble abandono tratándose de un arte tan hermoso, tan castizo: alma, ros-



tro y acento de esta raza, cuyos caracteres culminantes son la viveza pasional y la expresión declamatoria.

Tolosa Latour.— De esto y de algo más, comediantes y directores de escena, críticos que claman generosos o rezongan descontentadizos, quiso decir cuanto se le ocurría, y advertimos ante todo que usted escribió esas páginas con absoluta serenidad.

Galdós.— Guardo para mí propio las amarguras y desengaños, disimulando hasta donde pueda la fatiga de quien anda en el trajín de labrar un surco de tierra ingrata, poniendo en ello más voluntad que inteligencia, decidido a que la ineficacia de un esfuerzo se remedie con otro esfuerzo mayor. El cansancio, como el mal sabor de boca, fácilmente halla medicina en la conciencia, y si nunca seré gladiador de consumado poder para la lucha, válgame el propósito de imitar al aragonés que hincaba en el muro los clavos haciendo martillo de su dura cabeza. Con tan saludable ejercicio, y con el gusto de ver cómo van entrando los clavos, fácilmente se adquiere la tranquilidad de espíritu y la fortaleza craneana que permite acometer mayores empresas. Y esta serenidad que disfruto me permitirá platicar sosegadamente con los que han escrito de *Alma y Vida* en variados tonos, inclinándome ante los que han expresado sus opiniones con alabanzas desmedidas o censurándome con miramientos dignos de toda mi gratitud, y podré emplear fórmulas de cordial polémica con los que han andado en esto a tropezones como el ciego que se lanza por caminos desconocidos. Para todos será esto como una conversación entre amigos, de la cual ellos y yo saquemos alguna provechosa enseñanza.

Tolosa Latour.— Usted siempre ha aconsejado que el público debe habituarse a la variedad de las formas del

arte, que no sean desabridos y regañones con el que se proponga *cambiar la tocata*, aunque en ello no resulte totalmente afortunado; que no vayan al teatro con la esperanza y el deseo de ver la repetición de lo que antes vieron, y el paso continuo por los caminos ya deshechos de puro rodados. En cuanto a la forma de simbolismo tendencioso —cuando se vio *Alma y vida*— que a muchos se les antoja extravagante, dijo que nació como espontánea y peregrina flor en los días de mayor desaliento y confusión de los pueblos, y es producto de la tristeza, del desmayo de los espíritus ante el tremendo enigma de un porvenir cerrado por tenebrosos horizontes.

Galdós.— El simbolismo no sería bello si fuese claro, con solución descifrable mecánicamente como la de las charadas. Déjenle, pues, su vaguedad de ensueño y no le busquen la derivación lógica ni la moraleja del cuento de niños. Si tal tuviera y se nos presentaran sus figuras y accidentes ajustados a clave, perdería todo su encanto, privando a los que lo escuchan o contemplan del íntimo goce de la interpretación personal. Moviómeme una ambición desmedida, no exenta de desconfianza, a poner mano en empresa de tan notoria dificultad: vaciar en los moldes dramáticos una abstracción, más bien vago sentimiento que idea precisa, la melancolía que invade y deprime el alma española de algún tiempo acá, posada sobre ella como una opaca pesadumbre. Pensando en esto, y antes de que se me revelara el artificio que había de servirme de armadura, veía yo como capital signo para expresar tal sentimiento el solemne acabar de la España heráldica llevándose su gloriosa leyenda y el histórico brillo de sus luces declinantes. Veía también el pueblo, vivo aún y con resistencia bastante para perpetuarse, por conservar fuerza y virtudes macizas; pero le veía desconcer-

tado y vacilante, sin conocimiento de los fines de su existencia ulterior. Sobre esta visión, fundamento de cuya solidez no respondo, tracé y construí la ideal arquitectura de *Alma y Vida*, siguiendo, por espiritual atracción, el plan y módulos de la composición beethoveniana, y no se tome esto a desvarío, que el más grande de los músicos es quien mejor nos revela la esencia y aun el desarrollo del sentimiento dramático.

Tolosa Latour.— La *Sinfonía Pastoral* de Beethoven es por esencia conceptual un deliberado homenaje a la naturaleza y por definición a los poderes divinos como artífices de ella. Entonces si el músico alemán buscaba una recreación y elevación espiritual kantiana en la definición del carácter de la *Pastoral*, este podría ser el punto de conexión en la creación con su drama: la elevación espiritual a través de la estética. Como sabemos Beethoven escribió la *Pastoral* con «más emoción que descripción», considerándose esta Sinfonía por la crítica como la menos descriptiva, al igual que *Alma y vida*, pues como expresó el autor de *Realidad*, en este drama campestre y pastoril ofrece «un modelo de verdad y hermosura escénicas». «Más evocación de sentimientos que mera descripción de la naturaleza» —decía Beethoven— por ello conscientemente Galdós buscará la inspiración y las fuentes en Calderón y Lope, así como la «musicalidad» del verso rimado y del movimiento de los personajes. Para la relación de la vida con el campo, Beethoven sólo utiliza un elemento clara e intencionalmente descriptivo, que es la cita final de segundo movimiento «escena junto al arroyo» del canto del ruiseñor, el cuclillo y la codorniz representados respectivamente por la flauta, el clarinete y el oboe (compases 129 a 136 *del Andante molto mosso*). ¿Qué buscaba usted cuando escribió y estrenó *Alma y vida*?

Galdós.— Nada, no buscaba nada. Bueno, salió el drama como Dios quiso, que en esto ni la voluntad ni la imaginación llegan a donde se proponen. En estas caminatas no es raro quedarse a mitad de la cuesta, y, por mi parte, si en cuanto escribo concluyo siempre desalentado y pesaroso de no haber realizado plenamente lo que intenté, en la presente jornada mayor ha sido mi desconsuelo, que sólo puedo atenuar viendo cuán escabrosa era la senda. Debo añadir que nunca pensé ganar en este drama el aplauso popular, y que más bien he tratado de esquivarlo, indispensable previsión después de *Electra*. Buscaba, sí, el sufragio de las clases superiores, de ese público selecto que aquí tenemos, compuesto de personas extrañas a la profesión literaria, pero de notoria cultura, sin prejuicios, con el cerebro limpio de las estratificaciones de escuela que a tantos incapacita para el libre goce de las dulzuras del arte. Parte de ese público me ha dado su voto favorable, y lo habría dado público mayor si no lo estorbara el clamoreo de los periódicos y sus opiniones rapidísimas, inciertas, contradictorias, pronunciadas como sentencia ejecutiva, inapelable, al día siguiente del estreno.

Tolosa Latour.— Dígame, don Benito, dividió usted estructuralmente el drama en cuatro actos, aunque constaba de cinco —aún más cerca de la concepción beethoveniana—, y hubo de quitar uno por problemas de tiempo: *El Juicio*, *La Pastorela*, *La Cacería* y *El Ocaso*, forman parte quizás de un programa, como lo era encarnar las artes en la música característica del estilo wagneriano. Es la primera y única ocasión en la que podríamos decir que Galdós proyecta un drama dando títulos a sus diferentes actos secuenciales. El nombre que preside cada acto acerca indiscutiblemente el drama al público, haciendo baladí un concepto dramático que parte de una idea, por esencia más patricia con respecto al desarrollo de clases sociales.

Galdós.— Como usted afirma, el clamoreo, compuesto de alabanzas al autor, que se agradecen en el alma, de explicaciones múltiples y enrevesadas del símbolo, de juicios en parte lisonjeros, acerbos e injustos en parte, todo ello dicho confusa y velozmente, por cumplir el deber del día, sin enterarse, sin dar tiempo a la reflexión; esta cháchara discorde y estruendosa, a la cual sigue un silencio grave, como el de la selva cuando remonta el vuelo la república de pájaros que ella habita, aturde al público, el verdadero y único juez, y le previene a la desconfianza. Son pocas las personas que, ante el juicio literario, manifiesto en letras de molde, no ceden parte o la totalidad del suyo propio que directamente formaron.

Tolosa Latour.— Si en las obras de lectura las opiniones escritas influyen tan sólo en el curso del tiempo, cuando viene a determinarse como resultante de infinitos criterios de madura sentencia, en obras de teatro las apreciaciones lanzadas en un día, bajo la tiránica ley de actualidad efímera, como sugestión de una masa que habla sobre otra que escucha, suele producir errores, ya por aumento, y ya por rebaja del mérito de lo que se juzga, y estos errores son de tan lejana rectificación que en los más de los casos no pueden verla los nacidos.

Galdós.— Ninguna recriminación desabrida oirán de mí los que ejercen en la Prensa el llamado *sacerdocio de la crítica*. —con lamentable propiedad, como demostraré luego—, misión ingrata que desempeña cada cual según su leal entender, cumpliendo el más arduo de los deberes. En pocas horas han de apurar todo el conocimiento literario, y dar no ya juicio, sino sentencia, sobre composiciones que son fruto de largas vigiliias y de intensas fatigas del entendimiento. Nada tengo, pues, que decir contra los críticos, entre los cuales hay algunos que me han dado

lugar preferente en sus afectos, y muchos que me favorecen con su amistad. He de protestar, sí, contra la menguada organización del servicio literario, llamémosle así, en los grandes y pequeños periódicos, servicio que se reduce a una descripción informativa con pinceladas literarias, la cual, por la premura del trabajo, tiene que resentirse del uso vicioso de recetas, sacadas de lecturas superficiales o de las experiencias del oficio. Se les manda que opinen y que *den cuenta*. Los incidentes y sorpresas del estreno, que rara vez pierde el carácter de batalla, resultan de más importancia que el criterio artístico, y tanto éste como el informe noticiero concluyen por ser formulados con calificaciones rotundas. No hay artículo de teatros que no contenga la noticia de examen: *éxito franco*, *éxito discutido*, *«succès d'estime»*, *semifracaso*, *fracaso*, *al foso*. Y ante esta calificación han de inclinarse autor y público con el respeto que imponen los golpes de la fatalidad o el abrumador peso de las leyes de la Naturaleza.

Tolosa Latour.— Está claro don Benito que para usted la profesión de «prensa» no es de su agrado y creo que esto obedece a que usted ejerció ese mismo oficio bastantes años escribiendo para *La prensa de Buenos Aires*. Plantear en la escena española una realidad histórica y social al mismo tiempo que poetizar con la estética y el espectáculo, no es fácil tarea en un tiempo donde el apoyo al teatro brillaba por su ausencia.

Galdós.— Grandes progresos ha realizado la Prensa de algún tiempo acá, educando al pueblo en el arte político, apagando las pasiones y sobreponiendo el interés patrio al egoísmo y a las audacias de los profesionales; en el ramo científico son notorios sus adelantos, y en el departamento de noticias, como en el uso del telégrafo, se la ve con tendencias a la información sobria y veraz. En lo que

no enseña, ni dirige, ni educa, es en las cosas literarias, por la organización petrificada de este servicio (no hay manera de darle otro nombre). y por la rigidez hierática del crítico único, dictatorial, que al propio tiempo informa y opina, testifica y sentencia sin apelación posible, pues una vez pronunciado el fallo se le rodea de silencio para que sea más solemne y continúe repercutiendo en las vacías concavidades de la opinión. Ávida de poseer la verdad para ilustrar todas las materias, La Prensa solicita colaboración para los varios asuntos que salen a cuento, ya sean financieros, políticos, de higiene o de ornato público. Para lo único que no la pide jamás es para los asuntos literarios. Y lo peor no es que la pida, sino que no la admite cuando por acaso alguien solicita dársela, pues si ningún escritor político, ni financiero, ni sociológico s enoja porque otras plumas traten del mismo asunto con criterio distinto, el crítico no tolera que un extraño penetre en sus sacrosantos dominios. Y no proviene esta intransigencia de que el crítico sea mala persona, ni egoísta, ni soberbio, pues comúnmente es todo lo contrario, sino de que sus patronos han creado para él como un cantón de linderos infranqueables, donde se le tiene y custodia con autoridad y atribuciones justicieras que no disfrutaban los *sacerdotes* (así hay que decirlo). de ningún otro arte ni ciencia.

Tolosa Latour.— Allí donde debiera existir mayor libertad impera la más absurda tiranía y el más cerrado procedimiento de juicio, de lo que resulta que la crítica, hoy más que nunca, se reviste de formas teocráticas, a las que da mayor negrura el dogmatismo que emplea, son el sinfín de definiciones canónicas, ya para el género chico, ya para el drama, la comedia o el melodrama.

Galdós.— Por esto las decisiones de la *Sagrada Congregación de Ritos*, de la *Penitenciaria* o de la *Dataria* no

son comparables a las sentencias de nuestros censores en inmutabilidad, eficacia y tiesura. Véase por qué los ingenios que ejercen este ministerio en los grandes diarios toman ante el público, sin darse cuenta de ello, un cierto aire episcopal, y seguros de que su palabra es como el rocío de la pastoral santísima, que ha de caer siempre en tierra bien preparada, cumplen su misión con confianza solemne, y de ningún cristiano temen refutación y discordancias, pues dirigiéndose *a nuestros amados diocesanos* no haya miedo de que éstos remusguen...No hay bromas con la Iglesia...

Tolosa Latour.— Es indudable que de algunos años acá nuestro bendito público ha progresado en gusto, en tolerancia, en paciencia, aprendiendo a internarse por caminos, si no nuevos, nuevamente limpios de antiguas y ya pisoteadas malezas. Ya ve que le sigo en todo lo que a crítica se refiere, escrita por usted. (*pausa*) Débese este adelanto a los autores y a los críticos. ¿Por qué no persisten éstos en la obra de educar al público, y por qué se vuelven atrás o se estacionan en el punto más propicio para persuadirle de que debe avanzar? No puedo conformarme con esas monomaniacas exhortaciones a la brevedad en pasajes que no se alargan más que el tiempo preciso para que se diga lo que no debe omitirse, para que se trace el necesario contorno de los caracteres, y se amaren y aseguren los hilos lógicos de la fábula. Ya tenemos al espectador iniciado en la costumbre de oír, de agarrarse con toda su atención a la palabra que fácilmente y sin cansancio le va introduciendo en los dédalos del asunto y en el alma de los personajes, ¿por qué le espantáis hablándole de larguras que no lo son sino admitiendo que toda obra se ha de escribir para cerebros estragados que buscan la instantánea? Estos acabarían por pedirnos situaciones de relámpago si con esta enfermiza querencia de la



brevedad transigiéramos. Tanto les habéis repetido que el teatro es síntesis, que se han apoderado gozosos de tan manuable formulilla para hacer de ella el acicate con que estimulan la vertiginosa carrera de la acción teatral. Síntesis es, ciertamente, el teatro; pero no seamos tan sintéticos que se nos vean los sesos. Demos espacio a la verdad, a la psicología, a la construcción de los caracteres singularmente, a los necesarios pormenores que describen la vida, siempre dentro de los límites prudentes, que en el caso de autos no han sido traspasados, y retiren los críticos su *leit motiv* de que esto es largo, de que esto *pesa*, cuando, en realidad, ni pesa, ni se prolonga más de lo conveniente.

Galdós.— Y ahora he de sostener que si los autores nos equivocamos, y si a grandes errores nos induce la formidable angustia de estas batallas con el ideal sobre las tablas de la escena, no es justo disimular las que creemos equivocaciones de los críticos, ni reconocer su infabilidad, por más que vengan revestidas de formas teocráticas. Ellos nos censuran, nos amonestan, nos administran con más o menos suavidad la ciencia que han adquirido en la práctica de su oficio criticante. Permítannos que del saber allegado por nosotros en nuestra ascensión al Calvario, con las obras a costas, les administraremos alguna partícula, o al menos, que se la pongamos en la boca, rogándoles que la tomen. Lo más singular de estas excitaciones a una rapidez que en cierto género de obras teatrales no puede ni debe ser concebida, es que el público sano y noblote que va a los teatros sin curarse de reglas menudas ni de convencionales criterios, no suele cansarse allí donde se le indica que hay algo más de lo preciso; de ello tengo mil pruebas deducidas de las observaciones que suelo hacer cuando soy espectador antes que interfecto. Y si no se cansa, ¿para qué se le señala la ocasión de cansancio, como si se diera una orden o quisieran imitar en la crítica

las acotaciones con que en dramas y comedias marcamos los accidentes del diálogo y de la acción? Es que si el arte esta lleno de amaneramientos, la crítica no se ve libre de este mal, y la práctica misma del examen de obras, convertida en oficio, induce a la repetición de los modos viciosos y de las ideas mecánicas y de estampilla. Ya se irán curando de este defecto, ya comprenderán que la lógica no interrumpida en su fácil proceso, la humanidad de los caracteres, la concordancia de éstos con la palabra, son parte a que no se fatigüe la atención del oyente, y a que nadie apetezca una brevedad desconcertada, siempre más fatigosa que la razonable extensión nutrida y jugosa.

Tolosa Latour.— En conciencia, y poniendo la verdad sobre todo, me atrevo a declarar que en *Alma y vida* no hay pasaje alguno que *pese* verdaderamente, en buen criterio artístico a la moderna. Podrán decirle a usted que *pesa* y está de más el conjunto, la totalidad: esto ya es distinto; habría que verlo. Pero si conceden que la obra merece ser escuchada, dejen que la escuchen los que con este fin y la intención más leal van al teatro, y no les den la consigna de cansarse cuando ven y oyen gustosos, libre el entendimiento de retóricas vanas. Equivócanse de medio en medio, los profesionales creyendo que la crítica lega de la muchedumbre independiente concuerda con la técnica circunstancial que ellos traen en papeletas. Todo el mundo ha podido observar que rara vez se inician en el espectador *de derecho* los síntomas de cansancio o de disgusto: se cansa o aparenta cansarse, hociquea y frunce el ceño antes de tiempo la caterva de invitados que las empresas introducen con largueza y magnanimidad en los estrenos. Como he pertenecido más de una vez a esa falange de espectadores *de hecho*, sabemos lo que es, y participando por espíritu de cuerpo de su recelosa psicología, hemos visto que regatea su aprobación franca hasta

que la obra se impone con fuerza incontrastable. Por lo común, el público permanece apartado y dueño de sí, elaborando su propio ambiente frente a la viciada atmósfera que en otras partes del teatro se forma, y si el contacto por algún medio pudiera evitarse, el sentido general quedaría victorioso. No abdica el público verdaderamente su criterio hasta que se le impone otro en el periódico del día inmediatamente; y no es la sermonaria admonición del crítico la que gana la batalla, sino la autoridad del diario, formidable continente, que da fuerza de ley a todo su contenido. Y dicho esto... dígame, querido amigo ¿Cuáles son los tópicos que más le molestan?

Galdós.— Espero que nadie lleve a mal esta sincera discrepancia con algunos rutinarios modos de opinar, nacidos del amaneramiento que invade todas las artes; y pues de amaneramientos se habla, allá va otro, con la esperanza, con la seguridad más bien de verlo pronto corregido; que esta satisfacción deben a la verdad hombres tan inteligentes. Reconozcan y confiesen que no sólo está mandada recoger, sino que se ha recogido ya, prohibiendo su circulación por todo el reino literario y artístico, la formulilla de que hay melodrama desde que aparece un personaje embozado y se baja la luz de la batería, o cuando suenan truenos, o riñen con airado escándalo hombres o grupos. ¡Ahí tiene un encasillado!

Tolosa Latour.— Y si no quieren rectificar este vicioso juicio, dennos una clara definición del melodrama, ha esgrimido usted por ahí. Por tales se tuvieron en un tiempo dramas tan hermosos como *La Torre de Nesle* y *Catalina Howard*, aunque nunca se representaron con música; pero el público entiende por melodrama la composición popular, ingenua y casi infantil, donde se presentan lastimeros martirios terminados con el castigo de los malos y

el galardón de los buenos, pasando por emociones de psicología primaria y elemental. Corrijame si me equivoco. A nadie se le ha ocurrido llamar melodrama al *Rey Lear* porque en algunos pasajes estalle la tempestad con truenos y rayos, ni a *Macbeth* porque salgan brujas y espectros, ni a *Lucrecia Borgia* por sus venenos y sus agonizantes con capuchón, ni a *Fuenteovejuna* por su popular griterío, ni a innumerables obras de Calderón y Lope por las emboscadas y sorpresas para capturar hombres malvados.

Galdós.— No, no se equivoca usted en nada, querido amigo. En efecto, el buen público, que ordinariamente está cortado a la burguesa y gusta de formas elegantes en el teatro, así como abomina de la vulgaridad, en cuanto le hablan de melodrama mira con desdén profundísimo la escena sin luz y la exhibición de pistolas y puñales. Creía poder gozar de una obra bella, acorde con las ideas dominantes, y de pronto la ve convertida en *Los perros del Monte de San Bernardo* o en *El terremoto de la Martínica*... He llegado a creer que estos latiguillos de la crítica no son hijos de la convicción, sino de cierto espíritu maleante, favorecido por el monopolio, el cual comúnmente hace inconsiderados y burlones a los que lo ejercen. Dueños absolutos de su cantón, en el cual cortan y rajan en la plenitud de su albedrío, sin competencia ni contraste, oficiando con jurisdicción indiscutible, sueltan las riendas al ingenio, y cosas escriben en las cuales no se ve más objeto que pasar el rato.

Tolosa Latour.— Admitimos que sea difícil el inmediato remedio del desgobierno que los directores de los grandes diarios mantienen en este cantón; pero es incomprendible que en periódicos que tienen en sus filas y a su frente a un ilustre literato, académico de añadidura, no se

imponga siquiera la corrección de esta socarronería de lo melodramático.

Galdós.— Si en tantas cosas dormitan, verdaderos lincees son nuestros críticos en la práctica de los estrenos. Tanto han visto y observado en el continuado ejercicio de su asistencia sacerdotal, que han adquirido gran perspicacia para medir y pulsar todos los accidentes de la batalla entre el público y las obras nuevas. Pero esta maestría no basta para el buen desempeño de una misión que en todo caso ha de ser literaria. En el estreno de una obra, autor y público no pueden encontrarse en igualdad de medios de combate, ni son las mismas sus armas y sus defensas. El autor es entidad superior al público, y así debe continuar hasta que se demuestre lo contrario. El crítico, como literato y artista que también cultiva lo ideal, debe estar al lado del autor, atento a su defensa, a reforzarle cuando flaquea, a sostenerle y no dejarle desmayar cuando lleva ventaja, no abandonándole hasta los momentos en que se ve que los medios de persuasión expresados en la escena son de notoria eficacia. Pues bien: nuestros censores no responden siempre al deber profesional y fraternal de formar al lado de la obra combatiendo con ella hasta donde se pueda.

Tolosa Latour.— Salvo los casos en que por tratarse de un autor de la propia familia, o que reúne los dos caracteres de poeta dramático y periodista, se ponen resueltamente a su lado y le protegen y le ayudan, los críticos padecen un lamentable olvido de los vínculos que por ley moral y literaria les unen al autor, y casos hay, bien lo ha visto todo el mundo, en que apoyan al público en su rutinario desvío de las ideas que vienen del escenario, debilitan las ventajas que el autor alcanza en tal o cual escena, refuerzan las desventajas y, obscureciendo las entendede-

ras del auditorio en vez de aclararlas, ponen de bulto los errores del poeta con expresión hiperbólica, mientras con tímida y desdeñosa expresión marcan sus aciertos, si éstos son tan visibles que no pueden negarlo.

Galdós.— Esto pasa, no digamos que todos los días, pero sí muchas veces, y no es bueno para el arte dramático. Explican su conducta los críticos con la evasiva de que mucho debe exigirse para que los autores afinen su entendimiento y aspiren a lo más acertado y perfecto; pero no vienen las perfecciones por ese camino. Si en las demás artes el ideal nace, crece y vive en medio de la injusticia, y una atmósfera de desdenes y olvido no puede asfixiarle, en el teatro, arte de persuasión inmediata y directa, la crítica no podrá obtener buenos frutos si no es pródiga de verdad en la distribución de alabanzas y censuras.

Tolosa Latour.— Mejor explicación de esta parcialidad nos da la desordenada simpatía que los jueces de estreno suelen sentir por un teatro, empresa o grupo de comediantes, teniendo en poco a los demás. No debe verse en esto más que la facilidad nativa de nuestra raza para la formación de bandos o camarillas, producto del temperamento confianzudo y de la movilidad de nuestros afectos. Ninguna corrupción hay en ello, y la honradez más pura preside a estas manifestaciones chicas del pandillaje nacional. Resulta, pues, que los principales periódicos se encuentran, sin saberlo, ministeriales de un teatro, y en sistemática enemistad con el otro o con el de más allá.

Galdós.— Si autores y críticos procuramos huir del amaneramiento, o sea el funestísimo empleo de los recursos fáciles, que llegan a ser mecánicos, ¿qué no daríamos por corregir la manera del público, el cual difícilmente ríe

un chiste que no ha reído antes, se resiste a la emoción si ésta no viene por los resortes y combinaciones que antes le conmovieron, y en caracteres y asuntos rara vez los admite como no tenga precedente? ¡Y qué amor tan grande tienen nuestros críticos a los precedentes! Lo que a ellos les gustó hace veinte años debe entusiasmar a los que andan ahora en lo más temprano de la admiración. ¿Por qué no procuran curar al público de sus muletillas de pensamiento, más insufribles que las de dicción? ¿Por qué no le ayudan cuando le ven dispuesto a entregar su voluntad ante una forma que se separa de las formas comunes? Si no lo llevan a mal, el que esto escribe, honrado con la amistad de los críticos o periciales de estrenos, se permitirá aconsejarles (valga consejo por consejo). que a los fines de su tarea examinadora vayan con más criterio que intención, atentos a discernir errores y aciertos, antes que a dar diploma de éxitos o fracasos; que para escribir se ayuden de la conciencia y del tiempo, consejeros seguros, infalibles; que no se empeñen en amolar con dos filos el famoso escalpelo. Pero ni sigo, que me voy volviendo melodramático, o temo que me lo digan por este inesperado empleo del arma blanca.

Tolosa Latour.— La vitalidad del arte teatral en España la comprueba y testifica el hecho de que aún vive, a pesar de los golpes que le asestan los que, debiendo ser sus amigos, son inconscientes enemigos.

Galdós.— Como digo, la Prensa no hace nada por él, pues el cantón crítico para la *actualidad* de los estrenos más bien le daña que le favorece; cierto que las clases superiores le dan una protección material con el abono a determinados días de la semana; pero la presencia del público aristocrático en los teatros españoles de comedia y drama no lleva calor, sino frialdad; no entusiasmo, sino

indiferencia. Es un personal florido y brillante que entra en la casa de Lope como en visita desigual o de circunstancias, mirando con poca estimación al dueño de la casa y a sus sucesores o tataranietos, cuando no les acaricia con mano de gato (salvo el guante) y en sus barbas se ríe. Ni las obras clásicas ni las modernas despiertan grandemente su interés. Otra cosa sería si en esfera superior vieran mejores demostraciones de afecto hacia un arte que merece ser tenido en mucho, aún en su decadencia, admitiendo que el estado actual lo sea.

Tolosa Latour.— Que el teatro español ha sido manantial con que nutrieron su corriente todos los teatros del mundo; que el francés, que se tiene por tan suyo, ha bebido del nuestro, y con aguas españolas da vida a famosas obras contemporáneas; que Lope y Tirso son universales maestros; que en el pasado siglo los españoles continuaron la tradición de este glorioso arte, una de las ramas más robustas del árbol de la patria; que los modernos y modernísimos hacemos cuanto podemos por prolongar su existencia y lustre, es cosa que sólo está en libros y papeles, no en la mente del Estado ni de quien lo dirige. Lo que sabe todo el mundo, el Estado lo ignora, y bien lo prueba que ninguna protección concede al Teatro, y que aún le escatima la de su presencia personal, que sería grande y honroso acatamiento de sus glorias pasadas y estímulo de los esfuerzos presentes.

Galdós.— Todos los soberanos europeos se ponen en contacto con su pueblo por medio del teatro, admirable terreno común, donde los sentimientos y las ideas dominantes pueden ser gozados de grandes y pequeños en armoniosa concordancia. El emperador de Alemania, autócrata y artista frecuenta los teatros de Berlín y de otras ciudades alemanas, y no aparece obra nueva que él no



vea y que ni se dignen juzgar con censura o aplauso. Festeja a los extranjeros que van a sus estados con arte de otros países; pero festeja más y alienta y estimula a los nacionales. En Italia y Bélgica, en Baviera y en Portugal, los teatros ven de continuo al jefe del Estado, que en esto cumple un deber no consignado en la Constitución, mas no por eso menos imperioso. Entre tantas etiquetas que constituyen la pesada obligación de los soberanos, no merece preterición la que ordena el debido homenaje a las artes gloriosas del país que rige, porque enalteciéndolas, a sí propios se enaltecen. Aquí, y en esta cuestión concreta del arte teatral, estamos dejados de la mano de Dios. Siendo como es tan delicado y penoso formular protesta contra los desdenes de las personas más altas de la nación, y no queriendo incurrir en irreverencia, hemos de conceder que nuestro teatro moderno, o refundido del antiguo, es por su forma y su fondo indigno de las personas cultas, que nada escriben nuestros contemporáneos digno de admiración ni aun de estima, y que merecen más aprecio las farsas representadas por las compañías italianas o francesas, como *Il Paradiso de Maometto* o *Le controleur des wagons-lits*. Pero, aunque tengamos que declarar esto, no hay desacato en pedir que no se menosprecie tanto a los teatros españoles, porque el honrarlos por quien debe hacerlo es etiqueta que por su importancia casi debe estar incluida entre las funciones del gobierno, y al Gobierno va esta queja contra un abandono que ningún país del mundo toleraría. Pero el nuestro, ¡ay!, ha venido a ser tan manso y sufrido, que ni él mismo se conoce cuando se mira en el espejo de sus catástrofes; está, no ya distraído, no ya insensible, sino lelo, como el paralítico progresivo, que ríe entre ataque y ataque, esperando el que ha de ser mortal.

Tolosa Latour.— Según ha dicho usted en alguna parte, a las causas destructoras del Teatro en Madrid, añadamos

las de provincias, donde cada vez se restringe más la libertad de las compañías, marcándose el alejamiento de las clases que por su posición y cultura debían sostenerlo. Hace un año o dos, se ponía el veto a cualquier obra en que se vislumbraran ideas contrarias al delicioso convencionalismo en que vivimos; no hay para qué recordar las airadas campañas contra *Juan José* o contra *Electra*, obras cuyos títulos han merecido el honor de resonar en todos los púlpitos y de amenizar los *Boletines Eclesiásticos* de todas las diócesis.

Galdós.— Pase esta campaña como signo de los tiempos. Pero de tal modo la extreman ya, que el Teatro entero se ve amenazado de ruina por la zapa del *cleriguicio* imperante. Mientras disfruta de *exequatur* el género chico, contra el grande se emplean toda clase de armas, así las más contundentes como las más sutiles. En poblaciones que comúnmente son emporio de la honrada alegría, funciona un cónclave de señoras muy respetables, que en cuanto llegan cómicos piden los *libretos* para examinarlos y designar los vitandos y pecaminosos. No hay defensa contra esta insidiosa aplicación de la previa censura, porque si las empresas teatrales no se someten al femenino expurgo, se les niega el abono, y se ven precisadas, o a salir de la población, o a trabajar para la galería, agregando al espectáculo, por vía de venganza, toques de *Himno de Riego* y *Marsellesa*. No tienen la culpa de esto las buenas señoras, que así proceden por ganar el Cielo, sin reparar en que ya lo tienen bien ganado con sus virtudes, ni los dignos sacerdotes que las aconsejan, pues éstos ven en dramas y comedias un vivero de pecados, y justo es que miren por la moral, según ellos la entienden.

Culpables son los maridos, padres o hermanos de las señoras, que después de condenar *libretos* van en bandadas de casa en casa, incitando a todas las damas a huir

del teatro como de un foco de pestilencia. Los maridos o padres, los hombres que fueron en las grandezas nervio y músculo poderoso de la nación, son en las decadencias el órgano lesionado y el tejido descompuesto. Ved en ellos la parálisis patria; ved cómo se tuerce el rostro y se desfigura la boca de nuestra enferma clase directiva y cómo tiemblan sus manos y se arrastran sus pies. Los maridos o padres que en el caso relativamente baladí del teatro ocasionan la muerte, son los mismos cabezas de familia que en órdenes más altos toleran el desgobierno, la burla política y todo lo demás que vemos y lloramos sin que se les saque de su enervación el presagio de nuevas catástrofes.

Seguro estoy de que mis amigos de la Prensa, críticos inclusive de Madrid y provincias, abominan de la ruina del Teatro por los procedimientos conocidos de todo el mundo; pero no se atreverán, no, ni aun siendo muy radicales, a combatir la campaña en que aparecen como visibles soldados las damas pudientes, porque éstas saben ponerse la mantilla o el sombrero y correr de casa en casa quitándole suscripciones al periódico que a protestar se atreva, de donde resulta que también apunta en nuestra Prensa la parálisis, probablemente por *embolia*.

Tolosa Latour.— (*Con pesimismo*) Relatando las calamidades del Teatro en España, no se encuentra el término de las lamentaciones, y por lo que se refiere al Teatro Español, a quien llamamos *Casa de Lope*, a tantos motivos de descomposición debemos añadir la inseguridad de las compañías, que allí entran en aluvión el octubre y se dispersan en abril huyendo por diferentes rumbos. Donde debiera existir como base del estudio artístico la quietud y la permanencia, tenemos un mareante ir y venir de artistas, de innegable mérito, pero que no lucen lo que debieran por la falta de ajuste en el conjunto.

Galdós.— La famosa vivienda de Lope no es casa ni hogar en que tenga su asiento la mejor familia de actrices y actores que pudiéramos reunir; es más bien, durante medio año, como una fonda en que buscan algunos pasajeros alojamiento, y en los meses restantes, hospedería para viajeros con papeles en los balcones. Las discordias y continuas desavenencias entre unos y otros, la falta de una cabeza superior que a todos les dirija, achaque de donde proceden tanta indisciplina y desconcierto, agravan el mal. Aún no se ha explicado por qué se prescindió del director artístico que en la temporada anterior quiso y logró encauzar los trabajos de aquella casa, luchando contra las prácticas viciosas y las rutinas petrificadas. Pero ni con director, no sin él, será el Teatro Nacional lo que debe ser, mientras la mano del Estado no lo tome de su cuenta y le dé complexión robusta, asociando a este organismo con fuertes lazos lo más selecto de nuestros actores y actrices, regulando las emigraciones a América de modo que la casa no quede nunca desmantelada, estableciendo un severo régimen para la admisión de obras, y reuniendo en ellas todos los elementos de las artes accesorias que contribuyen a la prosperidad y esplendor del arte dramático.

Tolosa Latour.— ¿Y de los actores, esos genios de la interpretación del ser humano? Qué diría usted.

Galdós.— A los intérpretes de dramas y comedias consagro el final de mi plática dándoles toda la importancia que les corresponde, pues sin ellos no habría Teatro. Ellos son la presencia y rostro de las ideas y el verbo de los sentimientos que queremos expresar. Por ellos nos conoce y nos entiende el público; su arte es la vida visible y sonora del nuestro, razón que basta para que les estemos grandemente. Público y crítica les alaba en ocasiones les vitupera con descarnada injusticia, naciendo de estos

contrastes el que ellos sean más desordenados en sus afectos, y desiguales no sólo en su trabajo artístico, sino en las ordinarias relaciones con autores, público y Prensa. La vida ruda que llevan; la obsesión del aplauso, inherente a una profesión que del aplauso vive; el ansia ardiente del éxito; el temor del fracaso; el continuo estudio de obras que, no dejándoles tiempo a ningún solaz, les agria el carácter, dividiendo su azarosa existencia entre el ardor de la representación y la monotonía tenebrosa del ensayo; la injusta saña con que a veces se les trata, sin que tengan espacio, ni aun derecho, a la defensa, son otros tantos motivos para prodigarles indulgencia y disculpar sus errores, los cuales no son más feos ni más extendidos que los de fuera del teatro.

Tolosa Latour.— Si como dijo Shakespeare, *all the world a stage*; si todo el mundo es escenario, y en éste debemos ver abreviado compendio de la vida humana, las pasiones y yerros de los cómicos no son más que la malicia total reproducida y compendiada entre los pintados telones que representan nuestras casas o palacios, los campos, aldeas o ciudades en que todos vivimos. La enconada emulación, envidia, celos del oficio, o como quiera llamarse a eso, no son allí peores que en los demás órdenes de la vida, y otras pasiones y desórdenes afectivos reproducen sumariamente en aquel pequeño mundo la maldad de fuera, con la viveza de expresión que es propia del sentimiento histórico. Y no hablemos de virtudes, que también allí las hay, dominando la paciencia, por lo que en cristiandad pocos seres igualan a los cómicos.

Galdós.— Con todos sus defectos, con toda su indisciplina, a la que pondría remedio en nuestro primer teatro la intervención discreta del poder público, organizando la concordia de los dos estamentos, autores y comediantes,

éstos son los que con más fe y constancia cumplen su deber en el batallar continuo de la escena, entre ideales sublimes de una parte, y de otra, materialidades penosas. Siempre en la brecha; saliendo a veces triunfantes, a veces con el rostro ensangrentado, ganada o perdida la batalla, plantean otra, y tan pronto escuchan la lisonja que el vituperio. Sus querellas, su movilidad de teatro en teatro y de pueblo en pueblo, no son más que accidentes episódicos de este vivir vertiginoso, confundiendo sus pasiones propias con las que les hacemos representar, y expresando con una sola fisonomía los afectos del vivir real y los del figurado. Se separan y vuelven a juntarse, entre sí riñen y luego se asocian, hallándose dispuestos en toda ocasión a interpretar lo que se les dé, dóciles y entusiastas vivificadores del pensamiento escrito.

### **Galdós se levanta cogiendo uno de sus libros de música preferidos**

*Beethoven estaba en aquel ingente librote, que por lo grande, lo revuelto, lo obscuro, tenía algo de mar: allí estaba su turbulento genio escondido debajo de mil líneas, puntos rasgos, tildes y garabatos que parecían oscilar, encrespase y confundirse con la rítmica hinchazón de las olas. En la superficie alborotada de un libro de sonatas difíciles, sólo es dado navegar al músico experto.*

*Con Galdós termina definitivamente el siglo XIX. Vivió en pleno siglo de las luces. Es él todo un siglo. Se dirá en España el siglo de Galdós, como se dice en Inglaterra «el siglo de Shakespearare». Y nunca su novela podrá ser eclipsada, porque con ser nuestra literatura una de las más gloriosas del planeta, no resplandece en sus antologías, desde la publicación de El ingenio hidalgo don Quijote de*

*la Mancha, un hombre tan glorioso, tan genial, tan excelso, y sobre todo, tan netamente ibérico, como el de Benito Pérez Galdós.*

## XII

# Y ahora monologaré yo sobre mi colega Clarín

**S**e escucha la voz de Clarín: En fin, con este prólogo, ciertamente encomiable del Señor Galdós despachó *Mi Regenta*, juzgue el oidor por sí mismo (se oye la voz puede ser o en off o el actor/autor en directo como desde su subscosciente)

**En la escena permanece Galdós solo quien habla de  
*La Regenta***

Creo que fue Wieland quien dijo *que los pensamientos de los hombres valen más que sus acciones, y las buenas novelas más que el género humano*. Podrá esto no ser verdad; pero es hermoso y consolador. Ciertamente, parece que nos ennoblece trasladándonos de este mundo al otro, de la realidad en que somos tan malos a la ficción en que valemos más que aquí, y véase por qué, cuando un



cristiano el hábito de pasar fácilmente a mejor vida, inventando personas y tejiendo sucesos a imagen de los de por acá, le cuesta no poco trabajo volver a este mundo. También digo que si grata es la tarea de fabricar género humano recreándonos en ver cuánto superan las ideales figurillas, por toscas que sean, a las vivas figuronas que a nuestro lado bullen, el regocijo es más intenso cuando visitamos los talleres ajenos, pues el andar siempre en los propios trae un desasosiego que amengua los placeres de lo que llamaremos creación, por no tener mejor nombre que darle.

Esto que digo de visitar talleres ajenos no significa precisamente una labor crítica, que si así fuera yo aborrecía tales visitas en vez de amarlas; es recrearse en las obras ajenas sabiendo cómo se hacen o cómo se intenta su ejecución; es buscar y sorprender las dificultades vencidas, los aciertos fáciles o alcanzados con poderoso esfuerzo; es buscar y satisfacer uno de los pocos placeres que hay en la vida, la admiración, a más de placer, necesidad imperiosa en toda profesión u oficio, pues el admirar entendiendo que es la respiración del arte, y el que no admira corre el peligro de morir de asfixia.

El estado presente de nuestra cultura, incierto y un tanto enfermizo, con desalientos y suspicacias de enfermo de aprensión, nos impone la crítica afirmativa, consistente en hablar de lo creemos bueno, guardándonos el juicio desfavorable de los errores, desaciertos y tonterías. Se ha ejercido tanto la crítica negativa en todos los órdenes, que por ella quizás hemos llegado a la insana costumbre de creernos un pueblo de estériles, absolutamente inepto para todo. Tanta crítica pesimista, tan porfiado regateo, y en muchos casos negación de las cualidades de nuestros contemporáneos, nos han traído a un estado de temblor y ansiedad continuos; nadie se atreve a dar un paso, por miedo de caerse. Pensamos demasiado en nuestra debili-

dad y acabamos por padecerla; creemos que se nos va la cabeza, que nos duele el corazón y que se nos vicia la sangre, y de tanto decirlo y pensarlo nos vemos agobiados de crueles sufrimientos. Para convencernos de que son ilusorios, no sería malo suspender la crítica negativa, dedicándonos todos, aunque ello parezca extraño, a infundir ánimos al enfermo, diciéndole: «Tu debilidad no es más que pereza, y tu anemia proviene del sedentarismo. Levántate y anda, tu naturaleza es fuerte: el miedo la engaña, sugiriéndole la desconfianza de sí misma, la idea errónea de que para nada sirves ya, y de que vives muriendo». Convendría, pues, que los censores displicentes se callarán por algún tiempo, dejando que alzasen la voz los que repartan el oxígeno, la alegría, la admiración, los que alientan todo esfuerzo útil, toda iniciativa fecunda, toda idea feliz, todo acierto artístico, o de cualquier orden que sea.

Estas apreciaciones de carácter general, sugeridas por una situación especialísima de la raza española, las aplico a las cosas literarias, pues en este terreno estamos más necesitados que en otro alguno de prevenimos contra la terrible epidemia. Por mi parte, declaro que muchas veces no he cogido el aparato de aireación (a que impropriamente hemos venido dando el nombre de *incensario*) por tener las manos aferradas al telar con mayor esclavitud de la que yo quisiera. Pero a la primera ocasión de descanso, que felizmente coincide con una dichosa oportunidad, la publicación de este libro, salgo con mis alabanzas, gozoso de dárselas a un autor y a una obra que siempre fueron de los más señalados en mis preferencias. Así, cuando el editor de *La Regenta* me propuso escribir este prólogo, no esperé a que me lo dijera dos veces, creyéndome muy honrado con tal encomienda, pues no habiendo celebrado en letras de molde la primera salida de una novela que hondamente me cautivó, creía y creo deber mío celebrar-

la y enaltecerla como se merece, en esta tercera salida, a la que seguirán otras, sin duda, que la lleven a los extremos de la popularidad.

Hermoso es que las obras literarias vivan, que el gusto de leerlas, la estimación de sus cualidades, y aun las controversias ocasionadas por su asunto, no se concreten a los días más o menos largos de su aparición. Por desgracia nuestra, para que la obra poética o narrativa alcance una longevidad siquiera decorosa no basta que en sí tenga condiciones de salud y robustez; se necesita que a su buena complexión se una la perseverancia de autores o editores para no dejarla languidecer en obscuro rincón; que estos la saquen, la ventilen, la presenten, arriesgándose a luchar en cada nueva salida con la indiferencia de un público, no tan malo por escaso como por distraído. El público responde siempre, y cuando se le sale al encuentro con la paciencia y tranquilidad necesarias para esperar a las muchedumbres, estas llegan, pasan y recogen lo que se les da. No serían tan penosos los plantones *aguardando el paso del público*, si la Prensa diera calor y verdadera vitalidad circulante a las cosas literarias, en vez de limitarse a conceder a las obras un aprecio compasivo, y a prodigar sin ton ni son a los autores adjetivos de estampilla. Sin duda corresponde al presente estado social y político la culpa de que nuestra Prensa sea como es, y de que no pueda ser de otro modo mientras nuevos tiempos y estados mejores no le infundan la devoción del Arte. Debemos, pues, resignarnos al plantón, sentarnos todos en la parte del camino que nos parezca menos incómoda, para esperar a que pase la Prensa, despertadora de las muchedumbres en materias de arte; que al fin ella pasará; no dudemos que pasará: todo es cuestión de paciencia. En los tiempos que corren, esa preciosa virtud hace falta para muchas cosas de la vida artística; sin ella la obra literaria corre peligro de no nacer, o de arrastrar vida miserable

después de un penoso nacimiento. Seamos pues pacientes, sufridos, tenaces en la esperanza, benévolos con nuestro tiempo y con la sociedad en que vivimos, persuadidos de que uno y otra no son tan malos como vulgarmente se cree y se dice, y de que no mejorarán por virtud de nuestras declamaciones, sino por inesperados impulsos que nazcan de su propio seno. Y como esto del público y sus perezas o estímulos, aunque pertinente al asunto de este prólogo, no es la principal materia de él, basta con lo dicho, y entremos en *La Regenta*, donde hay mucho que admirar, encanto de la imaginación, por una parte, por otra, recreo del pensamiento.

Escribió Alas su obra en tiempos no lejanos, cuando andábamos en aquella procesión del *Naturalismo*, marchando hacia el templo del arte con menos pompa retórica de la que antes se usaba, abandonadas las vestiduras caballerescas, y haciendo gala de la ropa usada en los actos comunes de la vida. A muchos imponía miedo el tal Naturalismo, creyéndolo portador de todas las fealdades sociales y humanas; en su mano veían un gran plumero con el cual se proponía limpiar el techo de ideales, que a los ojos de él eran como telarañas, y una escoba, con la cual había de barrer del suelo las virtudes, los sentimientos puros y el lenguaje decente. Creían que el Naturalismo substituía el Diccionario usual por otro formado con la recopilación prolija de cuanto dicen en sus momentos de furor los carreteros y verduleras, los chulos y golfos más desvergonzados. Las personas crédulas y sencillas no ganan para sustos en los días en que se hizo moda hablar de aquel sistema, como de una rara novedad y de un peligro para el arte. Luego se vio que no era peligro ni sistema, ni siquiera novedad, pues todo lo esencial del Naturalismo lo teníamos en casa desde tiempos remotos, y antiguos y modernos conocían ya la soberana ley de ajustar las ficciones del arte a la realidad de la naturaleza y del alma,

representando cosas y personas, caracteres y lugares como Dios los ha hecho. Era tan sólo novedad la exaltación del principio, y un cierto desprecio de los resortes imaginativos y de la psicología espaciada y ensoñadora.

Fuera de esto el llamado Naturalismo nos era familiar a los españoles en el reino de la Novela, pues los maestros de este arte lo practicaron con toda la libertad del mundo, y de ellos tomaron enseñanza los noveladores ingleses y franceses. Nuestros contemporáneos ciertamente no lo habían olvidado cuando vieron traspasar la frontera el estandarte naturalista, que no significaba más que la repatriación de una vieja idea; en los días mismos de esta repatriación tan trompeteada, la pintura fiel de la vida era practicada en España por Pereda y otros, y lo había sido antes por los escritores de costumbres. Pero fuerza es reconocer del Naturalismo que acá volvía como una corriente circular parecida al *gulf stream*, traía más calor y menos delicadeza y gracia. El nuestro, la corriente inicial, encarnaba la realidad en el cuerpo y rostro de un humorismo que era quizás la forma más genial de nuestra raza. Al volver a casa la onda, venía radicalmente desfigurada: en el paso por Albión habíanle arrebatado la socarronería española, que fácilmente convirtieron en humor inglés las manos hábiles de Fielding, Dickens y Thackeray, y despojado de aquella característica elemental, el naturalismo cambió de fisonomía en manos francesas: lo que perdió en gracia y donosura, lo ganó en fuerza analítica y en extensión, aplicándose a estados psicológicos que no encajan fácilmente en la forma picaresca. Recibimos, pues, con mermas y adiciones (y no nos asustemos del símil comercial) la mercancía que habíamos exportado, y casi desconocíamos la sangre nuestra y el aliento del alma española que aquel ser literario conservaba después de las alteraciones ocasionadas por sus viajes. En resumidas cuentas: Francia, con su poder incontrastable, nos imponía una

reforma de nuestra propia obra, sin saber que era nuestra; aceptámosla nosotros restaurando el Naturalismo y devolviéndole lo que le habían quitado, el humorismo, y empleando este en las formas narrativa y descriptiva conforme a la tradición cervantesca.

Cierto que nuestro esfuerzo para integrar el sistema no podía tener en Francia el eco que aquí tuvo la interpretación seca y descarnada de las purezas e impurezas del natural, porque Francia poderosa impone su ley en todas las artes; nosotros no somos nada en el mundo, y las voces que aquí damos, por mucho que quieran elevarse, no salen de la estrechez de esta pobre casa. Pero al fin, consolémonos de nuestro aislamiento en el rincón occidental, reconociendo en familia que nuestro arte de la naturalidad con su feliz concierto entre lo serio y lo cómico responde mejor que el francés a la verdad humana; que las crudezas descriptivas pierden toda repugnancia bajo la máscara burlesca empleada por Quevedo, y que los profundos estudios psicológicos pueden llegar a la mayor perfección con los granos de sal española que escritores como don Juan Valera saben poner hasta en las más hondas disertaciones sobre cosa mística y ascética.

Para corroborar lo dicho, ningún ejemplo mejor que *La Regenta*, muestra feliz del Naturalismo restaurado, reintegrado en la calidad y ser de su origen, empresa para *Clarín* muy fácil y que hubo de realizar sin sentirlo, dejándose llevar de los impulsos primordiales de su grande ingenio. Influidado intensamente por la irresistible fuerza de opinión literaria en favor de la sinceridad narrativa y descriptiva, admitió estas ideas con entusiasmo y las expuso disueltas en la inagotable vena de su graciosa picardía. Picaresca es en cierto modo *La Regenta*, lo que no excluye de ella la seriedad, en el fondo y en la forma, ni la descripción acertada de los más graves estados del alma humana. Y al propio tiempo, ¡qué feliz aleación de las

bromas y las veras, fundidas juntas en el crisol de una lengua que no tiene semejante en la expresión equívoca ni en la gravedad socarrona! Hermosa es la verdad siempre; pero en el arte seduce y enamora más cuando entre sus distintas vestiduras poéticas escoge y usa con desenfado la de la gracia, que es sin duda la que mejor cortan españolas tijeras, la que tiene por riquísima tela nuestra lengua incomparable, y por costura y acomodamiento la prosa de los maestros del siglo de oro. Y de la enormísima cantidad de sal que *Clarín* ha derramado en las páginas de *La Regenta* da fe la tenacidad con que a ellas se agarran los lectores, sin cansancio en el largo camino desde el primero al último capítulo. De mí sé decir que pocas obras he leído en que el interés profundo, la verdad de los caracteres y la viveza del lenguaje me hayan hecho olvidar tanto como en esta las dimensiones, terminando la lectura con el desconuelo de no tener por delante otra derivación de los mismos sucesos y nueva salida o reencarnación de los propios personajes.

Desarróllase la acción de *La Regenta* en la ciudad que bien podríamos llamar patria de su autor, aunque no nació en ella, pues en *Vetusta* tiene *Clarín* sus raíces atávicas y en *Vetusta* moran todos sus afectos, así los que están sepultados como los que risueños y alegres viven, brindando esperanzas; en *Vetusta* ha transcurrido la mayor parte de su existencia; allí se inició su vocación literaria; en aquella soledad melancólica y apacible aprendió lo mucho que sabe en cosas literarias y filosóficas: allí estuvieron sus maestros, allí están sus discípulos. Más que ciudad, es para él *Vetusta* una casa con calles, y el vecindario de la capital asturiana una grande y pintoresca familia de clases diferentes, de varios tipos sociales compuesta. ¡Si conocerá bien el pueblo! No pintaría mejor su prisión un artista encarcelado durante los años en que las impresiones son más vivas, ni un sedentario la estancia en

que ha encerrado su persona y sus ideas en los años maduros. Calles y personas, rincones de la Catedral y del Casino, ambiente de pasiones o chismes, figures graves o ridículas pasan de la realidad a las manos del arte, y con exactitud pasmosa se reproducen en la mente del lector, que acaba por creerse vetustense, y ve proyectada su sombra sobre las piedras musgosas, entre las sombras de los transeúntes que andan por la *Encimada*, o al pie de la gallardísima torre de la Iglesia Mayor.

Comienza *Clarín* su obra con un cuadro de vida clerical, prodigio de verdad y gracia, sólo comparable a otro cuadro de vida de casino provinciano que más adelante se encuentra. Olor eclesiástico de viejos recintos sahutados por el incienso, cuchicheos de beatas, visos negros de sotanas raídas o elegantes, que de todo hay allí, llenan estas admirables páginas, en las cuales el narrador hace gala de una observación profunda y de los atrevimientos más felices. En medio del grupo presenta *Clarín* la figura culminante de su obra: el Magistral don Fermín de Pas, personalidad grande y compleja, tan humana por el lado de sus méritos físicos, como por el de sus flaquezas morales, que no son flojas, bloque arrancado de la realidad. De la misma cantera proceden el derrengado y malicioso Arcediano, a quien por mal nombre llaman *Glocester*, el Arcipreste don Cayetano Ripamilán, el beneficiado don Custodio, y el propio Obispo de la diócesis, orador ardiente y asceta. Pronto vemos aparecer la donosa figura de don Saturnino Bermúdez, al modo de transición zoológica (con perdón) entre el reino clerical y el laico, ser híbrido, cuya levita parece sotana, y cuya timidez embarazosa parece inocencia: tras él vienen las mundanas, descollando entre ellas la estampa primorosa de Obdulia Fandiño, tipo feliz de la beatería bullanguera, que acude a las iglesias con chillonas elegancias, descotada hasta en sus devociones, perturbadora del personal religioso. La



vida de provincias, ofreciendo al coquetismo un campo muy restringido, permite que estas diablesas entretengan su liviandad y desplieguen sus dotes de seducción en el terreno eclesiástico, toleradas por el clero, que a toda costa quiere atraer gente, venga de donde viniere, y congregarla y nutrir bien los batallones, aunque sea forzoso admitir en ellos para hacer bulto *lo peor de cada casa*.

Por fin vemos a doña Ana Ozores, que da nombre a la novela, como esposa del ex-regente de la Audiencia don Víctor Quintanar. Es dama de alto linaje, hermosa, de estas que llamamos distinguidas, nerviosilla, soñadora, con aspiraciones a un vago ideal afectivo, que no ha realizado en los años críticos. Su esposo le dobla la edad: no tienen hijos, y con esto se completa la pintura, en la cual pone *Clarín* todo su arte, su observación más perspicaz y su conocimiento de los escondrijos y revueltas del alma humana. Doña Ana Ozores tiene horror al vacío, cosa muy lógica, pues en cada ser se cumplen las eternas leyes de Naturaleza, y este vacío que siente crecer en su alma la lleva a un estado espiritual de inmenso peligro, manifestándose en ella una lucha tenebrosa con los obstáculos que le ofrecen los hechos sociales, consumados ya, abrumadores como una ley fatal. Engañada por la idealidad mística que no acierta a encerrar en sus verdaderos términos, es víctima al fin de su propia imaginación, de su sensibilidad no contenida, y se ve envuelta en horrorosa catástrofe... Pero no intentaré describir en pocas palabras la sutil psicología de esta señora, tan interesante como desgraciada. En ella se personifican los desvaríos a que conduce el aburrimiento de la vida en una sociedad que no ha sabido vigorizar el espíritu de la mujer por medio de una educación fuerte, y la deja entregada a la ensoñación pietista, tan diferente de la verdadera piedad, y a los riesgos del frívolo trato elegante, en el cual los hombres, llenos de vicios, e incapaces de la vida seria y eficaz, esti-

man en las mujeres el formulismo religioso como un medio seguro de reblandecer sus voluntades... Los que leyeron *La Regenta* cuando se publicó, léanla de nuevo ahora; los que la desconocen, hagan con ella conocimiento, y unos y otros verán que nunca ha tenido este libro atmósfera de oportunidad como la que al presente le da nuestro estado social, repetición de las luchas de antaño, traídas del campo de las creencias vigorosas al de las conciencias desmayadas y de las intenciones escondidas.

No referiré el asunto de la obra capital de Leopoldo Alas: el lector verá cómo se desarrolla el proceso psicológico y por qué caminos corre a su desenlace el problema de doña Ana de Ozores, el cual no es otro que discernir si debe perderse por lo clerical o por lo laico. El modo y estilo de esta perdición constituyen la obra, de un sutil parentesco simbólico con la historia de nuestra raza. Verá también el lector que *Clarín*, obligado en el asunto a escoger entre dos males, se decide por el mal seglar, que siempre es menos odioso que el mal eclesiástico, pues tratándose de dar la presa a uno de los dos diablos que se la disputan, natural es que sea postergado el que se vistió de sotana para sus audaces tentaciones, ultrajando con su vestimenta el sacro dogma y la dignidad sacerdotal. Dejando, pues, el asunto a la curiosidad y al interés de los lectores, sólo mencionaré los caracteres, que son el principal mérito de la obra, y lo que le da condición de duradera. La de Ozores nos lleva como por la mano a D. Álvaro de Mesía, acabado tipo de la corrupción que llamamos de buen tono, aristócrata de raza, que sabe serlo en la capital de una región histórica, como lo sería en Madrid o en cualquier metrópoli europea; hombre que posee el arte de hacer amable su conducta viciosa y aun su tiranía caciquil. ¡Con que admirable fineza de observación ha fundido Alas en este personaje las dos naturalezas; ¡el cottorrón guapo de buena ropa y el jefe provinciano de uno

de estos partidos circunstanciales que representan la vida presente, el poder fácil, sin ningún ideal ni miras elevadas! Ambas naturalezas se compenetran, formando la aleación más eficaz y práctica para grandes masas de *distinguidos*, que aparentan energía social y sólo son *materia inerte* que no sirve para nada.

De don Álvaro, fácil es pasar a la gran figura del Magistral don Fermín de Pas, de una complexión estética formidable, pues en ella se sintetizan el poder fisiológico de un temperamento nacido para las pasiones y la dura armazón del celibato, que entre planchas de acero comprime cuerpo y alma. Don Fermín es fuerte, y al mismo tiempo meloso; la teología que atesora en su espíritu acaba por resolverse en reservas mundanas y en transacciones con la realidad física y social. Si no fuera un abuso el descubrir y revelar simbolismos en toda obra de arte, diría que Fermín de Pas es más que un clérigo, es el estado eclesiástico con sus grandezas y sus desfallecimientos, el oro de la espiritualidad inmaculada cayendo entre las impurezas del barro de nuestro origen. Todas las divinidades formadas de tejas abajo acaban siempre por rendirse a la ley de la flaqueza, y lo único que a todos nos salva es la humildad de aspiraciones, el arte de poner límites discretos al camino de la imposible perfección, contentándonos con ser hombres en el menor grado posible de maldad, y dando por cerrado para siempre el ciclo de los santos. En medio de sus errores, Fermín de Pas despierta simpatía, como todo atleta a quien se ve luchando por sostener sobre sus espaldas un mundo de exorbitante y abrumadora pesadumbre. Hermosa es la pintura que Alas nos presenta de la juventud de su personaje, la tremenda lucha del coloso por la posición social, elegida erradamente en el terreno levítico, y con él hace gallarda pareja la vigorosa figura de su madre, modelada en arcilla grosera, con formas impresas a puñetazos. Las páginas en que esta mujer

medio salvaje dirige a su cría por el camino de la posición con un cariño tan rudo como intenso y una voluntad ferroz, son de las más bellas de la obra.

Completan el admirable cuadro de la humanidad vetustense el don Víctor Quintanar, cumplido caballero con vislumbres calderonianas, y su compañero de empresas cinegéticas el graciosísimo *Frígilis*; los marqueses de Vegallana y su hijo, tipos de encantadora verdad; las pizpiretas señoras que componen el femenino rebaño eclesiástico; los canónigos y sacristanes y el prelado mismo, apóstol ingenuo y orador fogoso. No debemos olvidar a Carraspique ni a Barinaga, ni al graciosísimo ateo, ni a la turba multa de figuras secundarias que dan la total impresión de la vida colectiva, heterogénea, con picantes matices y espléndida variedad de acentos y fisonomías. Bien quisiera no concretar el presente artículo al examen de *La Regenta*, extendiéndome a expresar lo que siento sobre la obra entera de Leopoldo Alas; pero esto sería trabajo superior a mis cortas facultades de crítico, y además rebasaría la medida que se me impone para esta limitada prefación. Escribo tan sólo un juicio formado en los días de la primera salida de la hermosa novela, y lo que intenté decir entonces, tributando al compañero y amigo el debido homenaje, lo digo ahora, seguro de que en esta manifestación tardía el tiempo avalora y aquilata mi sinceridad. Pero no entraré en el estudio integral del carácter literario de *Clarín*, como creador de obras tan bellas en distintos órdenes del arte y como infatigable luchador en el terreno crítico. Su obra es grande y rica, y el que esto escribe no acertaría a encerrarla en una clara síntesis, por mucho empeño que en ello pusiera. Otros lo harán con el método y serenidad convenientes cuando llegue la ocasión de ofrecer al ilustre hijo de Asturias la consagración solemne, oficial en cierto modo, de su extraordinario ingenio, consagración que cuanto más tardía será más justa y necesaria. Como

un Armando Palacio, está la literatura oficial en apremiante deuda con Leopoldo Alas. Esperando la reparación, toda España y las regiones de América que son nuestras por la lengua y la literatura, le tienen por personalidad de inmenso relieve y valía en el grupo final del siglo que se fue y de este que ahora empezamos, grupo de hombres de estudio, de hombres de paciencia y de hombres de inspiración, por el cual tiende nuestra raza a sacudir su pesimismo, diciendo: «No son los tiempos tan malos ni el terruño tan estéril como afirman los de fuera y más aún los de dentro de casa. Quizás no demos todo el fruto conveniente; pero flores ya hay; y viéndolas y admirándolas, aunque el fruto no responda a nuestras esperanzas, obligados nos sentimos todos a conservar y cuidar el árbol».

Benito Pérez Galdós

*Se va haciendo de noche. Hasta el hotelito pequeño y pobre donde vive Benito Pérez Galdós, llega de una manera vaga y tamizada el barullo de Madrid. Abajo, en el jardín, una muchacha corre entre los rosales y ríe sin cesar. Me pongo en pie. Los ojos de don Benito se han ido perdiendo bajo el reflejo extraño de las gafas, y parecen mirar hacia un horizonte desconocido, que llevará él en la visión exaltada de su cerebro prodigioso. Yo le contemplo un momento en silencio; momento ha sido éste que me pareció una eternidad. Galdós continua ligeramente echado hacia atrás en su sillón de cuero. El cuerpo, cansado, es una ruina grandiosa que aniquila en la contemplación. Y yo veo en él, verdaderamente sobrecogido, toda una etapa de la vida de mi patria, la obra colosal de los Episodios, las novelas inconmensurables, los dramas trágicos y serenos, como ningunos. Y he creído ver brillar sobre su frente, inclinada hacia la tierra la divina luz de su genio.*

## XIII

### Hablemos... pues hablemos

*P*or el Teatro del Centro ha cruzado la sombra de don Benito Pérez Galdós. Era, él mismo, ya una sombra rígida, alta, que estelaba augusta melancolía en sus últimos años. Vagaba por la ciudad y por la memoria de sus coetáneos de un modo silencioso que asordaban, sin embargo, otro rumor y nos invadía de íntima ternura. Galdós ciego, inválido de sus energías físicas, iba a través de la época actual como un rey a lo largo de sus dominios. Y siempre, con la ancianidad amarga, como en la juvenilia pródiga, como en la plenitud de su madurez —¡tan colmada!— el maestro agitaba las conciencias con temas eternos y figuras fraternas. Estas figuras, aquellos temas, son los que hemos visto palpitantes y humanos en el Teatro del Centro, evocados por el fervor apasionado de los hermanos Quintero, que ya hicieron vivir sobre la escena a Marianela; por la voz cálida de Borrás que tantas veces hemos oído hablar como Pepet y como el señor de Albrit. Sombras amadas o temidas venían del enorme mundo

*galdosiano a rodear la otra aparición estatuaria del inmortal. Venían desde Doña Perfecta, desde Electra, desde La loca de la casa, desde Amor y ciencia. Reoíamos las exaltaciones generosas, las diatribas notables, el ímpetu cordial, que son las cualidades características del teatro galdosiano. Y trabando las escenas, dándoles una amable bilación el arte de los Quintero cumplía cabalmente su propósito filial. Antón Caballero está recogido de la olvidanza ineficaz, de esa orfandad oscura donde quedan al morir un escritor sus obras inconcluidas. Piadosamente las manos de la hija del maestro pusieron las cuartillas en manos de los ilustres comediógrafos; piadosamente las han llevado éstos a la sanción pública.*

### **Sale a escena Lorenza Cobián**

Lorenza.— ¿Y por qué no hablamos de toros? Me gustaría escuchar que piénsale gran maestro de las letras acerca de las corridas de toros y de la debatida cuestión de si deben suprimirse o no.

Galdós.— (*Buscando la imagen de Lorenza entre la oscuridad.*) Ante todo, conviene hacer constar que, lejos de disminuir la afición de los españoles a esta fiesta, aumenta o parece aumentar de día en día. Y lo más particular es que el entusiasmo taurómico crece a medida que escasean los diestros y degenera la poderosa raza de toros bravos.

Lorenza.— Sí, cada día es menor el número de matadores, y su habilidad en el llamado Arte parece más dudosa. Las antiguas ganaderías no dan ya aquellas tremendas fieras de otros tiempos.

Galdós.— Hoy se lidian bueyes, más o menos valientes; pero el gran toro tradicional va desapareciendo rápi-

damente según aseguran los que de estas cosas entienden. La degeneración de los lidiadores es más evidente aún; apenas hay dos o tres que merezcan el nombre de matadores y, sin embargo, ganan mucho más dinero del que ganaron en los tiempos clásicos los famosos maestros Pedro Romero, Montes, Pepehillos y otros.

Lorenza.— También los toros valen hoy mucho más que antes, y por un Veragua, un Miura, o un Aleas, se paga doble o triple de lo que se pagaba por sus antecesores en los tiempos de Carlos IV y Fernando VII.

Galdós.— De esta subida en el precio de los elementos principales del toreo se desprende naturalmente, la subida del precio de las localidades de la Plaza. Hoy cuestan los asientos cuatro o cinco veces más que costaban cuando las corridas eran admirable muestra de la destreza del hombre y del poder de una fiera.

Pues bien; siendo los toros malos, los toreros peores y el espectáculo infinitamente más caro, la afición del público aumenta de año en año. Ya puede el empresario poner los precios que quiera: siempre tiene la seguridad de que los billetes serán disputados a empellones. Se hablan mil pestes de los empresarios, de las ganaderías y de los diestros; pero el público acude siempre en grandes y afamadas masas.

Lorenza.— Sucede con los toros como con la ópera.

Galdós.— Cuando parece que se extingue la raza de los grandes cantantes y no existe ningún compositor de genio que escriba óperas notables, la afición aumenta desafiando las escandalosas subidas de precio. Hace veinticinco años costaba muy poco dinero oír a la Penco, a la Grissi, a la Trezzolini, a Mario, a Tamberlink y a Franchini. Hoy se paga cinco veces más por oír artistas que valen



mucho menos: Salvo una media docena de cantantes que se hacen pagar fabulosamente sus gorgoritos, todo el personal de ópera se compone de partiquinos más o menos tolerables. Y, no obstante, cuesta un ojo de la cara el oírlos. La situación es la misma (si así puede decirse) en el Arte, bastante menos noble, del toreo. Partiquinos que cobran un sentido por hacerlo muy mal, y ganaderías, degeneradas, que debieran criar sus reses para carne.

Lorenza.— Equivocáronse de medio a medio los que veinte o treinta años ha profetizaron que el toreo se extinguiría por sí mismo. Entonces era moda hablar muy mal de este espectáculo y suponerlo origen de infinitos males. Los enemigos de los toros hacían propaganda para que se prohibieran las corridas, y desconfiando de poderlo conseguir, esperaban que la afición disminuiría y que la fiesta popular española moriría por consunción.

Galdós.— ¡Qué error tan grande! En este periodo de tiempo hemos visto que la plaza antigua era sustituida por otra mucho mayor; y si se diera permiso para ello, es evidente que no faltarían en Madrid empresas particulares que construyeran una o dos plazas más. Es que, a aparte de las emociones de la lidia, existen las emociones del espectáculo y el pueblo español tiene profundamente arraigada en su alma la necesidad de estas emociones.

Dos cosas hay en las corridas: la lidia y el espectáculo. En la primera, los profanos, entre los cuales me cuento, se divierten poco; carecen de criterio para juzgar suertes y se sienten desagradablemente impresionados por el sangriento cuadro de la muerte de los indefensos caballos.

Lorenza.— Pero el espectáculo ofrece encantos a los que nadie que tenga ojos puede permanecer insensible. La inmensa y variada muchedumbre, la anchura del circo,

los magníficos trajes de los lidiadores, la belleza imponente del toro y, por fin, el movimiento y animación de los distintos lances de la corrida, ofrecen un conjunto tan pintoresco y hermoso que difícilmente se hará cargo de él quien no lo haya visto.

Galdós.— En la lidia hay lances verdaderamente feroces, otros enteramente rastreros e innobles. Si la suerte de caballos fuera cambiada por otra menos repugnante; si no viéramos a los soeces gandules que llaman *monossábios* apaleando al infeliz animal reventado para que se levante y se ponga otra vez delante de la fiera, la lidia sería tan bella quizás como el espectáculo y tendría más partidarios aún de los que tiene. En tal caso, habría menos motivo para pensar en la abolición de las corridas como determinación civilizadora.

Lorenza.— En pro de los toros habla siempre el hecho indudable de que es la única originalidad profunda y castiza que conservamos.

Galdós.— En medio de este trabajo de nivelación general cuando hemos asistido a la desaparición de nuestros trajes, de nuestras costumbres, cuando nuestra literatura misma no ofrece caracteres absolutos de españolismo, es imposible dejar de volver los ojos a una fiesta que por sus elementos y todas las circunstancias que en ella concurren, no tiene semejanza en parte alguna. Ni aun siquiera se ha dado el caso de que los extranjeros nos la copien e imiten como nosotros hemos imitado y copiado el *sport* inglés, las *kermeses* alemanas, tomando a los italianos la ópera o a los franceses mil cosas de la vida común.

Lorenza.— Convenga conmigo que los toros son inimitables, incopiables e intraducibles. De los Pirineos para

allá no existen ni pueden existir, salvo las contadas manifestaciones taurófilas del mediodía de Francia, que en rigor son caricaturas del verdadero toreo.

Galdós.— La fiesta nacional, como elemento pintoresco, es asimismo inagotable. Inspira a nuestros artistas y también a los extranjeros, que cuando se dejan caer por acá, la interpreta a su manera, falseando los tipos casi siempre. Esto prueba la grandísima originalidad del espectáculo y su españolismo rancio, profundo, intraducible. Subsistirán pues, las corridas de toros mientras exista en el alma española este anhelo de lo pintoresco, del espectáculo brillante y movido, esta apreciación del color y esta propensión a la alegría estrepitosa.

Y subsistirán aunque se extinga la raza de toreros valientes y entendidos y la casta de toros bravos. Cuando la degeneración de ambas estirpes sea irremediable, se lidiarán bueyes o becerros; las suertes serán cualquier cosa, y el último de los chulos hará lo que hoy hacen Frascuelo y Lagartijo.

Lorenza.— Entonces, sin más, usted don Benito ¿considera la tauromaquia como el *sport* nacional no?

Galdós.— ¡Qué quiere que le diga! Siempre se agolpará el público en la plaza ávido de aquella libertad omnímoda, anhelando gritar, reír, vociferar y embriagarse con el regocijo que se desprende de su inmenso ámbito la Plaza. Muchísimos años, siglos tal vez, han de pasar antes de que esto se modifique, y yo dudo mucho que pueda llegar a un tiempo, ni aún suponiéndolo muy lejano, en que los madrileños gusten de irse los domingos por la tarde a filosofar en los parques o a gustar en praderas y bosques los placeres puros de la rustificación. Parodiando una frase célebre, se puede decir que el día que no haya toros

los españoles tendrán que inventarlos. El día en que, por la degeneración de la raza divina, no haya ningún individuo de ella que quiera embestir, se inventarán las corridas de carneros, machos cabríos o algún otro bicho más o menos cornúpeto. Los que gastan tinta y saliva en abominar de la tauromaquia, están tocando el violón a toda orquesta como se suele decir, porque declaman estérilmente contra un apetito, contra una pasión absurda si se quiere, que está en el fondo mismo del carácter nacional.

Lorenza.— Usted, claro, ni asiste a esas corridas ¿no?

Galdós.— Ni se me ocurre.

### **Un golpe de viento invade la escena**

Lorenza.— Abril nos trae rara vez las alegrías de la primavera, por lo cual todo lo que los poetas han dicho y dicen de este mes, lo tenemos los madrileños por letra muerta. Para los que viven en las risueñas márgenes del Darro y el Genil; para los que tienen sus casas a la sombra de la Giralda; para todos los habitantes de la costa mediterránea, abril será, quizá, el mes de los encantos primaverales, del renacer de la vida, de las flores y de la universal alegría. En esta zona nos trae, por lo común, granizadas horribles que azotan los tejados, arrancan la temprana flor del almendro y talan la hoja nueva, vientos formidables, que hacen imposible la vida rústica, y, en fin, las mayores inclemencias de la naturaleza.

Galdós.— (*Sonriendo.*) Salimos a tomar el sol, engañados por el traidor despejo de la atmósfera y a lo mejor nos sale al encuentro una nevadita que parece broma. No hay momento seguro porque los chaparrones menudean y pa-

rece que están esperando a que salga uno sin paraguas para ponerle perdido. Si sentís un calor sofocante no dudéis que antes de una hora tiritaréis de frío. ¡Qué Madrid éste! Y sin embargo, siempre tan alegre, tan divertido. Es la ciudad de la perpetua Pascua y de la feria constante. Le dicen que se ha descubierto un depósito de horribles petardos de dinamita, con los cuales podrían unos cuantos malvados causar increíbles estragos, y Madrid, tan fresco, tomándolo a broma, y buscando siempre la mejor manera de entretener dulcemente las horas.

Llega el primer día de todos, y el madrileño nato olvida todo, la política, la revolución, el presupuesto y las contribuciones; lo único que puede preocuparle es el estado atmosférico, porque si llueve, adiós a la fiesta nacional. Todavía no se le ha ocurrido a nadie poner techo de cristales a las plazas de todos; pero día llegará en que esto se intente. Y la afición es de tal modo imperiosa, que hasta que se dan corridas amenizadas con chaparrones, y los que aguantan los adores del sol en los apiñados tendidos, llevan con paciencia la mojadura.

Lorenza.— Esto de la afición a las corridas de toros ya ya picando en historia. Cada día parecía que debiera disminuir dicha afición, y sin embargo, aumenta. Si este espectáculo es tan contrario a la cultura intelectual y social, ¿cómo se arraiga más a medida que la cultura se difunde? Porque los pesimistas más empedernidos no podrán sostener que somos hoy menos civilizados que ayer.

Galdós.— Pues sí, porque si progresamos en suavidad de costumbres, ¿cómo es que tiene cada día mayores adeptos la fiesta genuinamente nacional y cómo es que estos adeptos pertenecen a las distintas clases sociales? Y no hay que decir ahora, como se decía antes, que la castiza afición a los toros está en la clase baja y en la aristo-

cracia. No; la clase media y la parte de ésta más ilustrada da quizá mayor contingente al diletantismo taurómico. Conozco a muchas personas distinguidas en las profesiones liberales, en la política, en las letras, en el foro y en la milicia profesional, que son aficionadísimas a las corridas de toros. Los pintores, en general son los más asiduos. Literatos hay también, de los más eminentes, que no dejan de asistir a ninguna corrida.

Lorenza.— Y en cuanto al sexo femenino, ya no se puede decir que sólo concurren a la fiesta nacional las majas, chulas o como quiera llamarse a la mujer del pueblo, pues las señoras más encopetadas llevan los palcos de la plaza durante toda la temporada. A esto me dirán que son en gran número las personas distinguidas de ambos sexos y de todas las clases que abominan de los toros y quisieran ver arrasada la plaza. Es cierto, pero este argumento no destruye el otro. Hace veinte años creían de buena fe muchos que la fiesta nacional estaba herida de muerte, que se acababan los toros, los toreros y con ellos a afición. Pero el tiempo y la realidad han desmentido esta opinión. El inmenso progreso que la pintura ha tenido entre nosotros ha contribuido a idealizar y embellecer el arte de Pepe Hillo, y desde que la industria decorativa ha empezado a tener alguna vida, ha buscado sus elementos plásticos en la más característica de las fiestas españolas. Lo que se creía moribundo ha aparecido de pronto mas popular, se ha revestido de formas más artísticas, y la influencia que el toreo ha tenido siempre en el vestir, en los modales y hasta en el lenguajes de los habitantes de esta península, se ha acentuado más.

Galdós.— Puedo juzgar fríamente este fenómeno de la creciente afición a los toros, porque no participo de ella en manera alguna. En veintitantos años quizá el que de

esto habla no ha visto arriba de cuatro o cinco corridas. No entiendo una palabra de tauromaquia; no conozco las suertes y, generalmente, me aburro tanto en la plaza, que al tercero o cuarto toro ya me es insoportable la función. No me trato con ningún torero, aunque sí con aficionados de los más entusiastas e impenitentes. No frecuento ningún establecimiento donde el olor de la manzanilla pareciera encender los ánimos y predisponer a las emociones de la brega. Creo que los toreros de profesión deben ser colocados en las clasificaciones antropológicas de nuestra especie, en la casilla más baja, allí donde el predominio del sistema muscular y las deficiencias del aparato cerebro espina marca como la transición del hombre al bruto.

Al propio tiempo no soy de los que abominan diariamente las corridas de toros, ni de los que creen que se pueden y se deben suprimir. El Gobierno que a tanto se atreviera sería arrollado, y si no lo fuera, produciría con la prohibición males mayores que los que intentaba evitar, esa es la razón.

Lorenza.— El toreo —por desgracia— ha de existir aún durante mucho tiempo, y es más, conviene que exista. Un pueblo que desde tiempo inmemorial viene divirtiéndose de una manera, no puede divertirse de otra, porque lo mande o lo aconseje el filósofo desde su Gabinete. Un pueblo que tiene en sí de un modo tan intenso el sentimiento de esta fiesta, que la asocia a todas sus ideas, que en ella encuentra elementos psicológicos para sostener su carácter, elementos fisiológicos para expresarse con *donaire* y desembarazo, no puede renunciar a ella. Si le civilizáis dejará de sentir el toreo rudamente, pero se sentirá siempre, encariñándose, no ya con las brutalidades de la fiesta, sino con lo que ésta tiene de hermosamente dramático y de pintoresco. Pero está tan en la masa de la sangre la afición del pueblo español al espectáculo taurino, que

no se perderá aquella ni aún cuando el pueblo se civilice; lo que hará el pueblo es refinar su gusto, amoldándolo a las nuevas expresiones de la vida.

Galdós.— No puedo explicarme la tenacidad con que se sostienen el gusto de los toros más que por un vigoroso instinto de la sociedad española, instinto de conservación contra la invasión del gusto extranjero, instinto de defensa de su carácter castizo contra las tendencias ya muy marcadas de fusión de las nacionalidades en el tipo general europeo.

La raza española ha ido perdiendo poco a poco esta o la otra forma de su carácter tradicional. De paralela en paralela, combatiendo y retirándose después de vencida, ha ido entregando sus instituciones, sus trajes, quizá su literatura castiza, su arquitectura, su arte social. Ya se deja imponer el parlamentarismo inglés, ya las formas literarias preconizadas por Francia, ya abre sus puertas a la invasión filosófica y política. Pero a medida que pierde zonas y más zonas de su secular terreno, comprende que no puede airosamente perderlo todo, que debe conservar algo, y cuando el terreno se acorta aumenta el empeño con que es defendido. Los Toros, la última línea de baluartes, la fiesta nacional, típica, propiamente española, es lo único que nos resta, y conviene conservarla, no porque sea esencialmente buena, sino por ser nuestra de abolengo. Se la defiende con más cariño que convicción, como se defiende la casa solariega, ruinosa y carcomida, no por su valor real, sino por los recuerdos que encierra.

Lorenza.— Las familias antiguas defienden y conservan sus preocupaciones cuando éstas forman parte del acervo patrimonial, y hacen bien en defenderlas, porque tales preocupaciones les ayudan a prolongar su existencia de



una manera airosa. Las naciones, como los individuos, no pueden abdicar su personalidad de una manera completa, y retardan todo lo que pueden la extinción total de su carácter tradicional, aunque en dicha extinción vaya ganando por lo que toca a la cultura.

Galdós.— De esta manera me explico, pues, que no se acaben los toros, aunque todas las personas reflexivas sostengan que deben acabarse, claro. Los impugnadores llaman al toreo *escuela de barbarie*, y sus defensores *escuela de fiereza y desprecio al peligro*, llegando éstos a sostener que el día que no haya toros la raza española perderá la acometividad verdaderamente terrible que la ha distinguido siempre en las guerras antiguas y modernas. Cada país tiene su *sport*, que en la paz educa a los hombres para la guerra. Nuestro *sport* cría la raza para el desprecio de la sangre y para el uso del arma blanca; pero como este medio de combate va perdiendo importancia en la táctica moderna, no creo que la desaparición de un espectáculo sangriento destruya la indomable energía y vigor de la raza española para toda clase de combates. Los toros desaparecerán cuando la sociedad peninsular se cansa de oponer resistencia a la invasión de las costumbres del Norte de Europa, y cuando se declare vencida en esta ruda contienda, cuando la fusión de las nacionalidades latinas en el tipo europeo se realice por completo, y como estas nacionalidades son las rebeldes, la cosa va larga y hay todavía para rato. De modo que se podrá decir, glosando una frase popular: «Si tan largo me lo fías, echa otro medio siglo o un siglo entero de corridas.»

*Valor y conciencia de lo que vale, necesitó Galdós para atreverse a ensayar la transformación de una novela suya en drama representable... y representado. Tenía contra sí,*

*a pesar de las apariencias floridas, multitud de pasiones y preocupaciones —que son pasiones intelectuales—; tenía contra sí la necedad, la doblez, la rutina, la propia inexperiencia, la ligereza del pensamiento vulgar, general, predominante. Los géneros no se transforman; lo que es novela no puede ser drama; el novelista no debe aspirar a ser dramaturgo.*



## XIV

### De ciudad en ciudad

***E**l teatro moderno aspira a una transformación; mejor que negar la posibilidad de un teatro rejuvenecido, conforme con las tendencias actuales del gusto y del arte, mejor que condenar esta literatura a una inferioridad metafísica, irredimible, es estudiar los legítimos medios de darle nueva vida, de llevar a ella nuevos recursos que, sin falsear su naturaleza, le den aptitud para satisfacer las modernas aspiraciones de la vida estética. La naturalidad, la verdad mejor copiada, la imitación más fiel del mundo, pregonan unos, y no sin razón; pero también puede ser elemento que dé vigor e interés nuevo a las tablas, al mismo tiempo que contribuye a esa verdad que se pide, la mayor intensidad psicológica en los personajes escénicos, la profundidad ética, el estudio más detenido y exacto de los caracteres...ese es Galdós.*

#### **Sale a escena la actriz Margarita Xirgú**

Margarita.— Ayer noche llegué de Barcelona...ya sabe lo mucho que me gustaría interpretar una de sus obras.

Me siento catalana y mucho cuando voy por allá. ¡Quién lo iba a decir! La verdad es que no sé qué será de mi vida pero cuando muera quiero que me entierren en mi tierra. Allí he visto como usted lleva una vida parlamentaria muy interesante...incluso de bis a bis con la Reina ha estado usted. También sorprendente.

Galdós.— Bueno, nada está reñido con la educación. Su Majestad la Reina Regente se dignó un día convidarnos a comer a los diputados que estábamos en Barcelona. Coincidió esto con la llegada del Rey de Suecia, que, viajando en su yate, se presentó inopinadamente en Barcelona. Los tres amigos tuvimos, pues, el honor de comer en Palacio con dos testas coronadas: Oscar II de Suecia y la Reina Regente de España. A la hora prescrita estábamos todos los invitados en un salón, hasta que un funcionario palatino anunció la presencia de los Soberanos. En la puerta vimos aparecer a la Reina Cristina cogida del brazo de un caballero de alta estatura y elegantísima prestantia: era el Rey Oscar. Siguieron ellos hacia el comedor, y los invitados detrás. Cada cual ocupó su asiento en la mesa y empezó el banquete. Ni antes ni después de aquel día me he visto yo en actos tan ceremoniosos. Hablaba bajito con los que en la mesa reinaba cierta confianza y comunicatividad de buen gusto. La Reina y el rey Oscar de Suecia sostenían conversación muy animada con Sagasta y las damas de la Reina; bromeaban y reían. Pronto entendimos que el Soberano escandinavo explicaba el origen de la conocida locución *hacerse el sueco*. Oscar II merece de la Historia calurosos elogios; fue un Monarca verdaderamente magnánimo. En el final de su reinado surgió en los pueblos escandinavos el grave problema de la separación de Noruega. Antes que derramar en intestina guerra la sangre de dos pueblos hermanos, consintió en la secesión, prefiriendo la gloria de austera humanidad a las aparatosas vanaglorias militares.

Margarita.— Y ¿qué le parecen los catalanes maestro? La Exposición, cuénteme qué impresiones tuvo.

Galdós.— La energía del carácter catalán se ha mostrado en la ocasión presente como en ninguna otra, pues los embellecimientos de la ciudad, los accesorios de la Exposición y la Exposición misma son improvisados. Descuella entre estas improvisaciones maravillosas el *El Gran Hotel Internacional* construido en cincuenta y tres días, sin que esta rapidez increíble de la edificación perjudique lo más mínimo a la solidez. Contiene habitaciones para ochocientos viajeros, con todas las comodidades de los establecimientos más perfectos en su clase.

Margarita.— Proyectó este magnífico edificio y dirigió su construcción el arquitecto catalán don Luis Domenech, artista eminente, a quien pertenece también la traza de algunos de los edificios más bellos de la Exposición. En el Gran Hotel causa asombro la acertada disposición del edificio y lo adecuado de sus dependencias.

Galdós.— Nada falta ni nada sobra en él, y hay perfecta armonía en todas sus partes y el conjunto, así como entre su traza y la sobria y original ornamentación del patio y las fachadas. La rapidez de los trabajos obligó al arquitecto a prescindir de los cimientos. La enorme fábrica descansa sobre un entramado de raíles, y tan seguro es el fundamento que no se nota en el edificio ni una grieta, ni un desnivel, ni cosa alguna que indique resentimiento de las paredes.

Margarita.— La Empresa constructora está obligada a destruir el edificio dos meses después de la clausura de la Exposición, para devolver el terreno al Estado; pero, en vista del buen resultado de la fábrica y de su probada so-

lidez, es casi seguro que toda Barcelona se opondrá a la demolición.

Galdós.— El aspecto que representaba el patio del Hotel, en los días de la visita de las escuadras, era, en verdad, sorprendente. Allí residían todos los diplomáticos acreditados en Madrid y los agregados militares. La oficialidad de los distintos buques anclados en el puerto era constantemente invitada por los representantes de sus respectivos países, de modo que, en breve espacio, se veían reunidos todos los uniformes de Europa. No ha decaído la animación del Hotel en todo el tiempo que ha durado la demostración naval, y aunque, a partir del día 20, las casacas diplomáticas dejaron de decorar el vistoso patio de la inmensa fonda, no ha disminuido el número de huéspedes, pues el improvisado edificio es uno de los principales éxitos de la temporada, y se ve constantemente lleno de familias españolas y extranjeras.

Margarita.— El alumbrado eléctrico se ha difundido de tal modo en Barcelona, que no hay, seguramente, ciudad alguna en Europa que con mayor ni aun con igual profusión lo posea. Existe en la vía pública, sustituyendo al gas, y en multitud de edificios particulares.

Galdós.— Sí, lo cierto es que las iluminaciones de la ciudad, durante las tres noches que siguieron a la inauguración, y en las tres noches que siguieron a la inauguración, y en las de la retreta y fiesta marítima, fueron de una esplendidez nunca vista. El gas rivalizaba con los focos eléctricos por la muchedumbre, ya que no por la intensidad de sus luces. Por lo general, en todas las fiestas de esta clase gustan los barceloneses de mostrar su riqueza y los medios de que disponen para hacer los honores de su ciudad. Es un pueblo morigerado y sobrio que, cuando

llega la ocasión, sabe gastar sus ahorros y deslumbrar a sus huéspedes, haciendo gala de tanta esplendidez como inteligencia.

Margarita.— Pues me alegro de que recogiera esa genial impresión de Barcelona.

Galdós.— (*Con entusiasmo.*) Otra de las admirables improvisaciones que causan maravilla a los que en estos días han visitado a Barcelona es la transformación súbita de la casa del Ayuntamiento en Palacio Real. La Reina y sus hijos estuvieron instalados allí tan cómodamente como en su residencia de Madrid. Mucha inteligencia y mucho dinero se necesita para convertir un edificio, donde no había más que oficinas, en morada de Reyes, con habitaciones lujosamente engalanadas, amén de las dependencias y servicios necesarios al objeto.

Margarita.— ¡Qué lucidez! La casa de la ciudad es un edificio híbrido, parte gótica, parte del siglo pasado. La fachada grecorromana es un pegote que ha privado al monumento, en su parte exterior de todo carácter y belleza. Consérvanse interiormente, en patios y galerías algunos trozos del hermoso y puro ojival de Cataluña, amén del Salón de Ciento, que es uno de los recintos más grandiosos que en parte alguna existen. La elevación del techo, la severidad de sus líneas, su amplitud y a sobriedad de sus ornatos dan a esta pieza una suntuosidad apropiada a las recepciones regias.

Galdós.— Durante la residencia de la Reina ha estado destinada a comidas de gala. Este salón, como todo el edificio, está alumbrado por focos eléctricos. El resto del palacio, así como su mueblaje revela una dirección inteligente y abundancia de recursos de todas clases.



El éxito de la Exposición de Barcelona, debido en gran parte a la actividad y energía de los catalanes, lo consideramos como un éxito nacional, y de él nos enorgullecemos sin sombra de envidia ni recelo, persuadidos de que es Barcelona la única ciudad de España capaz de ofrecer ante el mundo el espectáculo de cultura y riqueza que nacionales y extranjeros han podido admirar. Los barceloneses, que ordinariamente se muestran quejosos del Estado (y en lo que toca a la centralización administrativa sus quejas son fundadísimas) no pueden, en este caso concreto. Alegar ninguna especie de agravio, y reconocen haber recibido del Poder central todo el auxilio que éste podía darles para su gloriosa empresa. Aun mirada la Exposición bajo este solo aspecto, es un bien muy grande, porque ha de reducirse a ciertas desavenencias fundadas en el apartamiento, en la ignorancia de la verdad más que en otra cosa.

Margarita.— De la aproximación moral entre Madrid y Barcelona han de resultar grandes bienes, así para Cataluña como para España. En España no se ha hecho jamás nada que remotamente se parezca a este alarde de energía, riqueza y poder industrial.

Galdós.— Causa verdadero asombro cómo en tan breve tiempo y sin disponer de cuantiosos recursos oficiales han surgido del suelo tantos y tan bellos edificios, de traza admirable y construcción más sólida de lo que exige su carácter provisional. La concurrencia de españoles y extranjeros a Barcelona ha sido y es extraordinaria. Algo disminuirá tal vez durante la estación canicular; pero desde mediados de septiembre hasta noviembre, quizá hasta fin de año, Barcelona recibirá un número incalculable de huéspedes, que podrán apreciar las bellezas y cultura de la ciudad, los progresos admirables de Cataluña en todos los órdenes, y los múltiples aspectos interesantísimos de

la primera Exposición universal que en España se celebra, y que será una de las páginas gloriosas de la historia contemporánea.

De la importancia de Barcelona como población febril, nada tengo que decir, pues harto conocida es en todo el mundo. En el término de la capital del principado, en los pueblos que la rodean y en otros de la provincia, como Tarrasa, Sabadell, Manresa, Badalona, Esparraguera, Vich, existen talleres en mayor o menor escala, de todas las industrias conocidas, descollando los tejidos de algodón, los de lana y seda, las alfombras, las fundiciones y forma de metales, los muebles, los trabajos tipográficos, la cristalería y cerámica, etc. De cuantas fabricaciones enriquecen a Inglaterra, Alemania y Francia, hay en Cataluña alguna muestra, pudiendo decirse que los catalanes ensayan su inteligente actividad en todas las ramas de la industria contemporánea.

Margarita.— Sobresalen en unas más que en otras, y en algunas compiten, sin género de duda, con los extranjeros. Aunque la agricultura está muy adelantada en el país, la industria es la base de su riqueza no sólo en Barcelona, sino en las otras tres provincias catalanas, Gerona, Tarragona y Lérida. Con la industria se han hecho en todo aquel país, y principalmente en Barcelona, enormes capitales; a la industria se debe la prosperidad, el bienestar y la cultura que admiramos allí.

Galdós.— De la industria provienen también las desavenencias entre Cataluña y el resto del país, por el intrincado pleito que se entabla entre las distintas escuelas económicas siempre que se pone en tela de juicio la cuestión arancelaria. Cincuenta años hace que se discute si conviene o no proteger a todo trance la producción catalana. Hasta el 68, los aranceles fueron altísimos; desde aquella

fecha, la lucha por la rebaja de tarifas aduaneras ha sido tremenda, anunciando los catalanes su ruina en os tonos más lúgubres. Peor antes y después del 68, las fábricas catalanas han dado grandes rendimientos. A pesar del mal cariz de la crisis actual, no se ven en Barcelona síntomas de ruina ni aun de decadencia. Alguien sostiene que el arancel actual es todavía bastante alto para amparar holgadamente la producción del Principado. Otros ven en la energía inteligente de los catalanes una tan grande fuerza vital, que confían en el desarrollo aún mayor de la industria de aquel país, cualesquiera que sean las disposiciones arancelarias que en lo futuro hayan de adoptarse.

Margarita.— El clamor de los catalanes ante la amenaza constante de la baja de aranceles es muy natural en un país cuya riqueza se ha ido formando amparada del sistema proteccionista. Y aún se explica que después que la industria catalana ha aprendido a andar sola, siga clamando por los andadores, por esa timidez propia de las sociedades ricas. Siempre habrá problemas en este país.

Galdós.— El problema no presentaría hoy grandes asperezas sin los efectos de la crisis general, que en Cataluña y en Castilla se dejan sentir con intensidad. La depresión del consumo afecta gravemente a estas regiones. Muchas fábricas de Barcelona están cerradas; en otras trabajan sólo la mitad de los obreros. Enormes cantidades de géneros manufacturados aguardan en los almacenes de demanda, mientras en Castilla los cosecheros de trigo no logran alcanzar en la venta un precio que les remunere de los cuantiosos gastos de producción. Alegan los castellanos que si en Cataluña y en toda la costa de Levante se consumieran sus trigos, mejoraría la situación; pero los catalanes, gente muy práctica, no quieren oír hablar de trigos castellanos, pues los del Mar Negro llegan a Barce-

lona a precio más bajo que los nacionales, soportando perfectamente el sobrepeso arancelario.

La voz de los catalanes pidiendo protección para sus manufacturas se confunde con la de los castellanos reclamando la subida del recargo arancelario de los trigos extranjeros. En honor de la verdad, debe decirse que los catalanes soportan o prometen soportar la elevación del precio de los trigos con tal que se eleven las tarifas de tejidos y otras manufacturas. Pero esta conformidad con la carestía general resulta del vicio propio de las informaciones económicas, de que en ellas se oye a los fabricantes, y los consumidores no pronuncian una sola palabra.

Margarita.— En materias económicas no es tan fácil oír la opinión general, como en las políticas y a Prensa y las informaciones públicas expresan el pensamiento de una minoría respetable, pero minoría al fin. El labrador pobre no concurre a los *meetings* y aunque a ellos concurriera, no sabría expresarse como el holgazán ilustrado que ha hecho un curso de Economía política, ni como el fabricante que puede argumentar con datos estadísticos hábilmente presentados. Es, pues, la opinión en materias económicas, muy artificial y restringida, y hay que andar con mucho tiento antes que aceptarla resueltamente.

Galdós.— Los catalanes acusan a los castellanos de indolentes, poco afectos al trabajo, sin iniciativa ni sentido práctico de la vida. Los castellanos, en cambio, acusan a los catalanes de egoístas, que todo lo quiere para sí, muy pocos españoles cuando se trata de enaltecer a su región, y extremadamente afectos a la unidad cuando se trata de imponernos a todos, así peninsulares como ultramarinos, sus manufacturas, por medio del Arancel. Estas opiniones son igualmente injustas, expresadas así, en crudo, como se oyen en algunas conversaciones familiares; pero despoja-

das de todo sentido de animadversión llevan en sí algo de justicia. Se fundan en las condiciones de raza y de suelo, y es forzoso respetarlas, quitándoles la aspereza que en ellas ponen a veces los caracteres petulantes. Que el catalán tiene para el trabajo industrial, como hoy se practica en Europa, más aptitud de inteligencia y de manos que el castellano, es cosa que nadie puede poner en duda. Pero esta ineptitud es más bien ocasionada por una deficiencia educativa, que porque falten en las razas las condiciones esenciales para el trabajo, de cualquier clase que sea. Dicha ineptitud industrial se expresaría con más propiedad llamándola *falta de hábito para el trabajo*, y su causa habría que buscarla en circunstancias históricas y geográficas. La raza que alcanzó la hegemonía de la península, realizando la unidad después de haber hecho prevalecer su lengua y costumbres, vino a encontrarse en condiciones desfavorables para la lucha por la existencia, por causa de la despoblación que ocasionaron las guerras y los descubrimientos; por hallarse asentada en las mesetas centrales de la península (desventaja que agravó Felipe II, poniendo su capital en lo más árido del reino), por el decaimiento de la agricultura en dicha región y las dificultades de comunicación entre el centro, el litoral y las fronteras.

Margarita.— ¡Muy bien dicho! Cuando España, después de un período de larga atonía y paralización científica, empezó a asimilarse a los progresos de Europa y la transformación del trabajo, el litoral y la frontera pirenaica fueron las primeras regiones que aprendieron la nueva manera de vivir y trabajar. Las Castillas se habían quedado estacionarias; el empobrecimiento del suelo, la población y la incomunicación retardaron sus progresos.

Galdós.— Así es, la composición social de los dos grandes centros de España, Madrid y Barcelona, ofrece

caracteres totalmente distintos. Aquí hay tres aristocracias poderosas: la de la sangre, la del dinero y la política. La primera influye por las costumbres, y se va fundiendo poco a poco con la segunda. Es menos orgullosa de lo que parece, tolerante, acepta la riqueza venga de donde viniere, y conserva el sacro fuego de los buenos modales, hermanándolos graciosamente con la proverbial franqueza española. La segunda es aquí, más que en parte alguna, verdadera aristocracia, porque la riqueza, que es grande, está en pocas manos, y por tanto, toca a más. La tercera aristocracia es organismo especialísimo, que sabe apoyarse en las otras dos y prestarles su apoyo.

Margarita.— En Barcelona no hay más que una aristocracia: la del dinero amasado laboriosamente en el comercio y la industria. Las grandes fortunas descuellan quizá menos que aquí, porque las empequeñece algo el nivel de las fortunas medias, bastante más alto que en Madrid. Los capitales saneados y de importancia, sin llegar a la opulencia, los capitales modestos que aseguran el bienestar de una familia numerosa abundan en Barcelona tanto como escasean en Madrid, donde las grandes riquezas, labras en parte con las contratas del Estado, no han podido subdividirse como se subdividen donde la esfera de actividad es más amplia. Las clases ricas de Barcelona viven bien, con vida menos tormentosa y agitada que la de Madrid; saborean el lujo, viajan, prefieren por lo común las comodidades domésticas a la ostentación pública. En cuanto a la clase media son mayores las diferencias entre Madrid y Barcelona, pues aquí existe una parte importantísima del vecindario, clase bien vestida, bien educada, de agradable trato, que vive de un sueldo más o menos grande; pero sueldo, al fin, con el cual no se pueden hacer maravillas.

Galdós.— Los pensionistas del Estado, gentes que viven de una jubilación, o de los montepíos militares y civiles, constituyen una clase numerosísima, la rama menos holgada de la mesocracia después de la de los cesantes.

Margarita.— Los rentistas o gente que vive de su capital empleado de valores públicos, abundan bastante en ambas poblaciones; pero no sería difícil probar, a mi juicio, que en Madrid están aquellas riquezas en menor número de manos y que en Barcelona la distribución es más proporcionada. La clase comercial de Madrid, operando en una esfera de acción más reducida que en Barcelona, no es menos inteligente que aquella y ha sabido labrar fortunas bastantes cuantiosas, parte de las cuales se halla invertida en la propiedad urbana de esta villa.

Galdós.— En cuanto al pueblo, no diré que el de Barcelona tenga más aptitud que el de Madrid para el trabajo fabril; pero posee una educación industrial y una práctica que el obrero madrileño desde luego carece. Por lo común, el madrileño, dotado de viva imaginación y de inteligencia, no iguala al catalán en habilidad de manos, salvo en contados oficios, cuya tradición no se perdió en Madrid. Para aquellos en que funciona la gran maquinaria de vapor, el obrero madrileño necesita instruirse; pero la verdad es, que si logra vencer ciertas dificultades, se pone en primera línea y no hay quien lo supere.

Como cultura y formas sociales, únicamente diré que las clases bajas de Madrid, tienen mucho que aprender de las de Barcelona, ciudad que en esto puede enorgullecerse ante todas las de Europa, pues ningún pueblo del mundo le iguala en la escasez de tabernas, son menos frecuentes en ella las pependencias, y en ninguna otra dan los obreros menos trabajo a las autoridades municipal y judicial.

Margarita.— Sí que es usted observador, sí.

Galdós.— Hay en Barcelona plaza de toros, como en Madrid; pero el sangriento espectáculo es allí un poco exótico y no apasiona a las muchedumbres como en Madrid. Se podrían suprimir radicalmente en Barcelona las corridas sin que nadie las echara de menos, mientras que aquí está tan encarnado el toreo en el sentimiento popular, que hasta cuesta trabajo concebir el uno sin el otro. No creo que nadie deje de relacionar la tosquedad, la violencia de lenguaje y de modales que es propia del pueblo de Madrid y que tanto da que hacer a la policía, con el espectáculo taurino, escuela constante y cátedra siempre abierta de barbarie, insolencia y crueldad.

Margarita.— Gracias maestro.

*Benito Pérez Galdós es incontestablemente el primero de los actuales novelistas españoles. Su vida y su obra se unen armoniosamente para ofrecer al historiador de las letras contemporáneas un perfecto modelo de continuidad en la labor fértil y en el éxito legítimo. Apartado del tumulto indiscreto de las muchedumbres y de los cenáculos, sin hacer jamás la menor concesión a los snobs y a la vulgaridad con el firme propósito de responder a los anhelos de todos los amigos desconocidos que un bonrado escritor atrae fatalmente en todo el universo intelectual y de nobleza moral, se ha granjeado, en un bello impulso de artista y de patriota, el honor de dedicar a su país un monumento que es único en la historia literaria de España.*





## XV

### Amor de hija

*E*l abuelo drama —asume Blasco Ibáñez en el Diario de Valencia— es una de las mejores obras (por no decir la mejor) de nuestro teatro moderno. Hay en él un quinto acto digno de Ibsen. No; digo mal, a cada uno lo suyo, sin establecer comparaciones. El dramaturgo noruego tiene sus obras y Galdós tiene El abuelo. Cada uno en su pedestal; que para ocupar el suyo el español, no necesita buscar apoyo en el escandinavo.

*El abuelo, novela, sigue siendo una gran novela; y el drama, el más conmovedor, el más genial y verdadero de cuantos hemos visto en España de muchos años a esta parte.*

**Sale a escena María Pérez Galdós Cobián**  
**Monólogo de María**

Ya Clarín, en un notable estudio acerca de Galdós, habló

de las grandes facultades que el maestro tenía para el dibujo; mas a pesar de esto, no sabe todo el mundo que las ilustraciones que aparecen sin firma en la edición ilustrada de los *Episodios Nacionales* son del mismo autor del texto.

Muy bien pudo don Benito haber sido tan buen dibujante como escritor, y de ello quedan pruebas patentes en numerosos dibujos. Ni un momento de su vida desmintió el maestro su alta afición al dibujo, como pasamos a ver.

Desde muy niño, cuando la criada de su casa le llevaba a la escuela, se mostró don Benito muy aficionado al dibujo, dando muestras de las altas facultades que para dicho arte le adornaban, en el hecho de que chocándole los aires de un marinerote que era novio de la moza, dibujó una hábil silueta del mismo, la recortó y la pegó al postigo del zaguán de su casa, donde fue admirada por todos, que reconocieron inmediatamente al retratado.

Así nos lo contó la hermana mayor de don Benito, que a los noventa y siete años de su edad recuerda con toda precisión la infancia de su hermano menor. En el colegio se manifestó ya Galdós como discípulo aventajado en dibujo, y yo recuerdo haber visto en mi casa, por haber sido mi padre el único maestro que tuvo don Benito, bastantes dibujos notablemente copiados de las muestras del francés *Julien*, y de los cuales no he podido hallar traza; pero sí conservo como preciosa reliquia un caballo moro en libertad. Es, acaso, el más perfecto y acabado de los dibujos que conozco del maestro.

Así como Galdós tenía precisamente guardados los manuscritos de todas sus obras, que están en su villa «San Quintín», en Santander menos cuatro originales de novelas contemporáneas que regaló, ha destruido todos los originales de sus dibujos que tuvo a mano; pero, sin embargo, de esto, conozco tres álbumes completamente llenos de sus dibujos, hallándose uno de ellos en Las Palmas y dos aquí, en Madrid.

El más antiguo se encuentra en esta villa corte, y está dedicado en su totalidad a caricaturas de la vida política de Gran Canaria en plena juventud del autor. Don Fernando León y Castillo y el Sr. Wangüemert son constantemente baqueteados por el lápiz ingenioso del caricaturista. En su totalidad fue dibujado el álbum en Las Palmas, mientras León y Castillo estaba en Madrid por primera vez.

A pesar de la grandísima amistad que desde el colegio le unió hasta la muerte a los dos más insignes hijos de Canarias, es muy posible que don Benito estuviese en aquel entonces algo celoso de que León y Castillo había logrado venir a Madrid algunos años antes de que él pudiese, y de aquí la sátira constante contra la filosofía alemana, la economía política y la diplomacia, de que el réprobo alumno de Derecho, que fue el futuro marqués del Muni, hablaba siempre en sus artículos, no sin cierta pendería. Y hasta el extremo de que el palmero Wangüemert es presentado casi siempre por don Benito en mejor postura que su paisano León y Castillo, de quien era competidor.

Otro álbum versa casi exclusivamente sobre la construcción del Nuevo Teatro de Las Palmas, que se llamó primero de Tirso de Molina y debía acabar con el nombre de Pérez Galdós. Había entonces en Las Palmas un patricio insigne que se llamaba don Cristóbal del Castillo, defensor incansable de los intereses de la isla, y particularmente de los de la ciudad. Muy grande grima daba al don Cristóbal el ver que en aquel Real de Las Palmas se tenía abandonada toda la zona del mar y convertida en un inmenso basurero, por lo cual, al tratar de construirse el teatro, trabajó con fruto por que se levantara el edificio a la orilla del mar y junto a la desembocadura del barranco Guiniguada.

Este proyecto indignó a don Benito, que estaba ya en Madrid, y quien tradujo su indignación en dicho álbum de

caricaturas, que son de lo más gracioso y espiritual que se ha podido ver. En una de ellas aparece como taquillero del teatro un enorme pez que maneja con sus aletas los talonarios de billetes y las monedas que le entregan. En otra, como la mar por allí es muy brava, aparecen las elegantes señoras, al entrar en el teatro, defendiéndose con paraguas contra la llovizna que ocasionan las fuertes olas, y hasta prevé el caso de una fuerte marea que invada el teatro y obligue a los espectadores a ir con zancos a la función. También nos presenta la representación de un drama clásico en que los actores son peces y crustáceos.

El gran don Cristóbal del Castillo se salió con la suya de hacer el teatro a orillas del mar; pero el tiempo ha venido a dar razón a don Benito en sus agudas críticas, porque el Nuevo Teatro, que necesitaba de gran ventilación en aquel clima, que no es sino un perpetuo baño tibio, es imposible de ventilar, porque desde que se abre el menor ventanillo durante una representación el ruido del mar impide oír.

Pero esto no impide que el reciente e incalificable incendio de dicho teatro haya sido uno de los dolores que más han amargado la senectud de don Benito, quien hasta el último momento preguntaba con ansia y dolor si no se iba a reconstruir el teatro que llevaba su nombre en su ciudad natal.

El otro álbum de dibujos está también en Madrid pero es muy posterior. Entre el de que acabamos de hablar y este otro no permaneció don Benito indiferente a sus aficiones al dibujo; pues dicho queda que colaboró eficazmente en la ilustración de sus *Episodios Nacionales*.

### **Aparece en escena don Benito**

Galdós.— Pero querida hija ¿tú también con esto de extraer notas biográficas de mi vida?

María.— Pues claro que sí padre, sus lectores estarán contentos de encontrarse con sus opiniones, con la forja de su carácter...usted que tanto me cuida.

Galdós.— ¿Pero qué tienes ahí chiquilla?

María.— Una carta.

Galdós.— ¿Es acaso una de las miles que te he escrito?

María.— Sí, probablemente la más importante. Me comunica el suicidio de mi madre.

Galdós.— Ya (*Con tristeza.*) Ya ha pasado el tiempo, pero...léeme esa carta si no te importa.

María.— De acuerdo: «Querida María: recibí ayer tu carta del 29 en la que veo confirmada la terrible desgracia de la muerte de tu mamá. Yo lo había leído en los periódicos; pero como recibí carta tuya escrita el 23 en Bodes diciéndome *nosotras llegamos aquí el jueves*, pensé que la noticia de los periódicos no era cierta, y en esta duda he estado algunos días pasando muy malos ratos. Si me hubieras dicho que tu mamá quedaba en Madrid, yo le habría escrito tratando de sosegarla de sus desvaríos.

Ya sabes que tu pobre mamá venía hace tiempo atacada de delirio persecutorio; yo le dije que esto era una enfermedad. A los que la padecen no se les debe dejar nunca solos. Hiciste mal en largarte a las Arriondas dejando a tu madre sola en Madrid. No me extraña que la soledad separada de ti haya acabado de trastornarla, llevándola a un fin tan desgraciado. ¡Pobre Lorenza! El sentimiento que me ha causado su muerte no se me disipará en mucho tiempo.

En fin, ya no hay más remedio que tener paciencia. Ahora, estás más obligada que nunca a una obediencia

ciega a cuanto yo te mande. En ello te va el porvenir. Yo no te mandaré nada que no sea para tu bien. En cuanto recibas estas, me escribirás respondiendo a estas preguntas que te hago. ¿Qué casa es esa donde estás?

¿Por qué no has ido a tu casa de San Bruno? ¿Si está tu tía Dolores contigo, no estaríais más cómodamente en vuestra casa? ¿Tienes alguna ropita de luto?

Si no la tienes es necesario que te la hagas, pues has de volver a Asturias por una pequeña temporada. Otra cosa tienes que decirme: ¿Qué dinero tienes? ¿Cuánto has gastado de lo que te dió el Sr. Llano? A este Señor mandaré más que para que te lo entregue cuando vuelvas a las Arriendas.

Bueno. Escríbeme enseguida, y tú y Dolores se aguantarán en Madrid hasta que yo les ordene la salida, enviándoles a Madrid dinero si les hiciese falta. No se pongan ustedes en camino sin orden mía para que yo sepa siempre dónde estás. Tengo que mirar por tí, y lo primero es contar con que me obedecerás en todo absolutamente.

Te quiere mucho y te manda muchos cariños tu papá».

## Suena un violoncello

Galdós.— (*Con tristeza.*) La quise.

María.— También la quiso, además. Padre, cambiemos de tema. Tengo que hablar con usted, tengo que entrevistarle, tenemos que hablar de cosas. A ver... Hoy vamos a dar un paseo por los mercados de Madrid. Es posible que alguien encuentre quizás poco decoroso meternos ahora entre verduleras, carniceros y maragatos. Pero venga conmigo, venga. No importa, allá vamos. Recordando que las materialidades de la vida, miradas antaño con tanto desdén por filósofos y escritores, reciben hoy, de las personas

más espirituales, homenaje de consideración. Sobre este particular el cambio ha sido muy notable en la opinión humana; ya no se ve en el comer una función puramente orgánica, íntimamente emparentada con uno de los pecados capitales más feos: ya los principios de la educación física, gallardamente asociados a todo sistema de educación general, han adquirido el imperio que merecen, y no nos parece extravagante el aplicar a los pueblos, como a los individuos, este aforismo: *Dime lo que comes y te diré quién eres.*

Galdós.— (*Con cierta resignación.*) En una ciudad populosa la alimentación desempeña un papel de primer orden. ¿No juzgaríais a una casa por las riquezas de su despensa y los primores de su cocina? Pues juzgad a una capital por el abastecimiento de sus mercados y por la abundancia, baratura y variedad de sus alimentos. Hoy vamos a estudiar a Madrid por lo que en él se come; y no he de tomarlo por el lado de los principios económicos, sino por la calidad de los manjares; no estudiaré la cuestión llamada de subsistencia relacionada con la venta, el sueldo, los salarios, mi objeto es dar una idea de cómo nos nutrimos aquí, de cómo vamos entreteniéndolo esta existencia terrestre, que, según dicen, es cosa pasajera y de momento.

María.— Usted mejor que nadie conoce la ciudad de Madrid y a los madrileños.

Galdós.— La vida no es barata en Madrid, si bien no es tampoco tan dispendiosa como algunos sostienen. De cualquier modo, que sea, *esto no es una Jauja*, bajo el punto de vista económico. Pero, atendiendo a lo variado, a lo sabroso y abundante de los alimentos, bien podemos declarar que nos hallamos en uno *de los mejores mundos posibles.*



Sí, Madrid, digan lo que quieran, es una de las capitales europeas donde mejor se come. Es del caso hacer constar que, si la situación de nuestra villa se ha considerado desfavorable por su alejamiento de los puertos de mar, hoy, que la construcción de ferrocarriles ha venido a crear una geografía nueva, Madrid ocupa el centro al cual, por diferentes radios, afluyen los productos todos de las distintas zonas de la península. Los transportes encarecen algo los artículos; pero todos concurren a este mercado en iguales condiciones, para todos hay las mismas facilidades, y bien puede decirse que ningún producto de las varias regiones españolas deja de figurar en los mercados de Madrid.

María.— (*Con entusiasmo.*) Cuento cuento...que usted sabe de todo.

Galdós.— Desde Andalucía, productora de vinos fuertes, hasta Galicia, productora de carne a la inglesa, nuestra península posee todos los órdenes de sustancias alimenticias; su fauna y su flora son compendio de la flora y fauna europeas. Aquí tenemos lo que dan de sí los países cálidos y los fríos, los que crían las viejas estepas y las húmedas colinas, el fruto del llano y la montaña, de la marisma y el otero. Valladolid y tierra de Campos nos envían sus harinas reputadas por las primeras del mundo, y sus vinos blancos, ligeros, de la Nava y Rueda y La Seca; Zamora, sus incomparables garbanzos, que se asocia al organismo nacional hasta en los climas más remotos; Salamanca, sus reses bien cebadas y sus harinas, que compiten con las extremeñas; Ávila nos manda cerezas y bueyes; Toledo, sus celebrados albaricoques y mazapanes; La Sagra, sus vinos y cereales; La Mancha, patatas, queso, azafrán y el Valdepeñas hidalgo, que no es de menos importancia que el garbanzo en la nutrición española; la Vera de Plasencia, frutas muy buenas; la Alcarria, mieles y

perdices; las sierras de Gredos y Guadarrama, mucha caza y enormes cantidades de castaña, nuez y piñón; la Rioja y Zaragoza, vinos pimientos, frutas regaladas y en pasmosa abundancia; Soria, sus mantequillas; Santander, sus mantecas, sus pescados; Asturias, lo mismo, y, además jamones, y Galicia, de cuanto Dios creó, pues tierra más fecunda no creo que exista.

María.— Luego vienen las regiones privilegiadas, las que crían especialidades. Valencia nos manda su arroz sin igual, montes de naranjas, frutas tempranas, también vinos, judías, cacahuete, chufas; Murcia, los productos de la huerta: legumbres, fresas, pimentón molido, arvejillas, guisantes, espárragos, zanahorias, remolacha; Málaga, las pasas de universal fama, las batatas, el vino no menos célebre y los boquerones; Sevilla, ríos de aceite, las aceitunas a que va unido su nombre; Extremadura, sus embutidos y todo lo que se deriva de las variadas industrias carniceras del cerdo, ese animal tan despreciado como útil y sabroso; Granada, su jamón de Trévelez; Almería, sus uvas; Jaén y Córdoba, aceites, reses, caza mayor y menor; Tarragona, sus aguardientes, avellanas y almendras; Mallorca, sus quesos, naranjas y limones.

Galdós.— Muy bien, hija mía. Pero quiero hablar de otros artículos de menor cuantía, que son verdaderas especialidades y hacen un papel modesto en el mercado general, como son los bizcochos borrachos de Guadalajara, las mantecadas y chocolate de Astorga, los alfajores de Andalucía, las bocas de la Isla, los higos de Fraga, las almendras garrapiñadas de Alcalá y otras menudencias.

María.— Examinando los mercados de Madrid bajo el punto de vista arquitectónico, no hallaremos mucho que admirar.

Galdós.— Hay dos de construcción reciente, enormes, de hierro; los demás son antiguos, estrechos, mal dispuestos y no muy aseados. Unos y otros se resienten de mala organización, no sólo en lo referente a las ventas, sino a sus condiciones propiamente higiénicas. Pero sería difícil encontrarlos en otra parte más bien surtidos. Las hortalizas y frutas encantan la vista con su variedad y abundancia. En cuanto a carnes, las rutinas y errores de nuestra administración municipal son causa de que el abastecimiento de Madrid, en este importante artículo, no sea todo lo bueno que debiera ser. Las terneras son superiores, de una finura y limpieza admirables; pero la vaca, que debiera ser buey, *el beef*, deja algunas veces mucho que desear. Cuando vienen cebones de Galicia podemos tener *roastbeef como* el que se come en Londres. Las razas bovinas de Sierra de Gredos, Salamanca y Cáceres también dan excelente, aunque no muy tierna carne. Suelen venir terneras de Santander y de Plasencia, y los carneros proceden de la Mancha y Extremadura.

María.— El mercado de aves está casi exclusivamente sostenido por las granjas de esta misma provincia y por las de Segovia y Zamora. Esta última hace en gran escala el comercio de huevos, que también vienen de Galicia. Los pavos, que tan importante papel desempeñan en las solemnidades gastronómicas de la Noche Buena, proceden de Segovia, y principalmente, de la provincia de León. La caza menor, que en los tiempos que no son de veda, es tan abundante, viene de la Alcarria, de la vecina sierra de Guadarrama y de los montes de Toledo.

Galdós.— ¡Bien, bien, te has informado bien! Las hortalizas que Madrid tiene como se crían en los huertos del Manzanares y en la fértil ribera del Jarama esta provincia tiene fama de estéril, y no lo es seguramente. Los que sólo

conocen de ella las colinas arenosas que rodean a la capital, ignoran que posee, fuera de nuestra vista, terrenos de superior calidad. Los de Villaviciosa de Odón y Navalcarnero, son realmente, fecundísimos, y toda la orilla del Jarama es de lo más hermoso y rico que poseemos. En esta provincia y en los términos de la Villa del Prado, de San Martín, de Valderigarias y de Navalcarnero se crían esas incomparables uvas *alvillo*, que no tienen rival en el mundo por su delicada dulzura. Hacia Chinchón, en el celebrado Añocer de Tajo, y en toda la ribera del Jarama, se producen los melones de la tierra, superiores a los de Valencia y a todos los melones conocidos. Arganda es gran productora de vino, y, por último, Aranjuez, donde están los lindes de esta provincia con la de Toledo, es una zona de admirable poder agrícola. De aquel riquísimo aluvión salen las fresas, que no tienen competencia por el aroma y la finura, los espárragos gruesos, las ensaladas y otras peregrinas especies que alcanzan subido precio al principio de la primavera.

María.— (Riendo.) Es usted una verdadera Enciclopedia. Los extranjeros, que al llegar aquí comen igual cantidad de alimento que en otras partes sin tener en cuenta la mayor fuerza nutritiva de los vegetales de este país, suelen verse atacados de un mal que antiguamente se llamó *entripado* y después *cólico de Madrid*. Pero esta desazón no tiene malas consecuencias y se cura al instante con un poco de sobriedad. Al menos eso creo.

Galdós.— ¡Y crees bien! Es fama que a todos los que vienen a Madrid se les desarrolla un voraz apetito; y esto, si acaso es cierto, se debe, al decir de los fanáticos, al agua de Lozoya. Los madrileños sostienen que en ninguna parte del orbe se bebe agua mejor; y creo que tienen razón. Es de una transparencia y delgadez fenomenal. La de

las antiguas fuentes apenas existe ya. La de las antiguas fuentes apenas existe ya. El acueducto de Lozoya surte a la población con una abundancia que disfrutan a igual grado pocas ciudades. Y ya que hablo del agua, no quiero dejar de mencionar el pan, considerado juntamente con aquella como la principal especialidad de esta villa en orden de incitativos a la gula. El pan de Madrid es, en verdad, de *primitivo cartel*, si es permitido decirlo así. Se elabora en multitud de tahonas por el procedimiento antiguo; es blanco, sin esa nitidez sospechosa que dan las harinas adulteradas con féculas; blando, esponjoso, ligero. Vale a 40 céntimos de peseta el kilo. Las harinas de que se surte este mercado no vienen tanto de la parte de Medina y Tierra de Campos como de Alcalá, La Sagra, Toledo y la Mancha.

María.— Sólo falta que nos hable de vinos.

Galdós.— De vinos no hay que hablar, pues a Madrid vienen cantidades tan considerables, del Norte y del Sur, que se puede asegurar que el Manzanares no trae tanta agua como vino los trenes. Lo recibimos de la Rioja, de Zaragoza y de la Mancha en grandes partidas, también de Castilla. Para el consumo principal de Madrid es el de Arganda, que está, como si dijéramos a la puerta de casa. Sobre las diferentes adulteraciones de que es objeto este artículo, que según dicen es necesario a la vida, aunque yo no he conocido jamás tal necesidad, no quiero hablar porque me alejaría de mi objeto. Sólo mencionaré la adulteración primitiva y rudimentaria, que consiste en administrar el sacramento del bautismo. Esto lo hacen los taberneros sin necesidad de estudiar química ni de aprender nombres diabólicos como los de *fuschina anilina* y otros *voquibles* extranjeros. El vino desempeña en la alimentación del vecindario de Madrid un papel de primer

orden. Basta decir que es el agua de muchas personas. Algunos lo beben en cantidad increíble sin embriagarse nunca, y son pocos los que pueden comer sin él. Por más que se le acusa de haberse puesto caro, la imparcialidad obliga a reconocer que es baratísimo, mayormente si se compara su precio con el que tiene en otras partes.

María.— Y esas tabernas que tan bien ha retratado usted...recuerdo ese final de Fortunata...presentaba usted al malogrado *tigre* de Villaamil, y su suicidio después de libar en una taberna...hay muchos, muchos retratos de la vida de las tabernas y de los cafés. Eso ha sido y es un mundo completo.

Galdós.— Cierto, cierto. Hay en Madrid tantas tabernas que su número espanta. Sólo en la calle de Toledo he contado yo ochenta y ocho, y el que dude de la exactitud de la cifra puede darse una vuelta por aquí y yo le acompañaré a que las cuente por sí mismo. En dichos locales no se reúne una sociedad muy escogida. Hay de todo: obreros que van a alegrarse la sangre después del trabajo y otros que van allí porque la tienen siempre demasiado alegre. Suelen sobrevenir riñas y pendencias, de las que resulta a la postre algún navajazo. Al vino le llaman algunos, *borchata de cepas*; y, prescindiendo de los males que produce por el exceso, hay que reconocer en él una base de nutrición indispensable e insustituible en nuestras clases populares.

María.— ¿Y esos quesos que tanto le gustan?

Galdós.— Claro, claro, ahora viene bien hablar de quesos importantísimo renglón del consumo en todos los países. Las clases nacionales son numerosas y algunas de calidad, aunque no producimos este artículo en condicio-

nes apropiadas a la gran exportación. Tenemos grandes elementos para tan rica industria; pero no sabemos explotarla convenientemente. Si me es permitido emplear un juego de palabras, diré que en España se hacen buenos quesos, pero no se fabrican (salvo en las granjas de Reinosa y Cabrales, de que hablaré más adelante); no se emplean procedimientos propiamente industriales para obtener un producto siempre igual, condición indispensable si ha de figurar en los mercados; subsisten aún los procedimientos rutinarios y primitivos, por los cuales la bondad del producto es muy insegura y su conservación casi imposible.

María.— ¡Mire que me he informado eh! (*Leyendo.*) Las especies principales de quesos peninsulares son: el manchego, que se consume mucho en Madrid; el de Villalón, el gallego, el mallorquín, el de Burgos y los requesones llamados de Miraflores de la Sierra. Los dos primeros son sabrosísimos cuando están bien hechos, lo que no acontece siempre. A veces se encuentran piezas que superan a todo lo extranjero; pero comúnmente, su inferioridad es notoria. Esta inseguridad hace desmerecer considerablemente el género y lo imposibilita para un consumo extenso. Los quesos de Burgos y Galicia son tiernos, se pierden fácilmente, y no pueden ir, por esta causa fuera de los mercados españoles. El que reúne mejores condiciones para la exportación es el de Mallorca, admirablemente elaborado y conservado; pero la producción no es abundante, y hay años que aun en el mercado de Madrid escasea.

Los requesones llamados de la Sierra se elaboran en las afueras de Madrid y en las Navas. Son un postre delicado y nada más.

Galdós.— Muy bien, muy bien hija mía. De algunos años a esta parte se han desarrollado en el Norte de Espa-

ña las industrias queseras en excelentes condiciones. El Cabrales, imitación del célebre Roquefort, es tan bueno como este, y aun superior en opinión de gastrónomos, que son de gran autoridad en la materia.

Se fabrica bien, siempre igual, perfectamente preparado para la exportación. Se hace en Madrid gran consumo de él y se hará mayor cada día. Reinosa, pueblo importantísimo de la provincia de Santander, es hoy centro principal de esta valiosa industria. Allí, a más de las clases del país, se elaboran imitaciones muy felices de Camembert, de Brye, de Roquefort, de Portsalud y de otros afamados artículos exóticos. También envía Reinosa a Madrid y a toda la península grandes remesas de finísima manteca. Asturias elabora las mantecas saladas y amarillas a estilo de las de Flandes, que tienen mucha aceptación en el mercado de Cuba y no se si van también a algunos otros puntos de América. He oído que en la misma Asturias y en las provincias vascongadas se han hecho ensayos felices para elaborar industrialmente los quesos de bola, de universal consumo; pero ignoro el resultado. Esta industria, al extenderse como se ha extendido, se ha desmejorado notablemente, pues si nada existía tan sabroso en orden de quesos como aquellas bolas que venían de Holanda hace veinte años, nada hay tan soso, indigesto y desabrido como esas otras que con el mismo nombre ruedan hoy por todo el mundo, y declaran, apenas se las corta, que son pasta de patatas amasadas con sal y un poco de leche.

María.— Me encanta hablar con usted de estos asuntos. Todas las especies extranjeras, en ramo tan importante, las tenemos en nuestras tiendas gracias a la rapidez de las comunicaciones, casi al mismo precio que las nacionales. El *Gruyere*, el *Cherster*, el *nata* y los franceses que he citado antes al hablar de la imitaciones de Reino-



sa, abundan aquí tanto como el manchego y el de Villalón.

Galdós.— ¡Claro! Y ya que de géneros extranjeros hablamos, diré que los comestibles de todos los países europeos se encuentran aquí diseminados en el grande y pequeño comercio. La variada colección de salsas inglesas y de encurtidos y de peces marinos en latas, lo mismo que las *mortadellas* italianas y otras mil fruslerías sabrosas, tienen gran salida en nuestro mercado. Existen aquí casas dedicadas exclusivamente al comercio de comestibles extranjeros, y hacen muy buen negocio.

Réstame hablar de un artículo de consumo de extrema importancia en toda España, y en Madrid particularmente, el chocolate. Sin esta pasta frailuna no pueden vivir los españoles; es el tributo inmenso que pagamos a la América, es la indemnización lenta y enorme de los esquilmos de su conquista.

María.— Podemos decir sin temor a equivocarnos que tenemos de todo y por su orden. El cultivo del tabaco se ha extendido por todo el mundo; pero el del cacao, indispensables elementos del chocolate (aunque se dan casos de que no lo sea) continúa circunscripto a las privilegiadas regiones de Venezuela, Guatemala y Colombia.

Galdós.— Allí lo hemos de ir a buscar sin remedio. Los primeros frailes (y frailes debieron de ser los inventores de una cosa tan buena) que idearon amasar la almendra de América con el azúcar y la canela, no sospecharon la esclavitud que legaban a su patria, por medio de la tiranía más pesada de todas las tiranías, que es la del paladar, ayudado del estómago. Hay en Madrid gran número de molinos de chocolate por el sistema antiguo, que dicen es el mejor. De veinte años a esta parte se han establecido

grandes fábricas, movidas a vapor, las cuales arrojan al consumo de la península masas enormes de chocolate. Estos chocolates industriales no gozan, en realidad de una reputación a prueba de sospechas. Son baratos y con la variación responden a su objeto. Hay quien sostiene que en las clases inferiores y de menos precio, el cacao es nombre vano, y que la base oleosa de la pasta se obtiene con alpiste o piñones y lo demás es obra del pan duro, quedando el color a cargo del almazarrón. Las mismas casas que elaboran chocolate se dedican en Madrid, por punto general, a la venta de cafés y tés. Lo expenden en paquetes de diferentes precios, que no se eximen de las sospechas de la gente maliciosa, pues ya sabemos el gran papel que desempeña hoy la achicoria en el comercio del café. Las clases superiores de Puerto Rico son aquí bastante caras, y el consumo de este artículo es grande en Madrid. En cuanto al té, consumimos el que nos envían los ingleses, tal como viene. Aunque esta rica bebida no está muy generalizada entre nosotros, se usa bastante y se paga bien. Alguna diferencia va de estos tiempos a aquellos en que el té se vendía en las boticas.

María.— Antes de concluir, quiero disipar la impresión que estas digresiones habrían producido, seguramente, a los que tengan paciencia de leernos. Temo mucho que nos supongan golosos —especialmente a usted— por la complacencia con que hemos tratado de estas particularidades del comer.

Galdós.— Ah, bueno pues que sepan que no soy glotón, ni si quiera goloso, y que poseo una dichosa indiferencia hacia lo que llamamos placeres de la mesa. Para el que esto habla, todos los manjares son, poco más o menos, los mismos. Entre la vulgar patata y la valiosa trufa de Perigord, entre una lonja de queso manchego y el *foie*

*gras* más exquisito, entre el salmón inglés y la gallega sardina, entre el salchichón de Bolonia y un pedazo de cecina, entre los espárragos de Aranjuez y la col más ordinaria, entre la pera de S. Guido y un higo cumbo de los de a *cuatro la naitada*, entre el faisán cebado y el cangrejo de río, entre la *Bouchée a la Moutglass* y el plato de judías o lentejas, entre el lenguado *al gratin* y el bacalao a la vizcaína, entre el *Roasbeef* y las migas de sartén, entre el *gateau napolitain* y el pastelillo de cinco céntimos, no ha encontrado nunca diferencias esenciales. Todo viene a ser lo mismo; todo se reduce a echar combustible a la máquina para que ande un poco más y no se nos pare a lo mejor del camino. Un buen apetito, un ánimo sereno, son el mejor festín. Y doy aquí punto y levanto los manteles, no sea que se les indigeste el capítulo.

## Se abrazan

*Galdós, alto, flaco, hierático, con una rigidez extraña e imponente. Los años no le pesan sobre los hombros. Se han resignado a entorpecer no más que sus pies. Anda a pasitos cortos, sin alzar apenas las plantas del suelo. Sólo entonces da una dolorosa idea de senil decadencia fisiológica. Pero queda inmóvil, y todo él es una estatua rígida, seca, tallada, a española usanza en un robledizo bloque. E rostro, impassible, contempla, ungido se serenidad, a lo eterno, sólo para él revelado. Detrás de sus pupilas muertas hay la deslumbradora visión de una España venidera, y más dentro, más bonda, la otra remembrancesca visión de la España heroica y tumultuaria del siglo XIX. Y como él, su obra. Fuertemente, sólidamente cimentada en el suelo patrio. De materiales del más puro españolismo construida con una perdurabilidad arquitectónica retadora del tiempo, con una amplitud capaz de albergar una*

*segunda nación imaginaria pero consubstancial de la existencia y real. La juventud en torno suyo se embriaga de esperanza, de vítores, e aplausos y llevaba a los labios las copas donde temblaban los topacios y los rubíes del vino. Galdós permanecía erguido, silencioso, de una serenidad escultórica el rostro, tendidas las flacas, sarmentosas manos que han iluminado la conciencia española durante cincuenta años, descansaba...*



## XVI

### Vidas que hablan, amores se delatan

**Q**ue el teatro está en decadencia es cosa que huele a puchero de enfermo; tanto se ha hablado y escrito de esto. El público se cansa de las viejas formas dramáticas (...)

*El público burgués y casero dominante en la generación última no ha tenido poca parte en la decadencia del teatro. A él se debe el predominio de esa moral escénica, que informa las obras contemporáneas, una moral exclusivamente destinada a aderezar la literatura dramática, moral, enteramente artificiosa y circunstancial, como de una sociedad que vive de ficciones y convencionalismos. La restricción que esta moral impone al desarrollo de la idea dramática, es causa de que los caracteres se hayan reducido a una tanda de tres o cuatro figuras que se repiten siempre. Su acción también restringida, y analizando bien todo el teatro contemporáneo se verá que en todo él*

*no hay más que media docena de asuntos, repetidos hasta la saciedad y aderezados con distinta salsa. El lenguaje, por influencia de esta moral postiza, también se ha restringido, y el vocabulario de teatro es de los más pobres.*

### **Sale a escena Concepción Catalá**

Galdós.— (*Pensativo queda absorto mirando a la impresionante mujer que sale a escena.*) Buenas tardes, Concha. ¿Has tomado café?

Concha.— Querido maestro, no, he tomado café...he venido a charlar...y donde esté una buena conversación... para qué café.

### **Galdós pide café a Severiano**

Concha.— Vengo a contarle el enorme éxito que he tenido esta semana en mi tierra, en Bilbao (*le mira fijamente.*) De Benavente.

Galdós.— Me alegro mucho, de verdad.

Concha.— Mañana tengo que hablar sobre los pueblos de España en una especie de monólogo...en el Ateneo. He pensado hablar de los bilbaínos...y quién como usted para ilustrarme.

Galdós.— Hombre...son los bilbaínos trabajadores, aptos para toda clase de empresas industriales, aplicadísimos a los negocios, constantes, emprendedores... de una formalidad intachable. Por estas cualidades ha prosperado tanto Bilbao. Pero si el bilbaíno no tiene rival trabajando,

tampoco lo tiene divirtiéndose; y dudo mucho que en otra región de nuestra península, ni aun en la misma Andalucía, haya una población que con más calor y entusiasmo se entregue a las expansiones de un día de fiesta.

Concha.— La alegría del bilbaíno es ruidosa y atropellada, sus cantos frenéticos, su embriaguez más estrepitosa que agresiva. En las huelgas de los días festivos, el bilbaíno de la clase baja se embriaga con *chacolí*, un artículo de producción local —lo conoce claro— más parecido al vinagre que al vino. La sidra, o sea vino de manzanas, añade sus efectos a los del ácido chacolí y con uno y otro ingrediente se ponen aquellas honradas cabezas en un estado de febril e insana jovialidad.

Galdós.— Quién no conoce el *chacolí* querida amiga.

Concha.— Hay que confesar que los bilbaínos, al *intoxicarse* de esta suerte, permanecen tan bonachones e inofensivos como en estado normal. Todo se reduce a gritar mucho, a lanzar al aire exclamaciones que parecen cohetes al agitarse sin cesar en frenética danza. Las pendencias resultantes de esta disposición especial del temperamento no toman nunca un carácter sensible; la sangre no corre; las navajas no salen a terminar una contienda empezada con las lenguas, y al fin todo es paz, volviendo los hombres al trabajo con el pensamiento de armar otro jaleo mejor el próximo domingo.

Galdós.— Los bilbaínos no suelen disimular el engreimiento que emana de su riqueza y de las extraordinarias ventajas de aquel suelo. Verdad es que el éxito no ha dependido solamente de las condiciones naturales del país, sino que buena parte de él es debida a las aptitudes de la raza, por lo cual aquel orgullo resulta legítimo. Él ha sido



quizá el impulsor de empresas industriales que en sus comienzos parecían temerarias, y por él los habitantes de la *California del Hierro* han vencido dificultades que en otro país y entre otra gente habrían sido insuperables. Aun mucho antes de que la explotación minera tomase en este país la importancia que hoy tiene, el comercio bilbaíno era considerable y las naves del Nervión se habían familiarizado con los mares más remotos. ¿Quién no sabe que al antiguo y afamadísimo consulado de Bilbao debemos quizá lo mejor de nuestra legislación comercial? Hoy, al lado de la minería, la industria metalúrgica adquiere carta de naturaleza en este suelo. Los altos hornos de Mudeña y los grandes talleres de Ibarra son establecimientos de tal magnitud, que nada tienen que envidiar a sus equivalentes de Inglaterra y Alemania.

Concha.— También nos hemos envanecido mucho los bilbaínos de la resistencia que nuestra querida villa ha sabido oponer en memorables ocasiones a las tropas carlistas.

Galdós.— Los apretados sitios que Bilbao ha sufrido le valieron el dictado de *invicta* que lleva en su escudo. Una gran parte de la población profesa opiniones liberales, y ninguna de las capitales vascongadas es tan odiada y execrada de los campesinos como ésta. Tomarla fue el principal empeño de los jefes carlistas en las dos guerras civiles. Para conseguirlo emplearon toda su fuerza, toda su astucia y aquella contumacia feroz que tan bien se aviene con la índole especial del principio absolutista. En la mente de los campesinos armados era como un artículo de fe que, tomada Bilbao, tenían en sus manos las naves de España entera. Desde que las tropas de Concha y la constancia de la guarnición del pueblo bilbaíno les obligaron a levantar el cerco, decayeron grandemente los ánimos carlistas y empezaron a disiparse las esperanzas.

Concha.— Por todas partes aparecen aquí los lugares cuyo nombre ha quedado escrito en nuestra historia, en páginas elocuentes pero que no deben, quizá, enorgullecernos por tratarse de guerras civiles. Luchana, Dandera, Muñecas, Somorrostro, nos recuerdan carnicerías horrosas y la pérdida de muchas vidas españolas. Dios quiera que en estos lugares no vuelvan a sonar otros ruidos que los de los barrenos.

Galdós.— Muy probable es que la guerra civil no se repita entre nosotros, por el cansancio del elemento absolutista, siempre vencido, y por la creciente solidez de las instituciones y prácticas liberales. Pero aún no se han extirpado los gérmenes del conflicto, como puede observar el que viaje por este país, prestando alguna atención a las cosas y a las personas. Aún hay combustible para la hoguera: aún domina el clero los corazones abrazando y conteniendo en apretada muralla toda la población rural. Y si el absolutismo ha perdido aquí terreno, a causa de los repetidos desengaños, el resentimiento que a dejado tras sí la abolición de los fueros devuelve su calor y su fiereza a las almas que parecían dispuestas ya a amansarse y enfriarse.

Concha.— Felizmente el espíritu de cultura que reina en las capitales es un baluarte contras las acometidas teocráticas. Si Bilbao sufre un tercer sitio tampoco será tomado, aunque se aúnen contra ella la guerra y el fanatismo, todos los fusiles y todos los rosarios de Carlos VII. Y por cierto, ¿por qué ese empeño en Santander si tanto le gusta Bilbao... San Sebastián.

Galdós.— Con respecto a Santander, le diré que esta región y las que siguen por Occidente a lo largo de la costa, es decir, Asturias y Galicia, son las más pacíficas de la península, las más sufridas y también las más discipli-

nadas, administrativamente hablando. En casi todas las provincias que se extienden desde los límites de Vizcaya hasta el Miño, dominan las ideas liberales; las contribuciones se pagan con la mayor puntualidad posible, lo mismo en sangre que en dinero, y las algaradas revolucionarias son insignificantes o nulas. La historia política en esta región es poco abundante en emociones, y nuestros gobernantes no tendrían tantos quebraderos de cabeza si no hubiera en España más que montañeses, asturianos y gallegos, porque seguramente vivíamos entonces en el mejor de los mundos posibles. Importantes industrias dan vida a las poblaciones de toda esta costa; aunque aún no se halla llegado a un grado de potente desarrollo, el camino está abierto para ello. La agricultura es pobre; pero la ganadería da buenos rendimientos; el comercio toma de día en día mayor vuelo y la minería no le va en zaga.

Concha.— La cultura general está más extendida que en ninguna otra región de España y la instrucción popular es aquí una realidad.

Galdós.— Pero lo característico de estas provincias es la virtud prolífica de su raza, la extraordinaria fecundidad de las mujeres, el progresivo aumento de la población. Esta crece de tal modo, que no pudiendo sostenerse en el estrecho suelo en que ha nacido, se derrama fuera de él, se esparce y va a buscar medios de vida en países lejanos, determinando esas corrientes de emigración que tanto han dado que hablar y de las cuales quiero yo decir también alguna palabra.

Concha.— ¡Ay, maestro, las emigraciones!

Galdós.— Generalmente, se habla mal de las emigraciones menos yo, claro. El patriotismo local ha agotado en

contra de ellas todo el vocabulario de los términos ampulosos y lacrimatorios. Yo creo que las emigraciones son convenientes y que no debemos quejarnos de que nos toque una parte tan considerable en las pérdidas de población anualmente sufre Europa.

Concha.— Pues si estas corrientes no fueran a crear riqueza en regiones apartadas, ¿de qué vivirían el comercio y la industria europea? El movimiento de emigraciones es tan antiguo como la historia, y con él se enlazan maravillosamente los más grandes progresos de la humanidad.

Galdós.— Concretándonos a nuestras poblaciones cantábricas, que son las que dan más contingente a las repúblicas americanas, vemos que gran parte de la prosperidad y del bienestar que hoy gozan estas nuestras provincias se debe al retorno de capitales. Porque en esta emigración cantábrica hay que notar un fenómeno que suministra argumentos para su defensa. El emigrante montañés, asturiano o gallego, conserva siempre un vivísimo amor a su país y durante su vida de fatigas alienta la esperanza y el deseo de volver a él y establecerse en su villa o aldea natal. Muchas realizan ese deseo y así vemos por todas partes, desde aquí al Miño, irrevocables testimonios de que se ha realizado bien. Innumerables son las casas de campo que en todo este país declaran la repatriación de las personas y la introducción de grandes y pequeños capitales. Multitud de negocios, multitud de industrias se sostienen con dinero de indianos y en las poblaciones del litoral hay buen número de estos señores que hacen vida cómoda y patriarcal, algunos trabajando hasta la vejez.

Concha.— Como usted retrató en *El abuelo*.

Galdós.— Sí, supongo que sí. Es curioso observar los distintos países a que con preferencia se dirigen las corrientes de emigración cantábrica. Los montañeses tienen especial querencia por Cuba y Mejico. En esta República es tal el número de montañeses, que las principales casas comerciales de la capital y de Veracruz. Los asturianos se reparte entre las Antillas y las republicas hispanoamericanas. Los gallegos van de preferencia al Uruguay y a Buenos Aires y los vizcainos parece que tienen especial cariño a Chile y el Perú. No es de nuestra incumbencia hablar de los beneficios que estos diferentes países pueden recabar de las remesas de ser humanos que les hacemos anualmente.

Concha.— Tan solo nos corresponde juzgar las emigraciones desde el punto de vista puramente español y señalar el fenómeno extraño de que las provincias cantábricas, que son las más señaladas por la cuantía de las exportaciones de hombres, son al mismo tiempo las que tienen una población más densa.

Galdós.— Pontevedra, que ocupa lugar preferente en nuestra estadística demográfica, está tan poblada como las regiones más ricas de Bélgica. Si la verdadera riqueza de un país consiste en su población, fuerza es confesar que las emigraciones no dañan de un modo ostensible el capital de vida humana que ha creado allí la fecundidad de la raza, lo apacible del clima y la fertilidad del suelo.

Concha.— ¿Y por qué no veranea en San Sebastián?

Galdós.— Con respecto a San Sebastián le diré que la importancia de esta ciudad, como residencia de verano es tan grande, que bien merece el nombre *de capital canicular de las Españas*, que algunos le han dado. Durante

los meses de julio y agosto esto es un Madrid marítimo, un Madrid sin calor, rodeado de agua y de praderas. Lo que principalmente identificas a la hermosa ciudad guipuzcoana con la histórica villa es el vecindario que la habita en esta época, el cual es enteramente madrileño. En el boulevard y en el café se ven las mismas caras que hemos visto en Madrid durante el invierno. Esta inmigración enorme ha traído, con las fisonomías, las costumbres metropolitanas, aquella alegría de Madrid, que es como si la población estuviera en perpetua feria; ha traído las diversiones y espectáculos, los teatros, circos y conciertos. Para que nada falte, Madrid se trae a San Sebastián sus toros y toreros, y las corridas que aquí se dan compiten con las famosas de allá en la temporada de primavera. Y por fin la capitalización de esta ciudad queda rematada con el hecho de trasladarse aquí todos los políticos a continuar los manejos interrumpidos por la clausura del Congreso.

Concha.— ¿Y qué encuentra el madrileño aquí?

Galdós.— El madrileño encuentra aquí su pasear eterno, sus cafés poblados de gente, sus reuniones agradabilísimas, sus teatros, conciertos y ejercicios ecuestres, sus toros, y , por último, lo que allá se llama ampulosamente los *Círculos políticos*. Suelen éstos componerse de algún aburrido ex ministro, de algún directo en plena posesión de la nómina, rodeados ambos de una pequeña corte de secuaces, generalmente gente holgazana e inútil para todo, como no sea para la intriga. Otras veces componen los tales círculos algunos señores disponibles, procedentes de la respetable clase de abogados sin pleitos o médicos sin enfermos, y dánles fuerza e interés los cesantes, que a todo Círculo de estos se arriman para desembuchar el fárrago de sus agravios.

Concha.— San Sebastián gana lo indecible con esta ventaja de los círculos políticos de verano, pues aunque muchas tituladas eminencias y aun algunos jefes de partido veranean en los pueblos franceses de la frontera, las excursiones a España son frecuentes, y San Sebastián es un teatro constante de conferencias, aproximaciones, almuerzos políticos, comidas trascendentales y meriendas demoledoras.

Galdós.— Para expresar una opinión sobre el pueblo guipuzcoano es necesario dividirlo previamente en dos grandes grupos o secciones: los habitantes de la capital y los de campo. No haciendo esta distinción, que debe extenderse a todo el país vascongado, es fácil incurrir en injusticia. Más, separados los dos grupos o castas, ya podemos poner libremente nuestras simpatías en los habitantes de San Sebastián, quedando todos nuestros anatemas para la población rural, a quien debemos dos cruelísimas guerras civiles en lo que va de siglo.

Concha.— Todo lo que digamos en elogio de la cultura, del espíritu ampliamente expansivo y liberal que constituyen con otras cualidades, el carácter de los guipuzcoanos de la capital, resultaría pálido al lado de la verdad. En cuanto a los rurales, han hecho demasiado daño a nuestro país para que podamos mirarles con simpatía, aunque no podemos negar que atesoran virtudes y prendas de valía.

Galdós.— El vascongado es trabajador, leal, honrado, buen soldado y mejor marino, prodigio de constancia, o, hablando más propiamente, de tenacidad; pero la facilidad con que se enciende su espíritu en pro del absolutismo y la prontitud lamentable con que se arma en su defensa, le hace descender forzosamente en la escala de nuestra admiración. País es aquel de grandes errores y

cuna de formidables caracteres. Dudo que en la historia toda se encuentre un ejemplo de constancia y de firmeza moral comparable al de San Ignacio de Loyola.

**Aparecen en la escena máscaras y ruido de carnaval. Se une a la conversación don Ramiro de Maeztu dirigiéndose a Galdós agitando las manos. Cuando entra besa la mano de Concepción Catalá (Concha) y con mucha animación cambia la conversación**

Maeztu.— ¡Buenos días maestro! Vengo de la calle...no puede imaginar usted la espantosa manifestación que me he encontrado en la calle...no se podía ni andar ¡carnavales! ¡Pero es que todavía continúa esa espantosa costumbre!

Galdós.— No puede quedar duda ya de que el Carnaval está en decadencia horrible. El Carnaval se va, desaparece, entra en la historia de las humanas locuras, dejando huella de su borrascosa existencia en la pintura y en los teatros. En las costumbres pocos rastros quedarán, porque las bromas se dan ya sin careta, y el pedazo de cartón o tela, que tan imperfectamente imita la fisonomía humana, no sirva ya para nada. Es tontería sofocar nuestra respiración para decir cosas que podemos decir a cara descubierta, sin que nadie se escandalice. Las bromas de mal gusto no se admiten ya ni con antifaz. Favorecen poco a quien las da, aunque no se le conozca, y la vocecilla atiplada resuena mal y antipáticamente en todos los oídos.

Maeztu.— Bien mirado, el Carnaval es una cosa infantil, diversión propia de sociedades primitivas e inocentes, y ahora nos pasmamos de la buena fe con que nuestros



abuelos lo tomaban en serio y de lo mucho que se divertían con las máscaras.

Concha.— Cuando la chismografía no había encontrado en la Prensa un órgano eficaz, debía de ser sabrosísima practicada detrás de un cartón, desfigurando la voz; cuando los grandes centros de población no existían, debía de ser muy grato el hacerse el desconocido y hablar con una persona, gozando en la confusión de ella por ignorar quien le dirigía la palabra. Hoy pasamos constantemente junto a millares de personas para las cuales somos tan desconocidos como si lleváramos el rostro tapado.

Galdós.— Del Carnaval antiguo no quedan sino restos, tradiciones que se pierden de día en día en el tumulto de la renovación social. Sólo visten ya de máscara los niños y algunos infelices individuos de la clase popular, aquellos para lucir sus gracias, éstos para pedir en bulliciosas comparsas y divertirse a cosa del prójimo.

Concha.— (*Riendo.*) La careta es más rara cada año, pues los niños no se la ponen. Sus mamás les dan colorete, o les pintan bigotes con corcho quemado; y la gente de baja estofa, sea por comodidad o por economía, se disfraza la cara tiznándosela con almagre o betún. Lo que menos importa ya es que no le conozcan a uno. Basta para el fin carnavalesco con tomar el aspecto más mamarracho que se pueda lograr, y lo demás lo hacen las borracheras, los gritos, las groserías, la fatiga del baile y del canto. Nada más curioso y digno de estudio que las infinitas maneras de divertirse que hallamos en la especie humana.

Maeztu.— No me digan que no es de Carnaval el conflicto de la isla de Perejil

Galdós.— Estamos de vena en conflictos internaciones desde luego, y de tiempo en tiempo nos salta una cuestión por cualquier territorio abandonado. Ahora el padrastro que nos ha salido es la Isla de Perejil, para todo el mundo desconocida. Hállase ésta, que no vacilamos en llamar posesión española, en la costa de África, entre el Peñón de la Gomera y Melilla. Es completamente árida e inhabitable; pero si el olvido en que estaba ha cesado desde el momento en que la cuestión africana obliga a todas las naciones a no descuidar los sitios de importancia estratégica en la costa marroquí. La Isla del Perejil puede tener valor desde este punto de vista, y el Gobierno español ha decidido poner en ella un faro en beneficio de la navegación mercante.

Concha.— Ah, pues no sabía nada.

Maeztu.— Sí querida amiga, además resulta que ni Marruecos ni las demás naciones que allí están representadas se hallan conformes en que sea indiscutible nuestra propiedad del tal islote, y por de pronto, Mohamed Torres, ministro del Sultán, ha hecho ocupar la isla por tropas marroquíes, con asentimiento del representante de España, señor Diosdado.

Galdós.— Veremos si esto nos trae un nuevo conflicto. Sensible sería, porque la isla no vale un bledo, y no nos conviene armar camorra por un peñón árido que ni como punto estratégico nos valdría para nada, porque nosotros no lo habíamos de fortificar, ni podemos hacerlo desahogadamente, teniendo pendientes tantas obras de esta clase para cuya terminación no nos bastan los recursos ordinarios de nuestro presupuesto.

Concha.— El caso es que en Ceuta no se ha hecho gran cosa, y Tarifa y Algeciras están como el siglo pasado.

Galdós.— En cuanto a Ceuta, gana terreno la idea de quitar de allí el presidio y dar a la plaza el carácter de plaza de guerra y comercia, como Gibraltar. Para esto se necesita hacer un puerto que, al propio tiempo que responda a las necesidades mercantiles, pueda servir de refugio a los buques de guerra de mayor porte, y al mismo tiempo fortificar a la moderna la posición con potentes baterías bien defendidas, poniéndolas a cubierto de todo ataque por mar y por tierra. Con esto y con hacer en Melilla lo que se pueda, estaríamos bien preparados para que la cuestión marroquí y todos los problemas del Estrecho no se pudieran resolver sin nuestra aquiescencia.

Maeztu.— Además queridos amigos del Carnaval perejilero y otros asuntos parlamentarios y políticos que muestran la casa de los horrores que es nuestra España querida, vienen las Cuaresmas. Tengo una vecina que ayuna mucho antes de que empiece tan sagrada temporada.

Concha.— Las actrices, queridos amigos, estamos exentas de esos ayunos. ¡Qué sería de la vida cultural de nuestro país si nos pusiéramos a ayunar los actores!

Maeztu.— Cuaresma y primavera, ayuno y buen tiempo, crecimiento de días y disminución de espectáculos públicos, más paseos y menos veladas, funciones de iglesia, preparativos de las de toros; todo esto y aun algo más nos trae el mes de marzo. Tiene este dichoso mes fama de inconstante, de ser muy dado a los vientos, que es como darse a los demonios; de ser frío y caliente, húmedo y seco, de reproducir, a veces las cuatro estaciones en el breve término de un día. Las beatas le tienen mucha ley por ser el mes de San José, uno de los santos más populares y más festejados, y como caiga en él la Semana Santa bien se puede asegurar que es el mes favorito de la

gente de iglesia. En cambio, los cazadores le miran de reojo, y, si en su mano estuviera, le borrarían del almanaque, porque en él empieza la veda y tienen que dar de mano a su pasatiempo favorito.

Concha.— Buen mes este de marzo muy emblemático para usted como se puede ver.

Galdós.— Si he de decir verdad, la penitencia que caracteriza a la presente época, es poco más que un nombre vano. Los ayunos escasean más cada día, y no son tan crueles y despiadados como antaño. Se me figura a mí que en esto del ayuno hay mucho de imaginación, y que algunos que pasan por mortificadores de sí mismos, lo que hacen es variar la buena vida que se dan, conforme lo recomienda la higiene. La fe, estas cosas de la mesa, ha sufrido relajaciones extremadas; personas de mucha devoción no acaban de convencerse de que sea santidad comer langosta en vez de perdices, y de año en año se hace camino y lleva trazas de hacerse dogmático el dicho aquel de San Francisco de Sales, de que *lo que entra por la boca no daña el alma*.

Maeztu.— Este era hombre que lo entendía.

Concha.— Por de pronto a la iglesia se debe el grandísimo incremento del comercio de pescado en estos cuarenta o más días desde la Quincuagésima a la Resurrección.

Galdós.— Madrid, distante del mar unos quinientos kilómetros por la línea más corta, es buena prueba de esto. Su mercado está todo el año tan bien surtido como los de las ciudades de la costa, y en esta época mucho mejor que todas ellas. La rapidez y multiplicidad de las comunicacio-

nes permite al comercio de pescado fresco reunir aquí los productos de a la industria marítima en toda nuestra extensa y rica costa. El Mediterráneo y el Océano nos son tributarios por igual y nos envían sus variadas especies.

Maeztu.— Madrid recibe diariamente las finas merluzas de Laredo y Santander, las angulas de Bilbao, los percebes, calamares y maganos de toda la costa cantábrica, los congrios, los besugos, el aristocrático salmón, la popular sardina, todo según su tiempo. Galicia, comunicada ya con el centro por ferrocarril, nos envía ricos peces y, además, magníficas ostras.

Concha.— ¡Jesús, María y José!

Galdós.— Cádiz manda sus afamadas pescadillas; el Puerto, sus bocas, y Málaga, sus boquerones. Alicante, Cartagena y aun Barcelona no se quedan atrás en este tributo que el mar rinde a la que fue su señora, la histórica y antes poderosa Castilla. Lisboa y Oporto también envían pescado a Madrid. Francia envía ostras y langostas, y en algunas épocas se ha traído salmón fresco nada menos que de Inglaterra.

Hemos de confesar con pena que la base de la alimentación de vigilia, lo que constituye el consumo popular nos viene del extranjero.

Maeztu.— Es este el tributo pesadísimo que desde tiempo inmemorial pagamos a Noruega, nuestra abastecedora del pescado barato. Ella nos da el bacalao, ese tasajo de los mares y nos lo da en cantidades fabulosas, a precio ínfimo. Se ha arraigado de tal modo en nuestro país, en todas las regiones y en todas las clases la costumbre de comer esta sabrosa merluza seca, que, si a los noruegos les diera de repente por no pescar, tengo para mí que

habría entre nosotros una crisis alimenticia con síntomas revolucionarios.

Galdós.— El bacalao es, para las clases rurales de España, tan necesario como el pan.

En muchas provincias es la única sustancia azoada que comen y a ella debe su nutrición vigorosa, tráenlo a nuestros puertos fragatones enormes, a granel, como montones de tabla o fardos de cueros. Está gravado en nuestro arancel con derechos crecidos, y es uno de los artículos que en el lenguaje financiero se llaman *de renta*, por los pingües rendimientos que da alas Aduanas. Los puertos por donde principalmente se importan son los de Bilbao y Santander en el Norte, y los de Alicante y Barcelona en el Mediterráneo.

Concha.— ¡Vaya con los hombres! Cuánto saben.

Maeztu.— Se ha hablado muchas veces aquí de redimir a nuestro país del tributo enorme que, con este comercio, paga a las industrias de Noruega, Escocia y Banco de Terranova. Las pesquerías establecidas en las Islas canarias para explotar los riquísimos criaderos de la costa occidental de África, han obedecido a este pensamiento. Hay allí gran riqueza y variedad de peces; no es difícil extraerlos del mar en grandes cantidades; pero la conservación ha ofrecido siempre dificultades. En aquellas latitudes no se puede tener la colaboración del aire frío y penetrante del Norte que seca el pescado y lo pone como una suela.

Galdós.— Sí, se han ensayado diferentes procedimientos, todos sin resultado. No hay medio de secar y endurecer el pescado, disponiéndolo para el transporte fácil y barato. Se necesitan embalajes, salmueras, congelación artificial o bien extracción de aire, todo lo cual es enredoso, costoso y lento.

Concha.— En cambio, los noruegos extienden su pesca sobre los prados, y el aire se la prepara para la exportación, convirtiéndola en tablas, que llevan a donde quieren sin entorpecimiento alguno.

Maeztu.— Los distintos fracasos sufridos por las compañías de pesca en Canarias —querido amigo— no han acobardado a los que ven en ella un negocio de primer orden bajo el doble punto de vista industrial y comercial. Actualmente se hacen nuevos ensayos, y esperamos que al fin tanta constancia será coronada por el éxito.

También se ha hablado aquí de traer, para alimento de nuestras clases populares, carne de buey en las mismas condiciones de comodidad y baratura con que viene la merluza seca del Norte. Dicho se está que este comercio no podría hacerse sino con las Repúblicas Argentina o del Uruguay, productoras en gran escala de ese *bacalao de toro*, que sería el más popular de los comestibles si se hallara medio de traérselos a España y de hacerlo probar a los habitantes de las comarcas que hoy pagan a Suecia y Noruega sumas fabulosas por el suministro de *tasajo de los mares*.

Galdós.— Volviendo a las penitencias, diré que están en grandísima decadencia. Dudo mucho que exista hoy nadie que se alimente en estos días con puras yerbas; y si alguno lo hace es por necesidad antes que, por virtud, y porque los tiempos calamitosos que corremos imponen a ciertos cuerpos provaciones que no tienen nada que ver con la doctrina cristiana. El arte culinario, obra si duda del mismo Satanás, ha inventado para estos días refinamientos hipócritas, apropiados a la letra, mas no al espíritu de la Ley Sagrada. Y cuenta que, o mienten las crónicas gastronómicas o tales refinamientos han sido invención de frailes y mojas.

Maeztu.— En las cocinas de esas casas de penitencia han nacido las mil donosas invenciones que, en platos de pescado y platos de dulce, envanecen a la culinaria de nuestros tiempos empecatados. La comida de los pobres en Jueves Santo ha sido siempre de las más sibaríticas. Los que se han podido ver palacios episcopales han dado la norma a los palacios de los Reyes, éstos la han dado a las clases aristocráticas, y, por último, las fondas y *restaurants*, tomando lo bueno de aquí y de allí, aprovechado lo frailuno y lo palatino, han concluido por echar a rodar el dogma. La humanidad es siempre la misma. La gula varía de forma, pero es siempre vicio capital y, por tanto, inherente a nuestra flaca naturaleza.

Concha.— Pareciera que fuéramos unos conspiradores..(ríe.) no me extraña querido Ramiro que se hayan granjeados los dos la enemistad de todo tipo de clero, clerigayas y plañideras.





## XVII

### Vagabundeando, flaneando con las mentes

*H*ace mucho tiempo empezó don Benito a sentirse mal de vista, pero para no llevar la intranquilidad a su familia, y creyendo, quizás, que la dolencia no progresaría, ocultó su enfermedad durante lo menos dos años. Abstraído por el trabajo, se olvidó de su salud, y cuando, más tarde empezaron las cataratas a poner obscuridades en su vista, tampoco se decidió a declararlo, sin duda porque la luz que constantemente brilla en su espíritu le traía visión más intensa del mundo que la que poco a poco se iba apagando en sus ojos. Y de tal forma puso empeño en ocultar su mal, quizás porque su temperamento animoso no sabía ni quería rendirse ante una manifestación del infortunio, que aun en los momentos en que veíase precisado a abandonar momentáneamente el trabajo por falta de vista, no declaraba que su determinación obedeciera a la cruel dolencia. Algunas veces,

cuando, corrigiendo pruebas, se veía obligado a cesar en la labor, e sus labios no salían más palabras que éstas, dirigidas a su secretario pablo Nougués: «Abora continúe usted». Mas un día el doctor don Gregorio Marañón, descubrió la enfermedad que padecía el maestro, y enteró a la familia. Esta se lo comunicó a don Manuel Tolosa Lator, médico de la casa, y este doctor ilustre se puso a habla con el eminente oculista don Manuel Márquez para estudiar la forma de poner remedio a la dolencia de don Benito. Y aprovechando una tarde un rato de conversación con el maestro, el doctor Tolosa le hizo ver la necesidad en que se encontraba de ponerse en cura y Galdós accedió a ello. Entonces comenzó a visitarle el señor Márquez y días después, el 25 de mayo de 1911, en el despacho del maestro, en su casa de la calle de Alberto Aguilera, se le practicó la operación de extirparle la catarata del ojo izquierdo, operación que soportó con gran entereza, y que se le debió hacer un año antes, pues el mal estaba ya extendido de una manera excesiva. Los hermanos Tolosa Lator, presenciaron la cura que duró cerca de media hora, en lugar de los contados minutos que se tarda en realizar esa clase de operaciones, por las adberencias que tenía la catarata. Se le quedó dentro un pedazo de cristalino, que no fue posible extraer, y esto le produce la ceguera del ojo izquierdo. El doctor Márquez espera, sin embargo, devolver la luz a ese ojo, y cree que recobrará la vista por reabsorción del cristalino que se le quedó dentro, o mediante una nueva operación a que ha de someterle, y que llaman la iridectomía.

Pero mientras ocurría lo que dejamos relatado, se le formó otra catarata en el ojo derecho, y con este motivo ha ido Galdós perdiendo la vista hasta el punto de que no ve nada.

En las primeras conferencias que celebramos con don Benito, todavía quedaba en sus ojos algo de luz y veía,

*aunque muy poco. Mas con tristeza grande fuimos observando en sucesivos días que sus ojos se apagaban y hoy tenemos que consignar. Quédanos, afortunadamente, a todos los que a don Benito queremos y admiramos, una balagadora esperanza a la que da fortaleza el autorizado juicio del doctor Márquez.*

*Dentro de poco tiempo, estará Galdós en condiciones de ser operado nuevamente, y confía, con fundamento, el citado oculista, en lograr devolver la luz a los ojos enfermos del gran maestro.*

*Ese día será el día de júbilo para todos los buenos españoles, para los que aman a Galdós, para los que admiran su obra maestra, para la nación entera que ve don Benito una de sus más legítimas glorias y uno de sus hijos insignes.*

### **Sale a escena José Estrañi**

Estrañi.— Hoy precisamente querido Benito (*tomando una gran cerveza*) he estado hablando con uno de los de su «cofradía» política el tremendo problema que es para nuestra sociedad, la cesantía. La figura del cesante es de las imágenes más tristes que imaginarnos podamos. Querido amigo, qué bien, qué genio es usted retratando esa figura en su obra *Miau*, y encarnando los caracteres de su don Ramón de Villaamil.

Galdós.— (*Bebiendo la suya.*) Bajo esta denominación tan lacónica como expresiva, El cesante, se comprende toda una clase social, clase que se extiende desde las más altas a las más humildes categorías, que en todas ellas tienen individuos con muy diferentes fisonomías, aunque algo hay siempre que los unifica, el rasgo común, trazado por la desgracia, el sello de la inmensa familia.

Estrañi: Mire con qué maestría describe usted al mejor cesante nunca retratado, el Ramsés, el tigre, nuestro Villaaamil: «De aquellas célebres mesas habían salido ya un ministro, dos subsecretarios y varios gobernadores. Aunque era amigo de algunos, no quiso Feijoo acercarse, y se fue a una mesa lejana. Junto a él, los ingenieros de Caminos hablaban de política europea, y más acá los de Minas disputaban sobre literatura dramática. No lejos de éstos, un grupo de empleados en la Contaduría central se ocupaba con gran calor de pozos artesianos, y dos jueces de primera instancia, unidos a un actor retirado, a un empresario de caballos para la Plaza de Toros y a un oficial de la Armada, discutían si eran más bonitas las mujeres con polisón o sin él. Después llamó la atención de don Evaristo la facha de un hombre que iba por entre las mesas, el cual sujeto más bien parecía momia animada por arte de brujería. «Yo conozco esta cara —se dijo Feijoo—. ¡Ah! ya; es el que llamábamos Ramsés II, el pobre Villaaamil que sólo necesita dos meses para jubilarse.» Acercóse tímidamente este desgraciado a Villalonga, que ya estaba levantado para marcharse; y en actitud cohibida, echando los ojos fuera del casco, le habló de algo que debía de ser los maldecidos dos meses. Jacinto alzaba los hombros, respondiéndole con benevolencia quejumbrosa. Parecía decirle: «¡Yo, ¡qué más quisiera...! He hecho todo lo posible... Veremos... he dado la nota... Crea usted que por mí no queda... Si, ya sé, dos meses nada más...» Un instante después Ramsés II pasó junto a don Evaristo, deslizándose por entre las mesas y sillas como sombra impalpable.

Galdós.— Bueno quise introducir este cesante en *Fortunata* hacia el final si no me equívoco. Después me centré por entero en desarrollarlo del todo en *Miau*. Gracias por recordarme. La política ha engendrado este tipo; si bien nuestro siglo, exclusivamente político, ha tomado su mayor desarrollo, también existió en pasadas épocas.

Estrañi.— Es usted un genio del retrato de personajes universales, amigo. Empleados hubo antaño; cesantes y por tanto pretendientes que fueron nuestros antepasados, pero el mal (que por mal hay que tener la carencia de medios de vivir) era entonces de carácter esporádico, no presentándose con carácter epidémico y asolador hasta que empezaron con tanto estruendo y saña las luchas políticas del siglo en que nos ha tocado vivir.

Galdós.— Al pintar el cesante, tengo que recorrer toda la escala. Cesante es el exministro, personaje de pretensiones que ha ocupado por más o menos tiempo uno de los siete puestos supremos de la administración. Cesante es el vigilante de consumos, expulsado del Cuerpo por capricho gubernativo. Entre aquel grande hombre caído y este infeliz, que pierde la pitanza, hay algo de común, el aire de familia, la desesperación y la inquietud. Se parecen en la febril ansiedad que les produce el recuerdo del bien perdido y en los esfuerzos por recobrarlo. Entre ambos términos de la escala, ¡qué variedad de tipos dentro de los caracteres inalterables de la clase!

Estrañi.— La borrascosa vida política de este siglo, en que ha sido preciso destruir todo lo antiguo para edificar una sociedad nueva, es la verdadera generadora del cesante. En los tiempos en que la lucha era encarnizada, cada cambio político se traducía por un cataclismo social, con estruendo de gemidos, imprecaciones, ayes de dolor. Era algo como un desastre colosal, ocasionado por desórdenes graves en la Naturaleza, un terremoto, inundaciones, pestes. Se cambiaba todo el personal de la administración, desde el ministro al último escribiente llamaban a esto «racha». No se libraba nadie.

Galdós.— El clamoreo de las enormes masas de cesantes entristece la vida social, sin que neutralizara este lúgubre efecto el júbilo de los triunfantes, que después de largo ayuno se sentaban a la mesa del presupuesto. Innumerables familias quedaban en la miseria, la cual, no por ser disimulada con oropeles y aparatos fingidos de bienestar, era menos triste. Empezaba entonces una temible lucha por la existencia, pues el cesante de la administración no puede, ni sabe, ni quiere allegarse otras maneras de vivir. No ve la vida más que en la nómina, y cuando la nómina se acaba todos los horizontes se cierran para él. El período de desgracias solía ser largo. Para abreviarlo, unos se dedicaban a conspirar; otros, dotados de gran flexibilidad política, a pretender de nuevo.

Estrañi.— Convengo con usted que ya en los tiempos, suavizando las costumbres políticas, han modificado este quita y pon del personal administrativo. Ya no hay «rachas». Liberales y conservadores respetan a muchos empleados, y el cambio inevitable es para los de carácter político: gobernadores de provincia, directores generales, subsecretarios. Hoy el número de cesantes ha disminuido notablemente; ya no se ven, como antes, aquellas partidas que ocupaban una fila de mesas en los cafés más céntricos; ya no se oye aquel clamor jeremíaco que ponía los pelos de punta. Pero entonces, como ahora, el cesante es un individuo que se cree desposeído de algo que le pertenecía por derecho de propiedad; un hombre que cuenta sus cuitas, creyendo interesar en su favor a la humanidad entera, y que no vacila en procurarse el apoyo de cuantos pudieran de cerca o de lejos favorecerle.

Galdós.— El cesante famélico, el que se presenta como ánima en pena, solicitando juntamente con la recomendación para el ministro un socorro para atender a las nece-

sidades de su familia, existe siempre. Pero hay que ponerse en guardia contra estos tipos, porque los hay falsificados, es decir, que más de un perdido toma el nombre de la administración para salir de apuros. El cesante que os cuenta con enojosos detalles la ingratitud del ministro, y con enojosos detalles la ingratitud del ministro, y la epopeya de una larga carrera burocrática, recompensada infamemente con una expulsión vergonzosa, es también muy común, como lo es el cesante proyectista y salvador de la Hacienda, en la cual ha servido veinte o treinta años, y que se deja decir que el ministro no nivela el presupuesto porque no quiere.

Estrañi.— Bueno, bastaría para conseguir el supremo fin llamar a él y oír de sus labios la revelación de un secreto administrativo con el cual se saca dinero de las piedras. No una, sino muchísimas veces he oído al cesante arbitrista vanagloriándose de poseer la clave de la Hacienda. Se precia de saber que hay infinidad de propietarios que no pagan contribución, y de poseer las pruebas de estas y otras ocultaciones. Guarda papeles importantes, por los cuales se descubre en un periquete un sinnúmero de millones de riqueza escondida. Y por añadidura ha discurrido el hombre un plan completo de reforma de los impuestos, con el cual se llenan las arcas del Tesoro, sin que se incomoden los contribuyentes.

Galdós.— ¡Lástima que el ministro ignore todo esto! ¡Lo que se pierde su excelencia por no tener a su lado a quien podrá salvarle del descrédito y asegurarle en la poltrona por incalculable tiempo! Pero el ministro, aunque por diferentes conductos, ha recibido noticias del inmenso favor que se le quiere prestar, continúa sordo y mudo, y el desgraciado cesante se pasea solitario y aburrido, contándole al cielo sus malandanzas, y consolándose de ellas con el



recuerdo de Colón, con quien cree tener moral parentesco, porque si el uno adivinaba continentes, el otro adivina miles de millones, que andan perdidos por ahí, en las nieblas del desarreglo administrativo.

Estrañi.— La Prensa era en otros tiempos un alivio para el pobre cesante, ligado a los destinos del partido, boyante cuando éste mandaba, muerto de miseria en los días de desgracia. Verdad que en la mayoría de los casos el periódico del partido, como cesante también fuera del Poder, no podía matarle el hambre al desgraciado que en él buscaba un refugio. Pero si el cesante no cobraba o cobraba muy poco, hallábase en contacto con personalidades importantes de su bando, y prestaba servicios que el día del triunfo le serían remunerados con largueza.

Galdós.— No hay que decir que el redactor cesante, siempre consecuente con su papel de víctima, como tal se portaba en el terreno literario, y como tal escribía. Su pluma echaba veneno contra el partido enemigo y dominante; todo lo zahería y su oposición implacable no perdonaba cosa alguna. De este modo hacía méritos, manteniendo en el periódico el sagrado fuego de la indignación contra las ideas y las personas que le habían quitado el pan. He conocido en la Prensa algunos redactores cesantes, que eran los soldados más batalladores del periodismo de mis tiempos. Pero los que no eran escritores de oficio, los que vivían acogidos a la redacción como en un asilo de beneficencia, y salían el día del triunfo para ocupar un puesto en la administración, se ocupaban en escribir sobre materias a que en aquellos días se daba escasa importancia.

Estrañi.— Un cesante, infeliz, padre de numerosa prole, conocí entonces, que era uno de los hombres de mejor pasta que vivió en Madrid. Incapaz de ofender a nadie,

repugnaba el escribir de política, carecía en absoluto de malicia y de mala intención; no tenía espíritu más que para lamentar su suerte y la de sus tiernos hijos, y para suspirar por el día «en que subieran los nuestros», día que en su optimismo creía cercano, siempre que de ello se hablaba. Como no tenía hiel, le encargaban de la política extranjera, cosa en extremo fácil de tratar, pues le bastaba recorrer todos los días un periódico francés para enterarse de todo lo que ocurría en el mundo. No pudiendo indignarse con los de acá, por su excesiva mansedumbre, se indignaba con la Rusia, o con el Austria, a quienes trataba con toda la familiaridad del mundo, empleando siempre formas cortesanas con las eminencias europeas, verbigracia: «No queremos ofender a Lord Palmerston; pero la rectitud nos obliga a amonestarle...etcétera...» Era de los que a Inglaterra la nombraban diciendo siempre «el Gabinete de las Tullerías». Turquía era la «Sublime Puerta», y a Rusia se permitía mojarla con aquella muletilla de «el oso del Norte».

Galdós.— (*Riendo.*) Otros amaneramientos no podían faltar en sus soporíferos escritos, como «el egoísmo británico, la nebulosa Albión, las exigencias del Papado, etcétera. Inútil es decir que estos artículos, como muchos otros, no los leía más que el corrector de pruebas.

A otro conocí, también —por cierto— hombre de gran mansedumbre, que en las épocas de cesantía iba al periódico a escribir los artículos de Hacienda, de los cuales no se enteraba nadie. Un día y otro revolvió a Roma con Santiago, y llenaba de guarismos dos columnas de periódico, para probar, como dos y tres son cinco, que el ministro del ramo no sabía por dónde andaba, y que íbamos a la bancarrota.

Estrañi.— Ello era cosa tan clara como el agua. Desmenuzaba con acerba crítica todas las disposiciones de Ha-

cienda que traía la *Gaceta*, y todo aquel fárrago pesimista de sus artículos se le creía bajo su palabra, porque nadie en la redacción entendía jota de tan graves materias.

Galdós.— Llegaba al fin el ansiado día del cambio político y el atrabiliario hacendista y el diplomático quejumbroso pasaban a ser los hombres más felices de la creación. Se les daba su credencial, y ya no volvían a escribir de la Sublime Puerta, ni del déficit ni de nada. Del ramo de política extranjera se encargaba un meritorio, que hacía sus primeros ensayos periodísticos, y del ramo de Hacienda no se encargaba nadie, porque una vez en el Poder, el periódico del partido no volvía a ocuparse de semejante cosa, como dando a entender que todo iba bien, que el *déficit* se había convertido en superávit, y que vivíamos, financieramente hablando, en el mejor de los mundos posibles. Excuso decir que esto se refiere a una época no muy lejana, pero en la cual las costumbres políticas eran hasta distintas de las presentes. Hoy la Prensa vive con más independencia, y aunque hay diarios cuya suerte está totalmente ligada a la de los partidos, el personal de los periódicos de gran circulación goza de buenos emolumentos, y apenas se encuentran en él ni empleados ni cesantes.

Estrañi.— Un cambio político radical ayer como hoy, si bien con las atenuaciones que trae el progreso, produce en todas las clases sociales movimiento y perturbación grandes. Para unos el cambio es la muerte, para otros la vida. Los que gozaban sueldos y distinciones pasan a una oscuridad que en muchos casos va acompañada de penuria. Los que se comían los codos de hambre (pase lo vulgar de la frase) se encaraman a las alturas, rodeándose de prosperidades. Es como un cambio de caretas o caras. Las sombrías se vuelven radiantes, y las alegres y satisfechas se avinagran rápidamente.

Galdós.— En el seno de las familias se determinan profundas catástrofes y mudanzas, verdaderas revoluciones en pequeño que acusan la inconsistencia de una sociedad. En el ramo importantísimo del vestir se ven fenómenos que causan maravilla. Caballeros a quienes veíamos estirando una ropita muy atrasada de moda, se transforman en pocos días, presentándose a la admiración pública, con toda la elegancia del último figurín.

Estrañi.— Créame que en las señoras es más visible la metamorfosis. Por esta razón los sastres y modistas, que hacen su agosto cuando sube al Poder un partido en desgracia, desean que haya cambios radicales todos los meses, y esta parte de la opinión, ligada con el comercio menudo, no incluye poco en la creación de esa atmósfera de muerte que se forma al derredor de todo Gobierno que dura más tiempo del regular. Y lo regular hoy es un par de años, pues en el reinado anterior, quiero decir, en los últimos tiempos de doña Isabel II, cuatro o cinco meses se consideraban un extraño caso de longevidad para cualquier Gobierno.

Galdós.— Entre los diversos tipos de cesantes no conozco ninguno tan digno de mención como el de un individuo perteneciente al Cuerpo diplomático, que después de haber ocupado puestos de importancia en Embajadas y plenipotencias allá por los años del 60 al 70, ha caído en profunda desgracia, sin que sus gestiones y las de sus amigos hayan logrado sacarle de su mísera situación para volverlo a aquella vida esplendorosa en cortes extranjeras. Sabe llevar con dignidad su desgracia, y en la precaria existencia que va llevando con mil apuros y escaseces, conserva el vestir elegante y las maneras correctísimas. Lo más particular es que si transige con la miseria no transige con la ociosidad, y su vida es una labor continua y fatigo-

sa. Trabaja diez o doce horas cada día, y su despacho es un verdadero océano de papeles de Estado. ¿Qué hace? ¿En qué se ocupa? Pues lleva asidua correspondencia con todos los ministros de Estado de todas las naciones europeas y americanas, ha tomado sobre sus hombros la gigantesca tarea de establecer el arbitraje universal, librando al mundo de esos espantosos duelos que llamamos guerras, y trayéndonos una era de paz y bienandanza que transformará el planeta en un mundo de perpetuas delicias. Hay quien dice que ha perdido el juicio, a consecuencia del continuo pretender sin ningún fruto. En nuestras oficinas de Estado no le hacen maldito caso; pero conserva en ellas amigos que le facilitan cuantos datos necesita para a inmensa campaña diplomática humanitaria.

Todos se congratulan del acuerdo y continúan mareándole mientras come. ¡Infeliz! Es una cabeza de primer orden, perturbada por la cesantía, por una excedencia de veinte años. En este período, ¡cuántos servicios podrá haber prestado a su país! No pudiendo servir a la ingrata nación que le niega el pan, se dedica a servir a la humanidad...otra ingrata incorregible.

### **Galdós interpreta al piano a Beethoven**

Estrañi.— (*Que continúa bebiendo cerveza.*).— ¿Y qué haremos para poder soportar los próximos meses de calores?

Galdós.— En este mes de agosto los fuertes calores en que la vida física es imposible en la capital de España y en todas las provincias del centro y de mediodía, ocurre como una suspensión de la vida social. Las Cortes están cerradas y la política en vacaciones, circunscrita a las noticias telegrafiadas aquí y allá por los periodistas. En San

Sebastián, hay algo semejante a una corte, pues está allí la reina, aunque vive sin ostentación, tomando baños; allí residen muchos personajes políticos, entreteniéndose sus ocios con la murmuración; allí familias sin número, de la sociedad matritense, continuando la vida de Madrid; pero pasada por agua. Durante esta época de viajes y excursiones prescritas por la medicina o por la moda, o por cansancio de la vida sedentaria, ocurre que no sabemos el paradero de las personas con quienes nos une un lazo de amistad. ¿Dónde está Fulano? ¿A dónde ha ido a parar Zutano? A tales preguntas no es fácil contestar a veces, porque la dispersión es grande y repentina.

Estrañi.— Los esparcimientos del verano llevan a muchos a las ciudades arqueológicas. Personas hay tan escépticas, que no creen en la hidroterapia mineral, y atribuyen la virtud salutífera del verano al cambio de clima, al reposo, al sosiego del ánimo, sino que le pregunten a Tolosa Latour.

Galdós.— Suelen estos dirigirse a alguna población de esas en que hay algo que ver. A esta clase de turistas me atrevo a recomendarlos con toda eficacia que cuiden mucho de evitar al caer en manos de un descifrador de inscripciones, o de un anticuario de esos para quienes la arqueología no tiene secretos. Si al partir les ofrecen una carta de recomendación para el sabio de la localidad, guárdense muy bien de admitirla, porque en esa carta llevan la clave del horroroso martirio a que ha de someterles quien se propone hacerles admirar a todo trance mil y mil cosas buenas, bellezas que se repiten hasta lo infinito y que son todas iguales.

Estrañi.— ¿Se contentaría el viajero con ver un bonito retablo? Pues el sabio de la localidad le enseñará cuarenta

o cincuenta, y se empeñará en que admire otras tantas piedras tubulares, y la víctima acabará por maldecir las edades pasadas en las cuales recae indudablemente la responsabilidad de toda la arqueología que ahora tenemos.

Galdós.— Para mí, creo que los veraneantes más felices son los que van a los puertos del Cantábrico, pues el Mediterráneo no es un mar, digan lo que quieran, bastante fresco en verano. Anda en muchos tratos con el sol y con los ardientes vientos de África para satisfacer nuestro anhelo de frialdad tonificante. En cambio, el Cantábrico parece algunos días acabaditos de llegar del polo Norte.

Estrañi.— Dejemos esto y sigamos la pista a los bañistas de agua salada.

Galdós.— Diversos peligros amenazan a estos durante su residencia en las playas y villas costeras, y quiero precaverles contra ellos, como muy práctico en vida de bañista. Tropezarán indudablemente con personas aficionadas a la pesca, y serán fascinados por las artificiosas pinturas que les harán de aquel *sport*. No se dejen engañar, ni hagan caso de las tentadoras proposiciones de los fanáticos de la pesca, la cual viene a ser en pequeña escala, uno de los ejercicios más aburridos que existen, ya se vaya a ella con caña, ya con aparejo. ¡Ir a pescar!

Estrañi.— (*Levantando su cuarta cerveza.*) Esto fascina de un modo extraordinario al bañista de tierra adentro, que nunca ha visto las sardinas y besugos más que en el plato. Lo menos se figura él que las merluzas de a veinte libras y los corpulentos acribes están en los mares esperando que vaya un madrileñito con sus manos lavadas a sacarles del elemento en que viven. Hombre hay que en

cuanto le hablan de pesca, se entusiasma, y por la noche sueña que le muerde el anzuelo una ballena monstruosa, y que, tirando, tirando de ella consigue cobrarla, y llevársela para su casa.

Galdós.— Los inocentes que caen en esta tentación piscatoria, pagan bien cara su flaqueza, porque empiezan por marearse, y después, arrojado el anzuelo con insistente codicia, o los peces no pican, o pican para arrancar del traidor aparato el cebo y comérselo impúnemente. El pescador ocasional es casi siempre víctima de una ilusión engendrada en la prosaica vida de tierra adentro; convencido de que el mar hierve de peces grandes y chicos, tiene de la inteligencia de estos una idea completamente falsa. No cae en la cuenta, hasta que la práctica se lo enseña, de que entre mil peces hay uno solo que sea tonto y se deje coger; que, en algunas especies, bien puede asegurarse que apenas habrá algún inocente por cada millón. La pesca de altura si que despierta interés; pero ¿quién es el guapo que se lanza mares adentro, hasta veinte millas de distancia, en compañía de unos cuantos marineros, dentro de una embarcación que apesta, por estarse un día entero entre las inclemencias del cielo y la mar? Este es hermoso y rudo; pero no para estómagos delicados y temperamentos endebles.

Estrañi.— Pues a mí, la pesca de entretenimiento me ha parecido siempre una de las mayores tonterías imaginables, y no sé si el odio que sinceramente le profeso dependerá de que, en cuantas ocasiones arrojé un anzuelo al mar, no hubo un triste pececillo que me hiciera el favor de dejarse coger por mí. Confieso, además, la flaqueza de que cuando veo salir del agua al pobre animalito, enganchado horriblemente por la boca con el corvo hierro, el cual, a las veces, le sale por un ojo, o por mitad del crá-



neo; cuando le veo colear ansioso y revolverse en los horrores de la asfixia, me pongo, sin poderlo remediar, de parte de la pobre víctima y en contra del cruel verdugo.

Galdós.— De buena gana me constituiría en vengador de la inocencia, e impondría al pescador la pena de anzuelo, metiéndole un gancho por la boca y sacádoselo por mitad de la frente...¡Qué horror! No sigo, porque este sentimentalismo en favor de los peces podría parecer de mal gusto, y un alegato en contra de la valiosa industria pesquera, que debemos respetar por los intereses que representa, y por la manifiesta protección que le dispensa la Iglesia Católica. Si no hubiera pescado, no habría vigilia.

## XVIII

### Del verbo Republicar

*S*on Pereda y Galdós —escribe Azorín— cosa diferente; fueron los dos por encima de sus creencias y temperamentos, grandes y cordiales amigos; podemos, pues hermanarlos en el recuerdo y en la admiración. Galdós es más extenso y más universal; Pereda, reconcentrado, nervioso, es más artista. Tiene Galdós un aliento de humanidad y de tolerancia y de comprensión bondadosa que no tiene Pereda. Tiene Pereda una honda y penetrante sensación de las cosas que le falta a Galdós. En la vida eran también opuestos: Galdós, sereno, equilibrado, pacienzudo; Pereda febril, nervioso desasosegado. Visité a Pereda en el verano de 1905. El maestro me habló de su manera de escribir y de sus angustias una vez publicada la obra. Si Galdós trazaba línea tras línea, calmosamente, con regularidad perfecta, todos los días del mismo modo, Pereda entraba en una nerviosidad morbosa desde que principiaba a trazar un libro. Febrilmente, exaltado, exasperado, emocionado, iba escribiendo el gran maestro.

*Y esa aguda sensibilidad, esa emoción, se la comunica Pereda al lector.*

*En un informe de un consulado de España en una república americana creo que el Perú, he leído que en el país a que aludo no se lee a Galdós ni a Pereda. ¡Qué enorme yerro! Pereda y Galdós son tan grandes como pueden ser Balzac y Flaubert. U no leerlos —no leerlos quien habla castellano— es cerrarse voluntariamente una maravillosa perspectiva. Lean los americanos a Galdós y Pereda. Léanlos los españoles que residen en América. Estando esos españoles tan lejos de la patria tendrán, con un libro de Pereda o de Galdós, la patria entre sus manos.*

*Sale a escena Manuela Vico*

### **Sale a escena Manuela Vico**

Manuela.— Moda, moda, todos sabemos lo que le gustan a usted las modas, el vestir, el encopetamiento.

Galdós.— ¡*Modas de hombre!* Siempre que veo en algún periódico, al frente de un artículo de actualidad esta frase tiemblo de gozo. ¡*Modas de hombre!* Cuando la Prensa se ocupa de esta interesantísima cuestión, me digo, es que hay proyecto de reforma. Creo que de cuantos problemas agitan la conciencia humana, ninguno es tan grave como el de nuestro vestido, el más incómodo, el más antiestético y dispendioso que la humanidad haya podido inventar; y siempre que corren vientos de reforma, una dulce esperanza alienta mi espíritu.

Manuela.— Sí, en verdad causa verdadero asombro que un siglo tan práctico, que ha realizado los inauditos prodigios de la locomoción rápida, de la higiene, de las aplicaciones del fluido eléctrico, que tiende a suavizar las

asperezas de la vida y a limpiar de abrojos todos los senderos de este valle de lágrimas, no haya puesto mano en la reforma de nuestro vestir, y que en vez de simplificarlo lo complique de día en día de tal modo que no vemos ni siquiera un rayo de esperanza. Todo cae bajo la acción crítica de la innumerable falange de filósofos y sabios que tenemos para que nos ilustren sobre las diferentes cuestiones concernientes a nuestra vida física y espiritual.

Galdós.— Sobre todo, hay disputas sin término; la cuestión social, el matrimonio, la propiedad, las subsistencias, etc...de todo se habla menos del vestido, como si este fuera una obra perfecta, en la que no se debe poner mano. La humanidad gime sufriendo suplicio con los diferentes instrumentos de tortura que se llaman levitas, corbatas, pantalones, sin que salga por ahí un redentor que predique una *cruzada de ropa*. Ni aún ese odioso aparato inquisitorial a que damos el nombre de *sombrero de copa* tiene los detractores que merece.

Manuela.— La humanidad civilizada lo soporta, reconociendo su inutilidad, sin que aparezca por parte alguna el Cristo de esta redención. ¡Cuántas revoluciones se han hecho con menos motivo! La de la ropa tendría la ventaja de no ser sangrienta y en ella no se esgrimirían más armas que las tijeras ni habría más clase perjudicada que la hasta cierto punto respetable de los sastres y modistas.

Galdós.— No puede uno menos de reír al considerar cuán grotescos y desgarbados hemos de ser a los ojos de las generaciones venideras, cuando estas se enteren por las estampas de nuestras honrosas fachas. Todos los trajes de la antigüedad nos parecen bonitos. El nuestro nos parecerá seguramente horrible visto a distancia de un par de siglos. Somos, por el traje, los mayores mamarras-

chos que han visto las edades desde la famosa hoja de higuera o de parra, rudimento de vestido, que aún es última moda en algunas regiones del planeta. No hay que hablar del color de nuestras ropas, porque en esto la tontería y la insultez son el único criterio del hombre del siglo XIX.

Manuela.— Hemos proscrito el color, adoptando el negro o los antipáticos tonos de cenizas y los grises y asfáltos más feos que es posible imaginar. Gracias que las mujeres, más artistas que el hombre, han conservado el color; ustedes, preocupados tan sólo de afectar una seriedad estúpida, se forran de trapos que imitan la tierra de los caminos, el polvo y las telarañas de un desván o el siniestro pelaje del lobo y del gato montés. Hemos desterrado las tonalidades vivas, tan apropiadas a la juventud, las joyas, las plumas; nuestros mozalbetes se forran del mismo paño negro y fúnebre que reviste la personalidad del clérigo o del magistrado.

Galdós.— Sí, desde luego nos parece de mal tono la alegría y vemos en lo pintoresco un crimen contra esa gravedad asnal que queremos imponer a nuestras personas. No nos fijamos para nada en la naturaleza y despreciamos las lecciones de esta gran maestra, que nos enseña la luz, la vida, la animación; y nosotros, apegados siempre a las tinieblas, a la muerte o a la tristeza. Otras partes de la humana vestimenta son aún más absurdas. Convengamos en que nada hay más extravagante que las camisas almidonadas. Sin duda, el que las inventó debe estar en los infiernos expiando con torturas semejantes a su diabólico invento el daño que ha causado a la humanidad, porque el almidón, atiesando la tela y convirtiéndola en caparazón, nos hace crustáceos y somete nuestra pobre carne a indecibles tormentos.

Manuela.— Caprichos hay de la moda que tienen alguna defensa, ya por su relativa comodidad, ya por razones estéticas. Si le dijera yo de las mujeres...bueno que usted lo sabe mejor que nadie.

Galdós.— Lo que no puede defenderse es el cuello almidonado, con el aditamento de la inútil corbata y la insufrible pejiquera de los botoncitos y gemelos. Las maldiciones que de bocas masculinas han salido por causa de aquellas engorrosas prendas de vestir, bastarían a encanallar a las clases distinguidas de la sociedad. Puede asegurarse que de muchas blasfemias que degradan la lengua, poniendo en peligro de condenación a más de un fiel cristiano, tienen la culpa los malditos cuellos y los nunca bastante execrados botoncitos.

Manuela.— Si sólo fuera eso, qué diría si los hombres tuvieran que llevar *corset*.

Galdós.— Llegamos, por fin, al coronamiento de esta obra absurda, al sombrero de copa, que no es más que un tubo de chimenea que encajamos en nuestro cráneo para aumentar la estatura. En general, cuantos mamotretos ha inventado el europeo para cubrir la cabeza, son horribles. Si es ridículo el sombrero de copa, los de los generales no le van en zaga, y espantosos son los bonetes de los magistrados y las mitras de los obispos. El hongo, que no es más que una atenuación del sombrero alto o redondo, también debe ponerse en la categoría de los adesios. Uno y otro ofenden con su dureza, no dan sombra a los ojos, caldean la cabeza con su negrura y son de una forma antipática.

Manuela.— La gravedad del problema indumentario de nuestra época no se comprende en toda su grandeza sino

cuando se trata de determinar la revolución que Europa entera reclama. Todos estamos plenamente convencidos de que nuestro vestido no puede ser peor ni más feo.

Galdós.— Bien; hasta aquí muy bien: estamos en perfecto acuerdo cuantos sufrimos las increíbles pecheras y los insoportables sombreros de copa. Pero si el voto unánime condena el vestir actual, no hay ni asomos de acuerdo cuando se trata del nuevo traje. La dificultad del cambio es tal, que a ella sola se debe el *statu quo* que prolonga indefinidamente nuestro martirio. ¡Cuántas veces, hallándome en un círculo de artistas, les he planteado la temida cuestión! Todos convienen en que debemos vestir de otra manera. Pero ¿cómo? ¿Adoptaremos alguno de los trajes antiguos, inventaremos un traje nuevo?

Manuela.— Hay quien no acepta la reforma sino sustituyendo las actuales prendas de vestir con el traje romano. ¡Oh, aquello si que era cómodo y, al propio tiempo, elegante! ¡Quién nos vería embozados en las airosas togas, con media pierna al aire! Es cosa de morirse de risa sólo de pensarlo... Otros preconizan la trusa y el chambergo como lo más bonito y al propio tiempo fácilmente adaptable a la estructura de nuestro cuerpo.

Galdós.— Los anchos gregüescos hasta la rodilla, con las calzas y borcegués, que serían botas en tiempo de lluvias, sustituirían con gran ventaja el moderno pantalón, que sólo sirve para recoger el fango de las calles en invierno y el polvo en verano. Las ropillas y ferreruelos sustituirían, también con indudable ventaja, a los chalecos y levitas y en cuanto al sombrero, no hay que decir que nos caería mejor y nos ampararía del sol y de la lluvia con más eficacia que estos tubos o tapaderas de cartón que hoy usamos.

Manuela.— Desde ese punto de vista...Lo único que no podría admitirse sería la engomada golilla de cangilones, no menos dura y engorrosa que los cuellos modernos, y sólo podría admitirse la valona de encaje, caída y sin pliegues, de fines del siglo XVII, como se ve en los cuadros holandeses y en los de la época de Van Dick. Ciertamente que este traje pide el uso de las armas, y como el vivir moderno no consiente que los caballeros vayan por esas calles arrastrando un metro de hierro, el vestido a la chamberga resultaría incompleto y por consiguiente desariado.

Galdós.— Hay quien preconiza el traje árabe de los marroquíes y argelinos no civilizados, modificando las telas en armonía con la elasticidad del clima europeo. Hay quien adoptaría de buen grado la usanza india en el país de los *rajabs*, y, por último, quien ve la solución del problema en el *caftan* y botas de los rusos.

Manuela.— En lo que todos están de acuerdo es en ver la perfección del traje en las órdenes religiosas.

Galdós.— Los frailes nos dan una lección permanente de la perfección del vestir. Los hábitos reúnen a una comodidad probada ya por el uso de tantos siglos, la ventaja inmensa de la permanencia inalterable de la forma. En esto sí que no hay modas: un dominico de nuestros tiempos viste lo mismo que vestía el propio fundador Santo Domingo de Guzmán o en épocas más recientes San Pedro Martín o San Pedro Arbués. ¡Y qué vestimenta más cómoda!

Manuela.— (*Riendo.*) Es cosa que da envidia la facilidad con que un fraile se viste y se desnuda. Sus movimientos, al andar, no son entorpecidos por la ropa. Su



cuello está libre; va bastante abrigado y bastante fresco sólo con aumentar o disminuir el calibre de la ropa interior, y sobre todo, y aquí viene lo envidiable, no tienen que preocuparse de si este año se llevarán los pantalones más o menos angostos o de si las levitas llevan una o dos filas de botones.

Galdós.— Bajo este especialísimo punto de vista, con-  
vengamos en que es un gusto ser fraile. ¡No pensar *en lo que se lleva y en lo que no se lleva*; no tener que afligirse porque su gabán sea un poquito atrasado de moda; ¡no enterarse de cómo es el último figurín, y no lidiar con sastres...! ¡Y luego habrá quien dude de la profunda sabiduría con que están instituidas las órdenes monásticas! Se me figura que al fin hemos de venir a parar a esto, a adoptar unánimemente el traje fraileesco, única manera de protestar contra este vertido de la moda y de mandar a paseo los figurines y a los industriales que los inventan para explotar nuestra candidez.

Manuela.— (*Con mucha ironía.*) Dejemos que sea la mujer quien reine en el gracioso mundo de la moda. Varíen ellas sus trajes en cada estación para añadir nuevas seducciones a su belleza; pero concretémonos que para ustedes los hombres, sexo fuerte y grave, a cubrir la mísera humanidad factible con todo el decoro y toda la comodidad compatible con una estética severa.

Galdós.— Vistámonos de frailes, adoptando cada cual el hábito que más se avenga con su figura, edad y humor. Seamos todos dominicos, franciscanos, capuchinos barbudos o carmelitas lampiños; variemos los colores de los hábitos, usándolos pintorescos y chillones en la edad florida, grises o de tonos suaves en la madurez de nuestra vida y de pardos o negros en la vejez. Establezcamos la

inmutabilidad de la forma, para dar en los hocicos a la caterva de sastres codiciosos y de modistas especuladoras; y para conciliar la unidad con la variedad, busquemos esta en el uso de diversas telas, según las estaciones, y en la facultad de adoptar el color más del agrado de cada uno.



## XVIII

### Pasos lentos

*H*emos llegado a su casa, que es un hotelito estilo árabe, enclavado en el hermoso barrio de Argüelles... Victoriano el antiguo criado, me ha hecho pasar a una habitación de la izquierda, donde esperamos a que don Benito termine de comer. ¿Qué hay en esta habitación?... En el centro, la poltrona donde se hundió don Benito... Sobre una mecedora de rejilla, su clásico sombrero negro y la bufanda, una bufanda verde... En un rincón, una cayadita delgada de caña americana... Sobre las librerías, tres bustos escultóricos del «maestro», uno modelado por el admirable cincel de Carretero. Las zapatillas rusas, abandonadas debajo de la mesa. Y encima de uno de los estantes, cuatro fundas de gafas... Pasos lentos y arrastrado se acercan... Es el patriarca, el maestro, el padre espiritual de todos los escritores jóvenes que tuvimos la suerte de conocer este viejo alcázar de las letras... ¡Don Benito!... De su fortaleza de roble no conserva más que el recio esqueleto, agobiado por el peso de sus setenta años de trabajo. El gabán, hecho cuando su cuerpo estaba más

*pujado, le cuelga de los hombros como de una percha. Casi ciegucecito, con sus gafas negras, andando con lentitud y adelantando instintivamente la mano derecha antes de dar el paso; con su gabancete deshilachado por los bolsillos y por las mangas, con su gorrilla gris y su cabello largo y acaracolado por el cuello, don Benito, el maestro, el pensador, el abuelo, nos ha dado la visión horrible del menesteroso... ¡Y nuestra tristeza ha sido profundísima!...*

### **Sale a escena don Antonio Maura**

Galdós.— ¡Mala hora!... ¡Muy mala hora!... ¡No vamos a poder hablar!... Tengo citado el coche a las tres y media para ir al teatro. Y ¿qué hora es?

Maura.— Ya son, don Benito. (*Contesta mirando su reloj.*)

Galdós.— Bueno (*Exclama después de un breve silencio.*) usted viene a que yo le diga algo para publicarlo o para qué. ¿Y qué le voy a decir yo querido amigo?

Maura.— Nada don Benito... Yo vengo a visitarle, pudiera ser que publicara una impresión de esta visita, pero... tendría que hablar con esa nueva casa editorial que lleva nombre de la protagonista de su novela *La desboredada* (*Haciendo memoria.*) ya sé: Isidora Ediciones, ese sello editorial se muestra muy interesado en sus obras, querido amigo. Debería pensarlo.

Galdós.— ¡No! Otra vez ¡no!... Dígame usted: ¿Qué le interesa a nadie eso?... Tonterías... Tonterías.

Maura.— No faltaba más don Benito; a todos nos interesa cómo vive usted; a todos nos agrada hablar un rato

con quien tanto hemos convivido en sus libros. ¿De dónde es usted?

Galdós.— ¿Que de dónde soy?...¡Pero hombre, eso lo sabe todo el mundo! ¡De Las Palmas!

Galdós.— Yo también lo sabía; pero deseaba que me lo dijera usted. ¿A qué clase de familia pertenecía en esas... islas aisladas?

Galdós.— A una familia como todas.

Maura.— No se me haga el don Cuco. He querido decir, don Benito, que si ricos o pobres...

Galdós.— De lo principal de allí...

Maura.— ¿Estudió usted en Las Palmas?

Galdós.— Primera y segunda enseñanza, pero como ya he dicho bastante veces y perdone usted, llegué a Madrid para hacer la carrera de abogado. Nunca me gustó estudiar aunque de pequeño me entusiasmaba leer libros amenos. En fin, que en Madrid me encantaba andar vagando por las calles y pararme delante de los escaparates a contemplar objetos expuestos. Otras veces me iba a pasear por las afueras de Madrid.

Maura.— Su famosa palabrita: *flanear por las calles* ya se ha hecho mundial ¿Y amores de juventud?...¿Tendría usted alguna novia, eh?

Galdós.— Muchas; pero estas tonterías no hay para qué decirlas.

Maura.— Ya sé que por ahí no tengo nada que hacer. ¿Cuándo escribió usted su primera novela? Lo siento amigo, pero es que estas preguntas son obligadas.

Galdós.— Verá usted, vuelvo a resumirlo, el año 68 cuando la Revolución, escribí *La Fontana de oro*, tanto es que el asunto de esta novela está inspirado en aquella Revolución; en el 69 la imprimí en casa de Noguera, calle de Bordadores; hice de ella una tirada de 2000 ejemplares... Al año siguiente publiqué en *La Revista de España*, *El Audaz*. Tenía yo entonces veinticinco años... Después, en el 73 fue cuando me lancé con los *Episodios* y escribí *Trafalgar*... Desde entonces cada año publicaba cuatro tomos de *Episodios*...

Maura.— Sí, en *La fontana* comenzaba ya a experimentar con los género ¿no? ¿Y la primera novela de las llamadas «contemporáneas»?

Galdós.— La primera novela contemporánea fue *Doña Perfecta*, y la escribí en el 76; al año siguiente *Marianela*. En el teatro no aparecí hasta el 92, con *Realidad*.

Maura.— Doña Emilia, su doña Emilia, escribió en su revista unas cuantas páginas, muchas de este estreno y apuntó con respecto a la cuestión del hermanamiento de géneros novela-teatro de *Realidad*: «Para mí carece de fundamento la discusión de si una obra novelesca puede o no convertirse en dramática. Apenas me explico que eso se discuta. Es verdad que me siento rebelde a las divisiones, subdivisiones y clasificaciones de los tratados de retórica, sobre todo si se atribuye a tales divisiones carácter de límites esenciales, y no de puramente formales, establecidos para auxiliar al crítico y al estudioso en su tarea, en modo alguno para cohibir y ligar al creador. (...)

No quiero decir que los dramas se hayan de calcar o inspirar en la novela: no soy tan literal, sólo quiero indicar que los procedimientos y el contenido analítico y humano de la novela moderna tienen que imponerse al teatro, como se impone el individuo fuerte al débil; que no podrá eternizarse el divorcio de la escena y del libro, allí todo convención y falsedad, aquí verdad y libertad todo; que debe aspirarse a que llegue un día en que se fundan dos personalidades al parecer inconciliables, el lector y el espectador, y se pongan de acuerdo la sensibilidad y la inteligencia. Si esto no se consigue, peor para el teatro.» Me llamó la atención todo lo que su excelente amiga escritora retrató con aquel estreno. En fin... Sigamos. ¿Cuántos tomos lleva usted publicados?

Galdós.— Unos cien volúmenes.

Maura.— ¿Usted administra sus obras? Ya sé que esta pregunta precisamente para mí, sobra, pero no para los lectores.

**Don Benito se ha entristecido; después, como el que no puede reprimir una honda pena, murmura**

Galdós.— ¡No, señor!...Es decir, la propiedad de mis libros la conservo... Pero he sido explotado, ¡muy explotado!... ¡Como todos!...

Maura.— Lo sé amigo, lo sé. (*Con cierta timidez.*) ¿Cuánto le han producido sus obras?

Galdós.— A mí, muy poco; a otros los han hecho ricos.

Maura.— Ya... ¿Cuál de sus libros prefiere usted?



Galdós.— No tengo preferencia determinada por ninguno.

Maura.— ¿Cuál ha sido el que más vendió?

Galdós.— Casi todos iguales...De las novelas contemporáneas creo que *Marianela*.

Maura.— Y entre sus obras de teatro, ¿qué predilección tiene usted?

Galdós.— Predilección por ninguna...*El Abuelo*, por lo menos, es el que más subsiste, a pesar de que *Electra*, como ya sabe, es la que ha tenido éxito más ruidoso.

Maura.— ¿Está usted satisfecho de *Celia*? Se estrenó ayer ¿no? Una obra de corte socialista.

Galdós.— Sí; anoche, en mi beneficio, estaba lleno el teatro...

Maura.— Asistieron los Reyes ¿verdad?

Galdós.— Sí, señor...Me llamó El Rey, subí, me felicitó; después me ofreció un cigarro, y allí sentado, conversando con ellos, lo fumé.

Maura.— Y dígame don Benito, ¿Qué le dijo el Rey?

Galdós.— Eso no se puede contar...Hablamos primero de la obra y después de otras muchas cosas....

Maura.— ¿Qué impresión sacó usted del Rey?

Galdós.— Bueno, ya había tenido el gusto de hablar con él cuando se estrenó *El Abuelo*, claro que entonces

era muy joven...A mi me parece sumamente inteligente y muy simpático...La Reina Victoria, agradabilísima y muy linda...¡Yo no creí que fuera tan amable! ¡Habla perfectamente el español!... ¡Ya lo creo!

Maura.— Y puestos a profundizar en temas de mayor enjundia. ¿qué piensa usted de la solidaridad de nuestro pueblo? ¿Es grande no? Vengo ahora de un juicio...y bueno. Quería saber su opinión.

Galdós.— Signo de nuestros tiempos es la asociación. Los esfuerzos individuales congregados producen esas inmensas fuerzas que, en distintos órdenes, realizan obras admirables. La acumulación de los ahorros hace capitales que impulsan la industria. La acumulación de limosna produce los resultados de la beneficencia moderna. Hablaré brevemente de algo que con esto se relaciona. El desarrollo de las grandes poblaciones, su crecimiento fabuloso y el aumento considerable de las obligaciones municipales han encarecido las subsistencias en todas las capitales. Los municipios de hoy tienen presupuestos casi tan grandes como los que antes tenían las naciones. El consumo resulta enormemente gravado, y de aquí la carestía de los alimentos.

Maura.— Las clases pobres son las que, principalmente, sufren o las que manifiestan su sufrimiento, porque la clase media, que también pasa sus apuros, lo disimula o, al menos, se queja en silencio. Para remediar, en parte, los efectos de la carestía, se ha recurrido a la cooperación, es decir, a proporcionarse artículos libres del sobreprecio que les da el comercio. Tienen Sociedad cooperativa los empleados de ferrocarriles y, últimamente, la tienen los militares, patrocinada y dirigido por el Gobierno. La administración militar ha establecido suministros

para todos absolutamente los que visten el uniforme del Ejército.

Galdós.— Si bueno, al principio se daba pan barato a las familias de militares; después se les dieron los artículos más necesarios con un 25 por ciento de rebaja sobre los precios del comercio. Al fin, la bonificación alcanza a todos los géneros de consumo, comprendiendo hasta los superfluos; alcanza también a la perfumería y las medicinas. La administración militar tiene tiendas de comestibles, droguería y botica.

Maura.— El ejemplo ha cundido y los paisanos no quieren ser menos que los individuos de la milicia. Por todas partes salen Sociedades cooperativas. El comercio está amenazado continuamente por una gran crisis. Para acelerarla ha venido una cosa ingeniosísima, una invención llamada la tienda-asilo es la sociedad-cooperativa del pobre. Debe su origen a las llamadas cocinas económicas, creadas por la caridad. La tienda-asilo es la antigua sopa boba establecida en condiciones nacionales y con arreglo a principios económicos.

Galdós.— Diferéncianse esta ingeniosa institución de las antiguas cocinas en que éstas eran gratuitas y las tiendas-asilos no lo son. No es la caridad la que da de comer ahora, es el gran principio económico de la cooperación, que no excluye la caridad, antes bien la estimula, como se ha visto y como yo mismo esboqué en *Misericordia*, tal y como he contado ya a otro de sus colegas «entrevistadores». No creo en absoluto en la caridad, gesto ese caritativo de autocomplacencia más que de servicio al prójimo. Cuando damos una monedita, ya nos quedamos tranquilos ¿no? Después viene la reflexión sobre enseñar a trabajar, enseñar a que esas desamparadas criaturas,

hijas del castigo social, puedan salir adelante por sí mismas.

Maura.— La tienda-asilo es un gran local, ancho, cómodo, caliente en invierno y fresco en verano, bien ventilado, con aparatos de gas, mesas, bancos, un mostrador y una cocina. En este *restaurant* se sirven diferentes raciones bien condimentadas por el ínfimo precio de diez céntimos de peseta, que es lo que llamamos un perro grande. Por media peseta, pues, puede cualquier persona tomar una ración de sopa muy buena, otra de cocido con carne, otra de legumbres, otra de arroz con leche por vía de postre, y otra de café con panecillos. Ya veis como la cooperación puede llegar hasta el sibaritismo.

Galdós.— Sí, sí. Pues bien, cuando se estableció la primera tienda-asilo fue preciso recurrir a la caridad para sostenerla en su período incipiente; pero desde el momento en que llegó a expender tres mil raciones diarias de cada una de las sustancias que componen el menú, la tienda-asilo dejó de ser un sistema de beneficencia y fue un negocio, pues semanalmente salda sus cuentas con sobrante.

Los obreros acuden a ella lo mismo que los mendigos. ¿Quién no tiene 10 céntimos? Es más: la misma familia del jornalero no puede alimentarse en su propia casa por la ínfima cantidad que le proporciona en la tienda alimentos nutritivos y abundantes. Vea usted el efecto de la cooperación. La administración de la tienda adquiere los artículos directamente y al por mayor en los puntos productores por la mitad del precio que les da la reventa en los mercados al menudeo. He aquí el secreto.

Maura.— En efecto, para comprender lo que la venta al detalle encarece los artículos, basta citar un ejemplo. Una

pipa de aguardiente de caña, puesta en Madrid, después de pagar derechos de Aduanas, de puertos, transportes y comisiones, vale treinta pesos. Vendida dicha pipa de caña, por copas en la taberna, sin adulterar, se entiende, produce quinientos cincuenta pesos. Vendida dicha pipa de caña, por copas en la taberna, sin adulterar, se entiende, produce quinientos cincuenta pesos. Suponed la adulteración, que no es mucho suponer, tratándose de taberneros, y la ganancia es aún mayor. Pues lo que pasa con el aguardiente, pasa, aunque en menor escala, con las patatas, la harina, el arroz, las legumbres y el café. Otro ejemplo: una libra de café vale en Madrid una peseta veinticinco céntimos. De esta libra sacan los cafeteros ochenta y cuatro tazas, que se venden a cuarenta céntimos. Aun agregando el importe del azúcar, servicio, local, contribución, etc...resultan siempre muchas tazas. He oído a un abastecedor de la tienda-asilo la especie de que se puede dar la taza de café, sin achicoria, por menos aún de diez céntimos y se gana dinero.

Galdós.— Así es...Un artículo está proscrito de la tienda-asilo, y es el vino, ese enemigo de la paz doméstica, ese destructor de toda concordia. Si los fundadores de esta gran institución benéfico— económica se decidieran a remojar los menús de sus parroquianos con un poco de Valdepeñas algo menos aguado que el de las tabernas, éstas sufrirían un golpe mortal. Las veríamos cerrarse todas en un día, como ha desaparecido los cafeteros ambulantes en los barrios próximos a la tienda.

Maura.— Ya supongo que esto no lo habrá encontrado por ahí...aunque siempre usted ha logrado que lo que es verdad parezca mentira y a la inversa. Por ahí me refiero a cualquiera de los muchísimos viajes que usted ha realizado por tantos países europeos y disfrutar de

muchísimos y buenos hoteles, Hotel Gibbon, por ejemplo.

Galdós.— Le diré que yo vivo solamente de la realidad, no oculto que me aburro en la cámara tenebrosa de un cerebro poblado de fantasías y de fantasmas, y por el primer portillo que encuentro me escapo....Me doy el gusto de divagar libremente por los espacios.

Maura.— Cuente amigo, cuente...aquellos tiempos.

Galdós.— Sí, de los afanes literarios que hondamente embargaban mi ánimo, descansaba con otros afanes que en cierto modo corregían los efectos de la vida sedentaria. Me refiero a mi afición a los viajes, esa afición que a usted tanto le llama la atención. Después de uno de los viajes con mi amigo Pereda, que creo que ya se lo he comentado a mi querido colega y amigo Menéndez Pelayo por los meses del 72 me fui aquel verano a Santander y embarqué en un vapor de la Transatlántica que partía para el Havre. De este puerto partí inmediatamente para París, donde solo estuve una noche. Al siguiente día, pasando por la Plaza de la Ópera, vi en una tienda el anuncio de billetes circulares para la excursión por el Rhin. Sin pensarlo más, compré mi billete y emprendí mi correría solito, ansioso de pasar la frontera de Alsacia y llegar a Estrasburgo. Vi la famosa Catedral, con su reloj monumental, que ocupa una pared entera del crucero, marcando en sinfín de muestras los minutos, las horas, los días, las semanas, los años y hasta los siglos. De Estrasburgo pasé a Maguncia y a Francfort, ciudad encantadora, pulcra y alegre. De allí me trasladé a Vribrick, donde tomé el vapor para la excursión fluvial que era el preferente atractivo de mi viaje. Deliciosa, incomparable jornada a bordo de un espléndido vapor. Comíamos sobre cubierta, contemplando ambas ori-

llas del Rhin, de cuya belleza no puede tener idea quien no las ha visto.

Maura.— Pero ha dicho querido amigo que iba solito, ¿es verdad, lo digo por lo del «comíamos»?

Galdós.— (*Suspirando y con el rostro circumspecto.*) Ese detalle no creo que cuente mucho, querido amigo.

Maura.— (*Como con la seguridad de que no va a sacarle ninguna noticia personal al maestro.*) Sí, sí continúe por favor.

Galdós.— Las guías y los planos nos señalaban los parajes históricos y los fabulosos, la leyenda y la realidad. De las bellísimas poblaciones del tránsito señalo Coblenza y principalmente Bonn. En ésta me hubiera quedado de buena gana para ver a mi gusto la casa en que nació el soberano músico Beethoven. Terminado en Colonia el trayecto fluvial de la excursión, salí como flecha disparado hacia la Catedral, el monumento gótico más grande y perfecto que en el orbe existe. En el exterior descuellan sus dos torres y los airosos botareles; en el interior causan maravilla las vidrieras, imitación habilísima de las antiguas, como las que lucen en nuestra Catedral de León *Pulchra Leotina*. En las capillas se admiran hermosas obras de arte, y en el ábside los sepulcros de los Reyes Magos. Por cierto que nunca pude comprender como se encuentran a orillas del Rhin las momias o esqueletos de los soberanos de Oriente. ¿Será que cuando vienen estos señores a repartir juguetes a los niños en la fiesta de la Epifanía se quedan por acá para esperar al año siguiente? Más asombro me causó ver en otra iglesia los huesos de las once mil vírgenes martirizadas en Colonia. Esas reliquias ocupan enormes estanterías, que llenan todo el templo hasta el techo.

Después de una visista a mi amigo el doctor Fastenrath, continué por ferrocarril el resto de la viajata circular: Aix de la Chapelle, Lieja, Bruselas, Namur, Lille, París, para seguir inmediatamente al Havre con objeto de embarcarme en el mismo vapor que me había traído de Santander.

Maura.— Por lo que se ve ese verano le marcó a usted don Benito, bueno a decir verdad siempre que usted emprendía un viaje, volvía henchido de vida artística y cultural ¿verdad?

Galdós.— Verdad, verdad. Expirando aquel verano, volví a Madrid, y apenas llegué a mi casa, recibí la grata visita de mi amigo el insigne varón don José Ido del Sargario, el cual me dio noticia de Juanito Santa Cruz y su esposa Jacinta, de doña Lupe la de los Pavos, de Barbarita, Mauricia la Dura, la linda Fortunata, y, por último, del famoso Estupiñá.

Todas estas figuras pertenecientes al mundo imaginario, y abandonadas por mí en las correrías veraniegas, se adueñaron nuevamente de mi voluntad. Visité a doña Lupe en su casa de la calle de Cuchilleros y platicué con el usurero Torquemada y la criada Papitos. Pasaba largas horas en el café del Gallo, donde me entretenía oyendo las conversaciones de los trajinantes y abastecedores de los mercados de aves. Por la escalerilla subía y bajaba veinte veces al día y en Puerta cerrada tenía el Cuartel general de mis observaciones. En la Plaza Mayor pasaba buenos ratos charlando con el tendero José Luengo, a quien yo había bautizado con el nombre de Estupiñá. Ved aquí un tipo fielmente tomado de la realidad. No lo describo porque lo habrán visto todos los lectores en su natural traza y colorido. El viaje de boda de Juanito Santa Cruz y su regreso a Madrid, así como la intriga del bárbaro Izquierdo, traficante en niños, hechos son imaginarios,



aunque parezcan reales. Lo verdaderamente auténtico y real es la figura de la santa Guillermina Pacheco. Tan sólo me he tomado a licencia de variar el nombre. La santa dama fundadora se llamó en el siglo doña Ernestina. Re-caudando cuantiosas limosnas, así en los palacios como en las cabañas, creó un asilo en cuya iglesia reposan sus cenizas. Esta gloriosa personalidad merece a todas luces la canonización.

Maura.— siga siga maestro.

Galdós.— En el correr de aquellos años, concretamente de 1888, diferentes acontecimientos embargaban mi memoria; no sé a cuál dar preferencia. Nada os importa que escribiera en aquellos meses el segundo y tercer tomo de *Fortunata y Jacinta*. No sé si anticipar o retrasar fechas para referirme a nueva viajata. Otro de los amigos míos más entrañables fue y es Pepe Alcalá Galiano, nieto del famoso don Antonio y pariente de todos los Galianos que en el mundo han sido: Valera, Casa Valencia, etcétera... Empezó su carrera consular en Jerusalén; luego sirvió en diferentes consulados, y, por último, pasó a Newcastle, donde estuvo muchos años. Había casado en Madrid con una dama irlandesa tan bella como ilustrada. Yo iba todos los veranos a Newcastle-on-Tyne y vivía algunos días con la feliz pareja en la casa del Consulado disfrutando de la dulce hospitalidad inglesa. De allí partimos Pepe Galiano y yo para nuestros viajes estivales, que algunos fueron tan extensos como si diéramos la vuelta al mundo. Ved aquí la muestra: embarcamos en el río Tyne para irnos a Rotterdam, interesante población holandesa; de allí fuimos a La Haya, y en esta capital, como en Amsterdam, admitamos las maravillas de la pintura neerlandesa en los museos de ambas ciudades. Si es maravilla grande la pintura de Rembrandt, no es maravi-

lla menor la original estructura de la ciudad de Amsterdam, construida sobre canales como Venecia. Por verlo todo, en aquella preciosa urbe, visitamos con detenimiento el barrio judío, donde trabajaban los lapidarios tallando el diamante. Y como urgía seguir nuestro camino para ver nuevas tierras, ¡adiós, praderas risueñas y vacas fecundas, cuyas ubres manan ríos de leche!, ¡adiós, reina Guillermina! —a quien no tuvimos el honor de conocer personalmente—. ¡Adiós, adiós que no vamos atravesando las llanuras alemanas hasta Berlín!

Maura.— ¿Qué tiempos no? Ha vivido usted todo lo que ha querido.

Galdós.— Vámonos ande, que es tarde...la hemos echado larga...Me acompaña usted en el coche al teatro y durante el camino si quiere continuamos hablando...¿No le parece?

**Galdós da una voz al criado; Victoriano acude en seguida; cuélgale del cuello la bufanda; después le encasqueta el sombrero, entrégale su habano y la cayadita de caña; don Benito se deja hacer; nos ponemos en marcha. Al atravesar el jardín del hotel, el perrazo le hace fiestas...En la calle aguarda un coche; es una berlinita con su jaca alazana, muy maja...**

Galdós.— Paquito (*le dice franteralmente al cochero.*), te van a retratar para ese periódico llamado *La Esfera*, ¿qué te parece?— Es un amigo ¿eh?. Yo quiero un retrato para él, donde esté el caballito...Al caballito también lo quiero mucho...¡Es muy valiente!

**Maura ríe admirando la transparencia de la gran alma ingenua que tiene nuestro pensador**

Galdós.— ¡Al teatro Paquito! (*ordena y el coche parte.*)

**Acomodado en la berlina don Benito comienza a tararear una canción popular... le interrumpe**

Maura.— Dígame don Benito, ¿qué proyectos literarios o políticos tiene usted para el porvenir?

Galdós.— Políticos, ninguno; lo que quieran. Literarios, por el momento tengo idea de hacer dos obras de teatro para el año próximo; pero está todavía en el secreto de la gestación interior... Novelas, no... Me faltan tres episodios que serán: *Sagasta, Cuba y Alfonso XIII*. Tengo el propósito, para hacer el segundo, de irme a la isla de Cuba a pasar allí dos meses para documentarme bien. No sé... También me han invitado a ir a Buenos Aires, y ¿sabe usted lo que me retiene?... ¡la etiqueta! Yo odio la etiqueta; eso de ponerme levita y chistera, lo detesto; vamos, con decirle a usted que no tengo chistera en uso, porque una que anda por ahí, rodando, está muy anticuada y ya no pienso colocármela más en lo que me resta de vida.

**Ríen; al llegar a la calle del Príncipe, don Benito cambia las gafas ahumadas por las claras.**

Maura.— Y de la vista ¿cómo sigue usted?

Galdós.— Lo mismo (*contesta entristecido.*) Perdí por completo la luz del ojo derecho, y con el izquierdo veo algo, pero muy confuso.

Maura.— Y claro, ¿no podrá usted escribir?

Galdós.— Desgraciadamente, no; tengo que dictar. Le costará a usted mucho trabajo ¿no?

Galdós.— Al principio, sí; acostumbrado como estaba a fijar el pensamiento por mi misma mano, de prisa y directamente, en la cuartilla, a leerlo y releerlo después, a que entre la creación y yo no mediara nadie, hasta el hábito mismo de sentarme y coger la pluma me pareció que no podía continuar escribiendo; después, poniendo poco a poco a contribución la necesidad una gran fuerza de voluntad, he conseguido habituarme, y hoy lo hago sin el menor esfuerzo.

Maura.— ¿Pero usted don Benito, después de sus cien libros y de sus numerosas obras de teatro, después, en fin, de medio siglo escribiendo, supongo yo que no laborará por necesidad, sino por placer, por crear, por la satisfacción de legarnos la mayor cantidad posible del tesoro inmenso que acumula su cerebro sobrehumano?

Galdós.— No, a pesar de toda mi labor pasada, si en el presente quiero vivir, no tengo más remedio que dictar todas las mañanas durante cuatro o cinco horas y estrujarme el cerebro hasta que dé el último paso en esta vida.

*Las últimas palabras de don Benito, dichas con una veldada amargura, con una sacerdotal resignación, caen en mi alma como gotas de hiel que abuyentan todas mis ilusiones de literato joven. Podéis creerlo. Hay un momento en que deseo besar la descarnada mano del viejo maestro para imprimir con mis labios el consuelo y el agradecimiento de todos los que luchamos con la pluma. El coche se ha detenido frente al Teatro Español. Nos despedimos. El, lentamente y casi arrastrando los pies, ha entrado en el teatro.*

*¡Pobre don Benito!... ¡lba a luchar! ¡Con sus setenta y dos años! Y yo pienso que entre todos los españoles debiéramos proporcionarle un bienestar decoroso; conservando como se conserva en el museo la vieja bandera que resultó becho*

*jirones en las victorias; viejo, achacoso, casi ciego, porque sus 120 obras le robaron la vista, tiene necesidad, para vivir, de dictar y torturarse mentalmente durante cuatro horas*

*todos los días...Y ¿no podíamos hacer nada grande, nada digno de él, con el fin de evitar esto tan triste?*

## XX Finale

**Salen a escena los hermanos Álvarez Quintero hablando entre los dos**

**E**l mejor homenaje que podemos tributar a Galdós es releerlo. ¡Cuántas sorpresas! ¡Qué trastorno en los valores! ¡Cómo han crecido figuras que hace años saludamos quizás con excesiva confianza y familiaridad! Queremos hojear y recordar, al vuelo; pero el interés nos sujeta y nos retiene, como la primera vez. Resucita el pasado...Volvemos a vernos a la luz de aquella lámpara, en aquel cuartito de niño hurón que huye de las gentes. Sueña, lejos, un piano. Escalas, ejercicios...hora tras hora... Monotonía, poesía, melancolía...de lluvia y de infancia solitaria...Ahora vemos con emoción esos Episodios en manos de nuestros hijos. ¡Adelante la epopeya mansa, plácida y familiar! Otros harán los gestos exaltados y heroicos. ¡Adelante también la miserable España de la Restau-

ración, y sobre todo, Madrid, el Madrid lleno de afanes, enredos y trapisondas, tal como aprendimos a verlo en las Novelas contemporáneas.!

La primera vez que Galdós habla de Madrid es en la libre y exuberante *Fontana de Oro*, libro con cierta tendencia revolucionaria, escrita el 67, a los veintidós años; es decir, cuando el sentido crítico es más agudo y agresivo, cuando suelen mostrarse más audaces los anarquistas de acción y los poetas. Así pues, en la primera página de su primer libro nos encontramos ya con Madrid. En el Madrid del 20 al 24, «años de muchos lances para la destartada, sucia, incómoda, desapacible y oscura villa». «Sin embargo —agregaría unas líneas más abajo, para no dejarle tan mal parado en el primer encuentro—, no era ya Madrid aquel lugarón fastuoso del tiempo de los Reyes tudescos». Aquí, en esta primera página, descúbrese la razón de la amplísima benevolencia galdosiana. Yendo a los orígenes, viendo el lento y trabajoso desarrollo de un pueblo, gana el ánimo del historiador cierta ternura que si no es igual a la de quien planta un árbol, se parece a la de quien lo ha visto crecer. Mesonero Romanos no podía pasear por el Prado sin acordarse compasivamente de Miñono, que lo elogiaba en el siglo XVII. «Si lo viera ahora»-decía. Es una manera de invertir la perspectiva situándose imaginariamente en el punto de vista más remoto y dando a la presente y actual las ventajas de la distancia. Tal inclinación va acentuándose en Galdós, a medida que conoce mejor el vasto campo en que se moverá su romancero. Al principio juzga todavía sin pasión. Leed en *El Terror de 1824*, —segunda serie— la descripción de la plazuela de la Cebada, y comparte con la calle de Toledo entusiastas elogios, en nombre de lo pintoresco, lo característico y lo histórico: La plazuela de la Cebada —escribía Galdós hacia 1877— prescindiendo del mercado que hoy la ocupa, desfigurándola y escondiendo su fealdad, no ha

variado cosa alguna desde 1823. Entonces, como hoy, tenía aquel aire villanesco y zafio que la hace tan antipática, el mismo ambiente malsano, la misma arquitectura irregular y ramplona. Aunque parezca extraño, entonces las casas eran tan vetustas como ahora, pues indudablemente aquel amasijo de tapias agujereadas no ha sido nuevo nunca. Pero Galdós va preparando ya el ánimo del lector para un episodio bárbaro. Decía Clarín en su deliciosa semblanza de Galdós con la que hemos comenzado estos *Diálogos novelados*, hablando de lo que él llamaba «el eminente *antilirismo* del maestro». Su escasa preocupación por el paisaje, que «la Naturaleza en las novelas de Galdós viene a ser *el lugar de la escena*». La Naturaleza y la ciudad, obra del hombre, le han servido, en efecto, pobladas de figuras históricas o novelescas que viven en plena acción. Tras estas líneas agrias y esa pintura sombría, que predisponen contra el lugar de la escena, viene la escena: «Esta plazuela había recibido de la Plaza Mayor, por donación graciosa, el privilegio de despachar a los reos de muerte, por cuya razón era más lúgubre y repugnante». Es el cadalso, la ejecución de Riego y de tantos patriotas lo que le hace mirarla como «una boca monstruosa y fétida», dispuesta a devorar centenares de víctimas. Por razón semejante, en varios pasajes de *La desheredada* —libro entreabierto a la influencia del naturalismo, hasta donde Galdós quiere, y nada más— le vemos fruncir el ceño y emplear palabras duras. Isidora camina por el «conocido y gitanesco paseo de Embajadores, a casa de La Sanguijuelera y cuanto ve le parece la caricatura de una ciudad de cartón podrido. Aquello no era aldea ni tampoco ciudad: era una piltrafa de capital, cortada y arrojada por vía de limpieza para que no corrompiera el centro. Pero advierte en seguida que Isidora tenía la propiedad de extremar sus impresiones, recargar las cosas y ver lo feo horroroso. ¿Recuerda el lector el crimen de aquél bár-



baro mozalbetes, alias *Pecado*, y los párrafos en que Galdós sale de su impasibilidad para culparle, no a él, sino a Madrid? Yo veré siempre las dos lucecitas de los ojos de Pecado mirando a su hermana desde la obscuridad del sótano, por entre los radios de la rueda que ha de mover a brazo, sin parar, hasta que dé la ora. El paisaje —el medio— se lo lleva a la cárcel el hijo de Rufete.

El valor sentimental de la ciudad como el valor espiritual del paisaje, no es para Galdós, exactamente, el del lugar de la escena, pero se aproxima bastante. Respecto del paisaje ya hizo Clarín la observación. Galdós *novelista urbano*, apenas si presto atención al paisaje por el paisaje. Esto es cierto. Gran parte de un episodio de la segunda serie, *Los Apostólicos*, y aun del siguiente, *Un faccioso más y unos frailes menos*, transcurre en os cigarrales de Toledo. Es curioso ver cómo los cigarrales eran para Galdós algo así como las arboledas de Sola, donde esta damita, ordenada y equilibrada, cuidaba sus gallinas y los frutales de su huerta. Más tarde vuelve, y todo un tomo de *Angel Guerra*, el último, pasa también en los cigarrales. En vano buscaremos emoción de los ojos y del espíritu, sensaciones y evocaciones de un *amateur d'âmes*, como Barrès. Galdós, viendo en los cigarrales un lugar habitable, lleva a él sus criaturas, hace gozar allí las delicias del campo al famoso «don Pito», incomparable marino en tierra, y en pleno delirio místico del enamorado de Leré, allí le hace soñar con fundaciones religiosas, tan santas como revolucionarias —¡qué hermosa fuga al ideal la de *Angel Guerra!*— y allí le hace morir a manos de los miserables Babeles. Está el maestro en toda su plenitud creadora. Es también un *amateur d'âmes*, pero no de la suya, sino de almas ajenas. Quiere verlas nacer y desenvolverse ricas de tornasoles y cambiantes, y ésta es la luz que le interesa, éstos los paisajes que describe con fruición. Apenas una pincelada al pasar, el panorama

de Toledo, el río al fondo, la vega... Poco más que el lugar de la escena.

Pero hay también *paisaje urbano*. Siendo *novelista urbano*, las ciudades habían de ofrecerle en sí mismas un interés, ya que no de pintor, de poeta. Galdós no deja, sin embargo, que Leré, y *Angel Guerra* y los Babeles, sean ni un solo minuto anulados, sorbidos, por la grandeza de Toledo. Ni siquiera influye en los deliquios místicos de sus héroes el misterio de la catedral. Así como en el libro de Blasco Ibáñez todo es la catedral y no hay Toledo, ni apenas hay hombres, en *Angel Guerra* la catedral no importa y Toledo tiene el interés anecdótico de sus casas pobres y de sus misérrimas vidas. Lo que especialmente, casi únicamente, importa son los hombres.

Así creo yo que Galdós ve las ciudades como las moradas del hombre. Atiende en ellas a su habitabilidad y al camino que han seguido en manos de sus pobladores. ¡Con qué complacencia busca y encuentra una por una las tiendas de la Carrera de San Jerónimo, allá por el año 1820, y cómo nos describe en *La Fontana de Oro* aquel irlandés «gordo y suculento que vendía raso y organdí, encajes flamencos y catalanes y alopín para chalecos»... la tienda de Perico *el Mabonés*, la de doña Ambrosia, de Quintanar, que antes fue *la tía Ambrosia*; el decorado de la Fontana, las gentes, los trajes, los vehículos! Con igual agrado tiende en *Fortunata y Jacinta*, para presentar a sus lectores la familia de los Santa Cruz, «un vistazo histórico sobre el comercio matritense», y nunca es tan lírico Galdós como cuando habla del chino Ayun, peregrino artista que bordó para las madrileñas los primeros mantones de Manila hasta que le destronó Senguá, otro chino más maravilloso todavía. El lugar donde moran sus héroes —concepto menos frío que el lugar de la escena— tiene una historia ligada con la de esos mismos héroes. La penetración histórica, antes de que llegara el criterio natura-

lista que lo aceptaba todo como documento, y el gusto de lo pintoresco, común a hombres y cosas, hizo Galdós el cronista más benévolo. Cien veces hubo de pasar en sus libros ante esos hombres y esas cosas que, siendo pintorescas y típicas, merecerían su saña, pero entonces es cuando asoma la sonrisa humorística.

Recordad en *Misericordia* —la prodigiosa e inmortal— el comentario a aquella descripción de la iglesia de San Sebastián: «Es un rinconcito de Madrid que debemos conservar cariñosamente, como anticuarios coleccionistas, porque la caricatura monumental también es un arte. Admirémos en este San Sebastián, heredado de los tiempos viejos, la estampa ridícula y tosca, y guardémoslo como un lindo mamarracho». Lindos mamarrachos, llenos de carácter, pueblan este Madrid, y, para perdonarlos, hace falta toda la bondad del maestro.

### **Imagen del ataúd de Galdós**

*En aquella humilde y clara estancia donde tantas veces contemplé con devoción el venerable y plácido rostro del querido Maestro, vi su cuerpo sin vida.*

*El aposento, triste porque diríase que estaba contaminado de la ceguera y la melancolía del patriarca, estaba colgado de paños negros; no había en él otra claridad que el pálido reflejo de los cirios funerales y el postrero rayo de sol, que entrando por una ventana, besaba el cráneo insigne bajo el que corrieron en gloriosa cabalgata las grandezas, las mezquindades, las tragedias y los sainetes de nuestro siglo pasado.*

*Junto a la cabecera, un anciano de blanca y luenga barba, sentado en un pequeño taburete, trasladaba a un pliego de papel las yertas facciones del difunto. El perfil cenobítico del artífice, iluminado a un mismo tiempo por*

*la postrera luz de la tarde y el reflejo amarillento de las velas, dábale el aspecto de algún mago judaico que estuviese absorto en levantar la figura mortuoria del fenecido, para saber su destino en el mundo de los espíritus...pero acontecía que toda la magia de este brujo, que ya tampoco existe sobre la faz de la Tierra, estaba en los pinceles: era Daniel Zuloaga, que, con la maestría de su arte, quiso rendir el postrero tributo al amigo insigne que le precedía en el camino de la Eternidad. Como si fuera hoy veo ante mis ojos aquel cuadro sombrío y conmovedor.*

*Don Benito parece que duerme. La enfermedad consumió por extremo los característicos perfiles de su rostro. No guarda ya aquellos enérgicos rasgos; le ha crecido el pelo, y los aladares son casi blancos, abuecados, como si fuesen mechones de la abundosa cabellera de un hidalgo de otros siglos.*

*El cuerpo está envuelto en una bandera, lo mismo que casa uno de los volúmenes de su obra inmortal. Bien es que así sea, y no otro sudario alguno hubiese sido tan digno de envolver aquellos sagrados despojos. La Historia contemporánea quiso tener a más de un cronista un poeta que trasladase sus hechos de manera amena y sencilla, sin el farrago de la erudición política y diplomática, y asentó en aquel cerebro privilegiado. La Historia, llevada de la mano por Galdós, descinóse la túnica griega, desarrugó el gesto trágico, dejó los pasos graves de eco solemne, se puso la mantilla, alegró el maduro pero bien concertado rostro, taconeó menudito, habló como una mujer del pueblo, y con una cháchara ligera, sencilla y graciosa, sin palabras ampulosas ni declamatorios discursos, narró las páginas más intensas de nuestra vida nacional.*

*Así aquella tela roja y amarilla que ciñó el cadáver del genio era como los brazos de España que le abrazaban por vez postrera, ya que era de todo punto forzoso que la tierra le guardase y que a su amparo trocárase en flores o*

*germinase en esencia de otra vida. Si nacen flores no podrían por menos de ser claveles; si otra vida, por fuerza será un español como aquel Patricio Sarmiento, maestro de primeras letras en la calle de Coloreros, que salte las fronteras para poder gritar al otro lado del Pirineo: «¡Viva la libertad!».*

*Verificóse la ceremonia de llevar el cuerpo muerto a la última morada que se le destinó en el cementerio de la Almudena (no sé que difunto insigne por ser político puede entrar con más derecho en el Panteón de Hombres Ilustres); y viendo a la gente que acudía a rendirle el tributo postrero se me antojaba que todos los personajes que tomaron forma en su cerebro privilegiado acudían hechos manantiales de pesadumbre a despedirse del padre que eternamente les dejaba en la vida.*

*Yo vi entrar en la capilla ardiente instalada en el palacio del Concejo a Gabrielillo Araceli tan desarrapado y pobre como cuando asistió, siendo grumete, a la batalla de Trafalgar y andando por Madrid el día del dos de Mayo en busca de su Inesilla.*

*He visto a Celipín antes de ser El Doctor Centeno; ambos mozos, en flor de ser grandes personajes, se agarraron de la mano, cruzaron el ancho zaguán de la Casa de la Villa y entrando en el Patio de Cristales, trocado en capilla, estuvieron bastante tiempo mirando las blancas facciones del que los llevó a la cumbre de la Inmortalidad.*

*He visto a Fortunata y Jacinta; aquella, envuelta en su recio mantón alfombrado, con su pañuelo a la cabeza; la otra, tocada con su mantilla de luto, la misma que en Viernes Santo lleva a visitar las estaciones, se arrodillaron ante el féretro, rezaron un Padrenuestro, y apartáronse llorando...*

*Toda aquella balumba de diversas gentes que acudieron al entierro del patriarcal don Benito, yendo unos desde Chamberí, otros desde las Cavas, éstos de los soportales*

*de la calle Toledo y la Plaza Mayor, aquellos desde los pisos altos del Alcázar, en donde mora la servidumbre, y esotros desde el Lavapiés y el Rastro, fueron quienes enviaron ese jirón de la bandera española para que sirviera de sudario al Maestro...*

*En la gloria «el sol de los muertos»...Sol dulce y tardío, luminar melancólico, astro de ocaso cuyos reflejos doran las vidas extintas con la amable tristeza de los recuerdos... Sol pobre y débil, porque sus rayos no bastan las más de las veces a dispersar las nieblas densas y frías del olvido.*

*Y sin embargo, por esa tímida claridad eterna, por esa vaga lumbrería perenne, por gozar la caricia melancólica de ese sol que baña las páginas de la Historia, luchan los hombres y acometen empresas inauditas y se igualan a Dios en potencia creadora de belleza y se sacrifican pueblos y tesoros fabulosos.*

*Es nuestro Galdós, «el abuelo», cuyas pupilas cegaron al resplandor de su propia gloria, uno de los elegidos; de las pocas cumbres que dan majestad al paisaje: fama señera que, como los árboles prósperos, crece más a medida que el tiempo corre y sus raíces abundan y se abíncan y extienden en la tierra. Pero también en Galdós la gloria es «el sol de los muertos», bajo el que germinan las siembras del olvido.*

*Cuatro años hace tan sólo que desapareció el coloso, y ya casi nadie se acuerda de él...El ayuntamiento de Madrid acordó poner una lápida conmemorativa en la casa donde vivió y murió el genio; en el frontis del lugar donde el amor profundo del patriarca engendró a Fortunata y a Jacinta, a Electra, y a Celia, donde se oyeron por vez primera los diálogos de Nelly y Dolly y donde murmuró sus inéditas dudas y lanzó sus prístinos anatemas el viejo león de Albrit...*

*Pero el Municipio de Madrid se olvidó de cumplir la promesa; demoró entre los trámites de un expediente de*

*homenaje, y ahora, al llegar al cuarto aniversario de su muerte la España oficial, el Madrid protocolario, no recordaba a Galdós...*

*Entonces un obrero, sin dar su nombre, sin pedir permiso, con noble y fervorosa unción, rindió el tributo al maestro: una mañana el obrero llegó ante la casa de Galdós y puso en ella un modesto, claro, sintético rótulo conmemorativo, sin albaracas retóricas, sin los gerundios oficiales: «Aquí vivió y murió Benito Pérez Galdós». Nada más. Lo justo. Galdós por encima del ditirambo y el adjetivo.*

*Unos días después, un grupo de artistas, fervorosos devotos, discípulos epígonos del genio, llegaron al Retiro y pusieron flores ante la estatua en que la figura sedente del abuelo reposa en la Inmortalidad...*

*Estos fueron los únicos que en el Madrid en el que él vivió se acordaron del creador de Marianela.*

*No formamos entre los que censuran el Municipio por haber olvidado a Galdós. ¿Qué importa eso? Es también lo justo; que la España oficial, la de siempre, sea ingrata y amnésica y frívola.*

*Un obrero anónimo, símbolo y representación del pueblo, le rinde su tributo. Escritores y artistas depositan flores en su estatua. ¿Para qué más? Se han acordado de Galdós los que debían acordarse: aquellos cuyo recuerdo podía ser mejor acogido por el hombre que como él escribió siempre para su pueblo en una noble y esperanzada superación constante de arte.*

*Pueblo y artistas; obreros y escritores, ¿Qué mejor conjunción para el respeto, la gloria y el nombre del gigante artista y liberal?*

Fin

## **Bibliografía razonable utilizada para este texto**

Revistas y periódicos donde Galdós escribió y/o fue entrevistado

*La Esfera*

*El Ómnibus* 1862

*La Nación* 1865-1867

*La ilustración de Madrid* 1871

*Revista de España* 1870-1876

*La Guirnalda* 1873-1898

*Vida nueva* 1898: «Fumándose las colonias»

*Electra*, 1901

*Heraldo de Madrid*, 190: «La España de hoy»

*Alma Española* 1903: «Soñemos, alma, soñemos»

*La República de las Letras* 1905

*España nueva* 1909: «Al pueblo español»

*Revista mensual Tyflogila* 1916: «Los ciegos»

*Ideas y figuras* 1818: «A mis amigos argentinos» 9 de abril.

*La Humanidad*, 1919, «Galdós ante la Humanidad», 6 de julio.



- Por esos mundos*, junio, 1910 *González Fiol*, Entrevista a Galdós.
- Alas Clarín «El teatro ...de lejos. Las tentativas de Pérez Galdós», en *Palique*, ed. *Discursos*, Menéndez y Pelayo, Marcelino, 1856-1912 Pereda, José María de, 1833-1906 Bravo-Villasante, C, *Galdós*, Madrid, Mondadori, 1988.
- Olmet y carrafa, *Galdós visto por sí mismo*, pp. 239 a 246.
- Ortiz Armengol, P, *Vida de Galdós*, Madrid, Crítica, 1996
- Pérez Galdós, Benito, *Discurso de ingreso en la Real Academia de Madrid*, 1897.
- Pérez Galdós, B, *La fe nacional*, las Palmas, 1965.
- Pérez Galdós, B, *Epilogo a la edición ilustrada de los Episodios Nacionales*, Tomo X, Madrid.
- Galdós correspondencia*, Madrid, ed. Alan E. Smith, María Ángeles Rodríguez, Editorial Cátedra, 2016.
- Pérez Galdós, B, *Obras Inéditas, Todos los tomos*. I-V, ed. Ghirardo, Madrid, Renacimiento, 1923.
- Pérez Galdós, B, *Teatro Completo*, Avrea-Anaya, ed. Rosa Amor del Olmo.
- Pérez Galdós, B, *Ensayos de crítica literaria*, ed. Laureano Bonet, Barcelona, 1971
- Pérez Galdós, B, *Los condenados, prólogo*, ed. Rosa Amor del Olmo, Madrid, Isidora Ediciones, 2011.
- Pérez Galdós, B, *El abuelo, prólogo*, Madrid, Cátedra, ed. Rosa Amor del Olmo, 2013.
- Benito Pérez Galdós, B, *Alma y vida, prólogo*, ed. Rosa Amor del Olmo, Santander, Tantín, 2002.
- Pérez Galdós, B, *Cassandra, prólogo*, ed. Rosa Amor del Olmo, Madrid, Isidora Ediciones, 2017.
- Pérez Galdós, B, *Misericordia, prefacio*, ed. Rosa Amor del Olmo, Madrid, Isidora Ediciones, 2015.
- Pérez Galdós, B, *La sociedad presente como materia novelable*.
- Pérez Galdós, B, *El sabor de la tierruca, Obras completas*, ed. Sainz de Robles, Todos tomos, Aguilar, 1941.

- Pérez Galdós, B, *El 1º de mayo*
- Pérez Galdós, B, *Jose María Pereda, escritor*
- Pérez Galdós, B, *Un tribunal literario*
- Pérez Galdós, B, *La mujer del filósofo*
- Pérez Galdós, B, *Memorias de un desmemoriado, en Obras Completas*, Madrid, Aguilar, 1945.
- Pérez Galdós, B, *Galdós y La esfera*, Murcia, Universidad de Murcia, 1990.
- Pérez Galdós, B, *Recuerdos y Memorias*, Madrid, Tebas, 1975.
- Shoemaker W. *Las cartas de Galdós en la Prensa de Buenos Aires*. Madrid, cultura Hispánica, 1973. Carta 12, 17-VIII-84 15-VII-84, pág 97. Carta 81, pp. 243-250. 21-VII-87 14-VI-87. Carta 84, pp. 259-267. 23-X-87 . 20-IX-87. Pág. 270. Carta 85. 6-XI-87 29-IX-87. Carta 116 17-II-89, 11-I-89. Carta 143, 22-VI-90 22-V-90 pág. 402.
- Shoemaker, W. *Los prólogos de Galdós*, México, 1962.



ROSA AMOR  
DEL OLMO

**GALDÓS**  
Diálogos Biográficos



*Un estudio sobre los personajes masculinos* (2012), *Santa Juana de Castilla* (2013), *La fiera, dos Españas divididas* (2013), *Sor Simona* (2014), *Alceste* (2014), *Traducir o trasducir a Galdós* (2014), *Voluntad* (2015), *Electra* (2015), *La loca de la casa* (2015); las publicaciones de creación literaria: *Capitán Pelines* (2004), la ópera infantil *Pietro y Russa da capo al fine* (2008), *Sin pies ni cabeza* (2008), *Au fil de la plume au du còq à làne* (2009), *Nunca me dijiste* (2010), *El maletín de Gloria* (2011) y los ensayos *Kurrius* (2012) y *Con una palabra tuya* (2012), estas cuatro últimas traducidas al ruso; el poemario *Despido* en edición bilingüe ruso-español y *Deshora de la conciencia*, Prix de Poésie École de Théologiens, *Hombre sin voz*, (2015), poemario acogido por los lectores como uno de los mejores cuadernos de poesía, *Memorial del campo* (2016), su homenaje particular a las víctimas de la destrucción por xenofobias, o *El oficio de las Pirámides* junto al poeta Luis Ángel Marín (2016), *Ocho poetas, un infinito* al lado de otras grandes figuras como Juan Carlos Mestre o Katy Parra (2016). *Tánger, los silencios y las sombras* (2016) y *Caverna de paso* (2018), su último poemario. Desde 2003 edita y dirige ISIDORA EDICIONES, donde la publicación *Revista de Estudios Galdosianos* es su principal estandarte, actividad principal que compagina con las colaboraciones en periódicos, radio y cursos en diversas universidades.

<http://blog.rosaamor.com/>

<http://www.isidoraediciones.com/>

*La mejor manera de conocer cómo es un autor es a través de sus textos. No sólo Pérez Galdós ha dado idea de su personalidad por medio de sus novelas, teatro o cuentos, sino que por medio de sus numerosos artículos periodísticos, correspondencia y especialmente obras de ensayo y de opinión podemos configurar su índole y personalidad. La profesora y escritora especialista en la obra de Galdós, Rosa Amor del Olmo, desde que escribiera su tesis sobre manuscritos de teatro y se pusiera al frente de Isidora Revista de Estudios Galdosianos en 2003 ha escrito una obra insólita. Sus numerosas publicaciones galdosianas como el programa de traducción a siete lenguas encabezado por la autora, avalan este texto elaborado con las propias palabras de Galdós, escogiendo entre sus textos y entrevistas en vida con la idea de que el lector pueda hacer un ejercicio personal de imaginar cómo pensaba Galdós, cómo era Galdós. No es una biografía al uso porque no es necesario, los datos que necesitamos para comprender cómo era el “maestro” los ofrece el propio Galdós. El pensamiento del autor reflejado en forma de novela dialogada, entrevistado por sus amigos y compañeras de vida, darán la forja expedita de los caracteres del autor más grande –después de Cervantes– que ha dado la literatura española.*

*Un texto galdosiano que hará la delicia de cualquier lector que se acerque a la historia de nuestro país, a su cultura, su ambiente tan cercano hoy, y a comprender el pensamiento del gran gigante de las letras creador de la novela contemporánea. Una forma muy amena de leer refrendado por el sistema dialogal ahora recuperado por Rosa Amor. Isidora Revista de Estudios Galdosianos.*

El reto de Rosa Amor ante un personaje como Benito Pérez Galdós es el que afronta una mujer inteligente para descubrir un Galdós al desnudo. Nadie mejor que la autora de este libro con una manera diferente de acercar el alma del escritor a sus legiones de seguidores para perfilar con detalle la figura del creador que a través de diferentes entrevistas a lo largo de su vida. Un hombre que, más allá de su obra, en esta ocasión cobra una inédita entidad propia y lo convierte en protagonista de su propia novela. Milagros Bará, *Diario de Pontevedra*.

ISIDORA  
Ediciones

